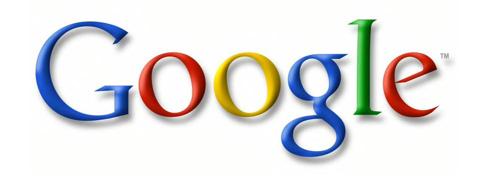


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

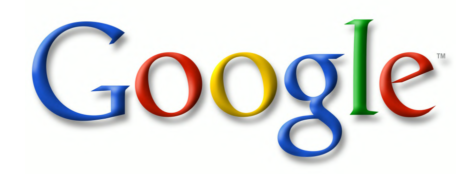
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

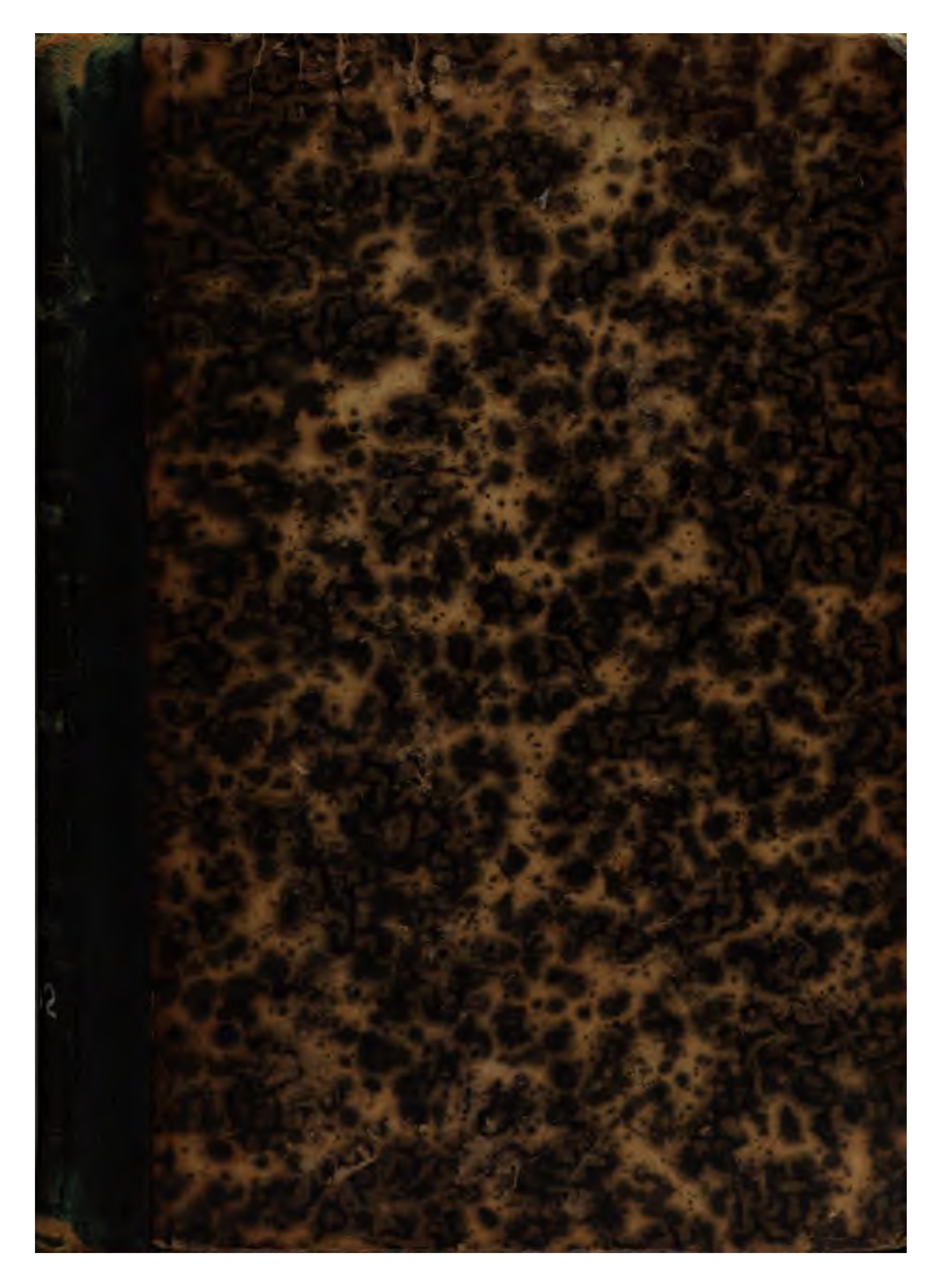
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



972.02
A366

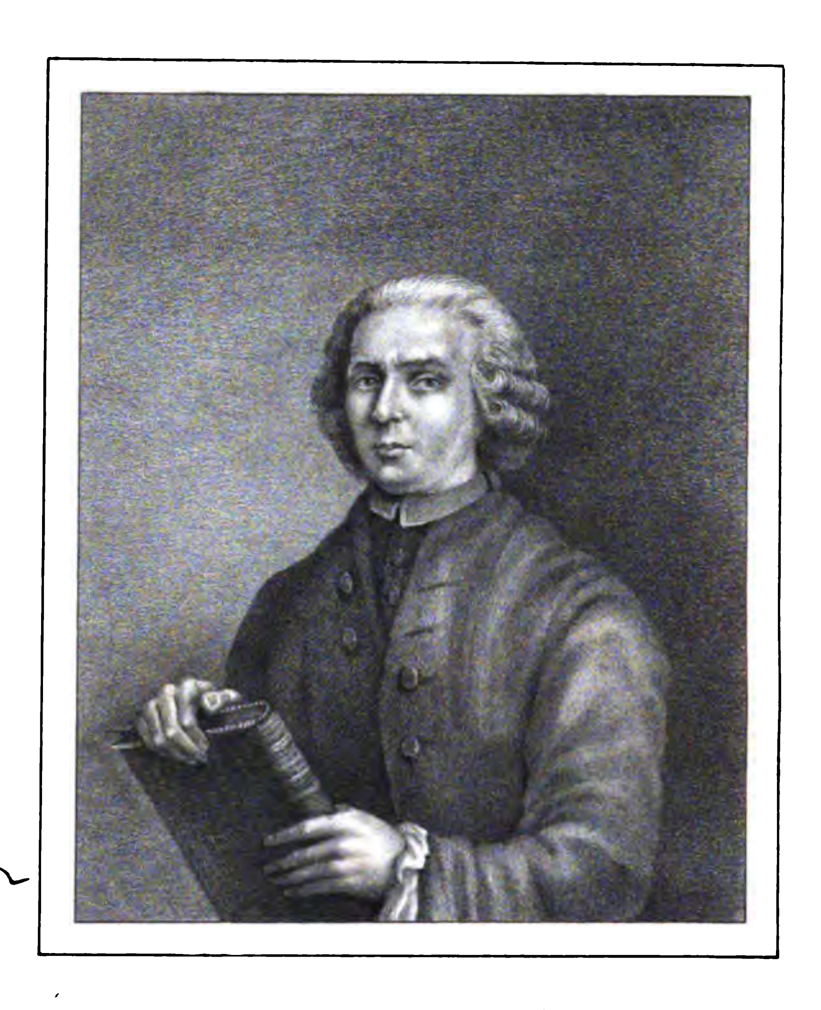
30

[redacted]



LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY

[redacted]



FRANCISCO XAVIER ALEGRE de la Compañia de Jesus.
Nació en Veracruz en 12 de Noviembre de 1729.
y
Murió en Bolonia á 16 de Agosto de 1788.

En honor de sus virtudes y gran saber
CARLOS Mª DE BUSTAMANTE.
Año de 1841.

lit calle de la Palma nº 4

HISTORIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

EN NUEVA-ESPAÑA,

QUE ESTABA ESCRIBIENDO

EL P. FRANCISCO JAVIER ALEGRE

AL TIEMPO DE SU ESPULSION.

PUBLICALA

PARA PROBAR LA UTILIDAD QUE PRESTARÁ A LA AMERICA MEXICANA LA SOLICITADA REPOSICION DE DICHA COMPAÑIA,

CARLOS MARIA DE BUSTAMANTE,

INDIVIDUO DEL SUPREMO PODER CONSERVADOR.

A fructibus eorum, cognoscetis eos. J. C.

TOMO I.

MEXICO.

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1841.

130901

EL EDITOR.

MOTIVOS DE LA PUBLICACION DE ESTA OBRA.

EN 22 de mayo de 1841, ciento setenta y dos personas, inclusos en este número tres Sres. obispos, presentaron á la cámara de diputados del congreso mexicano una esposicion que hicieron suya algunos miembros de dicha cámara, solicitando se restableciese la Compañía de Jesus en esta América, como lo habia sido en la república de Buenos-Aires, en Inglaterra, Norte América y en otros paises llamados de clásica libertad, sin pretender que se les devolviesen las posesiones que les habia tomado el gobierno español cuando los espulsó de todos sus dominios. Esta pretension sufrió contradiccion por unos cuantos individuos de dicha cámara; pero quedó sin resolverse porque se dudaba si podria entrar en el número de los negocios para que se habian prorogado las sesiones estraordinarias. Entre tanto se suscitó una

horrible tempestad contra la Compañía de Jesus, recrudeciendo sus enemigos cuantas especies se virtieron cuando se trató de su ruina por el gobierno español regentado por el conde de Aranda. La animosidad llegó á tal punto que un impresor, despues de convidar á que le presentasen cuantos documentos quisiesen los enemigos de los Jesuitas para publicarlos por su imprenta, dió á luz un folleto de 20 páginas intitulado: *Idea de S. Ignacio de Loyola, ó lo que son los jesuitas*, en que nos presenta en sus primeras líneas á este patriarca como al héroe de Cervantes, y nos dice.... *San Ignacio es un D. Quijote realizado: él fué en la religion lo que el héroe de la Mancha en la caballería... cuando el catolicismo, atacado en sus misteriosos dogmas, veia asomar una crisis bajo la que iba á peligrar, vino al mundo Ignacio. Caballero de la Virgen, firme apoyo de Roma vacilante, se le vió en la edad media enardecerse con un entusiasmo tan ardiente, como el del paladin mas rendidamente consagrado al culto de su hermosura y de su rey.*

Este pensamiento vertido mucho ántes por D'Alambert, es tan general en todos los cristianos, que todos los que lo fueren de corazon pueden llamarse *tan Quijotes como aquí por burla se llama á S. Ignacio*.... Todos tenemos por señora y reina de nuestros pensamientos á la misma que tuvo aquel patriarca; todos la ofrecemos nuestro corazon; todos le pedimos su auxilio en las tribulaciones del espíritu; todos esperamos en ella, y, ¡ay del infeliz que desconoce su proteccion, y no recurre á su patrocinio! Duelos le mando á fé mia, y le anuncio un llanto eterno y un crujido de dientes interminable, de que no lo sanará el mejor dentista. En fin, despues de esta tormenta desecha contra la Compañía,

el resultado es que se ha formado contra ella un juicio de *sindicato ó de residencia*, en que se convocan á son de clarin á los que quieran presentarse como sus acusadores y testigos.... *¿Quam acusationem afertis adversus hominem hunc?* preguntó Pilatos á la canalla de Jerusalen cuando arrastró á su tribunal al hijo del hombre.... Yo quiero suponer confundidos y vencidos á los jesuitas en este juicio; algo mas, quiero ya verlos conducir al patíbulo para ser inmolados; pero en este momento me acuerdo de que la legislacion de Moises dictó leyes de suma equidad aun para cuando llegaba este triste caso; leyes que perdieron de vista los acusadores del Redentor, y solo en él no se tuvieron presentes, sino que todas se violaron escandalosamente, pues así convenia que sucediese en los designios del Altísimo..... Convenia que un hombre muriese.... Que Cristo sufriese la muerte, y muerte de cruz...., que el autor de la verdadera libertad del hombre, muriese en el patíbulo del esclavo. Intimada la sentencia al reo (dice Mr. de Pastoret) (a) camina este lentamente al patíbulo donde hallará su muerte y su infamia. Atormentado el populacho de una inquieta curiosidad, le rodea enternecido, y busca en su semblante señales de arrepentimiento ó perversidad. Dos magistrados van á su lado para escuchar lo que tuviere que decir en su defensa, y darle el valor correspondiente. Por entre el tropel de espectadores rompe un heraldo (ó pregonero) y grita: „El infeliz que veis está declarado reo, y camina al último suplicio.... ¿Hay alguno de vosotros

(a) En su obra titulada Moises considerado como legislador, tom. 2.° pág. 12.

que lo pueda justificar? Hable, pues, cualquiera que sea.... ¿Llega á presentarse uno de los ciudadanos? Al punto se le vuelve á su prision, y son examinadas las pruebas de su defensa.

La ley dispone que en semejantes casos se ponga en ejecucion esta diligencia hasta *cinco veces* ántes de ser condenado el reo.... Jesuitas! se os ha condenado á muerte, y ya en opinion y juicio de vuestros acusadores, sois infaliblemente conducidos al patíbulo.....Ellos creen que un congreso cristiano y justo, va por su decreto á cerraros la puerta para que no entréis en este continente, donde por dos siglos causásteis la felicidad de sus hijos; librásteis á los miserables indios del filo de la espada de sus conquistadores, que vibraba sobre sus cabezas; redujísteis naciones bárbaras á la civilizacion; las educásteis y revocásteis del abismo de la muerte; regásteis este suelo con vuestra sangre, sudor y lágrimas con que sellásteis las verdades eternas que anunciábais; erigísteis templos á la Divinidad que aun subsisten y dan testimonio de vuestra virtud y afanes, y donde la idolatría yace hollada á los piés de la cruz; sin embargo, un heraldo grita... ¿Hay quien os defienda? .... Sí, vive Dios, hay todavía quien defienda la causa de la justicia y del honor del cielo; un hombre obscuro, un hombre amante de esa reina hermosa á quien Ignacio dedicó su corazon, y á cuyos piés adquirió la ciencia de ganar en nueve dias ese Paraiso perdido por nuestras aberraciones, se levanta en medio de esa grita feroz, y dice:.. *He aquí la historia de lo que esos hombres hicieron en esta América, escrita en tiempos inocentes y sin tacha.. Hé aquí la obra del sábio Alegre, de la honra de Veracruz, de un hombre extraordinario que admiró á la Europa....leed-*

la, y ved justificada su causa en todas sus líneas... Calificad por ella, si será ó no útil el restablecimiento de una compañía que tantos frutos de honor y bendicion dió á esta tierra... ¡Ah! si en medio de vuestra saña y enojo, conservais todavía un resto de virtud, conoced vuestros estravíos y desmanes, y confesad sin rubor que os habeis engañado.... Tal es el motivo porque hoy se presenta esta obra que iba á ser pasto de la polilla, y á sepultarse en el olvido. Bendigamos al cielo por esta contradiccion: la luz no huye de las tinieblas, ni la verdad teme á la impostura.

C. M. B.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

La historia de la Compañía de Jesus en Nueva-España, que en fuerza de órden superior emprendemos escribir, comprende justamente el espacio de doscientos años desde la venida de los primeros padres á la Florida, hasta el dia de hoy, en que con tanta gloria trabaja en toda la estension de la América Septentrional. Nó ignoramos qué entre los muchos que han emprendido esta historia, y de cuyas plumas se conservan no pequeños retazos en los archivos de la provincia, pocos son los que han seguido esta cronología, partiendó los mas como de primera época de la venida del padre Pedro Sanchez, año de 1572. Es preciso confesar, que este cómputo, aunque defrauda á nuestra provincia de nó pocas coronas, parece sin embargo mas incontestáble, y mas sencillo. Ni los primeros, ni los segundos misioneros de la Florida, fueron enviados en cualidad de fundadores de Nueva-España, ni este fué por entónces el designio de Pabló II ni el de *D. Pedro Melendez*, á cuyas instancias pasaron á esta parte de la América los primeros jesuitas. Y aun en la segunda es constante que S. Francisco de Borja intentó fundar en la Florida vice-provincia sujeta á la provincia del Perú, cuyo provincial, padre Gerónimo Portillo, fué el que desde Sevilla envió á los padres Juan Bautista de Segura, y sus felices compañeros.

Estas razones nos hicieron vacilar algun tanto, y nos pareció en efecto deber al gusto delicado de los críticos de nuestro siglo la atencion de esponerles sencillamente los motivos que nos obligan á seguir el contrario rumbo. Ello es cierto, que toda la Compañía ha mirado siempre á aquellos fervorosos misioneros como miembros de esta provincia: que aun la del Perú, de cuyo seno salieron, digámoslo así, para regar con su sangre estas regiones, jamas nos ha disputado esta gloria: que la Florida y la Habana, en que tuvieron sus primeras residencias, se incorporaron despues por órden del mismo Borja á la provincia de México, y se habrian incorporado desde el principio, si hubiera habido en la América Septentrional alguna otra provincia en aquel tiempo. Parece, pues, que por el comun consentimiento, prescripcion, superior disposicion, y aun por la situacion misma de los lugares, estamos en derecho de creer que nos pertenecen aquellos gloriosos principios, y de seguir la opinion del padre Francisco de Florencia.

Este docto y religioso padre, es el único que nos ha precedido en este trabajo, emprendiendo la historia general de la provincia. El dió á luz solo el primer tomo partido en ocho libros, que comprenden por todo, los diez primeros años desde la primera mision á la Florida, hasta la fundacion del colegio máximo por *D. Alonso de Villaseca*, á que añadió algunas vidas de algunos varones distinguidos. Destinados á escribir la historia de esta provincia, no hubiéramos pensado en volver á tratar los mismos asuntos, si los superiores, en atencion á la cortedad de aquel primer ensayo y á la distancia de los tiempos, no hubieran juzgado deberse comenzar de nuevo.

Fuera de esto, se conservan en los archivos de provincia otros dos tomos manuscritos, su autor el padre *Andres Perez de Rivas*, el mismo que escribió la historia de Sinalóa, que por mas feliz, ó por mas corta, tuvo la fortuna de ver la luz. Esta obra comprende poco mas de 80 años, desde la venida del padre Pedro Sanchez, y fuera de las fundaciones de los mas colegios, contiene un gran número de vidas de varones ilustres. Hállase tambien otro volúmen en folio que comprende cuasi el mismo tiempo con

las fundaciones de varios colegios, escrito, aunque con poco órden histórico; pero con bastante piedad, sinceridad y juicio. Estos, y otros muchos retazos así de historia general, como de varios particulares sucesos, y mas que todo, una larga série de *cartas annuas*, que con muy poca interrupcion, componen el espacio de 120 años, serán los garantes de cuanto hubiéremos de decir acerca de los primeros tiempos, y en los últimos la memoria reciente de los que aun viven, y alcanzaron testigos oculares de los hechos mismos, nos aliviarán la pena de demostrarles nuestra felicidad. Bien que ni aun para esto nos faltan bastantes relaciones y otros manuscritos; que como los pasados, tendremos cuidado de citar al márgen, cuando nos parezca pedirlo la materia.

Por lo que mira á las misiones, la parte mas bella y mas importante de nuestro asunto, tenemos la del padre *Andres de Rivas*, que contiene todo lo sucedido hasta su tiempo en las diferentes provincias de Sinalóa, Topia, Tepehuanes, Taraumara y Laguna de Parras; la de Sonora, por el padre Francisco Eusebio Kino; la de California, por el padre Miguel Venegas; la del Nayarit, y muchas otras relaciones, cartas é informes de los misioneros, de que nos valdremos, segun la oportunidad.

Estos autores han partido sus obras en varios libros, y los libros en capítulos. Con este método, aun queda mas digerida la materia, y sirve no poco para tomar aliento al lector fatigado: no es sin embargo el mas acomodado para seguir en una larga historia el hilo de los años. Por esto no hallamos que lo haya seguido ninguno de los historiadores griegos ó latinos, que son los ejemplares mas perfectos que tenemos en este género. Los modernos mas célebres entre los italianos, franceses y españoles, escriben por libros enteros, á los cuales hemos procurado imitar en esta parte, conformándonos con todos los historiadores generales de la Compañía, que así lo han practicado, y aun los de algunas particulares provincias. Añádese, que habiendo de traducir despues, como se nos manda, esta misma historia al idioma latino, nos seria sumamente incómoda la division de los capítulos, y la poca mayor comodidad que ofrecen estos á los lectores en la digestion y particion de las materias, se suple sobradamente

con las notas marginales, que hemos tenido cuidado de añadir.

Si hubiéramos querido insertar en esta obra las vidas enteras de los inumerables clarísimos varones, que con su santidad y letras han ilustrado la provincia, hubiera crecido mucho el cuerpo de esta obra, é interrumpídose á cada instante la série de los sucesos. Por eso, contentándonos con una leve memoria al tiempo en que acabaron su gloriosa carrera, ha parecido mejor dejar la prolija relacion de sus vidas para el fin de esta historia, si el Señor, á cuya honra y gloria se dirige nuestro pequeño trabajo, nos ayuda para tanto, y favorece el deseo que tenemos de cumplir lo que de parte de S. M. nos ha encargado la obediencia.

PROTESTA.

Obedeciendo á los decretos de nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, y del santo tribunal de la fé, protestamos: que en la calificacion de los sugetos, virtudes y milagros, de que tratamos en esta historia, no pretendemos prevenir el juicio de la santa Romana Iglesia, ni conciliarles mas autoridad que la que por sí merecen los hechos mismos en la prudencia humana.

EL EDITOR.

Las personas que dudaren de la autenticidad de estos manuscritos, y de la de otros escritores, cuyas obras ha publicaco, podrán ocurrir á verlos á la calle de Sto. Domingo núm. 13, donde se le mostrarán y cotejarán con el texto, si á tal punto se llevare la desconfianza de su fidelidad y honor, como ya se ha indicado en un *Cardillo* indecente que entrega á su autor en los brazos de la ignominia.

HISTORIA

DE LA PROVINCIA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

DE

NUEVA ESPAÑA.

LIBRO I.

SUMARIO.

Breve noticia del descubrimiento y conquista de la Florida. Pide el rey católico misioneros de la Compañía. Señálase, é impídese el viage. Embárcanse en 1566, y arriban á una costa incógnita. Muere el padre Pedro Martinez á manos de los bárbaros. Su elogio. Vuelven los demás á la Habana. Breve descripcion de este puerto. Enferman, y determinan volver á la Florida. Llegan en 1567. Descripcion del pais. Ejercicio de los misioneros. Nuevo socorro de padres. Llegan á la Florida en 1568. Parte el padre Segura con sus compañeros á la Habana. Sus ministerios en esta ciudad. Determina volver á la Florida. Vuelve en ocasion de una peste, y muere el hermano Domingo Agustin, año de 1569. Poco fruto de la mision, y arribo de nuestros compañeros. Historia del cacique D. Luis. Parte el padre vice-provincial para Ajacan con otros sietes padres. Generosa accion de D. Luis. Su mudanza y obstinacion. Ocupacion de los misioneros, y razonamiento del padre Segura. Engaños de D. Luis, y muerte de los ocho misioneros. Elogio del padre Segura. Del padre Quiróz y los restantes. Dejan con vida al niño Alonso. Caso espantoso. Escursion á Cuba, y su motivo. Noticia y venganza de las muertes.

Exito de D. Luis. Descripcion de la Nueva España, y particular de México. Breve relacion de la Colegiata de Guadalupe. Primeras noticias de la Compañía en la América. D. Vasco de Quiroga pretende traer á los jesuitas. Escribe la ciudad al rey, y este á S. Borja. Señálanse los primeros fundadores, y vela en su conservacion la Providencia. Consecuencias de la detencion en Sevilla. Embárcanse dia de S. Antonio en 1572. Arribo á Canarias y á Ocoa. Acojida que se les hizo en Veracruz la antigua. Su viaje á la Puebla. Pretende esta ciudad detenerlos y pasan á México al hospital. Triste situacion de la juventud mexicana. Preséntanse al virey. Resístense á salir del hospital, y enferman todos. Elogio del padre Bazan y sus honrosas exequias. Primeros ministerios en México, y donacion de un sitio. Sentimiento del virey y composicion de un pequeño pleito. Sobre Cannas. Religiosa caridad de los padres predicadores. Generosidad de los indios de Tacuba. Resolucion de desamparar la Habana. Representacion al rey. Limosnas y ocupaciones en México. Dedicacion del primer templo. Ofrece la ciudad mejor sitio. Carácter del Sr. Villaseca. Pretende entrar en la Compañía D. Francisco Rodriguez Santos, y ofrece caudal y sitio. Primeros novicios, y primeros fondos del colegio máximo. Fundacion del Seminario de S. Pedro y S. Pablo. Muerte de S. Francisco de Borja. Va á ordenarse á Páztcuaro el hermano Juan Curiel. Su ejercicio en aquella ciudad. Orden del rey para que no salgan de la Habana los jesuitas. Pretende misioneros el Sr. obispo de Guadalajara. Sus ministerios. Pasan á Zacatecas que pretende colegio. Parte á Zacatecas el padre provincial, y vuelve á México. Nueva recluta de misioneros. Estudios menores, y fundacion de nuevo Seminario. Fundacion del colegio de Páztcuaro. Descripcion de aquella provincia. Pretension de colegio en Oaxaca. Contradiccion y su feliz éxito. Breve noticia de la ciudad y el obispado. Historia de la Santa Cruz de Aguatulco. Fábrica del colegio máximo. Mision á Zacatecas. Peste en México. En Michoacán. Muerte del padre Juan Curiel. Muerte del padre Diego Lopez. Donacion del Sr. Villaseca, y principio de los estudios mayores.

Breve noticia del descubrimiento y conquista de la Florida.

POR los años de 1512, Juan Ponce de Leon, saliendo de S. German de Portorico, se dice haber sido el primero de los españoles que descubrió la península de la Florida. Dije de los españoles, porque ya ántes desde el año de 1496, reinando en Inglaterra Enrique VII se habia teni-

de alguna, aunque imperfecta, noticia de estos paises. Juan Ponce echó ancla en la bahía que hasta hoy conserva su nombre á 25 de abril, justamente uno de los dias de pascua de resurreccion, que llamamos vulgarmente pascua florida. O fuese atencion piadosa á la circunstancia de un dia tan grande, ó alusion á la estacion misma de la primavera, la porcion mas bella, y mas frondosa del año, á la fertilidad de los campos, que nada debian á la industria de sus moradores, ó lo que parece mas natural al estado mismo de sus esperanzas, él le impuso el nombre de *Florida*. Esto tenemos por mas verosímil que la opinion de los que juzgan haberle sido este nombre irónicamente impuesto por la suma esterilidad. Todas las historias y relaciones modernas publican lo contrario, y si no es la esterilidad de minas, que aun el dia de hoy no está suficientemente probada, no hallamos otra que en el espíritu de los primeros descubridores pueda haber dado lugar á la pretendida antífrasis.

Como el amor de las conquistas y el deseo de los descubrimientos era, digámoslo así, el carácter de aquel siglo, muchos tentaron sucesivamente la conquista de unas tierras que pudieran hacer su nombre tan recomendable á la posteridad, como el de Colon ó Magallanes. En efecto, Lucas Vazquez de Ayllon, oidor de Santo Domingo por los años de 1520, y Pánfilo de Narvaez, émulo desgraciado de la fortuna de Cortés por los de 1528, emprendieron sujetar á los dominios de España aquellas gentes bárbaras. Los primeros, contentos con haberse llevado algunos indios á trabajar en las minas de la isla española, desampararon luego un terreno que verosímilmente no prometia encerrar mucho oro y mucha plata. De los segundos no fué mas feliz el éxito; pues ó consumidos de enfermedades en un terreno cenagoso y un clima no esperimentado, ó perseguidos dia y noche de los transitadores del pais, acabaron tristemente, fuera de cuatro, cuya aventura tendrá mas oportuno lugar en otra parte de esta historia. Mas venturoso que los pasados, *Hernando de Soto*, despues de haber dado muestras nada equívocas de su valor y conducta en la conquista del Perú, pretendió y consiguió se le encomendase una nueva espedicion tan importante. Equipó una armada con novecientos hombres de tropa, y trescientos y cincuenta caballos, con los cuales dió fondo en la bahía del Espíritu Santo el dia 31 de mayo de 1539. Cárlos V, mas deseoso de dar nuevos adoradores á Jesucristo, que nuevos vasallos á su corona, envió luego varios religiosos á la Florida á promulgar el evan-

gelio; pero todos ellos fueron muy en breve otras tantas víctimas de su celo, y del furor de los bárbaros. Subió algunos años despues al trono de España Felipe II, heredero no menos de la corona que de la piedad, y el celo de su augusto padre. Entre tanto los franceses, conducidos por Juan Ribaud, por los años de 1562 entraron á la Florida, fueron bien recibidos de los bárbaros, y edificaron un fuerte á quien del nombre de Cárlos IX, entónces reinante, llamaron Charlefort. Para desalojarlos fué enviado del rey católico el adelantado *D. Pedro Melendez de Aviles*, que desembarcando á la costa oriental de la península el dia 28 de agosto dió nombre al puerto de S. Agustin, capital de la Florida española. Reconquistó á Charlefort, y dejó alguna guarnicion en Santa Helena y Tecuesta, dos poblaciones considerables de que algunos lo hacen fundador.

Pide el rey católico á San Francisco de Borja algunos misioneros.

Dió cuenta á la corte de tan bellos principios, y Felipe II, como para mostrar al cielo su agradecimiento, determinó enviar nuevos misioneros que trabajasen en la conversion de aquellas gentes. Habíase algunos años ántes confirmado la Compañía de Jesus, y actualmente la gobernaba S. Francisco de Borja, aquel gran valido de Cárlos V y espejo clarísimo de la nobleza española. Esta relacion fuera de otras muchas razones, movió al piadoso rey para escribir al general de la Compañía, una espresiva carta con fecha de 3 de mayo de 1566, en que entre otras cosas, le decia estas palabras: *„Por la buena relacion que tenemos de las personas de la Compañía, y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé órden, como algunos de ella se envien á las nuestras Indias del mar Occéano. Y porque cada dia en ellas crece mas la necesidad de personas semejantes, y nuestro Señor seria muy servido de que los dichos padres vayan á aquellas partes por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente á propósito para la conversion de aquellos naturales, y por la devocion que tengo á la dicha Compañía, deseo que vayan á aquellas tierras algunos de ella. Por tanto, yo vos ruego y encargo que nombreis y mandeis ir á las nuestras Indias, veinticuatro personas de la Compañía adonde les fuere señalado por los del nuestro consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo, y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa. Que demas del servicio que en ello á nuestro Señor hareis, yo recibiré gran contentamiento, y les mandaré proveer de todo lo necesario para el viage, y demas de eso aquella tierra donde fueren, recibirá gran contentamiento y beneficio con su llegada."*

Recibida esta carta que tanto lisongeaba el gusto del santo general, aunque entre los domésticos no faltaron hombres de autoridad, que juzgaron debia dejarse esta espedicion para tiempo en que estuviera mas abastecida de sugetos la Compañía; sin embargo, se condescendió con la súplica del piadosísimo rey, señalándose, ya que no los veinticuatro, algunos á lo ménos, en quienes la virtud y el fervor supliese el número. Era la causa muy piadosa y muy de la gloria del Señor, *para que le faltasen contradicciones*. En efecto, algunos miembros del real consejo de las Indias se opusieron fuertemente á la mision de los jesuitas por razones que no son propias de este lugar. El rey pareció rendirse á las representaciones de su consejo; pero como prevalecia en su ánimo el celo de la fé, á todas las razones de estado, ó por mejor decir, como *era del agrado del Señor, que tiene en su mano los corazones de los reyes*, poca causa bastó para inclinarlo á poner resueltamente en ejecucion sus primeros designios. Llegó á la corte al mismo tiempo el adelantado D. Pedro Melendez, hombre de sólida piedad, muy afecto á la Compañía y á la persona del santo Borja, con quien, siendo en España vicario general, habia hablado muchas veces en este asunto. Su presencia, sus informes y sus instancias disiparon muy en breve aquella negra nube de especiosos pretestos, y se dió órden para que en primera ocasion pasasen á la Florida los padres. De los señalados por S. Francisco de Borja, escogió el consejo tres, y no sin piadosa envidia de los demas: cayó la eleccion sobre los padres *Pedro Martinez y Juan Rogel, y el hermano Francisco de Villareal.*

Señálase é impídese el viage.

Insta D. Pedro Melendez y lo consigue.

Causó esto un inmenso júbilo en el corazon del adelantado; pero tuvo la mortificacion de no poderlos llevar consigo á causa de no se qué detencion. El 28 de junio de 1566 salió del puerto de S. Lúcar para Nueva-España una flota, y en ella á bordo de una urca flamenca nuestros tres misioneros. Navegaron todos en convoy hasta la entrada del Seno mexicano, donde siguiendo los demas su viage, la urca mudó de rumbo en busca del puerto de la Habana. Aquí se detuvieron algunos dias miéntras se hallaba algun práctico que dirigiese la navegacion á S. Agustin de la Florida. No hallándose, tomaron los flamencos por escrito la derrota, y se hicieron animosamente á la vela. O fuése mala inteligencia, ó que estuviese errada en efecto en la carta náutica que seguian la situacion de los lugares, cerca de un mes anduvieron vagando, hasta que á los 24 de setiembre, como á 10 leguas de la costa, dieron vista á la tierra entre los 25 y 26 grados al West

Embárcanse tres misioneros.

Arriban á una costa incógnita

de la Florida. Ignorantes de la costa, pareció al capitan enviar algunos en la lancha, que reconociesen la tierra y se informasen de la distancia en que se hallaban del puerto de S. Agustin, ó del fuerte de Cárlos. Era demasiadamente arriesgada la comision, y los señalados, que eran nueve flamencos, y uno ó dos españoles, no se atrevieron á aceptarla sin llevar en su compañía al padre Pedro Martinez; oyó éste la propuesta, y llevado de su caridad, la aceptó con tanto ardor, que saltó el primero en la lancha, animando á los demas con su ejemplo y con la extraordinaria alegría de su semblante. Apénas llegó el esquife á la playa, cuando una violenta tempestad turbó el mar. Disparáronse de la barca algunas piezas para llamarlo á bordo; pero la distancia, los continuos truenos y relampagos, y el bramido de las olas, no dejaron percibir los tiros, ni aunque se oyesen seria posible fiarse al mar airado en un barco tan pequeño sin cierto peligro de zozobrar. Doce dias andubo el padre errante con sus compañeros por aquellas desiertas playas con no pocos trabajos, que ofrecia al Señor como primicias de su apostolado. Las pocas gentes del pais, que habian descubierto hasta entónces, no parecian ni tan incapaces de instruccion, ni tan agenas de toda humanidad, como las pintaban en Europa. Ya con algunas luces del puerto de S. Agustin navegaban, trayendo la costa oriental de la Península ácia el Norte, cuando vieron en una isla pequeña pescando cuatro jóvenes. Eran estos *Tacatucuranos*, nacion que estaba entónces con los españoles en guerra. No juzgaba el padre, aunque ignorante de esto, deberse gastar el tiempo en nuevas averiguaciones; pero al fin hubo de condescender con los compañeros, que quisieron aun informarse mejor. Saltaron algunos de los flamencos en tierra ofreciéronles los indios una gran parte de su pesca, y entretanto uno de ellos, corrió á dar aviso á las cabañas mas cercanas. Muy en breve vieron venir ácia la playa mas de cuarenta de los bárbaros. La multitud, la fiereza de su talle, y el aire mismo de sus semblantes, causó vehemente sospecha en un mancebo español que acompañaba al padre, y vuelto á él y á sus otros compañeros, huyamos, les dijo, cuanto ántes de la costa: no vienen en amistad estas gentes. Juzgó el padre movido de piedad, que se avisase del peligro, y se esperase á los flamencos que quedaban en la playa espuestos á una cierta y desastrada muerte. Miéntras estos tomaban la lancha, ya doce de los mas robustos indios habian entrado en ella de tropel, el resto acordonaba la ribera. Parecian estar entretenidos mirando con una pueril y grose-

ra curiosidad el barco y cuanto en él habia, cuando repentinamente algunos de ellos abrazando por la espalda al padre Pedro Martinez y á dos de los flamencos, se arrojaron con ellos al mar. Siguiéronlos al instante los demas con grandes alaridos, y á vista de los europeos, que no podian socorrerlos desde la lancha, lo sacaron á la orilla. Hincó como pudo las rodillas entre las garras de aquellos sañudos leones el humilde padre, y levantadas al cielo las manos, con sereno y apacible rostro, espiró como sus dos compañeros á los golpes de las macanas. Muerte del padre Pedro Martinez.

Este fin tuvo el fervoroso padre Pedro Martinez. Habia nacido en Celda, pequeño lugar de Aragon, en 15 de octubre de 1523. Acabados los estudios de latinidad y filosofia, se entregó con otros jóvenes al manejo de la espada, en que llegó á ser como el árbitro de los duelos ó desafios, vicio muy comun entónces en España. Con este género de vida no podia ser muy afecto á los jesuitas, á quien era tan desemejante en las costumbres. Miraba con horror á la Compañía, y le desagradaban aun sus mas indiferentes usos. Con tales disposiciones como estas, acompañó un dia á ciertos jóvenes pretendientes de nuestra religion. La urbanidad le obligó á entrar con ellos en el colegio de Valencia y esperarlos allí. Notó desde luego en los padres un trato cuán amable y dulce, tan modesto y religiosamente grave. La viveza de su génio no le permitió examinar mas despacio aquella repentina mudanza de su corazon. Siguió el primer ímpetu, y se presentó luego al padre Gerónimo Nadal, que actualmente visitaba aquella provincia en cualidad de pretendiente. Pareció necesario al superior darle tiempo en que conociera lo que pretendia, mandándole volver á los ocho dias. Esta prudente dilacion era muy contraria á su carácter, y en vez de fomentar la llama, la apagó enteramente. Avergonzado de haberse dejado arrastrar tan ciegamente del engañoso esterior como juzgaba de los jesuitas, salió de allí determinado á no volver jamas, ni á la pretension, ni al colegio. Su elogio.

Justamente para el octavo dia hubieron de convidarlo por padrino de un desafio. Acudió prontamente á la hora y al lugar citado; pero á los combatientes se les habia pasado ya la cólera, y ninguno de los dos se dió por obligado al duelo. Quedó sumamente mortificado y corrido de ver el poco aprecio que hacian de su palabra y de su honor aquellos sus amigos. ¿Y qué, se decia luego interiormente, tanto me duele que estos hayan faltado á su palabra? ¿y habré yo de faltar á la

mia? ¿Y qué se diria de mí entre los jesuitas, si como prometí, no vuelvo al dia citado? Con estos pensamientos partió derechamente al colegio, y á lo que parece no sin especial direccion del cielo, fué admitido por el padre visitador, excluidos todos aquellos pretendientes, en cuya compañía habia venido ocho dias ántes. Una mudanza tan no esperada abrió los ojos á algunos de sus compañeros. El entretanto se entregó á los ejercicios de la religiosa perfeccion con todo aquel ardor y empeño con que se habia dejado deslumbrar del falso honor. Acabados sus estudios fué ministro del colegio de Valencia, despues de Gandia; ocupaciones entre las cuales supo hallar tiempo para predicar en Valencia y en Valladolid, y aun hacer fervorosas misiones en los pueblos vecinos. A fuerza de su cristiana elocuencia, se vió convertido en teatro de penitencia y de compuncion, el que estaba destinado para juegos de toros, y otros profanos espectáculos en la villa de Oliva.

Pasaba al Africa el año de 1558 un ejército bajo la conducta de *D. Martin de Córdova, conde de Alcaudete*. Este general, aunque interiormente muy desafecto á la Compañía de Jesus, pretendió de S. Francisco de Borja, vicario general entónces en España, llevar consigo algunos de los padres, queriendo con esto complacer á aquel santo hombre, á quien por el afecto y veneracion que le profesaba el rey católico, le convenia tener propicio. Señaláronse los padres *Pedro Martinez y Pedro Domenek*, con el hermano *Juan Gutierrez*. Partieron luego á Cartagena de Levante, lugar citado para el embarque. Pasaron prontamente á ofrecer al conde sus respetos y sus servicios. Este sin verlos les mandó por un page, que estuviesen á las órdenes del coronel. Una conducta tan irregular les hizo conocer claramente cuanto tendrian que ofrecer al Señor en aquella espedicion. Interin se juntaban las tropas, hicieron los padres mision con mucho fruto de las almas en el reino de Múrcia. Llegado el tiempo de la navegacion, los destinaron á un barco, á cuyo bordo iban fuera de la tripulacion ochocientos hombres de tropa. La incomodidad del buque estrecho para tanto número de gentes, la escasez de los alimentos, la corrupcion del agua, la misma cualidad de los compañeros, gente por lo comun insolente y soez, fueron para nuestros misioneros una cosecha abundante de heróicos sufrimientos, y de apostólicos trabajos. Desembarcaron en Orán, y luego recibieron órden del general de quedarse en el hospital de aquel presidio con el cuidado de los soldados enfermos, que pasaban de quinientos. Pasó el ejército á poner el sitio á Moztagan,

ciudad del reino de Argel. La plaza era fuerte, y que podia ser muy fácilmente socorrida por tierra y mar, los sitiadores pocos y fatigados de la navegacion. Los argelinos despreciando el número los dejaron cansarse algunos dias en las operaciones del sitio. Sobrevinieron despues en tanto número, que fué imposible resistirles. Una gran parte quedó prisionera y cautiva. Los mas vendieron caras sus vidas y quedaron como el general y los mejores oficiales sobre el campo. Los padres alabando la Providencia, cuasi fueron los únicos que volvieron á España de doce mil hombres de que se componia el ejército.

Vuelto de Africa el padre *Pedro Martinez*, fué señalado á la casa Profesa de Toledo, de donde salió á predicar la cuaresma en Escalona y luego en Cuenca, dejando en todas partes en la reforma de las costumbres ilustres señas de su infatigable celo. Para descanso de estas apostólicas fatigas, pidió ser enviado á servir en el colegio de Alcalá, donde por tres meses, con ejemplo de humildad profundísima, lo disponia el Señor para la preciosa muerte que arriba referimos. La caridad parece haber sido su principal carácter. Ella le hizo dejar tan gustosamente las comodidades de la Europa, por los desiertos de la Florida. Ella le obligó á acompañar en la lancha con tan evidente riesgo á los exploradores de una costa bárbara. Ella, finalmente, no le permitió alejarse, como le aconsejaban, de la ribera, dejando á los compañeros en el peligro. Fué su muerte, segun nuestra cuenta, (que es la de los padres Sachino y Tanner) á los 6 de octubre de 1566. Algunas relaciones manuscritas ponen su muerte el mismo dia 24 de setiembre, que saltó en tierra. El padre Florencia el dia 28 del mismo en la historia y menologio de la provincia. El punto no es de los substanciales de la historia. A los lectores queda el juicio franco, y en cuanto no se opone razon convincente, hemos creido prudencia ajustarnos á la crónica general de la Compañía.

Vuelven los jesuitas á la Habana.

Mientras que los bárbaros *Tacatucuranos* daban cruel muerte al padre Pedro Martinez, el navío, obedeciendo á los vientos, se habia alejado de la costa. Pretendia el capitan volver á recoger la lancha y pasageros, pero los flamencos con instancias, y aun con amenazas, le hicieron volver al sur la proa y seguir el rumbo de la Habana. Hallamos en un antiguo manuscrito que ántes de arribar á este puerto, fué llevado de la tempestad el barco á las costas de la isla española: se dice á punto fijo el lugar de la isla á que arribaron: conviene á saber el puerto y fortaleza de *Monte Christi* en la costa septentrional de

la misma isla, que usando de la facultad de un breve apostólico, publicaron allí un jubileo plenísimo; y finalmente, se nota justamente la salida á los 25 de noviembre, dia de Santa Catarina Mártir, en compañía de *D. Pedro Melendez Marquez*, sobrino del adelantado. Está muy circunstanciada esta noticia para que quiera negársele todo crédito. Por otra parte, es muy notable suceso para que ni la relacion del padre Juan Rogel que iba en el barco, ni algun otro haya hecho mencion de él, fuera del que llevo dicho, de donde parece lo tomó el padre Florencia. Sea de esto lo que fuere, es constante que despues de tres meses, ó cerca de ellos, volvieron los padres al puerto de la Habana el dia 15 de diciembre del mismo año de 66, no el de 67 como á lo que parece por yerro de imprenta se nota en la citada historia de Florencia.

Descripcion de este puerto (la Habana.)

La ciudad de S. Cristobal de la Habana, capital en lo militar y político de la isla de Cuba, está situada á los 296 grados de longitud, y 23 y 10 minutos de latitud septentrional, y por consiguiente cuasi perpendicularmente bajo del trópico del Carnero. Tiene por el Norte la península de la Florida; al Sur, el mar que la divide de las costas de Tierra Firme; al Este la isla española, de quien la parte un pequeño estrecho; al Oeste el golfo mexicano y puerto de Veracruz. Su puerto es el mas cómodo, es el mas seguro y el mas bien defendido de la América, capaz de muchas embarcaciones, y de ponerlas todas á cubierto de la furia de los vientos. Dos castillos defienden la angosta entrada del puerto, cuya boca mira cuasi derechamente al Noroeste; otra fortaleza en el seno mismo de la ciudad guarda lo interior de la bahía y el abordaje del muelle, donde reside el gobernador y capitan general de toda la isla. Está toda guarnecida de una muralla suficientemente espesa y alta, flanqueada de varios reductos y bastiones, coronados en los lugares importantes de buena artillería de varios calibres. El clima, aunque cálido, es sano, el terreno entrecortado de pequeñas lomas, cuya peremne amenidad y verdor, hace un pais bello á la vista. La ciudad es grande, y comparativamente á su terreno la mas populosa de la América. La frecuencia de los barcos de Europa, la seguridad del puerto, que cuanto se permite atrae muchos estrangeros, la escala que hacen los navíos de Nueva-España que vuelven á la Europa, la comodidad de su astillero, preferible á todos los del mundo por la nobleza y la solidez de sus maderas, y la abundancia y generosidad del tabaco y caña; la hacen una de las mas ricas

y mas pulidas poblaciones del nuevo mundo. Estas bellas cualidades han dado celos á las naciones estrangeras. Por los años de 1538, mal fortificada aun, la saquearon los franceses. En la guerra pasada de 1740 el almirante Wernon, que tuvo valor de acercársele, aunque sin batirla formalmente, tuvo muy mal despacho del Morro, y fué á desfogar su cólera sobre Cartagena, cuyo éxito no hace mucho honor á la corona de Inglaterra. Finalmente, en estos dias la conquista de esta importante plaza, ha llenado de gloria á la nacion británica, é inmortalizado la memoria del conde de Albermarle, que despues de dos meses y pocos dias mas de sitio, y de una vigorosa resistencia que el Morro comandado por D. Luis Vicente de Velasco le hizo por cincuenta y seis dias; tomó, capitulando la ciudad bajo de honrosas condiciones, posesion de ella en nombre del rey de la Gran Bretaña á los 14 de agosto de 1762. Pocos meses despues, hechas las paces, volvió á la corona de España, en que actualmente repara sus fuerzas, y espera con nuevas fortificaciones hacerse cada dia mas respetable á los enemigos de la corona.

Ejercicio en la Habana.

No hemos creido agena de nuestro asunto esta pequeña digresion en memoria de una ciudad donde tuvo nuestra provincia su primera residencia, que tanto hizo por no dejar salir de su pais á los primeros misioneros, y que habiendo dado despues un insigne colegio, á ninguna cede en el aprecio y estimacion de la Compañía, como lo dará á conocer la serie de esta historia. En la Habana dividido entre dos sujetos un inmenso trabajo, el padre Juan Rogel predicaba algunos dias, y todos sin interrupcion los daba al confesonario. El hermano Francisco Villareal, que aunque coadjutor tenia suficientes luces de filosofía y teología, que habia cursado ántes de entrar en la religion, hacia cada dia fervorosas exhortaciones, y esplicaba al pueblo la doctrina cristiana. Despues de algunos dias de este ejercicio publicaron el jubileo. Fué extraordinaria la conmocion de toda la ciudad, dándose prisa todos por ser los primeros en lograr el riquísimo tesoro de la iglesia santa, que francamente se les abria. Quien viere lo que en una de estas ocasiones suelen trabajar nuestros operarios, aun cuando son muchos, y por mas ordinaria no tan general la conmocion, se podrá hacer cargo del trabajo de dos hombres solos, en medio de un gentío numeroso, y en aquellos piadosos movimientos que suele causar la voz de la verdad anunciada con fervor, y sostenida de un modo de vivir austero, y verdaderamente apostólico.

[illegible] la vida de los dos jesuitas en la Habana, cuando llegó a ella el adelantado *D. Pedro Melendez de Aviles*, que era tambien gobernador d[illegible] aquella plaza. Informado de la venida de los misioneros y de la [illegible] del padre Pedro Martinez por los marineros, que de entre las [illegible] de los bárbaros habian huido en la lancha; partió luego de S. [illegible] para conducirlos con seguridad á la Florida. Los dos compa[illegible], como no [illegible] de la robustez del cuerpo corresponder al fuego y ac[illegible] del espíritu, se habian pocos dias ántes rendido al peso de sus glo[illegible] fatigas. Enfermaron los dos de algun cuidado. La continua asis[illegible] y cuidado de lo mas florido de la ciudad, y especialmente de D. Pedro Menendez Marquez, mostró bien cuanto se interesaban en la vida y salud de uno y otro. Habíanse un poco restablecido, y luego trata[illegible] de pasar á su primer destino. Ellos habian hallado en los pechos de aquellos ciudadanos unos corazones muy dóciles á sus piadosos con[illegible]. La semilla evangélica poco ántes sembrada, comenzaba á apa[illegible], y se lisongeaban, no sin razon, con la dulce esperanza de ver [illegible] y fructificar cada dia mas aquella viña en cristianas y heroicas [illegible]. Los habitadores del pais pretendieron por mil caminos impe[illegible] la partida. Ofreciéronles casa, obligándose á mantenerlos con sus [illegible], mientras se les proporcionaba un establecimiento cómodo. [illegible] habria encontrado motivos de evidente utilidad para [illegible] un provecho cierto, a una suerte tan dudosa. [illegible] no [illegible] suficientes estas solidísimas razones pa[illegible] para interpretar la voz del superior. Por otra parte, [illegible] en la abundancia de aquel pais, no [illegible] á los partidarios del Redentor, que [illegible] en abatimiento, en tribulacion y abati[illegible]

[illegible] de la Habana que [illegible] agradecimiento pro[illegible] lo necesario, y con la promesa de [illegible] que se intentaba fundar, se[illegible] acompañándolos no sin [illegible] en compañía del [illegible] á principios del año de[illegible] Menendez, se repartieron [illegible] pasar mas adelan[illegible] de estas regiones, pa-

ra la clara inteligencia de lo que despues habremos de decir. Bajo el nombre de Florida se comprendia antiguamente mucho mas terreno que en estos últimos tiempos. Esto dió motivo á *Monsieur Moreri* para calumniar á los españoles de que daban á la Florida mucha mayor estension de la que tenia en realidad. Pero á la verdad, por decir esto de paso, ni Janson, ni With, ni Arnaldo, Colon, Bleate, ni Gerard, ni Ortelio, ni Franjois, ni Echard, son españoles; y sin embargo, todos estos comprenden bajo el nombre de Florida á la Louisiana, y una gran parte de la Carolina, y aun los dos últimos la estienden desde el rio Pánuco hasta el de S. Mateo, que quiere decir toda la longitud del golfo mexicano, y desde el cabo de la Florida, que está en 25 grados de latitud boreal, hasta los 38. Generalmente hoy en dia por este nombre no entendemos, sino la Florida española, ó una Península desde la embocadura del rio de S. Mateo en la costa oriental, hasta el presidio de Panzacola ó rio de la Moville, por otro nombre de los Alibamovs en la costa septentrional del Seno mexicano. En esta estension de pais, ó poco mas, tenian los españoles cuatro principales presidios. Dos en la costa oriental: conviene á saber, Santa Elena y S. Agustin. En la costa occidental el de Cárlos, y veinte leguas mas adelante al Noroeste, la ciudad de Teguexta, llamada vulgarmente *Tegesta*, con el nombre de la provincia en nuestras cartas geográficas. La de Santa Elena, era antigua poblacion de que desposeyó á los franceses D. Pedro Melendez de Avilés. La de S. Agustin la habia fundado él mismo, y se aumentó considerablemente despues que por fuerza de un tratado hecho con la Francia, pareció necesario despoblar á Santa Elena. Sobre la provincia y fuerte de Cárlos, debemos advertir que ha habido en la Florida cuatro presidios ó poblaciones del mismo nombre. El primero que arriba hemos citado, se llamó Charlefort, y lo fundó Juan Ribaut con este nombre, en honor de su rey Cárlos IX. Dos años despues Renato Laudonier, fundó otro presidio con nombre de Carolino. El primero estuvo situado junto á la embocadura del rio Maio, que suele notarse en los antiguos mapas como el límite de la division, entre franceses y españoles. El segundo estuvo adelante del presidio de Santa Elena, junto al rio que hoy se llama Coletoni, y un poco mas al Sur, de donde hoy está Charles-town. Estos dos fuertes estuvieron en la costa oriental. La provincia de Cárlos que dió su nombre al fuerte de los españoles, se llamó así en honra del cacique que la gobernaba y que habia muerto pocos años ántes del arribo de

nuestros misioneros. Algunos piensan que este reyezuelo se llamaba Caulus, de donde con poca alteracion los españoles lo llamaron Cárlos. Otros creen haberse este cacique bautizado en fuerza de la predicacion de algunos misioneros que allí envió Cárlos V, como dejamos escrito, y que en memoria de este príncipe se le puso el nombre de Cárlos, como á su sucesor se le impuso despues el de Felipe. Sea como fuere, es constante que la apelacion con que se conocia el cacique, la provincia, el fuerte y la bahía, que hasta ahora lo conserva, es muy anterior á la venida de *D. Pedro Melendez;* y que aunque haya sido fundador del presidio, no pudo, como piensa el padre Florencia, haberle dado este nombre en honor de Cárlos V; pues cuando vino este gobernador á la Florida, ya habia 7 años que habia muerto, y 9, que con un inaudito ejemplo de generosidad se habia en vida enterrado en los claustros del monasterio de Yuste aquel incomparable príncipe.

Finalmente, tiene tambien de Cárlos II, rey de la gran Bretaña, el nombre de Carolina, una vasta region de nuestra América, que contiene parte de la antigua Florida, de la cual se apoderaron los ingleses por los años de 1662, y á cuya capital situada junto á la embocadura del rio *Cooper*, dieron en memoria del príncipe el nombre de Charlestown. Esto baste haber notado, para que no se confundan estos nombres, mucho mas en el presente sistema, en que, no habiendo ya quedado á los españoles ni á los franceses por el tratado de las últimas paces, parte alguna en la Florida, ni en su vecindad, seria muy fácil con los nuevos nombres, que acaso irán tomando estas provincias bajo la dominacion británica, olvidarse los antiguos límites, ó la antigua geografia política de estas regiones.

Ministerios en Florida.

El padre Juan Rogel, quedó en el presidio de Cárlos, y el hermano Villa Real, pasó á la ciudad de Teguexta, poblacion grande de indios aliados, y en que habia tambien alguna guarnicion de españoles para aprender allí la lengua del pais, y servir de catequista al padre en la conversion de los gentiles. Entretanto, por medio de algunos intérpretes, no dejaban de predicarles y esplicarles los principales artículos de nuestra religion, convenciendo al mismo tiempo de la vanidad de sus ídolos y las groseras imposturas de sus *Jawas* ó falsos sacerdotes. Estos eran despues de los Paraoustis ó caciques, las personas de mayor dignidad. Los hacia respetables al pueblo, no solo el ministerio de los altares, sino tambien el ejercicio de la medicina de que solos hacian profesion. No se tomaba resolucion alguna de consecuen-

cia entre ellos, sin que los *Javvas* tuviesen una parte muy principal en el público consejo. Es fácil concebir cuán aborrecibles se harian desde luego los predicadores de la verdad á estos ministros del infierno. Muy presto comenzaron los siervos de Dios á esperimentar entre muchas otras penalidades, los efectos del furor de los bárbaros, instigados de sus inicuos sacerdotes.

Frente de una pequeña altura donde estaba situado el fuerte de Cárlos, habia otra en que tenian un templo consagrado á sus ídolos. Consistian estos en unas espantosas máscaras de que vestidos los sacerdotes, bajaban al pueblo situado en un valle que dividia los dos collados. Aquí, como en forma de nuestras procesiones, cantando por delante las mugeres ciertos cánticos, daban por la llanura varias vueltas, y entre tanto salian los indios de sus casas, ofreciéndole sus cultos, y danzando, hasta que volvian los ídolos al templo. Entre muchas otras ocasiones, en que habian hecho, no sin dolor, testigos á los españoles y al padre de aquella ceremonia sacrílega, determinaron un dia subir al fuerte de los españoles, y pasear por allí sus ídolos, como para obligarlos á su adoracion, ó para tener en caso de ultrage algun motivo justo de rompimiento, y ocasion para deshacerse principalmente, como despues confesaron algunos, del ministro de Jesucristo. El padre lleno de celo los reprendió de su atentado, mandándolos bajar al valle; pero ellos que no pretendian sino provocarlo y hacerlo salir fuera del recinto de la fortaleza, porfiaron en subir, hasta que advertido el capitan Francisco Reinoso, bajó sobre ellos, y al primer encuentro de un golpe con el revez de la lanza, hirió en la cabeza uno de los ídolos ó enmascarados sacerdotes. Corren los bárbaros en furia á sus chozas, ármanse de sus macanas y botadores, y vuelven en número de cincuenta ó poco ménos al fuerte; pero hallando ya la tropa de los españoles puesta sobre las armas, hubieron de volverse sin intentar subir á la altura.

Entretanto el hermano Villa Real en Teguexta, hacia grandes progresos en el idioma de aquella nacion, y en medio de unos indios mas dóciles, no dejaba de lograr para el cielo algunas almas. Bautizó algunos párvulos, confirmó en la fé muchos adultos, y aun dió tambien á algunos de estos el bautismo. Entre otros, le fué de singular consuelo, el de una muger anciana cacique principal, en quien con un modo particular quiso el Señor mostrar la adorable Providencia de sus juicios en la eleccion de sus predestinados. O fuese efecto de la enfermedad,

ó singular favor del cielo, le pareció que veia ó vió en realidad un jardin deliciosísimo, y á su puerta el mismo hermano, que bautizándola, se la abria y le daba franca entrada. Lo llamó: refirióle llena de júbilo lo que acababa de ver. Pareció de una suma docilidad á las instrucciones del buen catequista, que comprendia con prontitud, y bautizada con un inmenso gozo, partió luego de esta vida á las delicias de la eterna. En esta continua alternativa de sustos y fatigas temporales, y de espirituales consuelos, habian pasado ya un año los soldados de Cristo; sin embargo, al cabo de este tiempo no se veia crecer sino muy poco el rebaño del buen pastor. Habianse plantado algunas cruces grandes en ciertos lugares para juntar cerca de aquella victoriosa señal los niños y los adultos, é instruirlos en los dogmas católicos. Adultos se bautizaban muy pocos, y los mas volvian muy breve, con descrédito de la religion al gentilismo. Los niños pocos que se juntaban á cantar la doctrina, no repetian otras voces, que las que les sugeria la necesidad y la hambre. El padre Juan Rogel para acariciarlos, les repartió por algun tiempo alguna porcion de maiz, con que informado de los trabajos de aquella mision, le habia socorrido el Illmo. Sr. obispo de Yucatán, D. Fr. Francisco del Toral, del órden seráfico. En este intervalo, concurrian los indizuelos en gran número. Acabado el maiz, acabó tambien aquella interesada devocion. En medio de tantos desconsuelos, un tenue rayo de esperanza animaba á los misioneros al trabajo. Habíase descubierto no se qué conjuracion, que tramaba contra los españoles el cacique D. Cárlos, por lo cual pareció necesario hacerlo morir prontamente. Succedióle otro cacique mas fiel para con nuestra nacion, y tomando el nombre de D. Felipe, dió grandes esperanzas, de que en volviendo de España el adelantado, se bautizaria con toda su familia, y haria cuanto pudiera para traer toda la nacion al redil de la Iglesia. Oía entretanto las exhortaciones é instrucciones del padre; pero muy en breve mostró cuanto se podia contar sobre sus repetidas promesas. Intentó casarse con una hermana suya. El padre mirándolo en cualidad de catecúmeno, le representó con energía cuán contrario era esto á la santidad de nuestra religion, que deberia, segun habia dicho, profesar muy en breve. Respondió friamente, que en bautizándose repudiaria á su hermana, que entretanto no podia dejar de acomodarse á la costumbre del pais, en cuyas leyes aquel género de matrimonio, no solo era permitido, pero aun se juzgaba necesario. Pareció conducente al padre Rogel, hacer

viage á la Habana, para recoger algunas limosnas, y procurarles tambien el necesario socorro á los soldados, que con la ausencia de D. Pedro Melendez, padecian cuasi las mismas necesidades que los indios.

Partió en efecto bien seguro de la generosidad de aquellas gentes que habia esperimentado bastantemente.

Envíase nuevo socorro de misioneros.

Con los informes de D. Pedro Melendez en España, donde habia llegado á fines del año de 67, y con la noticia de la muerte del padre Pedro Martinez, en vez de enfriarse los ánimos, creció en los predicadores del Evangelio el deseo de convertir almas y derramar por tan bella causa la sangre. Señaló S. Francisco de Borja seis, tres padres y tres coadjutores, que fueron los padres Juan Bautista de Segura, Gonzalo del Alamo y Antonio Sedeño; y los hermanos Juan de la Carrera, Pedro Linares y Domingo Augustin, por otro nombre Domingo Vaez, y algunos jóvenes de esperanzas que pretendian entrar en la Compañía, y quisieron sujetarse á la prueba de una mision tan trabajosa. Mandóles el santo general, que estuviesen á las órdenes del padre Gerónimo Portillo, destinado provincial del Perú, que entónces residia en Sevilla. Por su órden constituido vice-provincial el padre Juan Bautista de Segura, se hizo con sus compañeros á la vela del puerto de S. Lúcar el dia 13 de marzo de 1568. A los ocho dias de una feliz navegacion llegaron á las islas Canarias. Habia allí llegado el año ántes su Illmo. obispo D. Bartolomé de Torres, hombre igualmente grande en la santidad y erudicion: habia traido consigo al padre Diego Lopez, varon apostólico, que con su vida ejemplar, con su cristiana elocuencia, á que en presencia del santo prelado y de todo el pueblo, habia cooperado el Señor con uno ú otro prodigio, se habia merecido la estimacion y los respetos de aquellas piadosas gentes. El dia 1.º de febrero de este mismo año de 68, acababa de morir en su ejercicio pastoral, visitando su diócesis el celosísimo obispo, dejando á su grey como en testamento un tiernísimo afecto á la Compañía, á quien para la fundacion de varios colegios en las islas, habia destinado lo mejor y mas bien parado de sus bienes. Los isleños, que como en prendas de la fundacion habian hecho piadosa violencia al padre Lopez para no dejarle salir de su pais, viendo llegar con su nueva mision al padre Segura, los recibieron con las mas sinceras demostraciones de veneracion y de ternura. Pasaron aquí ayudando al padre Diego Lopez el resto de la cuaresma; y celebrados devotísimamente con grande fruto de conversiones los misterios de nuestra redencion, se

hicieron á la vela, y despues de una breve detencion en Puerto Rico, llegaron con felicidad al puerto de S. Agustin á los 19 de junio de 68. Vino luego de la Habana el padre Rogel, quien como el adelantado tuvo la mortificacion de ver arruinados todos sus proyectos. El presidio de Tacobaga, al Owest de Santa Elena y 50 leguas del Cárlos, estaba todo por tierra, muertos los presidiarios. En el Teguexta, irritados los indios de la violenta muerte que habian dado los españoles á un tio del principal cacique, habian desahogado su furia contra las cruces, habian quemado sus chozas, y apartándose monte á dentro, donde impedidos los conductos por donde venia la agua al presidio, reducidas á los últimos estremos la guarnicion, fué necesario pasarla á mejor sitio en el de Santa Lucía, donde habian quedado trescientos hombres, fueron todos consumidos de la hambre, viéndose, como sabemos por algunas relaciones, (aunque no las mas propicias á la corona de España) reducidos á la durísima necesidad de alimentarse de las carnes de sus compañeros, manjar infame y mucho mas aborrecible que la hambre y que la muerte misma. Lo mismo habia acontecido en S. Mateo. Solo habian quedado en pié los presidios de S. Agustin y de Cárlos. Presentáronse al general los soldados todavía en algun número; pero pálidos, flacos, desnudos, al rigor de la hambre y del frio, y que muy en breve hubieran tenido el triste fin de sus compañeros. Aplicáronse los padres á procurarles todo el consuelo que pedia su necesidad, se les proveyó de vestido y de alimento, y atraidos con estos temporales beneficios, fué fácil hacerles conocer la mano del Señor que los afligia, y volverse á su Magestad por medio de la confesion con que se dispusieron todos para ganar el Jubileo que se promulgó inmediatamente.

Parte el padre Segura con sus compañeros á la Habana.

Dados con tanta gloria del Señor y provecho de las almas, estos primeros pasos, reconoció el vice-provincial, así por su propia esperiencia, como por los informes del padre Juan Rogel que no podia perseverar allí tanto número de misioneros, sin ser sumamente gravosos á los españoles ó á los indios amigos que apenas tenian lo necesario para su sustento. Determinó, pues, partir á la Habana á disponer allí mejor las cosas, dejando en Sutariva, pueblo de indios amigos, cercano á Santa Elena, al hermano Domingo Agustin para aprender la lengua, y en su compañía al jóven pretendiente Pedro Ruiz de Salvatierra. Nada parecia mas conveniente al padre Juan Bautista de Segura que procurar algun establecimiento á la Compañía en la Habana. La

vecindad á la Florida, la frecuencia con que llegan á aquel puerto armadas de la Nueva-España, de las costas de Tierra Firme, y de todas las islas de Barlovento, la multitud de los españoles é isleños cristianos y cultos que poblaron aquel pais, y el grande número de esclavos que allí llegan frecuentemente de la Etiopia, y lo principal, la comodidad de tener allí un seminario ó colegio para educar en letras y constumbres cristianas á los hijos de los caciques floridanos, abrian un campo dilatado en que emplearse muchos sugetos con mucha gloria del Señor. El pensamiento era muy del gusto del adelantado, que prometió concurrir de su parte para que S. M. aprobase y aun concurriese de su real erario á la fundacion del colegio. Interin la piedad de aquellos ciudadanos habia proveido á los padres de casa en que vivir, aunque con estrechura, vecina á la iglesia de S. Juan, que se les concedió tambien para sus saludables ministerios.

Su ocupacion en esta ciudad.

Aquí entregados en lo interior de su pobre casa á todos los ejercicios de la perfeccion religiosa, llenaron muy en breve toda la ciudad del suave olor de sus virtudes. No se veian en público sino trabajando en la santificacion de sus próximos. A unos encargó el padre vice-provincial la escuela é instruccion de los niños, principalmente indios hijos de los caciques de todas las islas vecinas, en cuya compañía no se desdeñaban los españoles de fiar los suyos á la direccion de nuestros hermanos. Otros se dedicaron á esplicar el catolicismo, é instruir en la doctrina cristiana á los negros esclavos, trabajo obscuro á los ojos del mundo, pero de un sumo provecho y de un sumo mérito. Unos predicaban en las plazas públicas, despues de haber corrido las calles cantando con los niños la doctrina. Otros se encargaron de predicar algunos dias seguidos en los cuarteles de los soldados, y despues en las cárceles, ni dejaban por eso de asistir en los hospitales. El padre Segura, como en la dignidad, así en la humildad y en el trabajo excedia á todos, y hubiera muy luego perdido la salud á los excesos de su actividad y de su celo, si el Illmo. Sr. D. Juan del Castillo, dignísimo obispo de aquella diócesis, no hubiera moderado su fervor, mandándole solo se encargase de los sermones de la parroquial. El fruto de estos piadosos sudores, no podemos esplicarlo mejor que con las palabras mismas de la carta anual de 69, en que se dice así á S. Francisco de Borja, entónces general. „Si todo lo que „resultó del empleo de los nuestros en la Habana, se hubiera de re„ferir por menudo, pediria propia historia y larga relacion, y aunque

„fuera contándolo con límite, pareceria superior á todo crédito. Solo „diré á V. P. M. R. que habia ya personas tan aficionadas al trato „con Dios y á la oracion mental, exámen de conciencia y ejercicios, „de mortificacion, que en cuasi todas las cosas se guiaban por las cam„panas de la Compañía, ajustando en cuanto podian su modo de vi„vir con el nuestro."

Por mucho que signifique esta sencilla espresion el provecho espiritual que se hacia en los españoles, era incomparablemente mayor el de los indios. Era un espectáculo de mucho consuelo, y que arrancaba á los circunstantes dulcísimas lágrimas ver en las principales solemnidades del año de ciento en ciento los catecúmenos, que instruidos cumplidamente de los misterios de nuestra santa fé, y apadrinados de los sugetos mas distinguidos de la ciudad, lavaban por medio del bautismo las manchas de la gentilidad en la sangre del Cordero. Habíase encomendado al hermano Juan Carrerra la instruccion de tres jóvenes hijos de principales caciques de las islas vecinas: eran los tres de vivo ingenio, y dotados de una amable sinceridad acompañada de una suavidad y señorío, que hacia sentir muy bien, aun en medio de su bárbara educacion, la nobleza de su orígen. A poco tiempo suficientemente doctrinados, instaron á lo padres, empeñándolos con el Sr. obispo, para ser admitidos al bautismo. Quiso examinarlos por sí mismo el ilustrísimo, y hallándolos muy capaces, señaló la festividad mas cercana en que su señoría pretendia autorizar la funcion echándoles el agua. El plazo pareció muy largo á los fervorosos catecúmenos. Instaron, lloraron, no dejaron persona alguna de respeto que no empeñasen para que se les abreviase el término. Causó esto alguna sospecha al prudente prelado, y de acuerdo con el gobernador y los padres, determinó probar la sinceridad de su fervor mandando que en un barco que estaba pronto á salir á dichas islas, embarcasen repentinamente á los tres jóvenes. Ejecutóse puntualmente la órden; pero fueron tan tiernas las quejas, tan sinceras las lágrimas, tal la divina elocuencia y energía de espíritu de Dios con que hablaron y suplicaron á los enviados del Sr. obispo, que enternecido este, conoció la gracia poderosa que obraba en aquellos devotos mancebos, que dentro de muy pocos dias, siendo padrinos el gobernador, y dos de las personas mas distinguidas de la ciudad, los bautizó por su propia mano con grande pompa, edificacion y espiritual consuelo de todos los que asistieron á este devotísimo espectáculo.

La serie del suceso mostró bien cuanto podemos congeturar las miras altísimas de la Providencia, y el cuidado particular con que velaba, digámoslo así, sobre las almas de aquellos tres neófitos. Los dos menos principales el mismo dia que habian nacido á Dios en el bautismo, tocados de una enfermedad, dieron muy en breve sus almas al Criador. Quedó de este golpe sumamente mortificado D. Pedro Melendez, á cuya conducta los habian fiado sus padres, y temiendo que aquellos bárbaros, la gente mas cabilosa del mundo, no lo culpase ó de negligente ó de pérfido; con estos pensamientos determinó que el tercero, que era el principal, y á cuyo padre se daba el título de rey, se embarcase luego y diese la vuelta á su pátria; pero el Señor tenia sobre él mas altos designios. Luego que supo esta resolucion el generoso jóven, pidió á Dios instantemente, que ántes de exponerlo á semejante peligro lo sacase del mundo. En esta oracion se ejercitó por algunos dias con tan viva confianza, que hablándole de su próximo viage el hermano Juan de la Carrera, no tengas cuidado de esto le replicó. Los hombres se cansan en valde. Yo estoy cierto que no he de volver á ver en este mundo á mis padres, porque muy breve iré á ver á Dios en el cielo. En efecto, enfermó dentro de pocos dias, y á pesar de todos los esfuerzos de la medicina, que con liberalidad le proveyó el adelantado, el mismo dia destinado para el embarque arribó felicísimamente al puerto de la salud. El gobernador para poner su crédito á cubierto de toda sospecha con su padre, determinó hacerle unas exequias correspondientes á su noble, aunque bárbaro nacimiento, y al amor de toda la ciudad que le habia conciliado su mérito. Asistió acompañado de todos los regidores y de los oficiales de mar y tierra, como tambien el Sr. obispo con todo su clero. Fueron testigos de estos honores muchos indios de todas las islas vecinas que habia entónces en la Habana, y satisfechos de esta honra, concurrieron despues tantos otros, que segun se dice en la anua, no les bastaba á los padres el tiempo para instruirlos, y proveerles á costa de su necesidad, de sustento y hospedage.

Vuelven algunos á la Florida.

En medio de tan gloriosas fatigas, el padre Juan Bautista de Segura, tenia siempre vueltos los ojos á la Florida, y tomaba sus medidas para pasar cuanto ántes á promulgar el Evangelio. Pareciéndole tiempo, dejó en la Habana al padre Juan Rogel para ejercitar los ministerios, y con él á los hermanos Francisco Villa Real, Juan de la Carrera y Juan de Salcedo, para cuidar de lo temporal y de la ins-

truccion de los españoles, principalmente de los indios caciques, en la escuela que habia tenido tan bellos principios. Al padre Gonzalo del Alamo, con un compañero señalé para la provincia y fuerte de Cárlos. Al padre Antonio Sedeño, con otro de los hermanos que poco ántes se habia recibido en la Compañía, mandó á Guale, provincia poco distante al Norte de Santa Elena, donde trabajaban tambien los hermanos Domínico Agustin, y Pedro Ruiz de Salvatierra. El padre vice-provincial, con el adelantado, partieron á la provincia de Teguexta favorablemente para la composicion de las ruinas pasadas. Habia vuelto de España, entre otros neófitos floridanos, un indio llamado Santiago, hermano del cacique de aquel pais, á quien por mucho tiempo habian creido muerto á manos de los españoles. Luego que lo vieron no solo vivo, sino tan honrada y distinguidamente tratado, como no hay gente mas fácil en deponer sus sentimientos y sospechas, que aquellos que por su necedad suelen ser mas prontos á concebirlas, determinaron renovar la amistad y antigua alianza con el rey católico. Se hizo esta ceremonia con toda el aparato y solemnidad que permitia el tiempo, y en testimonio, se erigió con las mayores demostraciones de regocijo y de veneracion, una cruz formada de dos grandes pinos en aquel mismo lugar donde poco ántes la habian tan indignamente ultrajado.

Por otra parte, el cacique D. Felipe, que como arriba dijimos, vuelto de España el adelantado, habia prometido bautizarse, cada dia con nuevas promesas y ratificaciones, fomentaba las esperanzas de los siervos de Dios. En consecuencia de estas fingidas espresiones cuando llegó allí D. Pedro Melendez con el padre Juan Bautista Segura, pareció haberse rendido á sus fervorosas instrucciones: con singular consuelo del misionero y del gobernador, permitió que se quebrasen y ultrajasen sus antiguos ídolos. Los soldados, que conocian mejor al pérfido cacique, no quedaron aun satisfechos, y el suceso dió breve á conocer sus dañados intentos. Poco despues de la partida del adelantado para España, estando en la provincia su sobrino D. Pedro Melendez Marquez, descubierta una conjuracion que urdia contra los españoles él, y otros catorce caciques, sus cómplices, fueron castigados de muerte. El suplicio de estos conjurados tan ilustres acabó de agriar los ánimos de los indios. Se sublevaron repentinamente, quemaron sus chozas y sus templos, y huyeron á los montes. Fué preciso desamparar el fuerte y demolerlo, no pudiendo perseverar allí los soldados por la falta de alimen-

tos. El padre Gonzalo de Alamo y su compañero tuvieron órden de retirarse á la Habana. Pero aun aquí no pudieron perseverar largo tiempo. No se abria camino alguno para la fundacion del prometido y esperado colegio. Las limosnas de los particulares no podian mantener muchos dias tanto número de sugetos. Desamparada ya tanto de los naturales como estrangeros la vecina costa de la Florida, no podia subsistir aquella especie de seminario de indios, que hasta entónces habia sido el principal objeto de aquella residencia. Las poblaciones de españoles é indios amigos que restaban en la Florida, no tenian comercio alguno con la Habana. Estas razones determinaron al padre vice-provincial á hacer pasar todos los sugetos de la isla de Cuba al continente.

Era difícil la eleccion del sitio en que se hubiesen de alojar los misioneros. En las poblaciones donde habia guarnicion española, era muy gravoso á los indios haber de partir con los presidiarios aquellos pocos alimentos, que apenas les bastaban para la vida. Los soldados, obligados de la necesidad, usaban alguna vez de la fuerza. Así el ódio de las personas, como frecuentemente acontece, hacia aborrecible la religion, y cerraba el paso al Evangélio. Se escogieron, pues, las provincias de Gualo y Santa Elena, donde se habian arruinado los antiguos presidios, y donde siendo la índole de los naturales mas apacible y dócil se podia trabajar con mas fruto. Una epidemia que asolaba aquellas provincias dió desde luego materia bastante á su caridad y á su paciencia. Corrian á todas horas del dia y de la noche de pueblo en pueblo, de choza en choza, animando al último trance á los cristianos, bautizando á los catecúmenos, anunciando el reino de Dios á los gentiles, y procurándoles en lo espiritual y temporal todos los alivios que podian. Tuvieron la sólida satisfaccion de enviar al cielo muchos párbulos, y aun procurar segun toda apariencia la eterna salud á muchos adultos. Los enfermos, aunque bárbaros, sensibles á tan continuas demostraciones de amor, parecian comenzar á amar á sus médicos, y hacerse mas dóciles á sus sabios consejos. En fin, hubieron de ceder al trabajo, á la incomodidad de la habitacion, á la inclemencia de la estacion y del aire inficionado que respiraban en la cura de los enfermos, en la asistencia de los moribundos, en la sepultura de los muertos. Fueron todos succesivamente tocados de la peste; pero se contentó el Señor con una sola víctima: murió el hermano Domingo Agustin, por otro nombre Baez. Apenas podia haber caido la suerte sobre

Incomodidades y peste del pais.

Enferman todos y muere el hermano Domingo.

otro que hiciese mas falta á la mision. Destinado desde luego que llegó de Europa por su rara habilidad para aprender en Saturiva la lengua del pais, á los seis meses la poseia tan perfectamente, que pudo traducir á ella el catecismo, y componer un arte que fué de mucha utilidad á sus compañeros, de una alegría de ánimo, y un celo de la gloria de Dios á prueba de los mayores trabajos. Era de una familia muy distinguida en las islas Canarias, y habia hecho en la retórica, filosofía y teología grandes progresos en Salamanca; pero fué incomparablemente mayor la humildad con que pretendió ocultar todas estas brillantes cualidades en el humilde estado de coadjutor temporal.

Fruto de la mision.

Pasada esta borrasca, y muchos meses despues con suma trabajo de los padres, ya no parecia quedar medio alguno para la conversion de los floridanos. Con la peste acabó juntamente su agradecimiento y su docilidad. El padre Juan Rogel y el hermano Juan Carrera en Santa Elena, el padre Sedeño y el hermano Villa-Real en Guale, habian sudado un año sin otro fruto que el de su paciencia y de su mérito. Los indios cada dia mas groseros y mas bárbaros, no oian con gusto las instrucciones, sino cuando se acompañaban con el alimento. Con alguna atencion superficial á ciertos artículos de nuestra religion en tratándoles de las penas preparadas despues de la muerte, ó á los impíos de la imortalidad de nuestras almas, cerraban enteramente los oidos. El espediente que se habia tomado de retirarse á las provincias de Huale y Santa Elena, algo distantes de los presidios españoles, y que habia sucedido felizmente hasta entónces, se halló despues espuesto á las mismas y aun mayores dificultades. La escasez de alimentos obligaba á los soldados del presidio á hacer algunas escursiones en las provincias vecinas. Los indios que no podian sin un sumo dolor verse violentamente privados del necesario sustento, y espuestos á todos los rigores del hambre, buscaban amparo y defensa en los misioneros. Así estos que ni quisieran faltar á la necesidad de los españoles, ni dejar de mirar por la inocencia de los afligidos indios, se hacian á unos y á otros aborrecibles igualmente. Venia el padre Luis de Quiroz destinado de nuestro padre general, en lugar del padre Gonzalo del Alamo, hombre de raros talentos, pero para la cátedra y el púlpito, no para los bosques y las chozas, en que sin poderse servir de su literatura dañaba mas con la delicadeza de su genio y dureza de su juicio. Tuvo órden el padre Alamo de pasar á Europa, y partió luego. Pensaba el padre Segura entrar mas adentro de la tierra ácia

la provincia de Axacan, distante como ciento y setenta leguas al Norte de Santa Elena, á los 37 grados de latitud.

Noticia del cacique Don Luis.

Habia inclinado al padre á tomar esta resolucion un indio natural de aquella region, que habia venido de la Habana acompañando á los padres. Era éste hermano del cacique de Axacan, y algunos años ántes pasando por allí para Nueva-España unos misioneros del órden de predicadores, partió con ellos á México, donde instruido con prontitud en los dogmas de nuestra fé, fué con grande solemnidad bautizado y llamado *Luis*, en honra de D. Luis de Velasco, segundo virey de México, que tuvo la dignacion de ser su padrino. De aquí pasó á España, y en atencion á su ilustre nacimiento, que acompañaba un entendimiento pronto y un esterior agradable, le honró el Sr. D. Felipe II manteniéndolo á sus reales espensas todo el tiempo que estuvo en la corte. Volvió de Europa en compañía de unos religiosos de Sto. Domingo con el destino de ayudarlos en la conversion de su nacion; pero habiéndose impedido no se con qué ocasion el pasage de estos misioneros á la Florida, celoso de la reduccion de sus compatriotas se agregó á nuestros padres. Verosímilmente no podia encontrar el padre vice-provincial socorro mas oportuno para sus piadosos proyectos. La restitucion á su patria de un personage tan distinguido entre los suyos, sus maneras dulces é insinuantes, su fervor y celo para la religion, el agradecimiento que profesaba á la honrosa acogida que habia debido á D. Luis de Velasco, la liberalidad y honra de que se habia visto colmado en la corte del mayor monarca de Europa, su ingénio agudo y vivo acostumbrado ya al modo de tratar de los europeos, la piedad con que se llegaba con frecuencia á la participacion de los sagrados misterios: todo conspiraba á hacer creer que depuesta toda la perfidia y ferocidad de su nativo clima, se tendria en D. Luis no solo un cabal intérprete y un fiel amigo, sino tambien un fervoroso catequista.

Parte el padre Segura con sus compañeros á América.

Juntó el padre vice-provincial en Santa Elena á los padres para comunicarles su resolucion; pero nunca quiso poner en consulta quienes habian de ir á aquella peligrosa espedicion, queriendo tomar sobre sus hombros todo el trabajo, aunque los padres Sedeño y Rogel se le ofrecieron muchas veces con las mayores veras. Resuelto el viage tomó consigo el padre Segura, al padre Luis de Quiroz con seis hermanos. Gabriel Gomez, Sancho Cevallos, Juan Bautista Mendez, Pedro de Linares, Gabriel de Solis, y Cristobal Redondo. Fuera de estos, iba D. Luis y un niño hijo de un vecino español de Santa Elena, llamado

Alonso. Todos los padres y hermanos que cultivaban las provincias de Guale y Santa Elena, tuvieron órden de retirarse á la Habana. El vice-provincial y sus compañeros se embarcaron en un puerto cercano á Santa Elena para Axacan á fines de agosto, despues de haber con fervorosa oracion y otras muchas obras de virtud encomendado á Dios el éxito feliz de una empresa, que no tenia otro objeto que la gloria de su santo nombre. Llegaron á la provincia de Axacan, que hoy en dia en poder de la Inglaterra, hace parte de la nueva Georgía y la Virginia, á los 11 de setiembre, y dieron fondo en el mismo puerto de Santa María, (hoy S. George) patria del cacique D. Luis. Luego que pusieron pié en tierra, mandó el padre Segura al capitan del barco que con toda su tripulacion y soldados volviese á Santa Elena, de donde no debia volver á aquel puerto sino despues de cuatro meses á traer las nenecesarias provisiones de que dejaba encargado al padre Juan Rogel. No faltaron al hombre de Dios fuertes razones para determinarlo á una accion que á los ojos de la prudencia humana pudiera parecer temeridad. Seguramente las costumbres de la tropa y gente de mar, no eran las mas apropósito para confirmar con su ejemplo la ley santa que se iba á predicar á los gentiles. La tierra no era tan abundante de alimentos que se pudiesen mantener todas aquellas gentes, sin notable incomodidad de los naturales, y dejarlos espuestos á las vejaciones ordinarias, era sofocar desde luego la semilla del Evangelio que se procuraba fomentar con el sudor y con la sangre.

Conducta de Don Luis.

Por otra parte, no se tenia motivo alguno para desconfiar del cacique D. Luis. Fuera de la piedad para con Dios y de la amistad para con los padres, que hasta allí habia observado constantemente en toda su conducta, acababa de darles pruebas bien sinceras de su fidelidad y su fervor. Luego que se presentó á sus gentes sobrecogidas del gozo de verlo despues de tantos años restituido á su patria, valiéndose de aquellos primeros movimientos de alegría, los interesó para que entre todos se fabricase á los padres una casa capaz, aunque grosera, y una hermita ó pequeña capilla, donde se celebrasen con decencia los sacrosantos misterios. A su arribo habia muerto el cacique de Axacan su hermano mayor, y actualmente mandaba en la provincia otro menor que D. Luis. Vióse entónces con un ejemplo digno de proponerse á los mas cultos pueblos de la Europa, cuanto la grandeza de alma y la nobleza sostenida de un buen fondo de equidad, es superior á la mas grosera educacion, y á la barbaridad del clima. El hermano menor re-

conociendo en D. Luis la prerogativa del nacimiento, vino luego á ofrecerle el mando de toda aquella region la mas grande y la mas bien poblada de la Florida, en cuya posesion, decia, no habia entrado sino por la ausencia de su hermano, á quien la naturaleza daba sobre él y sobre toda la nacion un derecho incontestable. D. Luis, á quien fuera de su grande génio, acompañaba una instruccion pulida, é ilustraban las luces de la fé, no se dejó vencer en generosidad de su menor hermano. La fortuna, dijo, quitando los hijos á mi hermano y sacándome á mí de mi patria, ha depositado en vuestras manos las riendas del gobierno. Vos estais amado de vuestros súbditos, temido de vuestros enemigos, y que unos y otros me mirarian á mí como estrangero. Por mucho derecho que me asista para pretender el mando ó para aceptarlo de vuestras manos, no quiera Dios se piense de mí que haya sido este el motivo de restituirme á los mios. No, mi amado hermano: yo no he venido á despojaros de vuestros dominios, sino á contribuir solamente de mi parte al celo de estos piadosos hombres, que dejando su patria, y sacrificándose á los mayores trabajos, os vienen á anunciar el reino de Dios vivo, de quien por mi dicha soy, y quiero ser uno de los adoradores mas sinceros.

Con estos ejemplos y espresiones de D. Luis, comenzaron los bárbaros á tener en gran veneracion á los siervos de Dios, y á dar favorables oidos á sus consejos de paz. Por siete continuos años habia sido aquella gente trabajada de una epidemia en que tuvieron bastante que fatigarse los padres, con quienes de concierto obraba en todo D. Luis. Así pasaban llenos de esperanza hasta fines del año. D. Luis, entónces, dejado el vestido europeo, de que hasta entónces habia usado, apareció un dia repentinamente en el trage de su nacion, protestando, que lo hacia por no disgustar á sus gentes, y atraerlas con mas dulzura á sus designios. Se vió muy presto como con el trage se habia vestido otra vez de toda la corrupcion de su pais, y esperimentaron los padres, cuanto es dificil que vuelva la fiera á su bosque nativo, sin que deponga toda aquella mansedumbre, que contra su natural inclinacion habia aprendido en las jaulas. Ya no asistia con tanta frecuencia á las exhortaciones de los padres. La libertad, el ejemplo de los suyos, la impunidad en los mayores delitos, habian tentado su corazon, y el amor á las mugeres acabó de corromperlo enteramente. La cualidad de cacique le permitia tener muchas á un tiempo. Los padres Segura y Quiroz, á quienes dolia infinitamente verse arancar de entre las ma- Su mudanza y obstinacion

nos aquella alma, y con ella todo el fruto de sus trabajos y toda la salud de la Florida, con ruegos, con amenazas de parte de la justicia de Dios, y mas que todo con lágrimas y continua oracion á su Magestad, procuraban ganar otra vez aquella oveja descarriada. Pero la maldad habia echado ya muy hondas raices en el ánimo de D. Luis. La corrupcion pasa muy fácilmente del corazon al espíritu, y la impureza lo llevó como en otro tiempo á Salomon, á la mas infame apostasía. Cansado de las exhortaciones de los padres á quienes no miraba ya sino como tiranos de su libertad, se retiró de su patria cinco leguas á dentro. Usáronse todos los medios que sugeria la caridad industriosa para hacerlo volver: súplicas, sumisiones, promesas, todo fué inútil.

Ocupacion de los misioneros y razonamientos del padre Segura

Los misioneros reducidos á la estrechez de su pobre choza, sin intérprete de quien pudiesen informarse en una espantosa soledad, no se miraban, sino como víctimas destinadas al sacrificio. La oracion y leccion, las obras de penitencia, las pias y fervorosas conversaciones, la meditacion de la vida gloriosa, y sobre todo, la mesa sagrada á que se llegaban humilde y devotamente los mas dias, era el único manjar de que se sustentaban faltos ya aun de los corporales alimentos por haber tardado el barco, que á los cuatro meses esperaban de la Habana. Llegóse el dia 2 de febrero, y habiendo todos con devota ternura y muchísimas lágrimas, recibido el cuerpo del Señor, el padre vice-provincial les habló á todos juntos de esta manera: „Vednos aquí, hermanos mios, reducidos á la gloriosa necesidad de morir por Jesucristo. Por aquí está el Océano: por aquí estamos de todas partes cercados de los enemigos. Yo haria injuria á vuestra religiosidad en acordaros los motivos, que dejado el descanso de los colegios de Europa, nos ha traido á estos desiertos, y de la bella causa, porque estamos, segun discurro, en vísperas de acabar nuestros dias. Yo pretendo enviar tercera embajada á D. Luis. Bien imagino que esto no es sino darle la señal de acometer; pero la caridad y la necesidad me obligan. Nosotros demos gracias á Dios que no podemos huir de la felicidad que su Magestad nos ha preparado, y ofrezcamos desde ahora el holocausto de nuestra vida á gloria de su santo nombre, y confirmacion de la fé, y doctrina santísima que profesamos." Estas palabras proferidas con un fervor y valentía de espíritu movido de Dios, arrancaron suavísimas lágrimas á los oyentes penetrados de los mismos sentimientos, y pasaron aquel dia todo en oracion y ejercicios de piedad. A la mañana mandó el padre Segura al padre Luis de Quiroz, con los hermanos Gabriel

de Solís y Juan Bautista Mendez, para procurar que volviese D. Luis. Partieron á una comision tan peligrosa con la prontitud y alegría que no se puede esplicar bastantemente. Se habia escogido al padre Quiroz por el especial amor y confianza que hasta entónces le habia profesado el cacique. Los recibió éste con bastantes apariencias de amistad, se escusó con cortedad y con respeto de su tardanza, y les prometió que á la mañana seguramente iria.

Traicion de Don Luis, y muerte de los ocho misioneros.

Consolado el padre Quiroz y sus compañeros con estas espresiones, que les parecieron muy sinceras, se volvieron á la tarde al puesto; pero como era algo dilatado, les cogió la noche en el camino. Cumplió D. Luis exactamente su palabra. Partió luego al anochecer tras ellos. Alcanzó á los tres enviados en su viage. La noche ocultaba las flechas de que venia armado, y la fiereza del semblante; pero no la tropa que lo acompañaba. Causó esto alguna sospecha; sin embargo, el padre Quiroz lo saludó amigablemente. La respuesta fué una saeta, de que atravesado el corazon, cayó muerto. Corrió el traidor á despojar el cuerpo, miéntras sus compañeros con las flechas y las macanas enviaron al cielo á los hermanos Gabriel de Solís y Juan Bautista Mendez; juntaron los cadáveres para quemarlos, aunque no sé con qué motivo lo dejaron de hacer, y volvieron cargados de los pobres y religiosos despojos con grandes alaridos á su pueblo. Pasados algunos pocos dias, viéndose el apóstata D. Luis necesitado á acabar con los misioneros, y pensando que con algunas pocas hachas y machetes que tenian, y habian visto traer para sus usos domésticos, pudiesen los cinco que quedaban defenderse de su violencia, mandó muy de mañana unos indios, que con pretesto de ir á hacer leña al monte, les pidiesen prestados aquellos instrumentos. El artificio era bastantemente grosero; pero los siervos de Dios, que aunque por la tardanza de los tres compañeros, habian entrado en vehemente sospecha, á imitacion del Salvador del mundo, no pensaban defenderse con este género de armas, ántes estaban mas deseosos de recibir la muerte por Jesucristo que sus enemigos de dársela, no creyeron deberles dar algun motivo de resentimiento. Luego que los tuvieron á su parecer desarmados, corrieron al monte, donde encontrando al hermano Sancho Cevallos que habia ido á buscar leña para aderezar su pobre sustento, le dieron cruel muerte. Juntáronse con D. Luis, que los esperaba, y corriendo todos con horribles gritos á la casa de los padres, el apóstata vestido de los despojos de los muertos, como que por ser el mas malvado de los hom-

bres tuviese derecho para escojer la mejor víctima, entrando en el aposento del padre Juan Bautista Segura, le hendió con una hacha la cabeza. Lo mismo ejecutó su bárbara tropa con los tres hermanos, Gabriel Gomez, Pedro Linares y Cristóbal Redondo.

Este éxito tuvo la espedicion del padre Juan Bautista de Segura á la Florida, region infeliz en que no podemos dejar de admirar con espanto la profundidad de los juicios Dios. Regada con la sangre de tantos fervorosos misioneros, primero, de la órden de predicadores, bajo la conducta del V. siervo de Dios Fr. Luis de Balbastro, despues de los de la Compañía de Jesus, y últimamente, cultivada por doscientos años de la seráfica familia, como la sangrienta Jerusalen, sin ceder jamas la indomable ferocidad de sus naturales, solo parece haber subsistido en ella este tiempo la nacion española, y con ella la verdadera religion, para justificar la causa del Señor, hasta que colmada la medida de su iniquidad, ha cedido en estos mismos años por el tratado de las últimas paces, enteramente á la Inglaterra; y consumido el dia 12 de marzo de 1763 el adorable Sacramento, no sin un gravísimo dolor de todos los católicos, se ha negado su Magestad á una nacion infame, dejándola fuera de su Iglesia santa, y haciendo parte de aquel pueblo infeliz, *cui iratus est Dominus in æternum.*

Muerte del padre Segura

Al padre Juan Bautista de Segura dió cuna Toledo, estudios Alcalá, con no pocas aclamaciones de su raro talento, que le mereció la borla de maestro. Entrado en la Compañía pretendió instantemente el grado ínfimo de coadjutor temporal, ni subió sino obligado de la obediencia al sacerdocio, ni despues de ordenado se hubiera atrevido jamas á celebrar el primer sacrificio, si no lo hubieran compelido los superiores. Esta humildad profunda, este respetuoso temor, fueron como los ejes de toda su vida religiosa. S. Francisco de Borja, aquel espíritu ilustrado, y guiado siempre del cielo, lo destinó rector del colegio de Villimar; de allí pasó con el mismo cargo á Monterey para que debiese aquel colegio, reciente fundacion del conde del mismo título, las primicias del espíritu á uno de los mas fervorosos operarios de aquel tiempo. De Monterey salió para rector de Valladolid, y de aquí para la mision de la Florida, donde le esperaba la corona.

Noticia del padre Quiroz y los restantes.

El padre Luis de Quiroz era de una de las familias mas ilustres de Sevilla; habia allí entrado en la Compañía, y pasado á poner como un noviciado de su mision apostólica en el colegio que en el Albaisin de Granada tiene la Compañía para la instruccion y educacion de los

moriscos. Solo sabémos de su carácter, que era de una inocencia, candor y suavidad de costumbres, que lo hacian estremadamente amable á los hombres, y que le hicieron, segun toda apariencia, digno holocausto de las aras del Señor. De los seis hermanos que murieron, Pedro Linares, Gabriel Gomez, y Juan Bautista Mendez, habian sido admitidos en España. El hermano Sancho Cevallos y Cristobal Redondo, habian venido con el padre Segura en cualidad de pretendientes, y probados suficientemente en el largo viage y algunos meses en la Habana, tomaron allí la ropa. El hermano Gabriel de Solís era de un ilustre orígen, y sobrino del adelantado D. Pedro Melendez, á cuya sombra le brindaba el mundo con mil esperanzas. Edificado de las costumbres y la austera vida de los misioneros en la Florida, pretendió vivamente ser de su número, y lo consiguió para ser muy breve compañero de su triunfo. Esto es lo que hemos podido decir con certidumbre de estos gloriosos varones, y no hay duda sino que serian en la piedad y religiosidad muy conformes á aquellos á quienes, cómo tomándole á S. Leon las palabras, dijo muy bien el padre Florencia: *et electio pares, et labor similes, et finis fecit aequales.*

Entre el tumulto y la confusion de aquella horrible escena, el niño Alonso, que como dijimos, para que les ayudase á misa y sirviese de intérprete, habian llevado consigo los padres, sin tener lugar seguro, corria por las calles bañado en lágrimas. El cacique hermano de D. Luis, en quien parece habia quedado algun rastro de humanidad, de que se habia despejado el pérfido apóstata, lo acogió benignamente, y lo escondió para hurtarlo al furor de su malvado hermano; pero D. Luis no habia pretendido apagar su cólera sino en la sangre de aquellos que querian sujetar su libertad al yugo de Jesucristo. Así permitió el Señor que cegándose aquel bárbaro, dejase en Alonso un testigo tanto ménos sospechoso, cuanto mas sencillo de su maldad y de las maravillas de Dios, y un argumento evidente é irrefragable de la gloriosísima causa que le habia movido á deshacerse de los misioneros. Hízole traer á su presencia D. Luis. Un extraordinario consuelo de creer que iba á morir por Jesucristo, le enjugó repentinamente las lágrimas. Presentóse con un denuedo muy superior á su edad, dispuesto, como repetia despues, á confesar la fé, y á acompañar á sus amados padres. Vive seguro entre nosotros, (le dijo el tirano) que solo hemos procurado quitar de nuestra vista unos importunos censores de nuestras acciones. Ya estamos en posesion de nuestra libertad. Ven conmigo, daremos sepultura á los cuerpos, segun el rito que he visto usar á los cristianos.

Dejan con vida al niño.

muy vecinos á los cayos ó islotes, que bordean por largo trecho el continente de la Florida. Esto dió ocasion á que uno de los indios se arrojase atrevidamente al mar. Se aseguró al otro, y se le condujo al puerto. Ni la dulzura con que se le trató en nuestra casa, en donde estuvo hospedado, ni las amenazas fueron bastantes para hacerle descubrir la verdad. El adelantado, que poco ántes habia venido de España, y tenia que navegar allá muy en breve, determinó pasar por Axacan para averiguar la verdad de un hecho, de donde dependia todo el fruto de sus conquistas. Llevó consigo á los padres Juan Rogel, y á los hermanos Carrera y Villa Real. Entró en la tierra escoltado de tropa suficiente. Los indios habian huido al monte. Se encontró con el niño Alonso, de quien se supo puntualmente lo sucedido. Se les siguó el alcance á los fugitivos: se hubieron á las manos ocho ó diez de los parricidas, y se les dió sentencia de muerte. Se instuyeron, se bautizaron, y á lo que podemos congeturar, movido el Señor á los clamores de aquella sangre inocente que pedia el perdon de sus enemigos, entraron á la parte de la herencia eterna.

Excito de D. Luis.

Concluida la ejecucion, pidió el padre Rogel al gobernador le concediese una escolta de soldados para entrar al lugar de D. Luis, y trasladar de allí á la Habana los huesos venerables de sus amados compañeros. Estaba la estacion muy avanzada para el viage de Europa, y no pudo D. Pedro Melendez condescender con tan piadosa peticion. Prometió que á la vuelta, él mismo en persona pasaria á ejecutarlo. D. Luis, mucho ántes de esta espedicion se habia desaparecido de su pueblo y de sus gentes. Huyendo de los españoles y de aquel sepulcro, testigo de la fé, á que tan vergonzosamente habia faltado á Dios y á los hombres, se retiró lo mas léjos que podia, monte á dentro. El padre Tannero en el elogio de estos gloriosos varones, y el padre Sachino en el lib. 8 de la historia general de la Compañía, sobre opinion comun muy valida en aquellos tiempos inmediatos en la Florida y en la Habana, escriben: que acongojado de los remordimientos de su conciencia, y apartado de todo comercio humano, pasó en el fondo de los bosques el resto de sus dias en un continuo llanto. No desdice esta narracion de la piedad que mostró luego despues de pasados aquellos primeros transportes de su cólera. Perdonó la vida á aquel niño que podia y debia ser siempre testigo de su maldad. Procuró el entierro de los padres con la mayor decencia. Era dotado de un bello entendimiento, á que se añadia una muy cristiana educacion, y el ejercicio

que habia tenido hasta entónces de una constante virtud, sobre todo la oracion misma de aquellos á quienes dió la muerte, y la infinita clemencia de nuestro Dios nos hace gustosamente creer que pudo conducirlo á un sincero y saludable arrepentimiento.

Descripcion general de N. España.

Mientras el terreno infeliz de la Florida no producia sino abrojos y zarzales bajo los piés de sus apostólicos ministros, la providencia del Señor preparaba á la Compañía de Jesus un suelo afortunado en que se lograse con infinitas creces el fruto de sus trabajos. Habia cincuenta años que Hernando Cortés, general de las armas españolas, habia conquistado á la corona de Castilla la imperial ciudad de México, justamente aquel mismo año en que S. Ignacio de Loyola, dejadas las grandes esperanzas que le daba su nacimiento y su valor, habia pasado de la milicia del César á la de Cristo, como que ni á la fama de Cárlos V ni al celo de Ignacio bastasen los estrechos límites del antiguo mundo. De México se estendieron las conquistas con increible rapidez á todas las regiones vecinas, y se dió el nombre de Nueva-España á todo aquel gran pais, que por mas de seiscientas leguas se estiende desde el rio y fuerte de Chagres en la costa oriental del itsmo de Panamá, hasta el rio Bravo ó rio del Norte, que por la parte septentrional la divide del Nuevo-México. El gobierno civil está dividido en tres audiencias ó chancillerías residentes en México, Santiago de Guatemala y Guadalajara. El eclesiástico en diez obispados y dos arzobispados. El arzobispo de México tiene por sufragáneos los obispos de Tlaxcala ó Puebla de los Angeles, de Oaxaca, Yucatán, Guadalajara, Michoacán y Durango. ‡ El arzobispo de Guatemala tiene á los obispos de Chiapa, Nicaragua y Honduras. Hablar de la riqueza, de la estension y de la fecundidad de estos vastos paises, sería ocioso despues de lo que con tanta curiosidad como exactitud han escrito los naturales y estrangeros. Sin embargo, no podemos escusarnos de apuntar algunas particularidades, que acaso serán mas del gusto de nuestro siglo. Parece que la naturaleza ha hecho en las demas partes un ligero ensayo de lo que quería perfeccionar en la América, y singularmente en la Nueva-España, que es como el centro de toda ella. Dejo aparte la fertilidad de sus campos, que cuasi sin respeto á las estaciones del año vuelven con prodigiosa multiplicacion las semillas en cualquiera tiempo que se siembren. Dejo la fecundidad de sus

‡ Hecha la independencia se ha agregado el de Chiapas.

[illegible], de que sin interrupcion alguna han pasado á España tantos millones en espacio de dos siglos, sin otras muchas que se descubren cada dia, y que no pueden á proporcion cultivarse por las precauciones que ha parecido tomar á nuestros reyes. Dejo la infinita variedad de sus maderas, de sus frutas igualmente abundantes en todas las estaciones del año, de sus pescas tanto en los rios, como en las costas de sus mares, solo si no podemos dejar de ponderar la multitud innumerable de sus antiguos habitadores. Leyendo las historias de los antiguos mexicanos, y de aquellos que fueron testigos oculares en los primeros tiempos de la conquista, como Bernal Diaz del Castillo, Gomara, Fr. Bartolomé de las Casas y otros semejantes, podrá formarse alguna idea de su número, y mucho mayor si se atiende á las epidemias que en diferentes años han asolado estas regiones. En la del año de 1575, que duró hasta los fines de 79 á diligencia del Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, que gobernaba entónces, se averiguó haber muerto mas de dos millones de los naturales. Subió aun mas en la antecedente epidemia de 65, y mucho mas en la que siguió inmediatamente al sitio y toma de la ciudad de México por los años de 1525. Sin embargo, á pesar de tan lamentables estragos, en la relacion impresa del famoso desagüe, escrita por D. Fernando de Zepeda, y publicada el año de 1637, hallamos haber trabajado en esta obra importante desde 28 de noviembre de 1607 hasta 7 de mayo de 1608, 471,151 indios, y 1,666 indias que les asistian para el necesario sustento. Argumento grande de la innumerable multitud de los habitadores, y de la incomparable grandeza de los emperadores mexicanos de que á principios del siglo pasado apénas habia quedado ya una tercia parte.

A proporcion de la multitud de sus habitadores era y es la de sus montes, la de sus rios, la de sus llanos y sus bosques, que por todas partes les proveian habitaciones cómodas y oportuno sustento. Entre sus montes se encuentran varias cordilleras nada inferiores á los Alpes y Pirineos. Desde cinco leguas de la Veracruz hasta el confin de los obispados de Puebla y Oaxaca, corre la encumbrada sierra del Cofre que los naturales llaman *Xaupatheutli*, como si dijésemos *cuatro veces señor*, por estar persuadidos, aun á la simple vista, á que eran estos montes cuatro veces mas altos que el de *Xuchimilco*, cinco leguas al Sur de de México, á quien llamaron *Teuhtli*. Se distinguen en esta cordillera el Cofre de Perote, y en otro de sus ramos el famoso volcan de Orizava, que segun la observacion de un misionero frances en el

presente siglo excede en mucho al pico de Tenerife, que hasta ahora se habia tenido por el monte mas alto de la tierra. Otra cordillera divide las provincias de Nicaragua y Honduras, y se estiende ácia el Sur hasta el itsmo de Panamá. En esta angostura un alto monte ofrece la vista del uno y otro mar. Es tambien famoso en esta cordillera el volcan de Masaya, distante cinco leguas del mar del Sur; la subida es declive y fácil la cima, tiene una llanura de quinientos pasos en contorno, y en medio un pozo como de treinta pasos de diámetro, desde cuyo brocal se ve en el plan, como á cuarenta brazas de distancia, un fuego como de metal derretido en un continuo hervor de que tal vez salen á fuera llamas muy claras, y que dicen haberse visto á treinta leguas de distancia por el mar del Sur. El Illmo. Sr. D. Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, tuvo la curiosidad de ir de noche á su falda y de rezar alguna parte de las horas, sin mas luz que la que comunicaba la llama misma del volcan. Cerca de la ciudad de Guatemala, y entre los confines de este obispado y el de Chiapa, corren otros montes hasta comunicarse con los Miges y los Chontales en la vecindad del obispado de Oaxaca. A la ciudad de Santiago de Guatemala tienen en continuo susto por sus temblores y erupciones dos vecinos volcanes. Al Sur de la ciudad de México está el monte de las Cruces, que por varios ramos se estiende hasta muy dentro de la tierra. Al Oriente de la misma ciudad divide el arzobispado, del obispado de la Puebla, la Sierra nevada y el volcan que los naturales llaman Amalameca. Como á diez y siete leguas de la misma ciudad en la provincia de Chalco está el volcan de *Popocatepetl*, así llamado en la lengua mexicana por los penachos de espeso humo que muchas veces le observaron los naturales. †

En medio de esta se forman fertilísimos valles, especialmente al Norte de la Nueva-España en los obispados de Puebla, México, Michoacán, Guadalajara. Es celebrado por su fecundidad el valle de Oaxaca, que dió nombre á aquella ciudad, capital de aquella diócesis, y en que concedió S. M. á D. Fernando Cortés el título de su marquesado. Los valles de Atlixco, de Toluca, de Chalco, de Apam, de S. Juan de los Llanos, y el que fecundiza en estension de muchas leguas la laguna de México, son igualmente aplaudidos, ó por la cria de los ganados, ó por

† La mayor erupcion que ha habido fué en 19 de enero de 1664. El estrépito hizo horrendos estragos en Puebla. Véase Betancourt, Teatro Mexicano cap. 4.° pág. 26.

la abundancia de sus cosechas. Son en esto tambien bastamente felices, los obispados de Michoacán y Guadalajara. Débese esta maravillosa fertilidad en la Nueva-España, así á lo templado de su clima, aunque tendido por la mayor parte dentro de la zona tórrida, como á las muchas vertientes, que bajando de tantos elevados montes, se forman en rios, en arroyos y en lagos. Son los mas famosos de sus rios el de Alvarado, de Goatzacoalco, el de la antigua Veracruz, el de Medellin, á que dió nombre la patria del conquistador de estos paises, el de Zempoala, el de Atoyaque, el de Cotasta, el de Cuautitlán, el de Tula, el de Xilotepec, y el rio grande de Guadalajara; los de Nagualapa, Zacatula, Petatlán, y varios otros que bañan diferentes regiones. No son ménos en el número y en el caudal de sus aguas las grandes lagunas que se encuentran en toda la estension de la Nueva-España. La de Nicaragua, se tiene con razon por la mayor del mundo. No faltan autores que le conceden cerca de cien leguas de circunferencia: en esta desagua otra de cuarenta leguas de circuito. La de Chapala, en el obispado de la Nueva-Galicia, ha merecido por su grandeza le diesen los antiguos geógrafos el nombre de mar Chapalico; sin embargo, no es comparable con las de Nicaragua. Recibe esta laguna al rio grande, que naciendo desde la provincia de Toluca ‡ la atraviesa con tanto ímpetu, que conserva sin confusion sus aguas, y sale del Poniente del mismo lago á desembocar en el mar del Sur. Son, aunque no tan grandes, bastantemente celebradas la de Zinzunza, compuesta de varias en el obispado de Michoacán, la de Zumpango, San Cristóbal, Texcuco y Chalco, cuya comunicacion ha causado á México tan perniciosas inundaciones en diferentes tiempos. Esta ciudad, la mas bella, la mas grande y la mas opulenta de la América, es la ordinaria residencia del virey, gobernador, y capitan general de toda Nueva-España, como lo fué ántes de los emperadores mexicanos los mayores del mundo en riqueza, y en la estension de su imperio, solo inferiores á los antiguos romanos. Está situada á los 19 grados 20 minutos de latitud septentrional, y á los 268 grados 20 minutos de longitud, en medio de tres hermosas lagunas, que en todo componen mas de treinta leguas de circunferencia, y fertilizan un valle de mas de noventa, en que está colocada la ciudad, y le facilitan una increible abundancia de todo lo conducente á las delicias de la vida por el co-

Descripcion de México.

‡ En las fuentes de Tecualoyita.

mercio de innumerables pueblos situados en los bordos mismos de los lagos. Segun el cómputo de D. Cárlos de Sigüenza, parece haberse fundado esta ciudad por los años de Jesucristo 1327, ciento noventay cuatro años ántes de la conquista. El terreno es igual, unido y estremamente fértil. Las aguas cristalinas y delgadas ,aunque á causa del terreno salitroso por donde corren no las mas saludables. Las que se hallan estancadas é inmobles en los grandes lagos que costean la ciudad, no inficionan los aires, que se respiran bastantemente puros. Su temperamento es cuasi igual en todas las estaciones del año. No siente los rigores del invierno, ni los excesos del estío, entre los cuales, segun aquella aplaudida y celebrada respuesta que se dió á Cárlos V, no hay mas distancia que la del sol á la sombra. Los altos montes que por todas partes coronan su horizonte, la defienden de los vientos fuertes é impetuosos. La hermosa vega en que está situada, la termina al Oriente la Sierra nevada, y el volcan de Amalameca. Al Poniente el monte de Xaltepec, célebre por la acogida que en su falda hicieron en su retirada los españoles al tiempo de la conquista, y ennoblecido despues mucho mas con el Santuario de la milagrosa imágen de los Remedios. Al Sur una parte del monte de las Cruces que llaman Cerro Gordo, y al Norte el de Cuatepec, infame en la antigüedad por los impuros misterios de la idolatría, y consagrado despues por haber milagrosamente aparecido en una de sus cimas, que llaman *Tepeyac*, la admirable imágen de nuestra Señora de Guadalupe diez años despues de la toma de México. Las lluvias duran por lo general cinco ó seis meses, de mayo, á setiembre y octubre, con una fuerza y abundancia, que espanta á los que nunca han estado en la América. Las calles son muy derechas, muy espaciosas, todas empedradas en el centro de la ciudad y bastantemente limpias, respecto de las ciudades de Europa, que pueden competirle en el número de sus habitadores. El padre Tallandier hace á México igual con Leon de Francia. Hay en él veintisiete casas religiosas de hombres, y veinte de mugeres; diez y seis sujetas al ordinario, y de las cuatro restantes, tres á los franciscanos, y una á los dominicos. Ocho hospitales generales, y uno para los hermanos de la órden tercera; siete colegios ó seminarios para la educacion de la juventud; cuatro convictorios ó colegios para la instruccion y crianza de niñas españolas, y uno para indias. Dos casas ó recogimientos de mugeres escandalosas. Doce parroquias, cuatro de españoles, y las demás de los naturales. Pasan de sesenta los templos, que merecen este nom-

bre, y todos por lo general son de bella arquitectura, muy limpios y ricamente aderezados. La plata y el oro brillan por todas partes en los muebles, en los ornamentos, en los retablos, en las cornizas y en las bóvedas. Los de mas considerable fábrica, son la catedral, S. Agustin, Santo Domingo, y la Casa Profesa de la Compañía. Los edificios son bastante altos, y ciertamente mucho mas de lo que permite el débil cimiento sobre que se levantan. El ordinario material es una piedra ligera y esponjosa, semejante en parte á la que se saca del mar, pero de un color de almagre muy subido, que con el ceniciento de la cantería sólida, hace el esterior muy agradable á la vista. Del resto de los edificios públicos los de mas arte y hermosura son el palacio ó residencia del gobernador y capitan general, real casa de moneda, real aduana, real universidad, la inquisicion, real colegio de S. Ildefonso, casa de ejercicios, hospital del órden tercero, y la vastísima y suntuosísima fábrica, que para la educacion de las hijas de vizcainos pobres ha construido y liberalísimamente dotadó el cuerpo de esta noble nacion. Fué erigida la ciudad en chancillería por el emperador Cárlos V, año de 1526, por auto espedido en Burgos á 29 de noviembre, que se halla inserto en la ley 3, lib. 2 tít. 15 de la Recopilacion de Indias. En el año siguiente vino la primera audiencia, y con ella Fr. Juan de Zumárraga, religioso franciscano de grande virtud y literatura, en calidad de protector de los indios, que vuelto despues á España, fué consagrado á 27 de abril de 1533 por obispo de la Carolina, que así pareció bien llamar entónces á la Nueva-España, y quedó despues por primer obispo de México, habiendo erigido está iglesia en catedral nuestro Santísimo Padre Clemente VII, por bula espedida á 9 de setiembre de 1534. Paulo III, por los años de 1547, la hizo Metrópoli de todos los obispados de la América Septentrional, en cuya posesion estuvo muchos años hasta que se erigió en arzobispado Santiago de Guatemala, de que hablaremos á su tiempo. El tribunal de la santa inquisicion lo fundó en las Indias D. Felipe II por auto espedido á 25 de enero de 1569, como se ve por la ley 1 tít. 19 lib. citado de la Recopilacion, y su residencia en México determinada por la ley tercera del mismo título, fecha en S. Lorenzo á 26 de diciembre de 1571. Veinte años ántes el emperador Cárlos V habia criado la Universidad, por auto espedido en 21 de setiembre de 1551 inserto en la ley 1 tít. 22 del mismo libro. La confirmó despues Paulo V, y le concedió los estatutos de Salamanca el año de 1555.

Dejando para los que han tratado mas largamente las historias de la América, la relacion circunstanciada de aquellas cosas, que ó por su naturaleza ó por arte ennoblecen la capital de Nueva-España, de que pueden verse Torquemada, Betancourt, Bernal Diaz, Lacallo, D. Francisco Cervántes, y otros autores, no podemos dejar de hacer especial mencion de la gloria que la ilustra con la Aparicion milagrosa de nuestra Señora de Guadalupe, á cuya historia, bien escrita ya por varias piadosas plumas, no tendriamos que añadir, si cultivándose cada dia mas estas regiones no se hubiera aumentado en estos últimos años con la piadosa devocion de la ciudad, un nuevo lustre á este piadoso santuario en la creacion de la insigne y real colegiata, de cuya historia, por no estar escrita aun en otra parte, y por haber tenido en ella no poca intervencion la Compañía de Jesus en la persona del sabio y devoto padre Dr. Francisco Javier Lazcano y de otros esclarecidos varones, que por vivir aun no podemos nombrar sin mortificar su modestia, haremos aquí un breve pero exacto compendio. Historia de la insigne y real colegiata de Guadalupe.

Murió en México por los años de 1707 el noble y piadoso caballero D. Andres de Palencia, dejando en su testamento cien mil pesos para la fundacion de un convento de religiosas agustinas, ó en su defecto de una colegiata en el santuario de Guadalupe, una legua al Norte estramuros de esta ciudad, y añadiendo al dicho legado todos los frutos de sus haciendas, dinero y escrituras para esta ereccion, asignando para los gastos el remanente de sus bienes. La magestad del Sr. D. Felipe V y su real consejo, no tuvo por conveniente la fundacion del monasterio, y por despacho de 26 de octubre de 1708 mandó aplicar el legado á la colegiata, cometiendo al Exmo. Sr. D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque, formase una junta de personas doctas, y representase á S. M. lo que pareciese conveniente en el asunto. El excelentísimo pidió su dictámen al Illmo. Sr. D. F. José Lanciego, ya entónces arzobispo de México, al cabildo eclesiástico, al fiscal de la real audiencia y al beneficiado del mismo santuario, que todos de un mismo parecer determinaron haber caudal suficiente para la pretendida fundacion. Habia por este mismo tiempo D. Pedro Ruiz de Castañeda, albacea testamentario de D. Andres de Palencia, ofrecido otros ocho mil pesos, réditos de sesenta mil, y añadieron otros tres mil del santuario y parroquia, en cuya virtud el Exmo. Sr. D. Fernando de Alencastre, duque de Linares, que habia sucedido al Sr. Alburquerque, propuso á S. M. en 30 de julio de 1714 el

plan de un abad, cuatro canónigos, cuatro racioneros y demas ministros correspondientes al servicio de la iglesia. Aprobado por el real consejo este plan, ocurrió S. M. á Roma por las bulas necesarias, pidiendo á su Santidad, que de las cuatro canongias, dos fuesen de oficio, que el curato se agregase al cabildo, que se dignase concederle el título de *insigne*, que fuese del real patronato, y como tal permitiese á S. M. presentar á las prebendas, cuya ejecucion se cometiese al arzobispo de México. En estos términos se espidió la bula en 9 de febrero de 1725. En el año siguiente, en 27 de setiembre, se entregaron en las reales cajas los ciento sesenta mil pesos, y habiendo muerto en el interin el Illmo. Lanciego, ocurrieron por nueva bula los apoderados de D. Pedro Ruiz de Castañeda, pretendiendo para la mayor brevedad se cometiese la ereccion al obispo de Michoacán. En Roma, ó por evitar contingencias, ó por estilo corriente de la curia, ó por alguna otra razon que se ignora, se despachó bula en 18 de agosto de 1729 dando la facultad, no al obispo de Michoacán, sino á su vicario. En consecuencia de este despacho se hubiera luego procedido á la ejecucion, á no haberse opuesto el cabildo metropolitano sede vacante: entre tanto llegó á México el nuevo arzobispo *D. Juan Antonio de Vizarron*, y mudado enteramente el sistema, se determinó recurrir á España. Por enero de 1746 se pretendió de su Santidad nueva bula, suplicando se diese la comision al arzobispo; en su defecto, á su vicario, y en el de ambos al obispo de Geren, auxiliar de la Puebla, y en el de éste á los canónigos de oficio de la catedral de México. Obtenida la bula en 15 de julio de 1746, expuso la cámara en 25 de enero del año siguiente, que el fondo de la colegiata eran quinientos veintisiete mil ochocientos treinta y dos pesos, cuyos réditos importaban cada un año, veintiseis mil trescientos noventa y un pesos y cuatro reales, á que debian agregarse tres mil pesos del santuario que componen veintinueve mil trescientos noventa y un pesos y cuatro reales. Arreglado á este fondo formó la cámara un nuevo plan, de un abad con dos mil doscientos y cincuenta pesos, diez canónigos á mil y quinientos cada uno, seis raciones, cada uno á novecientos, seis capellanes con doscientos cincuenta, un sacristan mayor con cuatrocientos, otro menor con trescientos, un mayordomo con seiscientos, seiscientos para música, cuatro acólitos con ciento veinticinco cada uno, dos mozos de servicio con doscientos veinte, y los dos mil seiscientos uno y cuatro reales para la fábrica y necesidades de la parroquia. Informaba tambien á S. M. la cámara, que pa-

ra la imposicion de este capital ningun otro medio le parecia mas propio, mas fijo, corriente y desembarazado, que los novenos de la catedral de México, ó los de la Puebla en caso que estos no alcanzaran. El Sr. D. Fernando VI (ya entónces reinante) se sirvió aprobar esta determinacion; pero mandó que en los novenos de México solo se cargasen doce mil pesos, y lo restante en los de la Puebla, interin que se proporcionaban otras seguras fincas para lo correspondiente á dichos réditos. En consecuencia de esta resolucion proveyó S. M. las prebendas, destinando para primer abad al *Sr. D. Juan de Alarcon y Ocaña.* Y atendiendo la cámara lo mucho que se habia retardado esta ereccion, por espacio de cuarenta y un años en que habia tenido gran parte la distancia de los lugares, y estando por entónces en la corte el Illmo. Sr. Dr. D. Manuel José Rubio y Salinas, electo arzobispo de México, se resolvió por despacho de 31 de diciembre de 1748, rubricado por S. M. en buen Retiro, y refrendado por D. Juan Antonio Valenciano, que la dicha ereccion la hiciese en Madrid el referido ilustrísimo electo, á quien despues de tantos años reservaba el Señor y su Santísima Madre esta gloria, como presagio seguro de su feliz y acertadísimo gobierno. Se finalizó este importante negocio en 26 de marzo de 1749. Despues acá, creciendo con el mayor culto la devocion y la confianza para con esta milagrosa imágen, aunque desde el año fatal de 1737 se habia jurado patrona mandado guardarse el dia de su Aparicion 12 de diciembre en la ciudad de México; sin embargo, y debiendo gozar el beneficio de tan singular patrocinio todo el reino de Nueva-España, se estendió finalmente á toda ella, jurándose patrona universal con grande aplauso de toda esta ciudad y reino á 9 de noviembre de 1756.

Primeras noticias de la Compañía en la América.

Aunque hacia algunos años que trabajaban en la cultura de esta viña muchos predicadores evangélicos, se deseaba la *Compañía de Jesus* que acabada de nacer, hacia ya un gran ruido en el mundo. Las primeras noticias que de ella se tuvieron en la América, vinieron por dos de los primeros compañeros que tuvo S. Ignacio, inmediatamente despues de su conversion. *Calisto Sá*, habia sido un discípulo tan fervoroso del Santo, que mas de una vez lo acompañó en las Cadenas, y aunque dejó despues aquella vida apostólica que habia emprendido, navegando en cualidad de comerciante á la una y á la otra América, sin embargo, conservó siempre un alto concepto del fundador de los jesuitas y de la Compañía, que vió fundada despues de pocos años. Aun mas pudo contribuir á los designios de Dios en esta parte *D. Juan de Arteaga.*

Esto se habia dedicado tambien enteramente á la instruccion de S. Ignacio. Pasando el Santo á Paris á continuar sus estudios, Arteaga, como Sá, habiendo algun tanto descaecido de su fervor, aunque dedicado al servicio de la Iglesia, se engolfó en la pretension de honores y dignidades. Logró en efecto, el obispado de Chiapa erigida en catedral por Paulo III, poco tiempo despues de confirmada la Compañía. El afecto con que miraba al Santo y la nueva religion, le hizo escribir á S. Ignacio ofreciéndole el obispado para alguno de sus compañeros que quisiera entrasen con él á la parte de la pastoral solicitud. Ni hay duda que si el Illmo. Arteaga hubiera llegado á tomar posesion de su rebaño, hubiera sido el primero que trajese á los jesuitas á la América; pero convaleciendo en México de algunas leves tercianas de que habia adolecido en Veracruz, y aquejado una noche de una sed ardiente, por agua bebió la muerte en un vaso de solimán, que no se á qué efecto estaba sobre una mesa en su misma recámara. La buena opinion que este prelado habia esparcido de la Compañía, junto con la fama de los prodigios de S. Francisco Javier, y de los trabajos de los demas compañeros de Ignacio, que llenaba por entónces toda la tierra, movió al reverendísimo Fr. Agustin de la Coruña, del órden de S. Agustin, á que consagrado de allí á algunos años obispo de Popayan, pretendiese con las mas vivas instancias llevar algunos de la Compañía, sobre quien descansara alguna gran parte del peso de su mitra.

Pretende traer jesuitas D. Vasco de Quiroga.

Mas singular y eficazmente que todos los demas apreció la Compañía de Jesus el Illmo. S. *D. Vasco de Quiroga*, uno de los mas santos y doctos prelados que ha tenido la Nueva-España. Viviendo aun su Santo fundador, mandó á España á *D. Diego Negron*, chantre de su santa Iglesia de Michoacán, encargado entre otros graves negocios, de procurar con la mayor actividad la venida de los jesuitas á su diócesis. Murió S. Ignacio de Loyola poco despues de llegado el chantre á España, y en aquella desolacion en que se hallaba todo el cuerpo despues de un golpe tan sensible, y miéntras se procedia á la eleccion de nuevo general, no le pareció haber oportunidad para establecer su pretension. Succedió dignamente á S. Ignacio el V. padre *Diego Laines*, en cuyo tiempo habiendo navegado á Cádiz en persona el Illmo. D. Vasco á tratar con el rey católico asuntos mas dignos de su carácter y de su celo, consiguió del padre general le señalase cuatro jesuitas que traer consigo á Michoacán. No habia llegado aun la hora en que el Señor queria servirse de la Compañía en estos paises. Los cuatro

padres señalados enfermaron tan gravemente en el puerto de S. Lúcar, que el celosísimo prelado tuvo la mortificacion de volver sin ellos á su Iglesia. Murió poco despues lleno de años y merecimientos, y consolado con la firme esperanza de que vendrian despues de sus dias á Michoacán los jesuitas, como expresamente afirmó no pocas veces. Algunos años despues el noble y poderoso caballero *D. Alonso de Villaseca*, procuró por medio de sus agentes en Europa, que pasase á estos reinos la Compañía, poniendo á este efecto dos mil ducados en España, y ofreciendo lo demas que se necesitara para su transporte y subsistencia. Finalmente, la llama que hasta entónces se habia prendido, digámoslo así, sino en el pecho de uno ú otro particular, se estendió luego por todo el cuerpo de la ciudad, y aun del reino.

Escribe la ciudad al rey y éste á San Borja.

El virey, la audiencia, la ciudad, el inquisidor mayor D. Pedro Moya de Contreras, el Sr. Villaseca, y muchos otros particulares, de comun acuerdo, determinaron escribir á S. M. sobre un asunto tan interesante. Justamente llegaron estas cartas á tiempo que acababa el rey de recibir otras de los reinos del Perú, en que el virey de Lima, la audiencia y la ciudad, daban á S. M. las gracias de haberles enviado poco ántes al padre *Gerónimo Portillo*, y sus fervorosos compañeros. Esta misteriosa contingencia dió á conocer al prudente príncipe lo que podia esperar de la pretension de la audiencia de México. Despachó luego cédula al padre *Manuel Lopez*, provincial de Castilla, en estos términos, que significan bastantemente el celo verdaderamente católico de Felipe II, y su afecto particular á la Compañía. „Venerable y devoto padre provincial de la órden de la Compañía de Jesus de esta „provincia de Castilla. Ya sabeis que por la relacion que tuvimos de „la buena vida, doctrina y ejemplo de las personas religiosas de esa ór„den, por algunas nuestras cédulas, os rogamos á vos, y á los otros pro„vinciales de dicha órden, que en estos reinos residen, señalásedes y „nombrásedes algunos religiosos de ella, para que fuesen á algunas „partes de las nuestras Indias á entender en la instruccion y conver„sion de los naturales de ellas, y porque los que de ellos habeis nom„brado han sido para pasar á las nuestras provincias del Perú y la Flo„rida, y otras partes de las dichas Indias, donde mandamos y ordena„mos residiesen y se ocupasen en la instruccion y doctrina de los di„chos naturales, y tenemos deseo de que tambien vayan á la Nueva„España, y se ocupen en lo susodicho algunos de los religiosos, y que „allí se plante y funde la dicha órden, con que esperamos será nuestro

„Señor servido por el bien comun que de ello redundará en la conver„sion y doctrina de los dichos indios; por ende vos rogamos y encar„gamos, que luego señaleis y nombreis una docena de los dichos reli„giosos, que sean personas de letras, suficiencia y partes, que os pare„ciere ser necesarias para que pasen y vayan á la dicha Nueva-Espa„ña, á se ocupar y residir en ella en lo susodicho en la flota que este „año ha de partir para aquella tierra, que demas del servicio que en „ello hareis á nuestro Señor, cumplireis con lo que sois obligado, y de „como así lo hiciéredeis nos dareis aviso para que mandemos dar órden „como sean proveidos de todo lo necesario á su viage. De Madrid á „1.º de marzo de 1571. *Yo el rey.* Por mandado de S. M. Antonio „de Eraso."

Respondió á S. M. el padre Diego Lopez, que la resolucion de aquel negocio, y eleccion de los sugetos, pertenecia privativamente al padre general. Despachó luego el rey correo á Roma con carta al general y encargos para que su embajada hiciese toda diligencia para el pronto éxito de la pretension. Oyó S. Francisco de Borja con increible júbilo la peticion del rey católico. Prontamente señaló con el padre Sanchez doce sugetos de las provincias de Toledo, Castilla y Aragon, que hubiesen de navegar en la próxima flota. El padre *Pedro Sanchez* destinado provincial de la nueva provincia, era un sugeto muy digno de que cayese sobre él la eleccion del santo Borja. Antes de entrar en la Compañía, habia sido miembro muy distinguido de la Universidad de Alcalá, su doctor, catedrático y rector; lo fué despues del colegio de Salamanca, y gobernaba actualmente con grande acierto el de Alcalá, cuando recibió la órden de pasar á la América. La carta del padre general decia así: „Quisiera que la armada que va á la Nue„va-España, diera lugar á que nos vieramos ántes que V. R. se embar„cara; mas porque mi jornada se hará conforme á como querrá cami„nar el Sr. cardenal Alejandrino, legado á la M. C. y al rey de Portu„gal, con quien su Santidad me ha mandado vaya, que creo será muy „poco á poco por ser muy flaco; y aunque está ya de partida la ar„mada, como entiendo se hará á la vela al fin de agosto, para lo cual „S. M. por una su carta me ha pedido doce sugetos, y es V. R. uno de „los que para esta nueva empresa he escogido. Vaya, padre mio, con „la bendicion de nuestro Señor, que si no nos vieremos en la tierra, es„pero en su divina Magestad nos veremos en el cielo. Y con la bre„vedad que sea posible, se parta con los demas de esa provincia, que

Señálanse los fundadores.

„aquí diré á Sevilla. De todos vá V. R. por superior y provincial de „la Nueva-España. Placerá á la infinita misericordia del Señor daros „á todos copiosa gracia, *ut referatis fructum sexagésimum, et centesi-„mum*. Enviarse há á Sevilla su patente. Creo que ya en Madrid esta-„rá pasada la licencia, y lo que será menester. Y para procurar en „Sevilla su viático, flete y matalotage, será bien ir con tiempo. De „Roma á 15 de julio de 1571. *Francisco*.

Los nombres de estos doce sugetos, expresa el mismo S. Francisco de Borja en carta escrita al padre provincial de Toledo, en estos términos. „Para la mision de Nueva-España he hecho eleccion de doce que S. M. pide, y son estos. De la provincia de V. R., el padre Pedro Sanchez, rector de Alcalá por provincial: el padre Eraso: el hermano Camargo en Placencia: Martin Gonzalez, portero de Alcalá, y Lope Navarro, residente en Toledo. De Castilla irán, el padre Fonseca, el padre Concha, el padre Andres Lopez, el hermano Bartolomé Larios, y un novicio teólogo. De Aragon, los hermanos Estevan Valenciano y Martin Mantilla." Recibidas estas cartas, partió prontamente el padre Dr. Pedro Sanchez á despedirse de los duques del Infantado, á quienes debia particular estimacion. Estos señores que le amaban como á padre, procuraron por todos caminos impedir su viage, escribiendo para el efecto al padre provincial de Toledo. Pero como la partida no dependia de su arbitrio, se escusó éste con la determinacion del padre general, á quien pasó luego la noticia. Su paternidad muy reverenda procuró satisfacer con la importancia del asunto á los Exmos. duques, que no fueron los únicos en procurar se impidiese el viage del provincial. Los Exmos. de Medina, Sidonia, lo pretendieron con mas ardor, y cuasi lo hubieran conseguido si el mismo padre llevado del amor de la obediencia no hubiese aquietado sus ánimos, para que aunque con dolor, le concediesen su grata licencia para embarcarse, y aun le regalasen con muchas y preciosas reliquias de las que adornaban la capilla de su Exma. casa.

Detiénense no sin especial providencia.

De Guadalajara pasó el padre provincial á la corte á besar la mano á S. M., y ofrecerle de parte del padre general y de sus compañeros, sus personas y obsequios. El rey que tenia largas noticias de la doctrina y eminente virtud del padre Sanchez, gustó mucho de conocerle, y dió despues benignamente las gracias al padre general de haber destinado á las Indias un sugeto de tan celebrado mérito. Dió órden á la casa de contratacion en Sevilla para que se les proveyese de todo

lo necesario, lo que aun prescindiendo de la órden de S. M., ejecutó muy gustosamente *D. Juan de Ovando*, presidente del real consejo de Indias, que habia tenido en Salamanca estrecha amistad con el padre provincial, y amaba tiernamente á la Compañía. Por mucha diligencia que hizo el padre Pedro Sanchez para su despacho en la corte de Madrid, no pudo llegar á Sevilla, donde le esperaban los demas compañeros hasta el 10 de agosto, puntualmente el mismo dia en que se hizo á la vela la flota de S. Lúcar. El sentimiento de no haber podido cumplir con los órdenes de S. M. bajo cuya proteccion y á cuyas espensas pasaban á la América, y de haber perdido un convoy tan apetecible en la carrera de Indias, afligió no poco á los padres; pero la série del tiempo descubrió los ocultos designios de la Providencia. La flota habia salido muy tarde, y por próspera que fuera la navegacion era preciso les cogiesen los movimientos del equinoccio, cuasi sobre las costas de la América: allégaanse los nortes, que desde principios de octubre, hasta fines de enero son los vientos reinantes de estos mares. Los mas de los navios sin poder tomar el puerto de Veracruz, mas temible aun en el Norte, que los mares mismos, naufragaron en las costas vecinas con pérdida de toda la gente, y lo mas precioso de la carga.

Partida la flota, quedaba á los misioneros el consuelo de los galeones, que estaban surtos en el puerto, á cargo del adelantado *D. Pedro Melendez*, que á principios de aquel año habia llegado de la Florida. Los galeones habian de hacer escala en Cartagena, y pasar de allí á la Habana, de donde juzgaban muy fácil el transporte á Veracruz. Habíase ya alcanzado de S. M. la gracia de que en estos puertos se diese á los padres de su real erario lo necesario á su sustento, y se tenia ya ajustado el pasage en el galeon *S. Felipe*. Algunas personas muy afectas á los padres, les representaron lo avanzado de la estacion, lo dilatado del viage, en que emplearian forzosamente otro tanto tiempo, y aun mas de lo que podian esperar en el puerto, las incomodidades de los puertos, y la dificultad de hallar en la Habana barco pronto á Veracruz, que en aquellos tiempos era muy raro. Estas razones de que el mismo general *D. Pedro Melendez* estaba persuadido, obligaron á los padres á deshacer el viage; pero logrando la ocasion el padre Sanchez, escribió al padre Antonio Sedeño, que pasase á Nueva-España á dar al virey y audiencia, noticia de las causas de su demora, y á prevenirles hospicio en las ciudades por donde hubiesen de pasar. Partieron poco despues los galeones á principios de enero, y

el de *S. Felipe* en el golfo de las Yeguas prendió fuego sin que pudiera librarse un solo hombre. Era visible el cuidado con que velaba el cielo sobre la mision en América, en que no pudieron dejar de convenir aun sus mismos émulos, y cuyos efectos admiramos aun hoy, pudiendo afirmar que en doscientos años no ha perecido mision alguna de cuantas han venido á la provincia de Nueva-España.

Ni fueron estas solas las felices consecuencias de la detencion de los padres en Sevilla. Entretanto, habia llegado á España el eminentísimo Alejandrino, legado del santo pontífice Pio V, cerca de SS. MM. católica y fidelísima, para unir las fuerzas de estos dos pontífices á las del estado eclesiástico, Venecia y Génova contra el Turco. Habia venido con el eminentísimo S. Francisco de Borja, y habida su licencia, pasó el padre provincial á la corte á recibir de aquel hombre inspirado, las lecciones de prudencia, de caridad, y de fervor con que debia plantarse la nueva provincia. En efecto, se reguló la conducta que debian tener los provinciales de Andalucía con las misiones de América, la de los procuradores de Indias, y diligencias que en la casa de contratacion debian hacer para su despacho, todo conforme á las órdenes de S. M. y á la modestia de la Compañía. Aun mas, como habia sido tanta la detencion, se dió lugar á que ó sus provincias, ó sus deudos se interpusiesen por algunos de los padres y hermanos destinados á la Nueva-España, y que finalmente hubieron de quedarse en Europa, y fueron los padres *Eraso*, *Fonseca*, *Andres Lopez*, un hermano novicio de la provincia de Castilla y de Aragon: el hermano *Estevan Valenciano*: en lugar de estos cinco señaló ocho el padre general, y fueron el padre *Diego López*, destinado rector del primer colegio que se fundase: el padre *Pedro Diaz*, para maestro de novicios: el padre *Diego López de Mesa*: el padre *Pedro Lopez*: el padre *Francisco Bazan*, y tres estudiantes teólogos, *Juan Curiel*, *Pedro Mercado y Juan Sanchez*, sacados de las provincias de Andalucía, Toledo y Castilla. Vuelto á Sevilla con su nueva recluta el padre provincial, miéntras se proporcionaba el embarque, repartió á sus compañeros en las ciudades vecinas; Rota, Medina, Sidonia, Cádiz, S. Lúcar, y Jerez de la Frontera, sintieron muy luego la fuerza de sus palabras y ejemplos. Veíanlos en los hospitales y en las cárceles servir humildemente á los presos y enfermos: predicar al rudo pueblo en las plazas: esplicar la doctrina á los niños en las escuelas, y cantarla con ellos por las calles. Estos humildes y provechosos ministerios, juntos con la grande opinion

Consecuencias de la detencion en Sevilla.

que se tenia de su literatura, hicieron tanta impresion en los ciudadanos de Jerez, que desde luego determinaron fundar en su ciudad un colegio de la Compañía, como en efecto lo consiguieron despues de pocos años.

Embárcanse dia de S. Antonio de 1572

Tal era el ejercicio de los misioneros en España por las costas de Andalucia, y del mismo modo y con igual fruto trabajaban en la Habana los padres *Sedeño y Rogel* con los hermanos que restaban de la mision de la Florida. Con la llegada de *D. Pedro Melendez*, y cartas que traia del padre provincial, pasó el padre Sedeño á Nueva-España á dar noticia al Sr. virey, y preparar hospedage á la mision. Llegó á México á fines de julio con el hermano Juan de Salcedo. Gobernaba en la Nueva-España D. Martin Enriquez, quinto virey de México, que habia muy bien conocido en Europa, y aun tenia alguna relacion de parentesco con S. Francisco de Borja. Oyó con gusto la noticia, y sabiendo que venia de provincial el padre *Pedro Sanchez* quedó dudoso si seria aquel célebre Dr. de Alcalá, que conocia, no persuadiéndose á que quisiese, ó la provincia de Toledo, ó la Compañía, privarse de un sugeto que podia hacer á la religion tanto honor en la Europa. La sede arzobispal vacaba por muerte del Illmo. D. Fr. Alonso de Montufar desde el año de 68. Pasó luego el padre Sedeño á presentarse al Sr. inquisidor mayor, y á la ciudad y cabildo eclesiástico, y desechando las grandes promesas que le hacian todos estos señores, á ejemplo de S. Ignacio y de nuestros mayores, no quiso otra cosa que el hospital de la Concepcion, bajo el nombre de *Jesus Nazareno*. Entretanto el padre *Pedro Sanchez* y sus catorce compañeros conducidos hasta la playa del Exmo. Sr. duque de Medina, Sidonia, y algunas otras personas de respeto, se habian embarcado el dia 13 de junio á bordo de la flota, divididos en dos navios. Un trozo de la flota no pudo partir hasta el siguiente dia. En todo el tiempo de la navegacion despues de comer se esplicaba cada dia la doctrina cristiana. De noche se rezaba el Rosario y cantaba la Salve, y se concluia con alguna conversacion provechosa, á que se añadia algun ejemplo. Todos los domingos y dias festivos, se predicaba con increible fruto de confesiones de aquella pobre gente. Asistian los padres al consuelo y alivio de algunos pocos enfermos, y en los puertos cuasi toda la tropa, tripulacion y pasageros, confesaban y comulgaban, siguiendo el ejemplo del general D. Juan de Alcega, y el almirante D. Antonio Manrique, que en la dignidad no ménos que el cargo tenian el principal lugar.

Con este favor y religiosa distribucion llegó el primer trozo de la flota á los ocho dias á la gran Canaria. No pensaba el general detenerse en la isla; pero le fué necesario hacerlo tres dias para que allí se le incorporase el resto de las naves que habian salido un dia despues con la Almiranta. Esta feliz contingencia fué de un increible consuelo á los isleños, que tuvieron la satisfaccion de volver á ver en su pais al padre Diego Lopez, de cuyos gloriosos trabajos en esta isla, en compañía del Illmo. Sr. D. Bartolomé de Torres, dejamos hecha mencion por los años de 1568. Todo el tiempo emplearon nuestros misioneros en oir confesiones hasta bien entrada la noche. El padre Lopez y sus compañeros tuvieron el sólido consuelo de ver despues de cuatro años tan fresca aun la impresion que la divina palabra y los heroicos ejemplos de virtud de aquel prelado incomparable, habian hecho en los ánimos dóciles de aquellos ciudadanos. Los colegios que el Sr. obispo habiá deseado fundar en su diócesis, nó habian tenido efecto, y sobre no se qué artículo se habia pretendido anular la donacion que de sus bienes habia hecho á la Compañía; sin embargo, consiguieron algunos se diese á la nueva provincia la librería de su ilustrísima. A los tres dias, sin haber obtenido noticia alguna del otro convoy que habia pasado al Este de las islas, partió la flota para Nueva-España, y el dia primero de agosto á la misma hora entraron con igual felicidad los dos trozos en Ocoa, puerto á la costa austral de la isla española, diez leguas al Oeste de Santo Domingo. Aquí fué necesario detenerse algunos dias en que los navegantes, y á su ejemplo los moradores de la tierra tan sensiblemento asistidos del cielo, dieron grandes muestras de su piedad, frecuentando los sacramentos, repartiendo con mano liberal muchas limosnas, y aun saliendo despues del sermon que se hizo de mision todos los dias en trages y ejercicios de penitencia. Así merecieron que con la misma clemencia que hasta allí los trajese el Señor el resto de la navegacion que concluyeron con inaudita felicidad, arribando á S. Juan de Ulúa á los 9 de setiembre. Una tempestad, una muerte, un contratiempo no hubo entre tanta multitud de gentes, en tan diversos temperamentos, y en ochenta y nueve dias que estuvieron en el mar. Solo sucedió un principio de desgracia que no sirvió sino para aumentar el gozo y dar á conocer mas abiertamente la proteccion del Señor que los conducia bajo de sus alas. Una noche muy serena, con muy clara luna, y un viento como se podia apetecer, navegaban en conservar todos los navíos, cuando improvisamente cayó al agua un

Arribo á Canarias, á Ocoa y á Veracruz.

jóven y se avisó con una pieza á los demás navíos. De todos se echaron prontamente cables, boyas, barriles como suele acontecer. El último venia el barco donde estaba el padre Pedro Sanchez. Mientras que los padres absolvian y oraban por aquel infeliz, uno del mismo navio echó un tonel atado á un cable. Al momento mismo que acabó de desenvolver toda la cuerda, sintió asirse el náufrago. Comenzó á cobrar con diligencia, llamó en su socorro á otros compañeros, y al mismo al subirlo á bordo en sus brazos reconoció á su hermano. Esta aventura llenó de júbilo á toda la gente y á los padres, que no dejaron de tomar ocasion para hablar del nuevo amor y obligaciones que tenemos á la sociedad, pues en efecto, á su hermano sirve, aunque sin conocerlo, quien sirve á su prójimo.

Acogida que se les hizo en Veracruz vieja.

El puerto ó rada de S. Juan de Ulúa se halla á los 19 grados de latitud boreal, y 280 pocos minutos menos de longitud. El año de 1572, de que vamos hablando, no tenia aun forma de ciudad la Nueva-Veracruz. Solamente habia algunas bodegas y almacenes en la playa para la guarda de algunos efectos, que no podian tan prontamente transportarse á la Veracruz Vieja, y un hospital que poco ántes habia hecho edificar D. Martin Enriquez. La descarga se hacia en la antigua Veracruz, cinco leguas mas al Norte, donde eran por el rio conducidos los efectos. Estuvieron los padres en dicho hospital que les habia preparado el padre Sedeño, bajado allí poco ántes con mucha pobreza, aunque con muy grande caridad. El Sr. virey é inquisidor habian encargado á algunos sugetos el cuidado y regalo de los padres, que sin poderlo resistir se hallaron abundantemente abastecidos, y á no haber prevalecido en ellos el amor de la humildad y abatimiento, los hubieran sacado del hospital. Les pasaron luego á Veracruz, y aunque por no mortificarlos, hubieron de prepararles posada en el hospital de la ciudad, pero fué con tanta opulencia y comodidad en todo, que correspondia muy bien á la grandeza y dignidad de los aposentadores y á su amor á la Compañía. A la entrada de la ciudad salieron á recibirles con mucha fiesta y aparato, el gobernador, clerecía, regimiento, oficiales reales, y lo mas florido de la tierra, con no poca mortificacion de su religiosa modestia. Fueron conducidos á la iglesia á dar gracias al Señor de la felicidad del viage. Aquí se detuvieron nueve dias sin poder moderar en fuerza de sus representaciones los excesos de liberalidad y benevolencia con que se veian asistidos de parte de su excelencia y del Sr. inquisidor. A los dos ó tres dias de lle-

gados celebraba la ciudad la fiesta de su titular la Santa Cruz, el dia 14 de setiembre. Y aunque estaba tan estrecho el tiempo, instaron al padre provincial, por la grande opinion que se tenia de su literatura, honrase el púlpito aquel dia. Predicó el padre, aunque cuasi de repente, con tanta elocuencia, doctitud y energía, que confirmados en el alto concepto que tenian de la erudicion y piedad de la Compañía, suplicaron se quedase allí alguno de los padres para principio de fundacion. El padre provincial respondió, que segun las órdenes de S. M. debia presentarse con todos sus compañeros al Sr. virey: que esperaba poderles dar gusto luego que estuviese en México establecida la Compañía, en cuya memoria viviria siempre la gratitud debida á tanta caridad y devocion.

Su viage á Puebla.

El comisario del santo tribunal quiso costear á los padres el viage hasta México, enviando con ellos alguno de los ministros, con cuya autoridad hallasen lo necesario en el camino, entónces muy embarazado con las muchas gentes que atrae la flota. Esto pareció á los padres no poderse admitir sin contravenir á su amada pobreza. El ánimo generoso de S. M., dijeron, se ha dignado mandar á los oficiales de esta su real caja nos provean de todo lo necesario para el camino. Agradecemos la buena voluntad del Sr. inquisidor, y no podemos despreciar el honor que nos hace S. M., á cuyas órdenes hemos partido de la Europa. Admitir uno y otro seria desmentir de la pobreza que profesamos. Los oficiales reales por su parte aunque quisieran haber cumplido con las órdenes del rey, y enviar á los padres con la mayor comodidad que fuese posible, no se les dió lugar á ejecutarlo. Los misioneros quisieron por sí mismos proveerse de equipage y cabalgaduras de muy poca comodidad. Fletaron una recua ó árria, y el dia 18 de setiembre salieron de Veracruz para México, muy gozosos de sentir los efectos de la pobreza, y persuadidos á que esta era la piedra mas sóli- y escogida que podian poner por cimiento de la nueva provincia. Caminaban los siervos del Señor en unas cabalgaduras de muy poca comodidad, algunos en medio de dos tercios, los que mejor acomodados iban, sin mas silla ni estribos que una dura enjalma, cubiertos con una pobre y grosera frazada, por no tener ó no haber habido tiempo para desembarcar los manteos. Una caravana como esta no parecia la mas propia para hacerse lugar en las ventas y poblaciones por donde pasaban, llenas entónces de muchos y ricos comerciantes que bajaban y subian de Veracruz á México. Sin embargo, descuidados enteramente

de sí mismos velaba en su cuidado la Providencia, de suerte que los hospederos, gente por lo comun interesada y grosera, los atendian mejor que á los mas ricos pasageros, y estos cuanto eran mas distinguidos, tanto mas se edificaban y compungian de la pobreza y humildad de unos hombres, cuya piedad y sabiduría tenia en espectacion á todo este reino.

Pretende esta ciudad detenerlos y pasan á México.

Así llegaron á la ciudad de la Puebla situada á los 279 grados 40 minutos de longitud, y 19 grados 30 minutos de latitud boreal 22 al Sur Este de México. Hospedáronse en un meson aquella noche; pero sabiéndolo á la mañana D. Fernando Pacheco, arcediano de aquella santa iglesia, los condujo á su casa, que poco ántes acababa de fabricar con ánimo de darla á la Compañía que ya se esperaba en Nueva España. O con alusion á este piadoso intento, ó por algun otro fin que ignoramos, se habian grabado sobre la puerta principal aquellas palabras del salmo 117. *Justi intrabunt per èam*. El piadoso arcediano creyó haberse cumplido la profecía de su inscripcion viendo entrar por sus puertas á los jesuitas. Lavó por sus mismas manos los pies á todos, con un ejemplo de benevolencia y humildad cristiana que mortificó no poco la modestia de los padres. Ofreciòles su casa, pidiendo que se quedasen allí algunos sugetos, á que concurrieron muchas otras personas de la ciudad. Y aunque por entónces no pudo el padre provincial condescender como quisiera, prometió, sin embargo, atender como debia al buen efecto de aquella Cesarea ciudad, lo que como veremos tuvo efecto despues de algunos años. Pasaron de allí á México donde entraron conducidos por agua desde *Ayotzinco* el dia 28 de setiembre. El Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, el Sr. inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, y algunas otras personas del mayor respeto, habian prevenido se hiciese á la mision un honroso recibimiento. La prudencia del padre Pedro Sanchez previno un lance tan ageno de la humildad religiosa. Dispuso la jornada de suerte que entró en la ciudad á las nueve de la noche, sin saberlo mas que el padre Antonio Sedeño, que para prepararles el alojamiento, se habia adelantado desde Puebla. Fueron derechamente al hospital de que arriba hablamos, fundacion y monumento grande de la piedad de Hernan Cortés, primero marqués del Valle, de quien tomó el nombre. Allí en unas desacomodadas piezas, sin puertas ni ventanas, ni mas colchon que unas esteras de palma, que allí llaman *petates*, pasaron con grande incomodidad y mucho júbilo de espíritu aquella primera noche.

Cuando llegó á esta gran ciudad la Compañía, no habi
tres religiones. La de S. Francisco que se fundó por los año
La de Santo Domingo, el año de 1526, á 23 de junio. La de
tin, el año de 1533 á 1.º de junio. De nuestra Señora de la
habian venido tres desde el principio de la conquista, como ca.
del ejercito de Hernan Cortés; pero no hicieron cuerpo de reli
vinieron en comunidad hasta el año de 1574. Todas estas rel...
venidas de Europa con el apostólico designio de convertir indios infieles, se habian consagrado enteramente á este ministerio con tantas bendiciones del cielo sobre este penoso trabajo, que en tan pocos años como precedieron á la Compañía habian bautizado mas de *seis millones de gentiles*. Siendo tanta la miez y los operarios tan pocos, no podia sobrarles tiempo para emplearlo en el cultivo de los ciudadanos españoles, y en la educacion de sus hijos, que en estos paises es aun mas que en todo el resto del mundo, de la mayor importancia. El clima de México es el mas uniforme, el mas templado y benigno de la tierra. Suma su fertilidad y su abundancia. Las complexiones delicadas, los genios dulces é insinuantes, los ingenios por lo general vivos y penetrantes. Mucha la riqueza, el fomento mas cierto de todos los vicios. Pacificada ya la tierra habia cesado enteramente el uso y profesion de las armas. El comercio era poco necesario en una region que suficiente á sí misma no necesita de otra alguna. La multitud de los indios para el servicio del campo, y demás oficios mecánicos, los escusaba de este trabajo, y siendo la mayor parte de la juventud en aquellos primeros tiempos hijos de los conquistadores, ó de ricos comerciantes, se juzgaban poco decentes. No quedaba para los jóvenes mas ejercicio que el de las letras. Se habia fundado la Universidad algunos años ántes. El genio de la nacion es nacido para las ciencias, tenia muy doctos maestros la Universidad; pero por falta de un buen cimiento en latinidad y letras humanas, se trabajaba mucho, y se estaba siempre en un mismo estado, con harto dolor de los catedráticos, y con gran temor de los españoles cuerdos. Este era el gran motivo que tuvo presente D. Martin Enriquez, hombre de una prudencia consumada, y toda esta ciudad para pedir á S. M. los jesuitas.

Carcáter de los mexicanos.

Presentanse al Sr. virey con la cédula de S. M.

Divulgóse en México luego á la mañana el dia de S. Miguel la venida de los padres, la pobreza con que caminaban, la modestia con que habian evitado el honor con que se intentaba recibirlos, la incomodidad de su alojamiento, y la humilde y religiosa alegria con que lleva-

ban los trabajos, no dejándose servir aun de los familiares del hospital en el aderezo de sus aposentos. El Sr. inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, dos prebendados de la Santa Iglesia Catedral en nombre del venerable dean y cabildo sede vacante, y los prelados de las religiones pasaron aquella mañana misma á felicitarles de su arribo. La fama habia llegado al palacio del Sr. virey ántes que los padres, desembarazados de visitas de tanto respeto, hubiesen podido, segun las órdenes de S. M. presentarse á S. E. Oyó la humildad y modestia de su entrada y porte, y lleno de júbilo... *bien se muestra* (dijo) *que son hijos de su santo padre y fundador Ignacio de Loyola.* Luego que llegaron á su presencia los quince misioneros, reconociendo, aunque despues de algunos años, por algunos rasgos, el semblante, al padre Dr. Pedro Sanchez, él es, dijo á los que le hacian corte, y levántandose de su asiento le salió al encuentro con suma dignacion algunos pasos. Abrazó con grandes demóstraciones de afecto y de alegría al padre provincial y algunos de los mas graves sugetos. Entregóscle la cédula de S. M. que no podriamos omitir sin defraudar á nuestros lectores de una pieza que muestra el celo y amor con que miraron desde su cuna á esta provincia nuestro reyes. „Sabreis (decia) mi virey, gobernador y capitan general de la Nueva-España, como nos tenemos gran devocion „á la Compañía de Jesus, y á esta causa por la grande estima que de „la vida ejemplar y santas costumbres de sus religiosos tenemos, he„mos determinado enviar algunos varones escogidos de ella á esas „nuestras Indias Occidentales, porque esperamos que su doctrina y „ejemplo haya de ser de gran fruto para nuestros súbditos y vasallos, „y que hayan de ayudar grandemente á la instruccion y conversion de „los indios. Por lo cual, de presente os enviamos al padre Dr. Pedro „Sanchez, provincial, y á otros doce compañeros suyos de la dicha „Compañía que van á echar los primeros fundamentos de su religion „á esos nuestros reinos. Siendo, pues, nuestra resolucion ayudarlos en „todo, vos mando, que habiendo de ser esta obra para servicio de Dios „y exaltacion de su santa fé católica, luego que los dichos religiosos „llegaren á esa tierra los recibais bien y con amor, y les deis y hagais „dar todo el favor y ayuda que viéredes convenir para la fundacion de „dicha religion, porque mediante lo dicho hagan el fruto que espera„mos. Y para que mejor lo sepan hacer, vos les advertireis de lo que „os pareciere como persona que entiende las cosas de aquesa tierra, „señálandoles sitios y puestos donde puedan hacer casa é iglesia á pro„pósito."

Leyó el virey la cédula, la besó y puso, segun costumbre, sobre su cabeza, y añadiendo, que aun prescindiendo de órdenes reales tan preciosas, él estaba por sí mismo muy dispuesto á favorecer en todo y contribuir al establecimiento de la Compañía en Nueva-España, lo que haria en toda la posteridad muy recomendable el tiempo de su gobierno: que conocia la casa y familia de su santo fundador: que tenia á mucho honor haber tratado en España, y aun tener alguna sangre de su general S. Francisco de Borja; motivos todos, que fuera del principal de la obediencia y rendimiento debido á la real cédula, lo empeñaban en obedecerla gustosamente, muy seguro de que la Compañía de su parte cumpliria con las obligaciones que le imponia el haber merecido al rey católico su augusta confianza. Visitaron aquella misma mañana al cabildo eclesiástico y religiones; y por ser tiempo ocupado, dejaron para la tarde la visita del Sr. inquisidor. De todos fueron recibidos con demostraciones del mayor aprecio; pero singularmente del Sr. D. Pedro Moya de Contreras, cuyo nombre nunca puede repetirse sin que haga éco el agradecimiento en nuestros pechos. Este ilustre personage habia sido en la gran Canaria provisor del Illmo. D. Bartolomé de Torres, y heredero del singular afecto que siempre tuvo á la Compañía aquel baron apostólico. Allí habia tratado al padre Diego Lopez, y tenido bajo su direccion los ejercicios de N. P. S. Ignacio, de donde sacó mucha luz para desempeñar despues con tanto acierto los grandes cargos que fió á su prudencia el rey católico, haciéndolo inquisidor mayor de estos reinos, despues arzobispo de México, visitador general de su audiencia, y finalmente, presidente del real y supremo consejo de las Indias, en que murió con singulares muestras de piedad.

Resístense á salir del hospital, y enferman todos.

Muchas personas, así religiosas como seculares, intentaron sacar á los padres del hospital, y entre ellos con especialidad el Rmo. Fr. Juan Adriano, provincial del órden de S. Agustin, y el Rmo. Fr. Melchor de los Reyes, de la misma religion, que desde ántes de llegar les tenian prevenidos cuartos en que hospedarlos. No habiendo podido conseguirlo esplicaron su buena voluntad en muchos regalos de aves, y varios otros géneros comestibles. Entre todos brilló la caridad de D. *Hernando Gutierrez Altamirano*, que luego el primer dia, sabiendo la falta de ropa que padecian los recien llegados, les envió dos piezas de paño, una negra para sotanas, y otra parda para sobre ropas, que de este color se usaron por mas de cien años en la provincia, y una fra.

bien merece haber tenido en su cimiento, y haber dado al c primicia sugeto de tan rara humildad, y tan acreditado ferv

Intentaron nuestros padres, conforme á la modestia que usa pañía, y al estado presente de los negocios, se diese al cadáv tura sin aparato alguno, como á los demas pobres que muere mente en los hospitales; pero divulgándose la nobleza del difu principal, sus heroicas virtudes en la ciudad, no pudieron imp la providencia del Señor no glorificase los funerales de aquel Padre, que por su amor habia tanto procurado abatirse. El se hizo con la mayor solemnidad, se le puso un ornamento ri Cantó la misa uno de los señores prebendados, y la ofició l de la Catedral. Esperan sus huesos la universal resurrecci Iglesia del mismo hospital. Entretanto, convalecidos los de puso el R. P. Fr. Agustin Farfan, pasasen á convalecer al p Sta. Fé, dos leguas al sudueste de México, perteneciente al c de Mechoacan. Habia allí fundado un hospital la caridad d gran prelado *D. Vasco de Quiroga*, de cuyas virtudes tendrem hablar aun en mas de un pasage de esta historia, y su administ como el curato del pueblo estaba vinculado á una de las preben aquella Santa Iglesia, y lo obtenia entónces el noble caballero *D* *go Bazan*: este, que como los demas ilustres miembros de aq bildo, habian heredado del Sr. D. Vasco un tierno amor á la C ñía, se ofreció á llevar y mantener allí á su costa á todos los enfermos hasta estar enteramente restablecidos.

Primeros ministerios en México, y donacion de un sitio.

Con la caritativa asistencia y regalo que allí tuvieron, convalecieron muy breve nuestros padres y volvieron á su antigua morada del hospital de nuestra Señora. Predicaba frecuentemente el padre Diego Lopez, hombre de un raro talento y fervor, de que habia dado mas de una prueba en la Europa. Muy lejos de aquellas curiosidades y agudezas que entretienen el entendimiento, y no llegan jamas al corazon, eran sus exhortaciones de una fuerza y claridad admirable, de una doctrina llena de espíritu y verdad. Concurrian de todas partes de la ciudad y todo género de personas á escucharlo con ansia. La Iglesia, los patios vecinos y la calle, en todo aquel distrito en que podia oirse su voz, todo se llenaba. Como caia la semilla del Evangelio sobre un terreno dócil se comenzó muy en breve á coger á manos llenas el fruto. Se estableció la frecuencia de los Sacramentos, á que se daba comunmente principio por una confesion general. Se vió la

reforma en los trages, las sinceras reconciliaciones de much os enemistados. Los jueces, los mercaderes, no daban paso sin parecer de aquellos que miraban por maestros. A estos felices principios, ayuda poco la necesidad de servirse de agenas iglesias y agenos púlpitos. Dos meses habian ya pasado sin que hubiese algun fijo bienhechor sobre quien pudiesen contar seguramente los padres para su subsistencia en México. Esto es tanto mas notable, cuanto han sido siempre muy famosas, aun de los autores estrangeros, la piedad y liberalidad de los mexicanos para con las familias religiosas; pero el Señor con las enfermedades, con el desabrigo y la escasez de tantos dias, tentaba verosímilmente la confianza de sus siervos, y los enseñaba á descansar tiernamente en el seno de su Providencia. En silencio y paciencia, por no ser gravosos á la ciudad, determinaron encomendar á su Magestad el negocio, ni quedó burlada su esperanza. *D. Alonso de Villaseca*, el mas opulento ciudadano de México, que algunos dias ántes habia enviado al hospital cien pesos de limosna, adoleciendo de no se qué leve indisposicion, llama una noche á su casa al padre provincial: propónele como allí cerca tenia unos solares despoblados que ocupaban un grande sitio, que si parecian á propósito los ocupasen los padres, á quienes hacia desde luego entera donacion. El lugar estaba en aquel tiempo cuasi fuera de la ciudad. Los pocos edificios arruinados, solo servian para los carros, y las récuas que le venian de sus haciendas, sin embargo, no se abria por otra parte brecha alguna: se debia mucho agradecimiento al *Sr. Villaseca*, y pareció no deberse agriar su ánimo ni de los demas que pudiesen aprovecharnos con una repulsa, que tuviera visos de soberbia.

Sentimiento del virey, y composicion de un pequeño pleito.

Se admitió la donacion, y con el mayor secreto se pasaron todos una noche á aquel sitio sin noticia aun del Sr. virey. Este piadoso caballero habia meditado dar á los padres mejor lugar en la plaza del Volador, quiere decir, en el centro de la ciudad, cercano á su palacio; pero se declaró tarde. El tuvo la mortificacion de que otro le hubiese prevenido y algun amoroso sentimiento de la suma modestia y religiosidad de los jesuitas en no haberse declarado con S. E. sobre la cualidad del sitio que se les ofrecia, por no parecer que pretendian se les mejorase. Pasaron á su nueva habitacion á principios de diciembre: vivian con suma incomodidad, de cuatro en cuatro, y dedicaron para capilla la pieza menos mala, viniendo á quedar el altar debajo de una escalera, justamente donde está ahora la puerta principal del colegio.

Luego que se divulgó la [illegible] de los padres, comenzó á [illegible] tra pequeña hermita. Decian [illegible] pobres, con cáliz y patena de [illegible] del órden de Santiago y [illegible] sidad, enviando todo el adorno y [illegible] rio. Muchas piadosas señoras [illegible] adornos, nos proveyeron asimismo de [illegible] toda la demas ropa necesaria para [illegible] nos misterios. El primer cuidado del padre [illegible] algun género de clausura de adobes ó [illegible] poco se fuesen practicando nuestros [illegible] tan escusado, pareció á los religiosísimos padres [illegible] dentro de sus cannas ó lindes, y [illegible] real audiencia, para que tuviésemos lugar en que [illegible] excepciones. Noticioso el padre Pedro Sanchez [illegible] cion, pasó á verse con el R. P. Fr. Pedro Pravia, [illegible] entónces, ó inmediatamente fué electo prior de aquel [illegible] to. Propúsole con grande modestia, que la Compañía no [illegible] tipendio por misas, sermones, ni algunos otros ministerios [illegible] legios se mantenian de sus rentas propias, y no podia [illegible] calles: que en consecuencia de esto, la Sede Apostólica [illegible] do á la Compañía el privilegio de edificar intra cannas de [illegible] demas religiosos, aun mendicantes, y sentenciado á su favor [illegible] del colegio de Palencia, como constaba por las bulas de [illegible] tífices Pio IV, que comienza: *Et si ex debito pastoralis officii*, [illegible] dida el año de 1561, que su paternidad M. R. se dignase [illegible] los ojos, y que si no quedaba su religion enteramente satisfecha, [illegible] en el nombre de la Compañía cedia desde luego aquel sitio, y [illegible] dria la paz y el respeto que debia al órden sagrado de predicadores, [illegible] todas sus comodidades é intereses.

[illegible] La humildad y modestia del P. Pedro Sanchez, sostenida de la justicia de la causa, hizo todo el efecto que podia esperarse en el ánimo de un varon tan religioso y docto. Cesó luego la contradiccion, y para dar a conocer al público aquella observantísima familia que la justa representacion que habian hecho en fuerza de sus privilegios, no disminuia un punto el tierno amor que nos habian profesado y manifestado hasta entónces, vino el R. padre prior á ofrecernos su bella y magestuosa

Iglesia, para celebrar en ella la fiesta de la Circuncision del Señor, y titular de nuestra Compañía, trasladando entónces, y despues hasta ahora para la tarde, la solemne funcion de procesion de las *huérfanas*, que ese dia dota la archicofradia del Santísimo Rosario. En efecto, no pudiéndose resistir á tan afectuosas y sinceras instancias, se hubo de celebrar nuestra fiesta en aquel hermoso templo. Cantó la misa el padre provincial. Predicó el padre rector Diego Lopez, dando un elocuente testimonio de los grandes favores que en la Europa habia debido la Compañía desde su cuna, á tan esclarecida religion. El padre Dr. Pedro Sanchez pagó como podia aquella religiosa caridad, haciendo que dos de nuestros estudiantes que no habian aun acabado la teología, pasasen á oirla á las escuelas de Sto. Domingo, con tanto afecto y esmero de aquellos sábios maestros, como se vió en varias públicas funciones con que los honraron. En la pobre casa crecia cada dia mas el concurso de gentes piadosas. La juventud, que por lo que oia decir á sus padres, esperaba tener algun dia por maestros los jesuitas, comenzó á aficionárseles mucho. En determinados dias salia por las calles una inocente tropa de niños cantando la doctrina cristiana. Gobernaba la procesion el padre rector Diego Lopez, con una caña en las manos, hasta la plaza mayor, donde con increible concurso y mucho provecho de un vulgo innumerable, esplicaba alguno un punto de la doctrina, y concluia otro con alguna exhortacion moral. Las primeras veces que se practicó este ejercicio, uno de los mas importantes y provechosos que usa la Compañía, muchas personas de todas calidades, refirieron á los padres como en los tiempos inmediatos á su venida, se habia escuchado cuasi diariamente por las calles de México, aquel tono mismo en que cantaban con los niños la doctrina, y como nadie habia podido descubrir al autor de aquellas voces, que sin duda, decian, eran angélicas.

Así lo hallamos uniformemente testimoniado en todos los antiguos manuscritos de la provincia, y escrito por autores gravísimos, dentro y fuera de la Compañía; y á la verdad, como este prodigio no tanto cede en alabanza de nuestros primeros fundadores, como en gloria de la santísima doctrina de la Iglesia católica, ¿quién no cree cuán agradable será al cielo, á los ángeles y al mismo Señor Autor y consumador de nuestra fé, que sus mas grandes misterios se cantasen públicamente por boca de niños inocentes, en una region que acababa de salir por su piedad de las tinieblas, y sombra de la muerte, á la admirable luz? ¿Y

á quién no se le hará muy verosímil que los santos ángeles con tan sensible demostracion, quisiesen mostrar su júbilo y no t aplaudir al celo de la Compañía, cuanto excitarle á su ministeri glorioso, y que hace una de las partes mas sustanciales de su a lico instituto?

Edifican la primera iglesia de la Compañía los indios de Tacuba.

Con la recomendacion de este prodigio era muy sensible á t ciudad que no tuviésemos un fondo de templo capaz de los grand cursos que prometian tan bellos principios; sin embargo, los pad querian importunar á los vecinos, y de parte de estos no se dab á una obra que no podia dejar de ser muy costosa. En estas ci tancias se dejó ver cuanto las ideas de Dios son superiores á lo sejos humanos. El Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, D. Pedro do Contreras, D. Alonso de Villaseca, sobre quienes podia fun mas sólida esperanza, todos desparecieron, todos cedieron á la y al tierno afecto que mostró á la Compañía un noble indio. E *D. Antonio Cortés*, cacique, y gobernador del pueblo de T una legua al Oeste de México, entónces numerosísimo. Present acompañado de los principales de su nacion, al padre Pedro Sanch y hablando en nombre de todos: „Bien habrás sabido, padre, le di como nuestros mayores, en agradecimiento de haberlos traido el Se al seno de la Iglesia, edificaron á S. M. la Iglesia Catedral. Imita res de su fé no queremos nosotros serlo menos de su reconocimiento y de su piedad. Persuadidos á que la vuestra es una religion entera mente consagrada á la pública útilidad, sin excepcion alguna de pe sonas, hemos creido no podiamos hacer á nuestro Señor obsequio m agradable, ni mas importante servició á esta nuestra capital, que e ficar el primer templo de la Compañía de Jesus. Movidos á este int to únicamente por la gloria de Dios y utilidad de nuestros herma deberás hacernos la justicia de persuadirte, á que no esperamos paga que la que el Sr. quisiere darnos en el cielo. El templo, bien no tan magnífico y suntuoso como nosotros querriamos, y como lo ge la grandeza de los divinos oficios; pero á lo menos conforme á r tras fuerzas, será sólido, hermoso, y capaz para vuestros santos m terios." El padre provincial agradeció, como debia, tan grande be cio, y prometió tenerlo muy presente para procurar que toda la pr cia lo correspondiese, dedicándose con particularidad al cultivo d naturales. Abrieron luego los cimientos para un templo de tres n y cerca de cincuenta varas de fondo. Trabajaban en la obra ma

tres mil indios con tanto fervor y alegría, que en *tres meses*, quedó perfectamente concluido, muy hermoso por dentro, aunque por fuera cubierto de paja, lo que hizo se le diese por muchos años el nombre de *Xacalteopan*. Se fabricó el nuevo templo no sin especial disposicion del cielo, en el lugar mismo donde hoy está la iglesia del colegio seminario de S. Gregorio á quien se dió despues. *

Resolucion de desamparar la Habana.

Entre tanto el padre provincial, estendiendo á todas partes las miras de su caridad, no pensaba sino en la Florida. Esta mision debia, por órden de S. Francisco de Borja incorporarse en la nueva provincia. Desde la venida del padre Antonio Sedeño no se habian tenido de ella nuevas algunas, ni podian tenerse por el poco ó ningun comercio que habia entónces de la Habana á Veracruz. El padre Pedro Sanchez habia venido encargado de nuestro padre general S. Francisco de Borja de visitar aquella mision y la residencia de la Habana. La esperiencia le mostró cuán difícil era cumplir con esta órden. En la carrera de España á las Indias no se hace ni puede hacerse escala en la Habana, y mucho ménos en la Florida, sin un grande estravío. Pasar de México allá, era dejar la nueva provincia en su cuna sin aquel materno abrigo de que tanto se necesitaba en el sistema presente de las cosas. Todos los padres consultores fueron de opinion que no convenia faltase un punto de México el provincial. En consecuencia de esta resolucion, encargó la visita de aquellas residencias al padre Antonio Sedeño. Volviendo este á la Habana halló enteramente arruinada la vice-provincia de la Florida. Los españoles habian desamparado la tierra, ni les quedaba mas presidio que el de S. Agustin. Los indios aborrecian cada dia mas á los europeos, y habian huido á los montes, de donde no salian sino para causar continuas inquietudes á los moradores del presidio. La residencia de la Habana no podia subsistir sin la mision de la Florida, único fin por el cual se habia procurado. Determinó, pues, el padre Sedeño que todos los padres y hermanos pasasen á la Nueva-España. No se pudo entender en la ciudad esta resolucion sin un grande sentimiento. El Illmo. Sr. D. *Juan de Castilla* y el ayuntamiento de la ciudad, suplicaron al padre Sedeño

* Hoy es la iglesia de nuestra Señora de Loreto abandonada, aunque tan magnífica como una Basílica, por haberse hundido, inclinándose notablemente hácia el Oriente. Reedificóla por piedad el conde Basoco, gastando inmensas sumas de dinero sobre la iglesia antigua.—EE.

no quisiese privarlos de tanto bien como traia á su ciudad la Compañía, ó á lo menos sobresediese un tanto mientras daban cuenta á S. M. de cuya clemencia esperaban un suceso muy glorioso á la Compañía y muy saludable á su pais.

Representacion hecha sobre esto al rey.

En efecto, escribieron al rey D. Felipe II cuánto importaba en aquella ciudad un colegio de la Compañía, El fervor de espíritu incansable con que predicaban, y la universal reforma de costumbres que seguia su predicacion: la grande oportunidad que allí tenian para hacer, conforme á su instituto, correrías y apostólicas espediciones por todas las innumerables islas vecinas llenas aun de indios bárbaros, cuya conversion á nuestra santa fé por sí misma tan apetecible y tan digna del celo y cuidados de S. M. C. contribuiria no poco para hacerlos mas dóciles al suave yugo de la dominacion española, y acabaria de afianzar sobre sus sienes la corona de tantos y tan remotos pueblos cuya fidelidad vacilaba en los errores de su gentilidad: que sobre todo reconocian una suma necesidad de esta nueva religion para la crianza y educacion de la juventud, así en las letras como en virtud y política, para que parece los habia dotado singularmente el cielo, y de cuya aplicacion y esmero en esta parte podian ser testigos ellos mismos en todos aquellos años, en que con ocasion de la mision de la Florida, habian morado en su ciudad los jesuitas. Concluian pidiendo se dignase S. M. darles el consuelo que pretendian, interponiendo su autoridad y augusto nombre para que no desamparase la Compañía un pais tan dócil hasta entónces á sus instrucciones y ejemplos. El padre Antonio Sedeño escribió tambien de su parte al rey la comision de que se hallaba encargado. La ninguna esperanza que restaba de la Florida, que por lo que miraba á la Habana, la Compañía tenia mucho que agradecer á aquella ilustre ciudad, y estaba muy dispuesta á servir á la Santa Iglesia y á sus reyes en aquel ó en cualquiera otro lugar el mas bárbaro de la tierra; solo hacia presente á S. M., que aquella era hasta entónces una ciudad muy corta y de muy pocos caudales para poder mantenerse en ella de limosna. Que hasta allí lo habian pasado con trabajo de las que voluntariamente habian querido darles algunos piadosos, y sobre las cuales no se podia contar para una perpetua subsistencia. Que en seis años no habia tenido aquella residencia fondo alguno, ni aparecia alguna luz de fundacion para lo de adelante. Que si S. M. de sus reales cajas daba órden que se les proveyese de lo necesario, ó la ciudad se obligaba á mantenerlos, de muy buena gana se sacrificarian á cualesquiera trabajos é incomodidades.

Interin que S. M. resolvia, determinó que el padre Juan Rogel y los hermanos Francisco Villa Real y otro compañero, partiesen á Nueva-España para dar cuenta de todo al padre provincial, y desahogar aquella residencia de tres sugetos que no podia mantener sin trabajo; pero en México no se pasaba con mas abundancia. *D. Alonso de Villaseca,* hombre anciano y demasiadamente recatado, no aventuraba un paso sin mucha consideracion. Dado el suelo y aquellos pocos edificios observaba en mucho silencio la conducta de nuestros padres. Nada de fundacion, nada de iglesia. El virey D. Martin Enriquez y algunos otros señores que en mucho pudieran aliviarlos, lo juzgaban poco necesario creyéndolos bajo la proteccion del *Sr. Villaseca.* Las pocas limosnas que este daba, y siempre con un aire de desden y de enfado, apenas bastaban para las necesarias obras de cerca y oficinas de casa que habia emprendido el padre Pedro Sanchez. En esta situacion se hubieran visto desde luego muy necesitados á pedir por puertas alimento, si la piadosa caridad de las religiosas de la Concepcion no les hubiese socorrido.

Limosnas en México.

Este monasterio, el primero que se habia fundado en México el año de 1530, florecia entónces, y llena aun hoy en dia toda la América del suave olor de sus religiosas virtudes. Enviaban cada semana estas señoras una gruesa limosna de pan y carne, de que se mantuvieron nuestros religiosos hasta que tuvo el colegio suficientes fondos. Noticioso nuestro padre general de esta liberalidad, mandó las gracias á dicho monasterio, encargando á los de la Compañía que en todo procurasen servirlas con particular esmero, como lo ha hecho hasta aquí toda la provincia, testificando un eterno agradecimiento á tan singular beneficio. Hizo lo mismo despues que se divulgó la cortedad del nuevo colegio D. Damian Sedeño, abogado insigne de la real audiencia, y otros bienhechores, entre los cuales resplandeció singularmente el Lic. D. Francisco Losa, cura entónces de la Catedral. Este edificativo eclesiástico, no contentò con gastar toda su renta en los pobres, recogía cada año de personas muy parecidas á él en la caridad gruesas limosnas que repartia á los vergonzantes de la ciudad, y pasaban algunas de catorce y quince mil pesos. Enterado de las necesidades que padecian nuestros religiosos habia tratado con varios de sus amigos de los medios de remediarlas, y para este efecto remitia cada semana setenta ó mas pesos, con que se podian pagar algunos operarios ó ir poco á poco poniendo en forma regular de colegio nuestra incómoda ha-

Las monjas de la Concepcion socorren á los padres jesuitas.

bitacion. Así lo practicó por espacio de cinco años, hasta que renunciando el cargo de agenas almas, se entregó enteramente á cuidar de sí mismo en la Soledad de Santa Fé en compañía de aquel gran varon *Gregorio Lopez*, con quien vivió diez y ocho años, dejándonos escrita su admirable vida como testigo ocular, de que tendremos que hablar mas largamente en otro pasage de esta historia.

Ministerios. Cada dia crecia mas en los ánimos la estimacion y aprecio de nuestros ministerios. En toda la ciudad se sentia el buen olor de tanta humildad, de tanta paciencia en los trabajos, de tanto desinterés en todo, de tanta pobreza, y de tan religiosa afabilidad. Llegado el santo tiempo de cuaresma se hubieron de repartir aquellos pocos sugetos por todos los templos. Predicaba el padre Diego Lopez los domingos en el hospital de nuestra Señora. Los miércoles en el colegio de las niñas. Los viernes en el hospital del Amor de Dios. Los padres Pedro Diaz, Hernando Suarez de la Concha, y los demás que podian, hicieron lo mismo en el convento de la Concepcion y en todas las parroquias, con tanta ansia y aplauso de los oyentes, que muchos, dejada la estrechez de los templos, hubieron de hacerlo en los patios, en los cementerios y plazas vecinas. Una aclamacion tan general no pudo dejar muy breve de llegar á oidos del ilustre cabildo. Estos señores que siempre se han distinguido en favorecer á la Compañía, determinaron que la nueva religion entrase con las otras tres en tabla para los sermones de Catedral. Juzgó la seráfica religion que en sede vacante no residia en el venerable dean y cabildo autoridad para innovar cosa alguna en esta parte, y obtuvo un exhorto de la real audiencia para que se suspendiese la asignacion hasta la promocion de nuevo arzobispo. Esta pequeña diferencia no sirvió sino para mayor lustre de la Compañía. Los señores del cabildo, obedeciendo por entónces, señalaron para Semana Santa, en que cesa la tabla, al padre *Pedro Sanchez*, y por muchos años despues no tuvieron otro predicador para los dias mas solemnes de Ramos y Mandato. Electo á fines de este mismo año por arzobispo de México el Sr. D. Pedro Moya de Contreras puso luego en tabla á la Compañía para el año siguiente de 1574. Obedeciera á S. S. I. algunos años, hasta que el amor de la paz le hizo renunciar este honor, cediéndolo á las otras religiones, y teniéndose entre todas por mínima, segun el espíritu de su santo fundador.

Dedicacion del primer templo. Concluida á fines de abril la fábrica de nuestra Iglesia, quiso el venerable dean y cabildo, ó por mejor decir, toda esta nobilísima ciudad,

1er templo dedicación en México

...ijo que les causaba nuestro templo. Dispúsose
...n, con asistencia del Sr. virey, audiencia real,
...s, y toda la flor de la nobleza. Concurrieron co-
...dios todos de la comarca, convidados por el ca-
...n sus respectivas insignias. Uno de los vecinos
...dia un muy hermoso tabernáculo: otro una custo-
...ada, no sin alguna pedrería. El altar, ornamen-
...naron de rica tela de oro, sobre fondo carmesí,
...s distinguidos caballeros regidores de la ciudad,
... trajo de la Catedral con este acompañamiento el
... y el púlpito, se cedió al insigne órden de predi-
...eplácito entraron á la parte en Evangelio y Epis-
...nas religiones de S. Francisco y S. Agustin. Pre-
...maestro Fr. Domingo de Salazar, sugeto de un
... no inferior talento, electo despues arzobispo de
...Compañía las mas grandes y mas honrosas espre-
... tiempo manifestó bien que era su corazon el que
...pues de la funcion, honraron las mas de estas per-
... que á pesar de las modestas representaciones del
..., quiso hacer el mismo D. Luis de Aráoz una pú-
... cuanta parte tomaba en nuestro regocijo. Así se
...plo que tuvo en la América la Compañía de Jesus,
con universal júbilo de todos los órdenes de la ciudad, que parece presentian todo el provecho que de él habia de resultar al público. Con su mayor capacidad creció el concurso. Ocho sacerdotes en el trabajo incesante de oir confesiones la mayor parte del dia, y descuidados enteramente de las incomodidades de su pobre morada, no dejaban jamas el puesto sino para asistir á los moribundos, para servir á los enfermos en los hospitales, para consolar á los presos en las cárceles y procurarles el sustento, que no buscaban para sí mismos. De aquí se repartian por las calles, por las plazas públicas y los barrios de la ciudad, á predicar al pueblo y enseñarles los principales misterios de nuestra santa fé, de que habia en la ínfima plebe una extrema ignorancia. El espíritu de la caridad los traia siempre en un continuo movimiento.

Acaso un dia en que con mas aparato se habian convidado todos los maestros de escuelas para acompañar con la respectiva juventud que tenian á su cargo á los padres hasta la plaza mayor, y hecho allí des-

Ofrece la ciudad mejor sitio.

pues de la esplicacion de la doctrina un fervoroso sermon el padre Pedro Sanchez, vinieron á casa dos diputados de la ciudad, y hablando en nombre del ilustre ayuntamiento dieron á los padres las gracias del trabajo que tomaban por el bien comun de la ciudad, en que ellos tanto interesaban como padres de la república. Solo sentimos (añadieron) que la grande distancia de esta habitacion, ó no nos dejará gozar sino pocas veces del celo y doctrina de vuestras reverencias, ó les hará añadir esta nueva incomodidad, á las muchas otras que tienen la paciencia de tolerar por nuestro provecho. En atencion á este doble motivo, nuestro cabildo ofrece á vuestras reverencias un sitio mas cómodo en el centro mismo de esta capital, de donde sin tanto trabajo participe igualmente rayos de tanta piedad y sabiduría toda su vasta circunferencia. Para su compra da de pronto veinte mil ducados, y nos obligamos á contribuir en lo de adelante cuantos sufrieren los propios de la ciudad para una obra que la esperiencia nos ha mostrado, será de tanta gloria de Dios, y bien comun de todo el reino. El padre provincial dió á los diputados, y en ellos á su respetable cuerpo, las gracias de tan piadosa magnificencia, y añadió que para casa de estudios, donde se criase nuestra juventud, era bastantemente acomodado el lugar que ocupaban algo retirado del bullicio. Que el que le hacian el honor de ofrecerle, podia servir para *casa Profesa*, que es, digámoslo así, la fuente principal de los ministerios de la Compañía. Que en dejar el que tenian podian incurrir en la desgracia del Sr. virey, que habia tenido la benignidad de ofrecerles tambien otro mejor sitio, y desairar al Sr. Villaseca que tanto se habia muchos años ántes interesado en su venida, y que aunque no abiertamente, habia dado sin embargo señales nada equívocas de intentar la fundacion de este primer colegio.

Carácter del Sr. Villaseca.

En efecto, *D. Alonso Villaseca* habia comenzado con la vecindad á frecuentar nuestra casa. Tal vez enviaba algunas cargas de cal para algunas pequeñas fábricas que emprendian. Algunas semanas se hacia cargo de pagar á los operarios. Las principales fiestas de nuestra casa eran siempre acompañadas de algun señalado don suyo. Ya un rico cáliz, ya un ornamento, ó alguna de aquellas otras cosas de que se hallaba la Iglesia ó la casa mas necesitada. Se observó que poco á poco y con mucho secreto, iba comprando ya uno, ya otro de los solares vecinos. Era hombre de estremada madurez, y de una prudencia consumada, de grande liberalidad; pero en su trato estremamente seco

y sombrío: gustaba de dar, pero su semblante no mostraba mucho gusto en que le pidiesen, y menos en que le diesen gracias por algun beneficio recibido. Siempre austero, y al parecer intratable. Vendia muy cara á los padres la confianza que habian concebido de su piedad, despedidos siempre con dureza; bien que luego les mandaba mucho mas de lo que habian tenido la mortificacion de pedirle. Tal era para con los primeros jesuitas la conducta del *Sr. Villaseca*, y con tales dudas probaba el Señor la filial confianza de sus siervos, mucho mas heróica en la ocasion presente, en que con la comun aclamacion de nuestros ministerios] habian comenzado á inclinarse muchos ánimos á seguir el mismo piadoso instituto. El primero que con edificacion de toda la ciudad pretendió entrar en la Compañía, fué el *Dr. D. Francisco Rodriguez Santos*, tesorero de la Santa Iglesia Metropolitana de México. Este ilustre anciano, de mas de sesenta años, postrado de rodillas á los pies del padre Dr. Pedro Sanchez, le pidió se sirviese la Compañía de su persona, casas, y caudal, que queria sacrificar enteramente al Señor. El padre Pedro Sanchez, admirado de tan profunda humildad y tan piadosas lágrimas, creyó sin embargo, deberlo disuadir. Díjole que su edad no estaba para los rigores de un noviciado como el nuestro: que en el estado presente de su salud, seria nuestro Señor mas servido de él en el distinguido lugar que ocupaba en el coro de aquella Santa Iglesia, en que era el ejemplar de todo el clero y el amparo de muchos pobres que vivian de sus limosnas. Instó el venerable tesorero, que ya que su edad no le permitia gozar tanto bien, se admitiese por lo menos la donacion que hacia de todos sus bienes: que señaladamente queria mas que alguna otra cosa, aceptase la Compañía unas casas vecinas á la plaza del Volador, de una situacion ventajosa para los estudios y ministerios.

Pretende la Compañía el Dr. Santos, ofrece caudal y sitio.

Aun esto no pareció deberse admitir. El padre provincial supo que en otros tiempos este piadoso señor habia intentado fundar un colegio de estudiantes pobres. El, como habia pasado toda su vida en Alcalá, sabia muy bien la utilidad que podia esperar el reino de tan noble proyecto. Respondióle, que por lo tocante á nuestra fundacion, no podian admitirla sin faltar al debido agradecimiento á D. Alonso de Villaseca: que esto mismo habia sido parte para no admitir otras semejantes donaciones que el Sr. virey y la ciudad se habian dignado hacerles. Que á su caudal no faltaria empleo muy digno de su persona y de su piedad: que un colegio de *estudios mayores* para jóvenes pobres,

No se admite y se le exhorta á la fundacion del colegio de Santos

bien nacidos, y de esperanzas en virtud y literatura, como se decia habia pensado en otro tiempo, cederia en mucha gloria del Señor, y mucho provecho de la Nueva-España, y la Compañía miraria siempre como á su insigne bienhechor, á quien tanta parte tomaba en la educacion de la juventud, una de las mas principales de su apostólico instituto. Consolado el *Dr. Santos*, y animado con estas razones, que por el alto concepto que habia formado del padre Pedro Sanchez, le parecian dictadas del espíritu de Dios, desistió de su pretension, y dedicó la mayor parte de su caudal á la fundacion del colegio, que de su nombre, se llamó de *Santa María de todos Santos*. Dotó en él diez becas, que se hubiesen de dar por oposicion, cuatro de teología, cuatro de cánones, y dos de filosofía, á que se agregaron dos fámulos. Dióles muy sábias y prudentes constituciones con la direccion del padre Pedro Sanchez, que aprobó el Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, arzobispo de México, á 16 de enero de 1574, (y quiso ser el mismo prebendado su rector mientras vivió, que fué poco, llamándolo Dios á gozar el prémio de sus grandes virtudes). Despues de su muerte le vino cédula de S. M. en que lo tenia presentado para obispo de Guadalajara. Esta noticia es de Gil Gonzalez Dávila en su Teatro Eclesiástico del Nuevo-Mundo; pero no concuerda muy bien con la cronología de aquella Iglesia.

Primeros novicios. El lic. Saldaña.

El primero que fué efectivamente recibido en la Compañía en la América, fué el *Lic. D. Bartolomé Saldaña*, cura beneficiado de la parroquia de Santa Catarina Mártir, hombre de extraordinaria piedad, y de quien se dice habia bautizado personalmente mas de *quince mil adultos*. Aunque muy avanzado en edad, que casi llegaba á los sesenta, fué recibido por lo mucho que podia servir á los indios, no habiendo aun entre nuestros misioneros alguno que hubiese tenido lugar para aprender su idioma. La presuncion de su habilidad y esperiencia para el grave y honroso cargo que ocupaba, lo hizo recibir sin el mayor exámen. En los dos años de noviciado descubrió una total insuficiencia: verosímilmente la escasez de eclesiásticos en los principios de la conquista en que pasó á las Indias, habia dado motivo á que obtuviese los beneficios y lustrosos empleos á que no habria subido en otras circunstancias. Estuvo cuatro años de novicio, miéntras que consultado nuestro padre general, determinó que fuese admitido á los votos. Vivió despues otros cuatro, y murió el de 1581, sin haber tenido en la religion licencias de confesar, edificando con humildad en los mas pe-

queños ejercicios de casa á todo el pueblo de que era tan conocido y amado de todos por la suavidad é inocencia de sus costumbres.

Este ejemplo siguió despues con mas gloria de la Compañía y utilidad del público *D. Juan de Tobar*, prebendado de la Santa Iglesia Metropolitana, y secretario de su ilustre cabildo, sugeto de grandes prendas, y excelente en la lengua mexicana, con que sirvió muchos años, y de cuyas grandes virtudes habrá mucho que hablar en adelante.

Fué recibido en este mismo, *D. Alonso Fernandez*, natural de Segura de la Sierra, doctor en derecho canónico, provisor y visitador que habia sido de este arzobispado, y cura que actualmente era del partido de Ixtlahuaca. Pretendió ser admitido en unas circunstancias muy poco favorables á la Compañía: de cerca de sesenta años de edad, y cargado de achaques, no parecia poder llevar el rigor del noviciado, ni aun sobrevivir sino muy pocos meses á su recibo. Obró Dios que le llamaba. Entró, vivió en la Compañía catorce años, con fuerzas suficientes para ser enemigo irreconciliable de sí mismo por su austera penitencia, y todo á todos en el apostólico trabajo. Murió en el colegio del Espíritu Santo de la Puebla, con grande opinion de santidad.

Fuera de estos tres ejemplares sacerdotes, se escogieron entre muchos otros pretendientes, ocho estudiantes y algunos coadjutores de mayor esperanza. Entre los primeros fueron muy señalados por sus talentos y calidad, los padres Antonio del Rincon, descendiente de los antiguos reyes de Texcuco, su patria, y el padre Bernardino de Albornoz. Era este jóven hijo único de D. Rodrigo de Albornoz, regidor de esta ciudad, alcalde de las reales Atarazanas, y tesorero de la caja de México, de amables costumbres y vivo ingenio. Despreciadas las grandes esperanzas que le daba la nobleza y opulencia de su casa, y aun el extraordinario favor que debia su padre al rey católico, pretendió seguir nuestro instituto. Rehusó el padre Pedro Sanchez recibirlo sin la licencia de su padre. Este no era mas noble y rico, que piadoso. Pasó á nuestra iglesia con D. Pedro Moya de Contreras que acababa de recibir la noticia de su promocion al arzobispado de esta ciudad, y en presencia de los padres y mucho concurso, ofreció á Dios en las aras de la religion á su unigénito, con una devocion y grandeza de ánimo, que sacó lágrimas á muchos de los circunstantes. El cuidado é instruccion de los novicios se encargó, como de Roma estaba prevenido, al padre *Pedro Diaz*, hombre de trato muy familiar con Dios, y de un

espíritu de dulzura muy propio para este empleo, uno de los que miraba con mas celo y atencion la Compañía.

Primeros fondos del colegio máximo

En estas circunstancias en que con los nuevamente recibidos habia crecido otro tanto la comunidad, movió el Señor muchos ánimos para hacernos bien. El Sr. virey D. Martin Enriquez dió al colegio una cantera con algunos sitios en el territorio de Ixtapalapa, grande y populosa ciudad en tiempo de los antiguos mexicanos, y que hoy se ve con asombro hecha un monton de informes ruinas. Esta donacion fué de grande alivio para la obra que se emprendió de noviciado, y para las muchas otras que se continuaron en la série. Poco despues un honesto labrador llamado Llorente, ó *Lorenzo Lopez*, aplicó una hacienda de campo, que tenia tres leguas al Sud Oeste de México, avaluada entónces, segun dejó escrito el padre Pedro Sanchez, en catorce mil pesos. La parte desmontada llevaba bellos trigos. Lo demas eran cortes de leña, á causa de los altos montes, en cuya falda misma está situada. La cercanía, la amenidad y la ventajosa situacion de esta hacienda, que domina todo el plan de México, y ofrece á la vista uno de los mas hermosos espectáculos, hizo que se destinase desde entónces para casa de recreo de nuestros estudiantes en tiempo de vacaciones, en que continúa hasta el presente. Dióle el padre provincial en memoria de la que para el mismo fin tiene el colegio de Alcalá, el *nombre de Jesus del Monte*. Hizo al principio el buen labrador donacion de esta hacienda, reteniendo para sí el usufructo; pero despues viendo que el solo dominio de propiedad no aliviaba en nada las urgencias presentes del colegio, cedió tambien esta parte, quedándose él mismo de administrador, y tomando de ella lo necesario á su alimento, hasta que retirado al colegio murió tranquilamente, y yace en el mismo sepulcro de aquellos á quienes amó tan tiernamente. El ayuntamiento de la ciudad, dió tambien á la casa un sitió de huerta á su eleccion en las cercanías de México. Se escogió en un lugar muy fértil, entre la ciudad y el collado de Chapultepec, antiguo palacio de los emperadores mexicanos, junto á la arquería y convento de recoletos de S. Cosme, que allí se edificaron despues de muchos años.

Fundacion del colegio seminario de S. Pedro y S. Pablo.

Con estos socorros y otros que hizo en dinero al colegio el *Sr. Villaseca*, cediendo varias acciones y deudas cobrables, que juntos, hacian la suma de veinte mil pesos, se edificó noviciado y algunos cuartos de habitacion, muy capaces y acomodados, que se incorporaron tres años despues en la obra principal, que emprendió á su costa el mismo in-

signe fundador. No faltaba ya á nuestro colegio otra cosa, que abrir los estudios. Esto era puntualmente lo que el virey y toda la ciudad mas deseaban; sin embargo, aun no se daba paso alguno. San Francisco de Borja, entre otras prudentes instrucciones que habia dado al padre provincial, le habia con especialidad encargado que no se empeñase en abrir escuelas públicas, hasta tener bien zanjados los cimientos de la nueva provincia, conocida la tierra, y seguro del beneplácito de la universidad y comunidades religiosas, cuya amistad y cuyo respeto debia ser uno de sus mas principales cuidados. Interin que este plazo se cumplia, pareció al padre Dr. Pedro Sanchez, debia plantear primero un colegio seminario, sin el cual no podia sacarse el mayor fruto de las escuelas. En los sermones y en las conversaciones privadas trataba muy ordinariamente de la alta dignidad del sacerdocio, de los cargos gravísimos de los pastores de almas, de la virtud y talentos de que deben estar adornados los que se dedican al servicio de la Iglesia, la costumbre antigua de criarlos en recogimiento, tan recomendada en aquellos últimos tiempos por un concilio general; y finalmente, la particular necesidad que habia de esto en un pueblo tan numeroso y tan opulento como este, en que la paz, la riqueza y la abundancia, no ofrecian por todas partes, sino lazos y precipicios, tanto mas amables, cuanto menos conocidos de una edad incauta. Movidos con estas razones los ánimos de algunos ricos ciudadanos, determinaron fundar un colegio seminario, de cuyo orígen no podemos dar mas viva y auténticamente idea, que con las palabras mismas con que se halla referido en un manuscrito de cerca de 200 años, que se encuentra en el archivo del real y mas antiguo colegio de S. Ildefonso, y dice así:

Razon del orígen que tuvo la fundacion del colegio de los gloriosos y bienaventurados apóstoles y príncipes de la Iglesia católica S. Pedro y S. Pablo de la ciudad de México.

En el año de 1563, poco despues de haber venido y hecho asiento en esta ciudad de México los padres y hermanos de la Compañía de Jesus, el ilustre y muy reverendo padre *Dr. Pedro Sanchez*, provincial de la dicha Compañía, con celo de servir á la Divina Magestad y acudir al remedio y socorro de las necesidades espirituales que la juventud de esta insigne ciudad deMéxico padecia, trató con algunas personas principales de ella, que entre todos ellos se fundase un colegio de que fue-

Todos estos colegiales tomaron la beca el dia 1.° de novien 1573, y luego en cuerpo de comunidad se presentaron al virey, de pasaron á asistir á la apertura, que en memoria del nombr ilustre fundador se celebró con una oracion latina ese dia misn que no tuvo forma de colegio ni se aprobó su ereccion y con nes por el Sr. virey y arzobispo hasta el mes de enero de 157 gobierno del colegio de S. Pedro y S. Pablo confirieron los p al Lic. *Gerónimo Lopez Ponce.* Muy en breve creció tanto el n de los colegiales dotados y de convictores, que fué necesario otros varios colegios bajo las advocaciones de *S. Miguel, S. Br y S. Gregorio,* de cuya reunion en el de S. Ildefonso hablarem tiempo.

Muerte de S. Francisco de Borja.

A fines de este año, en flota que arribó á Veracruz en 25 de bre, se tuvo la triste noticia de la muerte de S. Francisco de tercero general de la Compañía, y fundador de las provincias América. Este golpe doloroso para todo el cuerpo de la Con debió serlo incomparablemente mas para esta provincia, á quien engendrada á su vejez, amaba el Santo con la mayor ternura. En legio se le hicieron justamente al año de llegada á México la Compa dia 29 de setiembre, muy honrosas exéquias con asistencia de los s arzobispo y virey, á quien como adeudo, tocaba no pequeña part dolor en la pérdida de uno de los mas grandes santos que habia t en estos últimos tiempos la España y aun la Iglesia. La seráfi ligion, que miraba con razon á este gigante como hijo de su espíritu en el venerable siervo de Dios Fr. Juan de Tejada, y como perfecto imitador de su humildísimo patriarca, le hizo tambien en su convento unas honras magníficas. Le succedió en el cargo de general el padre *Everardo Mercuriano.*

Va á ordenarse á Pátzcuaro el hermano Juan Curiel.

Con tan rápidos progresos como estos caminaba á su perfeccion la nueva provincia de México. Hasta aquí el celo de sus primeros fundadores habia estado como enclaustrado en el recinto de la ciudad. En este año comenzó ya á dilatar esta viña hermosa sus pámpanos y sus guias del uno al otro mar, y á recoger copiosos frutos en toda la estension del reino. Se intentaba abrir á fines de este año los estudios de *latinidad* y *poesía.* De los tres hermanos estudiantes que habian venido de Europa y proseguido, como dijimos, sus cursos de teología en el convento de Santo Domingo, el uno, que era el hermano Juan Curiel, habia acabado ya sus estudios, y faltaba muy poco á los hermanos

z y Pedro Mercado. Estos tres hermanos, que en las es-
den de predicadores y en las literarias funciones con que
onrado sus sabios maestros, se habian atraido la estima-
s los hombres de letras que tenia entónces la ciudad, sor-
ngeras voces de estos aplausos, no se empleaban dentro
en los ministerios humildes de refectorio, de cocina, y los
s de hermanos coadjutores, de que habia grande escasez
os temporales. De cuatro que habian venido de España,
ó en la hacienda de Jesus del Monte, otro cuidaba de la
Cosme, otro de la fábrica y corte de leña, cantera, &c.
Lope Navarro, acostumbrado al descanso y puntual asis-
colegios de Europa, no pudo sufrir las cortedades de un
n fundado, y fué despedido de la Compañía. Los que
o de la Habana hubieron de volver allá muy breve con la
te hablaremos luego. Con el recibo de algunos que deja-
año antecedente, se alivió algun tanto esta necesidad,
erse promover al sacerdocio al hermano Juan Curiel.
spado de la Puebla, y no estaba aun consagrado el Sr. D.
e Contreras, electo arzobispo de México. Se determinó
ermano Curiel á Páztcuaro, donde residia entónces la Ca-
hoacán. Era muy del gusto del padre provincial que con
uese Páztcuaro la primera ciudad despues de México en
que hubiese de residir algun jesuita. Son bien sabidos los esfuerzos que por traer la Compañía á su obispado habia hecho D. *Vasco de Quiroga*. El Illmo. Sr. D. Antonio de Morales, que entónces gobernaba, mostró bien en el gozo con que recibió al hermano Juan Curiel, que no cedia en esta parte á su dignísimo antecesor.

Destinóle un alojamiento muy cómodo en el colegio de S. Nicolás, el mas antiguo de toda la América, fundacion del Illmo. D. Vasco, y cuya administracion, gobierno y cultivo habia deseado ardientemente encomendar á la Compañía. Un espíritu tan activo como el del hermano Juan Curiel no era para estar algun tiempo en la inaccion y en el descanso. Sabiendo que faltaba maestro que leyese gramática á aquella juventud, determinó ocuparse en este ministerio mientras llegaba el tiempo de recibir las ordenes. El Illmo. prelado y cabildo, patron de aquel colegio, no pudieron ver sin mucha edificacion y complacencia tanto retiro, tanta virtud y tanto celo por el público, persuadidos á que la sabiduría y el fervor del espíritu no está siempre vincu- **Su ejercicio en aquella ciudad.**

lada á la edad: le hicieron las mayores instancias para que predicase en su Catedral: esto era justamente probarle por el lado mas sensible á su humildad. Sin embargo, hubo de obedecer. Predicó con tanta elocuencia y espíritu, y por otra parte fueron tan sensibles los progresos, que en aquel corto tiempo se esperimentaron en toda la ciudad, los antiguos deseos de procurar fundar un colegio, que consiguió el año siguiente. Se ordenó con singular consuelo del Illmo. prelado, y él mismo no contento con haberle hecho el honor de ser su padrino en la primera misa, quiso aun con un exceso de benignidad predicar en ella, esplayándose en muchas alabanzas del nuevo sacerdote, y de la religion que procuraba ministros tan dignos de los altares y tan útiles á la Iglesia.

Orden del rey para que no salgan los padres de la Habana, y éxito de este negocio.

Apto ya para los ministerios de la Compañía, volvió con sentimiento bastante de todo aquel pueblo al colegio de México, donde nunca sobraban operarios, bien que en la primavera de este año se añadieron dos, que valian por muchos en el espíritu y esperiencia. Dijimos como la ciudad de la Habana habia representado á S. M. para que no saliese de aquella isla la Compañía. La resolucion de la corte fué muy conforme al celo y amor con que procuró siempre consolar á sus pueblos Felipe II. Escribió al padre Antonio Sedeño que se mantuviese con los demas padres y hermanos en la ciudad. En consecuencia de esto se dió órden al padre Juan Rogel para que en compañía de los dos hermanos volviese otra vez á la Habana, como lo ejecutó prontamente, y fué recibido con las demostraciones de estimacion que le habia profesado siempre aquella buena gente. Fuera del continuo ejercicio de sermones y confesiones que siempre hacian con nuevo fruto, tuvieron este año bastante en que ejercitar su caridad y su paciencia en la instruccion de muchos negros que se compraron de las costas de Guinea para el servicio de las obras públicas. Sensibles á la dulzura y caridad con que los trataban, recibieron con tanto gusto la doctrina, y echó en sus corazones tan hondas raices la semilla evangélica, que fueron dentro de poco tiempo un ejemplar de edificacion. Bautizados *sub conditione* con parecer del Illmo. D. *Juan de Castilla*, no se ocupaban jamas en el trabajo sino rezando á voces el rosario de María Santísima que traian todos al cuello. Preguntados sobre esto de algunos religiosos que burlaban de su piedad como de una supersticiosa ceremonia, recibieron respuestas que les hicieron conocer, no sin confusion, que no está la virtud vinculada al

color, ni es la gracia aceptadora de personas. Tal era la ocupacion de los jesuitas en la Habana, y tales las bendiciones que el cielo derramaba sobre sus trabajos. Entre tanto no se tomaba providencia alguna ni de parte de los ministros de S. M., ni de parte de los vecinos, que no tenian facultades para tanto. Dió el padre Sedeño noticia exacta al padre provincial, y se determinó que todos los padres y hermanos se retirasen á México. Los que habian quedado en la Habana eran los padres *Antonio Sedeño y Juan Rogel*, con los hermanos *Francisco de Villa Real, Juan de la Carrera y Pedro Ruiz de Salvatierra*. Los tres primeros eran hombres de muchos años de religion, envejecidos en las hambres, pobreza y necesidades, de que fué siempre muy fértil la mision de la Florida. Todos (dice un antiguo manuscrito) mirados siempre en esta provincia con grande admiracion y reverencia, por su altísima oracion y trato tan familiar con nuestro Señor, acompañado de una rara mortificacion de sus pasiones.

Poco despues de llegado á México este nuevo socorro de obreros evangélicos, vino de Guadalajara un capellan de aquella Santa Iglesia, encargado de llevar consigo algunos misioneros jesuitas para aquel obispado, donde habia llegado ya la fama del colegio de México, y del copioso fruto espiritual con que Dios bendecia sus trabajos. Era autor de esta embajada el Sr. D. *Francisco de Mendiola*, varon admirable, y cuya memoria vive aun en la veneracion y en el respeto de toda la Nueva-España. Vino á las Indias de oidor para la audiencia de Guadalajara, como D. Vasco de Quiroga habia venido á la de México. Tales ministros eran los que merecian la confianza del rey D. Felipe II, que como otro S. Ambrosio, pasaron de los tribunales para ser de los mas santos y celosos prelados que ha tenido la Iglesia en estos últimos tiempos. Promovido á obispo de Guadalajara no juzgó que podia hacer servicio mas importante á su nuevo rebaño, que procurarle algunos misioneros de la Compañía. Oportunamente, para que por la escasez de sugetos no se faltase á la pretension de un pastor tan vigilante, dispuso el Señor, que pasando por México el Illmo. Sr. D. *Antonio Morales* promovido de Michoacán á la mitra de Tlaxcala ó Puebla de los Angeles, ordenase á los dos hermanos *Juan Sanchez* y *Pedro Mercado*. El primero de estos con el padre *Hernando Suarez de la Concha*, fueron enviados á Guadalajara juntamente con el capellan de su Illma., que traia órden de no volver á la ciudad sin los padres. La ciudad de Guadalajara está al Poniente de México, en cuya estension

Protende misioneros el Sr. obispo de Guadalajara.

que siempre se ...

alguna en esta parte, y ...

se suspendiese la ...

Esta pequeña diferencia ...

palma. Los señores del ...

para Semana Santa, en ...

por muchos años despues ...

solemnes de Ramos y M...

arzobispo de México el Sr. D. ...

en tabla á la Compañía para ...

S. S. I. algunos años, hasta ...

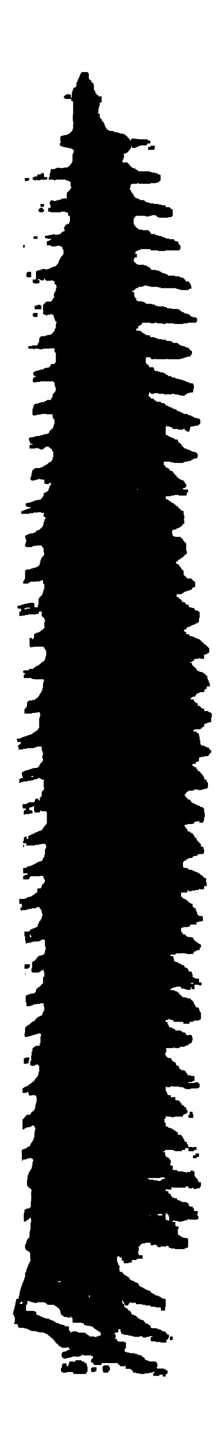
este honor, cediéndolo á los ...

por mínima, segun el espíritu ...

Dedicacion del primer templo.

Concluida á fines de abril la ...

nerable dean y cabildo, ó por ...



.. .na, buscó un libro en que leerles, y lo ha-
:v..r, aunque sin entender una palabra, que
industrioso celo, no se dejaron de esperimen-
en los indios que le escuchaban.
,.., y gozoso de haber traido á su diócesis unos
..a muchas veces á comer con ellos al hospi-
.rocurar un establecimiento de la Compañía en
..ase de una gran parte del peso de la mitra,
l asunto con los prebendados de su iglesia, y
padres de la mesa capitular una gruesa limos-
.zgó conveniente pasar á Zacatecas, y á los
'nos, mucho mas poblados entónces de espa-
Aunque el venerable prelado y toda la ciudad
..ncia y provecho que traian los jesuitas, sin
..cas lugar de su jurisdiccion, se alegraron
utilidad. Esta espedicion no carecia de gra-
bia de pasar forzosamente por las fronteras de
belicosa y carnicera, y que parecia no haber
l.. dominacion de España, ni al yugo de la fé.
servirse de los padres para mucho bien de
o, que pasando á Zacatecas por el mismo
nte de Saldivar, los llevase con la mayor se-
compañía de soldados que traia á sus órde-
..cas y los reales vecinos eran entónces la
.. s de México, de toda la América Septentrio-
.. plata que atraia tanta gente, no ocasiona-
usurarios, el juego, la disolucion, y sobre
los delitos, eran una consecuencia necesa-
ntre las manos de la gente mas desprecia-
circunstancias en que pudieron muy bre-
..lo el sistema del pais, que fué ácia los fi-
..rio les enseñó cuáles y cuán monstruo-
n .. la frente. Comenzaron á atacarlos con
.., en las conversaciones privadas, en los
..ntentes. Como los mas eran españoles, y
.. ..n quien les hablase con tanta claridad y
.. llagas de sus conciencias, las voces de
.ludable en cuasi todos los corazones.

Parten á Zacatecas y pretende colegio

se comprenden no pocos pueblos del arzobispado, y muchos del obispado de Michoacán. Iban por todo este largo camino nuestros misioneros sembrando la divina palabra con tanto consuelo y provecho de aquellas buenas gentes, que no pudiendo los padres detenerse en cada poblacion cuanto deseaba su celo, y pedia la necesidad, los seguian por el camino confesándose y gustando de sus saludables instruciones, hasta que llegando á algun lugar donde habia oportunidad para celebrar el santo sacrificio, comulgaban y volvian llenos de regocijo y de serenidad á su trabajo.

Sus ministerios.

La fama de este constante y fructuoso trabajo habia llegado á Guadalajara mucho ántes que los padres. A su arribo, el venerable prelado con un exceso de humildad y benevolencia, acompañada de una amable sencillez que realzó siempre mucho su mérito, salió un largo trecho fuera de la ciudad. Los abrazó con muestras de mucho gozo, y escusándose con la grande estrechez de su palacio, que en efecto era una casa bastantemente incómoda, les dijo: que acomodándose á su gusto y religiosidad les tenia preparado hospedage en el hospital de la Veracruz. Dieron principio á la mision saliendo con los niños de las escuelas hasta la plaza mayor. Se cantó por las calles la doctrina, despues de cuya esplicacion hizo el padre Concha una exhortacion llena de fuego y de energía. Este era el hombre mas propio del mundo para este género de ocupacion. De un celo y caridad á prueba de los mayores trabajos, de un carácter dulce é insinuante en el trato con los prójimos, de un espíritu de penitencia, que tuvieron muchas veces que moderar sus superiores. Su rostro apacible y macilento, su vestido pobre y raido, su conversacion siempre al alma, todo respiraba humildad y compuncion. Bajo tal maestro se formó muy semejante á él el padre *Juan Sanchez*. Los domingos predicaban en la Catedral, cuasi todos los dias en las calles y plazas ó en las cárceles y hospitales. Muy breve tomó toda la ciudad un nuevo semblante. Los prebendados y personas de distincion fueron, conforme á su dignidad, los primeros que dieron ejemplo á lo demas del pueblo haciendo los ejercicios de nuestro Santo Padre, frecuentando los sacramentos, repartiendo gruesas limosnas, y entregándose á obras de piedad. Algunos dias de fiesta se repartian por caridad á decir misa en los pueblos vecinos, que de otra suerte no la oyeran por la cortedad de ministros. Notó el buen padre Concha la muchedumbre que acudia, y la devocion que mostraban en sus semblantes. Vivamente condolido de no poderles aprove-

char por ser estraño su idioma, buscó un libro en que leerles, y lo hacia con tanto afecto y fervor, aunque sin entender una palabra, que cooperando el Señor á su industrioso celo, no se dejaron de esperimentar muy buenos efectos en los indios que le escuchaban.

Parten á Zacatecas y pretende colegio

Edificado el Sr. obispo, y gozoso de haber traido á su diócesis unos misioneros tan celosos, iba muchas veces á comer con ellos al hospital. Persuadido á que procurar un establecimiento de la Compañía en aquel pais, seria descargarse de una gran parte del peso de la mitra, comenzó á tratar sobre el asunto con los prebendados de su iglesia, y entre tanto señaló á los padres de la mesa capitular una gruesa limosna. El padre Concha juzgó conveniente pasar á Zacatecas, y á los otros reales de minas vecinos, mucho mas poblados entónces de españoles que Guadalajara. Aunque el venerable prelado y toda la ciudad sentian privarse de la presencia y provecho que traian los jesuitas, sin embargo, como era Zacatecas lugar de su jurisdiccion, se alegraron que participase de tanta utilidad. Esta espedicion no carecia de gravísimos peligros. Se habia de pasar forzosamente por las fronteras de los chichimecos, nacion belicosa y carnicera, y que parecia no haber de sujetarse jamas ni á la dominacion de España, ni al yugo de la fé. Pero el Señor que queria servirse de los padres para mucho bien de aquella cristiandad, dispuso, que pasando á Zacatecas por el mismo tiempo el capitan D. Vicente de Saldivar, los llevase con la mayor seguridad escoltados de una compañía de soldados que traia á sus órdenes. La ciudad de Zacatecas y los reales vecinos eran entónces la parte mas poblada despues de México, de toda la América Septentrional. La codicia del oro y la plata que atraia tanta gente, no ocasionaba ménos vicios. Los tratos *usurarios*, el juego, la disolucion, y sobre todo, la impunidad de todos los delitos, eran una consecuencia necesaria del oro que rueda aun entre las manos de la gente mas despreciable. Los padres llegaron en circunstancias en que pudieron muy brevemente hacerse cargo de todo el sistema del pais, que fué ácia los fines de cuaresma. El confesonario les enseñó cuáles y cuán monstruosos eran los vicios que tenian á la frente. Comenzaron á atacarlos con viva fuerza en los sermones, en las conversaciones privadas, en los consejos que daban á los penitentes. Como los mas eran españoles, y habia mucho tiempo que no oian quien les hablase con tanta claridad y les descubriese las interiores llagas de sus conciencias, las voces de los misioneros hacian un éco saludable en cuasi todos los corazones.

Comenzaron á deshacerse los tratos inicuos, se hicieron muchas restituciones de grandes cantidades, se quitó una gran parte del juego. Dia y noche eran continuas las confesiones y las consultas, no fiándose ya de su dictámen, y no atreviéndose á dar paso sin consultar el de los padres.

Pasa el padre provincial á Zacatecas y vuelve á México.

Con tan bella disposicion de los ánimos publicaron los misioneros el jubileo plenísimo, que con ocasion de su exaltacion al pontificado, habia concedido á toda la universal Iglesia la Santidad de Gregorio XIII. Lo mismo, no con menor fruto, ejecutaron succesivamente en Pánuco, Sombrerete, S. Martin, Nombre de Dios y Guadiana, que todas pertenecian entónces á la mitra de Guadalajara. A la vuelta de estas apóstolicas correrías se comenzó á tratar de fundacion. Habian los de la ciudad ofrecido casa, y juntado entre todos algunas limosnas, y prometido otras que parecieron muy suficientes al padre Concha. Dió cuenta exacta al padre provincial, quien para examinar mejor la naturaleza y fondos del pais, partió luego confiadamente á Zacatecas sin temor de los indios que infestaban el camino. Reconoció los fondos que ofrecian, que no le parecieron proporcionados. Por otra parte, creyó que siendo aquella, como son generalmente las de minas, una poblacion volante, precisamente vinculada al descubrimiento de los metales, no podia tener subsistencia alguna, y agotados estos, impedida ó prohibida su estraccion, se acabaria tambien la ciudad. Se escusó, pues, con los habitadores pretestando la escasez de sugetos de la nueva provincia para poder ya estenderse á términos tan distantes, y mas que por aquel octubre pensaba abrir los estudios en México, para lo cual se necesitaba del padre Juan Sanchez, á quien tenia destinado á una de las clases. Que por lo tocante á la instruccion y cultivo de aquella region que tanto afecto habia mostrado á la Compañía, él tendria cuidado de enviarles la cuaresma quien les predicase y enseñase con igual fervor que lo habian hecho entónces los dos misioneros. Con esta promesa, y con haberles predicado algunos sermones con mucho espíritu y no menor fruto, dejó muy consolada y edificada la ciudad, y dió con sus dos compañeros la vuelta para México.

Pocos dias despues de su llegada, presidiendo en la real Universidad unas conclusiones teológicas el Rmo. P. Mtro. Fr. *Bartolomé de Ledesma*, obispo despues de Oaxaca, y uno de los mayores hombres que ha tenido en la América la religion de Santo Domingo, quiso hacer á los jesuitas el honor de convidarlos para argüirles. Se hubo

finalmente de admitir la réplica. El padre Pedro Sanchez y algunos otros de los padres, juntaron tanta agudeza, tanta claridad, tanta concision, con tanta modestia y humildad, que los mismos maestros de las religiones, los doctores y personas de lustre que habian asistido, quedaron no menos admirados de su literatura que edificados de su religiosidad. De aquí se tomó ocasion no solo para instar al padre provincial á que abriese estudio la Compañía, pero aun para obligarla interponiendo la autoridad de los señores arzobispo y virey. Se habia cumplido exactamente con el órden prudentísimo del Santo Borja, no abriéndose las clases hasta el octubre de 1574, dos años despues de establecida en México la Compañía. Por otra parte, no habia en la Universidad sino un *maestro de gramática para toda la juventud de México, y aun de todo el reino*. Esto determinó al padre provincial á condescender con la súplica de toda la ciudad. Señaló por maestros á los padres *Juan Sanchez*, y *Pedro Mercado*. La eleccion de este último, que era americano y de una de las familias mas distinguidas de esta capital, fué muy aplaudida de los naturales del pais, reconociendo en un sugeto de tanta virtud y tan raros talentos lo que podian esperar de los ingenios mexicanos. Entre tanto que los dos padres se prevenian para comenzar la tarea de sus clases, llegaron á México un padre y seis hermanos que habian arribado á Veracruz á 1.º de setiembre, y fueron el padre *Vicencio Lanuchi*, y los hermanos *Francisco Sanchez*, *Bernardo Albornóz*, *Pedro Rodriguez*, *Antonio Marchena*, *Juan Merino*, y *Estevan Rico*. Habianse embarcado en un navío muy viejo que á pocos dias de salir del puerto comenzó á hacer agua por todas partes. Todo hombre se veia obligado á darle á la bomba, faltando ya el aliento y las fuerzas á la gente de mar. El viage fué muy largo, y con muchas incomodidades. Murió la mayor parte del equipage, muchos otros enfermaron peligrosamente. Todo el trabajo de la bomba y demas maniobras hubo de repetirse entre maestros hermanos, y algunos pocos pasageros. De este continuo y violento trabajo llegaron á México tan quebrantados, que algunos murieron luego, y otros despues de pocos meses, rotas las venas del pecho, y estravasada la sangre que echaban por la boca en abundancia.

El dia 18 de octubre de 1574 se dió principio á nuestros estudios. Se habia convidado para esta funcion el Sr. virey D. *Martin Enriquez*, que asistió acompañado de la real audiencia y de toda la ciudad, muchos de los señores prebendados y las religiones. Hizo una elegante oracion — Estudios menores.

latina el padre Juan Sanchez, uno de los maestros, costumbre que se ha observado despues constantemente, y que han honrado por lo comun con su presencia los señores vireyes, mostrando en esto el grande aprecio que hacen del cuidado que se toma la Compañía en la educacion de la juventud. Desde este dia comenzaron á cursar nuestras escuelas los colegios de S. Pedro y S. Pablo, de S. Bernardo, de S. Miguel y S. Gregorio. La competencia que como suele suceder, se encendió luego entre los estudiantes de los distintos gremios, comenzó á producir grandes progresos que hicieron esperar serian en la série el seminario de toda la literatura de estos reinos. El efecto mostró cuánto eran bien fundadas estas esperanzas. Lo mas lucido y noble de la juventud mexicana ha distinguido siempre á este colegio, que de todos los cuatro hoy persevera con el nombre del *real y mas antiguo de S. Ildefonso*. Las catedrales, las audiencias, las religiones de toda Nueva-España, se proveen de aquí de sugetos insignes en piedad y en letras. Bastan para ennoblecerlo un D. *Juan de Mañosca*, presidente de la real chancillería de Granada, electo obispo de Mallorca, arzobispo de México, y visitador del Santo tribunal de la Inquisicion de la misma ciudad, el Sr. D. *Francisco de Aguilar*, electo arzobispo de Manila, el Illmo. Sr. D. *Juan de Guevara*, arzobispo de Santo Domingo, primado de las Indias, los Illmos. señores D. *Nicolas del Puerto*, D. *Tomás Montaño*, D. *Juan de Cervantes*, *obispos de Oaxáca*; los Illmos. señores D. *Juan Ignacio Castorena y Ursúa*, y D. *Juan Gomez Parada*, obispo de Yucatán. Los Illmos. señores D. *Fr. Andres de Quiles*, del órden de S. Agustin, y D. *José de Flores*, obispos de Nicaragua, dejando otros muchos de Zebú, de Porto Rico, de Caracas, de Comayagua, de Nueva-Vizcaya, de Guatemala, de Michoacán, de Guadalajara. Solo si no podemos dejar de hacer especial mencion del Illmo. Sr. D. *Antonio Rojo*, arzobispo de Manila en las islas Filipinas, que fuera de las virtudes propias de su oficio pastoral, en que siguió las huellas de los mas grandes obispos de la antigüedad, supo juntar el baston al cayado haciendo en esta última guerra y triste sitio que padeció aquella metrópoli, que gobernaba como capitan general y presidente de la real audiencia, todos los oficios de un celosísimo prelado, y de un esperimentado gefe; y aunque, finalmente, consumido al peso de tan gloriosas fatigas, y mucho mas del celo y caridad de su pueblo ó Iglesia afligida, murió como otro S. Agustin, ofreciéndose víctima al Señor por la quietud y libertad de su rebaño el dia 31 de julio del pasado de 1764,

dejando la Asia y la América llena de la suavísima fragancia de sus virtudes, y singularmente una tierna memoria á este real y mas antiguo, de que fué siempre agradecido alumno, y constantísimo protector.

Seria emprender una historia aparte contar los famosos catedráticos que ha dado á esta insigne Universidad, comparable (dice un juicioso escritor) con las mas ilustres de Europa en lo numeroso, lo noble y lo florido de sus estudios, los oidores á todas las audiencias de Nueva-España, y los prebendados insignes á todas las iglesias catedrales, tanto en los tiempos pasados como en los presentes, en que los coros de México, Michoacán, Oaxaca, Guadalajara, están llenos de ilustres hijos de este colegio. A él debe su primer abad la insigne y real Colegiata de nuestra Señora de Guadalupe. Ilustraron la corte de Madrid tres jóvenes hijos del Exmo. Sr. D. Luis de Velasco, virey, gobernador y capitan general de Nueva-España, el Sr. D. *Antonio Casado y Velasco*, hijo del Exmo. Sr. marques de Monte Leon, abad de Sicilia y embajador plenipotenciario del rey católico D. Felipe V á la corte de Londres para el ajuste de las paces entre las dos coronas, y actualmente puede contar entre sus hijos á los señores D. *Tomás de Rivera y Santa Cruz*, gobernador y presidente de la real audiencia de Guatemala, y al actual corregidor de esta ciudad, á D. *Francisco Crespo Ortiz*, caballero del órden de Santiago, mariscal de campo de los reales ejércitos, gobernador que fué muchos años del puerto de Veracruz. D. Martin Enriquez, que como hombre prudente, previó desde luego toda la utilidad que este grande establecimiento podia traer al reino, pasando de allí á dos años á virey del Perú, fundó en Lima su capital, el colegio mayor de S. Martin, que tanto lustre ha dado á aquella parte de la América.

Pretende el cabildo eclesiástico de Pátzcuaro colegio de la Compañía.

Tal era por entónces la ocupacion del padre Pedro Sanchez despues del viage de Zacatecas, cuando le fué forzoso hacer otra escursion mas corta y de mayor utilidad. Hemos ya mas de una vez hablado del grande afecto que tuvo á la Compañía el venerable obispo D. *Vasco de Quiroga*, del seminario que fundó en Pátzcuaro, y que tan ardientemente debió encomendar al cuidado de los jesuitas. Vimos la diligencia que hizo tanto por su chantre D. Diego de Negron como por sí mismo er su viage á España para traerlos á su diócesis, y como la enfermedad de los cuatro sugetos que habia conseguido del padre Diego Laines dejaron frustrados sus deseos. Vuelto á su obispado, aunque nadie por entónces sino su Illma. habia pensado en traer jesuitas á la América

se le oyó decir mas de una vez con un tono afirmativo y resuelto: *La venida de la Compañía de Jesus se dilatará, pero al fin vendrá despues de mis dias.* Esta esperanza dejó en prendas á su grey y á su cabildo, cuando lleno de años y merecimientos pasó el año de 1566 á gozar el premio de sus heroicas virtudes. La promesa del santo prelado, que se miraba con razon como un oráculo, y la esperiencia que habian tenido poco ántes de la religiosa vida y utilísimas fatigas del padre Juan Curiel, encendieron de nuevo sus ánimos para procurar la fundacion de un colegio. Por la promocion del Illmo. Sr. D. Antonio Morales á la Santa Iglesia de los Angeles, y muerte del Sr. D. Fr. Diego de Chavez que debia succederle, se hallaba vacante la silla de Michoacán. El ilustre cabildo envió uno de sus prebendados, al padre Pedro Sanchez, ofreciendo fundacion. El padre Juan Curiel, que habia estado en Michoacán algunos meses, y los padres Juan Sanchez y Hernando de la Concha, que en el viage que hicieron á Guadalajara hubieron de correr una gran parte del mismo obispado, contribuyeron no poco representando la estension de la tierra, la multitud de sus habitadores, los grandes principios de piedad que en ella habia por el cuidado y vigilancia pastoral de su santo obispo, la bella disposicion de los pueblos, la facilidad de su idioma, y sobre todo, el grande afecto á la Compañía, que parecia haber nacido en aquel pais con la religion y con las primeras luces del cristianismo.

Descripcion del pais.

En efecto, Michoacán es una de las mas bellas regiones de Nueva-España. Su obispado se estiende por mas de ciento y treinta leguas de Norte á Sur, tomando por sus límites hácia el Norte el Rio Verde, y al Mediodia la punta de Petatlan, que es la que avanza mas en el mar Pacífico. Por la costa de dicho mar corre mas de ochenta leguas desde el rio de Nagualapa hasta adelante del cabo de Petatlan. La bañan muchos caudalosos rios, de los cuales desembocan siete en el mar del Sur. El rio grande de Guadalajara corre por su territorio mas de sesenta leguas de Oriente á Poniente, † fuera de muchos grandes lagos en que es tan abundante la pesca, que hizo dar á toda la provincia el nombre de *Michoacán*, que significa *lugar de muchos peces*. La ciudad principal era entónces Pátzcuaro, coronado de varios grandes pueblos, en cuya vecindad está *Zintzunzan*, antigua corte de los re-

† En algunos ejemplares de esta obra se dijo que este rio nacia en las fuentes llamadas *Tecualoyita*, léase *Almoloyita*.

yes de Michoacán. En frente de este al Oriente, está otro mucho mas grande que solo se navega por las orillas, y en medio tiene un remolino ó caripe de corrientes por donde parece se comunica con alguna otra de las vecinas. Cerca de la laguna de Cuitzeo se ven algunas magníficas ruinas de un antiguo palacio ó casa de recreacion de los reyes del pais. Como á dos leguas del pueblo de Tzacapo se dice haber una alberca de agua muy cristalina y deleitosa al gusto, cuyo vaso cavado en un monte pequeño, y perfectamente redondo, tiene desde el borde hasta el agua un brocal tan unido y tan igual, que no parece sino obra hecha á mano, y habria lugar de creerlo así segun la magnificencia que se admira en otras obras de los antiguos indios, si no lo desmintiera la profundidad hasta ahora insondable. En toda la circunferencia de este grande estanque, que será poco mas de una milla, no se ve nacer jamas una yerba. Toda la region, singularmente al Mediodia, tiene muchos ojos de agua, unos dulces, otros salobres, algunos calientes y sulfúreos, provechosos para diversos géneros de enfermedades. Los mas famosos baños son los de *Chucándiro*, en que se encuentra alivio á muchas dolencias, *escepto el humor gálico que se agrava de muerte.* Con tantos rios, lagos y fuentes que fecundizan los campos, no se hará dificil de concebir la admirable fertilidad de la tierra. Sabemos que en los tiempos vecinos á la conquista un vecino llamado *Francisco Terrazas* * sembradas cuatro anegas de maiz alzó en la cosecha seiscientas.

Hallamos tambien de aquellos mismos tiempos haber descubierto uno de los primeros pobladores una mina extremamente rica, por los años de 1525; pero habiéndosele querido despojar violentamente del derecho que le habia dado la fortuna, no se pudo saber despues del lugar donde estaba. Se hallan en los confines de este obispado las minas de S. Pedro, las de S. Luis Potosí, las famosas de Guanajuato, y algunas no de tanto nombre en los contornos de la villa de Leon: las de *Sichú*, pocas leguas al Este Nordeste de S. Luis de la Paz: las del Espíritu Santo á doce leguas de la costa y de la boca oriental del rio de Zacatula. Fuera de estas hay muchas minas de cobre que trabajan con grande habilidad sus naturales, y de que hay fundicion en el pueblo de *Santa Clara*, poco distante de Pátzcuaro ácia el Sur. Se hablan en toda la estension de este pais cuatro lenguas: la *mexicana*, ácia el Sur y costa

* Este es llamado *El escritor anónimo*. camarero que fué de Hernan Cortés.-EE.

del mar Pacífico, que es verosímilmente el camino que trajeron los antiguos mexicanos. En el centro del obispado la *tarasca*, idioma muy semejante al griego en la copia, en la armonía y en la frecuente y fácil composicion de unas voces con otras. Partiendo de Guanajuato ácia el Norte, se habla en muchos lugares la *otomí*, lengua bárbara, cuasi enteramente gutural, y que á pénas cede al estudio y á la mas séria aplicacion. En otra gran parte se habla la *chichimeca*, que parece haber sido en otro tiempo el lenguage comun de toda Nueva-España ántes de la venida de los mexicanos, como diremos mas largamente en otra parte. Este idioma confunden algunos con el *otomí*, que es el que vulgarmente se habla hoy en los chichimecas cristianos de S. Luis de la Paz; pero que no era este el antiguo y propio de la nacion, lo convencen muchos argumentos que no son propios de este lugar. Todo el terreno de Michoacan está entrecortado de montes, no muy altos, excepto el volcan de Colima, á cuya falda nace el rio *Nagualapa*. Los aires son muy puros y templados, y el clima tan apacible y sano, que van allí muchos á convalecer y á recobrar las fuerzas. Los naturales son de buena estatura, vigorosos, vivos de entendimiento, de grande espíritu y muy aplicados al trabajo. Abunda el pais en muchas raices medicinales, de que otros han hablado por estenso, singularmente *Laet* en su descripcion general de la América. Hay grande diversidad de pájaros, de cuyas plumas se adornaban, segun el uso general de todo el nuevo mundo. Lo particular de Michoacan era el arte de pintar con las plumas de diversos colores, con tanta gracia y propiedad, que han sido las imágenes admiradas en la Europa, y presentes dignos de la persona de nuestros reyes †.

Los primeros pobladores de este bello pais, es comun opinion, fueron los mexicanos, que atraidos de la amenídad del sitio y comodidad de sus lagos, quisieron permanecer allí miéntras otras de sus familias pasaban al Este, y que despues corrompido el lenguage y mudadas las costumbres, fueron sus mayores enemigos. En efecto, como dejamos notado, se ven ácia la costa del Sur muchas poblaciones que conservan aun sus nombres mexicanos, y en que se habla generalmente el mismo idioma. Ni sabemos que estribe esta opinion sobre otro fundamento; pero por lo que mira al centro de la provincia de Michoacan,

† Aun se conserva este Mosaico en Pátzcuaro, y se preserva la pluma de la polilla, mojándola al colocarla con una especie de goma llamada Tacinguis.—EE.

no parece esto lo mas natural. En lo interior de la tierra y al derredor de los grandes lagos, no se encuentran sino pueblos tarascos. Decir que este idioma es un dialecto del mexicano corrompido, no tiene alguna verosimilitud, porque siempre las lenguas originarias conservan mucha semejanza, cuando no en la pronunciacion y terminaciones, á lo menos en las raices con la matriz de donde descienden, como se ve en el portugues, respecto al castellano; en éste, en el frances ó italiano, respecto al latino: en el ingles y holandes, respecto al aleman: en el siriaco, respecto del hebreo, y otros muchísimos, lo cual no se halla en las lenguas tarasca y mexicana. Antes sí es un grande argumento por el contrario, que la alteracion del idioma nunca pudo ser tanta, que se inventaran nuevos elementos, y se añadieran nuevas letras á su alfabeto, como seria preciso confesar para sostener la pretendida corrupcion, pues es una observacion que se viene luego á los ojos, que los mexicanos carecen de la r, y usan mucho de ella los tarascos. Por estos y otros fundamentos sobre que hemos hablado mas difusamente en otra parte, parece mas natural discurrir que estos paises fuesen poblados mucho ántes de la venida de los mexicanos, que fueron, segun hacen fé todas las antiguas historias, los últimos que vinieron á buscar establecimientos en lo que ahora llamamos Nueva-España: que estos á su pasage se apoderaron de algunos parages de la costa, sobre cuya conservacion comenzaron las guerras con los tarascos, á quienes no podia dejar de dar celos la cercanía de una nacion guerrera, cuya política, como en otro tiempo la de Roma, no tenia otro designio que el de engrandecerse sobre las ruinas de sus vecinos.

Sea de esto lo que fuere, ello es cierto que ninguna otra nacion de estos reinos estaba en mas bellas disposiciones para abrazar el Evangelio. Se conservaba entre ellos muy frezca con veneracion la memoria de un antiguo sacerdote ó sábio de su pais, que ellos llamaban *Surites*. Este, muy al contrario de los demas sacerdotes de los ídolos, habia procurado cultivar en sí mismo y en los suyos, aquellas máximas de honestidad y humanidad, que el autor de la naturaleza ha impreso con caractéres indelebles en el corazon del hombre. Todas las mañanas los juntaba y les repetia las mismas instrucciones, exhortándolos á que viviesen siempre atentos y cuidadosos para recibir unos nuevos sacerdotes y predicadores que les vendrian del Oriente, y les enseñarian á practicar de un modo mas perfecto, cuanto él les predicaba. Dispuso que se celebrasen al año varias fiestas, dándoles en su

lengua los mismos nombres con que las llama la Iglesia católica. Una intituló *Pevánscuaro*, que quiere decir Natividad: otra *Zitacuarénscuaro*, que significa Resurreccion. Al pueblo en que vivió mas constantemente, le quedó el nombre de *Cromíscuaro*; quiere decir, lugar de Vigía ó de Atalaya; y una antigua tradicion de aquellos naturales, afirma haber sido efectivamente aquel el lugar en que fué primeramente anunciada la ley de Jesucristo por boca de aquel varon apostólico Fr. Martin de Jesus, del órden de S. Francisco. Cuando entraron los españoles reinaba en México, *Tzintzunzan*, corte de Michoacan *Zintzicha*, á quien los mexicanos, sea por elogio ó por apodo, segun las varias interpretaciones de los autores, llamaron *Caltzontzin*, † y que bautizado despues, se llamó *D. Antonio*. México no podia caer sin envolver en su ruina muchas otras ciudades. En efecto, unas por dependientes, otras por temerosas, enviaron sus embajadores, y se sometieron al vencedor. *Caltzontzin*, ó llevado de una maligna alegría de ver abatida aquella rival, que le causaba tanta inquietud, ó lo que es mas cierto, por no traer sobre sí las armas victoriosas de Cortés, á que mas que otros estaba vecino, determinó enviarle embajadores que lo felicitasen de su victoria, y á dársele por uno de sus mas fieles aliados. Cortés los recibió con benignidad, les dió para su rey algunas preciosidades de Europa, y despachó con ellos dos españoles que ratificasen la alianza, y agradeciesen de su parte á S. M. una demostracion de tanto honor. El trage de los europeos, su color, sus maneras, y la relacion que le hicieron los enviados, encantó á este príncipe, de suerte, que pensó ir en persona á visitar al conquistador. Los grandes del reino no llevaron á bien tanto exceso de confianza, y resolvió enviar un hermano suyo con otros embajadores, y algunos regalos del pais. Hernando Cortés, detuvo á estos segundos algunos dias mas cerca de sí, y para hacerles formar á aquellos bárbaros alguna idea de la grandeza y magestad del rey su amo, los paseó por las ruinas de aquella gran ciudad: hizo navegar en su presencia los vergantines, jugar la artillería, hacer el ejercicio á la tropa, y llenos de espanto y de respeto, los despachó, y con ellos á *Cristóbal de Olid* con 100 infantes, y 40 caballos para que poblasen en el pais, y trajesen á aquel monarca á la obediencia del de Castilla.

† Por desprecio por haberse entregado á los españoles ó sea zapato viejo (segun el sábio padre Mier).

En ninguna otra diócesis de la América hay tantos y tan grandes lugares de españoles. El maestre de campo Cristóbal de Olid dejó algunos de sus compañeros en *Tzintzunzan*, de que se fundaron despues Pátzcuaro y Valladolid. La primera, por el primer obispo de Michoacan D. Vasco de Quiroga, y la segunda por órden de D. Antonio de Mendoza, primer virey de Nueva-España algunos años despues. La de Colima la fundó el año de 1522 Gonzalo de Sandoval, y un año despues á Zacatula Juan Rodriguez Villafuerte. La de S. Felipe la fundó D. Luis de Velasco el viejo para baluarte á las continuas invasiones que hacian en el pais los chichimecas. La Concepcion de Zelaya la fundó con el mismo motivo *D. Martin Enriquez* por los años de 1570. D. Luis de Velasco el jóven en su primer gobierno acabó de sujetar aquella nacion inquieta con la fundacion de S. Luis Potosí y S. Luis de la Paz. Fuera de estas, son grandes villas la de S. Miguel, la de Zamora y la de Leon, y ciudad de Guanajuato. Paulo III por los años de 1536, erigió el obispado, cuya primera residencia estuvo en Tzintzunzan, antigua capital del reino. El Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga por los años de 1544, pasó la Catedral á Pátzcuaro, que él mismo habia cuasi fundado con mas de treinta mil indios, y algunos españoles. Este gran prelado habia nacido en Madrigal, y venido á las Indias de oidor de la real audiencia de México por los años de 1530. Electo obispo de Michoacán siete años despues, es inesplicable el celo con que se entregó al bien espiritual y temporal de sus ovejas. Dispuso que todos los oficios mecánicos estuviesen repartidos por los distintos pueblos, † de suerte, que fuera de los destinados, en ninguno otro se profesaba aquel arte. En unos las fábricas de algodon, en otros las de pluma. Unos trabajaban en madera, otros en cobre, otros en plata y oro. La pintura, la escultura, la música para el servicio de los templos, todo tenia sus familias y poblaciones destinadas. Los hijos aprendian así el arte de sus padres, y lo perfeccionaban mas cada dia. La ociosidad no se conocia, ni el libertinage, su fatal consecuencia. Todo el pais estaba siempre en movimiento. Los pueblos se mantenian en la dependencia unos de otros. Esto fomentaba una caridad y un mútuo amor, y juntamente procuraba con el continuo comercio una

† Los españoles recogieron el fruto de esta política, pues en 1809 se mandaron millares de zapatos al ejército que peleaba contra Napoleon, trabajados por poco precio en aquellos industriosos pueblos.—EE.

abundancia grande de cuanto es necesario á la vida. ¡Qué no puede un gran talento, cuando desnudo de toda ambicion é interés se dedica enteramente al bien y la sólida felicidad de sus hermanos! El santo obispo fuera de sus otras grandes limosnas, les procuraba y proveia de los instrumentos propios de sus oficios: les mandó traer buenos maestros: atendia él mismo á las fábricas de sus casas: corregia á los perezosos en su arte: animaba á los aplicados; finalmente, un hombre solo era la alma, y como el primer resorte de mas de ciento treinta pueblos que en su caridad, en sus oraciones y en su sábia direccion, tenian puesto todo su amor y su confianza.

Inspiró á todo su rebaño un tierno afecto para con la Vírgen Santísima. En cuasi todos los pueblos fundó hospitales dedicados á la misma Señora, en que cada semana entraban los sábados en la tarde una ó dos familias, segun el número de los enfermos á servir á la Reina del cielo en sus pobres. Antes de dedicarse á este oficio de tanta misericordia, se cantaba en la parroquia del pueblo la Salve, y salian de allí coronadas de guirnaldas de flores las personas que debian servir en el hospital aquellos ocho dias. Iban por la calle, y entraban en él cantando las alabanzas de la gran Madre de Dios, que repetian en el mismo tono por las mañanas al levantarse. Lo mas admirable y que no podia verse sin grande edificacion, era la piadosa liberalidad con que dejaban á la casa, ó todo, ó la mayor parte de cuanto habian ganado en la semana, y la honestidad con que vivian aun los casados en aquellos dias en que se creian como consagrados al culto de la Reina de las vírgenes. Estableció en todas las parroquias determinado número de músicos y cantores para la decente celebracion de los divinos misterios. Fundó para los hijos de españoles el Seminario de *S. Nicolás*, que es incontestablemente el mas antiguo de toda la América, bien que no ha faltado quien para sostener lo contrario haya pretendido borrarlo del número de los colegios Seminarios. Solo rico en la misericordia supo hallar fondos para el fomento de todo su obispado, en lo que se negaba á sí mismo. Su palacio era una casa bastantemente estrecha. Su vestido interior no solo pobre; pero aun penitente. Su báculo, que se conservó mucho tiempo en nuestro colegio, *de madera*. Tal era el fundador de la Santa Iglesia Catedral de Pátzcuaro, á cuyo ejemplo habian ya trabajado algunos años las religiones de S, Francisco y S. Agustin, cuando el venerable Dean y Cabildo Sede vacante emprendieron fundar el colegio de la Compañía. Ofrecian aquellos señores 800 pesos

en cada un año para alimentos; con mas, 300 que habia dejado de renta el Sr. D. Vasco para un maestro de latinidad, y 100 para un predicador, de que quisieron se hiciese tambien cargo nuestra religion. Daban asimismo para Iglesia de nuestro colegio, la que hasta entónces les habia servido de Catedral, por haberse pasado el coro á una de las naves que estaba ya perfecta de la suntuosísima fábrica, que habia emprendido el mismo venerable obispo. Para sitio de la fundacion señalaron el que lo habia sido del *Cué*, ó *Templo* mayor de Pátzcuaro en tiempo de su gentilidad, junto con un grande bosque que habia sido teatro de la alta contemplacion y de las rigorosas penitencias del Sr. D. Vasco. Solo pusieron por gravámen (y no dejaba de serlo muy doloroso) que no habian de poner los jesuitas embarazo á la traslacion del cuerpo de este santo prelado, si acaso llegaba á trasladarse á Valladolid la silla episcopal, como se habia pretendido desde el tiempo del Sr. Morales.

El padre provincial pasó personalmente á Pátzcuaro, reconoció la comodidad y la importancia de fundar en aquel sitio, admitió la Iglesia, la casa, y los 800 pesos que habian querido ofrecerle. Respecto de los 400 para maestro de latinidad y predicador, respondió que nó podian admitirse: que la Compañía tendria á grande honor servir á sus señorías en cátedra y púlpito; pero que siendo este uno de los ministerios esenciales de nuestro instituto, no podia recibir por ello estipendio ni limosna alguna: que por lo demas luego que llegase á México, enviaria sugetos que efectuaran la dicha fundacion, la que desde entónces admitia en nombre del R. padre general, de quien tenia para este efecto singular comision. El ilustre cabildo agradeció al padre Pedro Sanchez la pena que habia querido tomarse de ir en persona á tratar de aquel asunto, quedó muy edificado de la religiosidad y desinteres de la Compañía, y le suplicó que si no habia en ello inconveniente alguno, se sirviese señalar por uno de los fundadores de aquella casa al padre Juan Curiel; añadiendo que su voz en esta parte era la de todo aquel pueblo, que no podia carecer sin dolor de un hombre, cuyos talentos, religiosidad y dulzura habian robado el corazon de todos los ciudadanos. Luego que llegó á México el padre provincial, señaló al padre Juan Curiel, por superior de la nueva residencia, al padre Juan Sanchez por rector del Seminario: al hermano Pedro Rodriguez, recien llegado de España, para una clase de gramática; y para la escuela de niños y cuidado de lo temporal, al hermano Pedro Ruiz de Salvatierra

uno de los que poco ántes habian venido de la Habana. Fueron recibidos en Pátzcuaro con demostraciones de muy sincera alegría; sin embargo, en medio de la buena voluntad de aquellos ciudadanos, no quiso el Señor que se zanjasen los cimientos del nuevo colegio, sino en humildad y pobreza. No tenian mas casa que unos aposentillos desacomodados, vecinos á la sacristía de la Iglesia. No habia con que comenzar el edificio, ni con que dar nueva forma á lo edificado, porque era menester que pasase el año para cobrarse la renta prometida. Muy breve con la muerte de un anciano prebendado, cayó sobre los padres el trabajo de predicar en la Catedral. Alternábanse los dos sacerdotes las mañanas de los dias festivos, sin dejar por eso de predicar tambien en nuestra Iglesia, donde eran muy floridos los concursos, y grande la frecuencia de Sacramentos. Añadiase el cuidado de dos clases de gramática y el servicio del hospital, á que eran frecuentemente llamados.

Pretension de colegio en Oaxaca.

Apénas se habia dado cumplimiento á la fundacion del colegio de Pátzcuaro, cuando fué forzoso acudir á otro muy distante de la primera, y de no menor utilidad. Miéntras el padre Pedro Sanchez estaba en Michoacán, vino á México D. *Antonio Santa Cruz, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Oaxaca*, hombre activo y de quien habia fiado varios importantes negocios aquel ilustre cabildo, bien inclinado, y por su mucho caudal en estado de ejecutar cuanto le sugeria su ánimo piadoso. En el tiempo que le obligaron á detenerse en esta capital las comisiones de que venia encargado, observó cuidadosamente la conducta de los jesuitas. Parecieronle hombres apostólicos, y cuyo establecimiento podria ser de mucha utilidad á su patria. Determinó declararse con el padre *Diego Lopez*, rector del colegio y vice-provincial en ausencia del padre Pedro Sanchez, á quien se pasó luego la noticia. Esta le hizo apresurar su vuelta de Pátzcuaro, y ofreciéndose el Sr. Santa Cruz, á fundar el colegio de Oaxaca, despachó en su compañía á los padres Diego Lopez y Juan Rogel, para que reconociesen la tierra y determinasen lo mas conveniente á la gloria del Señor y servicio del público. Fueron recibidos en la ciudad los padres con grande acompañamiento y concurso de lo mas florido de ella, que sin noticia suya les habia prevenido su ilustre conductor. No solo era esto motivo de mortificacion á la modestia y religiosidad de nuestros misioneros, sino tambien de un interior desconsuelo, sabiendo bien *que no es este el modo con que suele recibir el mundo á los predicadores de la verdad.*

Fundan en Oaxaca.

y que el abatimiento, la contradiccion † *y la pobreza*, son la librea del Redentor, y el carácter de sus verdaderos discípulos. Pasaron inmediatamente á dar la obediencia al Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Bernardo de Alburquerque, obispo de aquella ciudad, del órden de predicadores, hijo, y uno de los mas celosos operarios de indios que habia tenido aquella religiosa provincia, varon de una sencillez evangélica y de muy sanas intenciones. El canónigo Santa Cruz los hospedó en su misma casa, desde donde procuraron luego informarse del afecto é intenciones de los republicanos, y del fruto que podian hacer en la ciudad, y se resolvió el padre Diego Lopez á admitir en nombre del padre provincial aquella fundacion. Comenzaron de allí á poco con las prévias licencias, que gustosamente les habia concedido el Illmo., á ejercitar los ministerios. Confesaban y predicaban en la Catedral, no teniendo aun propia Iglesia, ni habiendo otra en que poderlo hacer.

Contradiccion con el motivo de las cannas.

Los padres Diego Lopez y Juan Rogel, eran sugetos de un mérito y doctrina muy relevante, y muy acostumbrados al manejo de estas armas espirituales. Eran grandes los concursos, y á su proporcion el fruto en los oyentes. Tanta estimacion acabó de inclinar el ánimo piadoso de D. Antonio Santa Cruz. Hizo donacion á la Compañía de unas casas muy acomodadas, adjuntos unos grandes solares, que ofrecian un sitio muy apropósito para la fábrica de Iglesia y colegio. Muchos ricos ciudadanos comenzaron á hacernos gruesas limosnas, ofreciendo cuidar con sus caudales en todas las necesidades de la casa. Esta bonanza y felicidad no podia dejar de prorrumpir en una borrasca espantosa. Por desgracia, el sitio y casa que habia dado el Sr. Santa Cruz caia dentro de las *cannas* de uno de los conventos de la ciudad. Los religiosos de aquel órden no tenian alguna obligacion de saber las particularidades del instituto de la Compañía, ni los privilegios especiales con que habian querido honrarla los Soberanos Pontífices, siendo una religion recien venida á la América y aun al mundo. La justa defensa de sus privilegios les hizo recurrir al Sr. obispo. Se mandó reconocer el terreno, y efectivamente se halló comprendido el sitio en las ciento y cuarenta *cannas* privilegiadas. El Illmo. llevado de la justicia de la causa que le parecia incontestable, se opuso abiertamente al establecimiento de la Compañía. Les negó el púlpito de

Persecucion de los jesuitas en Oaxaca.

† Cual la han sufrido cuando se ha pedido la reposicion de la Compañía en México en 1841, burlas, contradicciones y sarcasmos de gente ruin y baladí.

su catedral. Cada dia mas agrio, viendo que alegaban sus privilegios, les suspendió las licencias de predicar y confesar en toda su diócesis. Los fijó por públicos escomulgados, y prohibió bajo censuras y penas pecuniarias, que nadie los tratase ni ayudase con su persona ó bienes al asunto de la fundacion. El canónigo Santa Cruz, mas propio por su buen corazon para emprender obras de piedad, que para sostenerlas con entereza, se mostró arrepentido de la donacion que habia hecho, temiendo al Sr. obispo, cuya indignacion creyó le podia traer muy tristes consecuencias. Aunque la donacion se habia celebrado con todas las formalidades, y se le podia obligar en justicia á su cumplimiento; sin embargo, no juzgó el padre Lopez que podia ser de mucho provecho un hombre de este carácter. Cedió todo el derecho adquirido, y fió enteramente de la Divina Providencia. La ciudad estaba toda dividida en facciones, y la inconstancia de D. Antonio no hizo sino acrecentar el partido de los que nos miraban con amor. Muchos secretamente por evitar el escándalo del pueblo, visitaban y socorrian frecuentemente á los padres.

Conducta edificativa de los padres y su recurso.

En medio de esta horrible tempestad fué un espectáculo de mucha edificacion; primero, el silencio, despues la moderacion y mansedumbre en las defensas, mas admirable aun que el silencio mismo. Se habia procurado por todos los caminos que dictaba la prudencia y la caridad, que la voz de la verdad llegase hasta los oidos del celoso pastor; pero se hallaban cerrados todos los conductos. Entre tanto, se divulgó falsamente por la ciudad que los padres iban á ser violentamente arrojados de su casa y aun de todo el obispado. A esta voz se conmovió todo el afecto de nuestros partidarios. Se quitaron resueltamente la máscara, tomaron las armas, y hubo algunos que pasaron la noche en las vecindades de nuestra casa. El noble ayuntamiento de la ciudad se declaró desde aquel dia enteramente á nuestro favor. El padre Diego Lopez, viendo que con los medicamentos suaves se encanceraba mas la llaga, y que todo caminaba ya á un rompimiento escandaloso, tomó la resolucion de partir á México, y presentarse por via de fuerza al Sr. virey como vice-patrono de toda Nueva-España, al Sr. arzobispo y real audiencia. Estos señores, que en caso semejante acontecido en México, se habian informado del instituto y privilegios de la Compañía, dieron una sentencia muy favorable y pronta. La real audiencia pronunció que hacia fuerza el Illmo. El Sr. arzobispo como juez de apelacion revocó la sentencia, alzó la escomunion y restituyó á

los padres el libre ejercicio de sus ministerios. El Exmo. Sr. D. Martin Enriquez mandó á las justicias de Oaxaca asistiesen á la Compañía y la mantuviesen en la posesion de aquel sitio. Mucho ayudó al feliz éxito de esta importante negociacion el grande afecto de todo el cabildo secular de Oaxaca, y la actividad de D. *Francisco de Alavez*, uno de sus miembros, encargado de aquel ilustre cuerpo de defender en los tribunales de México, en nombre de la ciudad nuestra causa. Esta sentencia y órdenes se remitieron á Oaxaca con muchas cartas, en que los mismos jueces y otras personas de respeto, encargaban á su Illma. que mudase de conducta con los jesuitas, á quienes preocupado de siniestros informes, no habia tenido lugar de conocer; que el tiempo le mostraria cuán fieles coadjutores le eran en el oficio pastoral. Cuando estas cartas llegaron ya las cosas habian tomado otro semblante. Habia llamado el Sr. obispo al padre Juan Rogel, hombre dotado de estraordinaria apacibilidad y dulzura, y á quien el haber sido compañero de aquellos ilustres jesuitas que habian muerto en la Florida á manos de los bárbaros, y partido con ellos las apostólicas fatigas, le conciliaron la veneracion y el respeto de cuantos le trataban. Le mostró este la bula del Sr. Pio IV. Dióle la razon en que se fundaba de poder tener bienes raices los colegios de la Compañía, y estarle absolutamente prohibido por su instituto recibir estipendio por alguno de sus ministerios. Que esta misma razon habia bastado en *Zaragoza, en Palencia, y últimamente en México* para sufocar desde sus principios toda semilla de discordia, y habria bastado tambien en Oaxaca si se hubiera querido dar oidos á sus proposiciones de paz. Sobre todo, Señor, (añadió) para que V. S. I. vea que la Compañía ha recurrido á tribunal superior, no con espíritu de contradiccion á los sentimientos de V. S. I., sino por la defensa de sus privilegios apostólicos y restitucion de su honor ultrajado; conviene que V. I. no ignore como tenemos ya renunciado el sitio que nos habia dado D. Antonio Santa Cruz, queriendo ántes perder el derecho que nos daba una donacion por su naturaleza irrevocable, y que hacia todo el fondo de nuestra subsistencia en Oaxaca, que el que padeciese porque lo era nuestro insigne bienhechor, ó se incomodase alguna de las sacratísimas religiones.

Este discurso hizo todo el efecto que se podia desear en el ánimo recto y sincero del Sr. Alburquerque. Vuelto de sus preocupaciones, reconoció la justicia de los padres, su desinterés y su humildad. Les

agradeció la cesion que habian hecho del sitio que hasta entónces verosímilmente ignoraba. Alzó luego la excomunion y dió franca licencia para el ejercicio de los ministerios. No contento con esto quiso dar aun pruebas mas claras de de su sincera reconciliacion, y ejemplo á sus ovejas del aprecio que debian hacer de la Compañía. Escribió al padre provincial Pedro Sanchez para que volviese á Oaxaca el padre Diego Lopez, y que enviase con él algunos otros padres, para cuya morada dió unas casas en mejor sitio, y mas acomodadas que las que habian dado ocasion á aquel disturbio. Todo el tiempo de su vida se valió de los jesuitas para cuantos árduos negocios se ofrecieron á su mitra, y finalmente, en manos de nuestros operarios, de quienes quiso ser singularmente asistido en su última enfermedad, entregó su alma al Criador en 28 de julio de 1579. Los religiosos, desengañados y persuadidos á ejemplo del Sr. obispo, quedaron despues, y han sido siempre los que mas se han empeñado en favorecernos. Los republicanos que hasta allí nos habian socorrido, lo hicieron con mayor esmero y liberalidad en lo sucesivo. Distinguiéronse mucho D. *Francisco Alanez*, D. *Julian Ramirez* y D. *Juan Luis Martinez*, dean de la Santa Iglesia Catedral. Este último que sobrevivió muy poco á nuestro establecimiento en Oaxaca, dejó al colegio trescientos pesos de renta en cada un año, y que del remanente de sus bienes se fundase á cargo de la Compañía un colegio Seminario con la advocacion de S. Juan; y caso que no tuviese efecto se distribuyese en obras pías, segun la voluntad de los albaceas. Fundóse el Seminario, y fué su primer rector el padre Juan Rogel. Con estos fondos y algunas otras limosnas, el padre Pedro Diaz, que por enfermedad del padre Diego Lopez habia sucedido en el gobierno de la nueva fundacion, comenzó la fábrica bastantemente capaz y cómoda, y quedó en pacífica posesion la Compañía á fines de aquella primavera.

Bula del Sr. Gregorio XIII

Este éxito tuvieron las contradicciones de la Compañía de Jesus en Oaxaca, glorioso por la favorable sentencia obtenida en los tribunales mas respetables de toda Nueva España; mas por el reconocimiento y honorífica recompensa del mismo prelado D. *Bernardo de Alburquerque*, por la tranquilidad y honras que le siguieron con el aplauso y benevolencia de toda aquella nobilísima ciudad, é incomparablemente mas, por haber merecido la atencion de la cabeza de la Iglesia, el S. P. Gregorio XIII, en la bula que fué espedida con ocasion de esta fundacion, y comienza *Salvatoris Do-*

nini, honrosa á la Compañía y á esta religiosísima provincia †.

Se mandó asimismo de la curia pontificia una citatoria al Sr. obispo de Oaxaca, para que dentro de dos años hubiese de parecer personalmente en Roma á dar razon de su conducta. El original se conserva aun en el archivo de aquel colegio; pero estando ya el Illmo. no solo desimpresionado, sino hecho aun insigne bienhechor de aquella casa, no pareció notificarla y volver á atizar el fuego apagado.

Descripcion de la ciudad de Oaxaca.

Con tan sensible proteccion del cielo, comenzaron los dos padres á trabajar con grandes concursos, fruto y aplauso de toda aquella gente. La ciudad sola ofrece un campo dilatado. Es grande y poblada de muchos españoles. Los indios son los mas vivos, cultos y ladinos de toda Nueva-España. El temple, aunque cálido, es muy sano, muy bellas aguas y mucha fertilidad del terreno. A la ciudad dieron sus fundadores el nombre de *Antequera*, por no se qué pretendida semejanza con la de España. Le concedió Cárlos V el título de ciudad por los años de 1532. Cuando entraron en ella los primeros jesuitas, no habia sino muy pocos templos; en el dia cuenta dos conventos de Santo Domingo, uno de recoletos de S. Francisco, de S. Agustin, de la Merced, de S. Juan de Dios, del Cármen, de Belén, Oratorio de S. Felipe Neri, cuatro conventos de monjas, un colegio de niñas, dos seminarios, fundaciones de los Illmos. señores D. *Fr. Bartolomé de Ledesma* y D. *Nicolás del Puerto*, dos hospitales, y como otras nueve ó diez iglesias de diversas advocaciones. La iglesia del convento de Santo Domingo es la mejor fábrica de toda Oaxaca. Tomás Gage hace montar su tesoro á tres millones. La Soledad es muy bello templo y un santuario de mucha veneracion. El plan de la ciudad es muy hermoso, sus calles bastantemente anchas y tiradas á cordel. Tiene al Poniente el marquesado ó valle de Oaxaca, de donde toma el nombre comun la ciudad, y sobre que dió Cárlos V á Hernando Cortés el título de marqués del Valle, año de 1525. Al Oriente el valle de Tlacolula, al Norte el monte S. Felipe, y al Sur el valle de *Zimatlán*. No lejos está el pueblo de *Xalatlaco*, de indios mexicanos, de que cuidó algun tiempo la Compañía, hasta que por justos respetos se descargó de su cuidado. La Catedral la comenzó D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, gobernador y presidente de la real audiencia de México. Se

† Esta bula está datada en Roma á 30 de octubre de M.D.XXVI, año quinto de su pontificado.

erigió en silla episcopal por nuestro Smo. P. Paulo III en 21 de junio de 1535, bajo el título de la Asuncion de nuestra Señora. Fué el primer obispo D. Juan Lopez de Zárate, por muerte de D. Francisco Jimenez que no llegó á consagrarse. Ha tenido esta Catedral mas obispos americanos que ninguna otra iglesia de Nueva-España. El Illmo. Sr. D. Juan de Cervantes por los años de 1609 trasladó á ella del puerto de Aguatulco la Santa Cruz que allí se venera en una hermosa capilla.

El obispado alcanza del Seno mexicano al mar del Sur, y confina con el de Chiapa y de los Angeles. Del uno al otro mar corre como ciento veinte leguas, cincuenta ó poco mas por la costa del Golfo y como ciento por la del mar Pacífioo, desde los Mosquitos hasta la embocadura del rio *Tlacomama* y montes de *Ixquiteque*. Dos grandes rios, entre otros muchos menores atraviesan cuasi todo su territorio, y entrambos corren de Sureste á Nordeste á desembocar en el Seno mexicano, de Alvarado y Goazacoalco. En estas dos poblaciones se han fabricado tal vez muy buenos y fuertes barcos en los años pasados. Enriquecen á estas provincias el cacao, el añil, el algodon, la miel, cera, seda, y sobre todo la grana ó cochinilla, que cultivan solos los indios por privilegio que han obtenido de nuestros reyes católicos. Las principales poblaciones de españoles son S. Ildefonso, que llaman de los Zapotecas, como veinte leguas al Este Nordeste de Antequera sobre el rio de Alvarado, y hasta allí se conducen desde la costa de Tacotalpa, rio arriba los efectos de la Europa. La fundó *Alonso de Estrada*. Santiago de Nexapa dista de Oaxaca como veintidos leguas al Este, sobre un rio del mismo nombre que desagua en el de Alvarado. La villa del Espíritu Santo, fundada por *Gonzalo de Sandoval* el año de 1522 sobre el rio de Goazacoalco en la costa del Seno mexicano, y cuasi en los confines de Tabasco, dista como noventa leguas de Antequera. El rio de Goazacoalco nace cerca de la costa del mar Pacífico, al pié de una alta serranía que de Sur á Norte, corta todo el obispado, y acaba en el Promontorio ó Sierra de S. Martin, tan conocida de cuantos navegan las costas de Nueva-España. Fuera de estas grandes poblaciones la de *Tehuantepeque*, puerto del mar del Sur, como á cincuenta leguas de la capital, cuasi en los confines de la provincia de Socunusco, á los 15 grados y algunos minutos de latitud septentrional. El puerto de Aguatulco á la misma costa, á los 16 grados cortos de latitud. Mantienen estos dos puertos comercio con el Perú. El de Aguatulco fué saqueado

por el inglés *Francisco Drake*, segun se cree, en aquel viage en que dió vuelta á toda la tierra, atravesando por el famoso estrecho de Magallanes. Conforme á esta tradicion, y la relacion de viages que tenemos de este célebre náutico, debió ser por los años de 1578, gobernando aun el Sr. D. Fr. Bernardo de Alburquerque, pues sabemos que emprendió su viage á la mitad del año de 1577.

Santa Cruz de Aguatulco

Algunos le atribuyen segunda invasion en el puerto de Aguatulco por los años de 1586. Dicen haber hallado el lugar desocupado que los habitadores habian huido y asegurado en los montes sus familias y sus bienes. Desfogó su cólera en las pobres casas, é intentó quemar una Santa Cruz que desde tiempo inmemorial se conservaba en aquel sitio, que se hizo despues cementerio de una iglesia. La accion nada desdice de la religion y el carácter de los mas celosos luteranos. Refieren algunos que estuvo tres dias haciendo diferentes tentativas para reducirla á cenizas, ó hacerla inútiles pedazos. Vueltos de su fuga los moradores despues que se hizo á la vela, hallaron sin lesion alguna la Santa Cruz en medio de otros muchos leños que habia consumido el fuego. Se procuró autorizar en las mejores formas el suceso, y creció la veneracion tanto, que desde fines de algunos años hubo de trasladarse, como dijimos, á la Catedral, en que se le hace anualmente una solemne fiesta el dia 14 de setiembre. No carece de fundamento discurrir que fuese el autor de este atentado el famoso *Tomás Candich* célebre pirata de los mares de la América. De él concuerdan todos los autores y relaciones de viages, que fué el tercero que dió vuelta al mundo por el estrecho de Magallanes, que asaltó, saqueó y quemó el pueblo é iglesia de Aguatulco el año de 1586. Esto hemos dicho, sin embargo de la comun opinion que atribuye tan negra accion á *Francisco Drak*. Uno y otro era muy á propósito para insultar á la verdadera religion; la tradicion del prodigio queda en su vigor. El vulgo pudo confundir groseramente los nombres ó creer que era el mismo pirata que allí habia estado ocho años ántes. Nadie les envidiará la preferencia; pero por el segundo está mas clara la cronología. La cruz se dice ser de una madera muy pesada y diferente de todas las de aquella provincia. Es constante y piadosa tradicion haberla encontrado los primeros españoles colocada en las playas de Aguatulco, aunque se ignora desde cuando. Esto ha dado lugar á discurrir que alguno de los apóstoles ó de sus inmediatos discípulos, hubiese predicado aquí el Evangelio en los primeros siglos del cristianismo, y con mas verosimi-

litud cae la conjetura sobre el apóstol Santo Tomás. En las historias de la Isla española, del Paraguay, de Yucatán, del Cusco y del nuevo reino de Granada, hallamos no poco fundamento para discurrir que haya predicado este grande apóstol en nuestra América. Allégase lo que escribimos del Surita ó sacerdote de Michoacán, y de las fiestas que desde la antigüedad celebraban. Por lo que mira á Aguatulco hay argumento aun mas poderoso. Los indios, preguntados, respondieron que en tiempos pasados un estrangero de color blanco y barba venerable la habia colocado en su costa, y que su nombre se conservaba aun en la provincia de los Chontales. Efectivamente, segun escribe Fr. Gregorio García, encontraron despues de algunos años los religiosos del órden de predicadores, que entraron predicando el Evangelio ácia aquellas partes, que un pueblo de ellos tenia aun el nombre del Santo apóstol.

Fundacion de Oaxaca.

Se fundó esta ciudad, segun Gil Gonzalez, por los años de 1522, y parece haber sido la ocasion y principio, el viage que hicieron los españoles bajo la conducta del capitan D. *Pedro de Alvarado* á la conquista de los reinos de Guatemala. Se tienen por unos de los primeros pobladores *Juan Nuñez Sedeño* y *Hernando de Badajos*. No sabemos que costase mucha sangre á los españoles su establecimiento en este pais, ni que algun rey ó potencia allí dominante les defendiese la entrada. Solo sabemos, que visitando despues de algunos años su obispado el Illmo. Sr. D. Fr. Bernardo de Alburquerque, lo visitó con grande acompañamiento y magestad una señora que se decia y era venerada de los naturales como reina ó princesa de la sangre de los antiguos reyes Zapotecas. Esto escribe el R. padre Fr. Francisco de Burgoa: y lo que no se puede dudar es, que era una nacion de las mas opulentas y pulidas de toda Nueva-España. Se fundó Antequera en el valle de Oaxaca, de cuyo nombre es comunmente conocida en la América, y habiendo despues el emperador Cárlos V premiado los grandes servicios de Hernando Cortés con el título de marqués del Valle, en que quedaba comprendida esta nobilísima ciudad, los vecinos que eran aquellos mismos compañeros que le habian ayudado á la conquista de tan vastas regiones, rehusaron rendirle vasallage. Cortés, cuán celoso de estender los dominios de la religion y de la corona, tan moderado y prudente en sus particulares intereses, no envidió á sus capitanes la arte que habian tenido en sus acciones inmortales. Cedió el derecho que le parecia tener sobre la ciudad, cesó en la construc-

cion de un gran palacio que habia comenzado á edificar como en la capital de su señorío, y el rey católico no ménos prendado de su bondad que lo habia sido de su valor, le recompensó aquel terreno con los tributos de otras cuatro villas. Hay no pocos indicios de haber muchas minas de oro y plata en todo este obispado; pero los indios las han siempre ocultado, á lo que se cree, temerosos de lo que con ocasion de este tesoro saben haber acontecido á muchos otros pueblos de la América. Los temblores de tierra son aquí muy frecuentes, por lo cual nunca son muy elevados sus edificios. Se dice que eran mas continuos y mas fuertes ántes de haber jurado la ciudad por su patron á *S. Marcial obispo,* cuyo dia es de precepto y se celebra con la mayor solemnidad. Se cuentan en toda la estension de esta diócesis poco mas de trescientos y cincuenta pueblos.

Fábrica del colegio de México.

Todo este campo se abria al celo de los padres Juan Rogel y Pedro Diaz, en cuyo lugar se habia encomendado al padre Alonso Camargo el cuidado de los novicios en el colegio de México. Los viages del padre provincial á Zacatecas y á Pátzcuaro, no le habian dado lugar á la ejecucion de la fábrica que tenia proyectada del primer colegio de la provincia. Con la cantera que habia dado el Sr. virey, con la hacienda de Jèsus del Monte de Llorente Lopez, de donde podia sacarse todo el maderage con un horno de cal á dos leguas de México, de que este mismo año hizo donacion Melchor de Chaves, y con las limosnas, que aunque con mucho arte y recato, no dejaba de hacer cuantiosas D. Alonso de Villaseca, emprendió el padre Pedro Sanchez la fábrica, que hasta hoy persevera, del colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo, la mas suntuosa y capáz que hubo por entónces en México. Se delinearon en cuatrecientas y cuarenta varas de circunferencia, y ciento y diez de travesía cuatro patios. En el primero y principal se puso al Sur el general de teología, al Oriente las clases de filosofía, al Norte el refectorio, y al Oeste varias piezas de portería y bodegas. Arriba sus tránsitos y aposentos correspondientes, menos por el lado del Norte que ocupa una hermosa y bien poblada librería. En el segundo pátio se calocaron al Este las clases de gramática, al Sur el general para las funciones literarias y la clase de retórica, al Norte algunas piezas para los mozos y surtimiento de las haciendas, y arriba sus respectivos tránsitos con aposentos de uno y otro lado, menos al lado del Norte que lo ocupa una grande y hermosa capilla de N. P. S. Ignacio. Los otros dos pátios los parten por arriba aposentos, y por

abajo las demas piezas necesarias de sacristía, despensa, procuraduría, &c. Para iglesia se destinó el lado del Poniente de todo el cuadro donde la fabricó despues el Sr. Villaseca, y se concluyó por los años de 1603, como en su lugar veremos. Interin que así crecia la fábrica material de la casa, crecian aun mas los domésticos oficios de literatura y de piedad. Los dos maestros de latinidad se habian dado tanta prisa, ayudados de los excelentes talentos de este pais, nacidos para las bellas letras, que en poco tiempo pareció necesario establecer nuevas clases. Se destinó para maestro de retórica al padre *Vicencio Lanuchi, siciliano* de nacion, que á fines del año antecedente habia venido á la América, y muy pulido en las letras humanas. Recitáronse varias piezas de sus ventajosos discípulos en presencia del Sr. virey, que siempre procuró mostrar cuanto aprecio debe hacer de la educacion de la juventud un príncipe y un padre de la república.

Mision á Zacatecas y caso raro y ejemplar.

Ni se olvidó el padre Pedro Sanchez entre tantas ocupaciones de la palabra que habia dado á Zacatecas, y bien instruido del ascendiente que se habia adquirido sobre aquellos ánimos la energía y piedad del padre Hernando de la Concha, á quien desde la cuaresma del año antecedente, no se le daba otro nombre que el de *santo*, y el de apóstol de Zacatecas en ocasion en que tuvo bastante que trabajar su celo apostólico. Pocos dias ántes de su llegada, una de las personas de mas caudal, le envió á predicar tambien este año. Con la opinion que se tenia de su virtud y el singular talento de la palabra, de que le habia dotado el cielo, no predicaba vez que no ganase á Dios muchas almas. Llegó á Zacatecas en ocasion en que tuvo bastante que trabajar su celo apostólico. Pocos dias ántes de su llegada, una de las personas de mas caudal y de mas lustre en la ciudad, habia recibido una pública afrenta, de que pedia en justicia la mas rigorosa satisfaccion. El agresor era hombre de igual carácter. Todo el vecindario estaba dividido en facciones. Habia venido de la audiencia real de Guadalajara un oidor encargado de hacer justicia, y todo ardia en averiguaciones, en deposiciones y en ódios. El padre habia procurado por muchos modos sosegar los ánimos; pero habia sido todo en vano, aunque uno y otro se habian mostrado siempre muy afectos á la Compañía y á su persona. Llegábase el fin de la cuaresma, y sentia vivamente el siervo de Dios haber de partirse de aquella su amada ciudad, dejándola en presa á la disolucion y al escándalo. Recurrió instantemente al Señor, dobló sus austeridades en aquella semana santa, para que aña-

diese un nuevo espíritu y gracia á sus palabras. Con tan bellas disposiciones subió el viernes santo á predicar la Pasion del Salvador. Pintó con viveza aquella tempestad de oprobios y de afrentas, en que moria sumergido el Hijo de Dios, aquellas entrañas de dulzura y de caridad con que pidió á su Eterno Padre el perdon de sus enemigos. Lloraba el predicador, lloraba el auditorio. La persona ofendida que se hallaba presente, luchó por algun tiempo con los interiores movimientos de su corazon y repetidos golpes de la gracia, hasta que vencida de un ejemplo tan heroico, se levantó del lugar distinguido que ocupaba, y en alta voz concedió al agresor en pública forma perdon de la ofensa: desistió solemnemente de la accion que contra él habia intentado, y con tanta edificacion y consuelo del pueblo, cuanto habia sido su escándalo, se compuso todo con tranquilidad, y el padre dió con notable sentimiento de todos la vuelta á México.

Peste en México, año de 1575.

Se necesitaba aquí de un hombre del carácter del padre Concha para lo mucho que habia en que trabajar. En la primavera de este año se encendió en toda la ciudad una epidemia, cuyos tristes efectos esperimentó muy breve toda Nueva-España. Los indios fueron la principal, ó por mejor decir, la única víctima de esta espada del Señor. El padre Juan Sanchez, testigo de vista, y uno de los que con mas actividad trabajaron en ella, asegura haberse por un cómputo muy prudente averiguado, que murieron *mas de las dos tercias partes de los naturales de la América.* No bastando para sepulcros las Iglesias, se hacian grandes fosas, y se bendecian los campos enteros para estos piadosos oficios. Se cerraban las casas, se destruian los pueblos cercanos por la falta de habitadores. En muchas partes postrados todos al contagio, nadie habia que procurase á los enfermos la medicina y el alimento; y la sed, la hambre y la inclemencia, acababan lo que habia comenzado la enfermedad. Quedaban los cadáveres en los campos, en las plazas, en los cementerios, y muchas veces faltando por muerte de todos los de la casa quien diese aviso á los párrocos, quedaban en sus mismas chozas, hasta que la caridad llevaba allá algunos piadosos, ó el mal olor avisaba á los vecinos. Iban á visitarlos en sus casillas, y no se podian contener las lágrimas al ver la miseria é infelicidad de aquellas gentes sin asistencia y sin abrigo. Encontrábanse muchas veces los párvulos á los pechos de sus madres muertas, unos agonizando, y otros bebiendo ansiosamente la muerte en aquel humor corrompido. Venian funestas noticias á los Sres. arzobispo y virey y demas magistrados,

de los grandes estragos que en todos los contornos hacia la enfermedad, de la suma necesidad y desamparo de los vecinos. El virey tomó luego las mas prudentes y piadosas providencias. Dió por su mano muchas y gruesas limosnas, y mas por las de muchos religiosos que podian informarse mejor de las necesidades de los indios. Se erigieron á su costa, y de muchos otros piadosos, nuevos hospitales, donde con grande liberalidad se les proveia de todo. El Illmo. Sr. D. *Pedro Moya de Contreras* contribuyó igualmente en lo temporal y espiritual al alivio de los enfermos. Visitaba por sí mismo algunos de los hospitales. Dió licencia á los regulares para que pudiesen administrar el Santo Viático y la Extrema Uncion, siendo muchos los que morian sin este celestial socorro, por la escasez de los ministros. Los jesuitas se repartieron por los diversos cuarteles de la ciudad.

De nuestra casa se llevaba á muchos el alimento. Salian los padres por las calles ayudados de los sirvientes del colegio, llevando las ollas, los platos y tohallas. Entraban á las casas sin algun temor del contagio: repartian la vianda á los que tenian algun aliento; á los mas era forzoso dárselas por su mano. Administraban la Eucaristía y Extrema Uncion: sacaban de las casas los cadáveres, y les procuraban sepultura, no pudiendo aun ayudarles de otra suerte por la ignorancia de su idioma. Solo pudieron aplicarse á oir confesiones los padres *Bartolomé Saldaña, Juan de Tovar y Alonso Fernandez*, los tres primeros que se habian recibido en la provincia. El hermano Antonio del Rincon, cuanto le permitia su estado ayudaba á los moribundos, consolaba á los enfermos, y servia de intérprete para las necesidades que se ofrecian, y que ellos no podian expresar. Se señaló mucho entre los demas la caridad del padre *Hernando de la Concha*. Le cupo en suerte el barrio de Santiago Tlaltelulco, el mas poblado de indios que habia entónces en la ciudad. Eligió unas grandes casas para hospital, donde él mismo y sus compañeros conducian los enfermos. Su industriosa caridad les proveia de camas, de médicos, de botica y de enfermeros, de quienes él era el principal. Asistia con el médico á la visita, escribia los medicamentos y las horas: lo ejecutaba todo con una extrema puntualidad, y daba cuenta al otro dia de cada uno de sus enfermos, como la madre mas cuidadosa. El poco tiempo que le permitia esta piadosa y continua ocupacion, daba vuelta á caballo por la ciudad para recoger limosnas, que todos le daban muy gustosamente para un destino tan piadoso. El Sr. virey fuera de las grandes sumas de plata que le dió

en diversas ocasiones, le mandó abrir su repostería y llevar las cajas de esquisitos dulces, y todo cuanto necesitase en este género para el regalo de sus pobres. Suplicó luego al padre provincial mandase algunos padres á Tacuba y otros lugares comarcanos, donde era mas grande la necesidad por el mayor número de los indios, y mucho menor de los ministros. Repartiéronse algunos jesuitas con mucha prontitud y alegría por todos aquellos pueblos. Era un espectáculo de mucho dolor ver aquellas pobres gentes salir de sus casas huyendo de la muerte y encontrarla en los caminos, donde los hallaban á cada paso yertos, ó ya acabando de la debilidad. Los padres Lenguas corrian incansablemente de choza en choza, con grande edificacion de cuantos les habian conocido ántes de entrar en la Compañía, que no cesaban de admirar tanto celo, con tanto abatimiento y pobreza. Los demas acudian al alivio de la salud corporal y administracion de aquellos Sacramentos, que no pedian inteligencia del idioma. Veianlos muchas veces llevar á las casas que servian de hospital, á los que caian en las calles, y sacar de sus chozas los cuerpos muertos á darles sepultura. Este utilísimo trabajo ocupó cuasi todo el año de 75, y una gran parte del siguiente.

Miéntras que repartidos por los barrios de la ciudad y pueblos vecinos así trabajaban nuestros operarios, los maestros promovian con el mayor ardor y lucimiento los estudios de gramática y retórica. Los niños de 12 y 14 años *componian y recibian en público piezas latinas de muy bello gusto en prosa y verso* con grande admiracion y consuelo de los oyentes, que confirmaban mas cada dia la comun opinion de que amanece y madura mas temprano la razon á los ingenios de la América. Con motivo de una juventud tan aventajada, pareció forzoso abrir los estudios mayores ántes de lo que se habia pensado. Destinóse para el primer curso de filosofía el padre Pedro Lopez de Parra, que lo comenzó efectivamente el 19 de octubre de aquel mismo año de 575. Estudios mayores.

Acabó el año y comenzó el de 76, haciéndose sentir cada dia mas pesada la mano del Señor sobre los pobres indios. Entretanto, se hacian en todas las Iglesias fervorosas oraciones á su Magestad para que cesase el azote de su justicia. Se oian por todas partes las rogativas y plegarias. Se hicieron por disposicion de los Sres. arzobispo y virey varias procesiones, y algunas de sangre: se mandaban decir muchas misas: se hacian grandes promesas: todo fomentaba la piedad, y se dirigia á implorar por medio de María Santísima y de los santos la mi- Año de 1576.

sericordia del Señor. Finalmente, se dispuso traer del Santuario de los Remedios la estátua de Nuestra Señora, que bajo este título se venera tres leguas al Oeste de la ciudad. Una antigua tradicion lleva haber sido hallada por un indio llamado Juan esta Santa Imágen, veinte años despues de la conquista de México, y diez de la milagrosa Aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe. Verosímilmente en aquella noche, en que oprimidos de la multitud los españoles, se vieron precisados á salir fugitivos de México, y hacer asiento en aquellas alturas, algun soldado la ocultó entre la maleza, donde se le fabricó despues un suntuoso y riquísimo templo. El recurso que siempre se ha esperimentado muy feliz á esta Soberana Imágen, le ha hecho dar el nombre de los *Remedios*. En la ocasion de que vamos hablando, se manifestó muy bien cuán justamente le ha dado la devocion este título. Vino la Señora acompañada del Señor D. *Martin Enriquez*, real audiencia, ayuntamiento y lo mas lucido de la ciudad; del Illmo. Sr. arzobispo, cabildo eclesiástico, clerò y religiones, con hachas en las manos por todas aquellas tres leguas hasta la Catedral, donde por nueve dias se le cantaron misas con la mayor solemnidad; se le hicieron muchas y cuantiosas oblaciones con la esperiencia de haberse luego comenzado á disminuir, y á poco tiempo enteramente apagado la fuerza del mal.

Peste en Michoacán.

Este no se habia contenido precisamente en los límites del arzobispado de México. Puebla y Michoacán entraron á la parte de esta fatalidad. En Michoacán, puede decirse, fué donde hizo ménos estrago por la providencia de los hospitales, que como vimos, habia fundado en cuasi todos los pueblos de su jurisdiccion D. *Vasco de Quiroga*. Con la cuidadosa asistencia de las familias que se alternaban cada semana, y ayuda de los padres que se hacia sin notable incomodidad por estar muy cercano al colegio el hospital de Pátzcuaro, sanaron muchos y se preservaron muchos mas. Del número de los nuestros fué D. *Pedro Caltzontzin*, nieto del último rey de Michoacán. Este, admirado de la constancia y fervor de los padres, singularmente del padre Juan Curiel, se arrojó á sus pies pidiendo ser admitido en el colegio á servir, como decia, todo el resto de su vida á unos hombres á quien tanto debia su nacion. La perseverancia en estos ruegos á pesar de las modestas repulsas del padre rector, mostraron bien que era una vocacion particular del cielo. Fué admitido: suplia el oficio de maestro de escuela, cuando la obediencia empleaba en otros ministerios al hermano Pedro Ruiz, y dentro de pocos meses, tocado del contagio,

lleno de una extraordinaria alegría, de paz y tranquilidad, recibidos con asistencia de nuestra comunidad los Sacramentos, murió víctima de la caridad en servicio de sus hermanos. Hiciéronsele en el colegio exéquias correspondientes á sus nobles cunas, y yace sepultado en el sepulcro de los de la Compañía con grande agradecimiento de los indios que lo miraban como heredero de la sangre y del amor de sus antiguos soberanos.

Muerte del padre Juan Curiel.

A esta muerte siguió otra mucho mas sensible del padre Juan Curiel, primer rector de aquel colegio. Habia servido á los enfermos con una aplicacion muy sobre sus débiles fuerzas. Apénas le dió este trabajo algunas treguas: hizo un viage muy ejecutivo á México á principios del año. Volvió á Pátzcuaro á las tareas de Cuaresma. Al bajar del púlpito un viernes, en que su celo le habia encendido mas de lo ordinario, sin tomar algun leve descanso, se sentó á oir confesiones, y se levantó herido de un pasmo mortal, que lo arrebató despues de diez dias de paciencia y de edificacion. Era natural de Aranda del Duero, diócesis de Burgos. La pobreza de sus padres le obligó á mendigar en Alcalá para concluir sus estudios. En la Compañía estuvo cuatro años sin hacer los votos por un continuo dolor de estómago, á que su humildad solo halló remedio, haciendo voto de servir por su mano la comida á los pobres en la portería de los colegios. Leyó curso de artes ántes de ordenarse en Ocaña, y no sin particular providencia pasó á México. Mas de una vez revestido del espíritu de Dios amenazó con repentina muerte á los pecadores, y el infeliz suceso siguió siempre á sus amenazas. Su celo le arrojó la indignacion de un libertino poderoso que puso públicamente las manos en el venerable sacerdote. Dios volvió por su honor y su carácter. Aquel infeliz acabó desastradamente dentro de pocos dias, y el padre le pagó sus afrentas con asistirle hasta el último suspiro que dió en manos de la desesperacion. Una muger hermosa y rica con pretesto de confesarse, le solicitó lascivamente. Huyó el casto José, admirado, como despues contó con gracia, que no le hubiese defendido de aquel peligro su semblante, que era efectivamente muy poco agradable. Una leve murmuracion no se oyó jamas de sus lábios, ni se halló mas alhaja en su aposento, dice el padre Juan Sanchez, que vivió con él algunos años, sino los breviarios, el Rosario, y un vestido pobre. Tal fué el primer rector del colegio de Pátzcuaro, muy digno del aprecio que de él se hizo en todo el obispado. Los prebendados y el Illmo. y Rmo. Señor D. Fr. Juan de Medina,

que perdia, como dijo, el mas fiel coadjutor de su mitra, asistieron á su cabecera y á su entierro con lágrimas, que acompañaba toda la ciudad, y singularmente los indios. Quedó su rostro ántes estenuado, despreciable y moreno, con un aire de gracia y de hermosura, que mostraba bien la dichosa suerte de su bella alma. No se halla en ningun impreso ó manuscrito el dia fijo de su muerte. Solo sabemos que fué por marzo, y domingo, aunque en nuestro menologio se pone su memoria el dia 1.° de enero.

Muerte del padre Diego Lopez.

No bien enjugadas las lágrimas de un golpe tan doloroso al colegio de Pátzcuaro, sobrevino otro mayor al de México con la muerte del padre Diego Lopez, hombre verdaderamente grande, y tan formado al espíritu de S. Ignacio, que aun no habiéndose promulgado las reglas particulares de la Compañía, que se sacaron despues del sumario de las constituciones, no se vió que faltase jamas á alguna de ellas. En Salamanca fué admitido en la Compañía, y de allí pasó por uno de los fundadores del colegio de Sevilla, donde brilló grandemente su caridad y celo con los presos y mugeres públicas, en quienes logró muchas y ruidosas conversiones. Se le debe la fundacion del colegio de Cádiz, donde con algunos prodigios quiso el Señor acreditar su celo. Su grande teatro fueron las Canarias, donde pasó con el Illmo. Sr. D. Bartolomé de Torres, de que hablamos ya en otro lugar. Fué señalado por S. Francisco de Borja, por primer rector del colegio de México, y á costa de muchas fatigas fundó el de Oaxaca. Incansable en el confesonario, fervorosísimo en el púlpito, edificativo en sus conversaciones, prudente con sus súbditos, circunspecto con los seculares; siempre humilde, siempre tranquilo, siempre recogido, mereció bien el amor y veneracion de toda la ciudad. Enfermó de un dolor cólico en la infraoctava de la Epifanía; pero el dolor pareció ceder breve al cuidado de los médicos. El Sr. arzobispo le llevó consigo al campo. Aquí le acometió con tal fuerza, que con beneplácito de S. Illma., que tuvo la dignacion de venirle acompañando, hubo de volver al colegio, donde á pesar de la mas puntual asistencia, á pocos dias entre las lágrimas y fervorosas oraciones de sus súbditos, entregó la alma al Señor. El Illmo. cantó la misa en su entierro, que ofició la música de la Catedral, y honró el cabildo eclesiástico y religiones. Murió de 45 años el 9 de abril de 1576. La religion de Sto. Domingo, que aquel dia no pudo asistir á sus exéquias, mostró el alto concepto que tenia de su virtud, haciéndoselas mucho mas solemnes al dia siguiente en su imperial convento.

Hasta aquí este año no habia traido sino calamidades muy sensibles á la nueva provincia; pero muy breve se tuvo el gran consuelo de ver sólidamente establecida en México la Compañía, y concluida la fundacion de su colegio máximo. Este grande asunto causaba no poca inquietud á los padres. Con los cortos fondos que habian podido adquirirse, se emprendió una fábrica suntuosa. Aun cuando ésta hubiera podido concluirse, la pequeña hacienda de Jesus del Monte no era capaz de proveer á la subsistencia del colegio y noviciado. Se habian renunciado sitios muy oportunos y dotaciones cuantiosas, sin mas esperanza que la que se tenia en D. Alonso de Villaseca. Este habia dado sitio, alhajas y mucho en dinero, y habia razon de temer no se contentase con eso, creyendo que no se necesitase mas, atendido el número actual de los sugetos, que sin embargo no podia dejar de crecer mucho. Si tenia otras intenciones, como no se podia dejar de presumir, no las habia manifestado en 4 años, sino muy equivocadamente, con en ocasion de ver que nos labraban Iglesia los indios de Tacuba, y que se fabricaba ya el colegio á costa de nuestros pocos bienes. Por otra parte, él se habia en la actualidad retirado á sus haciendas, y era muy recatado en sus palabras para que pudiesen sondearse y conocer sus designios. En tales dudas fluctuaba el ánimo del padre provincial, cuando recibió un propio del Sr. Villaseca, en que le decia pasase á verse con él en las minas de Ixmiquilpan. Allí le declaró como algunos años ántes que el virey escribiese á S. M., él habia dado órden á su hermano D. Pedro Villaseca para que procurase traer á su costa los jesuitas á la América. El Señor, añadió, no quiso por entónces servirse de mi caudal para una obra de tanta gloria suya. La piedad del rey condujo á vuestras reverencias con mayor honra y comodidad, que yo hubiera podido procurarles. He dado lo que hasta ahora me ha parecido conveniente, con intencion de dar mas en tiempo oportuno. Este ha llegado para mí; y así declaro que es mi ánimo fundar en México el colegio, que ha de ser el principal y como la matriz de toda la provincia, si á vuestra reverencia pareciere aceptarlo. El padre Pedro Sanchez le dió las gracias por tan generosa piedad, y volvió á México á tomar el dictámen de los padres, con cuyo consentimiento partió á Ixmiquilpan, acompañado de un escribano, que autorizó el instrumento en la forma siguiente.

Fundacion del colegio máximo.

„En las minas de Ixmiquilpan de esta Nueva-España, en el asiento, fundiciones y haciendas que allí tiene *Alonso de Villaseca*, vecino de la

ciudad de México en 29 dias del mes de agosto, año del nacimiento de Ntro. Salvador Jesucristo de 1576, por ante mí el escribano y testigos de sus escritos el dicho Alonso de Villaseca, dijo: Que por cuanto viendo cuán conveniente cosa era, que en esta Nueva-España y ciudad de México se hiciese y fundase casa de la Compañía del Santo nombre de Jesus, lo que á él fué posible, hizo escribiendo de que la dicha Compañía viniese á Nueva-España por el gran bien y fruto que de ello se esperaba, y por consolacion suya, y escribió á su hermano Pedro de Villaseca: que de su hacienda que él allá tenia, diese 2.000 ducados para las costas y gastos que hubiesen de hacer los padres y hermanos que viniesen á esta Nueva-España, y que S. M. por justas causas que le movieron, tuvo por bien que á costa de la real hacienda pasasen á estas partes, donde mediante la voluntad de Dios nuestro Señor, vinieron á esta Nueva-España el Dr. Pedro Sanchez, provincial, y Diego Lopez, rector, y Diego Lopez de Mesa, ministro, con otros padres y hermanos, donde llegado á México con los intentos que siempre tuvo de fundar la casa de la Compañía de dicha ciudad, les ofreció y dió unas casas con ciertos solares junto á las casas de su morada, y ha tenido siempre intento de favorecer la dicha casa y colegio. Y ahora entendiendo que convenia dar asiento á la fundacion de dicha casa y colegio, ha comunicado con el muy ilustre y reverendo Sr. Dr. Pedro Sanchez, provincial, de fundar el dicho colegio de la Compañía en la ciudad de México, y con deliberado acuerdo y consejo, habiéndolo encomendado á Dios nuestro Señor, y con algunos sufragios, suplicádole tuviese por bien de alumbrarle encaminándole á efecto de hacerle fundador, queriendo pagar en alguna parte á nuestro Señor las mercedes que de su mano ha recibido, y espera recibir, pidió al dicho Sr. Dr. Pedro Sanchez le admitiese por fundador de dicho colegio, porque su voluntad era de los bienes que nuestro Señor le ha dado dar para la dotacion de dicho colegio, obra y sustento de los religiosos que hay y hubiere de aquí adelante, 4.000 pesos de oro comun, en plata diesmada; los que les tiene para el dicho efecto, y está presto á dar y entregar al dicho Señor provincial, ó á quien su poder hubiere &c. &c. &c."

Venida de nuevos compañeros.

Establecida así la fundacion del colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo, se pudo dar mas prisa á la fábrica sumamente necesaria, así para la comodidad del noviciado y los estudios, como para la habitacion de los sugetos, cuyo número se acrecentaba mas cada dia. A princi-

pios de setiembre llegó de España nueva tropa de operarios, enviados por el padre general *Gerardo Mercuriano*, tan aventajados en virtud y en letras, que se conoció bien el especial cuidado que desde sus cunas debió á S. P. M. R. esta religiosa provincia. Fueron estos el padre *Alonso Ruiz*, que vino por superior: el padre *Pedro de Hortigosa*, el padre *Antonio Rubio*, el padre Dr. *Pedro de Morales*, el padre *Alonso Guillen*, el padre *Francisco Vaez*, el padre *Diego de Herrera* y el padre *Juan de Mendoza*, con los hermanos *Marcos García*, *Hernando de la Palma*, *Gregorio Montes* y *Alonso Perez*. Vino el padre Pedro de Hortigosa destinado á leer una de las cátedras de teología; pero no habiendo por entónces quien la oyese. pareció mas acertado por no carecer tanto tiempo de tan hábil maestro, que siguiese el curso de artes con los discípulos del padre Pedro Lopez de Parra, ó lo volviese á comenzar, como en efecto lo ejecutó el 19 de octubre de 1576. En Oaxaca se abrieron tambien las clases de gramática y retórica, que pasó á leer de México el padre Pedro Mercado.

Fin del libro primero.

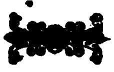
HISTORIA

DE LA PROVINCIA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

DE

NUEVA ESPAÑA.



LIBRO III.

SUMARIO.

Progresos de los estudios en el colegio de México. Lee el padre Pedro Sanchez casos morales en el arzobispado. Cristiana humildad del Sr. arzobispo. Pretende el virey que lea en la Universidad el padre Hortigosa, y gradúase en ella con el padre Antonio Rubio. Ministerios en Pátzcuaro y sus gloriosos frutos. Ministerios en Oaxaca. Celébrase en México la primera congregacion provincial. Curso de filosofía por el padre Antonio Rubio. Envia el Sumo Pontífice un gran tesoro de reliquias al colegio de México. Incendio en Pátzcuaro, y amor de aquellos naturales á la Compañía. Inténtase la traslacion de la Catedral de Pátzcuaro á Valladolid. Descripcion de esta ciudad, y principios de aquel colegio. Inquietud de los naturales con esta ocasion, que sosiegan los jesuitas. Mision del padre Concha á la Puebla de los Angeles, y principios del colegio del Espíritu Santo. Solemnes fiestas en la colocacion de las santas reliquias. Aumentos del colegio de Valladolid. Principios de fundacion en la antigua Veracruz, y descripcion de aquel puerto. Dáse razon de no haberse encargado hasta aquí la Compañía de ministerios de indios. Principios de ellos en Huixquiluca. Nuevo socorro de misioneros, é historia singular del padre Alonso San-

chez, y novedades que introduce en lo doméstico. Cédula de concordia en los estudios de la real Universidad y del colegio máximo. Llega el padre Dr. Juan de la Plaza, primer visitador de la provincia, con el hermano Márcos. Carácter del padre Plaza. Tentacion del padre Lanuqui y algunos otros. Pide el Illmo. Sr. arzobispo de Manila jesuitas para Filipinas, y compendiosa descripcion de aquellas islas. Principios de la fundacion de Tepotzotlán y sus efectos. Mudanza en el seminario de S. Pedro y S. Pablo. Ministérios en los demas colegios. Fundacion del seminario de S. Gerónimo. Muerte de D. Alonso de Villaseca, y su elogio. Muerte del hermano Diego Trujillo, y estado del colegio de la Puebla. Intenta el Sr. arzobispo dar á la Compañía el seminario de S. Juan de Letran. Auto de la real audiencia para que se encargue la Compañía del seminario de S. Pedro y S. Pablo. Mision en Guatemala y en las villas de Zamora y Guanajuato. Pretende la Compañía ausentarse de Tepotzotlán, preséntanse los indios al Sr. arzobispo, y auto honorífico de su Illma. en el asunto. Ocupacion de los misioneros de Filipinas, y embajada del padre Alonso Sanchez á Macao, sus trabajos y feliz éxito. Reunion de los seminarios de S. Bernardo, S. Gregorio y S. Miguel en el famoso colegio de S. Ildefonso. Seminario de S. Martin en Tepotzotlán. Pretende el visitador D. Pedro Moya de Contreras se gradúen los jesuitas en la Universidad sin propinas. Aumentos de los colegios de Pátzcuaro, Puebla y Valladolid. Sucesos de Filipinas y nuevos misioneros. Concilio quinto mexicano. Segunda congregacion provincial, y mision á Teotlalco. Principios del colegio de Guadalajara, y descripcion del pais. Noviciado en Tepotzotlán. Partida del arzobispo y virey D. Pedro Moya de Contreras. Sucesos de Filipinas. Viage á Europa del padre Alonso Sanchez. Ventajoso establecimiento del colegio del Espíritu Santo por D. Melchor de Cobarruvias, y breve descripcion de aquella ciudad.

La recluta de los nueve sugetos en que se habia aumentado la nueva provincia, era la mas á propósito del mundo para llevarla á su perfeccion, y darle todo aquel lucimiento, y todo aquel crédito de que se necesita por lo comun en los principios de las grandes empresas. Se determinó como dijimos, que el padre Pedro de Hortigosa prosiguiese ó comenzase de nuevo con la misma juventud el curso de artes que habia comenzado el año ántes el padre Pedro Lopez. La profunda

Progresos de los estudios en el colegio máximo.

erudicion de este insigne maestro, su prudencia y destreza en manejar los fondos de la América, y la emulacion de los distintos seminarios, parecieron desde luego en las públicas funciones con aplauso de la real Universidad y cabezas de la República, que se distinguieron en grandes demostraciones de sólido aprecio. El Sr. arzobispo, no pudiéndose resolver á que la luz de tanta doctrina se limitase á sola la juventud en los privados estudios del colegio, en que á muchos por sus ocupaciones ó su carácter les seria imposible, ó pudiera parecer indecorósa la asistencia; determinó que alguno de los padres leyese la teología moral en su mismo palacio. Escogió para esta importante ocupacion al padre Pedro Sanchez, que en medio de los grandes afanes del gobierno de la Provincia, se encargó con gusto de un cuidado tan provechoso. Juntaba su ilustrísima todo su clero en dias determinados, y asistia personalmente á oir de boca del padre los principios de la moral cristiana, las resoluciones de casos prácticos, que se proponian con la mas humilde atencion. Así debemos entender las palabras del maestro Gil Gonzalez Dávila, en su Teatro eclesiástico de la América, cuando dice: „que este señor, deseoso del aprovechamiento de su „clero, pidió del padre Pedro Sanchez leyese el catecismo en su palacio, „y que el mismo arzobispo era de los oyentes." Sin duda por la palabra *catecismo* debió de entender, no precisamente la exposicion de las doctrinas y artículos de nuestra fe, sino todo el fondo de la doctrina evangélica, aun en la parte que mira á los preceptos y obligaciones en que nos empeña la profesion del cristianismo. No contento aun este ejemplar prelado con una distincion tan ruidosa, reconociendo en las mismas conferencias morales la falta que le hacia el método, la precision y el órden de la filosofía y la teología escolástica, quiso que el padre Hortigosa le leyese privadamente una y otra. Sin embargo del grande peso de la mitra, daba lugar bastante á este penosísimo género de literatura. Hacia muchas veces el honor de convidar á su mesa á algunos maestros de la Universidad y de las religiones para gustar de su erudita conversacion, y de las disputas escolásticas que hacia nacer con arte entre los manjares. Esta especie de actos literarios era tal vez con mas formalidades, retirándose á la granja de Jesus del Monte en tiempo de vacaciones, donde como uno de nuestros hermanos estudiantes se dedicaba enteramente á la tarea de lecciones, repeticiones, conferencias y demas ejercicios de la escuela. Raro ejemplo de sinceridad, que prueba bien cuánto la cristiana humildad

es propia de las grandes almas. No fué tan fácil á la Compañía condescender á la honra que quiso hacerle el Sr. virey, como lo habia sido dar gusto al Illmo. arzobispo. Intentó S. E. que el curso de filosofía lo leyese el padre Hortigosa en la real Universidad, y que allí mismo continuase despues la teología. Muchas otras personas graves, y aun no pocos miembros del claustro, convenian en lo mismo; parte por hacer este honor á la religion; y parte por evitar los disturvios que pudieran nacer en la serie de los tiempos sobre el mútuo embarazo de unas y otras lecciones. Esta razon es por sí misma de tanto peso, que en fuerza de ella se ha visto despues obligada la Compañía, en tiempo de los reyes católicos D. Felipe IV y D. Cárlos II, á admitir las dos cátedras de prima y vísperas de que SS. MM. se dignaron hacerle merced en las famosas Universidades de Salamanca y Alcalá. Sin embargo, la modestia de nuestros primeros fundadores no se determinó á aceptar este honor, y para precaver las funestas consecuencias de una discordia entre los estudios, se resolvió ocurrir á S. M. para que diese á nuestras escuelas un establecimiento sólido, y con que ponerse siempre á cubierto de cualquiera contraria pretension; no porque hubiese entónces ni haya habido despues razon alguna de temerlo de parte de la real Universidad, con quien se ha corrido siempre en una perfecta armonía, y que ha reconocido en nuestros estudiantes una entera sujecion á sus prudentísimos estatutos, y una materia fecundísima de sus mayores lucimientos. Uno y otro artículo, quiero decir, tanto el empeño de no admitir en la Universidad cátedra alguna, como la subsistencia de los estudios públicos en el colegio máximo, ha sufrido en parte alguna variacion que tendrá oportuno lugar en otro pasage de nuestra historia. Pero ya que no se pudo omitir aquella honra, tampoco se pudo resistir á las grandes instancias con los señores arzobispo y virey pretendieron que á lo menos los dos insignes maestros Pedro de Hortigosa y Antonio Rubio recibiesen el grado de doctores, como se ejecutó con grande aplauso y aceptacion de todos los miembros de la real Universidad, y singular honor de la Compañía.

No eran menores los progresos en los espirituales ministerios, tanto en México como en Pátzcuaro y en Oaxaca. En la capital de Michoacan correspondia maravillosamente el fruto á la espectacion con que habian sido recibidos en ella los jesuitas. La escuela de niños, que cultivaba con el mayor esmero el hermano Pedro Ruiz de Salvatierra, era un taller donde se formaban desde los primeros años muy ajusta- Ministerios en Patzcuaro

dos cristianos; aun entre los indios, cuya amable simplicidad favoreció no pocas veces el Señor, aun á costa de algunos prodigios. Se estableció desde luego el uso de las misiones circulares por los pueblos vecinos; ocupacion en que florecieron en este colegio hombres insignes, heredando, digámoslo así, unos de otros el fervor y el espíritu apostólico, de quienes esperamos hablar mas largamente en otra parte. Un solemne jubileo que se publicó este año, ofreció buena ocasion para comenzar con esplendor este ejercicio. El confesonario y el púlpito partian todo el tiempo de nuestros operarios. El primer cuidado fué traducirles en lengua tarasca las oraciones y la esplicacion de nuestros dogmas y preceptos, de que habia mucha ignorancia en los pueblos algo distantes. Se les procuró introducir el uso santo de cantar la doctrina cristiana, en que entraron con tanto ardor, que en las calles y plazas, y aun trabajando en sus oficios ó labranzas del campo, se oian incesantemente los misterios de la fé, haciendo unos pueblos á competencia de otros, grandes progresos en esta sabiduría del cielo. La veneracion en que tenian á su sacerdote y hechiceros, era uno de los mayores obstáculos á su salud. Estos fanáticos, fingiéndose en hombres inspirados, les amenazaban con la muerte y con la desolacion de sus tierras, y publicaban tener en su mano la salud, la riqueza y la fertilidad, cuyas vanas esperanzas vendian muy caras á aquella gente infeliz, haciéndola servir á su ambicion, á su sensualidad y á su codicia. Esto fué lo primero que procuraron estirpar los misioneros, esponiéndose á todos los resentimientos de aquellos ministros del infierno, que llegaban á esperimentar no pocas veces; pero el Señor por otra parte autorizaba sus empleos apostólicos, y disponia en su favor los corazones de los pueblos. En uno de ellos, estando el padre bendiciendo agua en la sacristía, entraron muchos indios estremamente afligidos del estrago que los ratones causaban en sus cementeras, sin que hubiese bastado á esterminarlos diligencia alguna. Suplicábanle que pasase á visitar personalmente sus heredades, creyendo que á la presencia de un ministro de Dios cesaria aquella calamidad. La viva fé de aquellos nuevos cristianos animó la del padre, y saliendo á la iglesia les hizo una breve exhortacion sobre los desórdenes de su vida, fuente ordinaria de los temporales trabajos. Hízoles luego traer muchas vacijas y cántaros, y bendiciéndoles, les mandó que echasen de aquella agua santa en sus milpas, nombre que dan á las cementeras del maiz. El Señor, segun su palabra, concurrió al fervor y devocion

de aquella gente humilde y afligida, y pasando poco despues por aquel pueblo el misionero, le dieron las gracias del alivio de sus miserias y felicidad de la cosecha.

Los indios, que segun costumbre, guiaban á los padres en los caminos, no pocas veces con un piadoso engaño, los estraviaban y hacian pasar por otros pueblos de donde ellos eran, ó donde habian tratado conducirlos, á instancias de sus habitadores. Los hombres de Dios se dejaban gustosamente engañar con este inocente artificio, de que tal vez se valia el Señor para la salud de sus escogidos. En un pueblo, como legua y media de Pátzcuaro, les salió arrastrándose al camino una india anciana, que estando ya desauciada, y en los últimos términos de la vida, supo que pasaba por el lugar un padre, y anteponiendo al cuidado de la vida temporal el de la eterna, habia salido á confesarse. Estraño espectáculo, sobre que no podemos dejar de admirar las fuerzas de la gracia, y de hacer un triste paralelo con la delicadeza y el orgullo de los poderosos del mundo. El padre, dando á Dios muchas gracias de tanta fé y de tanta piedad, la confesó, la consoló y la animó con la esperanza bien fundada de su predestinacion y de su dicha, que pasó á gozar (segun podemos créer) dentro de pocos instantes. Llegando á otro pueblo concurrieron en gran número los paisanos con grandes demostraciones de veneracion y de júbilo, pidiendo á los padres les hablasen algo de Dios y de lo perteneciente á sus almas, de que en mas de quince años no habian oido una sola palabra. La hambre piadosa de los oyentes hizo esperar el gran provecho con que recibirian el pan de la celestial doctrina, como se vió desde luego en las confesiones y ejercicios de piedad á que se entregaron. En otro, no bastando los ruegos para detener al misionero que pretestaba la necesidad de anunciar el reino de Dios á otros lugares, determinaron escribir al padre rector de Pátzcuaro para obligarlo á detenerse otros dos dias. Santa importunidad que el padre no pudo dejar de agradecer, y á que correspondió el cielo con abundantes bendiciones de inmenso fruto. El pueblo principal á que se destinaba la mision estaba sumergido en un profundo abismo de supersticion y de desórden. Pareciòles á los padres, para esplicarme con sus propias voces, que como en otro tiempo á S. Pedro, se les tendia á la vista un lienzo lleno de béstias fieras, y de las mas ponzoñosas savandijas. La echicería, la embriaguez y supersticiosa consecuencia, la mas torpe sensualidad, estaban cuasi santificadas de la costumbre. Trabajóse por algunos sin que hu-

biese aun alguna esperanza de remedio. El principal cacique era el mas interesado en la venta de los pulques (así llaman á una especie de vino ó licor fuerte que estraen de la planta del maguey) y su pernicioso ejemplo arrastraba todo el lugar. Este mismo dispuso Dios que fuese el instrumento de la reforma. Uno de aquellos dias, saliendo del sermon, en que el orador habia declamado contra este vicio con estraordinaria energía, tocado de la gracia, mandó luego derramar todo el pulque, quebró las cubas donde se guardaba y los instrumentos necesarios á su extraccion. Mandó asimismo pregonar en el pueblo que todos hiciesen lo mismo, só pena de ser públicamente azotados los transgresores, como lo ejecutó con la mayor severidad en lo de adelante. Omitimos otros muchos casos que hallamos en los antiguos manuscritos, que con lo edificante juntan mucho de maravilloso, no porqu e hagamos alarde *de la incredulidad* conforme al espíritu del siglo, sino porque juzgamos deberse acomodar mejor en las vidas de los varones ilustres por cuyo medio se obraron, de que esperamos formar el último tomo de esta historia.

Ministerios en Oaxaca.

En Oaxaca, muy desde sus principios, se habia encargado la Compañía de la administracion espiritual de un pueblo vecino á la ciudad que dá su nombre el valle de Xalatlaco. Con esta ocasion eran muchos los indios que venian aun de otros pueblos á oir la palabra de Dios, y no menos abundante el fruto. En dicho lugar una india jóven habia sido por algun tiempo escandalosa red de muchas almas. Oyendo una de aquellas piadosas exhortaciones se confesó con estraordinarios afectos de compuncion, y con tan eficaz deseo de enmendarse, como manifestó despues con mucho mérito. En efecto, á pocos dias la memoria de los pasados placeres comenzó á darle una guerra tan viva, que sin alguna tregua dia y noche la ponia en un riesgo evidente de desesperar. Entregóse por direccion del confesor á los ejercicios de la mas áspera penitencia. Eran frecuentes y rigorosos sus ayunos, diarias y sangrientas sus disciplinas, continuo el silicio, fervoroso y humilde su recurso al Señor; sin embargo, aun no se apagaba la llama con que queria el cielo probar su fidelidad ó inspirarle una saludable desconfianza. Se tomó el trabajo de subir descalza con una pesada cruz sobre los hombros el repecho de un monte bastantemente declive y fragoso. Se consagró al servicio del hospital, donde entre los ascos y los espectáculos mas tocantes á la miseria humana, se le olvidase y borrase enteramente aquella molesta impresion del deleite. No hallando reme-

dio en tantos piadosos ejercicios, determinó hacer, digámoslo así, el último esfuerzo del valor. Habia entre los enfermos uno asquerosísimo, cuya cabeza encancerada era un manantial de podre y de granos. El hedor no era soportable aun á alguna distancia. La india afligida sentia en sí todo el horror de la naturaleza en solo acercarse á su lecho; pero animada de su mismo peligro, y llevada de un estraordinario impulso de la gracia, se arrojó á lamer la llaga hedionda, y lo que apénas se puede creer, perseveró en este ejercicio una semana entera, hasta que sacudió aquella peligrosa tentacion. Accion admirable que aun en el grande apóstol de la India se hace mucho lugar á la atencion, y que alcanzó de Dios, justo reconocedor del mérito, el singular privilegio de no sentir en lo de adelante las rebeldías de la carne. A otra india principal le habia atraido su hermosura la persecucion de un noble y poderoso, á que habia resistido con heróico valor algunos años. En tanto intervålo de tiempo, y en la cualidad del pretendiente, es fácil imaginar los artificios, las amenazas, las mediaciones y promesas que haria jugar para sus vergonzosos designios. Finalmente, á pesar del recato y cuidado que ella ponia en robarse á sus ojos, hubo de lograr con no se qué ocasion la de hablarle y preguntarle el motivo de tanta resistencia. La virtuosa doncella, que asistia con frecuencia á la esplicacion de la doctrina y á recibir los sacramentos en nuestra iglesia; y qué, señor, le respondió, ¿no habéis oido decir á los padres que de que se llega á la santa comunion se hace un cuerpo con Jesucristo? y ¿permitiréis que yo haga esta injuria al Señor que frecuentemente recibo, haciendo servir el mio á la deshonestidad? Estas graves palabras bastaron para contener á aquel libertino, y librarla para siempre de su importuno amor. Ni eran los indios solos los que se aprovechaban tan bellamente de aquellas fervorosas exhortaciones. Una señora de lo mas noble del pais, aunque lo manifestaba poco en su vida licenciosa, vino por este mismo tiempo á confesarse. Su amargo llanto daba bien á conocer las disposiciones de su espíritu. Habia oido pocos dias ántes un sermon en que el predicador habia ponderado con grande energía aquel testo de S. Pablo, que el pecador vuelve á sacrificar al hijo de Dios. La imágen de Jesucristo, á quien le parecia habia crucificado tantas veces, hizo por entónces mucha impresion en su alma; pero concurriendo poco despues con aquel la misma persona que habia sido hasta entónces el motivo de sus disoluciones, cedió facilmente á su inclinacion. Divertíase con él á deshoras de la

noche en sus amatorias conversaciones, cuando repentinamente sin viento ó alguna otra causa que pudiera ocasionarlo, se apagó la luz que los alumbraba. ¡Saludable obscuridad que fué todo el principio de su dicha! Determinó pasar á encender la luz á otra cuadra, y habia de pasar forzosamente por una pieza grande obscura y sola. El suceso mismo de haber faltado la luz, que tenia no se qué de maravilloso y estraordinario, el silencio de la noche, la oscuridad, el pavor tan natural á su sexo, y mas que todo, el mal estado de su conciencia, junto con la memoria de aquel pensamiento que poco ántes habia agitado su espíritu, todo esto, digo, le perturbó la imaginacion de tal manera, que le pareció que veia, ó vió en realidad, á Jesucristo clavado en la cruz y bañado en la sangre que corria de sus llagas aun recientes. Este espectáculo la deshizo en dulcísimas lágrimas, y vuelta al cómplice le suplicó por último favor que la dejase llorar las culpas que él habia ocasionado; y hecha un sincera confesion, vivió despues ejemplarmente el resto de sus dias.

Primera congregacion provincial.

Con tales sucesos como estos, bendecia Dios los trabajos de nuestros operarios. De todas partes venian al padre provincial noticias que lo llenaban del mas sólido consuelo, y creyendo que causarian este mismo efecto en el ánimo del padre general Everardo Mercuriano, y de todos los jesuitas de Europa, determinó no tenerlos mas tiempo privados de tan agradables maestros. Juntó congregacion provincial para elegir procuradores á las dos cortes de Roma y Madrid. Esta providencia, fuera de estar muy recomendada en nuestro instituto, pareció necesaria en las circunstancias de una nueva provincia para la confirmacion de los colegios, asignacion de sus respectivos rectores, y una individual relacion de sus progresos. Debian pedirse varios reglamentos para lo venidero á nuestro padre general, y darse cuenta muy exacta al rey católico de una obra que S. M. habia querido mirar como suya y promover con tanta dignacion.

Los únicos vocales de semejantes asambleas, segun nuestras constituciones, deben ser los profesos de cuarto voto. Pero en treinta sugetos, ó poco mas, de que entónces se componia la pequeña provincia, no se hallaba de este carácter sino uno solo, fuera del padre provincial, que era el padre Pedro Diaz. Tanto se ha juzgado siempre digna de aprecio esta cualidad en la Compañía. El padre Dr. Pedro Sanchez, para suplir este defecto, nombró consultores de provincia y admonitor suyo. A estos, dice el padre Juan Sanchez en un retazo de historia

que nos ha quedado de su mano, se dió voto en congregacion que con tanta simplicidad y lisura se procedia en aquel tiempo, y juntos todos, que fueron cinco, eligieron por procurador al padre Pedro Diaz, actual rector del colegio de Oaxaca, sugeto capaz de dar en aquellos grandes teatros mucho crédito á la provincia, y de manejar con aire los importantes asuntos de que se habia encargado. Se le dió por substituto al padre Alonso Ruiz, que un año ántes habia venido de la Europa. Esta fué la primera congregacion de la provincia de Nueva-España, celebrada el 5 de octubre de 1577. Por estar ya tan avanzada ácia el invierno la estacion, no pudieron los navíos salir de Veracruz hasta la siguiente primavera. Fuera de los domésticos negocios llevaban á su cuidado algunos otros del Sr. arzobispo, y muchos curiosos presentes de este prelado para el Sumo Pontífice Gregorio XIII, en que no tanto hacia alarde de sus rentas y riquezas como de la veneracion y respeto con que reconocia y protestaba la dependencia y union á la soberana cabeza de la Iglesia. Imágenes muy esquisitas de pluma de diversas especies, de bálsamos, piedras besoares, singulares raices, y otras cosas medicinales; grande accion de piedad, en que conforme á la antigua disciplina se hizo servir á la religion y á la fé lo que sacrifica el mundo á su profanidad y ambicion. A fines de este mismo mes comenzó á leer su curso de filosofía el padre Dr. Atonio Rubio. Los grandes aplausos que tuvo este docto escritor en la América, merecen que se haga de él esta particular memoria. Despues de algunos años de cátedra, que gastó en pulir aquellas mismas doctrinas, partiendo á Roma de procurador de la provincia, imprimió en España el celebrado curso filosófico que ha eternizado su nombre. La Universidad de Alcalá por auto muy honorífico á la Compañía y al padre Rubio, mandó que todo los cursantes de aquella famosa academia, siguiesen aquel mismo plan de filosofía con grande gloria de la Universidad de México, de cuyo gremio salió tan celebrado maestro.

El padre procurador Pedro Diaz con el hermano Martin Gonzalez, despues de una larga detencion, salieron de S. Juan de Ulúa y con próspera navegacion llegaron á Cádiz. En México á principios del año de 1578, ó á fines del año antecedente, se habia remitido de Roma un riquísimo tesoro de reliquias. La Santidad de Gregorio XIII llevado de aquel paternal amor que mostró siempre á la Compañía, sabiendo como trabajaban por la gloria de Dios en estas partes de la América, quiso excitar su fervor, y animar la fé recien plantada en

estos reinos con los preciosos despojos de muchos santos, que desde sus primeras cunas ha conservado con veneracion la Iglesia santa, como pruebas de la verdad de nuestra religion, como memorias de su virtuosa vida, y como prendas de su resurreccion gloriosa. Para este efecto, dió facultad á nuestro M. R. P. general Gerardo Mercuriano, para que de los inmemorables sepulcros y memorias antiguas que conserva y venera aquella pátria comun de los mártires, estrajese reliquias y las remitiese en su nombre á las provincias de Indias. A la de México, se remitió desde el año de 1575 una crecida cuantidad en un aviso de España, que naufragó á la costa de Veracruz. La gente de mar se apoderó de aquel rico tesoro, que apénas apreciaba sino por los esteriores adornos. A pocos dias de verse libre del naufragio por la pasada fatiga y el poco favorable temperamento de aquel puerto, se apoderó de ellos una epidemia de que morian cada dia muchos. Los que habian repartido entre sí las reliquias, dieron parte al comisario del santo oficio, que allí residia, añadiendo que los cajones en que venian, segun el rótulo, parecian pertenecer á los padres de la Compañía. Restituyó cada uno lo que habia tomado, y el comisario las remitió luego á México, donde se recibieron con grande veneracion; pero con el pesar de no poderlas esponer al público culto por la falta de auténticas ó certificaciones necesarias, de cuya conservacion no habian cuidado los marineros. Dióse á Roma noticia del naufragio, pidiéndose nuevas auténticas; pero S. S. quiso añadir otro nuevo favor, mandando estraer mayor porcion de ellas, que llegaron con felicidad. Muchas vinieron insignes por su magnitud, y muchas por los santos de cuyos cuerpos se tomaron. Entre estas, las mas especiales fueron una espina de la corona de nuestro Salvador, un Lignum Crucis, otras del vestido de la Santísima Vírgen, de su castísimo Esposo y de Señora Santa Ana. Dos de los príncipes de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y once de los restantes: veinticuatro de santos confesores, catorce de santos doctores, veintisiete de algunos santos particulares, cincuenta y siete de santos mártires de nombre conocido, con otras muchas, que por todas eran doscientas y catorce de algunos bienaventurados, cuyos nombres ignora la Iglesia Militante, y espera leer en el libro de la vida. Luego que se recibieron en casa, conformándose á la disposicion del Sacro Concilio Tridentino, se dió parte al Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, que pasó luego á reconocerlas y las adoró el primero. Estuvieron por algun tiempo en una decente pieza interior del colegio,

ínterin se disponia lo necesario para la colocacion, en que se interesó la ciudad para hacerlo con el aparato mas magnífico que hásta entónces se ha visto en la América. En presencia de aquel sagrado depósito, (dice un antiguo manuscrito de aquellos tiempos) pasaban los nuestros muy largos ratos de oracion, y se esperimentó en todos un nuevo y sensible fervor, que se atribuia justamente á la intercesion de aquellos amigos de Dios, á quienes ha querido honrar S. M. excesivamente.

Incendio en Pátzcuaro.

Miéntras que en México se disponia todo para una funcion ruidosísima en la colocacion de las santas reliquias, cuyos preparativos ocuparon cuasi todo el año, en Pátzcuaro un voraz incendio consumió una gran parte de nuestra Iglesia, y habria acabado con toda ella si no lo hubiera impedido la gran diligencia de los indios. Ellos dieron en esta ocasion una prueba bien sensible del grande amor que profesaban á la Compañía. Cayó un rayo en la techumbre de nuestro templo, que habia sido, como dijimos, la antigua Catedral. Su maderaje antiguo y seco, y un viento fuerte que reinaba del Sur, animaban la llama. Los truenos y centellas eran frecuentes y espantosas. Iglesia y colegio se tenia muy en breve reducido á cenizas. Los padres en aquella repentina consternacion, no habian podido poner en salvo cosa alguna. La intrepidez de los tarascos suplió á todo. Divididos en tres tropas que conducian los tres principales caciques de la ciudad, unos tomaron á su cargo transportar los muebles de la casa: otros con mayor peligro desalojar los altares y asegurar las alhajas de la Iglesia; otros finalmente, mas valerosos, montaron las paredes armados de los instrumentos necesarios para destrozar el artesonado, y de mantas, capotes y otros géneros mojados, y muchos cubos de agua para sofocar la llama, como en efecto lo consiguieron, sin muerte ó fatalidad notable. El valor, la actividad, y sobre todo, el órden con que se ejecutó, hubiera sido admirable en la gente mas disciplinada y mas culta de la Europa. Los padres volviendo al colegio, no hallaron sino las paredes enteramente desnudas. Del techo de la Iglesia se habia consumido una gran parte; la mayor y principal se habia preservado. Gustosamente daban por perdidos los padres los muebles de la casa. Sentian los vasos sagrados y demas alhajas de sacristía; pero no era posible averiguar donde estaban, ni por otra parte querian ofender á aquellos mismos á quienes se confesaban agradecidos. Poco les duró este embarazo. Serenado todo aquel alboroto, y reconocido á su satisfaccion todo lo que necesitaba de reparo, con el mismo órden fueron restituyendo cuanto

habian llevado. Una estampa, una pluma no faltó, con grande admiracion y reconocimiento de los padres.

Fué mayor aun su sorpresa cuando los tres caciques despues de haber tomado sus medidas y conferenciado con los de su nacion, volvieron á presentarse al padre rector. Este les dió muy afectuosas gracias por el importante servicio que acababan de hacer al Señor y á la Compañía; pero ellos que no tanto querian mostrarse acreedores al agradecimiento, cuanto empeñarse en nuevos servicios: „Por mucho, dijeron, que á tu buen corazon parezca, padre, que hemos hecho nosotros en preservar de su total ruina la casa de Dios y la vuestra, á nosotros no nos parece haber cumplido con nuestra obligacion, miéntras vemos destechada y espuesta á las injurias del tiempo vuestra Iglesia. Este edificio lo levantaron nuestras manos. A ellas pertenece tambien repararlo. Tiene tambien para nosotros la grande recomendacion de haber trabajado en ella el primer pastor y padre de nuestras almas, y estar ahí sepultado su cuerpo venerable, cuya atencion, prescindiendo de cualquiera otro motivo, seria bastante para empeñarnos á procurarle toda la decencia que alcanzan nuestras fuerzas. Solo te pedimos, pues, nos hagas el honor de reedificarlo á nuestra costa. Sabemos las cortedades que padeceis, y podeis estar seguros, que en esto no os hacemos favor alguno, ni miramos sino á nosotros mismos, y á todo este gran pueblo, á cuyo bien os habeis enteramente dedicado, y en cuya utilidad ceden todos vuestros saludables ministerios." El padre rector agradeció, como debia, tan singular atencion á los caciques. Y en efecto, aunque algunas otras piadosas personas concurrieron de su parte con algunas limosnas, todas ellas no habrian bastado sin la liberalidad de los indios. Se emplearon en esta obra mas de quinientos. Venian por las mañanas á trabajar, y salian al campo coronados de guirnaldas de flores, y de la misma suerte conducian á la Iglesia las maderas, con música de sus clarines y flautas, como consagradas al culto de Dios, en que mostraban al mismo tiempo la piedad y la alegría, que tanto aprecia el Señor en las dádivas que se ofrecen á su culto. Con semejantes trabajadores, dentro de muy poco se renovó y aun mejoró la fábrica de nuestro templo, de que algunos dias despues tuvieron mucho que sentir y en que manifestar de mil modos la afliccion y singular aprecio que hacian de los jesuitas.

Inténtase la traslacion de

Habia determinado por este mismo tiempo el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Medina Rincon, que actualmente presidia aquella Iglesia pasar de

Pátzcuaro á Valladolid la Catedral de Michoacán. Habiáse intentado esta traslacion desde el tiempo del Sr. D. Antonio Morales, segundo pastor de aquella Iglesia. Obtúvose la bula de S. S. y la licencia del rey católico; pero las dificultades con que se tropezaba en la ejecucion, fueron tantas, que dicho Sr. pasó, como vimos, al obispado de Tlaxcala sin haberse podido resolver á poner en práctica sus designios. El Sr. D. Juan de Medina, que le sucedió en el obispado, y fomentaba el mismo deseo, tuvo que luchar algun tiempo con muchos de los republicanos, y los mas ancianos de su cabildo, que no podian resolverse á dejar sus casas y las antiguas comodidades de Pátzcuaro, á quien miraban como á hechura suya, y como una tierna memória de su primer obispo y padre D. Vasco de Quiroga. Alegaban que el santo prelado habia escogido aquel lugar por divina revelacion. En efecto, era fama comun que solicitó el Sr. D. Vasco de un lugar á propósito para establecer su silla episcopal, y recorriendo para este efecto su diócesis, llegó á Pátzcuaro, donde no halló mas que un carrizal á la falda de una pequeña altura. Pasó allí en oracion gran parte de la noche, y sobrecogido del sueño, se le apareció el Dr. de la Iglesia S. Ambrosio, diciéndole, que dejase allí su residencia: se cree, que al golpe de su báculo brotó á la falda de aquel montecillo un ojo de agua, saludable y cristalina, de que se provee todo el lugar, y á cuya educacion milagrosa, fuera de la comun tradicion, favorecen no pocas de las antiguas pinturas. El suceso pareció mostrar que habia sido del cielo la eleccion. Los indios, en número de mas de treinta mil, dejaron con gusto sus pueblos por venir á establecerse en la nueva ciudad. Los mas de los españoles, que desde el tiempo de Cortés, bajo la conducta de Cristóbal de Olid, se habiàn establecido en Tzinzunzan, se pasaron á Pátzcuaro, que se hizo desde entónces el centro de todo el comercio, y como la corte de Michoacán. A pesar de la contradiccion de los antiguos capitulares, que ya eran pocos en el cabildo que se juntó para esplorar, segun el tenor de las bulas, su consentimiento, quedó resuelta la traslacion por la mayor parte de los vocales. Leyéronse luego las reales cédulas, en que S. M. mandaba se trasladase á Valladolid el alcalde mayor, justicia y regimiento de Pátzcuaro. La nueva metrópoli no distaba de allí sino siete leguas al Este Sureste. Hasta entónces no habia sido sino un ruin cortijo con ocho ó diez casas de españoles, y dos conventos de S. Francisco y S. Agustin. Esta ciudad, pretenden algunos, haberla fundado el maestre de campo, Cristóbal de

la Catedral de Pátzcuaro á Valladolid.

Olid, y que de su apellido y la última sílaba de su nombre, se le dió el que tiene. De esta opinion ha sido Gil Gonzalez de Avila, de donde sin duda le tomaron el padre Murillo y algunos otros modernos á quienes favorece Bernal Diaz del Castillo, autor poco exacto en este género de noticias. No sabemos que tenga mas fundamento esta opinion, que la analogía del nombre, y saberse por otra parte que Hernando Cortés, mandó á Cristóbal de Olid á Michoacán con cien infantes y cuarenta caballos; pero estos, no se establecieron sino en Sinsonza, y de allí pasaron algunos á Colima á descubrir y pacificar la Costa. Parece lo mas cierto, que la ciudad de Valladolid la fundó D. Antonio de Mendoza, primer virey de Nueva-España. Con ocasion de ir á pacificar los rebeldes de Suchipila, jurisdiccion de la Nueva Galicia, se dice haber pasado por aquel pais, cuya hermosa vista le encantó. Determinado á fundar en aquella rasa y fértil campiña una ciudad, que fuese algun dia la capital de la provincia, hizo en nombre del rey merced de tierras á los que quisiesen poblar en aquel sitio. Otros piensan haber sido con el motivo de una caza. En efecto, sabemos cuanta era la aficion de este Señor á este noble ejercicio, y que de la que hizo uso de los antiguos mexicanos en las vecindades de S. Juan del Rio, dura aun fresca la fama en el llano hermoso que conserva hasta hoy el nombre del *Cazadero*. Sea de esto lo que fuere, la ciudad está como á sesenta leguas al Oeste de México. La abundancia del pais, génio y religion de sus antiguos habitadores, es muy semejante á la de Pátzcuaro, de quien ya hemos hablado. Le dan sus naturales el nombre de *Guayangaréo*. Herrera la pone en 19 grados 10 minutos de latitud boreal; los mas modernos en 20. El primer convento que tuvo fué el de S. Francisco, fundado por Fr. Antonio de Lisboa. Sobrevino la religion de S. Agustin, que allí tiene un magnífico convento, cabecera de una religiosísima provincia. Los Carmelitas se establecieron por los años de 1598, en tiempo del Illmo. Sr. D. Fr. Alonso Guerra, que fundó tambien el monasterio de Sta. Catarina, sujeto al ordinario. Algunos años despues, los de Ntra. Sra. de la Merced y la hospitalidad de S. Juan de Dios. Villaseñor le da en el dia á Valladolid como veinticinco mil almas entre españoles, mestizos y mulatos. Indios hay pocos, y hubo aun menos en sus principios. El maestro Gil Gonzalez, dice que D. Antonio de Morales, primero de este nombre, trasladó la Iglesia Catedral de Pátzcuaro á Valladolid. No podemos dejar de sentir la flaqueza de su memoria, cuando en el párrafo

siguiente, hablando de D. Fr. Juan de Medina, sucesor del Sr. Morales, dice: este prelado trasladó la Iglesia Catedral de donde estaba á donde está. Fácilmente podriamos escusar y querriamos este paracrónismo, entendiendo lo primero de la intencion eficaz de aquel Sr. obispo, y de las bulas y cédulas que se obtuvieron en su tiempo; pero son tantos los descuidos que se notan, semejantes en este autor, que no podemos entrar en el empeño de defenderlo. Del Sr. D. Vasco de Quiroga, dice que fundó en Valladolid el colegio de la Compañía de Jesus. Aun cuando en tiempo de aquel Illmo. hubiera tenido Valladolid alguna forma de ciudad, es cierto que segun el mismo autor, la Compañía no vino á las Indias sino despues de algunos años de muerto el venerable D. Vasco, que en el verdadero cómputo son siete, aunque en el suyo son cinco, porque falsamente hizo venir á los jesuitas el año de 1570 en 23 de junio. Esto hemos notado de paso para que nadie quiera juzgar de nuestra cronología por la del maestro Gil Gonzalez. Laet en su descripcion de la América, dice haberse ejecutado esta traslacion el año de 1544. Este diligente flamenco confundió vergonzosamente la primera traslacion de Tzintzuntza á Pátzcuaro, que fué efectivamente ese año, con la de Pátzcuaro á Valladolid. Bernal Diaz del Castillo y el padre Basalenque, en la historia de su provincia, la afijan el año de 80, contando desde aquel tiempo en que acabó de trasladarse toda la ciudad, aunque se habia resuelto en cabildo y comenzado á poner en ejecucion desde fines del de 1578.

Inquietud de los naturales con esta ocasion, que sosiegan los jesuitas.

Trasladada la Catedral, era indispensable trasladarse el colegio Seminario de S. Nicolas, de que era patrono el cabildo, y de cuya direccion, tanto por condescender con los antiguos deseos del Sr. D. Vasco, como en fuerza de cláusula de fundacion de nuestro colegio, se habia encargado la Compañía, en cuya consecuencia debian pasar tambien á Valladolid los maestros de escuela y de gramática. El padre provincial Pedro Sanchez, persuadido á que todos los españoles de Pátzcuaro, y aun la mayor parte de los indios, se procurarian establecimientos en la nueva ciudad, habia determinado que se trasladase allá tambien el colegio. El amor de los paisanos á aquel su antiguo sitio, y el que igualmente profesaban á los padres, no dejó poner en ejecucion estas prudentes medidas. Cuando vieron comenzar á despojar las Iglesias de todos sus adornos, que las alhajas á que ellos habian contribuido con su trabajo y sus limosnas, que las estátuas y pinturas á que se tenia mayor devocion, eran puestas en carros para conducirlas á la nueva ciudad, al

principio un triste silencio, despues las lágrimas que corrian por casi todos los semblantes, manifestaron bien las disposiciones del pueblo, que se hacia aun violencia para contenerse en los límites de un modesto dolor. Pero viendo deshacer los altares y transportar las reliquias, que con tanto costo y solicitud habia alcanzado de Roma el Sr. D. Vasco, y de que habia procurado hacerles concebir la mayor estimacion y confianza, no guardaron medidas. Prorrumpieron en sollozos, que degeneraron breve en un tristísimo alarido. De la Iglesia pasó á las calles vecinas, y muy luego á toda la ciudad. De todas partes acudian á millares; unos cercaban la Iglesia, otros los carros ya cargados. Cada uno suspiraba por el santo de su mayor devocion, cuyo nombre repetian con voces lastimosas, y entre la multitud se oia sonar con un ternísimo afecto que aumentaba la afliccion el nombre de D. *Vasco, del obispo santo, del padre de los tarascos, del fundador de Pátzcuaro.* Seguramente entregada la ciudad al pillage de una nacion enemiga, no se habria visto en mayor consternacion. Procuraban algunos consolar al pueblo con muy bellas razones; pero eran inútiles todos los esfuerzos, miéntras veian crecer á cada instante los motivos de su congoja. Intentaron descolgar una hermosa campana, que habia mandado fundir y consagrado con grande solemnidad y aplauso de toda la multitud el Sr. D. Vasco de Quiroga. Era esta el único consuelo y recurso en las tempestades de truenos y rayos, de que habia sido antiguamente muy molestado el pais. A este espectáculo, mudaron de semblante las cosas. De un pesar agravado, se pasa muy fácilmente al furor y á la cólera. Los indios corrieron prontamente á sus casas, se armaron de sus arcos y flechas, y volvieron en tropas á la defensa de la torre. Los españoles interpretando aquel movimiento, no tanto, como era en realidad, por una piedad imprudente, cuanto por un principio de rebelion que habia hallado ocasion de prorrumpir con este bello pretesto, se armaban ya, se nombraban oficiales, y se procuraban poner en estado de defensa. Pareció bien en esta ocasion todo el ascendiente que tenian los jesuitas sobre aquel gran pueblo. Persuadieron fácilmente á los españoles que aquella no era sedicion contra el soberano, ni era justo alumbrarles con la misma precaucion y desconfianza un delito de que ellos no habian dado hasta entónces el menor indicio á los indios: que la intencion de S. Illma. no era privarlos de aquel consuelo: que se habian tomado aquellas providencias en la persuacion de que ellos vendrian gustosos en mudarse á Valladolid, donde se les prome-

tian tierras mas fértiles, y temperamento mas sano: que si despues de todo querian permanecer en Pátzcuaro, no se les molestaria mas en el asunto, ni se les daria mas motivo de inquietud. Con estas palabras cesó por entónces aquel tumulto, que sin duda hubiera tenido funestas consecuencias, y revivido despues con mayor fuerza si no se hubiera tomado la providencia de dejar allí la campana.

Con el ruido de las armas no cesó enteramente la causa que traia tan afligido al pueblo. Supieron la determinacion del padre provincial, y como se pretendia pasar nuestro colegio. Luego corrió allá toda la muchedumbre. Cercaban la casa desde afuera con grandes alaridos. Los que entraban dentro se arrojaban á los pies de los padres, preguntándoles con lágrimas si querian tambien desampararlos. Tuvieron por respuesta, que esa determinacion se habia tomado en supocicion de que todo el vecindario, ó la mayor parte de él se mudase; pero que si ellos no estaban en ese ánimo, no les faltaria el colegio, aunque hubiesen de sacrificarse los padres á mendigar entre ellos el sustento. Quedaron llenos de consuelo, y colmando de bendiciones á todos los sugetos de aquella casa. Solo restaba una grave dificultad. Se habia dado, como dijimos, para Iglesia nuestra la antigua Catedral, en que yace el venerable cadáver del Sr. D. Vasco. Habíase éste entregado á los nuestros como en precioso depósito, que deberian restituir sin embarazo siempre que se verificase la traslacion de la silla episcopal. Cumplida ya la condicion, reconvinieron á los padres para la entrega, á que no sin grave pesar, se mostraron prontos, aunque previendo bien que seria difícil ejecutarlo sin una extraña conmocion de todo el pueblo. Efectivamente, este era el golpe mas doloroso para los indios. Luego que lo supieron se renovó el llanto, y aun la indignacion. Volvieron á las armas y tuvieron algunos dias acordonada la Iglesia y el colegio, mudándose toda la noche las centinelas. Cuando ya pareció estar mas descuidados, vino una de las dignidades del cabildo para que ocultamente se estrajese el cuerpo. No se ocultó este ardid á la vigilancia y celo de los tarascos. Volvieron á cercar toda la cuadra y para que jamas pudiese moverse el sepulcro sin noticia suya, cortaron una loza de enorme peso y magnitud, y lo sellaron con ella á su satisfaccion. El cabildo se vió obligado con dolor á sobreseer en el asunto. Los indios triunfaron, quedándose con el cadáver de su amado padre, á que les parecia estar vinculada toda la felicidad de su pais, y los jesuitas tuvieron, y tienen aun hoy el consuelo de que esté sepultado

entre ellos un prelado tan santo y que profesó siempre un tan sincero amor á la Compañía. Por lo que mira al colegio, no se movió alguno de los sugetos. Esta atencion pareció necesaria á la confianza y amor que habian mostrado aquellas buenas gentes. El padre provincial vió muy bien la incertidumbre y la incomodidad á que iba á esponer á los suyos, que se enviaban á Valladolid. Esta ciudad comenzaba cuasi á fundarse entónces. El Sr. obispo y su cabildo, aunque tan favorecedores de la Compañía, se veian empeñados en el edificio de la nueva Catedral y de sus respectivas habitaciones, como los demas republicanos.

Principios del colegio de Valladolid.

Sin embargo, por no faltar á lo que se habia convenido con un cuerpo tan respetable, se enviaron allá dos sugetos de grande religiosidad, que fueron los padres Juan Sanchez y Pedro Gutierrez. El primero por superior de aquella residencia, y el segundo de maestro de gramática, á que se añadió poco despues un hermano coadjutor para la escuela. El regimiento de la ciudad habia prometido al padre provincial que poco ántes habia venido de la visita del colegio de Pátzcuaro, ayudar con lo que pudieran al acomodo de los nuestros. Hospedáronse estos en una casa muy antigua y ruinosa que los demás habian despreciado. El padre Juan Sanchez, hombre industrioso y perito en la arquitectura y matemáticas, la aseguró lo mejor que pudo. De un establo y otra pieza que se le añadió reformó una pequeña iglesia, tanto mas devota cuanto mas semejante á la primera habitacion que tuvo el hijo de Dios sobre la tierra. Dos de los regidores se encargaron de juntar entre los vecinos alguna limosna para el colegio. Estos eran tan pocos, que apénas llegaban á cuarenta, y todos pobres; sin embargo, se dieron á esta piadosa fábrica algunas deudas, aunque pocas de ellas se cobraron. A los ocho dias trajeron los diputados á casa las escrituras y entregaron al padre superior *diez pesos y tres reales* en plata. Por la cortedad de este donativo será fácil conocer las necesidades que pasarian los fundadores de Valladolid en los primeros meses. El Sr. obispo entre las muchas y gruesas limosnas que hacia á toda la ciudad, no se olvidó de los jesuitas, pero mas que todos se esmeraron en procurarles todo alivio las dos religiones de S. Francisco y S. Agustin. Los dos esclarecidos conventos, de concierto entre sí quisieron tomarse la obligacion muy propia de su caridad, de enviar cada semana al colegio lo necesario de pan y carne, y tal vez algunas cosas pertenecientes al servicio de la iglesia. Piadosísimo ejercicio en que constantemente

perseveraron todo el tiempo que aquella casa destituida de fondos no podia sostenerse por sí misma, que dura aún y durará siempre en la memoria y agradecimiento de aquel colegio y de toda la provincia. Tales fueron los principios de esta fundacion, fecundos en abatimientos y en pobreza, que llevaban aquellos primeros jesuitas con una alegría y prontitud de ánimo muy propia de su instituto apostólico y poderosa para conciliarse el afecto y veneracion de toda la ciudad. Hombres, que abandonándose enteramente al cuidado de la Providencia, solo procuraban el alivio y la salud de sus hermanos. Como si no tuvieran cuerpos que sustentar y que vestir, se les veia del todo agenos de aquellas congojas que tenian embargada la ciudad, recogidos dentro de casa entregados á la educacion de la juventud y á sus religiosas distribuciones. No parecian en las calles sino predicando los dias de fiesta, ó con la campanilla en la mano juntando á los niños y gente ruda para la esplicacion de la doctrina.

Mision del padre Concha á la Puebla, y principios de aquel colegio.

Cuasi al mismo tiempo que sobre estos cimientos se fundaba el colegio de Valladolid, el padre Hernando Suarez de la Concha corria en fervorosas misiones el territorio de la Puebla. En todas partes hallaba mucho en que emplearse su celo infatigable. En los pocos años que llevaba de América habia caminado ya en este apostólico ejercicio todo el arzobispado de México y obispado de la Puebla; dos ó mas veces habia corrido el de Michoacán, otras tantas la Nueva-Galicia, y una gran parte de la Nueva-Vizcaya. De los cuatro colegios que hasta entónces contaba la provincia, dos puede decirse con verdad, se debian al buen olor de edificacion que este grande hombre habia dejado de la Compañía en sus escursiones apostólicas. Presto lo veremos echar los fundamentos de otro mas ilustre en la ciudad de los Angeles. Ocupábase el padre en hacer mision en la villa de Carrion ó de Atlixco, á pocas leguas de Puebla, cuando recibió órden de pasar allí á predicar la cuaresma. No era esta la primera ocasion que habia hecho cruda guerra á los vicios en aquel mismo campo. En la ocasion presente pareció haberse excedido mucho á sí mismo en la fuerza y energía de su elocuencia, y haberse multiplicado el trabajo. No parecia posible que un hombre solo pudiese predicar con tanta frecuencia y tanto ardor, entregarse tan de espacio y con tanta tranquilidad al consuelo de los penitentes, responder tantas consultas, y componer tantos litigantes, que con una entera eficacia se comprometian en su persona. Una caridad tan oficiosa y tan enteramente consagrada sin al-

gun interes personal á la utilidad pública, convirtió así los ojos de toda la ciudad. Comenzóse á tratar con ardor de la fundacion de un colegio; no eran nuevos estos deseos en aquella ilustre república. Desde que pasaron por allí los primeros jesuitas en su viage á México habia pretendido detenerlos. Dijimos como el Dr. D. Alonso Gutierrez Pacheco, primer comisario del Santo Oficio y segundo arcediano de aquella Santa Iglesia, los habia sacado del meson y obsequiádolos en su casa. Este ilustre prebendado no olvidó jamas la palabra que le dió entónces el padre Pedro Sanchez, y habia procurado fomentar en su cabildo los mismos deseos. El Illmo. Sr. D. Antonio Ruiz Morales, quinto obispo de aquella ciudad, que habia quedado muy edificado de las religiosas virtudes del padre Juan Curiel en Michoacán, y de los otros padres que habia tratado en México, contribuyó no poco á hacerles formar un alto concepto de nuestro instituto, como que de cuya observancia acababan de ver una prueba bien sensible en el deseo de aquella mision y de otra antecedente. Este señor habia muerto un año ántes, y gobernaba el cabildo Sede vacante, en el cual D. Alonso Pacheco tenia una grande autoridad y estimacion, aun mas que por su dignidad, por su gran virtud y literatura, que le merecieron algunos años despues el honor de ser diputado á Roma, para impetrar del Sumo Pontífice Paulo V la confirmacion del concilio mexicano. No le fué dificil persuadir á los demás miembros del cabildo y á la ciudad, un asunto á que por sí mismos estaban ya bastantemente inclinados. Trataron de acuerdo con el padre Concha, y este pasó la noticia al padre provincial, que admitió gustosamente la propuesta. El arcediano, ya que algunas justas obligaciones no le daban lugar á hacernos, como habia deseado, donacion de la casa en que habia hospedado á los misioneros, hizo por lo menos toda la caridad que pudo rebajando mucho de su valor, y vendiéndola á la Compañía en solos nueve mil pesos, á pagar en diversos plazos. Estaban las casas en el sitio mejor de la ciudad, á una cuadra de la Catedral, plaza mayor y casas de cabildo, justamente en aquel mismo lugar en que hoy está el colegio. Para dar asiento fijo á la fundacion, pasó á la Puebla el padre Pedro Sanchez con el padre Diego Lopez de Mesa, á quien dejó por superior de aquella casa, de que se tomó jurídica posesion el dia 9 de mayo de 1578.

Colocacion de las santas reliquias.

Dejamos disponiéndose en el colegio máximo la solemne colocacion de las santas reliquias. El Exmo. Sr. virey, los cabildos eclesiástico

y los colegios, los republicanos, y las señoras mismas, quisie-
r mucha parte en la dedicacion y hacer alarde no tanto de su
como de su piedad, y lo que acaso pudiera hacerse increible,
ade aceptacion, y general aplauso que en tan pocos años se ha
y la Compañía. De la relacion de estas fiestas, sacó á luz un
dre Pedro Morales; pero por ser hoy muy esquisito este libro
á su propio lugar, daremos una idea general, dejando aque-
ularidades que están bien en una circunstanciada relacion,
a lugar decente en una historia. Mandaronse imprimir unos
narios de todas las reliquias, de las muchas indulgencias que
tid de Gregorio XIII concedia para el dia de su colocacion,
ñalaba el 1.° del próximo noviembre, y de otras que habia
de su parte el Sr. arzobispo. Con esto se convidaron las ca-
lesiásticas y seculares, y las personas mas distinguidas de es-
l. Y pareciéndoles á los diputados poco concurso el de todo Mé-
spacharon fuera de él muchas copias á todas las ciudades y lu-
l reino, con una relacion del grande aparato que se prevenia.
cion ó la curiosidad fué tanta, que de muy lejos se vieron cor-
tropas á la capital, y se notó, no sin admiracion, que ó fuese
za del convite, ó lo que parece mas verosímil, por una rara y
iosa contingencia, que de todas las catedrales del reino se halla-
para el dia 1.° de noviembre algunos capitulares que la Iglesia
tropolitana, como si fuera de su mismo gremio, abrazó y honró
anto fué posible con los mas distinguidos puestos. La ciudad y
untamiento publicó un cartel literario con siete certámenes, seña-
ndo ricos premios y jueces que reconociesen el mérito de las piezas
los adjudicasen á las que debian ser coronadas. Este cartel, con el
ble acompañamiento de los diputados y algunos otros caballeros, de
uchos colegiales de los seminarios, y otros de los mas principales
e nuestros estudios, con ricos vestidos y jaeces, al son de trompetas y
clarines, se paseó por las calles. Llegando la vistosa carabana á las
casas de cabildo, un heraldo lo leyó en alta voz desde el balcon, y allí
mismo, en un docél de damasco carmesí con franjas de oro, estuvo
puesto algunos dias. Se dispusieron diez y nueve relicarios, cuyo ador-
no fué de cuenta de las mas nobles señoras, que con una piadosa por-
fía procuraron excederse unas á otras, no menos en la disposicion y
simetría, que en el número y preciosidad de las joyas. El Sr. virey
mandó venir los caciques de los pueblos comarcanos con sus respec-

tivas insignias y música. Ttrajeron consigo los santos patronos de sus pueblos, y tuvieron á su cargo asear las calles y alfombrarlas de yerbas y flores que aun por noviembre no faltan en la América. Hizo, fuera de esto, S. E. visita de las dos cárceles públicas de la ciudad, y en atencion á la solemnidad del dia, dió libertad á muchos presos, cuyas causas lo permitian, ofreciéndose S. E. y los reales ministros que lo acompañaban, con grande ejemplo de liberalidad y caridad cristiana, á pagar las deudas que muchos de aquellos infelices eran el único delito que los habia conducido á aquel lugar. Accion que enseñó á toda la república, que aquel exterior mágnifico no podia ser agradable á los santos, si no le añadian los interiores afectos de piedad, y la práctica de las virtudes cristianas de que ellos nos dejaron tan heroicos ejemplos. Las santas reliquias se condujeron ocultamente de nuestra iglesia á la catedral, de donde debia salir la procesion. Desde aquí hasta nuestro colegio se levantaron cinco arcos triunfales, el que menos de cincuenta piés de alto, todos de muy bella arquitectura de diversos órdenes, con varias pinturas ó propias ó simbólicas, y sus compartimientos para las tarjas y letras dedicatorias y alusivas, de muy bello gusto. Fuera de estos pusieron los indios á su modo mas de otros cincuenta, revestidos de yerba y flores olorosas y adornados de flamillas y gallardetes con varios colores, y de trecho en trecho algunos árboles con sus respectivas frutas, unas naturales, otras fingidas ó de cera ó de arcilla, y muchos pajarillos, que atados con hilos largos, volaban con alegre inquietud entre las ramas. Las puertas, balcones y ventanas se adornaron con ricas tapicerías y varios doceles de oro y seda. La riqueza de los adornos, y el artificio y disposicion fué tal, que el Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, despues de verlo todo muy espacio, dijo á los padres y señores que lo acompañaban, *que todo el poder del rey en las Indias no era capaz de aventajar lo que en la presente ocasion habia hecho la Compañía.*

A la mañana concurrieron á la catedral todo el clero y beneficiados comarcanos con sobrepellices, las religiones, los colegios y cofradías con sus diferentes insignias. Los dos cabildos, eclesiástico y secular, y el Sr. virey con el gravísimo senado de oidores, alcaldes de corte y demás ministros de real audiencia, toda la nobleza de la ciudad é innumerable pueblo. Ya todo se disponia á la marcha cuando repentinamente llegó á S. E. un correo de Veracruz con la noticia del feliz arribo de la flota á aquel puerto, y vuelto á los circunstantes, *ya co-*

menzamos, dijo, *á esperimentar el patrocinio de los santos*. Y efectivamente, fuera de ser tan plausible esta nueva en México, lo era mucho mas en las circunstancias de estar tan entrado el invierno, y de ser el tiempo de nortes, á cuya violencia se temia que peligrasen los navíos sobre la costa. En accion de gracias se mandó luego entonar el *Te Deum* con universal regocijo que contribuyó no poco para hacer este dia de los mas bellos y festivos que ha tenido la América. Comenzó luego á ponerse en órden de concurso. Los diez y ocho relicarios llevaban otros tantos señores prebendados revestidos de riquísimos ornamentos, seguia con la *sagrada espina* D. Francisco Santos, tesorero de la santa Iglesia é inquisidor, electo despues obispo de la nueva Galicia. El Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, ocupado en la visita de su diócesis, no pudo hallarse á la funcion que habia sin duda autorizado gustosamente. Con este órden llegó la procesion al primer arco situado en aquel ángulo de la plaza que dá fin á las casas del marques del Valle, y donde desemboca la calle de Tacuba, alto de cincuenta piés y ancho de treinta y ocho. Era de órden toscano, con dos fachadas, una al Sur que miraba á la gran plaza, y otra al Norte ácia la calle de Santo Domingo. Tres hermosas portadas daban paso, dos colaterales y una en medio mas alta en un tercio: en el friso que miraba al Sur se veia la dedicatoria á S. Hipólito mártir, patron principal de esta ciudad, por haberse conquistado en su dia esta corte de la América. La reliquia de este insigne mártir, junto con otra que se venera en la Iglesia Catedral, marchaba la primera en un brazo de plata de dos tercias de alto. Al llegar la sagrada reliquia salió del arco una danza de jóvenes vestidos á la antigua mexicana, con mucha seda y hermoso plumage. Cantaron en alabanza del santo mártir en la lengua del pais, con metro castellano, algunos motes al compás de varias escaramusas que hicieron con mucho aire. Al fin de esta cuadra, en medio de las cuatro esquinas, estaba un magestuoso edificio que se elevaba sobre todas las azoteas en forma de trono, sobre treinta y dos piés de ancho, con cuatro frentes á otras tantas calles. En cuatro gradas se levantaban otras tantas columnas, histreadas de diez y seis piés, y órden jónico, que recibian cuatro airosos arcos. Sobre estos corria al rededor un zoclo en que se leia la dedicatoria á los santos *Crispin* y *Crispiniano*, y sustentaba una hermosa cúpula que terminaba en un globo dorado y bellamente bruñido. En las cuatro esquinas se habian dispuesto unos doceles con vistosas tarjas y poesías en alabanza de aquellos ilustres már-

tires. Cuatro pinturas de su martirio adornaban las cuatro frentes del zócalo inferior, y dentro, en un altar riquísimamente adornado, se veian sus estátuas, y se colocaron tambien sus reliquias miéntras se cantaba un villansico, se admiraba su hermosura y se tomaba aliento.

De este edificio volvió la procesion al Oriente por la calle que hoy llaman de los Cordovanes, adornada de ricos tapices y paños de Flandes. Poco despues del principio de la cuadra, que tiene de largo setecientos cincuenta piés, se entraba por tres portadas en una bóveda que corria por mas de ciento y sesenta, toda curiosamente entretegida de flores y yerbas olorosas, y entre las ramas pendientes muchas frutas. Sobre los arcos de las portadas se veia graciosamente imitado un edificio rústico, y dentro los caciques y gobernadores indios con muchas banderas y gallardetes, y gran golpe de flautas, trompetas y clarines. Al pasar la procesion con varios artificios se desprendian de arriba innumerables flores, se abrian pomos con aguas olorosas, se soltaban pájaros, y brotaban entre la yerba mil juegos de aguas diferentes. A los lados de la bóveda se veian muchas tarjas con pinturas y poesías alusivas al martirio de S. Juan Bautista, á quien estaba el arco dedicado. En medio de la cuadra estaba un altar magnífico, y se entraba luego en otro arco ó bóveda semejante á la primera que los caciques de *Chalco* y otras provincias habian adornado á competencia. Entróse siguiendo el mismo rumbo en otra cuadra que llaman hoy de *Montealegre*. Toda ella se veia llena de hermosos cuadros de muy bello pincel, y mucha tapicería de seda y oro. Al fin de ella habian erigido los vecinos otro arco de mas de cincuenta piés de alto, sobre treinta y dos de ancho. Era de obra toscana fingido de ladrillo, excepto el cornijamento de piedra parda que hermoseaban algunas fajas plateadas. Era de tres órdenes de muy bella arquitectura. En el tercero, que era de tres arcos sobre el frontispicio del del medio, se leia la dedicatoria á la Virgen nuestra Señora y á su Santísima Madre y esposo. A uno y otro lado, dos corredores en forma de tribunas con balaustres doradas cerraban el paso y obligaban á volver ácia el Norte. En estas tribunas se hallan dos coros de música, y llegando allí las sagradas reliquias que venian á los dos lados del preste, ocho de nuestros estudiantes, ricamente vestidos, las recibieron y les dedicaron el arco con bellas poesías y danzas muy curiosas. Entre tanto en la cuadra que mira ácia donde ahora está el convento de religiosos carmelitas, á mano derecha el primer edificio, era el colegio seminario de S. Pedro y S. Pa-

blo. Esta calle aventajaba á todas las precedentes en la riqueza y gusto de sus adornos. Los seminaristas habian elegido en medio de ella el tercer arco dedicado á sus titulares los príncipes de los apóstoles. Era suntuosísimo, y tal, que cuantos lo vieron aquel dia dijeron á una voz *no haber visto en la Europa cosa mas perfecta en este género.*

No ofrecia sino una sola entrada. El alto de todo el edificio era de setenta piés sobre cuarenta y ocho de ancho. Su color remedaba el del mármol, su fábrica de órden dórico, fuera de los balcones y pilastras que eran del rústico ó toscano, trabajadas de muchas fases á manera de brillantes. Sobre la cornisa del primer compartimiento estaban las estátuas de los doce apóstoles. El cornijamento de piedra parda con algunas fajas de oro, el claro del arco de en medio, era de quince piés y en proporcion duple la altura. La frente del medio era compuesta de cuatro columnas y trascolumnas de jaspe turquesado. En lo bajo de los pedestales algunos de los geroglíficos dorados de medio relieve.

En los intercolumnios dos encasamentos cuadrados con el frontispicio agudo, y en ellos las estátuas de los dos hermanos S. Pedro y S. Andres. Sobre cada estátua una tarja hermosa, y dentro de su óvalo alguna sentencia á propósito que interpretaba un distícho latino en la repisa. A los lados, en unos medallones de carton plateado, se habian entretejido algunas sentencias en idioma y *caractéres griegos y hebreos.* Debajo de la cornisa corria un friso de carton dorado y bien bruñido en que se leia la dedicatoria. Sobre la cornisa de este primer órden subian el segundo y tercero en buena proporcion, con varias letras, símbolos y pinturas. La fachada que miraba al Norte era en todo semejante á la primera, fuera de las sentencias, geroglíficos é imágenes. Todo terminaba en un vaso ó *copa de oro* muy grande, lleno de frutas y flores, y á sus lados dos ángeles. Al llegar las sagradas reliquias, unos niños bien aseados entonaron con voces suavísimas algunos motes alusivos á la solemnidad y al colegio. Detrás de un altar, á que hacia fondo un docel de terciopelo verde bordado de oro, y de dos ventanas que se abrieron improvisamente á los dos lados del arco, salieron tres jóvenes con trage y hermosura de ángeles, que en verso heroico, representaron un coloquio muy acomodado á las circunstancias del dia. Apénas acabaron estos doce seminaristas, vestidos todos de acero al uso de los antiguos romanos, y entretejidas muchas joyas, escaramusearon un rato, haciendo al son de los instrumentos músicos

las evoluciones militares con una prontitud y gallardía, que fué muy aplaudida de todo el concurso. Jugaron despues un torneo quebrando lanzas y regando el aire y el suelo con pomos de aguas olorosas que lo llenaron todo de una suavísima fragancia. Acabó toda la estacion en una multitud de pajarillos de varios colores á que repentinamente se dió libertad de lo superior del arco.

Al fin de esta cuadra, donde hoy está la Iglesia del colegio, estaba cerrado el paso con un boscage hermoso. En una gruta que formaba en medio, nacia con bello artificio de una lámpara encendida, una fuente que arrojaba la agua muy alta. Los árboles del contorno estaban llenos de todas las especies de frutas propias del tiempo, y muchas otras remedadas, con algunos otros géneros comestibles que pendian de sus ramas. Volviendo á la derecha ácia el Oriente, se presentaba á la vista el cuarto arco, que á los santos doctores de la Iglesia, habia consagrado la juventud de nuestros estudios. Ocupaba su fábrica toda la anchura de la calle de mas de doce varas. El claro del medio era de doce piés, y diez y ocho de alto: cuatro pilastras, dos á cada lado sostenian un cornijamento jónico, sobre el cual se levantaban siete columnas dóricas con capiteles y cornisas corintias: en el friso se leia con letras de oro: *Domus sapientiæ*. Las columnas sostenian una especie de cúpula. En medio se veia un sol de oro muy bruñido con el santo nombre de Jesus, y en los intercolumnios sobre repisas voladas, estátuas de los cuatro doctores mayores de S. Buenaventura y Sto. Tomás, cuya reliquia venia en la procesion, y del místico y melífluo S. Bernardo, cuyo nombre tenia uno de nuestros Seminarios. Sobre la cúpula terminaba una estátua del Arcángel S. Miguel, á cuya sombra estaba otro de los colegios. Pasado este cuarto arco, y caminando ácia el Oriente, se llegó á la portería de nuestro colegio, que venia á corresponder, poco mas acá de donde está ahora la puerta reglar de S. Gregorio, donde está el general. Habíase fingido una portada muy alta, sustentada de dos pilastras, sobre la cornisa se veia un cuadro grande de bellísimo pincel, que representaba al Sumo Pontífice Gregorio XIII, dando á nuestro M. R. padre general el cofre de las santas reliquias, con esta letra: *In novan Hispanian*. Como sesenta pasos mas adelante se levantaba el quinto y último arco. Todo este espacio estaba de uno y otro lado enriquecido de muchas colgaduras, cuadros, emblemas é ingeniosas poesías. De las azoteas pendian los estandartes, banderas y pendones de innumerables pueblos, con sus respectivas armas.

Se consagró este arco á *la sagrada espina* y Cruz de nuestro Redentor †. Los geroglíficos, letras y pinturas, eran todas de la sagrada pasion. La fábrica era de órden jónico, fundada sobre cuatro pedestales de una vara en cuadro, y vara y media de alto. Sobre ellos se levantaban cuatro columnas istriadas, sin basas ni capiteles, que recibian tres arcos escarzanos. Por encima de sus claves corria un friso muy gallardo en que se leia la dedicacion, con la arquitrabe y cornisa, que como todo el arco, remedaban el jaspe turquesado con algunos perfiles de oro. Aquí se levantaba un frontispicio plano de doce piés en alto con hermosos símbolos y pinturas. Terminaban el edificio tres ángeles de ocho piés de alto cada uno con una insignia de la pasion. Al fin de la cuadra otro boscage muy natural impedia la salida, y en medio una fuente con pilar y taja de mármol, cuyas aguas despues de haberse levantado mucho al aire, formaban por ocultos conductos varios juegos de mucha diversion.

La Iglesia en la riqueza y disposicion de los adornos, excedia en mucho todo lo que hasta allí se habia visto. Celebró la misa el Sr. D. *Francisco Santos*, y predicó otro de los Sres. prebendados. Los tres dias siguientes fueron de altar y púlpito por su órden, las tres esclarecidas religiones, de Sto. Domingo, S. Francisco y S. Agustin. Los cuatro últimos hizo la casa. Los mas de ellos honró con su asistencia el Exmo. Sr. virey, real audiencia y tribunal de la fé. La capilla de la Catedral y toda la plata de esta Iglesia, sirvió en nuestro templo todos los dias de la octava.

Para las funciones de la tarde, se dispuso una especie de tablados, y en medio un teatro levantado para las representaciones y coloquios. Los cuatro primeros dias hicieron por su órden los colegios Seminarios de S. Pedro y S. Pablo, S. Bernardo, S. Gregorio y S. Miguel. El quinto, los estudiantes seglares. El sexto, con innumerable concurso y aplauso, se leyeron las piezas de retórica y poesía sobre los asuntos que se habian señalado en los certámenes. Los jueces en un tribunal magestuosísimo, qué se habia erigido á este fin, reconocieron las piezas y repartieron los prémios. El sétimo dia, se representó la tragedia de *la Iglesia perseguida por Dioclesiano*; y el octavo, su triunfo, bajo el glorioso reinado de Constantino el Grande, con tanta propiedad y viveza, que encantado el pueblo, esclamó muchas veces al con-

† Esta santa espina se venera hoy en la Iglesia de la Profesa de México.

cluirse, que se repitiera el domingo siguente, como se hubo de hacer con mucha mayor asistencia, y extraordinaria conmocion de afectos piadosos. Estas dos piezas, eran composiciones de los maestros de latinidad y retórica. Los arcos duraron puestos por toda la octava, y el del colegio de S. Pedro por todo el mes de noviembre. Pasada esta solemnidad, se ofrecieron muchos particulares á hacer óvalos de plata y de cristal para algunas reliquias de su mayor devocion, y todas se colocaron con bella simetría en un altar, que para este efecto se dispuso. En el centro de él se colocó una imágen de nuestra Señora del Populo, copia de la que se cree pintada por S. Lúcas, y se conserva en Roma en el templo llamado de Santa María la Mayor, Santa María ad Nives ó Santa *María ad Presepe*. A ruegos de S. Francisco de Borja, tercero general de la Compañía, concedió la Santidad de Pio V se sacasen algunos trasuntos, de los cuales se añade haber mandado cuatro á esta provincia el santo general, y ser los que se veneran en el colegio máximo en *Pátzcuaro, en Oaxaca y en Puebla.*

El padre Francisco de Florencia es el autor de esta distribucion, y dice haber venido dichas copias al cuidado del hermano *Gregorio Montes*. Un antigo manuscrito, dice haber sido encargadas al hermano *Alonso Perez*. En todo hay dificultad, lo primero porque ninguno de los dos hermanos venia derechamente de Roma. Lo segundo, porque viniendo en la misma mision siete sacerdotes, no es verosímil que se encomendase de Roma á España el cuidado de ellas algun hermano coadjutor. Fuera de esto, todos convienen que S. Francisco de Borja mandó sacar las copias, que las repartió por varias provincias, y que algunas cupieron á la nuestra, que era, digámoslo así, su Benjamin, ó la última hija en Jesucristo. Siendo esto así ¿cómo puede decirse que vinieron al cuidado de aquellos padres ó hermanos que no vinieron á la América hasta cuatro ó cinco años despues de muerto el santo Borja? Que dichas imágenes sean, pues, trasuntos fielmente sacados del original de S. Lúcas, no lo dudamos: que esto lo concediese el Soberano Pontífice con privilegio nunca antes visto á los piadosos ruegos de S. Francisco de Borja, lo afirman constantemente todos los escritores de su vida. Solo creemos que haya intervenido yerro en el tiempo de su remision, sobre el cual no podemos aventurar alguna racional congetura, faltándonos la luz de los antiguos documentos.

A nuestro insigne fundador D. *Alonso de Villaseca*, no le habian dado lugar sus enfermedades de asistir, como deseaba, á la colocacion de

las reliquias. Suplicó que le llevasen las de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, el Santo *Lignum Crucis* y la sagrada *espina*, que veneró con singular piedad. Mandó luego que se hiciesen á su costa tres curiosos relicarios de plata, de los cuales no sabemos por qué causa solo se hizo uno, aunque su muerte no aconteció hasta año y medio despues. Se le llevó asimismo carta del padre general, *Everardo Mercuriano*, en que le daba las gracias de su benevolencia y liberalidad para con la Compañía, y le incluia la patente de fundador, concebida en estos términos.

„*Everardo Mercuriano*, prepósito general de la Compañía de Jesus, á todos los que las presentes vieren, salud sempiterna en el Señor. Teniendo entera relacion de cierta fundacion de un colegio de la misma Compañía, que el Illmo. Sr. *Alonso de Villaseca* ha hecho en la ciudad de México, en la mejor forma y manera que en derecho haya lugar, por nos y en nombre nuestro y de nuestros antiguos succesores los prepósitos generales de esta dicha Compañía que por tiempo fueron, y de toda ella, por la presente damos amplia facultad al padre Dr. *Pedro Sanchez*, provincial de la dicha Compañía en la provincia de México, para poder contratar con el dicho Sr., celebrar el contrato de la dicha dotacion y fundacion, segun y como en el Señor le pareciere; lo cual desde ahora, para cuando fuere otorgado, otorgamos, confirmamos y aprobamos, y aprobaremos, y confirmaremos de nuevo. Y para mayor satisfaccion y consolacion espiritual en el Señor de dicho Sr. *Alonso de Villaseca*, desde luego le admitimos por tal fundador, y concedemos todos los sufragios, privilegios y participacion de méritos de la misma Compañía en el mismo Señor, que segun las constituciones y privilegios de ella, se conceden á los tales bienhechores y fundadores de los colegios. Rogamos á la infinita bondad de Dios nuestro Señor, que así como ha sido servido darle gracia para llamar á la Compañía y ser el primer fundador de ella en aquellos reinos, así en el cielo le conceda copiosamente la dicha participacion con cien doblada retribucion. Amén. En fé y testimonio de lo cual, dimos esta nuestra carta patente, firmada de nuestra mano, y sellada con el sello de nuestra Compañía, que en semejantes casos usamos. Fecha en Roma á siete dias del mes de marzo del año de mil quinientos setenta y ocho.—*Everardo*."

Esta carta le llenó de un sólido consuelo, y desde entónces se aplicó con nuevo fervor á la conclusion de la fábrica, y aun prometió adornar la Iglesia, si llegaba á verla dedicada: trataba á los jesuitas con una familiaridad y cariño paternal, muy ágeno de su génio naturalmen-

te rígido y austero. Su muerte, que sucedió dos años despues, no le dió lugar á cumplir lo mucho que habia prometido.

Aumentos de Pátzcuaro y Valladolid.

No habia gozado solo México del tesoro de las reliquias, algunas se enviaron tambien á Oaxaca y Pátzcuaro. Esta ciudad, á quien se habia despojado poco ántes de las que habia mandado traer de Roma, y colocado en su Iglesia el Sr. D. Vasco de Quiroga, se llenó de sumo júbilo, cuando las vió reemplazadas por las que se colocaron en nuestra casa, disponiendo así la Providencia, que para merecer la aficion de aquella provincia, entrase la Compañía en todos los derechos y acciones de aquel venerable prelado. Sobre todo, les habia encantado la benevolencia con que habian querido permanecer entre ellos, aun con pérdida de los bienes temporales. En efecto, el padre provincial Pedro Sanchez, de concierto con los Sres. capitulares, partió la renta que estos se habian obligado á dar para alimentos del colegio de Pátzcuaro. Viviendo los fundadores, y habiendo sido aquella primera fundacion, como provisional, miéntras se verificaba la traslacion intentada ya desde en tiempo del Sr. Morales, no se necesitaba mas que el consentimiento del padre provincial, quien hubo de condescender, y cuya condescendencia aprobó despues el padre general, á quien privativamente pertenecia, segun nuestro instituto. Este socorro pareció necesario al colegio de Valladolid que se miraba ya como el principal de aquellas provincias; pero hacia notable falta al de Pátzcuaro. La Providencia del Señor remedió bien pronto esta necesidad. El Lic. D. *Juan de Arbolancha*, noble vizcaino, y de un conocido afecto á nuestra religion, vino enfermo poco despues á la ciudad del partido de Guacana, cuyo pingüe beneficio habia obtenido por muchos años. Quiso vivir en el colegio, y pidió con instancia ser admitido en la Compañía. La avanzada edad y enfermedades, no dejaron arbitrio para recibirlo. Sin embargo, el poco tiempo que sobrevivió, se mantuvo en el colegio, á quien quiso dejar por heredero de todos sus bienes. Fué enterrado en el mismo sepulcro de los nuestros, y mandáronsele hacer en la provincia los acostumbrados sufragios, como insigne bienhechor, á quien debió aquella casa las grandes creces que gozó despues por largo tiempo. En el colegio de Valladolid pagó tambien el Señor á los padres la modesta y edificativa alegría que habian mostrado en sus trabajos. Un año pasaron sin mas renta que la caritativa limosna de S. Francisco y S. Agustin, y lo poco que de puerta en puerta mendigaban entre la corta y pobre vecindad, que se veian obligados á partir con al-

gunos pocos estudiantes. Informado el Sr. virey D. Martin Enriquez de semejantes necesidades, conforme á su piedad y afecto á la Compañía, mandó se diesen á aquel colegio mil pesos cada un año de las carnicerías de Páztcuaro. Se comenzó á edificar casa proporcionada con una pequeña pero suficiente y acomodada Iglesia, á que se agregó despues una huerta capaz y hermosa, de mucha recreacion y utilidad, segun dejó escrito el mismo padre Juan Sanchez, á cuya actividad é industria debe todo su ser aquel colegio.

Incomodidades y contradicciones en Puebla.

No se pasaba con tanta comodidad en la nueva fundacion de Puebla. Se habian juntado entre los vecinos limosnas bastantes para la subsistencia de los sugetos. D. *Mateo de Maulion*, rico y piadoso caballero, cedió á la casa una deuda de mil pesos, de que se cobró la mayor parte; pero todo esto no era suficiente hallándose empeñados en los nueve mil pesos de las casas á que era forzoso satisfacer. Fuera de eso, se habian ido agregando no sé con que esperanza, algunas otras vecinas, como previendo la futura grandeza de aquel insigne colegio. Estos créditos obligaron al padre rector Diego Lopez de Mesa á salir mendigando por las haciendas y pueblos vecinos: los prebendados se sirvieron de darle muchas cartas de recomendacion para los beneficiados de aquellos partidos, que son muchos, y de los mas pingües del reino. Sin embargo, despues de grandes fatigas y de los no pequeños sonrrojos que traia consigo un ministerio tan penoso, volvió á casa con solos quinientos pesos. En medio de tantas estrecheces, se veia en los sugetos una paciencia á prueba de muchos mayores trabajos. No parece que vivian sino de la caridad. El utilísimo ministerio de las cárceles y hospitales, fué el que mas procuró promover el padre Diego Lopez, y en que heredándose unos á otros el espíritu, ha florecido hasta ahora singularmente este colegio. Un ejercicio de tan poco brillo á los ojos del mundo, de tanta mortificacion y de tan comun utilidad, lo veremos luego premiado del cielo con una opulenta dotacion, y con la mas constante prosperidad en lo temporal, que ha gozado algun otro de los colegios de Nueva-España. En la actualidad, de un tenue motivo de ofension que soplaban algunos espíritus tumultuosos, pudo levantarse un incendio que no acabara sino con la ruina total de aquella residencia. Uno de nuestros predicadores arrebatado de su celo (quizá tambien con alguna imprudencia, que no pretendemos santificarlo todo) declamó altamente contra la nimia familiaridad y licencia de ciertas personas, cuya profesion y carácter, decia, por grande y respetable que fuese en

la Iglesia de Dios, no los ponia, sin embargo, á cubierto de toda sospecha, y cuya conducta en esta parte debia ser por lo mismo tanto mas responsable, cuanto mas agena de la pureza y de la santidad que profesan. Esta invectiva pareció mal á cierta persona del auditorio. Creyó que el predicador queria desacreditar á los demas eclesiásticos y religiosas familias para levantarse sobre sus ruinas con estimacion de toda la ciudad. Se comenzó á dar mayor estension á las palabras del orador. Ya se creia ver en ella los caractéres de tal religion, y aun de tal sugeto. Esta calumnia enfrió mucho los ánimos de los republicanos, y atrajo á los padres una suma pobreza y despego de toda la ciudad, que no venció sino despues de mucho tiempo la constancia y el silencio.

Principios del colegio de Veracruz.

Entretanto, un nuevo y fecundísimo campo se abria á nuestros operarios de merecimientos y de trabajos en el mismo obispado de la Puebla. Dijimos ántes el bello hospedage que se habia hecho á los nuestros en el Puerto de Veracruz, las singulares demostraciones con que fueron recibidos, los ruegos é instancias que obligaron al padre provincial Pedro Sanchez á predicar allí el primer sermon, y que le abrian obligado á dejar en aquella ciudad algunos de sus compañeros, á no ser necesario conforme á la real instruccion presentarse todos al virey. Estos deseos que la necesidad hacia crecer, les hicieron pedir despues misioneros, que en dos cuaresmas predicaron con grande suceso y reforma de las costumbres. A principios del año antecedente habia estado allí por algun tiempo el padre Pedro Diaz esperando ocasion de embarque para Europa. La humilde y modesta circunspeccion del padre procurador, junto con aquellas maneras dulces é insinuantes que fueron siempre su carácter, su prudencia y espedicion en las resoluciones de las muchas consultas que á cada paso le hacian, con ocasion de su comercio, todo esto, digo, les hizo formar idea de la suma utilidad de un colegio de sugetos del mismo desinterés, de la misma literatura y del mismo espíritu. Trató la ciudad sériamente de procurar á la Compañía establecimiento en el pais, é informado de sus deseos y prudentes medidas, el padre Pedro Diaz ántes de partirse para España, escribió al padre provincial cuán justo le parecia condescender con las piadosas intenciones de aquel ayuntamiento. Verosímilmente fuera de México, en ninguna parte parecia mas urgente una residencia. Era una poblacion en que necesariamente habian de mantenerse siempre muchos españoles por la comodidad del puerto, el único por donde se co-

musica la Nueva-España con la antigua. El comercio de Europa, que es todo el ser de la pequeña ciudad, aunque la enriquecia muchísimo, le traia en lo moral muy fatales consecuencias. Los soldados y la gente de mar, dos géneros de gentes que hacen como una pública profesion del libertinage, y los mercaderes y ministros reales, eran todo el vecindario distinguido. Los tratos injustos y usurarios, las estorsiones, el juego, la embriaguez, los homicidios, la blasfemia, dominaban cuasi impunemente como en su region, y eran una continua materia de sobresalto y de dolor para los cuerdos y los piadosos. Se carecia cuasi enteramente de pasto espiritual, no bastando el cura para todo: ninguna de las familias religiosas tenia casa aun en la ciudad, ni era muy fácil acomodarse á un temperamento de los mas inclementes de la América. El padre provincial vino gustosamente en la propuesta del padre Pedro Diaz, y peticion de la ciudad, á que fuera del provecho y utilidad comun, se allegaba la comodidad de tener en aquel puerto algun hospicio ó casa donde se recibiesen nuestros misioneros, que despues de una navegacion tan dilatada, padecian bastante con el rigor é intemperie de aquel clima, ó se veian precisados á ser onerosos al vecindario. Se enviaron, pues, á la Veracruz los padres Alonso Guillén, y Juan Rogel. Este habia estado hasta entónces gobernando el colegio Seminario de Oaxaca. Acostumbrado al temple caluroso de la Habana y al génio de la tropa y marineros, pareció el mas á propósito para fundar, y dar crédito á la Compañía en un pais semejante.

Descripcion del puerto.

La ciudad de Veracruz no estaba antiguamente donde hoy está. Su situacion era cinco leguas mas arriba ácia el Norte á la rivera de un rio caudaloso, que á poco ménos de una legua, desagua en el mar. Por este rio se conducian las mercadurías de Europa á la antigua Veracruz en barcas chatas proporcionadas á la poca profundidad del agua. Su barra varia incesantemente de fondo. El mar excitado de los nortes, mas furiosos en esta costa que en alguna otra del mundo, suele cuasi segarla con la mucha arena que mete en la resaca, hasta que estando mas sereno, la misma fuerza de la corriente se abre camino, y vuelve á arrojarlas al mar. Sus aguas son muy cristalinas y puras. Abundan varios géneros de peces: de los mas apreciados es el bobo, de que en lo mas crudo del invierno se pesca un número increible. Es tambien abundantísima la del pámpano á principios de la primavera. El temperamento del pais es extremamente cálido y húmedo. Los frios y ca-

lenturas son la enfermedad regional. Los mosquitos de varias especies y otros insectos perniciosos, causan á los extrangeros una suma inquietud. Esta antigua poblacion, la primera de españoles en la Nueva-España, la fundó Hernando Cortés por los años de 1519. Le dió el nombre de Veracruz por haber desembarcado en esta region en viernes santo. Algunos le dieron entónces, y no deja de conservar aun entre algunos geógrafos el nombre de *Villarica*, ó á causa de la riqueza que halló entre aquellos indios, ó lo que es mas verosímil, por la esperanza que le dió de gozar los tesoros de todo el imperio mexicano. Sus primeros alcaldes se dicen haber sido Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, á quien en premio de sus grandes servicios, de que hablaremos despues, honró S. M. con el título de *adelantado*. Un orígen tan noble, parecia prometer mayores progresos que los que ha tenido en la série. Segun parece por las historias de la conquista, habia en la vecindad de esta villa, muchas y muy numerosas poblaciones de indios, de que algunas pasaban de setenta mil. Si merece alguna fé Tomás Gage (autor por otra parte infame y de estilo tan corrompido, como lo fueron sus costumbres) en el año que llegó á este lugar, que fué el de 1634, habia aun muchos indios, cuyo rendimiento y sumisiones refiere con un aire de sátira. En el dia en mas de diez leguas al rededor, no se encuentra una poblacion considerable de indios, y por lo demas es el lugar mas despreciable del mundo. Cuatro ó cinco docenas de chinos y mulatos, que pasan de la pesca, son todas sus familias, sin mas españoles que el cura y un teniente de gobernador. Las casas son de cañas y los techos de paja ‡. En todo el territorio no se podrá descubrir aun el mas leve indicio de las ruinas antiguas. El motivo y suceso de esta desolacion, tendremos lugar de esponer mas oportunamente en otra parte. Por los años de 1568 el pirata Juan Jaween, habiendo entrado en este puerto causó notable cuidado por no haber en él fuerzas suficientes á resistirle. Al dia siguiente, 15 de setiembre, llegó con trece navios de flota el Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, que tuvo el honor de señalar los principios de su gobierno con la espulsion de aquellos famosos corsarios.

Toda la esperanza de un establecimiento cómodo que pudiera fundarse en la riqueza de la pequeña villa, era segnramente muy inferior á

---

‡ En el dia la nueva Veracruz es una de las bellas ciudades de América por la regularidad y belleza de sus calles y edificios.—EE.

lo que podian prometerse los jesuitas de la buena voluntad de aquellos republicanos. En ninguna parte habian sido tan constantemente deseados, ni recibidos con mas aplauso. Luego se les procuró comprar sitio á su eleccion. Los padres con la poca esperiencia que tenian del terreno, escogieron justamente uno de los peores. Los vecinos, conforme á su promesa, contribuyeron á la fábrica y subsistencia de los sugetos con una liberalidad que fué preciso moderar. Edificóse una casa é iglesia con todas las comodidades de que era capaz aquel clima ardiente. Las personas de alguna distincion, fuera de lo mucho que daban en dinero, enviaban á porfia sus esclavos á trabajar en la obra todos los ratos que no hacian falta á su servicio. En breve llegó á su perfeccion la fábrica, cuyo costo pasaba de diez y seis mil pesos. Ningun colegio habia gozado en sus principios de semejante prosperidad, y debemos hacer á aquellos vecinos la justicia de confesar que en ninguna otra parte ha sido siempre tan universal y constante la estimacion y aprecio de nuestros ministerios, de que dieron aun en lo de adelante pruebas muy sinceras. Los padres de su parte no se valian de este favor sino para el provecho de sus almas. El padre Juan Rogel predicaba diariamente á los negros y mulatos, de que habia un gran número en la ciudad, despues de su trabajo. El padre Guillen á los españoles; uno y otro apénas tenian rato libre de muchas y enredadas consultas. Poco á poco se vieron desterrados los tratos inicuos, se esterminaron las deshonestidades, los juramentos y las blasfemias que habian sido hasta entónces comun lenguage de las gentes de mar. Se reconciliaron muchos enemigos, se refrenó la licencia y disolucion del juego, se introdujo la frecuencia de sacramentos, y finalmente, de una mezcla confusa de libertinos, se hizo en breve una república cristiana, y en que desde entónces hasta ahora se ha propagado felizmente en las familias la lealtad en los tratos, la tranquilidad y honrada correspondencia entre los bienes, junto con una constante aplicacion á los ejercicios de piedad.

Dáse razon de no haberse encargado la Compañía de ministerios de indios.

Acaso desde los primeros pasos de la Compañía de Jesus en Nueva-España, se habrá ofrecido á alguno de nuestros lectores una duda á que no podemos pasar adelante sin dar una entera satisfaccion. Desde que la caridad del Sr. D. Alonso de Villaseca dotó tan opulentamente al colegio máximo, comenzaron á divulgar con arte algunos espíritus inquietos que aquella fundacion no era conveniente en México. Que en el seno de una ciudad suficientemente abastecida de sacerdotes y minis-

tros, jamas cumpliríamos nuestro instituto y con las órdenes de S. M. que no habia costeado tan liberalmente nuestro viage á la América, sino para que nos ocupásemos en la conversion de los infieles, como lo expresaba en su real cédula. Estas sordas murmuraciones tomaron considerable cuerpo despues que se vieron ir succesivamente fundado algunos otros colegios. No conteniéndose en los límites de Nueva-España, pasaron á representaciones á S. M. en el consejo real de las Indias. Efectivamente, á quien ignorase los motivos y principios de nuestra conducta, no podrian dejar de persuadir unas razones que parecian tener toda la verosimilitud y tanto peso. Los mismos jesuitas recien venidos á Nueva-España parecian haber entrado tambien en los sentimientos de nuestros émulos. Reusaban la negligencia é inaccion de los primeros fundadores en haberse contenido en el recinto de una ú otra ciudad, y no haber corrido luego á llevar la luz del Evangelio á las regiones mas remotas en que reinaba aun pacíficamente la idolatría. Sin embargo, no faltaron al padre Dr. Pedro Sanchez razones muy fuertes que lo determinaron á tomar este partido, y que puedan en cualquier ánimo desapasionado poner bastantemente á cubierto de todas estas contrarias impresiones el crédito de aquellos primeros padres. Ello es cierto que habia mucha gentilidad cuando vino á México la Compañía; pero en todos los lugares accesibles al celo de los misioneros católicos, habia ya muchos ministros de otras religiones que trabajaban en su conversion. Estos obreros evangélicos, siguiendo las huellas del Redentor y de sus primeros apóstoles, no habian escogido para sí sino la gente mas infeliz y despreciada á los ojos del mundo. Se habian enteramente dedicado al cultivo de los indios, y condenádose por su salud á los mas penosos trabajos. Entre tanto ni su ministerio ni su número les daba lugar para ocuparse en la educacion de la juventud y en la reforma de las costumbres entre los españoles. Este doble objeto era entónces de la mayor importancia. Estaba muy fresca aun la memoria, y se llora hasta hoy de cuanto estorbo fueron para la conversion de los indios la codicia y los desórdenes de algunos pocos europeos, y lo mucho que aun en lo temporal perjudicaron á la tranquilidad y provecho de estas conquistas. Nuestros fundadores se persuadieron que ayudando á la reforma de su propia nacion, contribuirian mucho á la reduccion de los indios y á su temporal felicidad. Por otra parte, con la instruccion de la juventud formaban dignos ministros de los altares de que en aquellos tiempos habia suma necesidad

y proveian tambien á los otros órdenes regulares de sugetos aptos para ocuparse con honor de la religion en los empleos apostólicos. Provecho que dentro de pocos años se comenzó á sentir, y de que solo pudieron ser testigos los que lo habian sido de la escasez y de la ineptitud de muchos de los primeros curas que la necesidad obligó á poner encargo de tanta importancia. Dejamos de esto atrás un grande ejemplo en el primer sugeto que se recibió en esta provincia.

Principio de ellos en Huizquiluca.

Es cierto que uno de los principales motivos de Felipe II, rey católico, en el designio de enviar jesuitas á las Indias fué la conversion de sus naturales, y que este es tambien el mas sublime fin de nuestro santísimo instituto; pero segun él mismo, las misiones deben agregarse á algunos colegios, que era preciso fundar desde el principio, donde en virtud y letras se formasen, conforme al espíritu de nuestra Compañía, misioneros aptos para ocuparse despues en la reduccion de los gentiles, lo que bastantemente declaró S. M. en la real cédula al Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, virey de Nueva-España, mandándole que diese é hiciese á la Compañía todo el favor que viese convenir para su fundacion, y les señalase sitios y puestos para casa é iglesia. Esta indispensable obligacion embargó los primeros años toda la atencion de los primeros sugetos que vinieron de Europa, sin dejarles lugar para instruirse en las lenguas de los indios. Fundados los primeros colegios luego se les vió aplicarse con ardor á este penoso ejercicio. Esto es lo que veremos comenzar con suceso en este mismo tiempo, y dentro de pocos años llenar de misioneros jesuitas las vastas regiones de Sinaloa, de Sonora, del Nayarit, de California, y derramar pródigamente su sangre por la salud de los bárbaros, dar á Jesucristo innumerables almas, levantar al verdadero Dios infinitas iglesias, y añadir juntamente inmensos paises á la corona del mayor monarca de la tierra. Tal es el nuevo plan que breve se presentará á los ojos en el cuerpo de esta historia, y cuyos principios tuvieron la ocasion que vamos á referir. Habia vacado el beneficio del pueblo de Huizquiluca, situado cuatro leguas al Oeste de México, y poco mas de una legua de la hacienda de Jesus del Monte de que arriba hemos hablado. Pareció al padre provincial enviar allá algunos sugetos para aprender la lengua otomí, una de las mas universales y la mas difícil de toda la América. El Sr. arzobispo condescendió gustosamente á una peticion tan saludable á su rebaño. Se envió por superior al padre *Hernan Juarez*, y por maestro de lengua al padre *Hernan Gomez*, y con ellos otros de-

ce sugetos. El padre Hernan Gomez habia sido beneficiado de un partido semejante, y entrado en la Compañía se habia distinguido mucho en la mortificacion y celo de las almas. Estos catorce sugetos, sin mas ejercicio que el de la oracion y estudio de las lenguas, pasaban en aquel desierto una vida semejante á la de los antiguos anacoretas. La region es estremamente fria, la habitacion muy estrecha para tantos. No quisieron admitir las obvenciones del beneficio vacante, aunque el padre Hernan Gomez administraba los sacramentos y ejercia con suma exactitud todos los oficios de párroco. Su ordinario sustento era el de los indios, sin probar pan sino de maiz, y con bastante escasez. Todo lo endulzaba el frecuente trato con Dios y el deseo de hacerse dignos instrumentos de su Magestad para la satisfaccion de sus escogidos. Se redujo á arte aquella lengua bárbara, se compuso un copioso diccionario que ha sido despues de grande alivio á todos los que han succedido en este ejercicio. Con una aplicacion tan constante, en tres meses se hallaron en estado de poder confesar en otomí, y esplicar la doctrina cristiana á los ignorantes; estos eran tantos, que aun los mas del mismo pueblo no tenian mas de cristianos que el bautismo. En algunos habia aun muchas reliquias de la antigua superticion. Determinaron los padres salir en peregrinacion de dos en dos por los pueblos vecinos de la misma lengua. Estas espediciones eran de un sumo trabajo; se caminaba á pié y con suma pobreza por unos caminos escabrosos. En las poblaciones se juntaban los niños, se cantaba con ellos la doctrina, se hacian fervorosas exhortaciones, se visitaban los enfermos, que eran muchos, por permanecer aun en las cercanías algunas reliquias de la pasada epidemia.

Nuevo socorro de misioneros.

Tal era la ocupacion de los padres en *Huizquiluca*, que podemos llamar un Seminario de varones apostólicos, cuando llegó á Veracruz un nuevo socorro de compañeros, que habian de hacer despues un gran papel en la provincia. El padre *Antonio de Torres*, dotado de un singular talento de púlpito, y despues de algunos años volvió á la Europa, y á quien hasta hoy reconocen como á su apóstol las islas Terceras. El padre *Bernardino de Acosta*, de una prudencia consumada en el gobierno, de que gozaron por algunos años los colegios de Valladolid, Oaxaca, Guadalajara y la casa Profesa de México. Padre *Martin Fernandez*, insigne ministro de espíritu, de cuyas luces y maternales entrañas se sirvió muchos años la provincia en la importante ocupacion de maestro de novicios. El padre *Juan Diaz*, que despues de

haber leido con aplauso de Córdova y Sevilla, y ocupado en la Nueva-España puestos muy lustrosos, se redujo á la simplicidad de la infancia, aprendiendo en su vejez las lenguas de los indios, y acomodándose á su rusticidad para ganarlos á Jesucristo. El padre *Andres de Carried* incansable operario. Los padres *Francisco Ramirez y Juan Ferro*, cuya memoria vive aun en olor de suavidad en la provincia de Michoacán y nacion de los tarascos, de que pueden llamarse apóstoles, y otros muy distinguidos en letras y en virtud. Entre todos merece particular atencion el padre *Alonso Sanchez*, gran siervo de Dios, pero de un espíritu vehemente y austero, que fué necesario á los superiores moderar muchas veces: magnánimo para emprender cosas grandes cuando le parecian conducentes á la gloria de Dios, y constante y tenaz en proseguirlas á pesar de las persecuciones y estorbos *que á semejantes empresas nunca deja de oponer el mundo*. Para la perfecta inteligencia de lo que habremos de decir, conviene tomar la cosa desde mas alto, y hacerles tomar á nuestros lectores una idea justa del carácter de este hombre raro. Estudiando la filosofía en Alcalá el último año de su curso, determinó, á imitacion de los antiguos anacoretas, pasar el resto de sus dias léjos del bullicio del mundo en la contemplacion y el ayuno. Confió su resolucion á un clérigo condiscípulo y grande amigo suyo. Era de una singular energía y felicidad en esplicarse, y en el ánimo de un sugeto inclinado á la virtud, tuvieron sus discursos toda la eficacia que se habia prometido. El buen eclesiástico le aprobó el proyecto y se ofreció á acompañarle. Resolvieron ántes de retirarse visitar á algunos de los principales santuarios de España. De Alcalá salieron á Guadalupe, de allí á la Peña de Francia, y luego á Monserrate en el reino de Cataluña. Caminaban á pié y descalzos, si no es á la entrada de los pueblos, en que entraban calzados, por evitar la nota. Mendigaban de puerta en puerta el necesario sustento en trage de peregrinos, y el padre Alonso Sanchez en todo el tiempo de la romería trajo ceñida al cuerpo una soga muy áspera. Iban en silencio y continua oracion que no interrumpian sino para tratar algun rato de su principal designio para tomar las medidas conducentes á su ejecucion, y animarse á la perseverancia. Tal era la disposicion de entrambos ánimos, cuando el sacerdote, hombre mas maduro y tambien mas versado en las cosas de Dios, comenzó á disgustarse de aquel género de vida. Parecíale que un género de vida tan irregular y tan estraño, no debian haberlo emprendido sin encomendarlo muecho tiempo al Señor sin ha-

Historia del padre Alonso Sanchez.

berlo pesado muy maduramente, y sin haber consultado algunos sugetos graves y muy versados en el camino del espíritu. Estos pensamientos le atormentaban bastantemente, y sin embargo, se veia precisado á callar y disimular su congoja. Tenia bien conocido el carácter de su compañero, y veia cuanto le habia costado aquella resolucion, haber cortado el hilo de sus estudios, perdido su colegiatura, y divulgádose ya su ausencia en la Universidad, en que era generalmente conocido y estimado por sus talentos nada vulgares. En esta lucha de pensamientos, habian llegado ya á la sierra, en cuya cumbre está el famoso monasterio de S. Benito y Santuario de Monserrate. Parecióle al buen clérigo tiempo y lugar oportuno para abrirse á su compañero, manifestándole que le parecia errado aquel camino, que mejor les estaria seguir otra vez el rumbo de sus estudios, ó que á lo ménos se siguiese el dictámen de hombres cuerdos é ilustrados, que supiesen discernir el carácter de la verdadera vocacion de Dios. Que si su Magestad los llamaba á estado mas perfecto, tenia la Iglesia religiones santísimas, y diferentes institutos, que podian seguir sin peligro. El padre Alonso Sanchez no pudo oir razones tan graves sin una extrema indignacion. Lo trató de cobarde ó inconstante en sus resoluciones, añadió otras muchas injurias con un tono ágrio é insultante, de que quedó bastantemente mortificado el eclesiástico, que se retiró en silencio y encomendó muy de veras á Dios el éxito de aquella empresa. Visitaron aquel famoso santuario, y el padre Sanchez, que se habia apartado gran trecho de su compañero, salió primero de la Iglesia, y comenzó á visitar las hermitas que están en lo mas alto del monte, en que hacen vida solitaria y penitente algunos de los monges. La vista sola de aquella santa soledad, aquel silencio, aquella opacidad, todo le inspiraba deseos ardientes de dejar el mundo y retirarse á pasar semejante vida en los desiertos. Con estas disposiciones llegó á la última y mas encumbrada hermita, consagrada á S. Gerónimo. Halló sentado á la puerta un anciano monge de rostro venerable y macilento, que con un tono grave entrad, le dijo: haced oracion y salid luego, que me conviene hablaros. En efecto, al salir de la pequeña Iglesia, le tomó por la mano y llevándolo á una roca algo apartada del camino, le descubrió sus intentos, y lo que habia tenido con su compañero en el camino. Le reprendió severamente su dureza de juicio, y le mandó seguir el consejo de aquel piadoso eclesiástico; y no dudeis, le dijo, que hareis en eso la voluntad de Dios.

El buen jóven sobrecogido de temor y persuadido á que Dios para su remedio habia manifestado á aquel siervo suyo sus mas ocultos pensamientos, prometió obedecerle prontamente. Se juntó con su compañero refiriéndole el caso y pidiéndole con lágrimas perdon de los excesos á que le habia conducido su imprudente fervor. Bajaron al monasterio; y despues de haberse confesado y recibido la sagrada Eucaristía, volvieron á Alcalá, donde habiendo el padre Sanchez recobrado su colegiatura, y acabado con grande aprovechamiento el curso de artes, determinó y consiguió con facilidad ser admitido en la Compañía. En el noviciado se distinguió luego entre todos, por un extraordinario fervor y excesiva penitencia, en que tuvieron los superiores mucho que corregirle. Concluidos los dos años, reconociéndose en él un fondo de voluntariedad y un espíritu de singularizarse, determinaron que convenia mortificarle en lo mas vivo del honor, y hacerle conocer cuanto este género de mortificacion es mas doloroso y meritorio, que las corporales asperezas. Se le mandó que con sotana parda caminase á pié al colegio de Plasencia á estudiar la ínfima clase de gramática: señaláronle por contrario un niño muy hábil de feliz memoria y de una gran viveza y prontitud en las reglas del arte. Este, con aquella inocencia propia de su edad, le provocaba cada dia á la disputa, le corregia con mofa el menor descuido, y argüia con él de aquellas menudencias de tiempos, y de declinaciones como con otro su igual. En un ejercicio de tan sensible humillacion perseveró seis meses, con una paciencia y modesta alegría, de que satisfechos los superiores, le mandaron á estudiar la teología al colegio de Alcalá. Aquí fué condiscípulo del padre Juan Sanchez, que confiesa haberse debido toda su aplicacion y aprovechamiento en las matemáticas, en que fué aventajado. Salió el padre Alonso Sanchez excelente teólogo, buen latino, buen orador, y con singulares aplausos de poeta latino y castellano. Acabados sus estudios, conforme al decreto de S. Pio V, que se guardaba en aquel tiempo, hizo su profesion de tres votos, y se ordenó de sacerdote. Despues de algunos años fué elegido rector del colegio de Navalcarnero, cuyo curato estaba á cargo de la Compañía en la diócesis de Toledo. Sus demasiados fervores y la rigidez inflexible de su génio, le atrageron sobre sí y sobre la Compañía la indignacion del gobierno de aquel arzobispado. Para satisfacerle y corregir al padre, lo enviaron con sotana parda á leer gramática al colegio de Caravaca. Este golpe acabó de desengañarlo. Resolvió entregarse del todo á la penitencia y á la ora-

cion. En ella empleaba constantemente cuantos ratos le dejaba libres la obediencia, cosa que observó despues toda su vida. En este intermedio fué señalado de nuestro padre general para esta provincia. Dé aquí fué nombrado con el padre *Antonio Sedeño* para la vice-provincia de Filipinas. Pasó despues de algunos años á la gran China, con el proyecto de establecer entre este imperio y aquellas islas un comercio franco. Penetró mas de setenta leguas de la tierra adentro. Pasó de ahí á Macáo, llevando allá la nueva de la muerte del rey D. Sebastian, y de haberse incorporado el reino de Portugal á la corona de Castilla, en la persona del rey católico D. Felipe II. Sosegó los ánimos conmovidos de aquellos portugueses, y pudo tanto con su autoridad y sus razones, que fué aquella ciudad la primera que en la Asia portuguesa reconoció y juró obediencia á aquel gran príncipe. Navegó al Japon, y habiendo naufragado á la costa de la Formosa, estuvo tres meses en aquellas playas, hasta que de los fracmentos de la nave destrozada, pudieron formar un pequeño barco en que volvió á Filipinas. Todos los órdenes de estas nuevas islas, le nombraron por su procurador á la corte de España, para tratar con S. M. asuntos importantes al comercio y buen gobierno de aquella república, y singularmente sobre la conquista del imperio de la China. Las sólidas razones del padre, su felicidad en proponerlas, y los arbitrios que le sugerian su imaginacion fecunda en este género de espedientes políticos, tenia ya muy inclinado el ánimo del rey y de sus consejeros. Miéntras acababan de tomarse las medidas proporcionadas para una empresa de tanta importancia, partió á Roma con la doble comision de tratar con S. S. y con nuestro muy reverendo padre general negocios pertenecientes al gobierno eclesiástico de aquellos paises, y al establecimiento de la nueva vice-provincia. Hizo en aquella capital del mundo su profesion de cuarto voto, y enviado á España por el padre general, murió en el colegio de Alcalá.

Novedades que introducen en lo doméstico.

Esta série de sucesos tan desiguales y tan varios, le habia profetizado al padre Alonso Sanchez una persona de sublime virtud y probado espíritu desde que leia gramática en el colegio de Carabaca, y testifica el padre Juan Sanchez haberlo oido de su boca, desde que llegó á esta provincia mucho tiempo ántes de que se abriese paso de esta provincia á Filipinas, y sin querer tomar parte alguna en la calificacion de su espíritu, debemos decir, que su conducta iba á causar un trastorno universal en toda la provincia. Luego recien llegado de Europa, se le

observó entregarse con mayor férvor que nunca al retiro, á la penitencia y á la oracion. El noviciado estaba entónces en el colegio máximo. El ejemplo de una vida tan austera hizo una fuerte impresion en los novicios y en los mas sugetos del colegio, en que parecia haber entrado una reforma, aunque como se conoció muy en breve, nada conforme al espíritu de la Compañía. El padre *Alonso Sanchez*, como hemos ya notado, tenia una singular dulzura, y no menor energía en esplicarse. En sus sermones y en sus conversaciones privadas, pocas, pero eficaçes y sostenidas de una conducta tan edificativa y tan constante, estendió muy en breve los ánimos de todos en su imitacion. El padre provincial, aunque gozoso de aquel nuevo fervor, tan digno siempre de aprecio y tan recomendado en la Iglesia, era sin embargo muy prudente y muy ejercitado en la vida espiritual, para no conocer que una penitencia tan rigurosa y una oracion tan continua, no podia dejar de causar un grande atrazo á nuestra juventud en los estudios, y un tedio á los ejercicios y ministerios esteriores, muy ageno de una religion é instituto apostólico. Lleno de estos pensamientos, destinó al padre Alonso Sanchez para rector del colegio Seminario de S. Pedro y S. Pablo. Aquí, sin testigos, ni arbitrios algunos, se entregó á todos los excesos que le inspiraba su génio rígido y austero, á una abstinencia rigurosísima, á un total retiro, á una penitencia continua, pasaba en oracion cuasi todo el dia y la mayor parte de la noche, siempre de rodillas, sin dejar esta postura incómoda,, aun el poco rato que daba al sueño. Un género de vida tan irregular, hizo un grande ruido entre los seminaristas. En breve se divulgó á toda la ciudad. Muchos quisieron imitarlo, y comenzaban ya á notar que no siguiese el mismo plan el resto de los jesuitas. Entre estos comenzaba á soplar con la diversidad de caminos el espíritu de la disencion. Unos se entregaban mucho á la oracion, y entretanto se desamparaban los ministerios mas esenciales del confesonario, del catecismo y del púlpito. Otros se daban á muchas y ásperas penitencias, y miéntras se enfriaba todo el ardor y empeño tan necesarios para los estudios, que profesa la Compañía, se debilitaba la salud, y muchos se inhabilitaban para las demas funciones necesarias á la santificacion de los prójimos, como el tiempo lo dió á conocer bastantemente.

Estos misioneros, habian venido bajo la direccion del padre *Pedro Diaz*, que con una estrema diligencia concluidos todos sus negocios en entrambas cortes, dió vuelta á la Nueva-España por agosto de 1579.

La razon de tanta aceleracion da el padre *Everardo Mercuriano*, en carta escrita al padre visitador Juan de la Plaza, quien ya habia llegado á México. "Hase juzgado conveniente, dice, que torne el padre Pedro Diaz, ántes de la congregacion de procuradores que aquí se han por el mes de noviembre de este año, porque siendo el primer procurador que viene de esa provincia con la relacion del estado de ella, y estando pendiente el asunto de las cosas mas principales de esa provincia, nos ha parecido importar mas su vuelta tan breve, que no el hacerlo esperar aquí otro año mas. La cual cosa no se traerá á consecuencia en lo porvenir, pues ha habido esta causa particular para ello. En el mismo despacho vino real cédula de S. M., conforme á lo que se habia pedido en la congregacion provincial en que daba forma y reglamento á los estudios de la real Universidad y del colegio máximo, en el tenor siguiente: "El rey, D. Martin Enríquez, nuestro vice-rey, y capitan general en la Nueva-España, y en vuestra ausencia á la persona ó personas á cuyo cargo estuviere el gobierno de aquesa tierra. El padre *Francisco de Porras*, procurador general de la Compañía de Jesus, nos ha hecho relacion que los religiosos de la dicha Compañía, con fin de que los hijos de los vecinos de esa tierra se ocupasen en recibir buena doctrina, y en el ejercicio de las letras, han fundado algunos colegios en esas partes, y principalmente uno en esa ciudad, en que se ha hecho y hace gran fruto; y que los hijos de los habitantes de ella y de otras comarcas, se han empleado y emplean allí en loables ejercicios el tiempo que ántes solian pasar en ociosidad, leyéndoles latinidad, retórica, artes, teología y casos de conciencia, con que han descubierto muy buenos sugetos y habilidades, y van con continuacion entendiendo en leerles dichas facultades, y que por estar fundada Universidad en esa ciudad, se podian ofrecer algunas dudas entre ella, y los religiosos de la dicha Compañía sobre oir los estudiantes algunas lecciones en los dichos colegios, para residir sus cursos y ser graduados. Por lo cual, no se tomando concordia que á los unos y á los otros estuviese bien, podia resultar algun inconveniente que turbase los buenos efectos que esa república recibe con el buen enseñamiento y doctrina de los dichos religiosos. Suplicándonos, que para que esto se estorbase y esta buena obra pasase adelante, mandásemos, que leyendo los religiosos de la dicha Compañía en sus colegios *gratis*, sin llevar ningun estipendio, latinidad, retórica, artes y teología, en forma de Seminario para Universidad y matriculándose todos y graduándose en la dicha

Cédula de concordia en los estudios de la real Universidad del colegio máximo.

Universidad, y acudiendo á los préstitis, de modo que todo redundase en aumento suyo, pudiesen los estudiantes oir en los dichos colegios las lecciones que se leyesen de dichas facultades, ó como la nuestra merced fuese: é visto por los de nuestro consejo de Indias, fué acordado, que se os debia remitir, como por la presente os lo remitimos, y mandamos que cursando los dichos estudiantes en la Universidad, y graduándose en ella en lo demas, concordeis y conformeis á los dichos religiosos y á la Universidad, de manera que el fruto que se hace, pase adelante, y tendreis cuidado que las personas que entendieren en la dicha doctrina y enseñamiento, sean siempre muy favorecidas y ayudadas. Fecha en S. Lorenzo á catorce de abril de 1579 años.—*Yo el rey.*—Por mandado de S. M. Antonio de Herazo.» Presentáronse al Exmo. Sr. D. Martin Enriquez con esta cédula de S. M. dos bulas de Pio V y su succesor Gregorio XIII, expedidas á 10 de marzo de 1571, y á 7 de mayo de 1578, en que los soberanos Pontífices conceden á la Compañía las cátedras de dichas facultades, aun en lugares donde hay Universidad, como se lean en distintas horas, sin perjudicarse unos á otros los estudios; é impone á los claustros y sus rectores pena de excomunion, para que de ningun modo impidan ó prohiban á la Compañía un ministerio tan esencial á su instituto, y de tanta utilidad como ha confesado y experimentado siempre todo el orbe católico. Instruido el Sr. virey de tales documentos, con acuerdo y convenio de entrambas partes, determinó las horas en que hubiesen de leer para que en nada se faltase á los derechos incontestables y primitivos de la real Universidad, como se ejecutó y se ha observado despues constantemente con la mas perfecta armonía.

En este mismo viage del padre procurador Pedro Diaz, vino tambien patente de provincial al padre *Juan de la Plaza*. Este sugeto habia sido enviado de visitador al Perú, de donde debia pasar despues con la misma comision á la provincia de México. Habia algunos meses que se esperaba en Nueva-España, y la congregacion provincial habia pedido á nuestro muy reverendo padre que concluida su visita lo dejase en esta provincia. Por otra parte, el padre D. Pedro Sanchez, despues de ocho años, poco ménos, de un gobierno trabajoso en cimentar y echar los primeros fundamentos de tantos colegios, habia suplicado al padre general lo dejase gozar del reposo de una vida privada. Así lo hallamos en carta del mismo padre Everardo, su fecha á 31 de enero de 1579. Verá vuestra reverencia (dice) en que podrá emplear al padre Pe-

Venida del padre visitador Juan de la Plaza, con el hermano Marcos.

dro Sanchez cuando haya dejado el gobierno, de cuyo celo y religion aquí estamos edificados, y de las buenas partes que tiene y opinion que de él hay en ese reino. Podrá vuestra reverencia ayudarse de él para buenos efectos. El me ha pedido con mucha instancia que lo deje reposar sin cuidado de otros algun tiempo, y yo se lo he concedido. En consecuencia de estas dos peticiones, se determinó que el padre Plaza despues de su visita, tomase á su cargo el gobierno de la provincia. Y aunque no habia llegado aun á Nueva-España cuando vino esta mision, llegó poco despues por diciembre de 1579. Desembarcó en el Realejo, puerto del mar del Sur, con el padre Diego García, con el hermano Marcos y el hermano Juan Andres. El hermano Marcos sabemos haber sido destinado por el santo fundador de la Compañía para compañero de S. Francisco de Borja, y á cuyo arbitrio debiese moderar los excesos de su fervor. El mismo S. Borja, se dice haberle profetizado algunos años ántes su venida á las Indias. El padre Francisco de Florencia, en el lib. 4 cap. 10 de su historia, escribe haber muerto este buen hermano en el colegio de Oaxaca, y asegura lo mismo el padre Andres de Casorla. No podemos concordar está noticia con lo que en el capítulo último de la citada historia, escribe el mismo Florencia. De su venida á México tenemos el testimonio mas auténtico en una carta del padre Everardo Mercuriano, fecha en Roma á 25 de febrero de 1580. Esta (le dice) os hallará en México, de donde espero tener aviso de la llegada del padre Plaza, y si le es ese cielo tan propicio, como le ha sido el del Perú, pues ahí su residencia no ha de ser de paso con el Divino favor &c. En un retazo manuscrito hallamos, que quedando el padre visitador en México, el hermano Marcos navegó otra vez á la Europa, y murió en el camino á Roma. Del Realejo, pasó el padre Dr. Plaza á Goatemala. Empeñáronse el presidente y audiencia para que quedase en aquella ciudad el padre Diego García, y aun ántes de la venida de estos padres habian pretendido lo mismo con el padre Pedro Sanchez, segun consta de informe que hizo la primera congregacion á nuestro padre general. No pudo el padre visitador por entónces condescender á los deseos de aquella ilustre ciudad; pero prometió enviarles para el año siguiente misioneros, de cuyo trabajo hablaremos á su tiempo.

Carácter del padre Plaza.

El padre Dr. Juan de la Plaza era el hombre mas á propósito del mundo que se puede escoger para un empleo de tanta consecuencia. Juntaba á una grande sabiduría, una eminente virtud, mucha esperien-

cia é íntimo conocimiento del espíritu de la Compañía. Se habia hallado en Roma á tres congregaciones generales, y en la última en que fué electo el padre Everardo Mercuriano, tuvo tambien para general algunos votos; demostracion que prueba bastantemente el concepto que se hacia de su mérito en aquella respetable asamblea. Por órden de la misma congregacion se ocupó en reveer las actas de ella, juntamente con los padres *Claudio Acuaviva*, *Diego Juiron*, *Francisco Adorno* y *Gaspar Balduino*, sugetos todos cuya memoria hace grande honor á nuestra religion. Comenzó su visita haciendo tomar á muchos de los sugetos unos largos ejercicios, que él mismo se tomó el trabajo de darles con el mayor fervor y exactitud. Mandó observar algunos rigorosos ayunos, é impuso algunas otras penitencias. Es preciso confesar que no era este el remedio que demandaba el estado actual de la provincia. Presto conoció el varon de Dios que venia mal prevenido, creyendo que estaba muy resfriado en Nueva-España el uso santo de la oracion y de las corporales asperezas. Se informó de los excesos que habia en esta parte, y mudando enteramente de conducta, se aplicó luego á poner en ello la mas prudente moderacion. En efecto, las austeridades é irregular proceder del padre Alonso Sanchez habian incitado á muchos á seguir un ejemplo de que no eran capaces todos los espíritus y todas las fuerzas. Solia el padre aconsejar algunos modos de oracion poco conformes á aquel divino método que la Compañía ha aprendido de su santo fundador, y muy espuesto á las ilusiones del propio y del maligno espíritu, miéntras no los caracteriza una vocacion particular del Señor, que tal vez fuera de toda regla y diligencia humana, eleva algunas almas puras al ósculo de sus labios en la mas sublime contemplacion. Esta dulce union y transportes suavísimos de amor, eran frecuente materia de sus conversaciones, por los cuales se dejaba ya aquel arte metódico y seguro de mover con la meditacion las potencias, y de observar aquellas menudas pero importantes adhesiones que nos dejó S. Ignacio en el libro admirable de sus ejercicios. Por otra parte, se observó que el padre Sanchez, por aficionar los ánimos á la oracion mental, hablaba de las oraciones bocales en estilo poco ventajoso, y con que el vulgo pudiera verlas con desprecio ó tenerlas por inútiles. Esto se hizo mas notable en algunos de sus sermones, los cuales, oyendo el Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, no pudo dejar de decir que la perfeccion cristiana, aunque altísima, no le parecia tan difícil como la pintaba el padre Sanchez.

Que la devocion de rezar el Padre nuestro y Ave María habia sido siempre usada y venerada en la Iglesia como sumamente provechosa, y aun para el pueblo necesaria. Con estas y semejantes especies, es fácil concebir la turbacion é inquietud de las conciencias. Habia ayudado en gran parte á esta revolucion el padre Vicencio Lanuchi, el primero que como vimos, enseñó las letras humanas en el colegio de México, hombre amigo de novedades y demasiadamente pagado de su dictámen. Siendo maestro de retórica, intentó que no se leyese á la juventud los autores profanos. Procuró disuadirlo el padre provincial y que siguiese el estilo comun de nuestras escuelas. No sosegándose aun, escribió á Roma, de donde se le respondió con fecha de 8 de abril de 1577: No conviene que se dejen de leer los libros gentiles siendo de buenos autores como se leen en todas las otras partes de la Compañía, y los inconvenientes que vuestra reverencia significa, los maestros los podrán quitar del todo, con el cuidado que tendrán en las ocasiones que se ofrecieren. Pretendió despues volver á la Europa con pretesto de pasarse á la Cartuja, y se valió para esto de medios agenos de nuestro instituto, mendigando la intercesion del regente de Sicilia que se hallaba en la corte de Roma. Estas particularidades sabemos por carta del padre general Everardo, fecha en 31 de enero de 1579. El padre Vicencio Lanuchi, dice, habiendo mostrado hasta ahora mucho contento de estar en esas partes, ahora ha hecho grande instancia para volver por acá, usando del medio de seculares, á quienes ha puesto por intercesores para esto. Vea vuestra reverencia la causa de esta novedad, y procure consolarlo y ocuparle, supuesto que no conviene que acá venga. Cuando llegó esta carta ya el padre provincial Pedro Sanchez, importunado de sus ruegos, y viendo que en Nueva-España no podia ser de algun provecho, ántes sí de un pernicioso ejemplo, lo habia enviado para Europa. Sobre este asunto escribió así á nuestro padre general con fecha de 25 de febrero de 1580. De la venida del padre Vicencio Lanuchi, me ha pesado, no tanto por la falta que hará en esa provincia su ausencia, como por el ejemplo de otros flacos que no faltan, segun vuestra reverencia me escribe. Efectivamente, con la ocasion del padre Lanuchi y el amor á la vida austera y solitaria que habia encendido en los ánimos el padre Alonso Sanchez, se hallaron muchos tocados del mismo contagio. Como en una nueva provincia escasa de sugetos, era necesario que trabajásen todos igualmente en la salud de sus prójimos, comenzaron algu-

nos á volver los ojos á la Europa y á estrañar la quietud de aquellos colegios, en que con menos interrupciones y trato exterior, podian darse mas largamente á la oracion, y entregarse á todos los excesos de la mas rigorosa penitencia. Muchos pretendieron abiertamente pasarse á la Cartuja. El hermoso pretesto de mayor recogimiento y mas continua contemplacion, no era en realidad sino una fuga vergonzosa de la fatiga y del trabajo, que acompaña los ministerios apostólicos. Habia sido muy comun esta tentacion en algunos misioneros de la India Oriental, y el juicio que formamos de estos jesuitas de la América, es precisamente el mismo que formó la cabeza de la Iglesia S. Pio V, y que esplicó con palabras gravísimas en su constitucion, *equum reputamus*, expedida el dia 17 de enero del año de 1565.

Todo este desórden tuvo que remediar el padre Plaza, y lo consiguió con la mayor felicidad, mezclando con maravillosa prudencia la entereza y la dulzura, segun las diversas circunstancias. El padre Lanuchi habia ya pasado á Europa cuando vino el padre visitador, y por lo que mira al padre Alonso Sanchez, breve le proporcionó ocupacion en que emplearse con mas estension y mas honor de la Compañía, su celo y sus talentos. Acaso por este mismo tiempo habia vuelto de la Europa el Illmo. Rmo. Sr. D. Fr. Domingo de Salazar, del sagrado órden de predicadores, destinado del rey católico para primer obispo de Manila en las islas Filipinas. Este sabio y religioso prelado conoció desde luego todo el trabajo vinculado á aquella alta dignidad, en unas islas recien descubiertas, y en que apénas comenzaba á rayar la luz del Evangelio. Suplicó á S. M. le permitiese llevar consigo algunos religiosos de la Compañía de cuyo celo, decia, por la salvacion de las almas, de cuya utilidad para la Iglesia y fidelidad para con los reyes sus soberanos, podia seguramente prometerse los mas felices sucesos en lo espiritual y temporal de aquellas recientes conquistas. D. Felipe II, por sí muy piadoso y singularmente afecto á nuestra Compañía, condescendió gustosamente, mandando que de la provincia de México se le diesen algunos sugetos de conocido espíritu y letras para fundar misiones en las nuevas islas, que á su constante proteccion, no menos que á la época feliz de su descubrimiento, debieron el nombre de *Filipinas*. Poco tiempo ántes habia pretendido esto mismo el Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, como se vé por una carta de nuestro padre general fecha en 31 de enero de 1579, escrita al mismo Sr. virey, que dice así.—„Exmo. Sr. Por la relacion que he tenido hasta

Pide el Sr. obispo de Manila jesuitas para Filipinas.

aquí del padre Pedro Sanchez, y la que de fresco me ha dado el padre Pedro Diaz, entiendo la proteccion continua que V. E. tiene de las cosas de nuestra Compañía, y las buenas obras que hemos recibido de su mano. Mucho me ha consolado el buen suceso que el Señor ha dado hasta aquí á los ministerios nuestros, y la gran puerta que se abre para emplearnos segun el fin de nuestra vocacion. El padre Pedro Diaz lleva consigo buena provision de gente, como la magestad católica me ha pedido, y he señalado algunos que puedan ir á las Filipinas, por haberme escrito de ella que V. E. lo desea. Espero que como V. E. hasta aquí nos ha cuidado, así tambien lo hará de aquí en adelante, especialmente en lo que yo tanto deseo, de que sean los naturales socorridos como cosa tan propia de la mision de los nuestros á esas partes. Nosotros, como con la gracia divina procuramos de no faltar á nuestra obligacion en esta empresa, así tambien procuraremos reconocer las obligaciones que tenemos á V. E., á quien nuestro Señor guarde y prospere &c." El padre visitador Juan de la Plaza, en consecuencia de la real órden, señaló á los padres Antonio Sedeño y Alonso Sanchez, con el hermano Gaspar de Toledo, estudiante, y un coadjutor. La asignacion del padre Alonso Sanchez, dió el lleno á la prediccion que de su viage á Filipinas habia tenido algunos años ántes, y aunque en las circunstancias pudiera parecer de alguno resolucion nacida de la política y de la prudencia humana, el suceso mostró que era eleccion de Dios, y que aquel celo ardiente que lo consumia en el retiro de una vida privada, hallando entre los bárbaros una esfera y un pábulo proporcionado á su actividad, habia de hacer de él un digno instrumento de la salvacion de muchas almas. Seguiremos algun tanto en la Asia las huellas hermosas de estos ministros evangélicos: ni será de estrañar que siendo la provincia de Filipinas una estension de la de México, é hija suya en el espíritu, estendamos la pluma mas de tres mil leguas mas allá de la América, pues tan lejos se dispararon sus saetas de salud, y volaron como benéficas nubes sus hijos apostólicos.

Compendiosa descripcion de aquellas islas.

Las islas que hoy llamamos *Filipinas* ignoramos qué nombre tuvieron ántes de su conquista, aunque es bastantemente verosímil sean las mismas que llama Ptolomeo *Maniolas*. El lugar, el número, la longitud, latitud y abundancia de imán con que las caracteriza este famoso astrónomo, no distan mucho de lo que se ha visto despues en estas islas. El primer español que las descubrió fué Hernando de Magalla-

nes, en aquel célebre viage en que dió vuelta al mundo por los años de 1521. Despues de él tentaron la conquista de este pais distintos capitanes, *D. Garcia de Lopez* enviado de España, y *Alvaro de Saavedra* encargado de esta honrosa espedicion por su pariente el marqués del Valle. Los dos murieron en el mar. D. Pedro de Alvarado, adelantado de Guatemala, obtuvo del rey la misma comision, y murió estando para hacerse á la vela. *D. Rui Lopez de Villalobos* que le succedió por órden del virey de México, despues de muchas desgracias ocasionadas de su mala conducta, acábó consumido de tristeza en Amboino el año de 1546. El adelantado *Miguel Lopez de Legaspi* fué el segundo que desembarcó en *Zebú* y luego en Manila. Zebú fué la primera poblacion de los españoles en la Asia y el primer obispado de estas islas. Estableciose allí la religion de S. Agustin el año de 1565. La conquista costó muy poca sangre. Despues de una breve resistencia, se añadieron todas las islas, fuera de *Mindanao* que hasta ahora no se ha conquistado enteramente á la corona de Castilla. Los religiosos de S. Francisco se fundaron en Manila por los años de 1577. Las mas considerables islas de todo este archipiélago, que Magallanes llamó de S. Lázaro, son la de Luson ó Manila, la de Mindanao, en que predicó en otro tiempo S. Francisco Javier, la de Paraguay, Babau y Lette, las de Mindoro, Panai, Isla de negros, Zebú y Bool. Estas están cercadas de otras muchas que pasan por todas de ciento y sesenta. Ocupan desde el quinto hasta el vigésimo grado de latitud boreal poco ménos. La isla principal de Luson tiene de largo como doscientas leguas, y como de treinta á cuarenta en su mayor anchura. Es de todas la mas septentrional y la mas poblada. La ciudad de Manila la fundó Miguel Lopez de Legaspi el 21 de junio de 1571. El rey católico le dió armas y título de ciudad el 21 de junio de 1574. Gregorio XIII le hizo ciudad episcopal el de 78, y Clemente VIII la erigió en metropolitana el de 1595. La primera audiencia fué á Manila el año de 1584, y por primer presidente el Dr. D. *Santiago de Vera.* Está situada en la embocadura del rio Pasig, que nace de la laguna de Bay y corre del Este á Oeste á arrojarse en el océano estrangangen en 14 grados y 40 minutos de latitud septentrional. Las calles son anchas y tiradas á cordel. Guarnece la plaza, que es un polígono irregular, una alta y espesa muralla con algunos baluartes y buena artillería, de que hay fundicion allí mismo, como tambien fábrica de pólvora. Tiene muy buenos edificios: los principales son, la catedral, que

fabricó el Illmo. Sr. D. *Miguel de Poblete* en 1654, los conventos é iglesias de S. Agustin, de S. Francisco, de Santo Domingo y colegio de la Compañía. Dos colegios seminarios, el de S. Juan de Letran, á cargo de religiosos domínicos, y el colegio real de S. José bajo la direccion de los jesuitas. El arzobispo tiene tres sufragáneos, el de Zebú en la ciudad del nombre de Jesus, fundacion del mismo Legaspi en la costa oriental de la isla de este nombre, y la primera poblacion de los españoles. El de Camarines en la nueva Caseres, que en memoria de su pátria fundó el Dr. D. Francisco Sandi, segundo gobernador de Filipinas, y fué instituido por Clemente VIII el año de 1598, y el de Cagayan erigido el mismo año, y cuya capital es la Nueva-Segovia, que fundó el tercer gobernador D. *Gonzalo Ronquillo*. Estos dos últimos están en la misma isla de Luson, el primero en la parte austral y el segundo en la septentrional, quedando el arzobispado en el centro del pais. El temperamento es bastantemente cálido; pero sin embargo, saludable. El terreno fértil, y abundante de todo lo necesario á la vida, mucha la pesca de varios y esquisitos pezes, con quien compite la caza. Son muchos los animales, las aves y las plantas, no conocidas en la Europa. Los renglones de su comercio son el oro, las perlas, el ámbar, el imán, la algália, la cera, la miel, la sal, el añil, el palo del Brasil, que allí llaman *sibucao*, el ébano y otras maderas esquisitas, mucho tabaco, alguna canela y mas pimienta, aunque estas dos especies poco ó nada se cultivan. Si á esto se junta la seda, la porcelana, el maque, el papel, la cotonía y otras especies preciosas que le vienen de China y del Japon: el clavo, la nuez moscada, el incienso, las chitas, zarasas y otras telas, el marfil, el *alcanfor*, el nácar, los diamantes y rubíes que vienen de toda la India Oriental y de la Persia. La plata, la grana y otras muchas cosas que llevan de la América, y por ella de la Europa, se formará un conjunto de preciosidades que la hacen una de las mas ricas ciudades del mundo.

Descripcion de Manila. Esta opulencia atrae allí gentes de todas las naciones. La plaza de Manila es una asamblea de japones, de chinos, de árabes, de persas, de armenios, de malabares, de americanos, de españoles, de portugueses, de holandeses, de franceses, de ingleses y otros muchos de Europa que causan una hermosa variedad de trages, de idiomas, de profesiones, de fisonomías y de talles. La comodidad y riqueza de estas islas les han atraido la persecucion de algunas potencias. Los portugueses resistieron por algun tiempo á su conquista. Limahon, pirata chi-

na, la embistió con setenta navíos por los años de 1574. El Cofogn ó Pumpuam, famoso corsario de la misma nacion, á la mitad del siglo pasado, despues de haber echado á los holandeses de Isla Hermosa, mandó intimar á la ciudad que se rindiese, aunque no tuvieron efecto alguno sus amenazas, el año de 1660. Oliverio Wander Noort acometió á Maravidez, isla pequeña, frente de la bahía de Manila, y puso en armas á la ciudad, de que salió mal despachado. No desistieron los holandeses de su intento. El gobernador D. Juan de Silva los derrotó sobre Playa Honda por los años de 670 y tomó sobre ellos un rico botin. Los sangleyes, por los años de 1605, los japones en número de mas de quinientos, en 1606. Los chinos, en número de mas de tres mil, por los años de 1639, se amotinaron tomando las armas contra los españoles. Pero unos por arte y otros por fuerza, entraron presto en su deber. Finalmente, en esta última guerra los ingleses, bajo la conducta de un almirante despues de haber dado la nacion pruebas nada vulgares de su valor y de su fidelidad para con la corona de Castilla, la tomaron por asalto siendo el Illmo. Sr. D. *Antonio Roja Rio y Vieyra*, su dignísimo arzobispo y presidente entónces de su real audiencia, hizo en la ocasion cuanto podia esperarse de un prelado vigilante, de un prudente gobernador, y de un consumado general. El padre Murillo dá á estas islas todas 900.000 cristianos. Tal fué el teatro de los apostólicos sudores de estos dos misioneros, y tal ha sido el copioso fruto de sus trabajos.

Miéntras que se preparaban los hijos de esta provincia para el viage á las islas Filipinas, sobre muy débiles principios comenzó á levantarse uno de los mas grandes y útiles colegios de Nueva-España. Con ocasion de haberse proveido por este tiempo el beneficio de Huizquiluca, no juzgó el padre visitador que podia subsistir allí aquella especie de seminario que se habia formado para el estudio de las lenguas. Retiráronse todos los sugetos á México, y el padre Plaza suplicó al Sr. arzobispo señalase si le parecia bien, alguna otra poblacion en que los padres pudiesen servir á los indios y á su Illma. Vacó en estas circunstancias el beneficio de Tepozotlán, que pareció á D. Pedro Moya de Contreras lugar muy á propósito para los designios de la Compañía. Enviáronse allá los padres Hernan Gomez y Juan de Tobar, insignes en la lengua otomí, masagua y mexicana, con algunos otros sugetos que voluntariamente quisieron dedicarse á este trabajo, de que solo queda memoria de los padres *Diego de Torres, Juan Diaz y Vidal.* Fundacion de Tepozotlán.

Del colegio de México, de donde solo dista siete leguas, se proveian los padres de todo lo necesario, sin recibir cosa alguna de la feligresía, aunque como en Huizquiluca ejercitaban con el mayor cuidado y vigilancia todas las funciones de párrocos. El primer trabajo fué reducir á una sola poblacion las muchas en que estaban repartidos los indios. A estos diferentes cantones, se les iba todos los dias de fiesta á decir misa, y á predicarles la doctrina cristiana, con lo que atraidos de la dulzura y suavidad de sus ministros, comenzaron á pasarse á Tepozotlán muchas familias, lo que cuasi en todo el resto de los pueblos de Nueva-España no habia podido conseguirse sin violencia. Uno de aquellos fervorosos neófitos que habian tomado esta resolucion, se vió dentro de muý pócos dias muy perseguido de sus amigos y parientes, que querian volverlo á sus antiguas poblaciones. Resistió constantemente á todos sus discursos y amenazas, y con esta ocasion descubrió á los padres el motivo de aquellas eficaces instancias. No era solo la émbriaguez y la disolucion el único motivo que obligaba á estos indios en no consentir en la traslacion de sus familias; habia aún entre ellos mucha idolatría, de cuyo ejercicio y profesion se guardaban todos los cómplices un secreto inviolable. Tenian las asambleas para estos misterios de iniquidad, ó de noche, ó en los bosques mas espesos, ó en las quebradas y cimas inaccesibles de los montes. La dificultad de la lengua otomí que hablan los mas de ellos, y que verosímilmente habian ignorado hasta entónces los beneficiados de aquel pueblo, los ponia bastantemente á cubierto de todas las diligencias conducentes á su conversion. Entre estos infelices se halló una familia cuyo tronco era el gefe, y como el principal autor de toda su desgracia. Este era un indio muy anciano que desde los principios de la conquista, ó por ódio á los españoles, ó por nímia adhesion á su idolatría, se habia retirado con todos sus hijos y nietos á lo mas alto y escarpado de una sierra vecina. Allí ocultaban todos los recien nacidos para no verse en la precision de bautizarlos, y cuando por alguna contingencia se veian obligados á esponerlos al bautismo, por no descubrir su irreligion, les daban por padrino otro de los idólatras no bautizados, procurando poner este óbice á la divina eficacia del bautismo. Este infeliz, envejecido en malos dias, oyó acaso un dia la esplicacion de la doctrina cristiana, y llevado de una mera curiosidad, continuó algun tiempo en este ejercicio. La gracia del Señor obraba al mismo tiempo en su corazon. Pidió ser bautizado, y descubrió al predicador

el artificio con que á sí y á todos los suyos habia procurado cerrar para siempre el camino de la salud. Entró en el número de los catecúmenos, entre quienes comenzó luego á distinguirse por un extraordinario fervor. A pocos dias se sintió herido de un mortal accidente. Se le confirió el bautismo y murió poco despues, dejando al misionero un largo catálogo de todos sus descendientes no bautizados, y habiendo ántes empleado toda la autoridad que se habia tomado sobre ellos, para persuadirles que bajasen al pueblo y se apartasen del culto de los ídolos. Eefectivamente, todos ellos se avecindaron en Tepozotlán, se bautizaron, y fueron despues ejemplares cristianos.

Mudanza en el seminario de S. Pedro y S. Pablo.

Establecida con tanto provecho de las almas la residencia de Tepozotlán, habia satisfecho el padre procurador uno de sus mayores cuidos, que era emplear algunos sugetos de la Compañía en la instruccion y culto de las indias, sin perjuicio de las demás religiones que desde muchos años ántes tenian fundadas doctrinas. Con el mismo celo se atendia en todas partes al provecho de los españoles. En México se ocupaban todos en los ministerios con un nuevo fervor, serenada ya del todo la turbacion é inquietud que habia causado la diversidad de espíritus el año antecedente, obra en que se mostró bien la prudencia y magisterio místico del padre Dr. Juan de la Plaza. Sólo ofrecia alguna ocasion de disturbio la administracion del colegio seminario de S. Pedro y S. Pablo. Desde que se fundó por setiembre de 73 este insigne colegio, habia hecho oficio de rector, aunque sin formal nombramiento, el Lic. *Gerónimo Lopez Ponce,* docto y piadoso sacerdote. A este mismo, cuyo celo, fidelidad y entereza tenian ya bastantemente reconocida, nombraron por rector los señores patronos, á quienes privativamente pertenecia en una junta ó cabildo, tenido á 9 de marzo de 1574, con asignacion de cien ps. anuales á que en 7 de marzo de 1576 añadieron ciento y cincuenta. Gobernó este hasta el 5 de enero del siguiente año de 1577, en que entró en la Compañía. En consecuencia de su renuncia suplicaron los señores del cabildo al padre provincial Pedro Sanchez, que se dignase tomar á su cargo la Compañía la direccion de aquel seminario, como tenia muchos en la Europa. El padre provincial agradeció mucho su confianza, y respondió que en un asunto de tanta importancia, le parecia deberse pesar con mas atencion, y que entretanto quizá habria llegado el padre visitador Juan de la Plaza, á quien se esperaba del Perú; que su reverencia mejor informado de las intenciones del padre general, podia resolver lo mas conveniente. Ins-

táronlo que á lo ménos señalase una persona de su satisfaccion que lo administrase en el interin. Con el consentimiento de los mismos patronos señaló al Lic. Felipe Osorio, que con la renta de ciento y cincuenta ps. y los réditos de una capellanía vinculada de oficio, perseveró en él hasta 2 de marzo de 1578. En este dia, viendo que tardaba aun el padre Plaza y lo mucho que perdia la juventud en virtud y letras, bajo la conducta de la Compañía, instaron segunda vez al padre provincial para que señalase algun padre para rector de aquel colegio, y no pudiendo dejar de condescender, señaló por vice-rector al padre *Vicencio Lanuchi*. Este, despues de un año, pretendió pasar á la Europa con motivo de entrar en la Cartuja; y efectivamente, se embarcó para España á la mitad de 79, y entró en su lugar el padre *Alonso Ruiz*. Habia pocos meses que administraba, cuando los patronos, no sabemos por qué ocasion, se presentaron en un cabildo al padre visitador pidiendo que la Compañía deshiciese los otros seminarios que tenia México, ó dejase la administracion del de S. Pedro. A una proposicion tan irregular y tan atrevida que hizo bastante éco en el honrado proceder del padre visitador y del padre Alonso Ruiz, se le respondió que no convenia deshacer los otros seminarios de que tanto bien resultaba á la ciudad, ni habia fundamento alguno para una resolucion tan improvisa. Que por lo que miraba al de S. Pedro y S. Pablo, podian desde luego señalar persona de su confianza á quien se diesen las cuentas. En acabando el padre Plaza de proferir estas palabras, tomó las llaves del colegio, y poniéndolas sobre la mesa, á vista de aquellos señores se retiró con los otros padres, y el seminario volvió á su antiguo gobierno en que no pudo permanecer largo tiempo.

Ministerios en Oaxaca.

En Oaxaca habia muerto el año antecedente en 23 de julio el Illmo. Sr. D. Fr. Bernardo de Alburquerque, con notable sentimiento de aquel colegio, á quien perfectamente reconciliado, habia favorecido mucho. En su última hora dió un ilustre testimonio de la sincera estimacion que profesaba á la Compañía, mandando que le asistiesen, como lo hicieron, con el mayor esmero y vigilancia. Esta misma proteccion hallaron en su succesor el Illmo. Sr. D. Bartolomé de Ledesma, del órden de predicadores. Los estudios y ministerios de la Compañía florecieron en aquella ciudad, y crecia cada dia mas el afecto que desde el principio habian manifestado aquellos republicanos. En lo temporal se pasaba con bastante descanso. El Seminario para que habia dejado su caudal, D. Juan Luis Martinez, dean de aquella iglesia, no

habia podido subsistir, y se habia repartido la renta, parte en el convento de la Concepcion, y parte en nuestro colegio, segun que al prudente arbitrio de sus albaceas, lo habia permitido el piadoso testador.

En Veracruz se trabajaba con igual suceso, admirando los vecinos la constante aplicacion de los padres á sus penosos ministerios. El tierno amor con que miraban á la Compañía, les hizo advertir que el sitio del colegio era sumamente incómodo para la asistencia diaria á los enfermos y á la gente de mar, que todos por la mayor frescura y proporcion de sus oficios y negocios, procuraban alejarse á las orillas del rio. Determinaron, pues, mudar el colegio á la vecindad del surgidero, donde con mas frecuencia y ménos trabajo, se pudiese ocurrir á todas las necesidades del pueblo, y sin que los sugetos tuviesen la menor parte en la negociacion, buscaron quien comprase la antigua casa, con cuyo costo y la acostumbrada liberalidad de los vecinos, se fabricó otra con una proporcionada iglesia en el mas bello, mas saludable y acomodado sitio. Bien se merecia toda esta aficion el celo infatigable de los padres *Alonso Guillen* y *Juan Rogel*. No pareciendo bastante esfera á su caridad la gente de la ciudad ni el hospital de ella, en que tenian un ejercicio no interrumpido de mortificacion y de paciencia, capaz de fatigar cualquier espíritu ménos fervoroso; sabiendo que en la pequeña isla de S. Juan de Ulúa morian algunos á quienes la enfermedad no daba lugar aun para aquella corta travesía, penetrados del mas vivo dolor de que muriesen sin los santos Sacramentos, pretendieron y alcanzaron del Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, se fabricase allí una especie de hospital, como algunos años ántes lo habia mandado fabricar en el sitio mismo donde hoy está la nueva Veracruz, y se diese un cuarto de él y lo necesario para el sustento de uno ó dos de los maestros, que estarian allí de pié todo el tiempo que el despacho ó descarga de los navios tuviese ocupada en aquella isla á la gente de mar. Cuando este trabajo daba algunas treguas, se les veia recorrer las estancias vecinas, doctrinando la gente ruda, ejercicio utilísimo y el mas propio del instituto de la Compañía, sobre que jamás deja de derramar el cielo copiosas bendiciones. Veracruz.

El colegio de Valladolid, cuyas necesidades habia remediado en parte desde el año antecedente la piedad del Sr. D. Martin Enriquez, acabó de ponerse sobre un pié regular con la liberal donacion de D. *Rodrigo Vazquez*. El maestro Gil Gonzalez en su Teatro de Michoacán, hace á este piadoso caballero y á D. Macor Velazquez, fundado- Valladolid.

res de este colegio. Del segundo no hemos podido hallar qué fundamento tuvo el escritor. Del primero solo consta haber dado á la casa una estancia con tres mil cabezas de ganado menor, limosna, que aunque suficiente para dar descanso á un colegio de pocos sugetos, y que tenia ya algunas otras, aunque pequeñas fincas, pero no bastante para que podamos darle el título de fundador. En el último despacho habia venido órden de nuestro padre general, para que conforme á lo dispuesto, se partiese entre Pátzcuaro y Valladolid la renta de ochocientos pesos á que se habian querido obligar los señores prebendados, y que en Pátzcuaro quedase solo una residencia inmediatamente sujeta al rector de Valladolid, como estuvo efectivamente hasta el año de 1589, en que determinó otra cosa el padre general Claudio Acuaviva.

Fundacion del Seminario de S. Gerónimo.

Tal era la bella disposicion de los demas colegios de la provincia, cuando en la residencia de la Puebla se padecia la mas estrecha necesidad, y segun toda apariencia, se podia temer su total ruina. Las murmuraciones de algunas personas, por otra parte respetables, habian encendido una llama que cada dia parecia deber tomar mas cuerpo. Habia cesado la mayor parte de las antiguas limosnas; sin embargo, en medio de las tribulaciones, con la venida del nuevo prelado el Illmo. Sr. D. Diego Romano, comenzó á rayar alguna luz de serenidad. Este celoso pastor que en Valladolid de Castilla acababa de fundar á la Compañía el insigne colegio de S. Ambrosio, se mostró siempre muy afecto á los jesuitas, que favoreció abiertamente en todas ocasiones. Con esta proteccion, se pensó en abrir estudios de gramática, y se encomendó este cuidado al padre Antonio del Rincon. El desinteres de la Compañía en este ministerio tan importante, y el afable y religioso trato de los padres en la direccion de aquella juventud, comenzaron á grangear los ánimos y hacer renacer en ellos la antigua aficion. Desde fines del año de 1579 se habia formado el proyecto de un colegio Seminario, y con el cuidado y solicitud, se acabó de plantear á principios del año de 80. Un escritor, bastantemente respetable por su literatura y su carácter, dice haberse fundado este colegio el año de 1585, citando para esto la autoridad del padre Colin en su historia de Filipinas. Si este autor no hubiera hecho profesion de engañar al público y obstinádose en defender una causa insostenible, hubiera visto en la misma historia que cita, que el padre Alonso Sanchez, que llegó á Filipinas por setiembre del año de 81, habia ya sido rector del Seminario de S. Gerónimo; y bien que éste haya sido equívoco del cronista de

Filipinas, pues el padre Alonso Sanchez no fué rector de S. Gerónimo, sino de S. Bernardo en México, sin embargo, se viene luego á los ojos la mala fé del autor, que atribuiriamos gustosamente á descuido si muchos otros pasages de aquel su bárbaro discurso no nos tuvieran convencidos de su maliciosa infidelidad. Ayudó mucho para la fundacion de este colegio el noble y piadoso caballero D. *Juan Barranco*, á quien debieron tambien algun alivio las necesidades de aquella residencia que habria erigido en colegio y magníficamente dotado, si prevenido poco despues de la muerte no se hubiese dignamente empleado su opulento caudal en el convento de las señoras religiosas de S. Gerónimo, á quien conservó toda su vida muy particular devocion, y que verosímilmente tuvo un grande influjo en la advocacion del Seminario. Al principio fueron como treinta ó pocos mas los convictores, cuyo número ha crecido despues mucho, y dado un gran lustre á aquella ciudad con los insignes sugetos que de él han salido para los claustros, las audiencias, los coros y las mitras.

Muerte de D. Alonso de Villaseca, en 8 de setiembre de 1580.

El colegio máximo de México y toda la provincia de Nueva-España, tuvo que llorar á fines de este año la muerte del Sr. D. Alonso de Villaseca, tenido, con razon, como el padre comun de todos los colegios. Habia muchos dias que sus achaques no le habian permitido salir de las minas de Ixmiquilpam. Aquí le visitaban frecuentemente los padres visitador, provincial y algunos otros. Muchos dias ántes mandó llamar al padre *Bernardino de Acosta*, su confesor, en cuyas manos entregó su espíritu al Señor. En los dias últimos de su enfermedad, mandó á su colegio en barras *veinticuatro mil pesos*. Los diez y seis para la fábrica, y el resto para limosnas á los pobres, á arbitrio de los padres. Hizo tambien dos escrituras en que cedia dos cuantiosas deudas, la una de ocho mil y trescientos pesos aplicó á su colegio, y otra de veintidos mil y cien pesos, de que dió cuatro mil al hospital Real, dos mil al de Jesus Nazareno, tres mil á las recogidas, dos mil y ochocientos á varios pobres y dotes de doncellas, y el resto de diez mil y trescientos á disposicion de los padres visitador y provincial para otras obras de piedad, que les tenia comunicadas. Su cuerpo se trajo embalsamado en una litera de Ixmiquilpam al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde se detuvo tres dias, pagándole así Dios las cuantiosas limosnas con que habia procurado promover el culto de su Madre. Entre ellas se cuentan una estátua de plata de la misma Señora, de treinta y nueve marcos y dos onzas de peso: una rica colgadura de

terciopelo carmesí, y una capellanía de misas que fundó en el mismo santuario. Los tres dias que estuvo allí depositado el cadáver, miéntras que en México se disponian unas magníficas exéquias, se le cantaron otras tantas misas de cuerpo presente, y luego fué conducido á su casa. De aquí salió para nuestro colegio, acompañado de los Sres. arzobispo, virey, audiencia, ciudad y tribunales, con innumerable pueblo. Los Sres. de la real audiencia disputaron á los padres el honor de cargar el féretro. Esta singularísima demostracion no intentaban hacerla sin un motivo poderoso. En un motin que habia precedido algunos años ántes, en ocasion que gobernaba la audiencia, hubiera sido necesario ceder este tribunal á las violencias de la plebe, si D. Alonso de Villaseca á la frente de doscientos caballos, armados á su costa, de los criados y familiares de sus haciendas, no se hubiera presentado ofreciéndose al rey con su persona y bienes para el remedio de aquel desórden. Un servicio tan importante y oportuno, de que no habia podido borrarse la memoria, movió á aquellos ministros de S. M. para que procuraran corresponderle con una significacion tan distinguida de aprecio. Sin embargo, contentos con haber mostrado su gratitud, cedieron al mucho mayor derecho que asistia á los nuestros para tomar por suya la accion. Se habia erigido en la Iglesia un suntuoso túmulo adornado de geroglíficos muy propios é ingeniosas poesías alusivas á las insignes prendas y virtudes del difunto. Por nueve dias se le hicieron honras, cantando la misa alguno de los Sres. prebendados, y la última el Sr. arzobispo D. Pedro Moya de Contreras, con no interrumpida asistencia de la música de la Catedral y sermones, en que procuró mostrar aquel colegio su inmortal agradecimiento. Murió el dia de la Natividad de Nuestra Señora, 8 de setiembre de 1580.

Fué D. Alonso de Villaseca, hijo legítimo de D. Andres de Villaseca y Doña Teresa Gutierrez de Toranio, cuya nobleza declaró la real chancillería de Valladolid en 22 de agosto de 1528: nació en Arcicola, pequeño lugar de la diócesis de Toledo, y aunque no se sabe determinadamente el año que vino á las Indias, pero consta que el de 1540 ya era muy rico y muy conocido en la América, dónde habia casado con Doña Francisca Moron, hija única de padres muy poderosos. Era hombre rígido y severo, de muy pocas palabras, pero sobre que se podia contar seguramente. Su grande liberalidad para con los pobres y obras de insigne piedad, se ocultaban á la sombra de un semblante austero, ó porque no esperaba la recompensa sino del cielo, ó porque

su génio esquivo le hacia tomar por adulaciones aun las muestras de un sincero agradecimiento. Sus resoluciones eran todas hijas de una madura atencion. Habiendo sido de los primeros que pretendieron la venida de los jesuitas á la América, estuvo despues cuatro años para declararse por fundador del primer colegio, observando cuidadosamente la conducta de los sugetos, siempre socorriéndolos; pero manteniéndolos siempre en una suspension que cuasi llegó á desconfianza. Lo que dió á este colegio pasó de *ciento y cuarenta mil pesos*, estendiendo al mismo tiempo sus liberalidades á cuantas casas religiosas y obras de piedad se hicieron por entónces en México. A pesar de su circunspeccion y silencio, se publicó bastantemente despues de su muerte su caridad en opulentísimas limosnas, que constaron de sus papeles. Entre ellos se hallaron cartas del gran maestre del órden de S. Juan de Jerusalen, conocida hoy por los Caballeros de Malta, en que aquel gran príncipe le daba las gracias por una de mas de sesenta mil pesos con que socorrió aquel cuerpo ilustre en la triste situacion en que se hallaba, despues del largo sitio que aquella isla habia tenido que sufrir de los Otomanos el año de 1565. Otras del santo Pontífice Pio V por *ciento y cincuenta mil pesos* que habia remitido á S. S. para el culto de los sagrados Apóstoles S. Pedro y S. Pablo en su templo Vaticano y sustento de los pobres de Roma. En diversas ocasiones se hallaron dados para redencion de cautivos *diez mil y mas pesos*, mas de *cuarenta mil* para los santos lugares de Jerusalen, y cuasi otros tantos para la parroquia y pobres de su pátria Arsisola. En lo que dejamos escrito en el párrafo antecedente, se ve que en solos los dias últimos de su vida, dió á los pobres *treinta y nueve mil pesos*, ¿quién, pues, podrá decir cuantas fueron sus limosnas en todo lo restante, y singularmente en las epidemias, que en su tiempo cuasi asolaron la ciudad? Tal fué el fundador del colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo, al pié de cuya estátua pudo ponerse aquel glorioso epígrafe: *Stabilita sunt bona illius in domino, et eleemosinas illius narrabit omnis ecclesia*. Descansaron sus huesos en la antigua Iglesia de Xacalteopam, hasta que se concluyó la fábrica del nuevo templo por los años de 1603, de que hablaremos á su tiempo.

Muerte del hermano Diego Trujillo, y estado del colegio de la Puebla.

A la muerte del fundador, siguió la del hermano Diego Trujillo, natural de Madrigalejo, que dejando las armas se alistó en la Compañía el año de 1576. Se aplicó desde luego con sumo cuidado á la mortificacion de sus pasiones, de que en cinco años de religion dejó muy singu-

lares pruebas. Lo mas de este tiempo pasó en el humilde oficio de hortelano, á que sentia al principio grande repugnancia. Le dotó el cielo de un espíritu de oracion, que se puede decir que jamás interrumpia, y en que mereció del Señor singulares favores. El padre Pedro Morales certificó despues, que habia tenido noticia cierta del dia de su muerte, que fué á los 9 de noviembre del mismo año. Dos dias despues el padre D. Juan de la Plaza, concluida su visita, tomó posesion del oficio de provincial que habia obtenido ocho años el padre Pedro Sanchez. Señaló luego por rector del colegio de México al padre *Pedro Antonio Diaz:* de Puebla, al padre *Pedro Morales:* de Oaxaca, al padre *Francisco Baez:* de Valladolid, al padre *Diego Lopez de Mesa.* En Veracruz continuó el padre *Alonso Guillen*, y en Tepozotlan, el padre *Alonso Ruiz.* La asignacion del padre D. Pedro de Morales á la residencia de la Puebla, fué en las circunstancias la mas acertada. En esta casa se habia comenzado á hacer un gran fruto con el colegio Seminario, á pesar de la pequeña persecucion, de que quedaban algunas reliquias en los ánimos. Las necesidades domésticas habian tenido algun alivio; pero muy luego se acabó aun la esperanza que habian hecho renacer algunas cortas limosnas. D. Melchor de Cobarruvias, noble republicano, prometió catorce mil pesos para la fundacion del colegio. La dotacion no pareció bastante para un colegio de la segunda ciudad del reino, en que eran necesarios estudios de todas las facultades. Esta repulsa agrió mucho á aquel insigne caballero, y cerró la puerta á muchos socorros, que parecia prometer el afecto con que miraba á la Compañía. El padre Plaza en atencion á estas circunstancias, habia intentado deshacer aquella residencia hasta que el tiempo ofreciese oportuna ocasion, en que pudiesen trabajar con mas descanso. En efecto, hubiera sido necesario tomar dentro de poco tiempo una resolucion tan ágria, si con el nuevo gobierno del padre Dr. *Pedro de Morales* no se hubiese mejorado la situacion de aquella casa. Era el padre dotado de una singular dulzura y amenidad en su conversacion, de un pronto espediente, y de una franqueza y abertura de génio, que se insinuaba fácilmente y dominaba á cuantos le trataban. Añadíase la gentileza del cuerpo, la hermosura y la modesta alegría de su semblante, *sobre escrito*, que cuando concuerda con las prendas interiores del alma, les da para con los hombres mas severos, no se qué estimacion, tanto mas grande, cuanto mas conforme á aquel deleite, que se gusta pocas veces en hallar perfectamente de acuerdo la

razon con los sentidos †. Con estas bellas cualidades, se atrajo muy breve el padre Dr. *Morales* la estimacion de toda la ciudad. El padre Antonio del Rincon, daba un espectáculo muy diferente. Este operario infatigable, atendia al mismo tiempo á las clases de gramática, á la educacion, direccion de los colegiales en el Seminario de S. Gerónimo, y á la instruccion de los indios, cuyo idioma poseia en un grado eminente. Los pocos ratos que le dejaban libres estas graves ocupaciones, los empleaba en explicar la doctrina, y exhortar á los presos en las cárceles y obrajes, que habia muchos en aquella ciudad, y que podian llamarse, con razon, escuelas de maldad, y unos pequeños ensayos del infierno. La blasfemia, la obscenidad, los perjuros, las mas atroces calumnias, eran el ordinario estilo de sus conversaciones. La pobreza, la hambre, la desnudez, la reclusion, los arrojaban en un continuo despecho; el poco tiempo que no les ocupaba un crudo y siempre involuntario trabajo, lo daban á la embriaguez, al juego y á la mas vergonzosa torpeza. El celo incansable del padre *Antonio del Rincon,* le hacia buscar estas almas extragadas, y entrar, digámoslo así, á la parte de sus miserias para ganarlas á Jesucristo. Fuera de esto, tomó el trabajo de explicar todos los domingos la doctrina en la Iglesia del hospital de S. Pedro, vecino á nuestra casa, miéntras que algunos otros padres repartidos por las salas hacian fervorosas exhortaciones, y confesaban á los enfermos, ministerio que hasta ahora se continúa en aquella casa, con grande aplicacion y constante fruto.

Sucesos de Manila.

Entretanto los padres *Antonio Sedeño* y *Alonso Sanchez* navegaban á llevar la luz del Evangelio á las islas Filipinas. El hermano Gaspar de Toledo que los acompañaba, jóven de muy inocentes costumbres y digno hermano del padre D. Francisco Suarez, murió á pocos dias de navegacion. Los demas habiendo llegado á la costa oriental de la isla de Luson, en un tiempo en que ya los vendavales muy temibles en aquellos mares, no permitian pasar el estrecho, desembarcaron en aquellas playas y caminaron por tierra hasta Manila, donde llegaron á principios de setiembre del año de 81. Hicieron los padres esta navegacion con tanta pobreza, que mendigaban de los pasageros su cotidiano sustento, aunque las órdenes de S. M. eran muy francas, y grande el cuidado del Sr. obispo en procurarles toda la posible comodidad, á que con grande edificacion renunciaban. Llegaron á Manila sin mas tren

† Esto es conocer el corazon humano.

que una caja de libros, ni mas ropa que unas sotanas raidas, sin manteos, que la larga navegacion y viages por tierra habian dejado inservibles. Con ocasion de haber ido en compañía de unos religiosos de S. Francisco, estos caritativos padres que habian quedado muy edificados de su virtud, les procuraron alojamiento en su misma casa. Tres meses poco ménos, se mantuvieron en el convento, hasta que informados de la buena disposicion de los naturales del pais, determinaron pasarse á vivir entre ellos en un pueblo muy cercano, y cuasi arrabal de la ciudad, que llamaban *Lagio*. Tomaron una pequeña casa en que la caja de los libros les servia de mesa para tomar algun sustento, que ordinariamente era solo arroz, y tal vez algun pege.

Intenta el Sr. arzobispo se encargue la Compañía del colegio de S. Juan de Letran.

La religiosidad y celo de nuestros operarios en los demas colegios de Nueva-España, esparcia tan bello olor de edificacion, que movido de ella el Sr. arzobispo D. Pedro Moya de Contreras, pretendió se encargase la Compañía del cuidado y administracion del hospital y colegio de S. Juan de Letran. El católico rey D. Felipe II por cédula fecha en Valladolid á 6 de setiembre de 1557, en una instruccion dirigida á los vireyes de Nueva-España, les encarga el aumento y administracion de este colegio, señalando rentas de su real erario para la subsistencia de los niños que en él hubieran de educarse, y les da las ordenanzas mas prudentes para su conservacion, haciéndole algunas otras mercedes, de que en general se hace mencion en la ley XIV, tít. 23, lib. 1 de la Recopilacion de Indias.

Toda esta recomendacion le habia grangeado á este colegio la actividad y fervoroso celo de su venerable fundador el hermano Fr. *Pedro de Gante*, religioso lego del órden seráfico. Este piadoso varon, mucho mas recomendable por su singular piedad que por la ilustre sangre de los reyes de Escocia, é *inmediato parentesco* con el emperador Carlos V, despues de haber catequizado y bautizado por su mano mas de *un millon de indios*, y quebrado mas de diez mil ídolos †, se entregó á la educacion de los niños y niñas indias para quienes fundó distintos colegios, que hasta el año de 1572, en que murió, gobernó por sí mismo con admirable prudencia y utilidad. Varon verdaderamente humilde, y digno de que el nuncio apostólico de España, el reverendísimo Fr. Vicente Lunel, ministro general de la órden, y el Sumo Pontífice Pau-

† Esta relacion está conforme con la que se lee al pié de su retrato colocado en el descanso de la escalera del convento grande de S. Francisco de México.—EE.

lo III, lo exhortasen á recibir el órden sacerdotal que reusó siempre, aun cuando el emperador Carlos V le brindaba con el arzobispado de México. Digno de que el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Sumárraga, primer prelado de la Iglesia de México le propusiese al capítulo general de Tolosa como uno de los obreros mas fervorosos y mas útiles que tenia la Nueva-España, y de que su sucesor D. Fr. Alonso de Montufar del órden de Sto. Domingo, se gobernase en todo por su direccion y su consejo. El colegio, que miéntras vivió este santo hombre estuvo siempre en una ventajosa situacion, cayó despues en sumo abatimiento. Para precaver conforme á las intenciones de S. M. su total ruina, intentó el dicho Sr. arzobispo, y aun pidió á nuestro muy reverendo padre general se encargase de él la Compañía. El padre *Everardo Mercuriano* en carta fecha en Roma á 25 de febrero del presente año, respondió así á S. I. En el particular que V. S. R. me propone del hospital y colegio de S. Juan Leterano, no he tenido informacion alguna. Al padre Plaza, á quien envié en mi nombre á visitar esa provincia, doy órden para que trate con V. S. R. este negocio, de suerte que sea guiado todo á mayor gloria divina, y al modo de la Compañía, como sé que V. S. R. lo desea y pretende, á quien Nuestro Señor tenga en su continua proteccion para bien de su santa Iglesia &c. El padre Juan de la Plaza, ya entónces provincial, despues de conferenciado y examinado á fondo este negocio, con el Sr. Illmo. y los padres consultores, fué de dictámen de no poderse admitir el honor que se pretendia hacernos, sin contravenir á las costumbres mas venerables y al estilo comun de nuestra Compañía, á que de ningun modo intentaba oponerse aquel prudentísimo prelado †. . . . .

El colegio Seminario de S. Pedro y S. Pablo, dejado á la administracion de sus patronos, experimentaba mutacion en cada uno de los cabildos. Antes de cumplirse el año de haberlo dejado la Compañía, se celebró otra junta á 1.° de agosto de 1581, desde el año antecedente con ocasion de la diversidad de dictámenes, que aun en las mas santas y bien gobernadas asambleas suele traer perniciosas consecuencias, habia determinado el Exmo. Sr. D. Martin Enriquez que presidiese siempre á los cabildos alguno de los Sres. oidores, como en efecto asistió en esta el Dr. D. Hernando de Robles. Procediéndose á la elec-

Auto sobre el colegio Seminario de San Pedro y San Pablo.

† Hoy subsiste este colegio bajo la direccion del Dr. D. José María Iturralde en un buen pié de enseñanza, y proteccion del gobierno departamental de México.—EE.

cion de rector, el Sr. D. Pedro Lopez propuso que el colegio volviese á la direccion de la Compañía. Concordaron otros votos, cuya resolucion aprobó el presidente y confirmó la real audiencia con un auto muy honroso á nuestra religion, del tenor siguiente.

„En la ciudad de México á 18 dias del mes de agosto del año de 1581, los Sres. presidente y oidores de la audiencia real de Nueva-España, habiendo visto lo pedido por el Dr. Damian de Torres, Pedro Gallo de Escalada, Alonso Ximenez, y otras personas que dicen ser patronos de ciertas colegiaturas que se han instituido en el colegio de S. Pedro y S. Pablo de esta ciudad, cuya administracion han tenido los padres de la Compañía de Jesus, *Dijeron*: que para que mejor se perpetúe la fundacion de dicho colegio, y en él se consiga el fin que se pretende á mas próspero estado del servicio de Dios Nuestro Señor y bien y provecho de los colegiales que en él residen y hubieren de residir, así en virtud y buenas costumbres, como en las ciencias de las letras, de que tanta necesidad hay en esta tierra, para la doctrina y buen ejemplo de los naturales de ella; ha parecido se debe encargar al rector que es, ó fuere, de la Compañía de Jesus, el gobierno y régimen de dicho colegio en lo espiritual, reservando en los dichos patronos el derecho que tienen á presentar en las dichas colegiaturas á los que hubieren de subrogar los presentados. Por lo cual, sin embargo de lo por ellos pedido, é intentado, rogaban y encargaban al que es ó fuere rector de la dicha Compañía, se encargue, reciba y tome debajo de su gobierno el régimen y administracion de dicho colegio, en lo tocante á lo espiritual, y para ello ponga un vice-rector el que le pareciere para que lo rija y administre, conforme á las constituciones y estatutos que les diere y ordenare, el cual pueda remover y quitar cada y cuando le pareciere, y el tal rector tenga cuidado particular de visitar el dicho colegio, é inquirir y saber si en él se conserva y guarda lo que para su buen gobierno se hubiere ordenado é instituido, corrigiendo lo que se debiere corregir y enmendar; de manera, que siempre haya la perfeccion que pide semejante obra, y en ella se sirva á Nuestro Señor, y los colegiales vayan en aumento de virtud y ciencia. Y porque hasta ahora no está asentado el órden que se ha de tener en lo temporal de dicho colegio y cobranza de sus rentas y distribucion de ellas, mandaban y mandaron, que los doctores *Plaza*, provincial, y *Pedro Sanchez*, religioso de la dicha Compañia, y el Dr. *Pedro Lopez* y *Alvaro de Figueroa*, vecinos de esta ciudad, dos de los dichos patronos, personas

nombradas y señaladas en el cabildo, que tuvieron en 22 de noviembre del año pasado de 580, con asistencia del dicho D. Hernando de Robles, hagan las ordenanzas que para el buen gobierno de dicho colegio parecieren y fueren necesarias, teniendo respeto y consideracion á que las rentas de él se distribuyan y gasten á mas utilidad y provecho de dicho colegio, escusando las cosas supérfluas que podian ser causa de empobrecer el dicho colegio, ó que se le siguiese alguna penuria ó pobreza. Y las dichas ordenanzas y constituciones que los susodichos así hicieren, se guarden y cumplan por los dichos colegiales y patronos que hoy son, y adelante fueren, y por las demas personas á quien tocaren y pudieren tocar, só las penas que en ellas les fueren impuestas, lo contrario haciendo; las cuales desde luego, les imponian y habian por impuestas, y para que mas puntualmente se guarden y cumplan despues de hechas, se traigan al real acuerdo para que se aprueben y confirmen. Así lo proveyeron y mandaron, y que este auto se asiente en los libros de los patronasgos de dicho colegio. Rubricada de S. E. y los Sres. doctores *Farfan*, *Miranda*, *Sedeño y Robles*. Pasó delante de mí. *Miguel Lopez de Agüero*. En consecuencia de este auto, el padre *Pedro Diaz*, rector del colegio de México, tomó á su cargo el Seminario, y señaló por vice-rector al Lic. *Bernabé Sanchez de Betamos*, que lo habia administrado con crédito desde 22 de noviembre del año antecedente, y en este estado se prosiguió hasta el año de 1588, en que le aconteció nueva mudanza.

El siguiente año de 82, no olvidado el padre provincial Juan de la Plaza de la palabra que habia dado á la ciudad de *Guatemala*, determinó enviar en mision algunos padres: escogió para este efecto al padre Antonio de Torres y al padre Alonso Ruiz con un hermano estudiante, que bajo la conducta de tales maestros, aprendiese el grande arte de los ministerios apostólicos. El camino largo y de los mas pesados y escabrosos del reino, les ofreció desde luego bastante materia de sufrimiento. El fruto de la mision correspondió bien al celo de los misioneros y al gran deseo y aplauso con que fueron recibidos en la ciudad. Instaron tercera vez para que quedase de asiento allí la Compañía, y escribieron prometiendo gruesas limosnas, que seguramente hubieran cumplido, si el padre provincial no hubiera tenido justos motivos que le obligaron á no condescender por entónces. Al mismo tiempo salió del colegio de México otra mision para las minas y lugares vecinos en que fué mayor el trabajo y no inferior el suceso. Para estas pasageras espedi-

Mision á Guatemala y villas de Zamora y Guanajuato.

ciones, se formaban los sugetos en el colegio con el continuo ejercicio de la mortificacion y de las demas virtudes religiosas, cuyo buen olor se difundia por todo México. El importante ministerio de la esplicacion de la doctrina, ocupaba varios sugetos por las calles y plazas. Mendigaban á veces el sustento en las porterías de los conventos, no solo los novicios, pero aun los estudiantes y sacerdotes que en esto, como en las demás humillaciones y mortificaciones domésticas, precedian á la juventud con heroicos ejemplos. Pedian otros limosna por la ciudad para los hospitales y las cárceles, y á su celo piadoso se debe la cofradía de la misericordia que fundaron algunos de los republicanos para el socorro de los presos. No habia género alguno de miseria ó de escándalo, que no procurase remediar la industriosa caridad de aquellos fervorosos operarios. Consiguieron se fundase una casa para mugeres divorciadas en que tuviese refugio su honestidad y su fama, todo el tiempo que estaban apartadas de sus maridos.

No florecía solamente el espíritu apostólico en el colegio capital de la provincia, ántes de aquí se comunicaba á los demas casi un fervor que no disminuia la distancia de los lugares. De Pátzcuaro salieron para los pueblos vecinos. De Valladolid se hizo una fervorosa mision á la villa de Zamora, poblacion considerable al Oeste de Pátzcuaro, y cuasi en los confines del obispado de Michoacán. Llegaron los padres á tiempo que estaban divididos los ánimos. El cura de aquel partido creia haber recibido injuria de cierto religioso que pocos dias habia predicado con alguna libertad que el beneficiado interpretaba á sátira. Esta disencion habia prorrumpido en públicas demostraciones, con no poco escándalo del pueblo que fácilmente toma partido en semejantes lances, conforme el interés ó el capricho. Los misioneros tomaron á su cargo disipar ántes de todo aquella sombra que verosímilmente no hubiera permitido hacer á la mision considerable fruto. Efectivamente, como personas eclesiásticas, virtuosas y prudentes, despues de algunos dias convinieron fácilmente en una recíproca amistad. Se abrazaron públicamente en la iglesia con mucha edificacion de todo el lugar. Este heroico ejemplo de caridad, de mansedumbre, y de humildad cristiana, fué un poderoso exordio que dispuso los ánimos á la mision. El predicador, sin dar lugar á que se enfriaran aquellos primeros movimientos y lágrimas que les habia sacado aquel tierno espectáculo, habló con tanto espíritu de las estrechas obligaciones de la caridad evangélica, que públicamente se pidieron muchos perdon de pa-

sadas injurias, y toda la villa pareció por mucho tiempo una sola familia. ¡Tanto poder tiene para arrastrar á los súbditos el ejemplo de sus mayores! Las confesiones y comuniones, y la reforma de las costumbres fué tan sensible, que corriendo la fama vino en persona el vicario de Guanajuato, real de minas no poco distante de Zamora, á suplicar á los misioneros que quisiesen pasar á su partido. Pareció necesario condescender con el celoso pastor: le acompañó uno de los padres, no sin bastante riesgo de los chichimecos que con frecuentes correrías inquietaban los contornos. El vicario contribuyó mucho de su parte al grande fruto de la mision. Predicaban juntamente con mucha vehemencia; pero el trabajo de las confesiones cargó todo sobre el misionero hasta que se le enviaron compañeros, que por largo tiempo tuvieron que recoger una mies abundante. En el colegio se habian añadido á las demas ordinarias tareas la administracion y gobierno del colegio de S. Nicolás. Este, segun la mente de su venerable fundador, lo habia dirigido la Compañía todo el tiempo que estuvo en Pátzcuaro despues de fundada allí la residencia, y por motivos urgentes lo habia dejado despues de pocos meses de trasladada á Valladolid la catedral. A poco tiempo se reconoció en aquella juventud tanto atraso en las letras y tanto descarrío en las costumbres, que verosímilmente se hubiera arruinado del todo. Determinaron, pues, por comun acuerdo del cabildo suplicar al padre provincial Juan de la Plaza, se encargase de él la Compañía. No se juzgó conveniente aceptar sin algunas condiciones bien agenas de la opinion que algunos mal afectos habian procurado esparcir en el público. La primera, que los trescientos pesos que para el rector habia dejado señalados el Sr. D. Vasco, se repartirian para alimentos de colegiales pobres. La segunda, que el cabildo deberia señalar un mayordomo seglar en cuyo poder entrase la renta, y á quien los ilustres patronos pudiesen tomar cuenta y remover á su arbitrio sin alguna intervencion de nuestra parte. Con estas condiciones, que aprobaron los señores prebendados de comun acuerdo, determinó el padre provincial señalar al mismo padre Juan Sanchez que habia estado ántes con grande aceptacion en aquel cargo; sin embargo de tanta moderacion, no faltaron algunos á quienes su interés en la causa armó contra la Compañía. Ganaron estos la voluntad de algunos capitulares, diciéndoles que estando á nuestro cargo el seminario, breve impetrariamos bulas de su Santidad para administrarlo con independencia del cabildo, quitándoles el patronato que tan prudente y sábiamente les habia conce-

dido el fundador. El Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Medina y el alcalde mayor disiparon con facilidad estos mal fundados dircursos, y el padre Juan Sanchez que ya se revolvía del camino, entró en Valladolid y gobernó por algun tiempo el seminario hasta que por otro semejante motivo pareció necesario abandonarlo.

Puebla. No hubo menos que sufrir por este tiempo en la Puebla de los Angeles á causa del seminario de S. Gerónimo. Se decia públicamente que el colegio se aprovechaba de las rentas, y que manteniéndose los padres á espensas del colegio, admitian el salario que por un motivo de vanidad parecian reusar en lo público. Una calumnia tan negra y que tocaba en el honor de la Compañía, movió al padre Antonio del Rincon á pretender que se deshiciese el seminario, y se habria deshecho en efecto, si nó hubiéramos hallado en el Sr. D. *Diego Romano*, obispo de aquella ciudad, la misma proteccion que en el Sr. D. *Juan Medina*. Tomó por suya la causa de los jesuitas, de quien en todas ocasiones se mostraba padre. Su autoridad hizo cesar muy en breve aquellas voces sediciosas. Sostuvo el seminario, y alivió con nuevas limosnas á nuestro colegio que honraba muchas veces con su presencia. Un nuevo accidente acabó de ganar al público en favor de la Compañía, dando al mismo tiempo crédito á los estudios, y un establecimiento sólido al dicho seminario. Llegó acaso por aquellos dias en peregrinacion á aquel colegio uno de los hermanos estudiantes en compañía de su maestro, que teniendo ocupado todo el resto del año en sus tareas eclesiásticas, empleaban el tiempo de las vacaciones en estas apostólicas correrías con muchas creces de mortificacion y de humildad, y grande edificacion y provecho de los pueblos. Se dispuso un acto literario dedidado al ilustrísimo, y se convidó todo lo mas florido de la ciudad, para la víspera de S. Gerónimo, titular del seminario. Una funcion nunca ántes vista en aquel pais, atrajo á nuestra casa infinito concurso de todo género de gentes. Se recibió al Sr. obispo con una oracion latina, y se procedió despues á la disputa, en que replicaron algunos señores prebendados y maestros de las religiones con notable lucimiento y aplauso del público, que nada entendia menos. El colegio seminario y los jesuitas quedaron en una grande estimacion para con la ciudad: crecieron en lo de adelante las limosnas con el afecto de los republicanos, y dentro de muy poco tiempo veremos comenzar á levantarse el mas grande y bien dotado colegio de toda la provincia. Tanto es cierto que las mayores empresas suelen nacer de

los mas ténues principios, y que la aprension en los ánimos de los hombres es mas poderosa á veces que la verdad. El padre Dr. *Pedro de Morales*, atento á todo lo que para utilidad del público abraza la Compañía, envió á la villa de Atlixco algunos padres en mision, y al mismo tiempo dió providencia para que de la residencia de Veracruz, agregada á este colegio, saliesen otros para el ingenio de Orizava y estancias circunvecinas. En una y otra parte se lograron copiosísimos frutos. Los lectores agradecerán que nos tomemos la pena de entrar siempre en una relacion circunstanciada de los trabajos y sucesos de este género de espediciones, mientras no ocurran algunos acontecimientos extraordinarios que deban interesar su atencion. Veracruz.

Tal fué el que se esperimentó en una mision por el obispado de Oaxaca. Un hombre de una vida estragada llegó, entre otros muchos, á confesarse. La gracia del Señor obró en él con tanta vehemencia, que no pareciéndole suficientes sus sérios propósitos, añadió voto de romper con una amistad que hasta entónces le habia sido ocasion de muchas caidas. Perseveró por algun tiempo en estas santas disposiciones, hasta que arrebatado un dia de la vista pasagera de aquel objeto, consintió y aun intentó poner por obra el deseo criminal. Caminaba ya al precipicio, cuando un repentino accidente lo derribó en tierra privado de sentido. Acudió prontamente el misionero; pero no estaba en estado de confesarse. Sus voces espantosas, su semblante y las contorciones violentas de todo el cuerpo, parecieron de un hombre poseido del demonio. El padre, penetrado del mas vivo dolor, mandó retirar toda la gente que habia atraido aquel triste espectáculo. Se puso de rodillas pidiendo á Dios por aquella alma. Oyó Dios á su santo, y dentro de poco rato, pronunciando el Dulce Nombre de Jesus, volvió en sí el infeliz, diciendo como habia consentido en aquel pecado, de que el Señor, con un misericordioso castigo, habia querido avisarle. Me ví, dijo, cercado repentinamente de muchas negras y espantosas sombras, que con la eficacia de la oracion se han disipado. Se confesó con muchas lágrimas, y procedió despues ejemplarmente. Con tan sólidos consuelos pagaba Dios los trabajos de estos fervorosos ministros en esta y las demás misiones. Oaxaca. Caso raro.

Entre tanto habia mas de un año y medio que en Tepozotlán entregados al penoso estudio de las lenguas ejercitaban con los indios el mismo empleo nuestros operarios. Todos estaban ya bastantemente instruidos en la lengua mexicana, mazaguatl y otomí, y podia en nues- Intenta la Comp. ausentarse de Tepozotlán.

Preséntanse los indios al Sr. arzopispo

tros colegios enseñarlas á otros muchos. Pensó, pues, el padre provincial retirar los sugetos á México y dar lugar á que se proveyese el curato en algun sacerdote secular como ántes se habia practicado en *Huizquiluca*. No pudieron entender los indios la resolucion del padre Plaza sin una estrema sorpresa. Se presentaron al Sr. arzobispo, que se habia instado muchas veces para que en calidad de curas administrasen aquel partido los jesuitas como santísimamente lo han practicado hasta ahora en la América las demas religiones. Ya que esto no habia podido conseguirlo por falta de la necesaria licencia del general, pretendió que nos quedásemos en el pueblo para alivio y consuelo de los indios, señalando S. I. distinto párroco que administrase el partido, y haciéndonos donacion del sitio que entónces ocupábamos. Todo esto esplicará mejor un edicto ó auto de S. I., que por convenir mucho á la justificacion de lo que despues habremos de decir, no podemos dejar de vaciar en todo su tenor. „Don *Pedro Moya de Contreras*, por la gracia de Dios, arzobispo de México, del consejo de S. M. Por cuanto los padres de la Compañía de Jesus de esta ciudad, deseosos de la conversion, doctrina y aprovechamiento espiritual de los indios de este arzobispado y de otras partes de Nueva-España, considerando que para hacer en ellos el fruto que desean les era necesario y forzoso aprender la lengua otomí por haber de ella gran falta de ministros, y juntamente la mexicana por ser la mas universal de estos reinos, y que para este efecto y aprender dichas lenguas con mas disposicion y brevedad convenia residir entre ellos; trataron con nos que les señalásemos un pueblo cercano á México donde cómodamente pudiesen poner en ejecucion su intento; y nos, teniendo respeto y atencion á su santo y piadoso celo, y notable utilidad que de él resultaria á estas nuevas plantas, estimando su deseo y voluntad, les deputamos el pueblo de Tepozotlán por ser cerca y de lengua otomí y mexicana, y mas acomodado por lo susodicho que otro ninguno de la comarca; y así, con nuestra permision y órden del reverendo padre Dr. Plaza, provincial de la dicha Compañía, habrá un año y medio que fueron al dicho pueblo algunos padres y hermanos á estudiar las dichas lenguas, lo cual han continuado con tan particular cuidado, que todos las saben, administrando en este tiempo los sacramentos y doctrina, y cosas de nuestra santa fé católica á los indios de aquel partido y otros comarcanos, donde los ministros no son suficientes en las dichas lenguas. Por lo cual, y porque aquel partido no careciese de tan singular y provechosa

doctrina, pedimos y rogamos diversas veces al padre provincial se encargase la Compañía de la cura y administracion de él, como la tienen los demas órdenes en los pueblos donde residen. Pero juzgando no lo podian hacer, y entendido por el gobernador y principales de dicho pueblo, que los padres y hermanos que en él estaban se querian venir, presentaron ante nos una peticion de este tenor. „D. Martin Maldonado, gobernador del pueblo de Tepotzotlan, y todos los alcaldes y principales del dicho pueblo, parecemos ante V. S. I. y decimos: que habrá año y medio, poco mas ó ménos, que los padres de la Compañía de Jesus han residido en dicho pueblo y nos han ayudado en la doctrina y administracion de los santos Sacramentos con extraordinario fruto de nuestras almas y conciencias, segun es público y notorio. Y ahora hemos sabido que nos quieren dejar, diciendo que no pueden ser curas de almas, de lo cual á todos nos ha resultado gravísimo desconsuelo, viendo que si nos desamparan cesarán y perecerán tantos y tan buenos ejercicios como han puesto en órden, así para la educacion de los niños, como para la doctrina de los adultos. Y pues V. S. es padre y pastor á quien incumbe procurar, como lo procura, semejante pasto á sus ovejas, y ovejas tan desamparadas como somos nosotros, pedimos y suplicamos á V. S. I., por reverencia de Jesucristo nuestro Señor, sea parte para que los dichos padres de la Compañía no nos desamparen, aunque V. S. provea beneficiado en el dicho pueblo, que para ellos y él daremos casas en que vivan. Y así, siendo V. S. servido, señalamos para los padres de la Compañía las casas y huerta en que al presente residen, por estar ya acomodados al modo que es necesario para sí, y para ayudarnos al beneficiado que fuere; señalamos una casa del pueblo que está cerca de la iglesia, á donde le acomodarémos como fuere justo. A V. S. I. suplicamos, por amor de nuestro Señor, admita la donacion que por esta le hacemos, renunciando y cediendo en manos de V. S. todo el derecho que á ellas tenemos, y en que recibirémos grande bien y merced.—D. Martin Maldonado, gobernador &c.—En cuya virtud procuramos con instancia que la Compañía no saliese de dicho pueblo, sin embargo de que proveyésemos en él nuestro vicario y beneficiado para la administracion de los Sacramentos, como haber solia, lo cual á nuestro ruego ha tenido por bien conceder el padre provincial. Por tanto, considerando los motivos de los ya referidos, y la utilidad que se sigue y adelante resultará de que la compañía esté en el dicho pueblo, para que los presentes y futuros de ella estudien en él las dichas lenguas, y me-

diante ellas comuniquen su doctrina y predicacion en toda esta Nueva-España en la mejor via y forma que podemos; hacemos gracia y donacion, pura, perfecta é irrevocable de las dichas casas y huertas, donde solian y acostumbraban vivir los vicarios y beneficiados de aquel pueblo de la dicha Compañía de Jesus para que sean suyas, y como suyas vivan y residan en ellas ahora y para siempre jamas. Con tanto, que si en algun tiempo dejare la Compañía las dichas casas y huerta, y de residir en dicho pueblo, vuelvan al señorío y posesion de la Iglesia y del beneficiado que en ella fuere, el cual desde ahora viviera en las casas que en la dicha peticion se declara que están cerca de la Iglesia de dicho pueblo. Dada en México á 22 dias del mes de junio de 1582. —*Petrus, Archiepiscopus mexicanus.*"

En consecuencia de esta determinacion, se pusieron luego los edictos para el beneficio, y entre todos los rivales, tuvo el Sr. arzobispo la benignidad de escoger el mas adicto á la Compañía, reconociendo con suma prudencia, como habia ya dicho al padre Plaza, las disenciones que podrian sobrevenir entre dos poseedores de una misma Iglesia. Aun con toda esta precaucion, el suceso no verificó sino demasiadamente los justos temores del ilustrísimo.

Ocupacion de los padres en Filipinas, y embajada del padre Alonso Sanchez.

En Filipinas por este mismo tiempo dos jesuitas de bien diferente caracter hacian al público los mas importantes servicios. El padre Antonio Sedeño se instruyó con brevedad en la lengua mas universal de la isla, y comenzó luego á ejercitar con los naturales del pais todos los ministerios de la Compañía. El padre Alonso Sanchez, despues de haber ayudado y sido como la alma del primer sínodo que convocó el celoso obispo, fué enviado á *Macao*, única ciudad que ocupaban los portugueses en las costas de la China, á la embocadura del rio de *Canton* á 22 grados y 9 minutos de la latitud. Los portugueses, que se habian establecido en ella desde el tiempo del emperador *Kia-tsmg*, en recompensa del importante servicio que hicieron al estado, haciendo retirar al pirata *Chang-si-la* que tenia sitiada á Canton, los navíos portugueses, que se hallaban en la rada, hicieron frente á este corsario á instancias de los mandarines que les convenia tener propicios para el comercio. En su fuga sorprendió la ciudad y puerto de Macao, en que fué muerto por los europeos. Esta se hizo muy en breve el centro do todo el comercio del Asia. Sus nuevos dueños fortificaron la plaza con una gruesa murallà y dos castillos del lado de la tierra, por el Norte, do nde un itsmo muy angosto une la ciudad con la isla del mis-

mo nombre. Hemos dado estas señas circunstanciadas, porque en todos los antiguos manuscritos y aun en la historia de Filipinas del padre Colin la hallamos con el nombre de ***Machan*** ó ***Machain*** una de las molucas, difundir una suma obscuridad á todo este pasage de la historia. El fin de esta espedicion fué traer á los portugueses de Macao al reconocimiento y homenage de Felipe II, en quien por la muerte desgraciada del rey D. Sebastian, se habian unido las dos coronas de Castilla y Portugal. El padre Alonso Sanchez desempeñó esta comision con todo aquel suceso y brevedad que se esperaba de su actividad y su elocuencia. Despues de haber sido arrojado á las costas de la China, y visto varias ciudades cuya curiosa relacion podrá verse en la citada historia de Filipinas, arribó á ***Macao.*** La Providencia dispuso encontrase allí personas de grande representacion, por cuyo medio ganase los ánimos para una sujecion tan no esperada y tan contraria á la inclinacion portuguesa. Se halló con el Illmo. D. Melchor Carnero, obispo de Nicea, y tres patriarcas de Etiopía con el padre Alejandro Valegñano, conductor de los príncipes del Japon, que pasaron á Roma á rendir la obediencia en nombre de su nacion al Sumo Pontífice Gregorio XIII. Accion que vió con pasmo la Europa como prueba nada equívoca de los trabajos y sudores de la Compañía, que en vano ha procurado despues desfigurar la envidia. Ayudaron tambien al feliz éxito de aquella árdua empresa, el Illmo. D. ***Leonardo Sea,*** obispo de Macao, y D. ***Juan de Almeida,*** gobernador de aquella plaza. Unos espíritus tan racionales entraron luego en las ideas del padre Alonso Sanchez, y su autoridad, junta á las privadas conversaciones y poderosa energía del enviado, reunieron lo restante del pueblo para la jura del nuevo monarca. ***Macao*** fué la primera ciudad de la Asia que reconoció á Felipe II, y á su ejemplo y diligencias del padre Alonso Sanchez, le rindieron todas las demas una gustosa y pronta obediencia. Este solo ejemplo daria á conocer que la fidelidad y el celo para con los reyes sus soberanos ha sido siempre uno de los caracteres que han distinguido á la Compañía, y bastaria para convencer y llenar de confusion á sus antiguos y modernos calumniadores, si una ciega é inveterada pasion fuera capaz de convencerse ó de avergonzarse.

Concluida tan felizmente esta negociacion, y no hallando barco en que volver derechamente á Manila, se embarcó en uno que habia para el Japon y debia volver luego á Filipinas. En este viage naufragó á la costa oriental de la isla de Formosa. Esta region, cuya situacion

y naturaleza habia sido hasta ahora tan poco conocida de los geógrafos, acaba de recibir una grande luz en este siglo con el nuevo mapa que del imperio de la China trabajaron por órden del emperador Canchi los misioneros jesuitas, y publicaron el año de 1717. El tomo 8.º de las Cartas edificantes y la historia general de viages que compiló Mr. *Prevost*, nos dá una idea completa de este pais. Una larga cadena de montañas lo parte de Norte á Sur. La costa occidental la ocupan los chinos desde los años de 1561. La oriental unos isleños bárbaros de quienes verosímilmente no podian los náufragos esperar buen cuartel. Una gran parte de la tripulación habia perecido en el mar. El padre Alonso Sanchez mostró bien toda la estension de su caridad y de su génio en unas circunstancias tan críticas. Muy lejos de aquel abatimiento que inspiran las desgracias, animaba á todos con su ejemplo. Trató lo primero de fabricar algunas barracas en que pudiesen hospedarse, y luego de fortificarlas contra los insultos de los paisanos que se dejaban ver á lo lejos armados de sus flechas. Se le ofreció fabricar de las reliquias del navío maltratado un pequeño barco en que volver á Macao. Este trabajo era necesario, pero muy difícil. Todo lo allanó con su industria y con su ejemplo. Era el primero en cualquier género de fatiga, y haciendo alternativamente los oficios de capitan, de constructor, de vigía, de cocinero, de piloto, logró conducir despues de algunos meses pasados en una suma incomodidad aquella pobre gente, segunda vez á Macao. El capitan D. Juan de Almeida escribió al gobernador de Filipinas D. Gonzalo Ronquillo, en estos términos. „Fué nuestro Señor servido que la nao que iba al Japon se perdiese, y que entre las personas que escaparon fuese uno el padre Alonso Sanchez que mostró bien en la ocasion su valor y espíritu en lo mucho que allí hizo en servicio de S. M. y de V. S. que le son en grande obligacion, así por lo mucho á que se arriesgó en emprender este viage, como en los muchos trabajos que en él ha pasado. ¡Qué bien supo escojer V. S. para esta empresa persona tal cual se requeria! &c." De aquí volvió con felicidad á Manila por marzo de 1583.

Año de 1583. Sus grandes talentos no permitieron que se le dejase por largo tiempo en quietud. En efecto, á fines de este mismo año le fué necesario hacer segundo viage á Macao, en cuyo éxito interesaba no ménos el rey que los particulares de aquella república. El padre Antonio Sedeño, solo con un hermano coadjutor en toda la isla de Leon, empleó este tiempo en enseñar á los naturales las artes mas necesarias para

la vida. El cultivo de los campos, la arquitectura y otras semejantes mecánicas, en que despues han mostrado tanta habilidad los filipinos que le reconocen por maestro. Edificó la primera casa de piedra que se vió en aquel pais, y fué la del Sr. obispo, y succesivamente otras muchas, manejando él mismo con una humildad que encantaba la escuadra y el nivel, y sufriendo los yerros de aquellos peones novicios con una paciencia y dulzura inalterable. La Nueva-España no nos ofrece en todo este intervalo cosa alguna digna de atencion fuera de los ordinarios ministerios y misiones, si no es la reunion de los tres colegios seminarios. Estando la provincia escasa de sugetos pareció mejor que los colegiales de S. Miguel, S. Gregorio y S. Bernardo, se redujesen á uno solo, á quien desde entónces parece habérsele dado el nombre de S. Ildefonso, que con tanta gloria ha conservado hasta el presente. Con el nombre de S. Miguel se instituyó poco despues una especie de congregacion de indios en el colegio de Puebla, y el de S. Gregorio se reservó al seminario de la misma nacion en México.

Reunion de los tres seminarios en el de S. Ildefonso.

A estos precedió el Seminario de S. Martin, fundado á diligencias de la Compañía en el pueblo de Tepotzotlan. D. Martin Maldonado, cacique de los principales del pueblo, despues de haber hecho al colegio la donacion de casa y huerta que arriba referimos, fué el autor de este pensamiento. En una asamblea de los de su nacion, propuso que en los tiempos de la gentilidad, sus antepasados, tenian en las principales poblaciones casas de comunidad, y maestros que instruyesen la juventud en las obligaciones políticas, y en las ceremonias de su bárbara religion. Este cuidado, dijo, nos interesa infinitamente mas en la ley santísima, que por nuestra dicha profesamos. La caridad de estos padres nos escusa la pena de buscar maestros, que jamás podriamos hallar tan cabales. Yo pensaba, pues, agregar nuestra juventud á su direccion en una casa comun, donde gozasen mejor de su doctrina, y se formasen á la virtud con sus domésticos ejemplos. Para su subsistencia, desde ahora destino una parte de mis tierras. Se determinó luego dar á la Compañía unas casas vecinas á la Iglesia y plaza del pueblo, y se añadieron algunos otros cortos retazos de tierra. Aquí se juntaron como treinta colegiales hijos de caciques. Fuera de la religion y la urbanidad, se les enseñaba el canto eclesiástico y demas ceremonias para el servicio de los altares. Se ocupaban en la direccion de este colegio uno ó dos sugetos de la Compañía, sábios en la lengua mexicana y otomi, y tenian cuidado de la escuela de leer y escribir, don-

Año de 1584 Seminario de S. Martin en Tepotzotlán.

audiencias de Sto. Domingo y México, en que habia servido á S. M. muchos años. Este piadoso caballero, no dió paso alguno á la disposicion de su viage ántes de pedir al padre provincial algunos misioneros que le acompañasen á Manila. Aunque eran pocos los sugetos para los colegios y ministros de Nueva-España, sin embargo, no se pudo dejar de condescender á las instancias del presidente, ni de atender á la necesidad de aquella nueva colonia, en cuyos frutos y gloriosos trabajos tanto interesaba la Providencia. Destináronse para la mision los padres *Hernan Suarez*, castellano, como superior, el padre *Raymundo Prat*, ó Roman de Prado, catalán, el padre *Francisco Almerico*, italiano, y el hermano *Gaspar Gomez*, coadjutor temporal. Llegaron estos padres á Manila á principios del año de 1585. El padre Hernan Gomez, se entregó luego á los ministerios mas penosos, con un extraordinario celo, de que fué muy presto la víctima. El padre Almerico se dedicó á aprender la lengua de los chinos y japones, para la instruccion de aquellas naciones desamparadas. El padre Raymundo Prat, tomó á su cargo á los indios, cuya lengua aprendió con facilidad, y de que fué todo el resto de su vida un ministro incansable. Poco despues de su llegada, volvió de Macao el padre Alonso Sanchez, despues de haber experimentado en el viage, cuanto tienen de furiosos los mares en las costas de la India Oriental, y un sumo peligro de caer en manos de los bárbaros en la Ensenada de Cochinchina, de que se libró por una extraordinaria providencia. Con su vuelta, prosiguió la sínodo, que el Sr. obispo habia querido suspender en su ausencia, y en que habia encargado al padre Sanchez llevase digeridas las materias y asuntos de importancia, sobre que siempre inquiria de los primeros su parecer, sin ofension de alguno de aquella docta asamblea, que admiraba en el padre Alonso Sanchez un fondo tan grande de doctrina, junto con una modestia humilde y una constante integridad.

Concilio Mexicano.

No era ménos la opinion de piedad y sabiduría con que en semejante ocasion servian los jesuitas en México á la Iglesia y al estudio. Habiase juntado en México aquel año concilio provincial á diligencias del Illmo. y Exmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras. Asistieron los Illmos Sres. D. *Diego Romano*, obispo de la Puebla, D. Fr. *García Gomez Fernandez de Córdova*, del órden de S. Gerónimo, obispo de Guatemala, D. Fr. *Bartolomé de Ledesma*, del órden de predicadores, obispo de Oaxaca, D. Fr. *Juan de Medina Rincon*, del órden de S. Agustin, obispo de Michoacán, D. Fr. *Domingo de Arzola*, del órden

de predicadores, obispo de Guadalajara, D. Fr. *Gregorio Montalvo*, del órden de predicadores, obispo de Yucatán. Se convocaron teólogos de todas las religiones, el reverendo padre maestro Fr. Pedro de Pravia, de la órden de Sto. Domingo: el reverendo padre maestro Fr. Melchor de los Reyes, de la órden de S. Agustin: el reverendo padre Fr. Juan de Salmeron, del órden de S. Francisco; y el padre Dr. Juan de la Plaza, de la Compañía de Jesus. Consultores juristas fueron D. Juan de Zurriero, arcediano de la Sta. Iglesia de México: el Dr. D. Juan de Salcedo, catedrático de prima de cánones en la real Universidad, y secretario del concilio: el Dr. D. Fulgencio Vic, y el padre Dr. Pedro de Morales, rector del colegio de la Puebla, hombre igualmente docto en las profundidades de la teología, y en las sutilezas del derecho. Fuera de estos, el Sr. arzobispo en cualidad de virey y capitan general, nombró por su teólogo y consultor al padre Pedro de Hortigosa, á quien veneraba como á su maestro. Sus decisiones eran oidas con veneracion en toda aquella venerable asamblea. Trabajó por órden del concilio en la formacion de sus decretos y sus cánones, juntamente con el Dr. D. Juan de Salcedo, á quien como á secretario cupo el mayor peso de todo este negocio. Se le encomendó despues su traduccion á la lengua latina, y últimamente entre él y el padre Dr. Plaza, por comun consentimiento de todo aquel cónclave, formaron el Catecismo de Doctrina cristiana, que se vió por mucho tiempo en estos reinos. Comenzó el concilio á 20 dias del mes de enero en la Iglesia de S. Agustin, y se concluyó á 17 de setiembre del mismo año de 1585. Despues de visto por el real consejo, se remitió á Roma, y Sixto V, despues de la aprobacion de una junta destinada á este efecto, lo confirmó en 27 de octubre de 1589. La M. del Sr. D. Felipe IV, dió licencia para su impresion el año de 1621, y mandó se guardase en estos reinos, como consta de la ley 7 tít. 7 lib. 1 de la Recopilacion de leyes de Indias. El Sr. Urbano VIII, se dice haber estendido su observancia á las islas Filipinas, por bula expedida á 11 de marzo de 1626. Ello es cierto que en tiempo de su celebracion, el Illmo. Sr. D. Domingo de Salazar, primer obispo de Manila, que habia juntado allá un sínodo, propuso varias dudas y artículos al concilio mexicano, y estuvo á su resolucion.

En el intervalo del concilio habia venido de España destinado provincial de esta provincia, el padre *Antonio de Mendoza*, que como el padre Plaza tomó muy á su cargo la conversion é instruccion de los

indios, sobre que traia de Roma órdenes muy precisas. En el colegio de la Puebla, determinó que al Seminario de S. Gerónimo, que estaba entónces contiguo á nuestra casa, se agregase y dispusiese una Iglesia en forma de jacal, bastantemente capaz, donde el padre Antonio del Rincon cultivase aparte los indios, sin perjuicio del concurso de los españoles, que no les dejaba lugar en nuestro templo.

Mision á Teotlalco.

Dispuso asimismo, atento siempre al mayor provecho de los indios, una mision al partido de *Teotlalco*, á peticion del Sr. obispo de la Puebla. Era esta una region de su dilatadísima diócesis extremamente necesitada. La escasez de ministros en aquellos tiempos, habia obligado á sujetar á la administracion y vigilancia de un solo beneficiado mas de sesenta pueblos. El sumo desamparo espiritual en que vivian estos infelices, junto con las memorias aun recientes de su gentilidad en las cumbres y en las quebradas de sus montes, los habia precipitado de nuevo en todos los desórdenes, haciendo un monstruo de religion en que juntaban con el Dios verdadero adoracion á las mas viles criaturas. Algunos adoraban al fuego, otros á ciertos génios que imaginaban presidir á la caza, á las semillas, ó á los árboles. Aun aquellos en quienes no habia pasado la corrupcion hasta el espíritu, pasaban una vida estragada en la embriaguez, en la deshonestidad, en el homicidio y en el hurto. Se conoció muy presto que aquella inundacion de vicios, no tanto provenia de la obstinacion de los ánimos, como de la falta de instruccion. Luego que supieron la venida de los padres á su pais, salian de los pueblos á recibirlos coronados de flores con mucha música, aunque grosera, extremamente agradable á los ministros de Dios, que de aquella benevolencia se prometian copiosos frutos para el cielo, Esplicaron en los pueblos principales, á que concurrian en tropa aquellas pobres gentes, los misterios de nuestra fé, corregian los vicios y condenaban los abusos. El suceso fué mayor que la expectacion. Era increible el ardor con que venian á confesarse despues del sermon, sin dejar á los misioneros otro descanso que el sólido consuelo de sus sinceras conversiones. Acabada la confesion, traian á la presencia de los padres los ídolos de varias materias, los quebraban y los pisaban, burlándose del demonio, que bajo de aquellas monstruosas figuras los habia tenido engañados. Se hizo, como para una pública y solemne espiacion de los pasados escándalos, una devota procesion en cada uno de aquellos pueblos. Iban los padres repartidos entre el pueblo con sogas al cuello, coronas de espinas en la cabeza y

los piés descalzos, rezando en alta voz algunas devotas oraciones. Los indios les seguian en trages de penitencia, segun les dictaba su fervor y permitia el sexo y la edad. Muchos tomaron fuertes disciplinas: muchos vistieron áspero silicio, y todos derramaban lágrimas, ofreciendo al Señor el holocausto mas agradable en la compuncion del espíritu. Este piadoso ejercicio, fué como una disposicion para la comunion general, que se hizo el dia señalado con innumerable concurso y comun regocijo de aquellos miserables. A la partida salian los padres acompañados de todos aquellos sus nuevos hijos en Jesucristo, cuanto gozosos de haber destruido entre ellos el reino de la idolatría y de la impiedad, tanto acongojados y sin poder contener el llanto á vista de su ternura y de las sinceras instancias con que procuraban detenerlos para que los defendiesen, como decian, del demonio, y les enseñasen el camino del cielo.

Muy semejantes á estos fueron los frutos que cogió en tierra de los chichimecas el padre *Juan Ferro*, insigne operario del colegio de Pátzcuaro. En esta casa, derribándose un lienzo para dar mayor capacidad á la habitacion, se halló enteramente incorrupto el cuerpo de una india vírgen, entre otros muchos que la humedad del terreno habia ya consumido. Se hicieron las mas esquisitas diligencias para saber el nombre, pátria y calidad de aquella persona á quien el cielo favorecia con tan maravillosa incorrupcion. Preguntados los mas ancianos y de mayor autoridad entre los indios y antiguos vecinos españoles, respondieron haber oido de sus padres que en aquel mismo lugar habia fabricado el venerable obispo D. Vasco de Quiroga un recogimiento para indias que quisiesen servir al Señor en castidad y pureza de alma y cuerpo, con reglas y constituciones que él mismo les habia dictado, llenas de sabiduría. Que entre estas esposas de Jesucristo se sabia haber florecido una de muy especial virtud, cuyo nombre ignoraban y de quien habian oido referir á los antiguos cosas singulares, y se persuadian seria suyo aquel cadáver, que el Señor habia querido honrar con tan sensible proteccion. Por el mismo tiempo los padres *Francisco Ramirez* y *Cristóbal Bravo*, corrian los partidos al Sur de Michoacán, bien recibidos en todas partes y con fruto correspondiente á la aceptacion y al trabajo de los misioneros.

Del éxito admirable de la mision que á *Teotlalco* habian hecho los padres del colegio de la Puebla, tan á satisfaccion del Illmo. que la habia pretendido: del continuo y penoso trabajo de los ordinarios ministe-

rios en nuestra Iglesia: del lustre y esperimentado desinterés de nuestros estudios; y sobre todo, de la grande aplicacion al bien y provecho de los indios en el nuevo jacal ó hermita de S. Miguel, junto con el génio amable y sincero del padre Dr. Pedro de Morales, que se habia atraido la veneracion y el aprecio de toda la ciudad; resultó que el noble caballero D. *Melchor de Cobarruvias* se moviese á tratar de la fundacion del colegio, añadiendo mucho mas á lo que habia prometido, y á lo que desde algun tiempo ántes habia dado en continuas limosnas.

Segunda congregacion provincial.

A fines del año, se celebró en México, á 2 de noviembre, la segunda congregacon provincial, y quedó elegido por procurador á entrambas cortes el padre *Dr. Pedro de Hortigosa.*

Principios del colegio de Guadalajara.

Dijimos poco ha, cómo con la ocasion del concilio mexicano habia venido de Guadalajara su Illmo. prelado el Sr. D. Fr. *Domingo de Arzola*, del órden de predicadores. Este celoso prelado, concluido el sínodo, suplicó al padre provincial enviase á su ciudad y obispado algunos padres en mision, como se habia hecho muy recien llegada la Compañía, y añadió, que estimaria se detuviesen allí como en residencia, miéntras que tomaba con su cabildo y ciudad las medidas para un establecimiento fijo. Se enviaron aquella cuaresma los padres *Pedro Diaz* y *Gerónimo Lopez*, gran lengua mexicana para el catecismo é instruccion de los indios, y el hermano Mateo de Illescas. El obispado de Guadalajara comprende seis grandes provincias; *Guadalajara, Jalisco, los Zacatecas, Chiametlan, Culiacan, Sinaloa*, á que se ha agregado despues de su descubrimiento y reduccion la *California* †. Tiene por el Oriente el arzobispado de México; por el Poniente el seno Californio y la Península del mismo nombre; al Sur la costa del mar Pacífico, y al Norte las provincias de Topía, Nuevo-México, &c. El temperamento es templado, y declina mas al calor que al frio. El aire puro, el cielo sereno, fuera de los meses lluviosos. En este tiempo las aguas son copiosísimas, y por lo comun acompañadas de las mas espantosas tempestades de truenos y rayos, que se experimentan en la América. El terreno es montuoso, por la mayor parte arenoso, seco y espuesto á temblores. Tiene minas de plata en abundancia, fierro algun poco, oro ninguno. En este obispado se hallan los grandes lagos de *Chapala*, de *Icatlan* y *Zacualco*. El menor tiene mas de doce

† Hoy está erigida en obispado, y es prelado de aquella diócesis D. Fr. Francisco García Diego, primer obispo.

leguas de circuito. Al de *Chapala*, su vasta estension le mereció entre los antiguos geógrafos el nombre de Mare Chapalicum, con que lo llama *Abraham Ortelio.*

La audiencia y Catedral de esta diócesis, estuvo antiguaménte en la ciudad de Compostela, de donde se pasó á Guadalajara el año de 70, segun Laet, aunque algunos quieren que haya sido diez años ántes. Cerca de Compostela, á las orillas de un poqueño rio que desagua en el grande de Guadalajara, está el pueblo de Tepic, famoso por el prodigio de la Sta. Cruz que allí se venera, cuya relacion no dejará de ser muy agradable á los piadosos lectores. La escribió como testigo ocular el padre Antonio de Cobarruvias, y lo confirman constantemente cuantos han estado en aquel sitio. En el llano (dice) que llaman de Jalisco, de la jurisdiccion de Compostela en el reino de la nueva Galicia, como un cuarto de legua escaso del pueblo de Tepic, al pié de la alta sierra de Jalisco, y como á dos leguas del pueblo así llamado, está muy cerca del camino real, en una loma que hase formado en el suelo, una imágen muy perfecta de la Sta. Cruz, la cual es toda de un género de grama crecida, como de media vara de alto, y todo el año está verde y bien formada, de la misma suerte que en los jardines se forman cuadros é imágenes curiosas con riego de pié; siendo así que en tiempo de seca es esterilísimo todo aquel llano, y aun en tiempo de aguas la yerba crece muy poco y es toda diversísima de aquella que forma la Sta. Cruz: de suerte, que está tan distinta y bien formada, que luego se viene á los ojos. El largo que tiene la Sta. Cruz, son ocho varas y una ochava; los brazos cuatro varas y cinco ochavas; el grueso de vara y media cabal. Tiene por corona uno como tarjon ó rótulo en que no se distinguen caractéres algunos, de tres varas cabales. De la misma forma á los piés, hace una basa ó peana de tres varas y una cuarta, el grueso á proporcion, y todo excelentemente formado, y cantoneados los remates con mucha gracia y hermosura. El rumbo fielmente tomado con una buena aguja de marear, está la cabeza al Norte, cuarta al Nordeste, y la peana al Sur, cuarta al Suroeste. Al pié de esta milagrosa Cruz está una capilla pequeña pero aseada, dedicada á la Sta. Cruz, la cual tiene en un costado, como capilla adjunta cerca del presbiterio esta maravillosa Cruz de grama, con una cerca de cal y canto, casi del alto de la capilla; pero sin techo por haberse notado que se marchita y seca en impidiéndole estar á cielo descubierto. Divídese de la capilla principal con

Descripcion de la Cruz de Tepic.

un arco y una reja de madera, y los vecinos acuden con mucha devocion á esta Sta. Cruz, como á su refugio, y cuentan algunas maravillas y favores recibidos del Señor en este santuario. Celébranle fiesta todos los años el dia 3 de mayo, con la mayor solemnidad. No he podido averiguar el tiempo en que apareció esta maravilla. No debe de ser muy antigua, porque una buena señora anciana, vecina de aquella tierra, me ha dicho varias veces que cuando ella fué á vivir allí no habia tal Cruz, y que despues se apareció, y generalmente por la incuria de aquellos vecinos, no hay cosa cierta en esto. Parece sí, no ser cosa natural, así por la forma en que está, y permanecer siempre verde y fresca en una tierra eriaza y seca, como por haberla cabado varias veces para ver si habia en aquel puesto alguna cosa enterrada, y haberse luego vuelto á formar la Sta. Cruz. Del centro de ella se saca continuamente tanta tierra, que se podia formar un monton mayor que todo el santuario, y jamás se reconoce diminucion. Dista de nuestro ingenio poco mas de cinco leguas, y nuestro bienhechor Alonso Fernandez de la Torre labró la dicha capilla, y tuvo siempre á su cuidado el culto y aseo de aquel santo lugar. Hasta aquí el padre Antonio de Cobarruvias.

A la pasada maravilla, añadiremos lo que escribiendo á nuestro padre general, afirma el padre Rodrigo de Cabredo con fecha de 1.º de mayo de 1615. Dice, pues, que habiendo llegado un padre en mision al valle de Banderas, vinieron á él así españoles como indios, á decirle que quizá le habia traido allí nuestro Señor para descubrir lo que tenian noticia por tradicion de padres á hijos, y era que mucho ántes que viniesen los españoles, llegó á aquel lugar un varon llamado *Matias* ó *Mateo*, y que predicó en esta tierra, y le habian muerto los indios porque les reprendia sus vicios. Que los españoles hallaron aquí una provincia entera, que se abria corona y la llamaban la provincia de los Coronados: que hallaron tambien Cruces sobre la serranía de Chacala, que divide este valle del de Chela: que en esta serranía se ve hasta hoy un lugar ameno, donde está un pequeño estanque de agua con varios géneros de peces, aun de los que solos se hallan en la mar, y al pié de dicho estanque está una Cruz de piedra muy bien labrada con cinco renglones esculpidos en la peana, con caractéres antiguos y estrangeros. Ademas de esto afirman que en una peña de la dicha sierra está esculpido un Cristo devotísimo, debajo de él unos renglones de caractéres antiguos, y las letras, segun decian estos españoles, tenian muchos puntillos y deben de ser hebréos. Oyense todos los años por el

mes de abril unos golpes muy sonoros como de campana, que les causa grande admiracion, por oirse al mismo tiempo en todo el valle, que tiene catorce leguas de travesía, y el sonido viene de la misma sierra de Chacala, de ácia aquella parte que baña el mar con sus crecientes. Tienen tambien estos indios por tradicion, que este santo hombre, desde aquella altura se ponia á predicar, y que le oian en aquellas catorce leguas hasta el mar, mas de cien mil almas, que entónces poblaban este valle. Se ve en esta serranía una peña tajada, en la cual, á manera de escaleras, están estampadas las huellas de este santo varon, y dicen los indios que en castigo de la muerte que le dieron los de Chila, ha muchos años que está despoblado aquel valle por una peste en que murieron mas de veinte mil indios que lo habitaban; se ven las ruinas de los antiguos edificios, y está tal la tierra, que ni aun ganado puede morar en ella, como lo han experimentado los españoles que varias veces han querido poblar allí algunas estancias.

Tienen por cierto está enterrado el cuerpo de este hombre santo en un lugar de la dicha serranía, tan venerado y respetado entre ellos que no osan subir á él, y añaden á esto los antiguos españoles, que queriendo muchos años ha, cabar en aquel lugar para descubrir el tesoro de sus preciosas reliquias, les cayó á todos tal pasmo, que no podian jugar los brazos. No pudo el padre llegar á ver todo esto aunque la gente se lo rogaba con instancia, por írsele cumpliendo los dias que llevaba de patente, y haber de dar vuelta á su colegio; pero parece que ha querido Dios confirmar la verdad de esta relacion, porque despues acá vino el cura de aquel valle á la dicha ciudad de Guadalajara, y contó al Sr. obispo lo que habia sucedido á un buen hombre napolitano llamado Bartolomé, hombre sencillo y muy buen cristiano, á quien el padre trató y confesó en su mision. Es pescador, y estando una mañana echando un lance á la baja mar con su gente, vió venir sobre las aguas una resplandeciente Cruz, la cual vieron todos los que con el estaban. Quedaron despavoridos, y no pudiendo huir, hincados de rodillas en la playa encomendándose al Señor, aguardaban á que llegase, y afirmaba este buen hombre haber visto en medio de la Cruz un varon venerable vestido de blanco, que le dijo: Bartolomé, no te vayas, que no lo quiere Dios. Trataba él de dejar aquella pesquería y poblar otra mejor algunas leguas mar arriba: vete á Compostela y dile al cura que procure vivan bien sus feligreses, por cuyos pecados no descubre Dios un tesoro que tiene escondido en este valle. Quedó el

hombre temerosísimo, dió cuenta al cura, y este vino a referir el caso al Illmo. Sr. D. Fr. Juan del Valle, monge Benito, obispo de Guadalajara.

Hemos referido con las mismas palabras del padre Rodrigo Cabredo esta tradicion misteriosa, porque aunque nada se habia averiguado despues, ni que segun sabemos se haya hecho diligencia para ello, pero esta noticia, aunque vaga y confusa, añadida á otras del mismo género, que se han hallado constantemente entre los indios de Michoacán, de Oaxaca, de Yucatán, del Brasil, del Paraguay y de la isla Española, forman una especie de argumento bastantemente eficaz para persuadirnos que en efecto alguno de los apóstoles, ó de los primeros discípulos, predicó en estas regiones la ley de Jesucristo, aunque no sea permitido averiguar el modo, ni el camino con que para este efecto pudo disponerlo la Providencia. Al obispado de Guadalajara ennoblecen, fuera de esto, los dos famosos santuarios de nuestra Señora de S. Juan y Zapopam, de que hay autorizados muchos y muy ruidosos milagros. Estas regiones, se dice, haberlas descubierto el primero, Gonzalo de Sandoval, enviado por Hernan Cortés, y despues haberlas sujetado el año de 1531 Nuño de Guzman. Las frutas, las semillas y las legumbres de América y de Europa, se dan allí con abundancia y de una delicadeza de gusto muy superior al de España. El algodon, el cacao, es muy comun en el pais, y aquel barro precioso de que forman los búcaros, tan apetecidos en la Europa. *Nuño de Guzman*. fundó las ciudades de *Guadalajara*, *Compostela*, *Sta. María de los Lagos* el año mismo de 31. Los primeros moradores de este pais, parecen haber sido los chichimecas, á quienes desalojaron despues los mexicanos en su marcha, y el idioma de estos es el mas comun, aunque se hablan fuera de él otros dos. La provincia en que está Guadalajara, se llamó antiguamente la provincia de *Ibarra*, con el nombre de un lugar-teniente de Nuño de Guzman, que en honra de su general dió á la nueva ciudad el nombre de su pátria. Cerca de la ciudad corre un caudaloso rio que desemboca en el mar del Sur. Concedióle el emperador Cárlos V título de ciudad y escudo de armas á 8 de noviembre de 1539. Reside allí real audiencia, fundada por el mismo emperador, año de 1548. El mismo año á 31 de julio, se erigió el obispado, cuyo primer obispo fué D. *Pedro Gomez Malaver*. Las calles son anchas y bien dispuestas: las aguas no son muy saludables: a ellas se atribuye la ordinaria enfermedad de piedra que allí se padece

á causa de ser lo mas de su terreno do una piedra blanca, blanda y esponjosa, de cuyas partículas están impregnadas las vertientes de aquellas cercanías. Ha tenido esta ciudad prelados de un mérito muy relevante *el Sr. D. Francisco de Mendiola, el Sr. D. Domingo Arzola, el Sr. D. Pedro Suarez, el Sr. D. Juan Sanchez Duque, D. Alonso de la Mota, el Sr. Mimbela, el Sr. Garabito* †. Hay en la ciudad conventos de Santo Domingo, S. Francisco, S. Agustín, la Merced, Carmelitas descalzos, Belemitas, S. Juan de Dios y colegio de la Compañía: cuatro conventos de monjas y un beaterio: dos colegios seminarios y cuatro hospitales. La catedral es un bello edificio, y muy famoso por la rara maravilla de los sombreros. Este fenómeno, sea natural ó milagroso, es muy digno de atencion, y ha ocupado constantemente la consideracion de muchos cuerdos. El efecto constante es haberse observado en los sombresos colgados de los señores obispos un movimiento las mas veces circular y algunas en cruz, en unos mas frecuentemente que en otros, cuando se abren sus sepulcros, y tal vez en otras notables ocasiones. Las ventanas superiores de la Iglesia están guarnecidas de vidrieras: se ha hecho repetidas veces la esperiencia, abiertas y cerradas las puertas, y no parece tener el viento influjo alguno, ni por la naturaleza del movimiento, ni por su duracion, ni por su velocidad, que unas veces crece insensiblemente, y otras comienza desde luego con grande ímpetu. El hecho tiene por garantes á cuasi todos los que han entrado en aquella catedral. Dejamos á los físicos la averiguacion, y no reprobamos la veneracion de los piadosos. El religioso obispo, sabiendo la venida de los padres, los recibió en su misma casa, donde los tuvo nueve meses sin permitir que pasasen, como pretendian, al hospital. De aquí salian á predicar en la Iglesia Catedral y en otros lugares á propósito. El suceso prodigioso de la mision, que bendijo copiosamente el cielo, confirmó en los ánimos el deseo que tenian de ver establecida allí la Compañía. La ciudad y el Sr. obispo escribieron al padre provincial. La carta del cabildo dice así: „Ilustre y muy reverendo padre nuestro. La gracia del benditísimo Espíritu Santo sea para siempre la ánima de V. P. Amén. Esta ciudad ha merecido gran consolacion con la merced y caridad que V. P. le hizo en enviar á ella al padre Pedro Diaz, juntamente con el padre Gerónimo Lopez y un hermano estudiante, Mateo de Illescas, de quienes ha tenido, especial-

† Hoy la gobierna con acierto y edificacion el Sr. Dr. D. Diego de Aranda.

mente con la predicacion del padre Pedro Diaz, grandísimo regalo y contentamiento, en tanto grado, que nos obliga por el bien de ella y de todo este reino, á suplicarle se dé órden cómo se funde en esta ciudad monasterio de la Compañía, acudiendo para esto generalmente toda ella, y así con ánimo de acudir á ello. Y esta ciudad ha acudido á S. M. fuese servido hacernos merced en ayudar para tan importante obra, y como cosa mas principal fué lo primero que se le pide entre otras cosas, teniendo de V. P. tanta confianza, que en obra tan meritoria no pusimos duda. Y así ha de ser V. P. servido hacernos modo de dar licencia para ello y para que el padre Pedro Diaz, se nos quede en esta ciudad por ser tan acepto á ella. Y para que luego se ponga en ejecucion la fundacion, no resta mas de ser V. P. servido hacernos esta merced de mandar se dé la licencia con la brevedad posible, porque luego se ponga en obra y se cumpla el deseo que esta ciudad tiene de ver que esto venga en efecto, y será con el favor de nuestro Señor reformacion para todo este reino que está con harta necesidad de esto. Y en acudir V. P. á concedernos esta merced, será echarnos en muy grande obligacion de mas de la que tenemos, sin que á V. P. se le ponga cosa por delante que sea inconveniente, pues no lo hay, que á todo lo que se ofreciere para el cumplimiento de esto, están las voluntades de todos tan prontas, que no hay en ello dificultad ninguna. Damos todos muchas gracias á nuestro Señor por acordarse de esta ciudad, y á V. P. que fué medio para el que tanta necesidad habia de ello, quien se ha servido ordenarlo todo, de forma, que su Divina Magestad mas se sirva, y como sabe que esta ciudad y reino lo ha menester, y guarde á la ilustre y muy reverenda persona de V. P. para que siempre ayude á las cosas de su santo servicio y con mucho acrecentamiento para que lo sea de gloria en su eternidad. Amén. De Guadalajara y mayo 1.º de 1586. Ilustre y M. R. P. N., B. á V. P. L. M. S. S. *Pedro Enciso.—Alonso Cobarruvias.—Gaspar de Mota.—Pedro Nuñez.*

No fueron menores los conatos del Illmo. D. Domingo de Arzola y de su ilustre cabildo. Estos señores convinieron en que de las rentas del hospital que estaban á su cargo, y de que habia resagados 36.000 pesos, aplicaron 10.000 á la fundacion del colegio con beneplácito de S. M. y licencia de Roma, cuya impetracion encargaban á la Compañía, aunque con la condicion de que sola aquella hacienda que con los 10.000 pesos se comprase, seria exenta de diezmos, y si acaso adquiriese la Compañía algunas otras no debiese usar en ellas del privilegio que

tiene en esta parte, sino que hubiese de venderlas dentro de un año á personas no exentas de la paga de los diezmos. De todo esto dió noticia el Sr. obispo al padre Antonio de Mendoza en carta de 16 de julio de 1586, cuya respuesta ha parecido necesario poner aquí á la letra para que mejor se conozcan los términos en que aceptó y quiso obligarse la Compañía, advirtiendo que los señores oidores y oficiales de la real caja habian prometido igualmente quinientos pesos en cada un año. La respuesta del padre Antonio de Mendoza dice: „Illmo. y Rmo. Sr. Hame sido buen testimonio del amor y estima que V. S. tiene á la Compañía el haber allanado á su cabildo en lo que toca á los diezmos, y seria género de mucha ingratitud no desear acudir con todas nuestras fuerzas á servir la mucha merced que V. S. nos hace, y así esté V. S. cierto de que todos lo deseamos con muchas veras, y cuanto á la suficiencia que la Compañía tenia en lo temporal con los quinientos pesos de la caja real y con la hacienda que se comprare de los diez mil que V. S. y el cabildo dan, como todo sea cierto, es razon que nos contentemos, y en la condicion de que no podamos tener otra hacienda mas que esta, tampoco entiendo se reparará, pues aun esa holgariamos de no tener, si por otra via nos pudiésemos sustentar. Solo hay de considerar de presente, que todo esto que se nos da así de parte de la Iglesia como de la audiencia, no tiene seguridad ninguna hasta haber beneplácito de S. M., y es cosa dudosa si S. M. lo daria ó no. Y que se saquen del hospital 10.000 pesos para la Compañía no parece que tiene tan buen nombre para que ella lo trate con S. M., cuanto para que lo trate V. S. y su cabildo, porque á nosotros se nos atribuyera á codicia, y no muy ordenada, y á V. S. se le debia atribuir al celo del bien de sus ovejas; y cuanto á incurrir la Compañía en esta nota seria perder el negocio al tratarlo ella, y así ni á él ni á nosotros nos conviene en ninguna manera encargarnos de esto. El traer confirmacion de su Santidad por lo que toca á los diezmos, entiendo será mas fácil, y de esto bien se encargará la Compañía. Los 500 pesos de la caja real tambien es razon que los señores de la audiencia traten con S. M. los perpetúe á la Compañía, dándoselos libremente y sin condicion de que lea la cátedra de la lengua, y como por estipendio de ella, porque de esta manera no los puede aceptar la Compañía. Y supuesto que todo esto está ahora sin firmeza y perpetuidad, está claro que yo no podré obligar por ello á la Compañía á cosa perpétua, porque seria contrato muy desigual y oneroso mucho á la Com-

pañía; pero por la esperanza que hay de que nuestro Señor perfeccionará lo que ha comenzado, y por el mucho deseo que tenemos de servir á V. S. y esa ciudad, yo enviaré luego la gente que el padre Pedro Diaz escribe ser necesaria. Al padre Gerónimo Lopez y á los demas, tendré yo siempre por muy bien empleados en servir á V. S. en lo que mandare en casa y fuera, y aunque tiene algunos achaques de viejo, pero la mucha voluntad y aficion que tiene al servicio de V. S., entiendo que le darán fuerzas y aliento para la jornada, &c.

En este estado salió el Illmo. á la visita de su diócesis, llevando consigo al padre Gerónimo Lopez, cuyo celo y pericia en el idioma mexicano, le fué de mucha utilidad y alivio. Los demas comenzaron luego á dar á su habitacion alguna forma. El hermano Mateo de Illescas tomó á su cargo la educacion de la juventud en las clases de gramática, que recibió toda la ciudad con sumo aplauso y agradecimiento. Los nobles caballeros D. Luis y D. Diego de los Rios, no ménos hermanos en la sangre que en la piedad y tierno amor que profesaban á nuestra Compañía, viendo la incomodidad de la morada hicieron donacion de un grande y cómodo sitio en el centro mismo de la ciudad, y para la fábrica. D. Melchor Gomez de Sória, canónigo de aquella Santa Iglesia, provisor y vicario general de aquel arzobispado, mandó á casa 3.000 pesos con que se pudo poner en buen órden la práctica de los ministerios y el ejercicio de las clases, con tan buen olor de todo aquel pueblo, que escribiendo al provincial, despues de su visita el mismo prelado; no puedo, dice, dejar de pasar esta ocasion sin dar á V. P. aviso de la mucha doctrina, ejemplo y edificacion que recibimos en esta ciudad y tierra, de la persona del padre maestro Pedro Diaz, del padre Gerónimo Lopez y del padre Mateo de Illescas, &c.

Noviciado en Tepotzotlan.

Tales fueron los principios del colegio de Guadalajara, que por no tener aun la suficiente dotacion, se mantuvo con el nombre de residencia algun tiempo. En este intermedio pareció mejor al padre Antonio de Mendoza pasar á la residencia de Tepozotlán el noviciado que habia estado hasta entónces en el colegio de México. El retiro de aquel pueblo se creyó mas proporcionado para crear los novicios en una perfecta abstraccion y despego de todo lo temporal, y por otra parte se daba mejor forma y mas desahogo á los estudios y ministerios del colegio máximo.

Partida del arzobisdo virey D. Pedro

A 11 de junio de este mismo año de 86 salió de México para Veracruz el Illmo. y Exmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, primer in-

quisidor, arzobispo, virey, gobernador y visitador general de Nueva-España, que con sus grandes prendas y singular prudencia habia ilustrado desde el año de 1571, uno ántes que viniesen los primeros jesuitas, para que solicitase tan eficazmente su venida y tuviese la Compañía en él un constante protector y un padre amorosísimo. Llevó en su compañía al padre Dr. Pedro de Hortigosa, á quien veneraba como á maestro. Unos cuantos dias ántes de salir de México se retiró con el padre procurador y algunos otros de los padres mas autorizados á la granja de Jesus del Monte, que llamaba con estrema dignacion la casa de sus estudios. De allí salió para su largo viage, llevando tras de sí los votos de toda la ciudad, y muy singularmente de los jesuitas. Tuvo por sucesor en el arzobispado al Illmo. D. Alonso de Bonilla, á quien habia traido de compañero en el cargo de inquisidor, y en el vireinato, al Exmo. Sr. D. *Alvaro Manriquez de Zúñiga, marqués de Villa-Manrique*. En España, donde S. M lo ocupó en la provincia del real y supremo consejo de Indias, conservó hasta la muerte una suma benevolencia para con la Compañía.

Viage del padre Alonso Sanchez á la Europa.

En Filipinas, poco despues que habia vuelto de Malaca el padre Antonio Sanchez, se habia comenzado á tratar de la diputacion de un sugeto que informase á S. S. y á S. M. C. del estado eclesiástico y político de aquellas islas. Las letras y actividad del padre, y el feliz suceso de las dos antecedentes espediciones, clamaban muy alto en favor suyo para que no se pudiesen poner los ojos en alguna otra persona. En efecto, el Illmo., con su venerable cabildo, el presidente y real audiencia, la ciudad, las religiones y todos los órdenes de ciudadanos, reunieron sus votos en el padre Alonso Sanchez. Solo él y el padre Antonio Sedeño se oponian á esta empresa. A uno y otro parecia muy ageno del instituto mezclarse en esta especie de embajada. El padre Sanchez, despues de tan largos viages, suspiraba por el recogimiento y la quietud de la oracion y penitencia á que naturalmente, si podemos decirlo así, lo conducia su génio austero. Era de temer que los superiores de México y de Roma no llevasen á bien una resolucion tan estraña. Para obligarlo en favor de todas aquellas provincias á aceptar la comision, espidió la real audiencia, en 5 de mayo de 586, un auto de *ruego y encargo* al padre Antonio Sedeño, suplicándole se sirviese conceder su licencia al padre Alonso Sanchez, y aun imponerle como á súbdito precepto de santa obediencia, para que hiciese aquella jornada, tan del servicio de Dios nuestro Señor y de S. M., y de tan cono-

cida utilidad espiritual y temporal de aquellas regiones. Con tales instancias no pudo ménos el padre rector que conceder la licencia con harto sentimiento del mismo padre Alonso Sanchez, que hubo de bajar el cuello á un yugo tan pesado. Hízose á la vela del puerto de Cavite, á 28 de junio de 1586, y llegó á Acapulco, despues de varias y horribles tempestades, á principios de enero de 1587. Las borrascas que habia padecido en el mar no fueron sino unos preludios de las muchas contradicciones que le restaban que sufrir en la Nueva-España y en la Europa. Luego que en México espuso á sus superiores el cargo y comision de su embajada, los domésticos y estraños, aunque por muy diferentes modos, procuraron con todas sus fuerzas oponerse. Al padre Antonio Mendoza y sus consultores parecia muy estraño mezclarse un religioso en asuntos seculares y de jurisdiccion tanto civil como eclesiástica, cuyo éxito, por feliz que fuese, no podia dejar de ser muy perjudicial al buen nombre y estimacion de la Compañía. Aconteció al mismo tiempo hallarse en México una mision de religiosos que deseaban abrirse paso al imperio de la China para trabajar en la conversion de aquellas dilatadas regiones. Al padre Alonso Sanchez, á quien algunos de ellos habian consultado, le pareció conveniente desengañarlos y hablar tambien al Sr. virey sobre este punto, uno de los principales de su comision, en que fuera de sus particulares instrucciones, tenia para juzgar con acierto la ventaja de haberse hallado y padecido no poco en aquellos mismos paises. Con estos informes pareció mejor suspender por entónces el viage de aquellos misioneros. Estos miraron su detencion como una traza del infierno para impedir el grande fruto que verosímilmente creian deberse prometer de sus apostólicos sudores, se desencadenaron contra el padre, y aun despues de algunos años dos de sus historiadores no dejaron de traspasar al papel muy vivos aun sus resentimientos, á que tomariamos la pena de responder, si el juicioso autor de la historia de Filipinas, no hubiera ya mostrado en dos rasgos muy cortos la poca fé que merecen semejantes autores. De esta persecucion triunfó el padre Sanchez con la paciencia á la contradiccion de sus superiores, satisfizo con la razon, hablando con tal peso y energía en la consulta, que no pudieron dejar de condescender y aplaudir su celo industrioso, que de los intereses y asuntos bajos y temporales del rey y la república, sabia sacar el único é importante asunto de su instituto, que es el servicio de Dios y bien de las almas.

Primeros es- Entretanto habia llegado á Manila cédula de S. M., despachada al

Dr. D. Santiago de Vera, presidente de Filipinas, para que en ellas se fundase colegio de la Compañía, á que se habia dado algun principio, con la piadosa liberalidad de D. Gabriel de Rivera, del Illmo. Sr. obispo y otras personas. Los padres, por órden del padre provincial Antonio de Mendoza, habian ya fabricado casa é Iglesia en la ciudad, dejado el arrabal de Laguio, cuya incomodidad y situacion habia causado la muerte al padre Hernan Suarez, infatigable operario. Con esta ocasion se dió algun principio á los estudios, por el que pareció mas necesario á juicio del Illmo. El padre Raimundo Prat se encargó de leer á los sacerdotes teología moral en casa, y poco despues se establecieron los estudios de gramática el año de 1594. No podemos dejar de notar en este punto el error cronológico del autor de la crónica del Sto. Rosario, que hablando de la fundacion del colegio de Sto. Tomás el año de 1620, dice: Despues de fundado este colegio, hay para oponerse á los beneficios personas que hayan estudiado, que ántes no las habia, ni aun quien quisiese estudiar, &c. No sé con qué verdad pudo hablar este escritor, cuando desde el año de 1586, se comenzó á leer la teología moral en nuestra casa, se plantaron el año de 1594 los estudios de gramática, cuyo primer lector fué el padre Tomás de Moya; despues los de filosofía, á direccion del padre Miguel Gomez, cuando desde el año de 601, con trece colegiales, se dió principio al real colegio de S. José, cuya fundacion, segun reales cédulas, debia haberse ejecutado desde el año de 1585, en que S. M. se dignó mandarlo; y finalmente, cuando este colegio, en juicio contradictorio, ganó la antigüedad al de Sto. Tomás, por sentencia de aquella real audiencia, en 16 de mayo de 1647.

tudios en Manila.

El padre Alonso Sanchez, partió de Nueva-España y llegó á Sevilla por setiembre del mismo año. El rey católico le dió dos horas de audiencia, é hizo un grande aprecio de su dictámen, mandándole asistir á las juntas de su consejo, para la prudente resolucion de los negocios. Persuadió á aquellos señores y consiguió se deshiciese la audiencia real de Manila, aunque despues de muerto el padre volvió á restablecerse. Hizo elegir un gobernador, y á su eleccion se confirió este cargo á Gomez Perez Dasmarinas, gobernador que poco ántes habia desempeñado con crédito el gobierno de Murcia y Cartagena. Tenia ya muy inclinados los ánimos de los consejeros á la conquista de la China, y si no le hubiera sido preciso pasar á Roma, donde fuera de su comision le llamaba con mucha instancia el padre general Claudio

Acuaviva, acaso se hubiera intentado esta grande empresa. El cardenal de Mendoza lo introdujo á besar el pié á la santidad de Sixto V, que le dió audiencia por mas de una hora. La muerte de este gran pontífice, y la corta vida de Urbano VII, Gregorio XIV é Inocencio IX, que entre los tres apénas pasaron de un año, no dió lugar á poderse concluir con tanta brevedad las conferencias de los cardenales, á que se habia remitido la decision, que muy á satisfaccion dió finalmente Clemente VIII, añadiendo un breve lleno de amor paternal al obispo, gobernador, clero y religiones y pueblo de las islas Filipinas, fecha á 25 de marzo de 1592. Volvia de Roma con todos sus despachos, ansioso de volver á Filipinas, donde en su ausencia habia, no poco, padecido su honor. El padre general, en aquellos tiempos en que la Compañía padecia en España una cruda persecucion, creyó seria de mucha importancia en la provincia de Toledo la actividad del padre Alonso Sanchez. Las turbaciones de aquellas provincias no podian sosegarse sin una congregacion general. En efecto, se decretó esta, y de esta nueva provincia fué destinado con general aceptacion para pasar segunda vez á Roma, á donde se disponia á partir, cuando un dolor de costado le acabó la vida en pocos dias en el colegio de Alcalá. Hemos pasado algunos años adelante de lo que lleva la série de los tiempos, por señalar con la muerte de este hombre raro, lo que nos pertenece de la historia de Filipinas, que habiendo sido elegido á diligencias del padre Alonso Sanchez por vice-provincia, aunque conservó muchos años cierta dependencia al provincial de México, no nos parece deber ya tener lugar en nuestro asunto, especialmente habiendo tenido á los padres Francisco Colin y Pedro Murillo, que con tanta elegancia como exactitud han escrito su historia.

Ventajoso establecimiento del colegio de la Puebla.

No podemos pasar mas adelante sin dar razon de la nueva forma y aumentos que logró este año el insigne colegio del Espíritu Santo. Hemos hablado ya mas de una vez del insigne caballero D. Melchor de Cobarruvias, que muy á los principios de haber ido allí la Compañía, habia ofrecido catorce mil pesos para la fundacion de aquel colegio. No habiendo por entónces á los superiores parecido suficiente la dotacion, quedó no poco mortificado y algun tanto sentido con los jesuitas. El padre Dr. Pedro de Morales, procuró despues mitigar sus resentimientos, que la fuerza misma de la razon habia ya no poco debilitado. Comenzó á frecuentar nuestra casa, y á ver por sus ojos el trabajo, que por la agena salud se tomaban con tanto ardor nuestros

operarios. Hacia algunas limosnas, y comenzó á inclinarse á dotar plenamente el colegio. El padre provincial Antonio de Mendoza, no podia admitir la fundacion sin licencia del padre general, á quien se escribió desde luego, y su paternidad muy reverenda, condescendió prontamente, dando muchas gracias á D. Melchor de Cobarruvias, y admitiéndolo á la parte de los sacrificios y obligaciones, que á sus fundadores reconoce la Compañía. La carta de nuestro padre general Claudio Acuaviva, estaba firmada á los 24 de enero de 1586. Prometió D. Melchor de Cobarruvias veintiocho mil pesos de contado, y una libranza de trece mil pesos, á que daba esperanza de añadir en su testamento el remanente de sus bienes, de que hacia heredero al colegio. El padre provincial Antonio de Mendoza pasó á dar la última mano á este importante asunto, y en 15 de abril de 1587 se otorgaron las escrituras, pesando el piadoso fundador por su misma mano el dinero. Su liberalidad premió el Señor con unos interiores sentimientos de júbilo y de piedad tan singulares, que, como él mismo dijo al padre provincial, no habia sentido en su vida gusto alguno de aquella cualidad. Por la singular devocion que tuvo siempre á la tercera persona de la Augustísima Trinidad, quiso que se pusiese á su colegio el nombre del Espíritu Santo, y señaló para el dia de la fiesta y sucesora suya en el patronato á Sta. María Magdalena, á quien habia profesado siempre un tiernísimo afecto. Así despues de tantas penalidades y congojas temporales, recompensó Dios la heróica paciencia y sufrimiento de aquellos sus siervos, que fiados en su providencia, habian perseverado nueve años entre persecuciones y pobrezas, erigiendo sobre estos solidísimos cimientos el segundo colegio de la provincia, en la segunda ciudad del reino.

Descripcion de la ciudad de Puebla.

Tal es, si no en antigüedad, á lo ménos en grandeza y poblacion, la Puebla de los Angeles. Está situada á los 19 grados 20 minutos, segun otros, 30 de latitud boreal, y á los 277 grados y algunos minutos de longitud. La gloria de su fundacion la parten, segun *Martiniere*, D. *Sebastian Ramirez de Fuenleal* y D. *Antonio de Mendoza*. No sabemos que tenga esta opinion mas fundamento que el haber aquel primer virey de Nueva-España amplificado y aumentado mucho esta ciudad, que ya habia fundado algun tiempo ántes el Illmo. D. Sebastian Ramirez, que encomendó singularmente este cuidado á D. *Juan de Salmeron*, oidor de la real audiencia de México, que llevó consigo, por disposicion del Illmo. presidente, al venerable Fr. *Toribio de Motolinia*,

religioso franciscano, á cuya piedad y celo de sus fervorosos compañeros, debe esta ciudad las luces de la fé, y aun todo su ser, pues á diligencias de los hijos de S. Francisco se resolvió á su fundacion D. Sebastian Ramirez. La poblacion indios de que ocupa aquel hermoso valle, llamaban en su idioma *Coetlaxcoapan*, unos, otros *Huitzilapam*. La nueva colonia de españoles, se llamó desde luego Puebla de los Angeles.

Habiendo el oidor, en fuerza de su comision, convocado los indios comarcanos en número de mas de diez y seis mil entre Tlaxcala, Cholula y Huexotzingo en 16 de abril de 1530, despues de haber celebrado el santo sacrificio, se tendieron los cordeles y se dió principio á las fábricas y particion de los solares entre cuarenta moradores. Las casas de solo adobe y paja, no necesitaban mucho tiempo para su construccion. Dentro de pocos dias, que parece haber sido ó el 2 de octubre en que se celebra la festividad de los *Santos Angeles*, ó el 8 del mayo en que la Iglesia honra á su patron S. Miguel en su aparicion sobre el monte *Gargano*, comenzaron á habitarla sus primeros pobladores ‡. La Iglesia Catedral, que hoy reside en la Puebla, estuvo en *Tlaxcala* desde el año de 1524, de donde se trasladó el de 1550. El obispado es de los mas grandes y ricos de la América. Se estiende desde el uno al otro mar, sobre mas de cien leguas de largo, y sesenta de ancho, y confina con los de México y Oaxaca. Una larga cordillera de montes corre cuasi por medio de todo él hasta el mar, cinco leguas al Norte del puerto de Veracruz. Entre ellos sobresale mucho el volcán de Orizava, en figura cónica, cuya cima, aun estando en tierras calientes, está perpetuamente cubierta de nieve. Un misionero francés lo juzga por mas alto que el famoso pico de Tenerife, tenido hasta ahora por el monte mas encumbrado de toda la tierra. Dista como treinta leguas del mar, y se ve como otras tantas ántes de llegar al puerto. Las principales poblaciones de españoles, son: *Veracruz, Atlixco ó villa de Carrion; Jalapa, villa de Córdova, Orizava, Tepeaca* y *Tehuacan, Huexotzingo, Cholula* y *Tlaxcala:* son muy antiguas poblaciones de indios. Estas dos últimas fueron en su gentilidad muy considerables y perpetuas rivales. *Cholula*, obedecia á los emperadores mexicanos: *Tlaxcala*, era una república que peleaba por la libertad. Una y otra se hi-

‡ Sobre el nombre de Puebla de los *Angeles* hay varias opiniones: creese que los primeros pobladores, que fueron de Tlaxcala, se apellidaban *Angeles*, y que de estos tomó el nombre: comenzóse la poblacion por el barrio de la Luz.—EE,

cieron célebres en la conquista de Nueva-España: *Cholula*, por su traicion ‡ y su saqueo: *Tlaxcala*, por su fidelidad y su valor, que le mereció la singular benevolencia y atencion de nuestros reyes. Uno de los lugares mas dignos de atencion de esta diócesis, es el famoso santuario de S. Miguel del Milagro. La aparicion del Sto. Arcángel es universalmente contestada y confirmada por la constante tradicion. Lo cierto es que la constitucion misma del lugar en que mandó se le fabricase templo, está dando bastantemente á conocer que no pudo ser humano pensamiento. Persevera en el mismo sitio un pozo cuyas aguas, se dice, ser una celestial medicina para todo género de dolencias. La Iglesia está situada en una hoya ó profundidad, á que se baja por muchas gradas. Todo cuanto allí se ve inspira una veneracion y un respeto, que hace muy creible la milagrosa aparicion. Aconteció veinte años despues de la conquista y toma de México, el de 1541, y diez años despues de la prodigiosa imágen de Guadalupe. El Illmo. Sr. D. Pedro Nogales, á los principios de este siglo, fabricó de nuevo aquel santuario, y le añadió casas y hospedería para los muchos que acuden á venerar la sagrada imágen, cuya devocion promovió singularmente con su ejemplo, retirándose allí frecuentemente á entregarse con mas atencion á los fervores de su piedad. El clima de la Puebla y sus contornos es templado, aunque inclina mas á caliente y seco; el terreno extremamente fértil de trigo y frutas delicadas de Indias y de Europa. Dista de México la ciudad veintidos leguas al Sudeste, por donde divide una y otra diócesis la Sierra Nevada, y el volcán que los indios llaman *Popocatepetl*, por los penachos de espeso humo, que muchas veces le observaron en su gentilidad los naturales. Despues de conquistado el reino el año de 1594, vomitó grandes llamaradas y mucho humo por algunos meses, hasta el de octubre. Lo mismo aconteció el de 1663 y el siguiente, muy á los principios de enero: se destacó con espantoso estruendo un gran pedazo de la cima, siguiéndole cantidad de ceniza y mucha piedra liviana y calcinada. La última vez que se ha

---

‡ Esta traicion está muy disputada. El ódio de los tlaxcaltecas, muy antiguo contra los cholultecas, hizo que se cometiese aquella horrible matanza, conforme con los sentimientos de Cortés, que deseaba ganar el afecto de los auxiliares, sus amigos, y dar golpes terribles é imponentes que aterrorizasen á los mexicanos. Este hecho fué tan dudoso, que sobre su causa mandó la corte de España recibir informacion, á la que los amigos de Cortés dieron carpetazo. Véase á Chimalpain acerca de este horrible suceso.—EE.

visto despedir este humo y alguna tenue luz, fué el dia 25 de julio de 1660. Está la ciudad situada en una hoya ó valle hermoso, que baña el rio Atoyac, no muy caudaloso en este parage, si no es en tiempo de aguas. Algunos grandes barrios están del otro lado del rio, como el de *S. Francisco, Analco, &c.*, en considerable altura, respecto á lo demas que está á nivel del rio. La Catedral, S. Agustin, la Soledad, S. Javier, el colegio del Espíritu Santo, son sus mas bellos edificios. Tiene dos conventos de Sto. Domingo y una recoleccion de S. Francisco, de S. Diego, y un hospicio de misioneros apostólicos, extramuros de la ciudad, de la Merced, del Cármen, de S. Juan de Dios, de Belen, de S. Hipólito, Oratorio de S. Felipe Neri, de S. Agustin, tres colegios de la Compañía de Jesus; el uno, nuevamente fundado para solo ministerios de indios, cuatro parroquias y algunas otras con derechos de tales: once conventos de monjas, tres Seminarios; el uno tridentino, á direccion de clérigos seculares, el real de S. Ignacio de estudios mayores, y el mas antiguo de S. Gerónimo, de estudios de gramática; los dos á cargo de la Compañía de Jesus, colegio de niñas, casa de recogidas, el hospital de S. Cristóbal para niños expuestos, el hospital real de S. Pedro, fuera de otros que están á cargo de familias religiosas. Tiene mas de cuarenta templos que merezcan este nombre, fuera de otras muchas capillas y hermitas, que en cualquiera otra ciudad ménos grande podrian pasar por tales. Hay dentro de la ciudad muchos ojos de agua, aunque los mas infestados de azufre, de que son muy medicinales los del ojo, que llaman de *S. Pablo*. A causa de los vapores sulfúreos, y de la situacion coronada toda de altos montes, es el terreno expuesto á tempestades formidables, de que sin embargo ha conseguido bastante alivio, despues que se juró por patron, y se erigió un hermoso templo al gloriosísimo Patriarca Sr. S. José. En el convento de S. Francisco, yace el venerable siervo de Dios *Fr. Sebastian de Aparicio*, y en el monasterio de la Concepcion, la venerable Sor *María de Jesus*, que esperamos ver en los altares.

Fin del libro segundo.

libro III
sumario

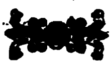
HISTORIA

DE LÀ PROVINCIA

LA COMPAÑIA DE JESUS

DE

NUEVA ESPAÑA.



LIBRO III.

SUMARIO.

Ordenes precisas de Roma sobre la administracion del Seminario de S. Pedro. Congregacion de la Anunciata en el colegio máximo, y efectos de los ministerios. Raros ejemplos de virtud en los indios de Tepotzotlan. Frutos del colegio de la Puebla. Mision á Zacatecas y principios de aquel colegio. Viene de visitador el padre Diego de Avellaneda y su carácter. Principio de las misiones de Sinaloa, descripcion de aquel pais y suscinta relacion de su descubrimiento y conquista. Pasa el noviciado al colegio de la Puebla, y casos singulares de sus ministerios y misiones. Congregacion de la Anunciata en Oaxaca. Principios de la fundacion de la casa Profesa. Celébrase la tercera congregacion provincial, en que es elegido procurador á entrambas cortes el padre Dr. Pedro de Morales. Muerte de D. Melchor de Cobarruvias, su elogio y testamento. Muerte del padre Hernan Vazquez. Mision á Guatemala y peticion de la ciudad al rey para que funde allí la Compañía. Mision á Guadalajara. Encomienda el virey á la Compañía la reduccion de los serranos de Guayacocotla. Sucesos de Sinaloa y primera entrada á Topía. Peste entre los indios, temblor de tierra y sus buenos efectos. Principioo del colegio de Gua-

diana. Progresos de la Profesa y principios de sus congregaciones. Muerte de algunos sugetos en el colegio máximo. Ministerios y misiones en México, en Puebla, en Valladolid, Tepotzotlan y Veracruz. Encarga el virey á la Compañía la reduccion de los chichimecas en S. Luis de la Paz. Primera entrada á la Laguna de S. Pedro, y descripcion de este pais. Progresos de Sinaloa. Conspiracion contra el padre Tapia y su castigo. Conspiracion de Nacaveba, muerte del padre Tapia y su elogio. Consecuencias de este alzamiento. Arribo de nuevos misioneros, y estado de la mision. Estado del pleito sobre el sitio y fundacion de la Profesa. Muerte del padre Diego de Herrera. Celébrase la cuarta congregacion provincial. Ministerios y estudios del colegio máximo. Cátedra de escritura. Frutos de los demas colegios. Raros ejemplos de virtud en los indios de Pátzcuaro y en Tepotzotlan. Muerte del padre Cárlos de Villalta. Mision á Acapulco y pretension de un colegio. Sucesos de los chichimecas. Reduccion de los Guasabes en Sinaloa, y de los fugitivos á sus pueblos. Pídense jesuitas para la conversion del Nuevo-México y para Californias. Progresos de las congregaciones del Salvador y la Anunciata. Mision de S. Gregorio y sus efectos. Calumnias contra los jesuitas en la Puebla, peste en Oaxaca y salud milagrosa en nombre de S. Francisco de Borja. Muerte del padre Gerónimo Lopez. Pretende el cabildo de Valladolid se encargue la Compañía del Seminario de S. Nicolás. Inquietudes en Sinaloa. Principios de las misiones de Tepeguanes y sus primeros frutos en el pueblo de Papátzcuaro. Sucesos de la mision de la Laguna y de S. Luis de la Paz.

Mutacion en el Seminario de S. Pedro y S. Pablo.

El colegio Seminario de S. Pedro y S. Pablo estaba en una situacion que no podia durar mucho tiempo sin alterarse la constitucion de su gobierno. La Compañía lo habia tomado segunda vez á su cargo por órden de la real audiencia, como dejamos ya escrito; pero aun este superior respeto no fué bastante para que en los siguientes cabildos no intentasen los patronos algunas novedades á que no se podia condescender sin deshonor. Informado nuestro muy reverendo padre general *Claudio Acuaviva*, envió órdenes muy apretadas al padre provincial *Antonio de Mendoza*, en que le mandaba que si aquellos señores (salvo el derecho de presentacion) no cedian á la Compañía todos los demas, cuanto á la temporal administracion y gobierno económico del Seminario, se dejase del todo la direccion y se quitase aquel motivo de

discordias que podian ser de muy perniciosas consecuencias á toda la provincia. En consecuencia de esta órden, juntos en cabildo los patronos á 30 de julio de 1588, propuso el padre provincial las instrucciones que se habian recibido de Roma, bien seguro que no estaban los ánimos en disposicion de admitir tan duras condiciones. Efectivamente, habiendo escuchado aun la simple propuesta, no sin muestras de indignacion, el padre Juan de Loaiza, que era entónces rector, entregó las llaves del colegio, y volvió éste á su antiguo estado, bajo la administracion y direccion del *Lic. Francisco Nuñez.*

Miéntras que así vacilaba, y amenazaba próxima ruina el colegio de S. Pedro y S. Pablo, los dos Seminarios de S. Bernardo y S. Miguel, felizmente reunidos, bajo el nombre de *S. Ildefonso,* que se vió desde entónces como un presagio dichoso de su duracion y de sus aumentos, florecian cada dia mas en letras y en virtudes. Para el cultivo de estas en que ha puesto siempre la Compañía su principal atencion, se habia emprendido algunos años ántes una congregacion formada de los mismos estudiantes, bajo el amparo y advocacion de la Santísima Vírgen María en el ministerio de su Anunciacion, que honraban con particulares ejercicios. Estas piadosas congregaciones eran ya muy frecuentes en Francia, en España, Italia y Alemania. La que se habia fundado en Roma, en nuestro colegio de estudios, era muy sobresaliente para que pudiese ocultarse á la paternal benevolencia del Sumo Pontífice Gregorio XIII, fundador de aquel insigne colegio. Habia tenido principio desde el año de 1563; en el siguiente se le dió el nombre de la *Anunciata,* con que hasta ahora florece. La frecuencia de los Sacramentos, la asistencia de las exhortaciones que les hacia su prefecto, la leccion diaria de algun libro piadoso, algunos ratos de oracion, la devocion al santo sacrificio y al Rosario, y otras oraciones en honra de la Santísima Vírgen, eran sus principales ocupaciones. Los domingos, despues de vísperas, acompañados de sus maestros, visitaban las estaciones de Roma ó los hospitales y las cárceles, con una modestia y una fragancia de virtud que encantaba á toda la ciudad. El Soberano Pontífice, gozoso de ver en su colegio, no solo la regular observancia de los nuestros, pero aun en la mas tierna juventud, obras de tanta edificacion, la enriqueció con muchas indulgencias por bula expedida á 5 de diciembre de 1584. Despues Sixto V, por bula expedida á 5 de enero de 1586, concedió al general de la Compañía poder erigir en todos y cada uno de los colegios ó casas, una ó muchas con-

gregaciones, bajo el mismo ó diferente título y facultad para agregarlas á la primaria de la *Anunciata* de Roma, y concederles las mismas indulgencias que aquella goza. En nuestro colegio máximo de México, cuasi con los primeros estudios de gramática que allí se establecieron, habia tambien florecido esta piadosa congregacion. Tomó un nuevo lustre y formalidad, despues que juntamente con las sagradas réliquias se colocó en nuestra Iglesia la bellísima imágen de Nuestra Señora, de que arriba hablamos, y á cuyo altar quedaron vinculados sus devotos ejercicios. Aun despues de concluidos sus estudios, permanecian asistiendo á todas las funciones de la congregacion, con la misma puntualidad y exactitud los sacerdotes y personas constituidas en dignidad. Así lo practicaron, dando heróicos ejemplos de virtud por muchos años los Illmos. Sres. D. Juan Ladron de Guevara, arzobispo despues de la Isla Española: el Illmo. D. Bartolomé Gonzalez Soltero, inquisidor de México, su pátria, y obispo de Guatemala: el Illmo. D. Nicolás de la Torre, dean de la Sta. Iglesia metropolitana de México y obispo de Cuba: el Illmo. D. Alonso de la Cueva Dávalos, dean de la misma Iglesia de México, y su dignísimo arzobispo, despues de obispo de Oaxaca: el Illmo. D. Miguel de Poblete, arzobispo de Manila, y su hermano el Dr. D. Juan de Poblete, dean de la Sta. Iglesia de México. Los sacerdotes fuera de los ejercicios comunes de la congregacion, tenian, ó alguna conferencia sobre casos prácticos del moral, ó sobre los sagrados ritos y ceremonias de la misa, de que, para comun utilidad, imprimieron en nombre de la congregacion un utilísimo tratado. Imprimieron tambien catecismos de la doctrina cristiana para la instruccion de la juventud y gente ruda, y consecutivamente algunos otros piadosos libros, entre los cuales no tuvo el ínfimo lugar uno intitulado: *Sacra Poesis*, con versos muy ingeniosos á varios asuntos sagrados: obra de los mas bellos ingenios de nuestros estudios, capaz de servir de antídoto al veneno que suele beberse dulcemente en los mas de los poetas, y que abria en la Nueva-España el camino de conciliar el amor de las musas con una sólida piedad; á la manera que en otros siglos lo habian mostrado S. Gregorio Nacianceno y algunos otros de los santos padres.

Si los gloriosos trabajos de nuestros operarios y maestros así fructificaban en nuestros domésticos estudios, se puede imaginar fácilmente cuál seria la pública utilidad en los demás fervorosos ministerios, en que lograba su celo mayor esfera y mas proporcionado pábulo. Mu-

chos casos particulares refiere *la annua* del año de 1589 *con visos* de milagrosa providencia, que referiríamos gustosamente si no escribiéramos en un siglo en que la libertad de la crítica ha cuasi degenerado en una *irreligiosa incredulidad*, y por otra parte nos persuadimos á que los ejemplos de sólidas virtudes con que mas instruye la historia, aunque sin el brillo esterior, no tienen ménos de milagros, y alientan mas á la imitacion. Habia hecho en nuestro colegio, pocos dias ántes, confesion general, y proseguia frecuentando los Sacramentos uno de los capitanes que habia entónces en la ciudad. Pasaba acaso por una calle acompañado de algunos de sus soldados, cuando un hombre temerario le disparó de muy cerca una pistola, aunque con poco ó ningun efecto. Corrian ya los soldados á apoderarse del asesino y vengar la injuria de su capitan; pero éste, lleno de dulzura y caridad cristiana, los detuvo dando tiempo á su enemigo de ponerse en salvo, diciendo á sus compañeros: ¿cómo pretenderia yo que el Señor me perdonase mis culpas si no perdonara la ofensa que á mí me hace un hombre? Esta moderacion de ánimo fué tanto mas heróica en este sugeto, cuanto era mas alto el carácter que lo distinguia en la república. Habiase encendido en aquel tiempo sobre no sé que competencia de jurisdiccion, el fuego de la discordia entre el Exmo. Sr. D. *Alvaro Manriquez de Zúñiga*, virey de México, y la audiencia real de Guadalajara. La revolucion habia ya prorumpido en guerra intestina, y de una y otra parte se habia llegado á las manos. Roto el freno de la veneracion y del respeto con que deben mirarse, y se han mirado siempre en la Nueva-España, las personas que S. M. pone en su lugar para el gobierno de estos reinos, todo caminaba á una sedicion general: comenzó á envilecerse la autoridad viendo que se le podia oponer impunemente. Una persona distinguida de la ciudad le faltó públicamente al respeto con palabras poco decorosas y cuasi amenazadoras. El virey lo habia mandado poner preso, y se habia mostrado inexorable á todas las súplicas é intercesiones de sus mas favorecidos. Entre tanto oyó predicar aquella cuaresma á uno de nuestros operarios sobre el perdon de las injurias, y saliendo del sermon mandó luego poner en libertad á aquel ilustre preso, y lo trató con las mayores muestras de benevolencia y de amistad, aun sabiendo muy bien lo que él y otros de la ciudad habian escrito contra él á la corte, y que fueron la causa de que á fines de aquel mismo año, cortado violentamente el tiempo de su gobierno, volviese á España sin honor y sin bienes, que se le mandaron confiscar.

No es tanto admirable este ejercicio de virtud en personas cultas y tan arraigadas en las máximas santas del Evangelio; los indios del pueblo de Tepotzotlán las practicaban de un modo que seria muy digno de atencion aun en siglos mas felices. Se vió una india doncella amenazada de un puñal si no condescendia á las torpes solicitaciones de un jóven lascivo, responderle con serenidad y valor: *Yo, Señor, seria dichosa con morir por la defensa de mi virginidad, y tengo entendido que esta seria para mí una especie de martirio muy agradable á los ojos de Dios.* Otra que habia heróicamente resistido varios asaltos, padeció del mismo que la solicitaba los mas crueles tratamientos. Arrastrada por los cabellos, herida y bañada en sangre vino á la Iglesia muy gozosa á dar como dijo á uno de los padres, gracias á nuestro Señor de haberle dado tanta fortaleza para guardar sus mandamientos y padecer por Su Magestad. Prometia un español perdidamente apasionado por una muger, no sé qué suma de dinero á una virtuosa india para que practicase una diligencia conducente á su perverso designio; pero ella horrorizada; y qué? le dijo, ¿tan poco pensáis que vale mi alma que haya yo de venderla al demonio por tan bajo *précio?* Una india forastera, huyendo de las persecuciones de sus deudos que querian casarla, se habia refugiado en el pueblo de Tepotzotlán, donde sabia que otras muchas servian al Señor en sus mismos santos propósitos. Se acogió á la casa de otra doncella muy parecida á sí en el espíritu; pero no faltándole á una y otra graves persecuciones, determinaron dirigir todas sus buenas y fervorosas obras para alcanzar del cielo una pronta muerte en virginidad y pureza; así lo habian tratado con su confesor, y esta era la mas frecuente y la materia mas dulce de sus conversaciones. Con ocasion de un nuevo matrimonio que en aquellos mismos dias se proporcionaba á una de ellas, y que su mismo confesor, temeroso de los peligros del mundo le proponia con eficacia, fué necesario apartarlas y poner á la forastera en casa de una honrada y virtuosa española. La misma afliccion y lucha de su espíritu le encendió una calentura de que murió á los cinco dias. Su piadosa compañera habia cuasi al mismo tiempo gravemente enfermado, y hablando en el delirio de su enfermedad aquel mismo dia, se le oyó repetir varias veces: ¿dónde vas hermana mia? ¿dónde vas? ¿por qué me dejas? Espérame, ya te sigo. No dudaron los circunstantes que hablaba con su querida compañera que acababa de morir poco ántes, y el suceso comprobó la verdad, pues habiendo dado aquella tarde grandes muestras de un pronto

alivio, al dia siguiente murió, y fueron, á lo que podemos verosímilmente prometernos, á seguir juntas al Cordero de Dios, único esposo de sus bellas almas. Otra de la misma profesion, asaltada de un ligero achaque, afirmaba sin embargo que habia de morir dentro de poco. No le falló su esperanza; llegó muy en breve á los términos de la vida: por sus acciones y cortadas palabras, creyeron los asistentes que la habia favorecido el Señor con alguna celestial vision. En efecto, poco despues de aquella especie de rapto volvió en sí, y entonando la Salve de nuestra Señora con la gracia y dulzura de un ángel en el semblante y en la voz, espiró plácidamente en brazos de su divino Esposo. Su cuerpo se halló entero é incorrupto despues de un año, y aun lo que es mas, (añade en su manuscrito el padre Martin Fernandez) frescas las flores de la guirnalda que en testimonio de su virginal pureza habia llevado al sepulcro.

Aunque en un sexo tan débil parezcan con tanto esplendor las fuerzas de la gracia, no es ménos digna de admiracion la virtud de un rico y noble mancebo, ni prueba ménos el floreciente estado de la cristiandad de Tepotzotlán. Era este un jóven de las primeras familias entre los indios, y en quien por derecho recaia despues de la muerte de su padre el señorío de la populosa ciudad de Cholula, y sus contornos. Habia discurrido algun tiempo sin mas fin que el de la diversion y curiosidad por muchos de los lugares cercanos. Pensaba ya volverse á su pais cuando llegó á Tepotzotlán. La policía en que vivian aquellos indios, la aplicacion al trabajo, la instruccion y caritativa asistencia de los padres, y la quietud y hermanable union de tantas familias, le encantó, y determinó quedarse en el Seminario de S. Martin. Su capacidad nada vulgar, su juicio, aun en los pocos años, bastantemente maduro, y aquel género de circunspeccion y medida de acciones, que *aun en las naciones mas groseras suele ser el carácter de la nobleza*, le hizo muy presto distinguirse en todo el pueblo, tanto en la política como en el ejercicio de la virtud; estuvo algun tiempo en el Seminario, y apénas salió cuando tuvo noticia de la muerte de su padre, y como lo buscaban con ansia por todas partes para succederle en aquella especie de gobierno, que aun permanecia vinculado á su ilustre familia, el virtuoso, conociendo bien cuanta fuerza tiene el atractivo de la riqueza y la dulzura del señorío para mudar el corazon mas recto, renunció generosamente á todo cuanto le prometia el mundo, y escogió vivir desconocido y pobre en Tepotzotlán para no esponer su alma y

su virtud á una prueba tan dudosa. Se acomodó por un moderado salario en la tienda de un sastre en que pasó un poco de tiempo, dando admirables ejemplos de cristiana piedad. El Señor, siempre rico en misericordias, no dejó muchos dias sin prémio una accion tan heróica. De allí á poco, acometido de una enfermedad, entre tiernísimos coloquios y actos heróicos de todas las virtudes, pasó con una admirable tranquilidad á recibir el ciento por uno de lo que en la tierra habia tan gustosamente sacrificado al amor de la virtud y al servicio de S. M. A vista de tan grandes ejemplos de virtudes heróicas, á nadie se hará increible que una diosa infame que cerca de aquel pueblo se veneraba en la gentilidad, la viese uno de los mas fervorosos neófitos desvanecerse en negro humo, quejándose de que la obligaban á desamparar aquel sitio, y de que aun los tiernos niños de los cristianos se burlasen de lo que sus padres habian adorado por tantos siglos. Tenian estos dichosos indios por un principio muy asentado, y lo confirmaba bastantemente la ajustada conducta de su vida, que el que comulgaba una vez no habia de volver jamás á las culpas pasadas.

Con tan bellas máximas se gobernaba aquella floreciente Iglesia; y ya que hemos propuesto estos generosos ejemplares á la imitacion de todo género de personas, no será razon que pasemos en silencio un caso de que podemos sacar bastante instruccion nosotros mismos, los que por la misericordia de Dios hemos sido llamados á la vida religiosa, y singularmente á la Compañía. Hemos dicho ya mas de una vez el singular esmero con que el colegio de la Puebla, desde los principios de su fundacion, se habia aplicado al utilísimo ministerio de los hospitales, de los obrages y las cárceles: visitábanlas con frecuencia, procurábanles socorros de personas piadosas, y se les llevaban del colegio luego que estuvo en estado de poderlo hacer; pero en ninguna otra ocasion lucia tanto la caridad de nuestros operarios como cuando algunos debian ser ajusticiados por sus delitos. Pasaban á su lado el dia y la noche, haciéndoles aprovechar cada uno de aquellos preciosos momentos. Estaba ya en este triste estado un hombre, y llegándose la hora de sacarlo al suplicio, dirigiendo en particular su oracion ácia los muchos jesuitas que se hallaban presentes, habló de esta manera, interrumpiendo á cada paso el discurso por la abundancia de las lágrimas: „Quiero decir á vuestras reverencias, padres, en este último trance de mi vida, una cosa en que pueda resarcir con el escarmiento, el escándalo que dí con mis malos ejemplos. Yo, miserable de mí, viví algun tiem-

po en la Compañía de Jesus: viví quieto y tranquilo todo aquel tiempo que me apliqué con fervor á la observancia de aquellas menudas y santísimas reglas. Sobre todo, experimenté un singular consuelo y aliento para la perfeccion en dar á los superiores una exacta y sincera cuenta de mi conciencia; pero Adán no estuvo largo tiempo en el paraiso. Me acompañé con uno de aquellos sugetos, que no contentos con su tibieza, procuran apartar á otros del fervor. Comenzó á inspirarme mas con el ejemplo que con las palabras, sus fatales máximas, y entre todas aquella perniciosísima de que las reglas de la Compañía no obligan á pecado, y que no se debia hacer mucho escrúpulo de quebrantarlas. Yo, infeliz de mí, fui poco á poco perdiendo el miedo á la transgresion de las reglas, me enfrié en la oracion, comencé á recatarme de los superiores, sin dar mas cuenta de mi conciencia que en aquellas inescusables ocasiones, y entónces no con la exactitud y sinceridad que debia. Finalmente, conforme á aquella sentencia del Espíritu Santo, tan experimentada en la vida espiritual, el desprecio de las cosas pequeñas me condujo insensiblemente á otras mayores, hasta que despedido de la Compañía me entregué á todo género de vicios, que me han traido á un estado tan infeliz como el de concluir mi vida con un vergonzosísimo suplicio." Así acabó aquel miserable, dejándonos la mas importante leccion, que ojalá no hubiésemos visto despues confirmada con tantos y tan espantosos ejemplares.

En las demas partes en que habia colegios ó residencias de la Compañía se habian hecho misiones seguidas con aquel fruto que acompaña siempre á la fecunda semilla de la palabra cuando se predica con pureza y con fervor. De la que se hizo por este mismo tiempo á la ciudad de Zacatecas tuvo principio la fundacion del utilísimo colegio que tiene allí la Compañía. Desde muy recien fundada la provincia vimos ya las fervorosas espediciones del padre *Hernando de la Concha* en este real de minas con mucho consuelo del venerable prelado D. Francisco de Mendiola, y mucha utilidad de aquel pueblo que desde entónces habia pretendido con instancia fijasen allí residencia los jesuitas. Al padre provincial *Pedro Sanchez*, que fué personalmente á reconocer el estado de aquella fundacion, no pareció por entónces oportuna, aunque para satisfacer á la piedad de aquellos ciudadanos continuó enviando algunas cuaresmas al mismo padre Concha, de que tan alta idea se habian formado aquellas gentes, y otros sugetos muy semejantes á él en el espíritu apostólico. Despues de establecida la Compa-

ñía en Guadalajara, habia mas oportunidad para frecuentar estas correrías, que tuvieron siempre muy felices sucesos. A instancia del Illmo. Sr. D. Fr. *Domingo de Arzola*, el padre Pedro Diaz, rector de Guadalajara, envió esta cuaresma á los padres *Pedro Mercado* y *Martin de Salamanca*. El ardiente celo de estos dos misioneros, junto con las repetidas pruebas que tenian de la piedad, el desinterés y la caridad de los jesuitas, movió últimamente á los ciudadanos á destinar una casa á que añadieron un sitio cercano á una hermita de S. Sebastian, y solar muy capaz de que desde luego hicieron donacion para alojamiento fijo de los padres, siempre que viniesen á hacer mision á la ciudad, y algun dinero para el necesario acomodo de las piezas. No pretendieron por entónces mas, aunque no los engañó su inocente artificio, con que creyeron tener despues mas fácil entrada á su pretension de que lograron el éxito cumplido al año siguiente.

En efecto, vino el año de 1590 por visitador de la provincia el padre Diego de Avellaneda, rector que habia sido algunos años del colegio recien fundado en Madrid. Era el padre visitador uno de los mayores hombres en letras y virtud, que habia venido á las Indias. Asistió con voto á la congregacion general en que fué electo el padre *Diego Laines*, y este sapientísimo varon, que tambien podia conocer sus fondos, lo detuvo en Roma para leer teología en el colegio romano, y ser uno de los fundadores de aquellos estudios proporcionados al cultivo y grandeza de la capital del mundo. Vuelto á España no pudo ocultarse el resplandor de su literatura y su piedad á los ojos del Sr. D. Felipe II, que en compañía de su embajador el Exmo. Sr. D. Francisco de Mendoza, conde de Monteagudo, lo hizo pasar á Alemania, en que consiguió gloriosísimos triunfos á nuestra santa fé, especialmente en una nobilísima princesa que trajo de la secta luterana al grémio de la Iglesia, y en su seguimiento otras 120 personas de no muy inferior calidad. Miéntras se detuvo el padre en la corte de Viena se efectuó el matrimonio de la serenísima infanta Doña Isabel, hija de Maximiliano II, con Carlos IX, rey de Francia. El emperador, deseando que tuviese al lado un sugeto de tan alta virtud y consumada prudencia, no tuvo que deliberar, y le dió por confesor al padre Diego de Avellaneda, que en efecto acompañó á la reina hasta las fronteras de Francia. En el viage no pudo ménos que conocer la sombra que hacia su presencia á los príncipes y nobleza de Francia, que formaban aquella augusta caravana. La celosa política de esta nacion no pudo di

simular la pena que le ocasionaba ver á un *español*, aunque de tanto mérito, introducido en el palacio de sus reyes. Con este motivo el prudente y religioso padre habló á S. M., y huyendo aquel honor que siempre habia mirado como carga, alcanzó de ella licencia para volverse á Viena, en que dejó al emperador Maximiliano no ménos edificado de su religiosidad, que admirado de su prudencia.

Tal era el nuevo visitador de la provincia de México, bajo cuya conducta comenzaremos ya á ver con nuevo semblante las cosas de la Compañía en Nueva-España, y estender esta vid hermosa sus vástagos y sus pámpanos del uno al otro mar en el descubrimiento y conquista de nuevas naciones al imperio de Jesucristo. Poco despues de su llegada, sabiendo la bella disposicion de los ánimos, y singular benevolencia que habian siempre mostrado á la Compañía la ciudad y real de minas de Zacatecas, envió allá á los padres Agustin Cano y Juan de la Cagina, hombre de una rara elocuencia y talento singular de manejar los corazones y aficionarlos á la virtud. Dióles órden para que admitiesen aquella ténue donacion y fijasen allí su residencia, como se ejecutó efectivamente á fines del mismo año; consiguiendo de la ciudad se nos diese la vecina hermita de S. Sebastian para el ejercicio de nuestros ministerios, y añadiendo los mas distinguidos sugetos de aquella república copiosas limosnas para el sustento de los padres, y para el adorno y necesidades de la pequeña Iglesia. Los padres comenzaron luego á hacer un gran fruto, tanto en los españoles como en los indios y otras gentes, que en gran número se empleaban en el servicio de las minas. Estas han sido las mas antiguas y las mas fecundas de Nueva-España. La provincia de Zacatecas, que dió el nombre á la ciudad, tiene al Norte la Nueva-Vizcaya, al Poniente las provincias de Culiacán y Chiametlán, al Sur las de Guadalajara, y al Oriente las tierras de Pánuco. Estas regiones, como las de Pánuco, Jalisco y Culiacán, las descubrió y conquistó Nuño de Guzman, ó segun otros, Lope de Mendoza, á quien Nuño habia dejado por su teniente en Pánuco, con órden de salir á descubrir por el lado del Poniente. La ciudad se fundó algunos años despues con ocasion de sus ricas minas, en cuya esplotacion eran muy incomodados por los chichimecas, gente belicosísima, y que por armas no fué posible sujetar en muchos años. Los primeros pobladores de Zacatecas se dice haber sido Cristóbal de Oñate, que habia acompañado en su espedicion á Nuño de Guzman y Diego de Ibarra. Aun despues

Descripcion de Zacatecas

de poblado por los españoles el pais no dejaron de hacer por muchos años continuas correrías los bárbaros que tenian infestados todos los caminos. Está situada la ciudad en 23 grados y 15 minutos de latitud septentrional †. La region es estremamente fria y seca, sumamente escasa de trigo, maiz y frutas, fuera de tunas de varias especies de que están cubiertos siempre los campos. El terreno es desigual y quebrado, penetrado todo de riquísimas vetas de plata. Al Norte tiene un alto monte que llaman la *Bufa*, de que nacen tres hermosísimas fuentes de muy bellas aguas. De esta ciudad salió por los años de 1554 D. Francisco de Ibarra, por órden del Exmo. Sr. D. Luis de Velasco, el primero, al descubrimiento y poblacion de las minas de *Abiño, Sombrerete, S. Martin, Nombre de Dios, el Fresnillo*; y por medio de Alonso Pacheco, uno de sus mas bravos oficiales, envió una colonia de españoles al valle de *Guadiana*, de que tuvo orígen la ciudad de Durango, que despues, erigida en obispado, fué capital de la Nueva-Vizcaya. El camino que hoy se tragina por Zacatecas, se dice haberlo abierto en los viages de su limosna el venerable siervo de Dios Fr. *Sebastian de Aparicio*, religioso franciscano, cuya memoria respira aun en toda aquella tierra un olor de suavidad, ni ménos la del venerable padre Fr. *Antonio Margil*, misionero apostólico del órden seráfico en la recoleccion de la Santa Cruz de Querétaro. El estático varon *Gregorio Lopez* puso allí tambien los primeros fundamentos de aquella vida admirable, que despues continuó por tantos años en Santa Fé, pequeño pueblo tres leguas al Oeste de México, en cuya Catedral descansa su cuerpo. Los primeros que predicaron la fé de Jesucristo, y fundaron convento en este pais, como en los mas de la América, fueron los religiosos de S. Francisco. El convento de Zacatecas fué erigido en cabeza de provincia en el capítulo general de Toledo, año de 1606. La ennoblecen igualmente las familias de Santo Domingo, S. Agustin, la Merced, S. Juan de Dios, un colegio de misioneros apostólicos con la advocacion de nuestra Señora de Guadalupe, que fundó el venerable Fr. *Antonio*

† La historia de Zacatecas la ha escrito en estos últimos tiempos con el título de Historia breve de la conquista de los estados independientes del imperio mexicano, el padre Fr. Francisco Frejes, cronista del colegio de nuestra Señora de Guadalupe: tiene mucho mérito literario por la belleza de su estilo, exactitud y crítica. Se imprimió en Zacatecas en 1838 en la oficina de Aniceto Villagrana. La literatura de este religioso es esquisita, y desconocida entre muchos de su órden.—EE.

Margil, colegio de la Compañía de Jesus, y un seminario de estudios de moderna fundacion, á cargo de la misma Compañía. No faltaron perseguidores á los jesuitas que procuraron impedir su establecimiento sembrando rumores poco decorosos á su nombre; pero al paso que para herir se ocultaba la envidia, la evangélica simplicidad protegida de la inocencia, se manifestaba abiertamente de un modo que no es capaz de remedar la hipocresía, y que añadido á la estimacion de lo mas noble y lucido de la ciudad, bastó para que por sí mismas se disiparan aquellas calumnias, que como aves nocturnas no podian sostener la presencia de la luz.

Entretanto se habia proporcionado este año lo que habia tantos que se deseaba de poder nuestros operarios ocuparse en la conversion de los infieles, uno de los principales motivos que habia tenido el rey católico para solicitar su venida á Nueva-España, y que habia contribuido en gran manera para que tantos y tan sábios maestros, dejadas las comodidades de los colegios de España, se hubieran sacrificado con gusto á las penalidades de tan largos viages. Entró á gobernar la provincia de Sinaloa D. *Rodrigo del Rio y Loza*, cuyos distinguidos servicios en el descubrimiento y pacificacion de aquellas mismas regiones le habian merecido de la M. del Sr. D. Felipe II el honor del hábito de Santiago. La historia de estas gloriosas espediciones escribió difusamente hasta su tiempo el padre *Andres Perez de Rivas* en un tomo de folio, intitulado *Triunfo de la fé*, que dió á luz á la mitad del siglo antecedente. Este autor tiene la recomendacion de haber florecido á los principios de la fundacion de estas misiones, y haber conocido á los sugetos de que trata, ó tenido de ellos muy recientes aun las noticias. Se halló por otra parte sobre aquellos mismos lugares de que escribe, y fué testigo de los maravillosos progresos de la fé en aquellas regiones, que cultivó en cualidad de misionero algunos años, *et quorum pars magna fuit*. Su relacion es exacta, sincera y bastantemente metódica. Debe estarle en un sumo agradecimiento nuestra provincia por el cuidado que tuvo en conservarnos las memorias de los antiguos sucesos, haciéndose lugar para escribir, en medio de las grandes ocupaciones de misionero de provincia, y de procurador á Roma dos veces, no solo la dicha Historia de Sinaloa, sino otros dos tomos manuscritos de las fundaciones de todos los colegios, que hasta su tiempo habia en Nueva-España. Los pocos ejemplares que en el dia se hallan de la historia del padre *Rivas*, su difusion, y el no defraudar esta ge-

neral historia de la mas bella, y mas gloriosa parte de sus apostólicos trabajos, nos obliga á insertarla aquí, aunque mas reducida, é interpolada con los demas sucesos de nuestra provincia, segun el plan de cronología que hasta ahora hemos seguido.

Descripcion de Sinaloa.

La provincia de Sinaloa está como trescientas leguas al Noroeste de México, y se estiende como ciento y treinta leguas á lo largo de la costa oriental del golfo de Cortés ó seno de la California. Por el Norte tiene por límite á la provincia de Sonora: por el Sur la provincia de Culiacán, y una parte del mar Bermejo ó seno californio, que la limita tambien al Oeste. Por el Oriente tiene la Taraumara y una parte de la provincia Tepehuana: la Calimaya, dice el padre Rivas, comienza desde 27 grados de latitud Septentrional, y se estiende el pais donde se ha predicado el Evangelio hasta los 32. El padre siguió verosímilmente la demarcacion de *Laet* de algunos otros antiguos geógrafos, y comprendió bajo el nombre de Sinaloa una gran parte de la provincia de Sonora, en que ya desde su tiempo tenia la Compañía varias misiones, como se ve en el capítulo 18 del libro de su historia. Los últimos mapas de nuestros misioneros no dán á Sinaloa sino 4 grados de estension por la costa desde 24, 20 hasta 28, 15. Toda la provincia de Sudeste á Noroeste, está partida por una cordillera de montes muy altos que llaman *Sierra Madre*, que con poca interrupcion corre por toda la costa de una y otra América, hasta el estrecho de Magallanes. Esta division ha sido causa de que la nacion de los Chinipas, que cae al Oriente de dicha serranía, se mire alguna vez como provincia separada de la ciudad, quedando este nombre á solo aquellos valles que corren entre el mar y la sierra, y que riegan los cinco rios en que están partidas todas estas naciones. Todos ellos tienen su orígen á la falda de los montes, y todos desembocan igualmente en el golfo de California. El mas septentrional y mas caudaloso es el *Yaqui*, que nace en la parte oriental de la sierra, y despues de haber formado por la Sonora un vasto semicírculo, y enriquecido con las aguas de otros rios, desemboca por Sinaloa, como á los 27 grados y 10 minutos. El segundo ácia el Sur, es el *Mayo* que sale al mar en 27 grados, aumentado con cuatrocientos cinco rios menores. El tercero el *Zuague*, á cuya rivera austral estuvo en otro tiempo la villa de S. Juan Bautista de Carapoa, que despues fabricado el fuerte de Montesclaros, se llamó *Rio del Fuerte*, y el padre Andres Perez llama por antonomásia el rio de Sinaloa. En esta entra por el Sur el rio de

Ocoroni, y juntos desembocan á los 25 grados y 20 minutos. El cuarto es el rio de *Petatlan*, ahora comunmente conocido de los geógrafos por el rio de Sinaloa, por haberse fabricado allí la capital de la provincia con el nombre de S. Felipe y Santiago, despues de la ruina de Carapoa. Llámanle tambien rio de la Villa, y antiguamente tuvo el nombre de *Tamotchala*, con que le llama *Laet*, ó *Tamazuela*, pequeño pueblo por donde se arroja al mar con altura de 24 grados y 38 minutos. El quinto es el pequeño rio de *Mocorito*, así llamado á causa de un pueblo situado á pocas leguas de su orígen. Antiguamente se llamó de *Sebastian de Evora*, y algunos lo han confundido con el de Petatlan, y aun con el de Piaztla, muchas leguas distante. El rio de Mocorito es el límite de Topía y Sinaloa, y sale al mar en altura de 24 grados y 20 minutos. Estos rios en tiempo de las lluvias, aunque en la costa no son muy copiosas, engrosados con las vertientes de la sierra, tienen como el Nilo sus desbordes periódicos, con que mudan y fertilizan las campiñas cercanas hasta dos y tres leguas. Por lo demas, el terreno, aunque plano, es por sí mismo seco, y el temple caloroso como en cuasi todas las costas de la América. En estos valles hay selvas y bosques de tres y seis leguas en que se encuentra el palo del Brasil, y no es muy escaso el Ebano. Son abundantes de caza, como los rios de pesca, singularmente en su embocadura, en que afirma como testigo de vista el padre Rivas, haber sacado los indios en ménos de dos horas mas de *cincuenta arrobas* de pescado. La tierra misma en sus arcabucos y sus breñas, está mostrando la riqueza que oculta en minas, de que se tuvo noticia muy á los principios de su descubrimiento, y que la pobreza de sus habitadores no ha podido cultivar despues.

Usos y costumbres morales de estos indios.

Habitan estos vastos paises muchas diferentes, aunque poco numerosas naciones. La diversidad la causa por lo comun, el idioma ó la situacion de sus rancherías, y muchas veces la sola enemistad, aun entre pueblos de una misma lengua. Las casas son por lo general de bejucos entretegidos ó de esteras de caña, que sostienen con horcones á proporcionada distancia, y visten de barro. Las cubiertas de madera son alguna tierra ó barro encima. En los pueblos de la sierra y en algun otro de los mas inquietos y guerreros, fuera de estos particulares edificios, solia haber dos casas de piedra comunes á toda la nacion y bastantemente grandes. En una se recogian de noche las mugeres y en otra los hombres con sus armas; para mayor seguridad y desembarazo, en caso de alguna sorpresa. Pasado el tiempo de las inun-

duciones, que duran pocos dias ántes de que el trato de los españoles les enseñara otras precauciones, formaban entre las ramas de algunos árboles muy cercanos una especie de tablados con tierra encima para poder encender fuego; incomodidad que aun despues de conquistados estos paises han pasado tal vez los misioneros, cuando la repentina inundacion no ha dado en la noche lugar á mas oportuna providencia. Las puertas de sus moradas son ordinariamente muy bajas, y todas tienen alguna enramada ó covertizo, como portal, en que pasan los calores del dia, y en cuya parte superior secan y conservan sus frutos. Los que principalmente cultivan estas gentes, es el maiz, el frijol y algunas otras groseras semillas, que precisamente siembran á una corta distancia de sus chozas, y que cogen tres meses despues de haber sembrado. Las semillas de Europa y las frutas que han plantado los misioneros, se han dado con bastante felicidad. En su gentilidad no conocian mas que las tunas, las pitayas, y tal cual frutilla silvestre que contaban entre sus mayores delicias. De todas estas plantas, y principalmente del maguey, destilaban vinos ó licores fuertes para sus solemnidades, y celebracion de sus victorias. La embriaguez no era aquí, como es frecuente en otras naciones, vicio vergonzoso de algunos particulares, sino público y comun, que autorizaba todo el cuerpo de la nacion. Usábanlo especialmente en aquellas juntas en que se resolvia la guerra contra algun otro partido, y el dia mismo que habian de salir á campaña para adquirir mayor brio. Vueltos de la accion plantaban en alguna pica ó lanza, el pié, cabeza, ó brazo de los enemigos muertos, bailaban con una bárbara música de tambores y descompasados gritos al rededor de aquellos despojos. La letra comun del canto era alabar su brazo ó de su nacion, y afrentar á los vencidos. Al baile, en que tambien entraban las mugeres y los jóvenes, seguian los brindis en que no era permitido tener parte sino á las gentes de una edad varonil, escluidas las personas del sexo. Se convidaban despues mútuamente al tabaco que usaban en unas cañas delgadas y huecas, con poca diferencia á manera de las pipas que usan otras naciones. Si esta ceremonia se practicaba con gentes de distinta nacion, no podian admitirla sin contraer una solemne alianza, cuya transgresion se procuraba vengar con el mayor rigor. En la guerra sus armas ofensivas eran el arco y la flecha, untadas del jugo venenoso de algunas yerbas, que en siendo fresco, por poco que penetre la flecha, no lo cura antídoto alguno; usaban tambien para de cerca, macanas de leño muy pesado, y los princi-

pales de picas ó chuzos de palo del Brasil. Su arma defensiva era una especie de escudo ó adarga de cuero de caiman, que de alguna distancia resiste bien á las flechas. Para salir á campaña se pintaban el rostro y algunas otras partes del cuerpo, y adornaban la cabeza con vistosas plumas de Guacamayas, aves muy hermosas de las Indias, que procuraban criar con el mayor cuidado.

La deshonestidad sigue muy de cerca á la embriaguez; sin embargo, entre estos pueblos tenia particular estimacion la *virginidad*. Las doncellas usan en algunos de estos pueblos una concha de nácar, curiosamente labrada, como para señal de su condicion, que les era muy afrentoso perder ántes del matrimonio. Este no lo contrahian sino con expreso consentimiento de los padres, y lo contrario seria entre ellos una monstruosidad inaudita. El marido quita á la nueva esposa, en presencia de sus padres y parientes, aquella concha que traen pendiente al cuello las vírgenes. Repudian con pequeño pretexto á sus mugeres; pero la pluralidad no es comun sino entre los gefes ó caciques de la nacion; una india doncella anda sola por los campos y los caminos, y pasa de unas á otras naciones sin temor de algun insulto: pareceria esta una prueba evidente de continencia y circunspeccion admirable aun entre naciones mas cultas, si no se hubieran hallado en estas gentes resquicios de otras infinitamente mas abominables torpezas, aunque no tan autorizadas, como en *Culiacán* y *Chiametlán*; en Sinaloa, bien que no fuesen muy raros los ejemplares, se miraban sin embargo con horror las gentes de esta infame profesion. La sujecion de las leyes era absolutamente ignorada, como toda especie de gobierno. La autoridad de los caciques solo consistia en ciertas distinciones vinculadas á su nobleza, y en la facultad de convocar las asambleas del pueblo para convocar la guerra, ó para contraer alguna alianza. La ancianidad daba entre ellos la misma prerogativa que la sangre, y una y otra aventajaba la valentía, y la gloria de las armas. La liberalidad y la hospitalidad, la practicaban indiferentemente con todos los de su pueblo, y aun de los forasteros, como no fuesen declarados enemigos, ó como si fueran hermanos, aunque jamás se hubiesen visto. Las mugeres se cubren de la cintura para abajo con mantas que tejen de algodon; los hombres rara vez las usaban, y por lo comun andaban enteramente desnudos. Entre los de un mismo pueblo ó sus aliados, jamás se veian pleitos ó riña alguna. El homicidio, el hurto, el engaño, el trato inicuo, no tenia cuasi ejemplar entre ellos. El vicio de comer carne hu-

mana no era general sino entre los pueblos serranos, que vivian absolutamente como otros tantos brutos. En las mas de estas naciones no se hallaron ídolos algunos, ni altar, ó alguna especie de adoracion y de sacrificio. Ninguna divinidad, ninguna especie reconocian. Si no eran puros atéistas de entendimiento, por lo ménos su tal cual especie de religion solo consistia en el miedo grande que tenian á sus *médicos* ‡, si merecen este nombre, ciertos viejos hechiceros que tenian el afecto de algunas misteriosas apariencias con que engañaban á estos infelices. Puede creerse por una religiosa ceremonia la de sus sermones. Estos hacian por lo comun sus hechiceros y sus caciques, y los asuntos eran solo aquellos que interesaban á todo el cuerpo de la nacion. Encendíase una grande hoguera en medio de la plaza; sentábanse todos al derredor, y convidábanse mútuamente con cañas de tabaco. Despues se levantaba el de mas autoridad. Un profundo silencio reinaba en toda la asamblea. El orador con voz mesurada comenzaba su discurso, dando al mismo tiempo vuelta á la plaza con paso lento y magestuoso. Conforme á la fuerza de la oracion, crecia tambien la aceleracion del paso y el tono de la voz, que llegaba á oirse con el silencio de la noche en todo el distrito del pueblo. Acabada su arenga volvia aquel á sentarse á su lugar. Los circunstantes lo recibian con grande aplauso. Mi abuelo (le decian si era anciano) haz hablado con acierto, te agradecemos tu doctrina; tu corazon y el nuestro están muy de acuerdo en todo cuanto has dicho. Luego le ofrecian de nuevo caña de tabaco, y otro se levantaba y hacia otro discurso en la misma forma. Cada uno hablaba poco mas de media hora, y en siendo de importancia la materia, pasaban en esto la mayor parte de la noche. Los oradores no perdian jamás el fruto de su trabajo. El auditorio quedaba siempre persuadido y resuelto. Tanto aun en medio de su barbárie era viva y enérgica su elocuencia. Sus expresiones, aunque muy sencillas, eran de una simplicidad noble y hermosa, y movian los afectos con tanta mayor fuerza, cuanto el orador mismo tomaba una gran parte en el asunto, y estaba enteramente poseido de la verdad, para proponerla con viveza. Los Ahomes, decian en una ocasion de estas, han entrado en nuestras tierras, se han divertido y han bailado al derredor de las cabezas de nuestros hermanos, de nuestros mas bravos guerreros. Mirad sus casas desamparadas: hay tenéis á sus po-

Elocuencia varonil de estos indios.

‡ No faltan aun personas que les teman tanto como á la peste misma.

bres mugeres viudas, á sus chicuelos huérfanos. Hablad vosotros, hijos mios. ¿Mas qué han de hablar? Su desolacion, sus lágrimas ¿no están pidiendo venganza? ¿No se interesa en ello el honor de los Tehuecos? ¿Son mejores sus arcos, son mas penetrantes sus flechas, son mas fuertes sus brazos, mas robustos sus cuerpos? ¿No los hemos vencido en tal y tal campaña? ¿No tiemblan los Ahomes (decian nombrando algunos de los mas valientes) no tiemblan del arco de nuestro padre N., de la macana de nuestro hermano N..? Salid contra ellos, salid á defender vuestros hogares y vuestros maices, poned en seguro vuestras mugeres y vuestros hijos. Aseguradnos con vuestro valor la posesion de este hermoso rio, que riega nuestras sementeras, que hace tan envidiable á los enemigos nuestra morada. Ya me parece que veo sobre las picas sus cabezas y sus brazos que nos han causado tanto daño. Breve, si no me engaña mi corazon y vuestros semblantes, breve he de bailar y he de beber en este mismo lugar, mirando con gusto y con escarnio sus cuerpos destrozados. Tales eran los sermones de los indios de Sinaloa, segun la relacion del padre Martin Perez, el primero de nuestra Compañía que entró en aquellos paises, por donde se ve *que el interés propio, el amor del bien público, la solidez de los asuntos, y el deseo de persuadirlos, es el orígen de la retórica, y que el carácter de la verdadera elocuencia, es el mismo en todas las naciones.*

Aunque el padre Andres Perez y todos los manuscritos de donde este autor tomó las noticias, afirman constantemente no haber sido descubierta por los españoles la provincia de Sinaloa hasta los años de 1537, no es menester mas que leer las Decadas de Herrera para certificarse, que Nuño de Guzman, desde el año de 1532, habia entrado en Sinaloa y penetrado hasta el rio Yaqui, que aquel cronista con poca alteracion llama Yaquimi. Y aun ántes de él habia llegado hasta el rio de Tamotchala, ó Tamazula, que ahora se llama de Sinaloa, el capitan Hurtado, que descubriendo la costa por órden del marqués del Valle, y habiendo saltado en tierra, obligado de la necesidad con poca gente, fué muerto á manos de los indios, entre quienes halló despues Nuño de Guzman señas muy recientes. Pasaron algunos años sin que se pensara en la conquista de estos paises, hasta que se excitó la curiosidad con la ocasion que vamos á referir, que aunque tiene un cierto aire de aventura fabulosa, es universalmente contestada por todos los impresos y manuscritos que han tratado esta materia. Habia, como dejamos escrito al principio de esta historia, entrado á la conquista de

la Florida Pánfilo de Narvaez, † por los años de 1528. La infelicidad siguió siempre muy de cerca los pasos de este capitan. El terreno, los mantenimientos, el clima, el furor de unos bárbaros, y la mala fé de los otros, acabaron muy en breve con todo el ejército, de que solo quedaron cuatro hombres, y fueron, Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Diego de Orantes, y un negro llamado *Estevan*. Estos infelices solos en medio de innumerables naciones bárbaras, sabiendo que estaban en tierra firme, y que no podian dejar de salir á tierra de españoles, tomaron la atrevida resolucion de salir de aquel pais, sin noticia de los indios, como en efecto lo ejecutaron á los 14 de setiembre, verosímilmente del siguiente año de 1529. Los trabajos de esta peregrinacion, y el modo admirable con que atravesaron tan inmensas distancias, no solo sin persecuciones de parte de los indios, pero aun con su ayuda y socorro, cuenta difusamente D. *Antonio de Herrera*, á quien remitimos al curioso. No nos ha conservado la historia el tiempo que gastaron en esta peregrinacion, y solo sabemos que llegaron á México, siendo virey D. Antonio de Mendoza, á 22 de julio del año de 1536, aunque Grijalva escribe 35. El piadoso virey les procuró todo regalo, y quiso informarse de todas las particularidades de su viage, de las regiones, de los rios, de los montes, de la naturaleza, idiomas, y costumbres de todas las naciones por donde habian pasado tan sensiblemente protejidos del cielo. Habiéndole ellos alabado mucho la fertilidad, la abundancia y géneros de Sinaloa, donde habian sido bien recibidos, y que el mismo júbilo de verse tan cerca de españoles, les habia pintado como un paraiso, quedó el virey determinado á enviar esploradores á aquellas tierras. Efectivamente, por los años de 1538 envió por gobernador de la nueva Galicia á *Francisco Vazquez*, y con él algunos religiosos de S. Francisco, que sin el ruido de las armas entrasen descubriendo todo el pais al Norte de Culiacan. Fr. *Márcos de Niza*, uno de aquellos religiosos, partió de la villa de S. Miguel, á 7 de marzo de 1539. Acompañábale por órden del virey el negro *Estevan*, compañero de Alvaro Nuñez. Fueron bien recibidos de los indios, á quienes procuraba inspirar conocimiento del verdadero Dios; y aunque no se sabe que bautizase algunos, sin embargo la pobreza, la benignidad y la dulzura del religioso varon, se hicieron respetar de aquellos bárbaros que le llamaban en su lengua *hombre del cielo*. Este piado-

† Nombre de mal aguero entre los militares.

so esplorador, habiendo avanzado mucho al Norte de Sinaloa, desamparado de Estevan, que ó le mataron, ó se le escóndió y quedó perdido entre aquellas selvas, y aun amenazado de los indios, que no se hallaban de humor de seguirle tan léjos de sus tierras, volvió á Compostela á fines de aquel año, y dió cuenta de su espedicion al virey en una relacion maravillosa, que puede verse en muchos otros autores, y no pertenece á nuestro asunto.

El famoso viage de Fr. *Marcos de Niza*, hizo concebir á todos muy altas esperanzas de una conquista tan gloriosa. El virey D. Antonio de Mendoza, el marqués del Valle por capitan general y gobernador de las armas, y el adelantado D. Pedro de Alvarado, en virtud de cierto asiento que tenia hecho con S. M. para el descubrimiento de las costas del mar de California, disputaron algun tiempo á quién pertenecia semejante espedicion. Se dió mas prisa que todos el virey, y á principios del año siguiente puso en pié un ejército de doscientos infantes y ciento cincuenta caballos, bajo la conducta de D. Francisco Vazquez Coronado. Por mayo salió de Culiacán el campo, y á cuatro jornadas llegaron al rio de Petatlán, de allí, en tres, al de Zuaque, llamado entónces de Sinaloa. El general despachó de aquí diez caballos, que doblando las jornadas, llegasen al Arroyo de Cedros, de donde deberian seguir al Nordeste por una abra que hace la Sierra ácia aquella parte. Siguiendo este rumbo llegaron al arroyo y valle de los *Corazones*, nombre que le habian puesto los compañeros de Alvaro Nuñez. Este arroyo y valle pensamos sea aquel que corriendo de Oeste á Este desemboca en el rio que llaman hoy de los Mulatos, á cuya orilla está ahora el pueblo de Yecora. Lo cierto es que el valle y rio estaba en los confines de Sinaloa y Sonora, como lo significan todas las relaciones. En los manuscritos hallamos haberse aquí fundado una villa con cuarenta españoles que llamaron *Pueblo de los Corazones*, en que quedó por alcalde y justicia mayor Diego de Alcaraz, hombre altivo é inhumano. Entre tanto pasó adelante el ejército en busca de las grandes ciudades de que habia dado noticias tan alegres Fr. Marcos de Niza. Alcaraz comenzó á tratar con dureza á los indios, hacíalos esclavos contra las órdenes de S. M. ó intenciones del piadoso virey. Para poblar la nueva villa, robaba las hijas y mugeres que la simplicidad del pais permitia andar solas por los campos. Una conducta tan bárbara irritó á los indios. Sorprendieron la villa en una obscura noche: de cuarenta no escaparon sino seis de sus manos. Dos salieron al ejér-

cito; de los otros cuatro mataron al uno, y los otros dos, con un clérigo que habia quedado de cura, fueron á dar á Culiacán. Este éxito tuvo la primera poblacion de los españoles en Sinaloa. El resto del ejército no fué mas feliz. Despues de largas peregrinaciones, que por la mayor parte habian burlado sus esperanzas, recibió un gran golpe el general cayendo de un caballo de que segun algunos, murió, y segun otros, le quedó perturbado el juicio. Herrera da á entender que el deseo de volver á su casa y la dulzura del gobierno, le hizo fingir mayor enfermedad, con murmuraciones de sus mejores capitanes, y no poca indignacion de D. Antonio de Mendoza.

En muchos años no se pensó en poblar á Sinaloa, hasta que gobernando la Nueva-España D. Luis de Velasco el viejo, envió por primer gobernador de la Nueva-Vizcaya á D. Francisco de Ibarra. Este, á persuacion de D. Pedro Tovar, oficial que habia sido de mucha distincion en el ejército de Coronado, despues de haber atravesado con grandes penalidades y trabajos la Sierra de Topia, entró en Sinaloa con algunos religiosos de S. Francisco, y á la rivera austral del rio Zuaqui, fabricó la villa de S. Juan Bautista de Carapoa, á trece leguas de la costa, en una hermosa península que forma este rio con el de Ocoroiri, que en él desagua. Dejó por gobernador á D. Pedro Ochoa de Garraga, y por cura al Lic. Hernando de Pedroza con algunos religiosos franciscanos. El general Ibarra habia pasado con su campo muy dentro de la Sonora. Los indios le recibian generalmente bien, y hubiera desde luego procurado á la corona y á la religion establecimientos muy sólidos; pero en el mayor ardor de sus descubrimientos recibió cartas de Guadalajara en que le decian, que habiéndose descubierto riquísimos minerales en Chiametlán, habia dado el virey al oidor Mareñez la comision de cuidar de su cultura. Que viniendo en diligencia podria prevenir la llegada del oidor, y aprovecharse de tan útil descubrimiento. Con esta noticia, doblando las marchas, volvió precipitadamente á Chiametlán. Poco despues de su vuelta los indios de Ocoroiri y los Zuaques dieron cruelmente la muerte á Fr. *Pablo de Acevedo* y á Fr. *Juan de Herrera*. Lo mismo hicieron con quince españoles que habian venido á comprar maiz á sus pueblos, despues de haberlos falsamente acariciado con algunos víveres de que estaban muy necesitados. Prendieron fuego á la villa por dos ó tres partes, y huyeron al monte. Los pocos que habian quedado en ella se retiraron á un fortin de madera que fabricaron con prisa. El alimento no se conseguia sino á costa de

alguna sangre: crecia la necesidad y con ella el brio de los indios. Se determinaron á dar aviso á Culiacán, de donde efectivamente se envió un pronto socorro; pero cuando llegó, ya los españoles habian desamparado el fuerte y la villa de Carapoa, y retirádose al rio de Petatlán donde podian ser fácilmente favorecidos.

Algunos años habian pasado con quietud los moradores de Petatlán cuando D. Pedro de Montoya, soldado veterano y práctico, alcanzó del gobernador de la Vizcaya, que era entónces D. *Hernando de Trejo*, facultad de entrar con gente en Sinaloa. Se alistaron en Culiacán treinta soldados, y quiso acompañarlos el Lic. Hernando de Pedroza que habia ántes estado en Europa. Salieron de S. Miguel á fines de enero de 1583. Entrando por el valle de S. Sebastian de *Ebora*, *Orabatu* y *Mocorito*, vieron con dolor las poblaciones quemadas y vacias. Los indios, temerosos al arribo de los españoles, huyeron á la Sierra, hasta que asegurados por un intérprete, dejaron las armas y volvieron á sus pueblos. Despues de algunos sustos fueron bien recibidos en *Bacoburitu* y *Chicoratu*, á una y otra costa del rio de Petatlán, y se pensó en el descubrimiento de minas. Se dió asiento á la nueva villa víspera de S. Felipe y Santiago, de que se tomó posesion en nombre de S. M. C. sacando el pendon con descarga de la arcabucería y algazara militar. Se le dió el nombre de S. Felipe y Santiago de Carapoa en memoria de la antigua, aunque no en el mismo sitio. A D. Pedro de Montoya, gobernando ya la Nueva-Vizcaya D. Hernando Bazan, dieron alevosa muerte los Zuaques, de quienes incautamente habia querido fiarse á pesar de los prudentes avisos de los capitanes Gonzalo Martin y Bartolomé Mondragon. Murieron con él algunos doce soldados. Se recurrió por socorro á Culiacán, de donde vino con prontitud á cargo de D. Gaspar Osorio que no pudo haber á las manos sino á algunos de los agresores. Pareció á este capitan que debia desampararse aquel punto, y hechos en toda forma los requerimientos, la justicia y regimiento resolvieron todos desalojar, como se ejecutó, comenzando á marchar para Culiacán á 15 de agosto de 1584: al llegar al rio de Petatlán encontraron veinte españoles á cargo de D. Juan Lopez de Quijada, que venia por capitan de Sinaloa, con órden que se les notificó de D. Hernando Bazan, y só pena de la vida volviesen luego á poblar la villa de S. Felipe y Santiago, á que prontamente obedecieron: repasando el rio y fortificándose lo mejor que pudieron, esperaron la venida del gobernador.

Este, por mucha prisa que se dió, no pudo llegar hasta abril del año siguiente en el dia de jueves santo. Trajo consigo cien españoles y algunos indios amigos. Se detuvo en la villa quince dias, y marchó luego al rio de Zuaque en busca de los agresores. Dividió su pequeño ejército en dos partes; dió la vanguardia á su teniente Juan Lopez Quijada, y él llevaba la retaguardia. Llegando á la antigua villa de Darapoa, envió por delante á Gonzalo Martin con diez y ocho soldados á esplorar la tierra. Estos, siguiendo en una mañana de mucha nieblа las huellas de algunos caballos que habian faltado en el ejército, se empeñaron en una espesura en que fué necesario echar pié á tierra. En lo mas interior del bosque hacia un grande y descombrado plano que tenian acordonado los enemigos. Luego que entraron en él los españoles cerraron los bárbaros con grandes árboles la entrada, y descargaron sobre ellos una nube de flechas. Conocida la emboscada quisieron retirarse, pero hallaron impedido el camino. Gonzalo Martin, con cuatro de sus compañeros, muertos ya algunos de sus soldados, sostuvo animosamente la retirada de los demas. Los primeros que salieron sin mas autor que el propio susto, dijeron que todos los demás habian muerto. Tomaron sus caballos y dieron vuelta al campo. Gonzalo Martin y sus compañeros salieron los últimos despues de haber hecho en los bárbaros una horrible carnicería. A la salida del monte se hallaron sin los caballos y sin pólvora. Cargaron los enemigos sobre ellos y los españoles vendieron muy caras sus vidas. Duró el combate hasta el medio dia, en que faltos de sangre y fuerzas, teniendo que combatir con nuevas tropas que venian de refrezco, y acometidos de los bárbaros con flechas y con chuzos largos por el temor de sus espadas, cayeron aquellos cinco bravos sobre montones de cadáveres que habian muerto á sus manos. Los bárbaros Zuaques, orgullosos de su victoria, siguieron con diligencia el alcance de los fugitivos. Los mas de ellos habian errado el camino de los reales, y murieron á sus flechas. Diego Perez, muerto el indio capitan y muchos otros de los mas valientes Zuaques, se abrió camino con la espada, y Diego Martinez, despues de haber pasado el dia escondido en un charco, llegó al campo con sus armas y caballo. Hernando de Bazan salió al dia siguiente con el ejército en busca del enemigo; pero éste, contentándose con algunas ligeras y repentinas descargas en que se mataron algunos, no quiso empeñarse en una accion general. Pasó al lugar de la batalla, halló los cuerpos puestos en órden sin cabeza, y aun el del

capitan Gonzalo enteramente descarnado, porque segun confesaron algunos prisioneros, habian entre sí los bárbaros repartido el cádaver y comídolo para hacerse, decian, tan valientes como aquel generoso español. El gobernador se contentó con poner fuego á sus sementeras y poblaciones, y pasó al rio de *Mayo*. Esta buena gente lo recibió de paz, y le proveyó abundantemente de víveres; pero él, ó porque en realidad los creyese cómplices en la conspiracion de los Zuaques, ó por una avaricia muy autorizada en aquel tiempo, aunque enteramente opuesta á la dulzura y piedad de nuestros reyes, fué poniendo en cadena á los indios é indias que entraban cargados de la vitualla en las tiendas. Conducta bárbara que desaprobó despues el virey marqués de Villamanrique, mandando conforme á las reales cédulas poner en libertad á los indios, y privándolo del gobierno, de que por esta y muchas acciones se habia hecho indigno. Habia dejado por capitan en Sinaloa á Melchor Tellez, que poco despues tuvo por succesor á D. Pedro Tovar, que distando del pais se vino luego á Culiacán. Los vecinos españoles fueron siguiendo el pernicioso ejemplo de su gefe. Solo quedaron cinco en la villa: Bartolomé Mondragon, Juan Martinez del Castillo, Tomás de Soberanis, Juan Caballero y Antonio Ruiz, de cuyos comentarios bastantemente exactos hemos tomado estas noticias.

Entre tanto, D. Antonio de Monroy que habia sucedido á Bazan vino á S. Miguel, y á peticion de los pocos vecinos que habian ido á recibirle á Atotonilco, señaló por gobernador de Sinaloa á Bartolomé de Mondragon, que habia quedado en S. Felipe, donde los diputados llegaron con instrucciones muy útiles á la subsistencia y gobierno de la nueva poblacion, á 29 de junio de de 1589. Este tiempo no se empleó sino en dos entradas que hicieron en busca de minas en la provincia de Chinipa, con poca utilidad y mucho riesgo. . . . .

Á mitad del siguiente año fué señalado gobernador de Nueva-Vizcaya *D. Rodrigo del Rio y Loza*, hombre que juntaba al valor y á la nobleza de sus cunas, una rara piedad y mucho conocimiento de la tierra á que habia entrado muchos años ántes en compañía de D. Francisco de Ibarra. Envió la villa á Antonio Ruiz á cumplimentarle á Chiametlán, donde habia llegado por diciembre del mismo año. Oyó con no poco dolor el infeliz estado de la provincia y de la villa de S. Felipe, y determinó aplicarse todo el cultivo y aumento de Sinaloa. Luego que se vió electo gobernador de la Vizcaya habia pedido con instancias al padre provincial Antonio de Mendoza algunos misione-

ros de la Compañía para la instruccion de las naciones vecinas. El padre provincial, que no deseaba otra cosa que ver abierta la puerta á la conversion de los gentiles, señaló prontamente dos sugetos de un celo ardiente y de una piedad y fervor á prueba de los mayores trabajos. El padre Gonzalo de Tápia y el padre Martin Perez, partieron á Guadiana, en que debian presentarse al gobernador y estar á sus órdenes. Cuando llegaron, ya el gobernador habia mudado de dictámen; y recibiendo con demostraciones singulares de aprecio y de veneracion á los misioneros: „Yo, padres mios, les dijo, habia suplicado al padre provincial enviase á vuestras reverencias para que trabajasen en el cultivo de estos pueblos vecinos, que Dios y el rey han puesto á mi cargo; pero he sabido que hay paises mas necesitados en que vuestras reverencias puedan emplear su celo con mayor provecho y mayor mérito. Yo me he sentido vimamente inspirado á proponer á vuestras reverencias la conversion de las provincias de Sinaloa. Esta debe de ser la voluntad de nuestro Señor, á quien yo sacrifico de buena voluntad el gusto que tendria con la presencia y direccion de vuestras reverencias.” Los hombres de Dios oyeron con increible consuelo las palabras del gobernador, en que les pareció oir la voz de Dios que los destinaba á aquellas regiones, tanto mas agradables cuanto mas fértiles de penalidades y de cruces. Luego, llenos de gozo, se encaminaron para Culiacán, aunque por caminos escusados y mucho mas largos á causa de la guerra en que ardian entónces los valles de Topia. Caminadas mas de docientas leguas, y dejando por todos los pueblos una alta reputacion de su virtud y un gran fruto en las almas, llegaron á fines de junio á la villa de S. Miguel de Culiacán. Aquí se detuvieron algunos dias ejercitando los misterios con todo género de personas, con notable edificacion y provecho. Escribieron á la villa de S. Felipe dando razon de su destino y del sublime motivo que los conducia á sus tierras, sin otro interés que la eterna salud de sus almas y de las naciones vecinas. Luego se determinó que Juan del Castillo y Antonio Ruiz, españoles, con algunos de los caciques aliados fuesen á conducir en seguridad á los dos misioneros que entraron cerca de Capirato, á diez leguas de S. Miguel. Fué muy sensible en los españoles y los indios el regocijo con que recibieron á los padres. Los indios (dice Antonio Ruiz, testigo ocular en su relacion) hincadas en tierra las rodillas, les pidieron á voces el bautismo. Llegaron el dia siguiente al Palmar, cuatro leguas ántes de Mocorito. El cacique de este pueblo, que era cristiano, sabida por

uno de sus hijos la cercanía de los padres, dió órden que se juntasen todos los niños del pueblo que no hubiesen recibido el bautismo. Se puso en marcha á la noche con aquella inocente caravana, que caminando con lentitud llegó á media noche al Palmar en que dormian los misioneros. Aunque muy necesitados de aquel descanso, lo interrumpieron gustosísimos de ver aquellas primicias de la gentilidad que el Señor les ponia á las manos, y de que podian prometerse un agüero tan feliz de sus piadosas fatigas. A la punta del dia se formó una enramada en que dijeron misa los padres con admiracion de los indios. Se administró despues el bautismo á los párbulos, y se detuvieron en aquel incómodo lugar dos dias. De aquí pasaron á Orobatu donde habia una antigua Iglesia de madera cubierta de paja. Aquí hablaron los padres á muchos indios que habian concurrido por medio de un intérprete. Nosotros, dijeron, no venimos á buscar el oro y la plata á vuestras tierras, ni á hacer esclavos á vuestros hijos y mugeres. Véisnos aquí solos, pocos y desarmados, y que solo venimos á daros á conocer al Criador del cielo y de la tierra, sin cuya fé sereis perpetuamente infelices. Los indios de su parte, á pesar de su barbarie, parecieron sensibles á una prueba tan clara de sincerísimo amor. Se mostraron agradecidos y prometieron ser dóciles á sus consejos. Al otro dia entraron en la villa de Sinaloa con grande acompañamiento de indios, y un grandísimo consuelo de aquellos pocos españoles. Estos, dice Antonio Ruiz, ántes de la venida de los padres pasaban todo el año sin oir misa, y aun para confesarse la cuaresma llamaban algun sacerdote de Culiacán, ó se veian precisados á carecer de aquel espiritual alimento.

No crecia ménos el centro de la provincia en fundaciones que hubieran de traerle en los venidero un grande lustre, y en obras insignes de piedad en lo interior de sus colegios. En el de México se veian florecer con estraordinario concurso los estudios. En la *annua* de este año se dice pasaron de cuatrocientos los jóvenes que cursaban nuestras escuelas. En el Seminario de S. Gregorio se cultivaban con incansable esmero los indios. Los caciques de los pueblos vecinos entregaban á porfía sus hijos á la direccion de los nuestros, y se veia entre los mexicanos una devocion y un fervor en la frecuencia de los Sacramentos, que seria digna de grande alabanza entre los pueblos mas cultos y mas antiguos cristianos de la Europa. Determinó por esto mismo el padre visitador Diego de Avellaneda, pasar el noviciado y casa de

probacion del pueblo de Tepotzotlán al colegio del Espíritu Santo de Puebla, movido no solo de los mayores fondos de este colegio, sino persuadido tambien y enseñado de la esperiencia en las muchas provincias que habia visto en la Europa, que á vista de las ciudades populosas, y en medio de todo el atractivo del gran mundo, se hacen con mas fervor, con mayor edificacion y con mas perseverancia aquellos esteriores actos de mortificacion y de humildad que lleva la austera vida de muchos noviciados, y se acomete y se vence el mundo, digámoslo así, en sus trincheras mismas. Apénas habian puesto el pié en la Puebla nuestros novicios, quiso el Señor ofrecerles una grande cosecha de humillacion y de méritos. Habíase encendido una peste en muchos recien venidos de España, de que estaban llenos dos grandes hospitales de la ciudad. Por espacio de tres meses acudian todos los dias seis novicios á cada uno; consolaban á los enfermos, barrian las salas, asecaban las camas, y hacian todos los demas oficios de caridad con un fervor y una alegría que se mostraba aun en los semblantes. Para acrisolar mas su virtud, permitió el Señor que en uno de los hospitales fuesen mal recibidos del mayordomo y de los enfermos. Mirábanlos con aquel horror con que se suele ver la afectacion y la hipocresía. Si pedian en nombre de algun enfermo alguna cosa, eran despedidos con dureza, muchas veces les quitaban de las manos las escobas ó les impedian sus demas caritativos ministerios. En ocasiones los trataban mal de palabras, con no poco sentimiento y edificacion de los mismos enfermos. Finalmente, venció la paciencia y la constancia de los buenos hermanos, y aquellos mismos fueron despues los testigos y los aplaudidores de tanta devocion y caridad. Entre los demás enfermos hubo un caballero principal y letrado de algun crédito. Era este sumamente desafecto á la Compañía, y padecia una enfermedad tan horrible y asquerosa, que ningun enfermero del hospital se atrevia aun á acercarse á su lecho. Doble motivo para que nuestros novicios se aplicasen con particular solicitud á su alivio. Efectivamente, eran los únicos que le servian y ayudaban hasta tomarlo en sus brazos y darle por sus mismas manos el alimento; con horror de la naturaleza oficios de maternal cariño que admiraban todos, servian solo para agriar mas el ánimo del enfermo que cada dia los recibia con mas sequedad; pero ésta no pudo durar mucho combatida tan poderosamente de obras de tanto amor. Despues de haber luchado algunos dias con la dureza de su corazon, vino á confesar á voces su ingratitud, á reconocer la caridad de sus bienhechores,

protestando, que si vivia no se ocuparia en otra cosa que en servir á los padres como el mas humilde coadjutor. Se contentó el Señor con la buena voluntad, porque agravado el accidente sin mas efectos ni mas voces que alabanzas á Dios y deseos ardentísimos de verlo, en medio de actos heróicos de contricion y de humildad, con extraordinario consuelo de verse morir en un hospital y coronado su lecho de jesuitas, murió dejando muy seguras esperanzas de su eterna salud.

De esta manera triunfaba de la indiferencia y de la ingratitud el celo y caridad de nuestros novicios; victoria que se repitió mas de una vez con bastante mérito suyo y edificacion de los asistentes. Entre tanto, algunos otros padres del mismo colegio hacian sus piadosas escursiones por los lugares vecinos. Llegaron en una de estas á un lugar á catorce leguas de Puebla, cuyo ministro, aunque celoso, impedido de una prolija enfermedad, no habia podido mucho tiempo visitarlo. Este, usando del medio mas oportuno, instruyó á un indio que le pareció mas capaz en los misterios y preceptos de nuestra ley para que en ausencia los enseñase á los demas; pero ó fuese negligencia ó poca autoridad del catequista, á la llegada de nuestros misioneros era el único que sabia suficientemente las obligaciones santas del cristianismo. A la sombra de esta comun ingnorancia reinaba la impunidad de todos los delitos. La embriaguez, la torpeza, y aun la supersticion eran vicio comun de todo el pueblo. Presto se vió mudar de semblante el vecindario: instruidos á tarde y á mañana, ya desde el púlpito, ya en las familiares conversaciones, se movieron á confesarse con grandes muestras de dolor. Entre estos vino á confesarse un jóven á quien tenia cuasi en puntos de espirar una melancolía. Una infame muger que vivia en su misma casa, poseida de un torpe y furioso amor, habia procurado hacerlo condescender á sus deseos. La resistencia heróica del casto jóven habia irritado mas su pasion, y roto enteramente el freno del pudor y decoro propio de su sexo: no le dejaba sosegar un punto dia y noche presentándosele en todos tiempos, ya con ruegos, ya con amenazas, ya con otros medios aun mas provocativos y capaces de inclinarlo á algun impuro consentimiento. En este continuo combate, pareciendo al buen jóven que no podia perseverar en su santo propósito, determinó acabar con un lazo, como en efecto lo puso en ejecucion con una piadosa temeridad; pero el Señor, que quiso premiarle su amor á la pureza, permitió que rebentase la soga. Cayó en el sue-

lo, y hallándole fuera de sentido, la mala muger, que sabia muy bien que era la causa de una resolucion tan inhumana, aconsejada solamente de su loca pasion, determinó no sobrevivir á su amado y acabar con el mismo lazo sus dias. La soga, que se habia cortado para testimonio de la inocencia, quitó la vida á aquella deshonesta; y volviendo de su aturdimiento el jóven vió delante de sí el cadáver suspenso, y en él un grande ejemplar de los altísimos juicios de Dios y del rigor de su justicia. Este funesto espectáculo, que no podia apartar de su memoria, le habia consumido las fuerzas del espíritu, y aun las del cuerpo. Pero consolado y animado del sábio confesor pareció volver á la vida, y emprendió dedicarse al divino servicio con un extraordinario fervor.

La congregacion de la Anunciata, que pocos años ántes con la licencia de nuestro padre general se habia planteado en México, se estendió este año al colegio de Oaxaca. Se leyeron las bulas, y se hizo la fundacion primera de la congregacion el mismo dia 25 de mayo en que se celebra este misterio, con asistencia del Illmo. Sr. D. Fr. Bartolomé de Ledesma, del órden de predicadores, y su vicario general, del dean, y muchas otras personas de uno y otro cabildo, que fueron los primeros admitidos en la congregacion, y se excitaban en sus piados ministerios, con mucha edificacion del público, y singularmente de nuestros estudiantes, que se esforzaban á imitar tan ilustres ejemplos. A los indios se les predicaba en la Iglesia de Sr. S. José, que estaba á cargo de la Compañía, en lengua mexicana, y se comenzó á aprender la zapoteca. La Iglesia de Sr. S. José, que acabamos de decir, se habia fundado en un solar que para este efecto habia dado una india principal, y á una accion de tanta piedad, correspondia muy mal el resto de su vida. Vivia en un estado infeliz con pernicioso ejemplo de todo aquel partido. Cayó en una grave enfermedad; pero poseida de una vergüenza irracional, no podia resolverse á llamar confesor y declararle sus culpas, de que era testigo todo el pueblo; pero el Santísimo Patriarca, á quien con tanta liberalidad habia cedido sus tierras, quiso premiarle este pequeño obsequio. Le pareció en un parasismo, que era llevada al tribunal de Dios, donde aguardaba ya la sentencia de su condenacion. En este inesplicable susto le parecia ver que el Castísimo Esposo de María pedia á su Hijo Santísimo la salud de aquella alma. Efectivamente, volvió en sí, llamando á uno de los padres, se confesó con muchas lágrimas, y consiguiendo con la salud de la alma poco despues la

del cuerpo, vivió algunos años en ejercicios de muy amarga penitencia, acumulando gran tesoro de méritos con los continuos asaltos, que le fué necesario vencer para perseverar en la virtud. La necesidad del colegio obligó por este tiempo á que saliesen dos sugetos de casa á recoger limosna por todo el obispado, ejercitando igualmente en todos los lugares sus ministerios apostólicos. Hallaron en una de las haciendas vecinas á la costa del Sur un hombre rico, que sin haber jamas tratado, ó visto sugeto alguno de la Compañía, los recibió con singulares demostraciones de regocijo. Los siervos de Dios, que conforme á su santísima regla, despues de las comunes salutaciones, comenzaron luego á tratar cosas del cielo y de provecho de la alma, quedaron á pocas palabras admirados de encontrar en aquel buen anciano un hombre perfectamente instruido en la vida espiritual, de una sublime oracion, de un admirable recogimiento interior, y pureza de conciencia. El piadoso varon que no pudo dejar de conocer su sorpresa, satisfizo á su piadosa curiosidad, diciendo: „Mucho tiempo ántes que aquí viniérais, tuve noticia de vuestro instituto y vuestras reglas, y os ví acompañados y protegidos de la Reina del cielo, en la misma forma y trage en que ahora os veo, y esta es la causa de mi júbilo. La misma Señora que tanto os favorece, me ha significado vuestra necesidad y me ha mandado que os socorra, como lo haré con buena voluntad. En efecto, no contento con haberles dado entónces una buena limosna, les hizo una obligacion de mas de mil y quinientos pesos, hipotecando para ello su hacienda, y prometiendo dar cien pesos en cada un año: y el darlos en esta forma (añadió) es por tener los pocos años que viviere, el consuelo de ver en este pueblo y en mi casa, á unos hombres que el cielo tan sensiblemente protege.

En los colegios de Pátzcuaro, Valladolid, Tepotzotlan y Guadalajara, fué tambien muy considerable, este año el fruto de las misiones, y grande el trabajo de los operarios, por la epidemia que padecieron los naturales, y en que como todo el mundo es testigo en semejantes ocasiones, hicieron en todas partes los jesuitas todos los oficios de caridad en lo espiritual y corporal, que podian esperarse de unos hombres enteramente consagrados por su instituto al servicio del público. En la residencia de Veracruz, fuera del continuo trabajo de la ciudad y estancias vecinas, se destinaron dos padres á la isla de S. Juan de Ulúa para la asistencia y cuidado de los muchos enfermos, á quienes lo ejecutivo de su mal no daba lugar para pasar al continente. En la nue-

va habitacion de Zacatecas, fué necesario añadir, á instancias de aquellos republicanos, otros dos sugetos, uno para la escuela de leer y escribir, y otro para los rudimentos de la gramática. Así en tantos y en tan distantes lugares, en púlpitos, cátedras, confeso narios, hospitales y cárceles, ayudaban los incansables operarios á ricos y pobres, sin excepcion alguna de tiempo, de pais, ó de personas, con un órden y una conformidad de operaciones, que solo puede producir el espíritu de Dios, y de la caridad que lo animaba.

Estos saludables ministerios que se veian repartidos por los demas colegios de la provincia, se hallaban reunidos como en su centro, en el colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo de México. Aquí se atendia juntamente á todas las necesidades de la mas populosa ciudad de la América, y se proveian de sugetos los demas colegios. Se formaban los predicadores, los confesores y los teólogos. Las bellas letras, la filosofia y los ministerios, todo tenia su lugar, y á todo se daba sucesivamente el tiempo y la atencion proporcionada. Sin embargo, se comenzaba á temer justamente, que creciendo cada dia mas el número de los colegios, y debiendo respectivamente aumentarse los domésticos estudios, no se embarazasen en un mismo colegio estas diversas ocupaciones, que la admirable y celestial prudencia del fundador de la Compañía quiso que se ejercitasen en casas diferentes. Añadíase que la situacion del colegio, muy acomodada para los estudios, no lo era para los ejercicios que practica la Compañía para utilidad del público. Con esta ocasion, se pensó fundar en México, conforme al instituto, una Casa Profesa, quedando el colegio máximo para las tareas literarias: y ya desde el año de 1584, D. Hernando Nuñez de Obregon, deudo cercano del padre Pedro Mercado habia en su testamento dejado cuatro mil pesos, sobre unas casas que habian sido noble cuna del mismo padre, y estaban situadas en lo mejor de la ciudad, con el designio de que entrando en su posesion la Compañía, se edificase allí Casa Profesa. En efecto, se compraron dichas casas, y el padre Antonio de Mendoza, entónces provincial, valiéndose del favor del Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, arzobispo y virey, obtuvo licencia para la fundacion de dicha casa, que en nombre de S. M. concedió el año de 1585. Algunos años despues D. Juan Luis de Rivera, tesorero de la real casa de moneda, y Doña Juana Gutierrez, su esposa, hicieron á la Compañía donacion de cincuenta mil pesos para el edificio y fábrica de la Profesa. Se dudó algun tiempo admitir la donacion, hasta que

Posesion del sitio de la Casa Profesa.

siendo visitador el padre Diego de Avellaneda, y provincial el padre Pedro Diaz, se admitió ó hizo solemne escritura á 3 de febrero del año de 1592. El Exmo. Sr. D. Luis de Velasco el jóven, confirmó de nuevo la licencia que habia dado D. Pedro Moya de Contreras, y puntualmente aquella misma noche se pasaron á la nueva habitacion cuatro padres, cuyos nombres conservan los manuscritos, y parece justo poner aquí, y fueron el padre Dr. *Pedro de Morales*, el padre *Juan Sanchez*, el padre *Juan de Loaizag*, y el padre *Alonso Guillen*, con un hermano coadjutor que sirviese de sacristan y portero. Presentóse luego el padre provincial al Dr. D. Sancho Sanchez Muñoz, maestre escuela y gobernador del arzobispado, pidiendo á mayor abundamiento se sirviese su señoría aprobar lo hecho, y mandase dar á la Compañía posesion jurídica del sitio y casa para la dicha fundacion, como se efectuó prontamente, pasando á nuestra casa el Lic. Pablo Mateo, promotor fiscal, que en presencia de un notario, el dia 5 de febrero á las diez horas de la mañana, dió al padre provincial posesion en toda forma, y lo mismo en la pequeña Iglesia, que conforme á la cortedad del sitio se habia dispuesto en el zaguan de la Casa, con todas las solemnidades del derecho, y pidiendo al notario el padre provincial Pedro Diaz testimonio de lo actuado, que se le dió luego no sin particular providencia, que le inspiró usar de todas estas formalidades, de que no habia usado la Compañía en las demas fundaciones, y que se reconocieron despues muy necesarias para el ruidoso pleito que se movió en esta ocasion.

En efecto, el sitio que se nos habia dado para Casa Prefesa, siendo cuasi el centro de la ciudad, vino á estar juntamente dentro de las cannas de las tres sagradas religiones, Sto. Domingo, S. Francisco y S. Agustin. Aunque en la fundacion del colegio máximo se habia ya resuelto este punto en favor de la Compañía, y con mayor ruido aun en la fundacion de Oaxaca, de los cuales litigios hacia expresa mencion la bula *Salvatoris* de nuestro Santísimo Padre Gregorio XIII, confirmando de nuevo los privilegios que en esta parte habia concedido á la Compañía su predecesor Sixto V; sin embargo, la autoridad de las tres religiones colitigantes, hizo, como debia, mucho peso en la consideracion de los doctos y los discretos. Las tres religiosísimas familias se presentaron, de comun acuerdo, á la real audiencia, suplicando de lo proveido por el Sr. virey y gobernador del arzobispado, y pidiendo que la Compañía exhibiese las bulas y privilegios y demas documentos, en

virtud de los cuales, pretendia edificar en aquel sitio con notorio perjuicio de sus conventos. Añadian que esta no solo era causa suya, sino tambien del monasterio de Sta. Clara y aun de la Sta. Iglesia Catedral, de que el pretendido edificio no distaba mas de una cuadra. Concluian pidiendo se mandase cerrar dicha Casa ó Iglesia, ínterin se resolvia en justicia lo conveniente. Para esforzar mas esta peticion, pretendieron agregar é interesar en el negocio al cabildo eclesiástico. Este gremio venerable, despues de examinada sériamente la causa, viendo que la Compañía de Jesus no percibia obvenciones algunas, por misas, sermones, ni entierros, ni tenia capellanías ni otros emolumentos del altar, y que por otra parte procedia en esto escudada con tan singular favor de la silla apostólica, no quisieron mezclarse en este asunto, ni hacer oposicion alguna, ántes procuraron singularmente favorecerla, como lo hicieron con particularidad el Sr. arcediano D. Juan de Cervantes, el Sr. maestre escuela D. Sancho Sanchez Muñoz, y el Sr. D. Fernando Ruiz de Hinojosa, canónigo y catedrático de prima en la real Universidad. El cabildo secular, aunque habia ántes aprobado y aun agradecido á D. Juan Luis de Rivera la escritura de donacion en favor de la Casa Profesa, de que como miembro de aquel ilustre ayuntamiento le habia dado parte; sin embargo, mudada la determinacion, acordó seguir el partido de las tres religiones, y contradecir la fundacion con escrito, que en nombre de todo el cuerpo se presentó á la real audiencia. Este tribunal, oida la respuesta de la Compañía, determinó cuanto á lo substancial de la causa se remitiese á juez eclesiástico, á quien de derecho pertenecia. Mantuvo á la Compañía en posesion del sitio, Casa é Iglesia; pero mandando que ántes de la definitiva, no se estendiese mas el edificio, ni se comenzase en él alguna fábrica. En consecuencia de esta resolucion, el padre visitador ordenó que el padre Alonsò Guillen saliese luego de México para Veracruz á embarcarse en un aviso, que debia hacerse á la vela muy en breve. Las tres religiones colitigantes, habian, de comun acuerdo, elegido por su procurador, é instruido de sus poderes y necesarios documentos, al reverendísimo padre Fr. Bartolomé Martel, varon muy autorizado y docto, de la religion de S. Francisco. Este, aunque se habia embarcado muchos dias ántes que nuestro procurador, tuvo la desgracia de caer en manos de los moros, que lo cautivaron en las costas de Berbería, de donde no pudo salir hasta mas de la mitad del año siguiente, en que las mismas religiones que lo habian enviado á España,

lo rescataron con grande liberalidad, y llegó á España mucho tiempo despues que el padre Alonso Guillen, á quien el rey habia recibido con mucha benignidad, así por el singular amor con que miraba á la Compañía y á esta provincia, que á su real piedad y magnificencia debia todo su ser, como por las cartas del padre Avellaneda, sugeto tan conocido en la corte, y de cuyos talentos y méritos habia formado S. M. un altísimo concepto. Entretanto, era un espectáculo de mucha edificacion á toda la ciudad, que miéntras las cuatro ejemplarísimas religiones, con tanto ardor litigaban por la defensa de sus exenciones y privilegios, sin que la integridad de la justicia hubiese apagado ó resfriado algun tanto la caridad, se daban mûtuamente las mas sinceras pruebas de benevolencia y de amor, y habiendo cumplido unas y otras con lo que debian á su religion, esperaban con admirable igualdad de ánimo la resolucion, que ya fuese adversa ó próspera, parecia habian de quedar, como con efecto quedaron, sin algun resentimiento. El verdadero celo sostenido de la prudencia y de la caridad, está muy léjos de aquella amargura que los mundanos quieren que acompañe siempre á la justicia, como si las virtudes hubieran de tener entre sí la misma enemistad que con el vicio. En todo el tiempo del pleito, que duró hasta el año de 1595, asistieron los padres aunque con grande incomodidad, por la estrechez de la habitacion, pero con mucho consuelo de la piadosa devocion y concurso de los fieles, al pequeño templo, sacando singular fruto de los sermones, con que el Señor coronaba su celo. A principios del año se habia celebrado en el colegio máximo la tercera congregacion provincial, en que siendo secretario el padre Francisco Ramirez, fueron elegidos procuradores el dia 23 de enero los padres Pedro de Morales, rector del colegio de la Puebla, y el padre Diego García, que pasó despues á Filipinas.

La eleccion del padre Pedro de Morales parecia haber de ser muy perjudicial al colegio de la Puebla, que le debia todo su ser, especialmente cuando pocos meses despues tuvo que sufrir el golpe mas sensible en la muerte de su piadoso fundador D. Melchor de Cobarruvias: segun lo que hemos podido entresacar de varios antiguos papeles, parece haber sido sus padres Pedro Pastor de Valencia y Catarina de Cobarruvias, de quien tomó el apellido, vecinos uno y otro de un lugar cercano á la ciudad de Burgos en Castilla la vieja. Se cree haber sido sus padres de los primeros pobladores que pasaron á la América, que vivieron algun tiempo en Michoacán, donde consta que el Illmo.

Sr. D. Vasco de Quiroga ordenó á D. Melchor de Cobarruvias de primera tonsura el año de 1539. Despues se pasaron á la villa de Carrion, en el valle de Atlixco, en que segun carta de 10 de abril de 1614 escrita por el padre Pedro de Anzures al padre Dr. Pedro de Morales, vivieron algunos años, y murieron en humildad y pobreza, aunque siempre en opinion de nobles, como parece en efecto por el testimonio de Diego de Urbina, rey de armas y regidor de la villa de Madrid, autorizado en 24 de enero de 1585. Por otras cartas y papeles consta haber sido sus muy cercanos deudos el Illmo. Sr. Dr. D. Diego de Cobarruvias y Leyba, obispo de Segovia, varon doctísimo, como muestran sus grandes obras, y el Illmo. Sr. Dr. D. Fr. Baltasar de Cobarruvias, del órden de S. Agustin, obispo de Michoacán y de otras Iglesias, que así lo afirma en carta propia, fecha en Valladolid á 18 de mayo de 1514. Por los años de 1581, fué D. Melchor de Cobarruvias alcalde ordinario de primer voto en la ciudad de los Angeles, y del año antecedente de 1579, se halla un testimonio autorizado por Francisco Ruiz, escribano real, en 19 de octubre, de haber sido nombrado y elegido de aquel ilusto cabildo para capitan de cierta expedicion al puerto de Veracruz, á que correspondió con toda exactitud. Se hallaron entre sus papeles cartas de los Sres. vireyes, dándole gracias; ya, por la fundacion del colegio de la Compañía; ya, por un pronto socorro de diez *mil* pesos que dió liberalmente á S. M. para los católicos de Francia. El rey D. Felipe II, en cédula de 15 de setiembre de 1590, recomienda al Exmo. Sr. marqués de Villa Manriquo, la persona, méritos y servicios de D. Melchor de Cobarruvias. Fué muy liberal para con Dios y con los pobres. Solo las limosnas dadas á los conventos de S. Agustin, del Cármen y Sta. Catarina de Sena llegaron á *treinta y ocho mil pesos*. Entre sus parientes y extraños pobres pasaron de *veinte mil*. En su última enfermedad, aunque aconsejado para lo contrario, dejó por heredero á su colegio en el testamento que otorgó el dia 16 de mayo, cuya claúsula nos ha parecido insertar aquí como un monumento eterno de su piedad y de su amor.

„Y despues de cumplido y pagado este mi testamento, y todas las cláusulas y mandas de él, en el remanente que quedare é fincare de todos mis bienes, derechos y acciones, atento á que no tengo heredero ascendiente, ni descendiente, ni he sido ni soy casado, y que como patron que soy del colegio y casa de la Compañía de Jesus de esta ciudad, pretendo su aumento y acrecentamiento, de mi libre y espontánea

voluntad, por el tenor de la presente, dejo é nombro por mi universal heredero al colegio, casa é Iglesia de la dicha Compañía de Jesus de esta ciudad de los Angeles, para que lo haya y herede enteramente, para su aumento y edificio de su Iglesia y casa, y sustento de los padres de la Compañía, del todo lo cual de dicho remanente, es mi voluntad que el rector é todos los padres del colegio lo hayan en posesiones, haciendas ó rentas, ó en lo que mejor á ellos pareciere, para que vaya siempre en aumento la dicha mi fundacion del colegio, que ansi tengo hecha, con declaracion ó gravámen, que si algunos deudos ó parientes mios, y quisieren aplicarse á estudiar y entrar en el colegio de S. Gerónimo de esta ciudad, que la dicha Compañía tiene para estudios, y ser colegiales, en tal caso el dicho colegio y casa de la Compañía, mi heredero, sean obligados á les sustentar y dar estudios, de comer vestir y calzar, todo el tiempo que estudiaren en el dicho colegio, con tal que no exceda el número de cuatro personas las que estuvieren juntas en el dicho colegio, y esto se guarde para siempre jamas, con que los tales mis deudos sean virtuosos, é recogidos, é no lo siendo puedan ser despedidos por el rector é padres de dicho colegio, é siempre favorezcan lo posible á los que fueren virtuosos. E para la averiguacion de que sean mis deudos, ó personas virtuosas ó no, el padre rector é demas religosos del dicho mi colegio de la Compañía (conozcan) sin que se entremeta en ello ningun juez eclesiástico ni seglar, sino que los tales mis deudos ocurran á lo averiguar ante el rector, é padres de esta casa de la Compañía, é con estas calidades y declaraciones, dejo al dicho mi colegio é casa de la Compañía por mi heredero en lo remanente de todos los dichos mis bienes, &c." A mas del remanente, que fueron en dinero efectivo cuarenta y dos mil y ochenta y seis pesos, cedió á su colegio una escritura de trece mil. Allegáronse las casas avaluadas en cuatro mil, las preseas, cadenas de oro, armas, &c., en novecientos treinta y tres, algunas piezas de esclavos y otras alhajas, en ochocientos cincuenta; que todo suma la cantidad de sesenta mil ochocientos sesenta y nueve, á que añadidos los veintiocho mil que habia dado para la fundacion, vienen á ser ochenta y ocho mil ochocientos sesenta y nueve pesos, en los que el magnífico fundador dotó á este colegio. La bajilla de plata dispuso que no se vendiese, sino que en memoria suya sirviese cada año en refectorio el dia de su amada patrona Sta. María Magdalena. El padre Dr. Pedro de Morales, estando de procurador de la provincia en Roma, alcanzó de la Santidad de Clemente

VIII una licencia *vivæ vocis oraculo*, por la cual el Sumo Pontífice conmutó este legado, en que se dedicara toda aquella plata á vasos sagrados, en que se sirviese diariamente el Pan de los Angeles. Hízole su colegio unas exéquias correspondientes al mérito del difunto, y al agradecimiento que á sus bienhechores profesa la Compañía. Murió á 25 de mayo de 1592.

Murió tambien por este mismo tiempo el padre *Hernan Vazquez*, peritísimo en las lenguas de los indios, é infatigable operario de esta humilde gente. Anduvo siempre en un continuo movimiento por los pueblos vecinos, supliendo el fervor del espíritu la debilidad del cuerpo. El tiempo que estaba en la ciudad era frecuente en los obrages, en las cárceles y en las plazas. Fué uno de los que mas promovieron la importante obra de la capilla de S. Miguel, para la asistencia y socorro espiritual de los indios, en que se consiguieron admirables frutos. Su muerte fué muy sentida de los naturales, que sin noticia alguna de los padres, le hicieron á su modo en la capilla de S. Miguel las honras, en que la sinceridad de sus lágrimas le hizo mas honor que el lucido aparato y lisonjeras inscripciones á los grandes del mundo. A pocos dias de su muerte vino una india que habia vivido en mal estado algunos años, y llamando á un padre, le dijo que el padre Vazquez se le habia aparecido y dádole á conocer la enormidad de sus culpas, mandándole que prontamente viniese á confesarse, como lo ejecutó con muchas demostraciones de sincerísimo dolor. Estas dos grandes pérdidas recompensó la piedad divina con singular aumento de espirituales consuelos en la promocion de los estudios y ministerios, en provecho de los prójimos. El número y progresos de los estudiantes fué tal, que pareció necesario añadir á las clases de gramática y retórica, la de filosofia, que se comenzó á leer aquel mismo octubre. Y no cultivándose jamás provechosamente las letras sin el amor de la virtud, ni este sin la tierna devocion para con la Madre de Dios, se pusieron nuestros jóvenes bajo su proteccion y amparo, erigiéndose la congregacion de la Annunciata en aquel colegio, y otras dos para los indios en su capilla de S. Miguel, cuyos piadosos ejercicios de la explicacion de la doctrina cristiana, continuas exhortaciones, frecuencia de Sacramentos, visitas de cárceles y hospitales, y otros semejantes, encendian tanto en nuestros religiosos como en los congregantes un nuevo fervor, y llenaban toda la ciudad del buen olor de tan edificativo ejemplo.

Del colegio de Oaxaca se emprendió mision á Guatemala, que habia

mostrado siempre un singular afecto á la Compañía. El fruto correspondió muy bien á la hambre piadosa de los oyentes, y á la alta idea que se habian formado de nuestros misioneros. Esta nobilísima ciudad habia en otras diversas ocasiones mostrado grandes deseos de que fundase allí la Compañía, y en la presente instaron mucho mas y llevaron muy adelante la negociacion. Aunque los padres, como al estilo santo de nuestros mayores, no habian querido otra morada que la de un hospital, les fué necesario condescender muchas veces con las instancias del presidente de aquella real audiencia, y otros señores que quisieron honrarlos con su mesa. Este régio tribunal, como los Sres. del cabildo eclesiástico y secular, y los mas distinguidos republicanos, eran los primeros en asistir á los sermones, y en los fervorosos ejercicios de la mision, que las mas veces honró con su presencia el Illmo. Sr. D. García Gomez Fernandez de Córdova, monge Gerónimo, su dignísimo obispo. El celoso pastor y el presidente, no contentos con las expresiones mas vivas, y las mas sinceras demostraciones de aprecio, escribieron de comun acuerdo á S. M., cuanto importaba al servicio de nuestro Señor y del rey un colegio de la Compañía en Guatemala. El arcediano de aquella Santa Iglesia mostró grande inclinacion á dar para este fin la mayor parte de su cuantioso caudal. Otra dignidad ofreció desde luego sus casas; otra prometió en cada un año cien hanegas de trigo. Cuatro caballeros de los mas ilustres de la ciudad prometieron mil pesos cada uno. Tanto era el anhelo de aquellos ciudadanos porque se estableciese allí nuestra religion, lo que sin embargo no se pudo ejecutar por entónces.

Mision del padre Gerónimo Lopez.

Aunque no tan lustrosa á los ojos del mundo, no fué ménos provechosa escursion la que por aquella misma primavera hizo en el obispado de Guadalajara el fervoroso padre Gerónimo Lopez. A peticion del cabildo eclesiástico y del provisor de aquella diócesis, hubo el misionero de detenerse algunos dias en un pueblo que habia mucho tiempo carecia de párroco. A pocas exhortaciones que les hizo con aquella fuerza de espíritu y aquella elegancia de su idioma, que el padre poseia en grado eminente, quisieron todos los indios confesarse; pero tuvo el dolor de hallar en ellos una profunda ignorancia de los mas necesarios misterios. Instruidos en lo que para confesarse debian saber y entender de la doctrina, se aplicaron con tanta diligencia, que muchos en un dia, muchos en dos, y cuasi dentro de muy breve tiempo, estuvieron capaces de recibir aquel necesario sacramento. En espacio de cuaren-

ta dias, dice la sencilla reclaion del mismo padre, he confesado mas de un mil y trescientas personas, y como suele suceder en estas ocasiones, las mil habrán sido confesiones generales. Lo que mas encantaba á los indios era el grande apostólico desinterés del misionero. Exhortando á un indio en cierto asunto bastantemente contrario á sus inclinaciones y á sus costumbres, aunque me muera (dijo) no he de volver á hacer cosa semejante: ¿y cómo podria yo negarte á tí cosa alguna si veo que todo el dia predicas, confiesas, que nos dices cada dia misa, entierras nuestros muertos, y nos tratas en todo con tanto amor, sin querer jamás admitir de nosotros el don mas mínimo? Bien se conoce que no es tu interés, sino nuestro provecho, el que te ha hecho cargarte de tantos trabajos. Así habló aquel indio, y la enmienda de las costumbres que en todos los demas seguia prontamente á la correccion paternal del misionero, mostraba bien cuán poderosa es esta arma para conquistar é inspirar en los corazones el amor de la virtud, y un sublime concepto de las verdades de la religion. Otro, solicitado de sus compañeros al vicio de la embriaguez, en que ántes habia dado graves escándalos, respondió á sus perversos amigos: Ved vosotros, los que no habeis oido lo que el padre dice de los castigos de la otra vida. Hallaba mayor dificultad el misionero en persuadirles la santa comunion, y las ocasiones que la aconsejaba á los mejor dispuestos, experimentaba una resistencia y un horror, que parecia respeto y era ignorancia y preocupacion, que vencieron finalmente, llegándose al altar con una devocion y una pureza de conciencia admirable. Muchos casos pudiéramos referir semejantes de misiones en Pátzcuaro y Valladolid. En esta ciudad tenia la Compañía en el Illmo. Sr. D. Fr. Alonso Guerra, del órden de predicadores, un padre y protector amantísimo. Confesábase con uno de los nuestros, de quienes se valia en todos los asuntos de alguna importancia, singularmente en ciertos disturbios con su ilustre cabildo, que se compusieron con grande satisfaccion de entre ambas partes. En los últimos años de su vida, aunque afligido con gravísimos dolores de una larga y penosa enfermedad, no tenia de ellos algun sentimiento, cuando veia algunos de los nuestros, y trataba con ellos de cosas concernientes al bien de su alma, ó al provecho de su amado rebaño.

No era menor la estimacion y aprecio que hizo siempre de la Compañía el Exmo. Sr. D. *Luis de Velasco*, el jóven. Este caballero, no contento con la grande confianza que habia hecho de los jesuitas, fiando

á su cuidado la educacion de tres hijos suyos en el colegio de S. Ildefonso, se servia de los nuestros en todos los negocios graves del servicio de Dios y del rey. Tenia muy encargado la católica magestad que los indios repartidos en muchas aldeas y pequeñas poblaciones por toda la vasta extension de sus dominios en una y otra América, se redujesen á algunos lugares grandes, con el piadoso designio de que fuesen mas fácilmente instruidos en la fé, y administrados por sus párrocos despues de bautizados. Noticioso el virey de la felicidad con que sin el ruido de las armas habian conseguido esto los misioneros de la Compañía en el partido de Tepotzotlán, y sabiendo que habia en aquel colegio muchos operarios peritos en la lengua otomi, la mas difícil de la América, pidió al padre provincial Pedro Diaz, que dos de aquellos padres pasasen á la reduccion de la provincia de Guayacocotla. Se pusieron luego en marcha acompañados de un noble caballero que el prudente virey les dió para que les ayudase con su nombre y autoridad en la ejecucion de aquel gran proyecto. Despues de un no tan largo como penoso camino, llegaron á la provincia que hallaron numerosa de mas de dos mil y ochocientos indios, repartidos en cincuenta lugarejos pequeños, y á grande distancia unos de otros, para cuya administracion espiritual no habia sino dos clérigos. La imposibilidad de asistirles, ó por la multitud, ó por la distancia de los lugares, ó por la incomodidad de su situacion, que por lo comun era ó en lo mas espeso de los bosques, ó en los picachos de los montes, ó en las profundidades de los barrancos, les habia hecho descuidar enteramente de su cultivo. Luego que se traslució, tanto á los moradores del pais, como á sus pastores, el fin de la venida, sintieron nacer una general oposicion de todas partes, y cada dia nuevas dificultades.[1] Las mayores provenian de parte de los mismos ministros, de que informado el virey, tomó la resolucion de sácarlos de allí con algun honroso pretexto, miéntras se llevaba á debido cumplimiento el órden de S. M. Los indios, con el desinterés, con el trato dulce y caritativo, y paternal asistencia de nuestros misioneros á todas sus necesidades, les cobraron un tiernísimo amor, y aunque muy lentamente fueron accediendo á su dictámen. Lograron los siervos de Dios, á fuerza de tiempo, de paciencia heróica, y de una constante caridad y beneficencia, que en poco mas de un año todos aquellos lugares se redujesen á cuatro grandes pueblos, con grande satisfaccion del excelentísimo, y admiracion de todos los que eran capaces de conocer la dificultad de semejante empresa. Los indios, que

al principio habian tanto resistido, despues de conocidas las ventajas del nuevo establecimiento, y doctrinados en los misterios de nuestra religion, no pudieron resolverse á dejar á sus amados padres, y vinieron muchos de los principales á pretender con el Sr. virey que se diese á los nuestros la administracion de aquel partido. Solo en esto no pudo hallar S. E. á los jesuitas dóciles. Se negó el padre provincial abiertamente, como se habian negado tantas veces á los de Tepotzotlán sus antecesores, y el virey, edificado, añadió, por consejo de los padres mismos, un nuevo ministro á los dos que ántes trabajaban entre aquellas naciones.

El campo que lograban nuestros operarios en estas ciudades y poblaciones vecinas á la capital, era muy corto, respecto á las mieses que se veian blanquear en las vastísimas regiones de Sinaloa. Los dos varones apostólicos que allí dejamos, luego que pusieron el pié en la villa de S. Felipe, sin esperar á saber perfectamente la lengua, compusieron, sirviendo de intérpretes los antiguos pobladores é indios ladinos, un catecismo, y repartieron entre sí los pueblos vecinos, qué parecian estar en mejor disposicion. El padre Martin Perez tomó á su cargo las poblaciones de *Cubiri* y *Bamóa*, á poca distancia de la villa, rio abajo. El pueblo de Bamóa estaba á seis leguas de S. Felipe, donde se habian establecido los indios que vinieron con Alvaro Nuñez en su famoso viage, y que por tanto, como los mas fieles aliados de los españoles, parecian mas dóciles. El padre Gonzalo de Tapia se encargó de los pueblos, rio arriba, *Baboria*, *Deboropa*, *Lopoche*, *Matapan* y *Ocoroiri*, lugar considerable á la orilla de otro pequeño rio, que desemboca en el Zuaque, ó rio del Fuerte. El destierro, la soledad, la habitacion, los alimentos estraños y escasos, los continuos sobresaltos de parte de unos bárbaros, tanto mas cabilosos y desconfiados, cuanto ménos capaces de sentir la cualidad y sublimes motivos que dirigian las acciones de sus nuevos huéspedes, eran unas consecuencias necesarias del ministerio apostólico, y que los hombres de Dios toleraban con una alegría y sinceridad de ánimo que admiraba á los mismos indios. Estos á los principios se recataban mucho de los padres, pensando que fuese su conducta como la de los primeros españoles que habian entrado á la tierra. Desengañados con la afabilidad y dulzura de su trato, se les oia decir en sus asambleas, que aquellos parecian *Yoris* (así llamaban á los españoles) pero no lo eran mas que en el color. Estos, decian, no traen armas de fuego, ni dan voces para pedir el maiz y el

sustento. Contentos con lo que nosotros voluntariamente les ofrecemos, no hablan ni tratan de minas, ni de esclavos, ni de mugeres, ni de otra cosa alguna, sino de *Virigeva*, que era el nombre que daban á Dios. Verdaderamente (concluian) deben de ser sus hijos ó hermanos. Con esta opinion, que en breve se divulgó entre ellos, comenzaron á venir en tropas de veinte y treinta; los padres, que á costa de un sumo trabajo podian ya explicarse medianamente en su idioma, y ayudándose tambien del catecismo, les daban á entender su lamentable ignorancia, y suavemente procuraban irles inspirando las verdades de nuestra santa religion. El fruto fué conforme á su celo. En el primer año se bautizaron, de solos los dos primeros rios, de Sebastian, de Evora ó Mocorito y Petatlan, mas de dos mil, entre párvulos y adultos. De los primeros que se bautizaban, fueron muchas mugeres que vivian entre los españoles mismos en cualidad de criadas y aun de esposas, y de que muchas lo fueron despues, elevando á Sacramento aquel comercio infame. Los indios gustaban mucho y tenian á grande honor que fuesen los españoles sus padrinos para el bautismo, succediendo este santo y espiritual parentezco á una especie de bárbara adopcion, de que hablaremos mas largamente en otra parte.

El padre Gonzalo de Tapia, luego que le pareció estar bastantemente hábil en la lengua mas universal del pais, determinó llevado de su caridad, penetrar la tierradentro. Llegó en esta espedicion hasta el rio del Fuerte. Bautizó muchos párvulos y muy pocos adultos, entre muchos que ardientemente lo pretendian; pero el padre, no pudiendo permanecer entre ellos, ni teniendo otro ministro que enviarles, quiso ántes dilatarles este consuelo, que exponer á la profanacion de la idolatría aquel divino carácter. Prometió volver á visitarlos y procurarles algun padre que los cultivase, y dió la vuelta á sus primeros cristianos.

Aquí no le fué posible trabajar mucho tiempo. Los españoles que trabajaban las minas en el real de Topía, en quienes la avaricia y el libertinage que reina por lo comun en semejantes lugares, no habia aun sofocado enteramente todo sentimiento de piedad, sabiendo que habia en Sinaloa, distante como cincuenta leguas al Oroeste ministros tan celosos, y careciendo ellos entre aquellas serranías de todo pasto espiritual, escribieron al padre Gonzalo para que pasase á favorecerlos, añadiendo que fuera de los españoles, tendria bien en que emplearse su celo, en muchos pueblos de indios, que encontraria sobre su cami-

no, y muchos otros de que estaba lleno aquel valle. El fervoroso padre se puso luego en marcha, no sin grande sentimiento de sus neófitos, de que algunos quisieron acompañarle. En el real de Topía pasó aquella semana santa, celebrando entre los suyos los sagrados misterios de nuestra redencion con singular consuelo. Predicó aquellos dias y confesó á todos los europeos: halló entre ellos muchos indios tarascos que trabajaban las minas, cuyo idioma hablaba con elegancia, á quienes con particular amor consoló con los santos Sacramentos, y animó á la virtud con fervorosas exhortaciones. Bajó prontamente al valle; recorrió los pueblos que habia de antiguos cristianos, que en nada lo eran sino en el nombre, y dejando alguna forma de cristiandad en aquellas desamparadas naciones, y borradas muchas huellas de la antigua supersticion, singularmente un ídolo de aquellos montes vecinos que santificó, colocando solamente la insignia santa de la Cruz, dejando en todas partes señales nada equívocas de aquel fuego que interiormente lo consumia; dió con la mayor brevedad que pudo vuelta á su amada Sinaloa, cuyos pueblos en su ausencia habia visitado y mantenido en su primitivo fervor, y aun aumentado con algunos bautismos el padre Martin Perez, añadiendo cuasi enteros los pueblos de Vres, Guazave y Sisimicari, al rebaño de Jesucristo.

Cuanto mas florecia la mision, tanto se aumentaba el trabajo de los padres, sobre quienes cargaba todo aquel gran peso. El catecismo era ocupacion de todo el dia. Se explicaba la doctrina por la mañana en la pequeña Iglesia. A esto seguia salir el misionero á visitar las rancherías, á consolar á los enfermos, á inquirir de una en otra choza los pleitos, las supersticiones, los escándalos, á impedir los abusos, y animarlos al trabajo. Las mas veces era necesario salir el padre con ellos á sus cortas sementeras, y enseñarles el manejo de algunos instrumentos que les habia procurado. Interin los hombres estaban en su trabajo, volvia el misionero al pueblo, se juntaban los niños y niñas, se les enseñaba el catecismo, ó dejando este cuidado á alguno de los mas fervorosos catequistas, era necesario ir á recorrer los demas pueblos, repitiendo en todos este mismo ejercicio. El santo sacrificio, el rezo, la oracion, un escasicímo y muy grosero alimento, á que no sin horror llegaba á acostumbrarse el estómago, y un corto é interrumpido sueño partian lo restante del dia y de la noche; y aun en estos pequeños intervalos tenian mucho que ofrecer á Dios, ó en la piedad importuna de los neófitos, ó en las irracionales sospechas de los gentiles, ó en la

grosera curiosidad de unos y otros, que todo el dia habian de estar al derredor y cuasi sobre el padre, admirando todas sus acciones é interpretándolas, ó ya con supersticion que era preciso corregir, ó con necedades que era necesario disimular. Todo este tropel de incomodidades pasaban con una celestial alegría los padres Martin Perez y Gonzalo de Tapia, hasta que teniéndose en México individuales noticias de sus gloriosísimos trabajos, se les enviaron por cuaresma del año siguiente nuevos compañeros, muy semejantes en el espíritu, que fueron los padres Alonso de Santiago y Juan Bautista de Velasco; se le encomendó al primero el Rio de Sebastian de Evora, con los pueblos de Bacoburitu y Orobatu, y algunos otros menores, y se fijó su residencia en Mocorito. El padre Martin quedó con los pueblos del segundo Rio, como ántes estaba. Al padre Alonso de Santiago encomendó el padre Gonzalo de Tapia los pueblos de Lopoche y demas que tenia á su cuidado, miéntras para negocios importantes de la mision, partia á México, como prontamente lo ejecutó. El virey D. Luis de Velasco recibió al padre y á algunos indios que trajo consigo con suma dignacion, los mandó vestir, y concedió al hombre apostólico cuanto pretendia para la fundacion y aumento de aquella nueva cristiandad. Dióle algunos ornamentos, campanas é instrumentos músicos, de que mostraban mucho gusto los indios, y de las cajas reales señaló á cada misionero trescientos pesos por año. Dió el padre con suma diligencia la vuelta á Sinaloa, y ciertamente era allí muy necesaria su presencia.

Habia el Señor por sus justos juicios afligido á aquella recien nacida Iglesia con una epidemia, hasta entónces no conocida entre los indios. Acometíales una fiebre violenta, que despues de dos ó tres dias de un furioso delirio, prorrumpia en unas pústulas ó viruelas pestilentes que les cubrian todo el cuerpo. Muchos fuera de sí salian de sus casas, y obrando en ellos la costumbre, se echaban á bañar en los rios, otros se retiraban á los bosques, especialmente en los pueblos distantes de la cabecera, y allí postrados debajo de los árboles, se hallaban llenas las llagas de gusanos. Algunos que huyendo del contagio se acogian á los picachos y concavidades de los montes, allí acometidos del mal acababan sus vidas, y se hallaban despues sus cuerpos comidos de las fieras. Tal era el estado de las misiones cuando llegó el padre Gonzalo. No llegaban los padres á puerta de alguna choza, donde no oyesen dolorosos lamentos de las familias en la muerte de sus hijos, no se veia muger alguna que no tuviese cortado el cabello, ni hombre que

no lo trajese trenzado, ó que se adornase de sartas ó de plumas, que son las ceremonias de su luto. Los misioneros en estos dias de afliccion, despues de ofrecer por sus amados hijos el adorable sacrificio, salian á recorrer todas las casas del pueblo. Bautizaban á los párvulos, catequizaban á los adultos cuanto permitian las circunstancias, confesaban á unos, ayudaban á otros, á otros enterraban. Dábanles por su misma mano muchas veces el alimento, proveianles de algunas medicinas; y finalmente, practicaban con sus hijos en Jesucristo cuanto les inspiraba el amor y la ternura. El padre Juan Bautista de Velasco, hablando de la epidemia, dice así en carta escrita al padre provincial: „Habemos hecho lo que se ha podido para ayudar á estos pobrecitos en su enfermedad, buscando á unos en los montes, á otros en los arenales. Yo fuí á un pueblo donde bauticé como doscientos niños con mucho gusto de sus padres, y con la poca lengua que se puede catequizar á algunos adultos que estaban en peligro y bautizarlos, y como era la primera vez que oian hablar en su lengua de los misterios de nuestra fé, era notable su admiracion, atencion y gusto, trayéndome con mucha ansia de unas casas á otras, y acudiendo con muchos enfermos párvulos y adultos, medio arrastrando y medio cargándolos, como podian, pidiéndome con mucha instancia que los bautizase. Y algunos que con la fuerza del dolor no atendian tanto á lo que yo les decia, si querian ser bautizados y tardaban en responder, los parientes que allí tenian con grandísima ansia y eficacia, les decian que dijesen *hiro*, que en nuestra lengua quiere decir *si*, repitiéndoselo muchas veces. De los muchos que allí bauticé se llevó para sí nuestro Señor grandísimo número. Lo que quiebra el corazon es ver que mueren muchos gentiles, sin bautismo, por ser nosotros tan pocos y ser imposible acudir á todos."

Entre tantos motivos de dolor, ninguno tocaba á los misioneros mas al vivo como el que de tantos indios que se bautizaban, poquísimos ó ningunos habia que pasaran de treinta años. Los que habian ya envejecido en dias malos, perseveraban en su obstinacion y causaban no poco daño en los demas que los miraban siempre con respeto, si alguna vez se les trataba de bautismo, aun en lance extremo respondian que querian ir donde estaban sus antepasados, y á la horrenda pintura que los padres les hacian del infierno, solo decian con frialdad: *ha hu haca bu*, queriendo dar á entender que aunque los atormentaran querian seguirlos. Pero movido el Señor á piedad, les mudó cuasi repentinamente los corazones. Así se explica el mismo padre Velasco en otra carta:

„Las mortificaciones que nuestro Señor nos envía llevándonos estos recien bautizados, nos ha recompensado en parte con un grande consuelo en las enfermedades y muertes de los viejos, sacándonos del cuidado en que estábamos deseándolos bautizar, y no satisfaciéndonos de su disposicion, en este artículo nos contentamos con la precisamente necesaria, y su Magestad, que debe de quererlos para sí, se los lleva en bautizándolos, dejándonos muchas prendas de su salvacion. Ocasion ha tenido el demonio con estas enfermedades de hacer guerra al Evangelio, y en la rusticidad de estos indios, es cosa sobrenatural, que advirtiendo ellos mismos que las enfermedades habian venido despues que aquí entramos, y tratando esto entre sí, ni por eso extrañan ni dejan de bautizarse, ántes ellos mismos se responden que no mueren por nuestra causa, pues en sus enfermedades ántes los buscamos y les procuramos todo alivio. El padre Tapia fué á un pueblo en que no habia habido peste. En comenzándose á bautizar, comenzaron á morir aprisa, y van muriendo tantos, que nos causa no poca lástima, aunque por otra parte consuelo de verlos ir bautizados.... Son tantos y tan maravillosos los efectos que cada dia se ven de la predestinacion en esta peste, que en parte nos suaviza el dolor de ver morir tantos, y se hace suavísimo el trabajo que se pasa en andarlos á buscar por los montes, espesos bosques, arenales y sementeras: yo hice una salida á unos pueblos de gentiles, cuya lengua no sabia. En llegando, me ofrecieron con muy buena y alegre voluntad mas de doscientos y cincuenta niños que bauticé, y para ayudar á los adultos, hice un catecismo en su lengua por medio de intérprete, y con cuatro palabras que les decia de nuestro Señor, y las mas por el papel, era grande la atencion con que oian. Bauticé algunos enfermos, por pedirlo ellos con instancia, y cuando por no hallar mayor peligro dilataba el bautismo á alguno, para instruirlo mejor, quedaban ellos y sus deudos muy desconsolados diciéndome que los bautizase, pues estaban enfermos y habian venido á eso. Bauticé una gran cantidad de adultos, que me pareció tener peligro, sin los niños que se ha dicho, y casi todos los bautizados murieron." Hasta aquí el fervoroso padre Juan Bautista de Velasco.

Ni fué la peste el único azote con que Dios quiso castigar á estos pueblos, si castigo puede llamarse el que les trajo tantos bienes: otro con ménos estrago no dejó de hacer en ellos mucha y saludable conmocion. Apénas iba mitigando un poco el furor de la epidemia, unos súbitos y violentos temblores de tierra se hicieron sentir por toda la ex-

tension de la Sinaloa. Este fenómeno nunca ántes visto entre ellos, los llenó de susto y admiracion, singularmente á los Zuaques, en cuyo pueblo principal llamado Mochicagui un montecillo vecino de viva roca, partiéndose á la violencia del movimiento arrojó por la abertura mucha agua. Los habitadores de Mochicagui, ménos bárbaros que los antiguos romanos en los tiempos de Curcio, se contentaron con echar en aquella caverna algunas mantas, y otros de sus mas preciosos adornos. Poco despues persuadidos á que aquella calamidad les habia sobrevenido por no tratar de bautizarse y seguir los consejos del hijo de Virigevà, que así llamaban por veneracion al padre Gonzalo de Tapia, vinieron á aplacar su cólera ofreciéndole muchos frutos de la tierra. El santo hombre tomó de aquí ocasion para desengañarlos de su grosero error, y darles á conocer el poder y magestad del Dios que adoraba y que habia venido á predicarles, y á quien jamás podrian tener propicio, sino recibiendo el santo bautismo. El susto de que estaban sobrecogidos, les hizo prometer por entónces lo que verosímilmente no se hallaban en ánimo de cumplir. Algo mas se aprovecharon los Sinaloas, nacion numerosa á las orillas del mismo rio del Fuerte, de quien tomó el nombre toda la provincia. Estos, con algunas mas luces enviaron semejante diputacion, pidiendo al padre Tapia que pasase á sus pueblos, y bautizase siquiera á sus párvulos. No juzgó el padre deber desconfiar de aquellas gentes que parecian obrar de buena fé. Se puso en camino, y como á diez ó doce leguas de la villa, encontró una Cruz. Unos gentiles que encontró sobre su derrota, le dijeron, que ellos habian colocado aquella santa señal, instruidos de unos cristianos que se habian retirado allí de Culiacán, huyendo del duro trato que les daban algunos españoles: que á sus nuevos huéspedes debian algunas noticias de la doctrina santa, y que noticiosos de su viage, le habian preparado una enramada en que descansase. Sobrevinieron entre tanto los cristianos de Culiacán suplicando al padre que quedase allí aquella noche, prometiéndole para acabarlo de persuadir, que le fabricarian otra enramada semejante en que pudiese á la mañana decir misa, que habia algunos años que no oian. Condescendió el padre con la piedad de aquellos fieles, bautizó algunos, y celebrado el santo sacrificio que oyeron con grandes demostraciones de devocion é interior consuelo, los exhortó á cumplir con las obligaciones de cristianos y á procurar la salvacion de otros muchos, y con promesa de volverlos á visitar y de proveerles de un ministro, pa-

só á los pueblos de los Sinaloas. Examinó las disposiciones de aquellas gentes que le parecieron no estar muy distantes del reino de Dios, y con algunas mas noticias por la vecindad de la antigua villa de Carapoa. Les hizo algunas exhortaciones, que parecian oir con gusto, prometió volver de espacio, y bautizó algunos párvulos, y dió con diligencia la vuelta á Ocoroiri.

Por diciembre de este año, se juntaron todos los padres á celebrar la páscua de Navidad. Estas pequeñas asambleas que apénas podian ser mas de una vez al año, eran de un extraordinario consuelo á aquellos ejemplarísimos varones, que aunque agoviados al peso de tantas apostólicas fatigas, hacian un grande aprecio de las menudas observancias de su santísima regla. En ellas daban al superior exactísima cuenta de su conciencia: conferenciaban el modo de proceder uniformemente en la labor de aquella viña: renovaban en manos del superior sus votos religiosos, y con los ejercicios de nuestra caridad y espirituales coloquios, salian animados y encendidos en nuevos deseos de emplearse únicamente en la obra del Señor. Tal es la edificativa idea que de la junta de esta páscua nos da el padre Alonso de Santiago en una suya en que dice así: „En uno de estos dias de páscua, ántes de amanecer, renovamos nosotros los votos, precediendo la confesion general, y el dar cuenta de la conciencia, y aunque somos poquitos no fué pequeño sino muy extraordinario el consuelo y gozo espiritual que sentimos, &c." Fuera de los misioneros, se habian embocado todos los españoles de la villa, y todos los cristianos de los tres primeros rios, de Mocorito, Petatlán y Ocoroiri. Se convidaron tambien los gentiles de los pueblos vecinos, para cuyo hospedage se dispusieron grandes enramadas. Era un espectáculo de mucho consuelo para nuestros operarios, y de admiracion para los mismos indios, verse muchos centenares de hombres tan hermanados y tan unidos en unos mismos sentimientos de piadosísima alegría, que ántes no se veian jamás juntos, sino para las guerras y para las mas atroces hostilidades. Cuando estaban fabricando las enramadas, se oyó un indio venerable por su ancianidad, y muy fervoroso cristiano hablar á los demas de esta manera. „Trabajemos, hijos y hermanos mios, con mucho gusto y alegría para la fiesta grande del Señor. Ya se acabaron las enemistades y las guerras; ya somos como los españoles, y no tenemos mas que un corazon con que nos amamos mútuamente. Esto es lo que han hecho en nosotros nuestros amados padres por el santo bautismo, nos han quitado nuestros malos corazones, y nos

han dado á todos uno mismo, lleno de caridad y de amor. ¡Cuánto agradecimiento debemos á estos hombres que sin mas interés que el de nuestro bien, han dejado sus tierras, sus casas grandes, sus manjares delicados, por venirnos á enseñar el camino del cielo." Así habló aquel neófito con atencion y aplauso de los demas. Sin embargo, como la dulzura con que el Señor anima á sus siervos en el mundo, jamas está separada de la Cruz, permitió su Magestad que aquella misma noche no careciesen de un gran susto. Un indio llamado Alonso Sobota, que en años pasados se habia bautizado, y apostatado despues de la fé, sabiendo que para la mayor solemnidad se habian convidado los gentiles Zuaques, se fué á ellos y les dijo: „Yo soy vuestro amigo y no puedo dáros mayor prueba, que revelaros un secreto en que se interesa vuestra vida. El convite que los padres nos han hecho, no es sino para acabar con nosotros. Intentan poner fuego á las enramadas en lo mejor de vuestro sueño. Los españoles armados cercarán las casas y darán la muerte ó harán esclavos á los que perdonaren las llamas. El padre Gonzalo de Tapia es el autor de este ardid, que ya en otra ocasion le salió bien en México á costa de la vida de muchos indios incautos. Si por no dar sospecha á los españoles hubieren de ir algunos de vuestros pueblos, sean pocos y prevenidos para no entrar en la Iglesia, ni dormir en las casas que tienen preparadas. Dejad que perezcan solo los de Ocoroiri, que son vuestros enemigos y han querido fiarse de semejante gente. Los Zuaques no dejaron de pasar la noticia á algunos de Ocoroiri. El cacique de este pueblo respondió que él y todos los de su pueblo estaban muy satisfechos de las piadosas intenciones de sus amados padres; pero á pesar de esta generosa respuesta, no dejó de echar aquel aviso alguna impresion en los ánimos. Asistieron pocos á los maitines, que se cantaron á son de instrumentos con grande sorpresa y gusto de los asistentes. Entre tanto, en el aposento del padre Gonzalo, vecino á la Iglesia en que todo era de paja y de leña, con la luz que acaso quedó encendida, prendió fuego la mesa, que era del mismo material. Este pequeño accidente iba á arruinar del todo la obra de Dios y cerrar la puerta al Evangelio. El fuego habria consumido muy en breve la casa, la Iglesia y ornamentos. Los indios se habrian confirmado en la traicion de que los previno el malvado apóstata y hubieran dado muerte á los padres y los españoles, ó huido para siempre á los montes. La providencia del Señor previno tanto daño disponiendo que al mismo tiempo entrara un indio que servia al padre y apagara fácilmente el incendio.

Despues de celebrado el santo sacrificio, les hizo el padre Martin Perez una declaracion del misterio tiernísimo de aquella noche y una fervorosa exhortacion. El resto de la noche, ya recobrados del susto y desengañados, la gastaron los mas de ellos en danzas y en bailes que era su modo de celebrar las fiestas. „El padre Tapia y yo (dice en una suya el padre Martin Perez) vimos muchos indios, que adornados de plumages y cascabeles, entraban y salian bailando en una casa vecina. Fuimos temerosos de alguna supersticion, y hallamos muchos sentados cerca de un círculo de arena, mayor que un mapa-mundi, en que tenian pintadas con colores varios muchas figuras de animales, y entre ellos la de un hombre, una muger y un niño. Dijeron que aquellas figuras representaban á Dios padre y á la Vírgen con su niño. Esta, añadieron, es la sementera; este es el rio; esta es tal culebra ó tal animal. Pedimos al Señor y á la Vírgen, y á su hijo, como nos dijiste esta noche, que nos libre de que crezca el rio y de que nos ofendan estos animales, y que cuiden de nuestras sementeras." Sin embargo de una interpretacion tan piadosa, no juzgaron los padres deberles permitir una ceremonia tan semejante á la antigua supersticion. Dijéronles que en en la Iglesia estaba el niño con su madre muy hermosa, y como ellos no podrian jamas pintarla, que allá podian ir á danzarle y pedirle el remedio de sus necesidades. Estos grandes círculos de arena, estas figuras y esta danza por ocho dias continuos, era el rito con que celebraban una especie de adopcion en su gentilidad; pero á mas de esto añadian entónces algunas otras ocasiones no menos simbólicas que las figuras, los que habian de ser adoptados estaban recogidos aquellos ocho dias en otra casa semejante frente de aquella en que se hacian los círculos, y en las cuales en todo ese tiempo no podia entrar muger alguna. Pasados estos dias venian á tomar cada uno sus adoptivos, les armaban del arco, les abrian mucho los ojos demostrando la vigilancia necesaria para ver venir y evitar las flechas enemigas. De allí, convidándolos con cañas de tabaco, los llevaban á la casa de enfrente, borraban las figuras y les fregaban el cuerpo con la arena, y en una especie de procesion los pasaban luego á sus casas donde los cuidaban sin diferencia alguna á sus hijos naturales.

La mision de Sinaloa, en que ya habia fundadas como veinte Iglesias, no podia sostenerse sin un cercano colegio, á que en caso de enfermedades ó semejante otro acontecimiento, se retirasen los sugetos, y á que reconociesen por cabeza. Algunos años ántes de ser destina-

do á Sinaloa el padre Gonzalo de Tapia, habia hecho con el padre Nicolas de Ardaya una fervorosa mision en la ciudad de Guadiana, que pareció el lugar mas á propósito, donde desde entónces habian quedado los ánimos muy propicios á nuestra religion. Esto movió á su gobernador D. Rodrigo del Rio y Loza á pedir al padre visitador á los dos padres, que despues, mudada la determinacion, se destinaron á Sinaloa. Por los años de 1593, con ocasion de cierto negocio, pareció necesario enviar á aquella ciudad al padre Martin Perez con otro compañero. Estos religiosísimos padres, persuadidos á que en la Compañía ningun oficio ó comision debe quitar el tiempo á los ministerios que ceden en provecho de las almas, todo el tiempo que les fué forzoso detenerse en Guadiana, lo ocuparon en la diaria esplicacion de la doctrina cristiana, en las exhortaciones y confesiones. Compusieron por medio de intérpretes un catecismo en la lengua mas universal del pais para la instruccion de los indios. Entre los españoles, y singularmente entre personas de distincion, se compusieron varias enemistades ruidosas. De la ciudad se estendió su celo á los lugares vecinos. En uno de estos, dos personas ricas y principales fomentaban entre sí mas habia de ocho años, un ódio mortal. La gente popular, que con poco motivo toma partido en casos semejantes, estaba dividida en dos facciones. Llegaba á tanto el rencor, que no habiendo mas de una Iglesia en el pueblo dejaban de asistir al santo sacrificio aun en los dias de precepto las dos familias, por no concurrir con sus enemigos en el templo; bien se deja entender el escándalo y las fatales consecuencias de tan loca pasion. Muchas personas celosas habian procurado inútilmente el remedio. El padre Martin Perez, despues de algunos sermones y conversaciones privadas, lo consiguió con facilidad. Los dos gefes de partido convinieron en ciertas capitulaciones, se abrazaron públicamente, y comieron juntos á una mesa con asombro y edificacion de todo el lugar. Habia entrado en poder de un hombre rico no pequeña parte de los bienes de un difunto; pero tomándole juramento lo negó todo abiertamente. Se le conminó primero y se le reconvino despues con excomunion. Nada bastó; ántes sin hacer caso alguno de las censuras, asistia con horror del pueblo á los divinos oficios cada dia mas obstinado. El padre le habló á solas; le presentó con viveza el funesto estado de su alma, y el pernicioso ejemplo que daba al pueblo. Resistióse con bastante dureza algun tiempo; finalmente, tocado interiormente de la gracia por medio de los ruegos, de las súplicas, de las ame-

nazas, y de todos los artificios de una elocuencia viva y penetrante, confesó haber entrado en su poder nueve mil pesos, que restituyó luego al mismo padre, pidiendo con muchas lágrimas misericordia á la Santa Iglesia, y absolucion de la censura. Estos y otros muchos casos semejantes habian sido muy públicos para que no se conociera la utilidad de un instituto que formaba hombres tan provechosos. Habiendo de partir para México el padre Martin Pelaez y su compañero, fué necesario satisfacer á sus piadosas instancias, enviándoles otro padre que perpetuase el fruto. El gobernador y algunos otros de los mas distinguidos ciudadanos, ofrecian para la fundacion veintidos mil pesos y unas casas. Escribieron tambien de su parte á N. M. R. P. general, y el padre provincial Pedro Diaz en carta de 31 de marzo de 1594, esfuerza bastantemente la utilidad de aquel establecimiento. En efecto, la ciudad de Guadiana es la puerta de los vastos paises en que para la salud de innumerables almas ha trabajado tantos años la Compañía de Jesus. Las provincias de Tepehuana, Taraumara, Sinaloa, Topia, Nayarith y Nuevo-México, cuyos límites ácia el Norte no están aun conocidos, son de su jurisdiccion, especialmente despues que por los años de 1621 se dividió entre Durango y Guadalajara el obispado de la Nueva-Galicia. Este pais conquistó por los años de 1551, de órden del virey D. Luis de Velasco, el primero, Francisco de Ibarra, cuyo nombre conservó algun tiempo. Desde Zacatecas, por medio de Alfonso Pacheco, uno de sus mejores oficiales, mandó una colonia al valle de Guadiana, que fué despues la capital de la Nueva-Vizcaya. Esta tierra, bastantemente fértil de todo género de frutos de Europa y de América, la riegan muchos rios, entre quienes los principales son el de Conchos, que desemboca en el rio grande del Norte, el de las Nasas, que forma la gran laguna de S. Pedro, y el de la punta, que desagua en el mar del Sur. Los rios del Norte y el Conchos se juntan como á noventa leguas al Nordeste de Chihuahua, pequeña villa en la provincia de Taraumara. El terreno hasta ahora conocido se estiende desde los veinticinco hasta los treinta y tres grados de latitud septentrional. El primer obispo de esta diócesis fué el Illmo. Sr. D. Fr. Gonzalo de Hermosilla. Todo el pais generalmente es montuoso y preñado de las mas ricas minas de la América. Las mas famosas son las de Indehé de Guanacevi, las de Topia y muchas en el Nuevo-México y la Sonora, singularmente la de *Arisona*, de que en estos últimos años, segun la relacion del Illmo. Sr. D. Pedro Tamaron, se han sacado po-

dazos de plata hasta de ciento y cuarenta arrobas. † La ciudad tiene conventos de S. Francisco, S. Agustin, S. Juan de Dios, colegio de la Compañía, y un Seminario á direccion de los mismos padres, á que está adjunto el Tridentino con doce vecas que mantiene la mitra. Villaseñor da á Durango como veinticinco mil almas fuera de los indios. En este obispado, dice el maestro Gil Gonzalez Dávila, la religion de la Compañía de Jesus con la solicitud de sus piadosos y vigilantes obreros, ha cogido abundantes y maravillosos frutos para el cielo, asistiendo en sus provincias por órden de S. M., que de sus rentas reales sustenta en ellas setenta y cinco religiosos sacerdotes. Han convertido en ellas mas de trescientas mil almas, edificado mas de cien Iglesias, y con su blandura y paciencia cristiana han amansado la fiereza de infinitos bárbaros, persuadiéndoles á vivir en poblado, con ley, religion y gobierno.

Estos bellos progresos de la fundacion de Guadiana se debian á las expediciones continuas que hacian nuestros operarios desde la residencia de Zacatecas. Aquí se vió una nueva esperiencia de aquella verdad tan averiguada en todas nuestras historias, y nunca para nuestro consuelo bastantemente repetida, que nunca son mas gloriosos ni mas útiles nuestros ministerios que cuando los fecundizan las aguas de las muchas tribulaciones. Las murmuraciones privadas y aun públicos sonrojos que en esta ciudad habian sufrido con heróica paciencia los padres, acabaron de manifestar á los vecinos todo el fondo de su caridad, y les grangearon mayor estimacion. A instancias de los mas nobles españoles, que nada apreciaban mas de la Compañía que el cuidado de la educacion de la juventud, se puso este año un maestro de gramática, y poco tiempo despues se agregó otro, que tomando desde mas alto el cultivo de aquellas tiernas plantas, les diese con los principios de leer y escribir los primeros elementos de la virtud. Con este nuevo motivo de frecuentar nuestra habitacion vinieron los mismos ciudadanos en conocimiento de su incomodidad. Estaba algo distante para la diaria asistencia de los niños, y en el declive de un cerro de los muchos que coronan á esta ciudad y que la enriquecen con sus minas.

† Esto es tan cierto como que los reyes Felipe V y Fernando VI declararon por dos reales cédulas que estos placeres de plata eran patrimonio de la corona de España, y no entraban en el número de los fondos metálicos, cuyo dominio útil concedia á sus vasallos. En años pasados unos ingleses solicitaron colonizar en aquellos puntos: la junta de Californias vió el mapa, halló que comprendian el punto de *Arizona* y se negó á esta pretension. Estos caballeros no se saben perder.—EE.

El siguiente año de 1594 fué fecundo en sucesos muy milagrosos á nuestra provincia. A principios de él habian venido con el padre provincial treinta y siete sugetos, y por superior de todos el padre Estevan Paez, destinado provincial de Nueva España. No podemos omitir un pasage de tanta edificacion en carta de él mismo á nuestro padre general. „Diónos, dice, nuestro Señor, muy feliz navegacion (aunque se temia trabajosa) por medio de las oraciones de V. P. y de toda la Compañía, especialmente de esta provincia y de la de España, en que se señaló bien la de Andalucía, como mas cercana al punto, y que tanta esperiencia tiene del riesgo que se corre en estas navegaciones tan tardías; porque entre otras cosas que los padres y hermanos de aquella provincia con su mucha caridad ofrecieron por el buen suceso de nuestro viage, fueron *un mil setecientas y cinco misas, dos mil setecientos y catorce rosarios, y mil ochocientas y veintiseis disciplinas.* Venimos todos los treinta y ocho en un navío, y aunque con alguna estrechura por ser tantos, pero con mucho consuelo y union extraordinaria, y bien ocupados así en ejercicios espirituales para el aprovechamiento propio, siguiendo la misma distribucion que en un colegio concertado, llamándose á oracion y exámenes, á levantarse y recogerse con campanilla, y diciéndose todos los dias á la mañana el itinerario y á la noche las letanías, á que asistian los de la nao, como tambien en ocupaciones cuotidianas de lecciones y disputas de letras humanas, filosofía y teología, por venir estudiantes de todas estas facultades, y en la explicacion de la doctrina cristiana, exhortaciones y todo género de ministerios con los prójimos, con que los de nuestra nao fueron bien ayudados y edificados." Hasta aquí el padre Estevan Paez, dándonos en breves palabras un vivo retrato de la caridad de unas provincias y sugetos con otros, y de la regular observancia, aun cuando las incomodidades de una larga navegacion parecian deber remitir algun tanto el rigor de la religiosa disciplina. Ya despues de esto no se ha de admirar que el navío donde vino nuestra mision, llevado, digámoslo así, por la amable providencia del Señor, sobre las alas de los vientos, siguiendo un rumbo extraordinario, llegase al puerto de Veracruz mucho tiempo ántes que el resto de la flota, sin muerte ó enfermedad de alguno de los pasageros, y sin mas susto que el de algunos amagos de mal tiempo, que solo parece los permitia el Señor para que se viese mas claramente la confianza de sus siervos y la eficacia de su fervorosa oracion. Año de 1594

Vino tambien destinado de Roma primer prepósito de la Casa Pro-

fuera el padre Dr. Pedro Sanchez para que la cabeza de la provincia bebiese el espíritu propio de la Compañía de aquella misma fuente de donde con tanta felicidad lo habia tomado toda ella. Esta naciente fundacion, aunque pendiente todavía el pleito de los Canonigos, tomaba cada dia nuevas creces, así en el número de los sugetos, como en el edificacion, utilidad y esplendor de sus ministerios. Singularmente se emplearon desde luego los mas humildes en las plazas, en los hospitales y las cárceles. Un suceso bastantemente irregular dió para con el público mucha estimacion á este piadoso ejercicio. Habíase ya llegado á uno de estos infelices el dia del suplicio, y aun llegado al pié de la horca. El padre que le ayudaba en aquel trance suplicó á los ministros de justicia que detuviesen un tanto la ejecucion interin daba cuenta al juez. No pudo saberse el motivo de aquella novedad. El padre partió con diligencia: á la nueva excepcion que propuso en favor del reo se vió claramente la nulidad del proceso y la inocencia del acusado. Salió luego órden para que lo volviesen á la cárcel, de donde poco despues salió absuelto. Los jueces dieron al padre muchísimas gracias: el vulgo y toda la ciudad, en que parece habia sido persona conocida el condenado á muerte, prorumpian en públicas aclamaciones de la caridad, del celo y sabiduría de la Compañía. En lo interior de la casa no era de ménos edificacion la regular observancia y la asistencia jamás interrumpida á confesonario y púlpito. El padre Pedro Sanchez estableció, sin embargo de las ocupaciones de prepósito, la explicacion de la doctrina y exhortacion moral cada ocho dias, de que tuvo principio la ilustre congregacion del *Salvador*, que por muchos años estuvo unida á la de la *Buena Muerte*, y las doctrinas, ocupaciones gloriosísimas que hasta ahora despues de doscientos años permanecen con tanto brillo y utilidad, y en que han florecido sugetos tan ilustres en todos tiempos. El padre Dr. Pedro Sanchez unia en sí todas las cualidades de un orador cristiano. En sus lábios se veian á una clarísima luz aun los misterios mas obscuros, y tenian una energía admirable aun las verdades mas comunes. Una presencia venerable, una voz sonora, y sobre todo, una vida irreprensible, daban mucha gracia y una grande autoridad á todos sus discursos. La ciudad y religiones que habian movido el pleito, no podian dejar de convenir de la utilidad de estos ministerios, y reconociendo en dos años que la vecindad de nuestra casa en nada perjudicaba á sus privilegios, ántes fomentaban con caridad y celo nuestros ejercicios. A pesar de la prohibicion de la real audiencia para que

no se emprendiese en aquel sitio alguna fábrica, se obtuvo de aquellos señores facultad para dar mayor capacidad y nueva forma á nuestra Iglesia, no solo sin oposicion, pero aun con gusto de las religiones y de la ciudad, que ayudó considerablemente con limosnas, así para la fábrica como para el sustento de sus individuos, y habia mucho lugar de creer que aunque no hubiera sido tan favorable á la Compañía la sentencia, siempre hubiera permanecido en aquel sitio.

El colegio máximo, descargado de una gran parte de los ministerios públicos con los prójimos, florecia con caridad y letras. Con la venida de los nuevos padres, que los mas se hubieron de destinar á esta casa, tuvieron bien en que ejercitarse, probando el Señor á los recien llegados de Europa con alguna enfermedad. De los antiguos moradores del colegio murieron tres, dejando grandes esperanzas de su salvacion. El hermano Teófilo Chioti, italiano, habia sido probado con diez años de una molesta enfermedad que sufrió con una serenidad admirable. En su humilde estado halló modo de aprovechar á los prójimos con santas conversaciones en que tuvo tan singular don del cielo, que rendidos á la fuerza de sus palabras, se dice haber entrado en religion mas de doce jóvenes. Frecuentaban su pobre aposento aun las personas de mas autoridad á encomendarse en sus oraciones y pedirle consejo. El Exmo. Sr. D. Luis de Velasco mostró mucho sentimiento de no haber podido asistir á su entierro, y estimó toda su vida y usó con veneracion del rosario que habia sido de nuestro buen hermano. Otro fué el padre José Cabrato, tambien italiano. Toleró con invicto sufrimiento cinco años de enfermedad. En los últimos meses, un poco convalecido, se ordenó de sacerdote por órden de nuestro padre general, que le habia ordenado volver á Italia. Algunos dias despues de las órdenes recayó con mas fuerza. Comulgaba en este tiempo todos los dias. En uno de estos, habiendo dado gracias con su acostumbrada devocion, volviendo con un rostro muy alegre dijo á los circunstantes: Ya no iré á Italia. El Señor me ha dado prendas de que para el dia de S. Ildefonso me ha de sacar de este destierro. Estaba ya muy próximo el dia 23 de enero, que vió llegar con singular consuelo. Pidió á los padres que le asistian que le ayudasen con el credo para ser fortalecido en la fé, con el salmo del *miserere* para implorar por sus culpas las misericordia del Señor, y con la fórmula de nuestros votos para que fuese acepto á Dios el sacrificio de su vida. Luego entregó un catálogo de los santos de su devocion, para que faltándole el sentido invocasen por él su favor, y

Comedia latina representada en el patio del colegio máximo.

poco despues, en medio de estas piadosas preces, espiró con tranquilidad. Las muertes preciosas de estos sugetos inspiraron un nuevo fervor á todos los demas. Para juntar la sabiduría con la piedad, y el provecho de los prójimos con los ejercicios literarios, dispusieron nuestros profesores de humanidad *una comedia latina que se representó en el patio de nuestro colegio* con singular concurso el dia de S. Hipólito, patron de esta metrópoli. La historia de este Santo mártir dió asunto. Los estudiantes fueron los actores, y la ciudad quiso interesarse repartiendo premios correspondientes á muchas latinas y castellanas composiciones que ellos añadieron formando una especie de certámen †.

Fuera de estas piadosas estratagemas, que tal vez inventaba la caridad industriosa para hacer por medio de la diversion del entendimiento el tiro al corazon en el Seminario de S. Gregorio, anexo al colegio de S. Pedro y S. Pablo, se hacia una viva y continua guerra á los vicios, y se procuraba ayudar con todo género de ejercicios espirituales á la gente mas desvalida. En los de fuera y los de dentro, que eran mas de veinte hijos de los gobernadores y los caciques de las pueblos vecinos, ofrecia bastante cosecha este año una mortal epidemia que afligió á los indios; penetró en el Seminario á pesar de las mas prudentes precauciones. Cayeron todos; pero ayudados con todas las medicinas proporcionadas y una maternal asistencia, todos se libraron de la muerte que hacia por todas partes grandes estragos en esta infeliz gente. Se les procuró despues una regalada convalecencia, enviándolos con personas de satisfaccion á un lugar muy ameno, distante tres leguas de la ciudad. El amor, la veneracion y la confianza que una conducta tan amorosa para con sus hijos inspiraba á los indios, los hacia venir de muchas leguas á entregarlos á la educacion de los padres y entregarse ellos mismos á su direccion en temor de Dios y frecuencia de sacramentos; singularmente se esmeraban en esto los congregantes de nuestra Señora, que poco ántes se habian establecido. Algunas veces, entre año, salian en compañía de los padres por las calles públicas á llevar el sustento á los encarcelados. Esta misma obra de misericordia ejercitaron con mas liberalidad en las dos páscuas de Navidad y Resurreccion. Se hizo un solemne convite de cerca de trescientos pobres en cada una. Juntos en el patio de la casa salieron los padres mas ancianos y vene-

† Hoy dia casi ha desaparecido el idioma latino entre nosotros. Apénas entienden muchos clérigos el breviario, y de muchas lecciones de Santos se quedan en ayunas. Nada digamos de los himnos.—EE.

rables á servirles el agua de manos y los demás la comida. Se les repartieron mas de cincuenta vestidos nuevos, y á los que no pudieron alcanzar se les dió en dinero, y á muchos otros porciones de cacao que es moneda de que ellos usan. La liberalidad de los congregantes y la devocion de los padres, sacaba á los asistentes lágrimas de ternura con edificacion de toda la ciudad y no poca confusion de los españoles ricos que veian en los indios tan raros ejemplos de piedad. Debian tambien mucho al Seminario de S. Gregorio los pueblos vecinos á México á que salian cada año en misiones. De la que hizo esta cuaresma el padre Martin de Salamanca, en compañía del padre Juan Laurencio, escribe al padre rector del colegio de México en estos términos: „El beneficiado está muy agradecido á la que le escribió V. R., y se confiesa muy obligado á la Compañía. Luego que llegué á este pueblo de Zumpango les declaré el fin de mi venida y el del padre Juan Laurencio, que llegó aquí miércoles de ceniza, y ha ocho dias que está en *Zitlaltepec* confesando y trabajando con aquellos indios. Entiendo estará allá toda esta semana, y aun no acabará. Aquí estoy confesando con el beneficiado, y la gente es tanta, que nos obliga á estar de sol á sol. Predico dos sermones cada semana: los viernes de la penitencia, y aun siendo dia de trabajo se llena la Iglesia, que como V. R. sabe, es bien grande y capaz. Acuden algunos con sus túnicas de cilicio y cruces á cuestas á oir los sermones, y permanecen hincados de rodillas miéntras se predica; despues salen en procesion por el cementerio de la Iglesia, y los cantores van cantando las letanías de los santos. Muchos se van disciplinando: vueltos á la Iglesia remata todo con la Salve de nuestra Señora. Estos sermones de los viernes introdujo aquí desde el año pasado el padre Antonio del Rincon, en los cuales, con su mucho espíritu y buena lengua, hizo mucho fruto, del cual gozo yo ahora. ¡Plegue á la Divina Magestad todo sea para su mayor gloria &c!"

La misma caridad con que se atendia á los indios en el Seminario de S. Gregorio, animaba á nuestros operarios en el colegio del Espíritu Santo. Habiase visto en todos un nuevo fervor para este ministerio, despues de la venida del padre Dr. Pedro de Morales. *Este grande hombre no parece que habia ido á Roma y Madrid, sino de procurador de los indios*; tanto era lo que habia informado y lo que habia procurado traer en su favor. Luego que volvió á su gobierno del Espíritu Santo, procuró que se repartiese entre ellos un grande número de medallas, Cruces, estampas, ceras de Agnus, Rosarios y otras muchas co-

de Veracruz. Dijimos como el Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras habia concedido á los padres de aquel colegio una pequeña casa y capilla en aquella isla, para el cultivo de las gentes de mar en el tiempo de las flotas, y alivio de los enfermos. Con la ocasion de los muchos navíos que habian venido á principios de este año, hizo allí su residencia el padre *Alonso Medrano*: asistió á los enfermos, que fueron muchísimos, y tanto por la enfermedad, como por dar lugar á la descarga dilató la mision hasta el adviento, en que publicó el jubileo de la Concepcion, titular de nuestra hermita. Confesaba el padre hasta las nueve de la noche, con tanto fervor y constancia de aquella gente, no la mas dócil del mundo, que en los corredores mismos se quedaba á pasar la noche para tener lugar por la mañana, en que desde las tres volvia el misionero á su tarea, y aun habiéndole asaltado una recia calentura, en veinticuatro horas que le duró, no dejó de satisfacer á la piadosa importunidad de los penitentes, que por una ventana baja y mal guarnecida, se entraban á ponerse de rodillas ante su pobre lecho. Hablando en este asunto el vicario de aquella isla, escribe al padre provincial en estos términos: „Con la de V. R. y el portador, recibí tanta merced y regalo, que no sabré encarecer. Páguelo nuestro Señor „á V. R., que cuando no haya de hacer el padre mas fruto que el que „ha hecho estos dias, es de mucha consideracion, porque habiendo predicado el adviento y encomendado en uno de los sermones el santo jubileo de la Concepcion, fué tanta la gente que acudió, que si como „eramos tres confesores, fuéramos treinta, habia gente para todos, y „con trabajar dia y noche, se quedaron muchos con el buen deseo. Al „fin le ganarian casi setecientas personas de mar y tierra, que no se „ha visto tal en este puerto. El padre Medrano ha quedado con muchos alientos de servir á nuestro Señor, y hacernos merced á todos. „Dios le dé las fuerzas que son menester. Del trabajo de los dias de „confesion nos dieron á los dos sendas calenturas. No serán mas con „el favor de Dios. Lo que encarecidamente suplico á V. P., es que el „padre Medrano no salga de aquí á otra mision, ni á la Veracruz, por„que será un gran desconsuelo para toda esta gente, &c."

Progresos de los jesuitas en otras naciones de este continente.

Tal era la ocupacion de los jesuitas en el seno de la provincia. Pero ¿quién podrá contar las muchas almas que entre las tierras de infieles salian cada dia de las tinieblas y sombra de la muerte á la admirable luz de la fé? A los muchos que copiosamente renacian en Sinaloa, se añadieron este año dos importantes establecimientos entre otras

naciones mucho mas bárbaras. Los chichimecas era una gente belicosísima que no habian pódido domar *setenta y tres años de guerras casi continuas con los españoles*. Los vireyes de México, para asegurar los caminos á las minas de Zacatecas habian tomado inútilmente varios arbitrios. D. Luis de Velasco, el primero, habia fundado para este efecto los presidios de S. Felipe y S. Miguel el grande. D. Martin Enriquez, por los años de 1570, añadió la Concepcion de Zelaya para este mismo fin; pero estos presidios hacian poco ó ningun daño á una nacion que en la extension de muchas leguas no tenia asiento fijo alguno. Ellos, á la manera de los árabes, andaban siempre por aquellos arenales y campañas, haciendo una guerra tumultuaria, en tropas desbandadas á que no era posible resistir. No moraban en algun lugar, sino el tiempo que tenian en él frutas silvestres de que alimentarse, enteramente desnudos, ligerísimos en la fuga, y tan diestros y certeros en el manejo del arco al cometer, como al huir, lo que celebraban tanto los romanos en los antiguos Partos. Chichimecas habian ocupado el valle de México y poblado la Nueva–España ántes de los mexicanos.

Bien es verdad que á distincion de estos chichimecas incultos y salvages, habia otros de que descendian los reyes de Tescuco, mas racionales y mas políticos. Estos succedieron á los toltecas en la dominacion de la Nueva-España. Vestian martas ó pellejos, curtidos con bastante honestidad hombres y mugeres, y los capitanes y señores las pieles de leones, tigres, osos y lobos que habian muerto en la caza. Esto les daba el alimento y la materia de sus víctimas. A la primera ave ó fiera que mataban, cortaban la cabeza, y levantada la mano la tenian expuesta un rato á los rayos del sol, á quien adoraban, dejándola despues en el mismo lugar clavada en una pica. Estas con el arco y la flecha eran sus armas en la guerra, aunque para la caza los caciques y señores usaban tambien de cervatanas, de que se dice haber sido ellos los inventores en la América. No tenian sino una muger aun los príncipes, y la pluralidad de ellas ó el insesto con parientas cercanas, era entre ellos un crímen inaudito. Habia entre estas naciones su gerarquía y forma de gobierno, dividido en varias ciudades, provincias y señoríos, de los cuales permaneció hasta el tiempo de la conquista el de Ixtlilxuchitl, que bautizado despues se llamó D. Fernando, señor de Texcuco, que ayudó mucho á Cortés en la toma y sitio de México. Es muy verosímil que los bárbaros chichimecas, de que

ahora hablamos, fuesen de estos antiguos que al arribo de la numerosa nacion de los mexicanos se hubiesen retirado mas adentro de la tierra, como á cuarenta leguas al Oeste Norueste de México, donde vivian de un perpetuo saltéo. Esta congetura la confirma maravillosamente lo que sacado de las primeras relaciones de los españoles, escribe *Laet*, y algunos otros antiguos, haberse hallado señales nada equívocas entre los chichimecas, de que sus campos habian sido en otro tiempo curiosamente cultivados, y en no pocos lugares bastantes muestras de grandes y populosas ciudades, que solo habian quedado para mostrar cuán fácilmente roto el freno de la sujecion, la monarquía degenera muy breve en irreligion y en barbárie. Las continuas guerras con estos salteadores costaron mucha sangre á los mexicanos, sin haberles podido sujetar ni avanzar, sino muy poco sus conquistas al lado del Norte; cuando por el Oriente, Poniente y Mediodia, habia Moctheuzoma reunido á su corona tantas y tan remotas provincias.

La pacificacion de estas regiones estaba reservada al piadoso virey D. Luis de Velasco el segundo, ó por mejor decir, á la humildad y simplicidad de la Cruz. El virey, viendo frustradas las esperanzas todas é inútiles los esfuerzos de sus predecesores y consumida en vano una gran parte de la real hacienda, en presidios, en casas fuertes, en carros cubiertos, y otras providencias que se habian tomado para la seguridad de las carabanas que pasaban á las minas, determinó que los pobres y humildes religiosos probasen en esta expedicion las armas de su milicia, y á que habian tenido tan poco efecto las de los soldados. Una parte de aquella region encomendó á los religiosos de S. Francisco, siempre venerados justamente como los padres y fundadores de la religion en la América. En la frontera principal de la nacion, mandó fundar un nueve pueblo, á quien por devocion al santo de su nombre llamó *S. Luis*, y en atencion al piadoso designio de la pacificacion y reduccion de los chichimecas, añadió el sobre nombre *de la Paz*, con que es hasta ahora conocido. Está situado á las orillas de un pequeño rio en la altura de 22 grados y cuarenta minutos al Noroeste de México, setenta leguas. Este nuevo pueblo quiso el excelentísimo se encargase á la Compañía, obligándose en nombre de S. M. á mantenerlos de la real hacienda, y señalando considerable renta que se repartiese entre los mismos indios, los mas interesados del mundo, en carne, en maiz y ropa. Se mandó asimismo deducir una colonia de indios otomis, antiguos cristianos, asignándoseles tierras y agua para sus sementeras, y

Descríbense las feroces cos

habiéndolos por exentos del tributo que pagan á S. M. los demas. Unas órdenes tan prudentes y cristianas, no podian dejar de tener todo el éxito feliz que el virey se prometia. Partieron prontamente por setiembre de este año los padres *Francisco Zarfate* y *Diego Monzalve*, con otro compañero, cuyo nombre callan nuestros manuscritos, llevando consigo cuatro indizuelos del Seminario de S. Martin de Tepotzotlán, que les sirviesen de catequistas. Su entrada en el país y principios de su predicacion, expone el mismo padre Zarfate en carta al padre provincial, fecha en 20 de noviembre del mismo año, en los siguientes términos: „A este pueblo de *S. Luis de la Paz* venimos el setiembre pasado á peticion é instancia del Sr. virey. Vase por la gracia y favor de Dios haciendo algun fruto, y cada dia se espera mas: solo tememos la inconstancia natural de estos indios. Por lo que hemos experimentado, podemos decir que no es poco lo que se hace en esta frontera, que aunque en otra parte hicieran mas los chichimecas, pero aquí cualquiera cosa es mucho por ser estos los peores de todos y los mayores homicidas y salteadores de toda la tierra. Precian tanto de esta inhumanidad, que como por blason traen consigo en un hueso contadas las personas que han muerto, y hay quien numere veintiocho y treinta, y algunos mas. Es gente muy holgazana, especialmente los hombres; las mugeres son las que cargan y traen leña y lo demas de su servicio. Ahora han sembrado algun maiz con la esperanza del provecho, porque cuasi todo lo venden al rey para que vuelva á dárselo. Las mugeres hacen el vino, y ellos lo beben largamente hasta perder el sentido cada tercer dia. El material de que sacan este licor es de la tuna: el modo de fabricarlo es quitar la cáscara á esta fruta, colar el zumo en unos tamices de paja, y ponerlo al fuego ó al sol, donde dentro de una hora fermenta y hierve grandemente. Como esta especie de vino no es muy fuerte les dura poco la embriaguez y vuelven á beber. Este es uno de los mayores obstáculos para la propagacion del Evangelio. La tuna dura siete y ocho meses: los que la tienen en casa, están perdidos con la ocasion; los que la tienen fuera, están remontados, y desamparan sus chozas sin dejar en ellas mas que un viejo ó una vieja. El amancebamiento no es deshonra entre ellos; antes las mugeres lo publican luego, y si algunos las celan ó las riñen, con gran facilidad se van á otra casa y no vuelven sino despues de muchos alhagos. No hay cabeza entre ellos, ni género de gobierno, si no es en la guerra, y esta es la mayor dificultad, porque es menester ganar á cada uno de por sí;

tumbres de los chichimecas.

tanto, que el hijo no reconoce al padre ó madre, ni le obedece. En sus operaciones no tienen mas motivo ni mas fin que su antojo, y preguntados no dan otra causa sino que así lo dice y lo quiere su corazon. Son muy codiciosos de lo ageno, muy avarientos de lo suyo, y extremamente delicados. Una palabra, un mal gesto basta para ahuyentarlos. Los indios de la tierradentro, como criados en mas simplicidad, tienen mejores respetos: aquí tenemos de ellos algunos *Pamies*, que son como los otomíes de por allá, y en estos se puede hacer mucho mas fruto. Ellos se han venido á convidar que quieren poblar aquí y ser cristianos. Dios lo quiera, porque con estos de aquí lo mas que se podrá hacer será domesticarlos, é ir muy despacio imponiendo bien á sus hijos. Tambien es mucha la dificultad del idioma, porque en treinta vecinos suele haber cuatro y cinco lenguas distintas, y tanto, que aun despues de mucho trato no se entienden sino las cosas muy ordinarias. La paz se va fomentando con el buen trato, aunque de una y otra parte no faltan temores. Nosotros llegamos aquí el dia 10 de octubre con salud, aunque no sobrada, por los serenos y soles. Fuimos bien recibidos de los indios, que aun, lo que es muy admirable entre ellos, nos ofrecieron de lo poco que tenian. Lo mismo hicieron en S. Márcos, donde el sitio no es tan bueno, aunque hay mas gente. Vuelto aquí, les envié un indio bien instruido que los enseñase y dispusiese al bautismo; pero el padre Monsalve, que fué allá á los dos ó tres dias, lo ganó de tal modo, que tenian preparadas las ollas del vino, y no bebieron en diez ó doce dias, y el padre comenzó á catequizar algunos en la lengua *guaxabana*, y bautizó diez y seis adultos, y casó seis pares. Indias gentiles no hay ya mas que dos, y esas han pedido el bautismo. De estas, la una se catequiza, porque tenemos ya el catecismo traducido en su idioma. La otra es una vieja que vino á mí cuasi desnuda con un presente de tunas, y puesta de rodillas me pidió que la bautizase. La consolé y dí de comer, y procuraré que se bautice cuanto ántes. Dos pares han pedido aquí casarse, y mandándolos apartar miéntras se doctrinaban, obedecieron con prontitud, que en gente tan acostumbrada á una entera libertad no es poco. Todos nos van teniendo respeto y se dejan reprender, aunque sean capitanes, y se va consiguiendo alguna enmienda de la embriaguez. La escuela de los niños va bien, aunque con harto trabajo, porque no se les puede castigar. Con su mucha habilidad aprenden y empiezan ya á cantar. Sus padres que gustan mucho los dan de buena gana y vinieron á verlos á la escuela. Un capitan

que no halló á su hijo, lo mandó buscar y lo castigó. Esta semana nos han traido sus padres dos de cuatro leguas de aquí. Cada dia acuden mejor, y hoy se me vino á quejar uno muy escandalizado de que otro le habia llamado *diablo*. El padre Monsalve les ayuda y enseña canto, y otro muchacho de los que vinieron de Tepotzotlán. Estos son de mucho provecho: nos hacen compañía aquí y donde quiera que vamos, y atraen á otros niños y aun á sus padres: proceden con mucha edificacion confesando y comulgando á menudo para la enseñanza de los demas: no entran á ninguna casa de los indios del pais, ni salen de la nuestra sin licencia: á uno de estos dijo no se qué chanza poco honesta la hija de un capitan; el jóven se horrorizó, y con admirable simplicidad dió cuenta al padre de la moza, que vino á contármelo muy edificado porque es de mucha razon, y castigó á su hija. Los chichimecas, segun lo que entiendo, son de mas brio y capacidad que los demas indios: no se sientan en el suelo: son amigos de honra y de interes, y si ellos diesen en buenos, me parece lo serian ventajosamente."

Hasta aquí la carta del padre Francisco Zarfate, que como un padre tiernamente amante de sus pequeñuelos hijos, se goza en referir aun las mas menudas acciones mirándolas en una cristiandad recien nacida, como flores de esperanzas que prometian en la série felicísimos progresos de la religion entre aquellas naciones. Aun con mas rapidez se adelantaban las espirituales conquistas por el lado de Guadiana †. De esta residencia y la de Zacatecas salian los misioneros avanzando siempre ácia el Norte, por donde está mas poblado y mas abierto el terreno de la América. Habiase tenido noticia de los muchos pueblos al rededor de la gran laguna de S. Pedro. Está situada esta laguna á los 28 grados y cerca de doscientas leguas al Norte de México, y la forma el rio de las Nasas, que nace á las faldas de la gran sierra de Topia del lado de la provincia de Tepeguanes. Tiene de circunferencia el lago muy cerca de cuarenta leguas, y pasa algunas veces de sesenta en sus crecientes. Estas las causan en tiempo de las lluvias las avenidas del rio, y en un pais por otra parte tan seco, son bastantemente provechosas. Riegan y fertilizan las campañas circunvecinas, y traen á sus moradores una cantidad prodigiosa de peces, de que hacen su mas

† Los jesuitas no solo consiguieron reducir á estos pueblos á la religion de Jesucristo, sino que los hicieron felices proporcionándoles recursos de subsistencia; plantáronles viñedos, cuyas ubas vendian en Guanajuato y Querétaro, y sacaban mucho dinero.—EE.

ordinario alimento, como tambien de los patos, de que quedan llenas las praderas en los esteros y charcos que dejan las inundaciones; el terreno es llano y unido; el clima seco y algo mas caliente que frio. Condimentan la bebida, y forman el pan de una raiz muy frecuente en sus lagunas, semejante á las que llaman aneas en España. Eran los habitadores de esta region bastantemente hábiles, mas bien hechos de talle, y mucho mas dóciles que los demas infieles, de que hasta este tiempo se habia encargado la Compañía: muy tímidos, y por tanto extremamente inclinados á la supersticion. En pariendo la muger, el marido se abstiene por algunos dias de toda carne y pescado. Comiéndolo, creerian menor la indignacion de estos animales, que no cederian á ningunos esfuerzos para dejarse prender en la pesca ó en la caza. Cuando tomaban en esta algun venado, conservaban intacta la cabeza, como una divinidad que habia de favorecerles en la caza de muchos otros de su especie. El temor de los malos espíritus, que en su idioma llamaban *Cachimipa*, hacia todo el fondo de su religion. Este les hacia sacrificar muchas veces á sus primogénitos, y honrarle con ciertos bailes nocturnos, aunque con entera separacion del uno y el otro sexo. Una de sus mas notables supersticiones era la de los torbellinos ó remolinos de aire, que como en tierra llana y seca, eran muy frecuentes en aquellos paises. En observando alguno de estos, aunque fuese muy léjos, se arrojaban con el pecho en tierra diciendo á voces el nombre de aquel imaginario Dios á quien temian. Los fervorosos padres *Francisco Ramirez* y *Juan Agustin* fueron los primeros que sembraron en esta tierra inculta las semillas de la divina palabra, y fundaron la mision que aun hoy subsiste en Parras, nombre que despues le dieron los españoles á causa de la fecundidad de sus viñas. Los principios de esta reduccion los tomaremos de las mismas cartas en que dieron al padre provincial cuenta exacta de sus trabajos. El padre Francisco Ramirez escribe así. „Trájonos Su Magestad á principios de agosto á este pueblo de Concueme (hoy comunmente de *Cuencamé*) el cual está en un valle muy espacioso y muy ancho coronado de hermosos montes, que por estar algo léjos hacen una vista apacible, y es todo poblado de grandes frescuras que conservan siempre en su verdor unas fuentes que manan en medio, con que se cultivan las milpas. Tiene mucha caza y grande abundancia de dátiles muy sabrosos, mucha miel, tunas y otras frutas de los indios, que son aquí muy domésticos y afables. No usan arco ni flecha sino para la caza, y visten ropas que por su trabajo les dan

los españoles. Son bien agestados y de gentiles talles, y los niños muy hermosos, muchos de cabello rubio, aunque las familias que hay en este pueblo apénas llegan á treinta. Está este pueblo entre los dos rios de las Masas y Guanabal: del primero solo dista ocho leguas al Oriente. Cuando vine me salieron á recibir algunos á caballo con gran comedimiento, y á la entrada del pueblo salieron todos, divididos los hombres de las mugeres, y algunos principales me ofrecieron sus dones de pescado, melones y sandías. Me hospedó en su casa, la única que habia de adobes en todo el lugar, un indio tarasco con mucha caridad, y ciertamente hubiéramos pasado sin él muchos trabajos para el sustento. Luego vino á vernos un indio de Culiacán que tiene estancia media legua de aquí, el cual nos proveyó de carne y leche algunas veces. La pieza que me tenian para dormir hallé tan blanca y aseada, que luego la hice Iglesia, y cercando un pátio pusimos en él muchas flores ya para brotar, y los indios cubrieron con brevedad y mucha gracia un portálico y dos aposentos. Hemos hecho un huerto y sembrado algunas legumbres para tener que comer, y lo riega un venero de agua que pasa por la puerta. Está todo esto arrimado á un risco hermoso tan alto y tan lleno de verdura, que convida á hacer muy largos ejercicios. Comencé luego á aprender la lengua y traducir el catecismo y oraciones que ya saben todos. No me atrevo á bautizar hasta tener aquí asiento: solo lo hice con una india *in articulo mortis*, y con un viejo que parece lo guardaba el Señor para recibir el bautismo, y habiendo estado muy atento y percibido los misterios de la fé, dando muestras de dolor de sus pecados, luego que lo recibió perdió el juicio y así murió. Los indios están estremamente contentos, y agradecen y ponderan mucho lo que hacemos con los muertos y enfermos. A estos visito con el fiscal y mis compañeros: llévoles agua bendita y lo que puedo de cosas de comer, y voy de cama en cama diciendo evangelios á que ellos atribuyen la salud que el Señor les da. Dicen que si me voy de aquí se han de ir conmigo. Entiendo que si el virey y gobernador ayudan, será fácil atraer muchos otros que no viven en pueblos ni siembran como estos. Dios mueva á los que gobiernan para que se compadezcan de ellos, y á nosotros nos dé luz para que acertemos con su santa voluntad, &c. Cuencamé y agosto 31 de 1594."

El padre Juan Agustin refiere así los bellos principios de su mision.. „El primer pueblo á que llegué de esta provincia de Zacatecas está al pié del Cerro Gordo, llamado así de los nuestros por su grandeza y al-

tura. El cacique del pueblo, con algunos otros, salió á recibirme á seis ú ocho leguas, y á buen trecho se apearon de sus caballos y me pidieron la bendicion. Otro dia llegamos al pueblo donde estaban todos juntos á una pequeña Iglesia, y salieron en procesion á encontrarme. Fuimos juntos á la Iglesia, y habiendo pedido ardientemente á nuestro Señor diese feliz principio al bien de aquellas almas, los despedí. Al otro dia, domingo, dedicamos la pobre Iglesia, colocando una imágen de la Asuncion de nuestra Señora y los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, bajo cuya proteccion se levantase el edificio espiritual de estas almas. Levantamos tambien una campana, y despues de haber dicho todos en voz alta en su lengua zacateca la doctrina cristiana, se dijo la primera misa con la mayor solemnidad que pudimos, y no poca admiracion de los gentiles. Desde este dia se entabló la doctrina cristiana, á que acuden mañana y tarde con tanto fervor, que aun de noche los oiamos estarse enseñando en su casa unos á otros. Hallé en este pueblo algunos cristianos solo de nombre: ni habia memoria ni escrito por donde cónstase de su bautismo, y en la vida, costumbres, y aun en los abusos y supersticiones, eran tan gentiles como los demas. Algunos de estos, despues de instruidos, casé conforme al rito de la Santa Iglesia, y entre ellos á un cacique y otros tres ó cuatro de ochenta años, y á un jóven hijo del cacique. Solo he bautizado cuatro bien doctrinados: han formado estos indios un alto concepto del bien que les ha venido por medio de los sacerdotes, y se les ha oido decir, que pues Dios les ha enviado un hijo suyo (que así llaman en su idioma al padre) para salvarlos, han de dar de mano á todos sus vicios. Despues que entré en este pueblo no ha habido un baile ni una embriaguez, y una vez que les advertí que no convenia llorar un año entero á sus muertos, no se ha vuelto á oir. Un indio ladino y principal vino á confesarse, diciendo con muchas lágrimas: Yo, padre, ántes de tu venida, todos los dias á mañana y tarde me embriagaba sin temor de Dios y sin acordarme que era cristiano. Cuando tú veniste sentí que me decian en mi corazon: este padre viene para que te salves, no vuelvas á beber; y así lo he hecho estos cuatro meses, absteniéndome con la bebida de otros muchos pecados que ella me ocasionaba. Han comenzado á venir muchos caciques de esta provincia y algunos de la laguna, pidiéndome que pase á sus pueblos, proponiéndome la comodidad de la tierra, y que tienen ya saca de agua para el pueblo y sementeras, hecha Iglesia y prevenida casa para mi habitacion. A pocos dias vinieron otros tres caciques del

rio de las Nasas pidiendo lo mismo, y representando que habia entre ellos peste de viruelas, de que morian muchos niños sin el santo bautismo. Yo me detuve algun tanto en responder, y uno de ellos prosiguió diciendo: Bien sabemos que no buscas oro ni plata, ni cosa alguna de nuestra tierra, sino solo nuestro bien. Dios te ofrece lo que buscas: no repares en nuestra pobreza ni en el vil vestido que tenemos: bien sabes que la alma que está dentro vale mas que el oro y la plata, y pues estas buscas, no las dejes ahora que perecen. No pude dejar de condescender á razones tan fuertes. Partí con ellos el dia siguiente para su pueblo, donde fuí recibido con grande contento. Bauticé diez y siete ó diez y ocho de los mas necesitados párvulos, confesé diez ó doce, que aunque cristianos viejos, nunca lo habian hecho. Espliqué en su lengua la doctrina cristiana con mucha admiracion suya. Estando aquí llegó un capitan español en busca de algunos indios que le debian dineros. Apretaba mas que á los otros á uno que le debia mas, y por no tener con que pagarle intentó llevárselo consigo. El indio, viéndolo airado, le respondió con mucha paz: Señor, bastante tiempo te he servido: tú tienes razon por lo que te debo; pero déjame aquí algun tiempo para aprender la doctrina y hacerme buen cristiano, y te iré despues á servir si no tuviere con que pagarte. El capitan, edificado, lo dejó, y el indio convirtió despues á otro hermano suyo, y lo mismo hizo otro cacique con su hijo. Tres dias estuve en este pueblo, y despues de haberles dado á once caciques que me lo pedian, buenas esperanzas de ir á poblar entre ellos, dí la vuelta á mi asiento, donde me recibieron con tanta alegria como si hubiese estado un año ausente. Traté luego de lo bien que me habia parecido el otro pueblo, y que seria mejor hacer allí el asiento de la mision. El cacique que me oia se estremeció mucho, y dijo: Padre, aunque esta es mi tierra, yo estimo mas mi salvacion: si te vas, yo y toda mi gente iremos tras de tí. Esto es lo que nuestro Señor ha sido servido hacer en estas tierras. El que por su misericordia ha querido dar tan buen principio á esta mision, se ha servido llevarla adelante para su mayor gloria, &c."

Entre tanto, los cuatro misioneros de Sinaloa cultivaban incesantemente aquella viña con no pocos trabajos. El padre Martin Perez, despues de haber reconocido los pueblos del rio abajo, pasó por cuaresma á Ocoroiri, donde habia mayor necesidad. El domingo de ramos bendijo en aquel pueblo las palmas, explicando á los neófitos la significacion de aquella augusta seremonia. Tuvo el padre la sólida satisfaccion de

ser entendido de los indios, y haber penetrado estos todo el espíritu de aquella solemnidad, cuando saliendo despues en procesion de aquella pequeña Iglesia vió que comenzaron á regar el suelo con yerbas, y á tender sus mantas, no permitiendo que en todo lo que anduvo pusiese el pié sobre la tierra. Pasó despues de semana santa á los pueblos de Navitama y Comanita, muy bien dispuestos para el bautismo que pretendian con instancias. De ahí á la serranía de Bacoburitu, habia en cinco pueblos de esta Sierra, y algunos otros vecinos, mas de mil cristianos de la provincias de Culiacán y Topia, que apénas sabian las oraciones en latin como habia sido costumbre enseñarlos á los principios de la conquista. Se les señalaron catequiztas, aunque no á todos los pueblos por no haber suficiente número. Se convidaron otros dos pueblos vecinos. Los moradores del uno, que celebraban en la actualidad no sé que fiesta, estaban sumergidos en la embriaguez. Los del otro fueron mas dóciles y vinieron con prontitud: su alegría era tanta, que una noche destempladísima de mucho yelo y agua, la pasaron en la danza y el canto al descubierto, previniéndose para ser catequizados, y con tanto fervor, que desde aquella misma noche se cortaron el pelo, sacrificio entre ellos muy apreciable, y en que se distinguian los mas fervorosos catecúmenos. A pesar de tan bellas disposiciones fué necesario dilatarles por mucho tiempo el bautizmo, á causa de su rudeza. El mismo desconsuelo tuvieron los del pueblo de Terabio, aunque unos y otros con admirable docilidad se sujetaban y perseveraban en la instruccion. Uno de los ministerios mas provechosos y necesarios para la reduccion de estas gentes, era asegurar la paz entre ellos para que tuviesen el tiempo necesario de instruirse, á que no les daban lugar las hostilidades de sus vecinos. Para esto interponian los padres su autoridad de palabra ó por escrito, nunca inútilmente. Un billete del misionero era para ellos muy apreciable. Ponianle en lo alto de una pica, y llevábanle como bandera de unos pueblos á otros. El portador y los que le acompañaban podian pasar impunemente por fronteras y aun por medio de los paises enemigos. El papel que mostraban era un salvo conducto á que los infieles mismos obedecian. Los biaras y los matapanes habian sido por muchos años irreconciliables enemigos. El padre Martin Perez dió á unos indios, que no pertenecen ni á una ni á otra nacion, una de estas cartas. Enterados de su contenido los biaras, aunque en los mas reencuentros les habia sido favorable la fortuna, sin embargo, como si hubieran sido los vencidos, pusieron la carta en una caña alta y

enviaron con ella diputados á ofrecer la paz á los matapanes, con quienes conservaron despues una estrecha alianza, de que para mayor seguridad quisieron fuese garante el mismo padre y toda la cristiandad del pueblo de Saconatu.

El padre Gonzalo de Tapia, en consecuencia de la palabra que habia dado el año antecedente á los zuaques, volvió á su pueblo. El apostólico varon tuvo el dolor de hallarlos en unas disposiciones muy contrarias á la santidad y pureza del Evangelio. Pasada aquella vehemente impresion que habia hecho en sus ánimos el nunca visto temblor, olvidaron tambien los deseos del bautismo. Justamente llegó el padre al primer pueblo á ocasion en que despues de una de aquellas sus nocturnas arengas estaban aun sepultados en el sueño y en la embriaguez. La confusion propia cuando supieron la venida del padre, y la presencia de un censor importuno á sus disoluciones, les hizo tomar la resolucion de deshacerse del misionero. El cacique principal del pueblo era tambien el gefe de la conspiracion; pero aun no era llegada la hora del Señor. El indio temerario haciendo en una asamblea semejante, pocos dias despues, alarde de su ligereza y valentía, ya perturbado con el calor de sus licores bárbaros, dió un salto desde la cima de una roca hasta lo mas profundo del infierno, donde pasó despues de una muerte desastrada. El hombre de Dios, aunque advertido de los designios del malvado cacique, sin embargo, prosiguió con valor intrépido visitando los demas pueblos de aquella misma nacion. Halló en algunos mejor disposicion, é hizo algunos bautizmos. De ahí partió á visitar á aquellos indios que el año ántes le habian recibido y levantado la cruz en el camino, á siete leguas de Ocoroirí. La solicitud de las Iglesias que tenia á su cuidado, no le dió lugar para detenerse mucho, y encargó su cultivo al padre Martin Perez, á cuya diligencia se vió entre aquellas gentes, despues de algunos años, una cristiandad muy florida. El padre Gonzalo de Tapia volvió á sus pueblos: todo parecia prometer la mas constante serenidad. Habianse bautizado algunos miles; las naciones vecinas se veian venir en tropa á pedir el bautizmo, y congregarse en pueblos con algun género de gobierno y policía. Iban desapareciendo insensiblemente las costumbres gentílicas, y los neófitos se empleaban con tanto fervor en el cumplimiento de nuestra santa ley, que de dos y tres leguas venian á pié y mal vestidos en lo mas crudo del invierno por oir la doctrina, y asistir al santo sacrificio. Se habian erigido al verdadero Dios mas de sesenta templos, aunque pequeños y

pobres, pero en que los fervorosos cristianos ofrecian al Señor un culto muy sincero, y sus ministros el holocausto de su celo y las primicias de la santa fé. A mañana y tarde se oian en la vecindad de las Iglesias cantar en diversos coros las alabanzas de Dios y la santa doctrina del Evangelio. Tal era el semblante de aquella cristiandad. Sin embargo, le faltaba aun para dar el fruto cumplido ser regada con la sangre de sus predicadores, y esto es lo que vamos á ver ejecutado en la gloriosa muerte del padre Gonzalo de Tapia.

Miéntras este ministro infatigable visitaba con tanta caridad, é instruia con tanta diligencia los pueblos, un indio principal de Tovorapa, pueblo vecino á la villa de S. Felipe, incitaba contra él á los demas, y turbaba con sediciosas conversaciones la tranquilidad de que se habia gozado hasta entónces. Llamábase este indio Nacabeba, envejecido en el arte infame de hechicería, que aun habia conservado siempre la misma inclinacion á las supersticiones, y el mismo libertinage en las costumbres. Su casa era el teatro de aquellas nocturnas asambleas y de aquellas vanas ceremonias en que el calor del vino y del tabaco, añadido á sus discursos impíos, daban lugar á las resoluciones mas negras. Pocas veces se le veia asistir á la misa, ménos aun á la explicacion de la doctrina. El padre Tapia habia procurado muchas veces, ya con alhagos, ya con amenazas, volver al rebaño de Jesucristo esta oveja descarriada; pero todo inútilmente. El misionero con sus buenos oficios en vez del agradecimiento, atrajo sobre sí toda la indignacion de aquel malvado. Se quitó la máscara y comenzó á tratar abiertamente de dar la muerte al padre; pero con toda la fuerza y energía de sus sacrílegas arengas, no pudo conseguir que los del pueblo se resolviesen á poner las manos en el ungido del Señor. Dos hijos suyos, un yerno, y otros dos ó tres de sus parientes, fueron los únicos que pudo traer á su partido. Estos eran bastantes para un hombre que cada dia ofrecia á su Magestad el sacrificio de su vida. Partió el celoso operario del pueblo de Ocoroiri para Teboropa, sábado 10 de julio, llevando consigo al cacique D. Pedro y otro cristiano llamado Francisco. Nacabeba, que no esperaba sino esta ocasion, previno secretamente á sus cómplices. No pudo ser tanto su disimulo, que no se trasluciesen sus designios. Los del pueblo dieron aviso á D. Pedro, y este lo pasó fielmente al padre Tapia, suplicándole el domingo despues de haber dicho misa, que se volviese con él á Ocoroiri, y previniese las intenciones de aquella gente que parecian sospechosas. El buen pa-

Muerte del padre Tapia.

dre, satisfecho con la respuesta de su conciencia, respondió con su ordinaria dulzura: Yo no les he hecho mal alguno, ántes los amo como á mis hijos. Con esta confianza, no solo no quiso volverse á Ocoroiri, sino que despachó al cacique mandándole que no le esperasen hasta el siguiente miércoles. D. Pedro, despues de mucha resistencia obedeció con dolor, y el padre quedó solo con un muchacho, expuesto al furor de sus enemigos. En efecto, á poco rato de la noche, estando el siervo de Dios empleado en rezar el Rosario de la Santísima Vírgen, entró en su pobre aposento Nacabeba, disimulando con sumision y reverencia sus pérfidos intentos. Comenzó á hablar, y á poco rato le siguieron dos de sus compañeros. Proseguia la conversacion el anciano, y cuando les pareció, descargaron repentinamente un golpe de macana con que le hendieron la cabeza. El santo hombre regando con su sangre el terreno y cuasi fuera de sentido, se fué para la Iglesia, y puesto de rodillas, abrazado con una Cruz que estaba á la entrada acabó de espirar á los golpes de las hachas y las macanas. Cortáronle la cabeza yel brazo izquierdo, llevaron la sotana, y su lecho, que era solo una frazada, entraron con furia en la Iglesia, robaron el cáliz y sagrados ornamentos, y huyeron al monte despues de haber flechado á una india cristiana que murió poco despues.

Así acabó su vida mortal este religiosísimo y apostólico misionero, el primero de la Compañía que regó con su sangre estas regiones. Fué natural de Leon en Castilla, en que dejó burlada la nobleza y floridas esperanzas del mundo. En la religion, la pobreza, el desprecio de sí mismo, á pesar de unos talentos singulares para cátedra y púlpito, y una dulzura inalterable, lo hicieron un digno instrumento de la gloria del Señor. Si no tuvo un milagroso don de lenguas, tuvo por lo ménos para aprenderlas una admirable felicidad. Seis supo con perfeccion, y en otras muchas tenia lo bastante para instruir á los gentiles y traducirles la doctrina católica. Murió á los treinta y tres años de su edad, diez de venido á las Indias, y cuatro de haber sido destinado á las misiones. El padre Alonso de Santiago, concluye así la relacion que hizo al padre provincial de su preciosa muerte: „Era de mucha caridad y grande ánimo, y así fué tanta la prisa que se dió en trabajar, como que habia de acabar presto: *Consumatus in brevi, ex, plevit tempora multa, plausa enim erat Deo anima illius.* Yo pienso quiso nuestro Señor coronarlo, no solo con corona de vírgen, como lo era, sino duplicársela con la de mártir, que por tal lo tengo. Y aunque para

cumplir con la obediencia le he dicho las misas, no me he podido resolver á ofrecerlas por él, y ántes pedia á Dios perdon de mis culpas por los merecimientos de ese su escogido siervo tan ansioso de amplificar la gloria de su nombre. Varon verdaderamente apostólico, y verdadero imitador de nuestro padre Francisco Javier. El padre Juan Bautista de Velasco, que por algun tiempo fué su compañero, dice así: Jamás me acuerdo haberle visto airado ó descompuesto, y juntaba á esta serenidad una grande eficacia cuando se determinaba en lo que convenia. El tiempo que daba al alimento y demas necesidades de la vida, era cortísimo para ocuparse en la contemplacion y modo de adelantar la cristiandad. De lo demas que me acordare, daré aviso á V. R. Solo digo ahora que era admirable su prudencia y latitud de corazon, invencible su paciencia, &c." Así hablaban del padre Gonzalo de Tapia sus compañeros y súbditos. Su vida la escribió el padre Andres Perez en los tres últimos capítulos de su historia de Sinaloa. El padre Juan Eusebio Niremberg, el padre Andrade, el padre Henao, y Juvencio en la historia general de la Compañía.

A la mañana se supo en la villa. El capitan y los mas distinguidos vecinos que todos tiernamente le amaban, pasaron á Tovoropa y hallaron á la entrada de la Iglesia el cuerpo del venerable padre con el pecho en tierra, cortada la cabeza y el brazo izquierdo, desnudo de todos sus vestidos, fuera de las medias. El brazo derecho con un golpe de hacha, que parece habian tambien pretendido cortárselo. La relacion que se envió á Roma en la annua de este año, dice así: „Hallaron levantado el brazo derecho, herido por la muñeca, y formando con los dedos índice y pulgar, la señal de la Cruz. Los españoles, penetrados de respeto y de admiracion, compusieron con la mayor reverencia el cadáver, y lo llevaron á la villa, donde el padre Juan Bautista de Velasco, que habia partido en diligencia de Ocoroiri, lo enterró, dice en su relacion el padre Martin Perez, con mas lágrimas que solemnidad por haber poco aparejo para hacerlo, como merecia aquel santo cuerpo. Los indios de Tovoropa y de los pueblos vecinos, Lopoche, Baborio y Cubiri, aunque no habian tenido parte alguna en el atentado de Nacabeba, sin embargo, temiendo ser envueltos en la sospecha y castigados de los españoles, huyeron á los montes. Nacabeba y sus aliados, se habian acogido en su fuga á los Zuaques, y comprado su amistad al precio de los despojos del padre, que repartieron con ellos. Aquí se entretuvieron por varios dias, celebrando como una glo-

riosa victoria la muerte de aquella víctima inocente con regocijos y con bailes. La ordinaria materia de sus cantos sacrílegos era la religion, sus mas sagradas ceremonias y leyes santísimas. Vestia uno la casulla, otro la alva y demas ornamentos. La muger del viejo homicida, llevaba en sus manos el cáliz; uno tomaba la cabeza venerable; otro el brazo, repitiendo muchas veces, como se supo despues y dejó escrito el padre Martin Perez, aquellas palabras tan honrosas á la santa doctrina, y que mostraban bien el motivo por que habian dado tan cruel muerte al pastor de sus almas: veis aquí, se decian mútuamente, la cabeza del padre Tapia, ¿cómo ahora no impide nuestros bailes? ¿Cómo no corrige nuestra embriaguez? ¿Cómo no nos reprende porque tenemos mas de una muger? Si eres hijo de Dios y su amigo; si eres el padre de todos estos pueblos, y tan venerado y temido de los españoles, como hombre del cielo, ¿por qué caiste luego á los golpes de nuestras macanas? En una de estas impías asambleas intentaron, dice en su relacion el padre Martin Perez, asar el brazo del venerable padre; pero poniéndolo repetidas veces á este efecto en sus barbacoas, salia siempre tan frezco, que nunca pudieron comerlo. Entónces lo desollaron, cortaron la punta de los dedos, y los hincheron de paja. El cráneo de la cabeza, pintado por fuera de almagre, les sirvió por algun tiempo de vaso en que bebian. Resueltos á acabar con toda la cristiandad de Sinaloa, Nacabeba y sus cómplices conspiraron con los zuaques en dar la muerte á los otros padres y al resto de los españoles. La vigilancia de estos previno é impidió la ejecucion de sus designios; sin embargo, se acercaron á algunos pueblos desamparados de los indios fieles, quemaron una ú otra sementera, flecharon algunos caballos y béstias de carga. Para reprimir estas correrías vino de Culiacán, á donde se habia prontamente dado aviso, D. Pedro Ochoa de Galarraga con algunos soldados. El arribo de esta pequeña tropa no pudo servir al castigo de los rebeldes, que se habian retirado á los bosques y quebradas inaccesibles, y fué de mucho perjuicio á muchos puebles del rio abajo, cercanos á la villa, que al ruido de esta expedicion tomaron tambien la fuga. No tuvieron poca parte en esto los indios de Ocoroiri, que, como mas interesados en la muerte de su amado padre, quisieron tomarse la mayor parte de su venganza. Con este especioso pretesto pretendian cubrir los ódios y particulares enemistades, que hasta entónces habia contenido la profesion del cristianismo, y que la presente ocasion hizo renacer muy breve. No costó poco trabajo á los padres Martin Perez y

Juan Bautista de Velasco, refrenar el imprudente celo de estos neófitos, que no pudiendo haber á las manos los pocos culpados, dieron la muerte á algunos inocentes.

Al mismo tiempo que el venerable padre Gonzalo de Tapia consumaba tan gloriosamente el curso de su vida apostólica, caminaban para Sinaloa á trabajar bajo de sus órdenes los padres Hernando de Santarén y Pedro Mendez. La noticia de la muerte del santo hombre los sorprendió en el camino, y recibieron órden del padre Martin Perez de detenerse, haciendo mision en Culiacán, hasta que pasase aquella tempestad. El padre Alonso de Santiago habia procurado cultivar aquella viña con un fervor muy desigual á sus fuerzas corporales, que á poco tiempo hubieron de rendirse, y fué necesario retirarlo á paises mas benignos. Los dos nuevos misioneros, escoltados de dos soldados para mayor seguridad, entraron poco despues en Sinaloa. No les fué de poco dolor, aunque por otra parte de singular consuelo, ver todos los cristianos de Mocorito salir á recibirlos cantando en procesion la doctrina cristiana, aunque con voz tan lúgubre, y con un semblante tan triste, que fué necesario á los padres consolarlos por medio de un intérprete, y aun mezclar con las suyas sus lágrimas. Al padre Mendez se le encomendaron los pueblos y lenguas de Ocoroiri, Nio, y algunos otros de los que habia tenido á su cargo el padre Tapia. Al padre Hernando de Santarén, los de Ure, Sisimicari, Guasavo y algunos otros del rio abajo. Con la diligencia de los misioneros, volvieron dentro de poco á sus pueblos los mas de aquellos indios, que el temor de las armas habia traido fugitivos. Los de Ocoroiri, amenazados que no volverian mas allá los padres, entraron breve en su deber. El tiempo que habian estado preocupados de aquel espíritu de venganza tan ageno del cristianismo, se mostró bien la piedad del cacique D. Pedro. Este, no pudiendo contener el ímpetu furioso de los suyos, que habian hecho ya algunas muertes, ni llevar en paciencia los bailes que conforme al rito de su gentilidad hacian con las cabelleras de los muertos, se pasó con toda su familia á la villa de S. Felipe, diciendo que mas queria dejar su pátria y vivir desterrado de su nacion, que exponer á riesgo su fé ó ver por sus ojos las transgresiones de los santos mandamientos. Una india cristiana de avanzada edad habia huido con otra compañera suya á los montes. Aquí con los trabajos le llegó con mas brevedad el término de sus dias. Estaba ya para espirar cuando vió qué unas indias gentiles venian con varios afeites y colores, conforme al uso de los pa-

ganos, para pintarle el rostro y el cuerpo. La indignacion santa le dió alientos, reprendió ásperamente á aquellas infieles, diciendo que ella creia y adoraba en el Dios verdadero. Cristiana soy, repetia, y vosotros los que tenéis esta misma dicha y estáis aquí presentes, no permitáis que aun despues de muerta se haga conmigo cosa alguna indigna de la santa y pura ley que profesamos. Luego, volviéndose á su marido, le rogó que perseverase en los caminos del Señor, y siguiese los consejos del padre Gonzalo de Tapia. Que si casase con alguna otra muger, fuese cristiana. Despues de lo cual dijo á una compañera suya: „María, me verás este dia, y mañana no me verás: yo me voy á ver á Dios, porque he creido en él de todo corazon, y procurado guardar su ley con esperanza de verlo." Entre estos actos, repitiendo el nombre de Jesus y besando la Cruz que tenia formada con los dedos, murió, á lo que podemos persuadirnos, una muerte preciosa. Los indios fugitivos, con estos y otros semejantes ejemplares, volvieron á sus pueblos con un fervor y un aliento, que puso admiracion y lo infundia á los misioneros; persuadiéndose con esta, aun mas que con alguna otra señal, que habia sido agradable al Señor el sacrificio del fundador de aquellas misiones, cuya inocente sangre era semilla de nuevos y fervorosísimos cristianos.

La muerte de este generoso soldado de Jesucristo, en vez de acobardar encendió mas los ánimos de sus compañeros, y este mismo efecto causó luego que se supo en México y en todos los colegios de la provincia. El celo de la salvacion de las almas y el deseo de ayudarlas á costa de la sangre y de la vida, animaba todos los corazones. No contribuyó poco á este mismo la publicacion de los decretos de la quinta congregacion general, que con ansia se esperaban, y en que se veia representado con tan vivos colores el espíritu propio de la Compañía. En la Profesa de México concurria tambien el feliz éxito del pleito pendiente sobre el sitio. El rey católico habia recibido con suma benignidad al padre Alonso Guillen, y en consecuencia de sus informes, cometió la causa al consejo real de las Indias. La sentencia de este tribunal fué desde luego adversa. Confirmó el consejo el decreto de la audiencia de México, mandando que no se fabricase en dicho lugar: que los religiosos de la Compañía volviesen á sus colegios, y se pidiesen nuevos informes al virey y audiencia de México. Suplicó de este auto el padre Alonso Guillen, y no estando de acuerdo los dictámenes, determinó S. M. que á los Sres. de su consejo real de las Indias, se asociá-

sen cinco del consejo de Castilla. Esta junta resolvió que debia remitirse el conocimiento de la causa al juez eclesiástico, á quien de derecho pertenecia. Las religiones suplicaron de esta providencia, sostenidas del fiscal de S. M., que abiertamente favorecia sus pretenciones. Entre tanto llegó á la corte Fr. Bartolomé Perez Martel, y con los nuevos documentos é informes de este religioso, pareciendo cada dia de mayores consecuencias la causa, cometió S. M. el exámen á los tres consejos juntos de Ordenes, de Indias y de Castilla. Esta asamblea respetable, sin embargo de la suplicacion interpuesta por el fiscal y las tres comunidades religiosas, confirmó el auto de 27 de junio de 1594, en que se remitia la causa á juez eclesiástico. Hallábase en la actualidad en Roma, en cualidad de procurador de esta provincia, el padre Dr. Pedro de Morales, el cual habia, ántes de salir de Roma, obtenido de la Santidad de Clemente VIII, supremo juez de la causa, que su conocimiento se cometiese al nuncio apostólico, residente en España, que lo era en la ocasion el Illmo. y reverendísimo Sr. D. Camilo Gaetano, patriarca alejandrino. Este pronunció la siguiente sentencia.

„En la villa de Madrid á 21 dias del mes de junio de 1595 años, el Illmo. y reverendísimo Sr. D. Camilo Gaetano, patriarca de Alejandria, nuncio de su Santidad en estos reinos de España; habiendo visto este pleito, que es entre partes; de la una los padres de la Casa Profesa de la Compañía de Jesus de la ciudad de México, y los religiosos de Sto. Domingo, S. Francisco, S. Agustin y las monjas de Sta. Clara, y la dicha ciudad de México de la otra: Dijo que daba, y dió licencia á los padres de la Compañía para proseguir en la obra comenzada de la dicha Casa, dando fianzas en cantidad de cincuenta mil ducados ante el ordinaro de la dicha ciudad de México, de que demolerian lo que se labrare, siéndoles mandado por S. S. I. ú otro juez competente. Para lo cual dijo que alzaba y alzó cualesquier embargos mandados hacer ó hechos en esta causa por cualesquier jueces á pedimento de los dichos religiosos de Sto. Domingo y consortes, sin perjuicio del derecho de las partes, en lo que toca al negocio principal. Y así lo proveyó y mandó dar sus letras con censuras y penas en forma, para que se guarde y cumpla lo susodicho, y lo firmó S. S. I. Conforme á lo cual, mandamos dar y dimos las presentes, por las cuales y su tenor, y por la autoridad apostólica que en esta parte usamos, los exhortamos y requerimos *primo, secundo, tertio* y *peremptorié;* y en virtud de

santa obediencia y so pena del ingreso de su Iglesia, y de mil ducados de oro, aplicados á pobres y obras pías á nuestra disposicion, en cuanto al venerable en Cristo arzobispo, y en cuanto á los dèmas, so pena de excomunion mayor, y doscientos ducados de oro, aplicados segun desuso, les mandamos que luego que por parte de los reverendos padres de la dicha Casa Profesa de la Compañía del Nombre de Jesus, fueren requeridos con estas nuestras letras ó su traslado, signado y sacado por autoridad de justicia, por ante escribano ó notario público, fiel y legal, y sin sospecha que á ellos presente sea, las acepten, y aceptadas vean el dicho nuestro auto desuso incorporado y visto, lo guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir en todo y por todo, como en él se contiene, y contra el tenor y forma de él no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, que para todo ello, y lo á ello anexo, concerniente y dependiente, les damos nuestro poder cumplido, y cometemos nuestras veces plenariamente, con facultad de citar, excomulgar y absolver hasta la invocacion del brazo secular, y só las dichas penas de excomunion y pecuniaria, mandamos á cualquier notario ó escribano que para ello fuese requerido, lea, intime y notifique estas nuestras letras á las personas que les fuere pedido y dé fé de ello, sin las de tener pagado de sus justos derechos. En testimonio de lo cual, mandamos dar, y dimos las presentes firmadas de nuestro nombre, y selladas con nuestro sello, y refrendadas de nuestro secretario y notario de nuestra audiencia infrascripto. En la villa de Madrid, diócesis de Toledo, á 26 dias del mes de junio de 1595 años.—*C. Patriarc. Alejand. Nuncius Apostolicus.*"

A este auto interlocutorio siguió muy en breve una definitiva tan favorable como la prometian estos bellos principios. Una y otra fué recibida en México con general aplauso, aun de los mismos colitigantes, que habian conocido ya bastantemente la utilidad de aquel edificio en la variedad y universidad de sus apostólicos trabajos. A fines de este mismo año faltó á esta casa, aun recien nacida, uno de sus mas incansables operarios en el padre Diego de Herrera. A sus fervorosos consejos debieron su virginidad y su religiosa vocacion mas de trescientas doncellas en diversos tiempos y lugares. Una de ellas, de lo principal de esta ciudad, la tarde ántes de dar la mano á una de las personas mas distinguidas, huyó, como otro S. Alejo, á refugiarse en un observante monasterio, y resistió á las solicitaciones de sus deudos con una constancia superior á su sexo y á su edad. Dentro de muy pocos dias si-

guieron su ejemplo dos sobrinas del tesorero D. Juan de Rivera, insigne fundador de aquella casa. Estuvo treinta años en la Compañía, veinte en esta provincia. El último año de su vida, muerto medio lado de una grave enfermedad, hacia poner una silla en la puerta de su aposento, donde se hacia llevar cargado para oir confesiones. Era dicho comun que el padre Diego de Herrera jamás estaba sino orando ó confesando. Un operario tan celoso fueron las primicias que ofreció al Señor la Casa Profesa, donde con tanta uniformidad y constancia habia de ejercitarse siempre este trabajosísimo ministerio †.

Poco ántes de la muerte del padre Herrera se habia celebrado en el colegio máximo la cuarta congregacion provincial, en que siendo secretario el padre Juan de Loaisa, fué elegido segunda vez procurador á entrambas cortes el padre Pedro Diaz, y en segundo lugar el padre Francisco Baez, prepósito de la Casa Profesa, sábado 4 de noviembre de 1595. Los ministerios de los indios que practica este colegio en el Seminario anexo de S. Gregorio, tomaron por éste tiempo nuevo aumento. En efecto, aunque desde el año de 1586, en que se fundó este Seminario, se habia procurado con el mayor fervor ayudar en todo á los naturales del pais, no habia podido conseguirse con tanta franqueza y libertad como al presente. Los curas y vicarios de las parroquias vecinas habian concebido no sé que opinion de que la Compañía intentase atraer á sí los feligreses de su jurisdiccion para poder con el tiempo erigirse en parroquia con perjuicio de sus derechos. Con este motivo procuraban apartar á los indios del trato de los nuestros, y aun tal vez los castigaban con rigor. La enfermedad grande que en los meses antecedentes habian padecido estos infelices, la prontitud, la caridad y celo con que los jesuitas acudian principalmente á este Seminario; el mucho trabajo de que en todo aliviaban á sus párrocos, y la justa subordinacion que observaban y protestaban siempre á los derechos parroquiales; les hicieron conocer cuán distintos eran de lo que vulgarmente se pensaba los designios de la Compañía. Convertido aquel vano temor en una estimacion respetuosa, los mismos curas y sus tenientes hacian llamar á los nuestros para que los ayudasen. Era de mucha edificacion á todo el pueblo ver religiosos de profesiones é institutos tan diversos asistir con una caridad y confianza hermanable á confesar el uno, miéntras el otro administraba el Sagrado Viático; procurar juntos limosnas para los enfermos, repartirles de cama en cama, por su mis-

† Y aun hoy se ejercita con aprecio y veneracion general.

ma mano los alimentos, cuidar de su entierro, y ejercitar todos los demas oficios que pedia la necesidad, como si fueran de una misma religion; obrando en todos el mismo espíritu de amor y mostrando á todo el mundo con una gustosísima esperiencia, que en nada se impiden unas á otras las diversas profesiones y estados de la Iglesia católica; ántes con su misma variedad se ayudan mútuamente cuando les anima el mismo celo y el mismo ímpetu divino qué hacia caminar con tanta uniformidad los animales que tiraban el carro de Ezequiel. La aplicacion á estos espirituales ministerios en el colegio de México, en nada disminuia el fervor de los estudios, nunca mas provechosos que cuando tienen por basa y por cimiento el temor de Dios. Los colegiales del Seminario de S. Ildefonso y los seglares, con una piadosa y noble emulacion, se esmeraban igualmente en uno y otro. Se vieron en todas facultades funciones muy lucidas, y tanto deseo de la perfeccion, que solo este año pasaron de treinta los que dejando el mundo se acogieron al puerto de varias santísimas religiones. Algunos de estos entraron en el órden sagrado de predicadores, y hablando en este asunto con uno de los nuestros un grave y docto religioso de la misma familia, aseguró que en el solo convento de México habia mas de sesenta que debian no ménos las letras que el desengaño á los estudios del colegio máximo. En la Compañía solo se admitió, entre muchos que lo pretendian con ansia, un sacerdote á quien brindaba el mundo con las mas bien fundadas esperanzas, tanto por sus singulares talentos, como por la nobleza de su sangre.

En los colegios de Puebla, Oaxaca y Guadalajara, y demás de la provincia, era el mismo el fervor y el fruto en las misiones, la misma asistencia al confesonario y en todos los demás ministerios. En Oaxaca se fundó para los indios, en la Iglesia de S. José de Xalatlaco, de que se habia encargado la Compañía, una congregacion bajo la proteccion del mismo santo, en que se cogian los mismos frutos que en el Seminario de S. Gregorio de México y S. Miguel de Puebla. Hubo entre los congregantes dos fortísimas vírgenes, que la una por espacio de diez y seis años resistió á las solicitaciones mas vivas de un hombre apasionado. La otra, con una batalla ménos prolija, consiguió aun mayor gloria, resistiendo por cinco años á todas las promesas, amenazas é importunos asaltos de dos personas cuyo estado era muy contrario á tan torpes designios. En Guadalajara, á la leccion de latinidad se habia añadido otra pública de casos de conciencia, para lo cual, de órden del ilustrísimo, se juntaban todos los clérigos que habia en la ciudad un

dia á la semana. La primera leccion autorizaron con su presencia el presidente y oidores de la real audiencia, junto con el cabildo eclesiástico y religiones. El Sr. obispo, que era entónces D. Francisco Santos, singularmente afecto á la Compañía, no solo á este primer ejercicio, sino á muchos otros despues asistia personalmente con no poca edificacion y provecho de su clero. A esta leccion de casos morales, que á peticion del Illmo. Sr. D. Alonso Guerra se habia comenzado algun tiempo ántes en Valladolid, se añadió este año otra leccion pública de la lengua tarasca, con que dentro de pocos años se proveyó á la escasez de ministros con grande utilidad de los indios. La grande estimacion que habian hecho siempre de la Compañía los señores obispos de Michoacán, desde el Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga hasta el dicho Sr. D. Fr. Alonso de Guerra, que acababa de morir en brazos de los jesuitas, y la que á su imitacion hacia tambien el Illmo. cabildo, no permitian que hubiese negocio de alguna consecuencia que no hubiese de pasar por mano de los padres. Esta confianza se mostró bien en la sede vacante con mucho crédito de la Compañía. Se compuso una grave discordia que traia divididos los miembros del cabildo eclesiástico, y aun toda la ciudad, con grande satisfaccion de entrambas partes. Se vencieron grandes dificultades para el progreso y perfeccion del monasterio de Santa Catarina de Sena, obra que habia comenzado el difunto obispo, y que debió á la Compañía no haberse visto sofocada en sus cunas. Las señoras de aquel religiosísimo convento correspondieron á estos buenos oficios, queriendo que uno de los nuestros predicase el dia de su dedicacion, y fiando al padre Diego de Villegas, rector de aquel colegio, y á otros de los padres la direccion de sus conciencias, tanto en el confesonario, como en las morales exhortaciones que pidieron se les hicieran en los dias señalados.

Los indios de Pátzcuaro crecian cada dia mas en la instruccion y aprovechamiento de sus almas, y en el afecto á los de la Compañía, que miraban como autores de su felicidad. El Señor procuraba alguna vez con extraordinarios sucesos á la sincera fé de estas gentes. Una india, postrada al rigor de una enfermedad y privada del uso de sus miembros, habia estado muchos dias con el deseo de confesarse con alguno de nuestros misioneros que frecuentemente pasaban por aquel pueblo. Oyendo un dia repicar las campanas (que con esta solemnidad reciben á los sacerdotes que entran en sus tierras) y sabiendo que era jesuita el recien llegado, se hizo llevar á la Iglesia. Se confesó no sin mucha

Sucesos raros y edificantes.

incomodidad porque fué menester que la tuviesen; pero acabando de recibir la absolucion se levantó por su pié á dar ante el altar las gracias de la espiritual y corporal salud, que habia juntamente recibido. La admiracion y gozo del pueblo fué grande cuando la vieron volver á su casa enteramente sana. Un indio, cuasi del todo ciego, vino al mismo padre á que le dijese un evangelio, con el cual recobró perfectamente la vista. Otra sanó sin mas medicamento de unos mortales y frecuentes desmayos que le habian afligido algun tiempo. Singularmente resplandecia en ellos mucho la devocion con la Santísima Vírgen. Con esta leche habia formado aquella cristiandad recien nacida el venerable Sr. D. Vasco de Quiroga, y la hermosa imágen que se habia colocado en nuestra Iglesia la fomentaba con notable fruto. Una india jóven, hija de uno de los principales caciques, fervoroso cristiano, habia quedado de una enfermedad valdada, y sin poder sostenerse sobre los piés. La madre, animada de una vivísima fé, la trajo consigo á la Iglesia, y haciéndola poner ante el altar de la Santa imágen perseveró en oracion y ayunó desde la mañana hasta la noche. No permitió la Santísima Vírgen quedase burlada la esperanza de su sierva. La enferma sintió luego en sí un extraordinario movimiento, principio de salud que recobró perfectamente dentro de pocos dias: ni fué este solo el beneficio que hizo Dios á la enferma. En agradecimiento de la sanidad milagrosa, volvió á la Iglesia, y llevada de un fervor que en otra persona pudiera parecer imprudente, hizo al Señor por mano de la reina de las vírgenes, voto de perpetua virginidad. No tardaron en poner á un grande riesgo su constancia las solicitaciones importunas de sus deudos para el matrimonio. Aun su confesor mismo, imprudentemente temeroso, no creyendo que pudiese permanecer entre las ocasiones mucho mas frecuentes y temibles en la pobreza de estas gentes, le aconsejaba lo mismo; sin embargo, ella, con razones superiores á su edad y su cultivo, consiguió persuadirle que no la molestase mas en este asunto. En efecto, poco despues, fundándose en Valladolid el monasterio de Santa Catarina, de que arriba hemos hablado, logró poner á cubierto su amada virginidad entrando á servir á aquellas religiosas en compañía de otra su hermana á quien habia hecho seguir el mismo propósito, y que fueron aun entre las esposas de Jesucristo ejemplares de toda virtud.

Estos bellos progresos, favorecidos no ménos que con prodigios del cielo, se veian en la cristiandad de Tepotzotlán, singularmente entre los jóvenes del Seminario de S. Martin. Un niño de doce años, hijo del

gobernador de Chiapa y descendiente muy cercano de los antiguos reyes de aquella provincia, se habia criado en aquel colegio con tanta piedad, circunspeccion y virginal recato, que era llamado comunmente el indio santo. Acometióle una enfermedad en que no podia disimular el gozo interior de su espíritu por salir de la prision del cuerpo. Se confesó en ocho dias cinco veces, y habiendo hecho todas las diligencias para ganar la indulgencia, y ayudádose con fervorosísimos coloquios á un crucifijo que tenia en las manos, y arrancando lágrimas de devocion á todos los circunstantes, espiró plácidamente. Aquella misma, noche á la hora en que murió, se dejó ver de una persona lleno de vida y hermosura, y pregúntole cómo habia sanado tan presto: yo estuve enfermo, dijo, para gozar ahora de tan buena salud. Voy al cielo: de mis padres tengo lástima y de los que quedan aun luchando en este mundo. Otro jóven estando al parecer poco agravado de la enfermedad, aseguró, mas de una vez, que á la noche siguiente moriria á las tres de la mañana; que un hombre hermosísimo vestido de blanco se lo habia prometido, y la verdad del suceso correspondió justamente á la prediccion. Bien sabemos que este género de apariciones son de ordinario sospechosas y muy mal recibidas en aquellas gentes que precian de un gusto delicado, y de no abandonarse jamás ciegamente á la buena fé, ó la demasiada credulidad de ciertos autores que por lo comun las refieren con poca discrecion. No ignoramos tambien lo que ha dejado escrito en deshonor de las historias religiosas cierto escritor de nuestro siglo, por cuyas obras se trasluce el mismo libertinage en la fé que en las costumbres. Yo no veo que estos adoradores de la antigüedad acusen de flaqueza ó de mala fé á Tito Livio, á Plutarco, á Valerio Máximo, y á tantos otros autores paganos que nos refieren mayores y mas increibles prodigios, y á quienes á pesar de la grande libertad de juicio que se profesa en estos tiempos, no se deja de dar crédito por el respeto que se imagina deber á tan famosos hombres. No se reprende que Pórcida habia apagado sin lesion en su mano las brasas; que habia llovido unas veces ceniza y otras sangre en Italia; que hablen los bueyes y las estátuas de los falsos dioses; que se haya oido en Roma una voz que previniese la venida de los antiguos franceses. ¿Y los lectorés cristianos habrian de reprender en los autores de la historia religiosa y eclesiástica sucesos autorizados por tantos otros semejantes que se hallan en las Santas Escrituras y en los padres mas respetables de la Iglesia, y que parecen pertenecer de un modo muy par-

ticular al órden de la Providencia, singularmente para la estension y propagacion del Evangelio entre naciones bárbaras?

La residencia de Veracruz perdió este año un misionero infatigable en el padre Cárlos de Villalta. Habia sido muchos años beneficiado y excelente en la lengua mexicana, cuando el Señor, á los sesenta años de su edad, con un modo maravilloso, lo llamó á la Compañía. Recibido no sin dificultad, vivió en ella catorce años, siempre trabajando con la fortaleza de un jóven, y tan conforme á las menudas observancias de nuestras reglas, como si hubiera entrado niño en la religion. Varon verdaderamente humilde, austero y rigoroso consigo, cuanto amable y apacible con todos. En los últimos dias de su vida trayéndole cartas de un hermano que tenia en el Perú, no permitió que se las leyeran, diciendo: *Conversatio nostra in cælis est.* En efecto, empleado en afectos muy ardientes, y respondiendo él mismo á la recomendacion de su alma, vió venir la muerte con aquella misma serenidad y devota alegria con que habia hecho frente á los mas penosos trabajos en el ministerio apostólico. Murió á 9 de enero de 1595.

Poco tiempo despues, habiendo de partir para Filipinas una recluta de nuevos misioneros, pareció necesario que algunos padres fuesen por delante, tanto para prevenir el pasage de la mision, como para ayudar en aquella cuaresma la gente de los navios, y muchos otros que de todo el reino bajan atraidos de la comodidad del comercio. En efecto, se vió ser muy saludable este pensamiento. En todos los vecinos, y singularmente en la gente de mar se hizo una extraordinaria conmocion. Fueron muchas las confesiones con grande trabajo y no poco consuelo de los misioneros. Se singularizó entre todos uno de los padres, que por la extension que tenia en lenguas estrangeras podia ayudar, igualmente á los indios, á los mercaderes y soldados de diversas naciones, franceses é italianos. No conteniéndose su celo en los cortos límites de aquel puerto, se extendieron á los pueblos comarcanos por mas de treinta leguas. Los vecinos quedaron tan agradecidos, que trataron con muchas veras fundar allí un colegio de la Compañía, ofreciendo para esto no pequeña parte de sus haciendas, y señalando desde luego alguna renta para el sustento de los sugetos, para cuya seguridad enviaron algunos por escrito y firmados de sus nombres las ofertas que hacian, que pasaban de dos mil pesos. Se les agradeció su buena voluntad, y ya que no se pudo condescender con sus piadosos deseos, se les prometió que los padres que hubiesen de pasar á Filipinas, se en-

viarian siempre algun tiempo ántes para que llevasen adelante aquellos frutos de penitencia y de piedad, que el Señor se habia dignado obrar por medio de sus santos ministerios.

Para conocer los rápidos progresos que hacia el Evangelio en la fiera nacion de los chichimecas, bastará decir que en poco mas de quince dias, en solo el pueblo de S. Márcos, se bautizaron mas de noventa adultos, y se dieron las manos conforme al rito de la Santa Iglesia, repudiadas sus antiguas concubinas, sesenta y ocho pares de indios, de los mas valerosos capitanes de su gentilidad, y entre ellos uno que contaba en sus sartas treinta y seis muertos: se sujetaban á los padres y se dejaban corregir aun estando con las armas en las manos, con la mancedumbre y simplicidad de unos niños. Aun en tiempo de la tuna, que era para ellos la tentacion mas vehemente en que solian desamparar sus chozas y vivirse en los montes, en no interrumpida embriaguez, no se vieron salir del pueblo, sino dos sin licencia del misionero. Los demas la pedian con el mayor rendimiento, y con beneplácito del padre iban escoltados de los mejores cristianos para precaver la embriaguez ó algun otro desórden, y volvian á dormir al pueblo. De los dos que habian salido de él sin licencia, eran un cacique de los mas temidos entre ellos, y cuyo ejemplo pudiera ser de muy fatales consecuencias. El buen pastor, advertido de su fuga, salió luego por aquellos desiertos en busca de la oveja descarriada. El Señor, que guiaba los pasos de su celo, lo llevó puntualmente al lugar donde estaba acompañado de su muger aquel bárbaro. ¿Y qué, le dijo, siendo vos el capitan y la cabeza de este pueblo habéis de dar tan mal ejemplo á vuestros hijos, y á mí una pesadumbre tan sensible? Si vos me faltáis ¿cómo podré yo contener á los demas? Estas pocas palabras, dichas con amor y con blandura, hicieron que avergonzado el indio, que era naturalmente de muy altos pensamientos, pidiese al padre perdon de su falta, y se viniese con él para el lugar. Esta docilidad tan no esperada en la nacion mas fiera y mas inculta de la América, daba á los operarios una firme esperanza de ver muy presto reducidas todas aquellas gentes al culto del verdadero Dios. El padre provincial Estevan Paez, visitando el colegio de Zacatecas, quiso pasar por S. Luís de la Paz; y dando cuenta de su visita al padre general, escribe así: „Una legua ántes de S. Luis salieron á recibirme muchos indios chichimecas á caballo con sus espadas ceñidas á la española, y otros muchos con sus arcos y flechas que causaban horror. A la puerta de la Iglesia nos esperaba el resto del

pueblo muy en órden, los hombres á un lado y las mugeres á otro. Despues de una breve oracion, hice que se preguntaran el catecismo unos á otros, y en este género los chichimequillos de la escuela ó Seminario nos fueron de mucha recreacion, porque se preguntaban y se respondian con mucha presteza, no solo las preguntas ordinarias de la doctrina, sino el ayudar á misa, y lo que se responde á los bautizmos solemnes, lo cual decian con tanta distincion y buena pronunciacion, como si hubieran estudiado latin algunos años. Al dia siguiente dije misa, oficiándola los mismos indios en canto llano con tanta destreza, que los españoles no lo harian mejor. Con esto se van domesticando y aficionando á la virtud, y con su ejemplo, otros infieles de la misma nacion, grandes salteadores y homicidas, van saliendo á poblado. Entre estos vi un indio que habia muerto mas de treinta españoles, y contando los indios llegarian á ciento, y ahora está tan sujeto, que es uno de los que responden de rodillas el catecismo. En S. Márcos vino á nosotros un indio que servia de intérprete, diciendo que un indio y una india muy viejos y enfermos querian ser cristianos. Fuí á verlos á sus chozuelas, les hice catequizar y los bauticé con gran consuelo de mi alma porque debian de tener entre los dos infantes reengendrados en Cristo, hasta doscientos y cincuenta años. Al dia siguiente pasé por la casa del viejo, y oyendo el nombre de Pablo, que le habia puesto en el bautismo, porque ya de vejez no tenia vista; se rió y pronunció con mucho contento los dulcísimos Nombres de Jesus y María, como para mostrar lo que tenia en su corazon. Uno y otro murió dentro de muy pocos dias, que no parece esperaban sino el bautismo. Repartí á toda esta cristiandad medallas, cruces, rosarios y otras cosas de devocion que agradecieron mucho, y á la despedida me pidieron por intérprete tres cosas: la primera, que no les quitasen los padres que los doctrinaban, que era todo su consuelo: la segunda, que les fabricasen Iglesias en que pudiesen oir misa y encomendarse á Dios: la tercera, que les diesen trompetas y otros instrumentos músicos para celebrar sus fiestas. En todo he hecho que se les dé gusto. Estas son algunas de las cosas que vi de paso en esta pobre gente, y como algunas pocas espigas de las grandes macollas que nuestros padres cogen en esta ciega &c."

Con semejante velocidad se adelantaban las espirituales conquistas en las cercanías de Guadiana y laguna grande de S. Pedro. No así en Sináloa, en que el ruido de las armas y espediciones militares, ha-

bian atemorizado y revuelto extrañamente aun á los que se hallaban inocentes. Por enero de 1595 entró en la tierra con 25 hombres D. Alonso Diaz, vecino de Guadiana, enviado del gobernador de Nueva-Vizcaya, en calidad de su teniente, para proceder en la causa de aquella rebelion. Llevó consigo al padre Martin Pelaez, hombre de raro mérito, que fué despues provincial de esta provincia. Su primer cuidado fué asegurar á los moradores de la villa. Mandó fabricar una especie de fortin cuadrado con gruesas murallas de adobe, y alguna piedra con torreones en dos de los ángulos opuestos, que cubriesen cada uno dos lienzos del muro, y pudiese servir de asilo y ciudadela á los españoles en caso de algun repentino insulto. Informado del lugar en que vivia oculto Nacabeba y sus cómplices, envió á Miguel Ortiz Maldonado en su seguimiento. No pudieron penetrar el monte con tanto silencio que no fuesen sentidos de los bárbaros. Hicieron prisioneras tres mugeres de las malhechoras, que no habian podido seguirlos en su fuga. Entre estas, era la muger del impío Nacabeba, á quien uno de los indios amigos en el primer transporte de su cólera, sin poderse contener, tronchó con la mano la cabeza y recobró el cáliz quebrado, en que el padre celebraba el santo sacrificio. Nacabeba con su compañía sacrílega, no creyéndose bastantemente á cubierto de las armas españolas, procuró la alianza de los tehuecos, y la consiguió al vergonzoso precio de cederles él y sus compañeros todas sus mugeres. Los zuaques que en su primera fuga habian acogido á Nacabeba, vinieron á disculparse con el capitan, ofreciendo en prueba de su sinceridad enviarle, como les pedia, lo que hubiese quedado en sus pueblos del venerable padre. En efecto, recibidos á la gracia de los españoles, y vueltos á su nacion, enviaron al otro dia la cabeza del padre Tapia. El capitan Alonso Diaz, dejando en su lugar á Juan Perez de Cebreros, vecino honrado de Culiacán, dió la vuelta á Guadiana, y el padre Martin Pelaez para México, llevando consigo el sagrado cáliz, y la venerable cabeza del siervo del Señor. Entre tanto, los cuatro misioneros procuraban, á pesar de la turbacion y el miedo de los pueblos, adelantar cuanto pudieran la obra del Señor. El cacique de Nio, que cultivaba el padre Pedro Mendez, se habia bautizado y casado, conforme al rito de la Iglesia. Este nuevo cristiano mostró desde luego un celo ardiente por la conversion de los suyos. Hacia con ellos todos los oficios de caridad para atraerlos al rebaño de Jesucristo, los buscaba entre las malezas y las breñas; prometiales seguridad de parte de los

españoles y buen recibimiento de los padres. Daba á estos noticia de las supersticiones de los indios, para que pusieran oportuno remedio. Entre otras cosas reveló al misionero un ídolo que tenian muy oculto, y en que adoraban la pitalla (fruta deliciosa de que hacian tambien un licor fuerte.) El padre, por las señas que le dió el fervoroso neófito, halló colgada de un árbol una figura con rostro humano, y lo demas no podia distinguirse. Estaban todas las ramas adornadas de varias pinturas, aunque groseras, y de arcos de flores y de yerbas olorosas, que en el poco cultivo de aquellas gentes, le causó no poca admiracion. No le causó ménos la docilidad con que á pocas palabras entregaron al padre el idolillo para que hiciera de él lo que quisiese. El misionero lo quemó en su presencia, haciéndoles al mismo tiempo una provechosa instruccion.

Otro triunfo muy semejante consiguió el padre Hernando de Santaren en el pueblo de Guazave. Salia para la villa escoltado de dos soldados españoles y algunos indios. Uno de estos, que iba mas avanzado, se entró por una senda del monte, dejando el camino ordinario. El padre se sintió movido á seguirlo, y vió que á poca distancia se detenia, haciendo ciertas señales de adoracion ante una piedra en forma de pirámide, como de una vara, poco mas de alto, en que estaban toscamente grabadas algunas figuras. El padre, que oculto le observaba, lleno de una santa indignacion, le mandó derribar aquella piedra, y temiendo el bárbaro tocarla por no morir, como decia, al instante. Esto acabó de encender el celo del misionero, que ayudado de los españoles le llevaron arrastrando hasta la plaza de la villa, donde la expusieron al público ultrage de los cristianos. Los guazaves que se hallaban presentes, sobrecogidos de horror, discurrian muy funestamente, pronosticando enfermedades y muertes. Entre otros, se le oyó decir á un anciano que aquella misma noche un violento torbellino ó uracan de vientos, pondria en consternacion los pueblos y derribaria las casas y las Iglesias. O fuese efecto de su mal deseo ó sugestion del demonio, que por medio de aquella piedra se decia haberles hablado varias veces, ó lo mas cierto, prudente congetura del mal viejo, fundada en ciertas observaciones que suelen hacer á los rústicos, mas acertados que á los astrólogos en este género de predicciones, aconteció que saliendo de la Iglesia, donde para hacerles una exhortacion los habia juntado el padre Santaren, una furiosa tempestad de aire turbó tan repentinamente la atmósfera, que no pudiendo estar á descubierto por el pol-

vo . arena que los ahogaba, tampoco podian refugiarse á su chozas, que como eran de paja y esteras, volaban muchas á discrecion del viento. El justo cumplimiento de esta prediccion, á pesar de las razones con que se procuraba desengañarlos, confirmó á los guazaves en la idea de su imaginaria, y mirando al padre como un hombre sacrílego, sobre quien debia caer prontamente la venganza del cielo, lo dejaron solo y huyeron á los montes, de donde no salieron sino á costa de muchas fatigas, viages y ruegos del padre Santaren. Para esto, le ayudó notablemente una india cristiana, que habia sido en Culiacán esclava de españoles y restituídose á su pátria. A diligencias de uno y otro volvieron los indios á su pueblo. La buena india servia de catequizta juntándolos dos veces al dia para la explicacion de doctrina, visitando los enfermos y avisando al padre de su disposicion y su peligro. Fué tanta la docilidad y aplicacion de los guazaves, que aun de noche se juntaban voluntariamente á cantar la doctrina, el tiempo que ántes solian emplear en los bailes supersticiosos y en los cantos bárbaros.

La mayor dificultad era hacer que volviesen á sus pueblos algunos indios de los que administraba el padre Tapia, y que el miedo habia confundido con los malhechores, y hecho refugiarse entre los tehuecos. Estos bárbaros tenian bajo su proteccion á Nacabeba, y no parecian estar de humor de ser visitados de los padres. Sin embargo, sabiendo el padre Juan Bautista de Velasco que en los primeros pueblos habia algunos caciques bien dispuestos á favor de los cristianos, determinó pasar á verlos y reducir los descarriados á sus antiguos rediles. Habia en el primer pueblo un indio á quien los españoles habian dado el nombre de Lanzarote, de un talle gentil, de muchas fuerzas, y de un ánimo mayor que ellos, muy hábil, sin la astucia y cavilosidad en que suelen caer los muy sagaces, ántes de un espíritu justo, y de una elevacion y exactitud de pensamientos muy superior al génio de su pais. Gentil, pero extremamente afecto á los españoles y á su religion, que conocia ser muy racional. Este salió á recibir al padre hasta tres leguas de su pueblo; y hablando con los soldados que le acompañaban. Yo bien conozco (les decia) las intenciones de los padres. Estos hombres no buscan sino nuestro bien. Lo primero á que hacen la guerra son los licores fuertes y las mugeres. En lo primero no tengo mucho que sacrificar; en lo segundo de cinco mugeres que he tenido hasta ahora, ya dejé las cuatro y me he quedado con la mas jóven, para que en mí no hallen estorbo sus buenos consejos. Entrando en el pueblo, si encon-

traba alguno que no tuviese mas de una muger, decia á los padres: este era bueno para cristiano. Hospedó al misionero en su casa, y mostrándole un niño pendiente aun á los pechos de su madre, este niño, (le dijo) es la cosa que mas amo en el mundo y deseo mucho verlo cristiano. Si á mí, ó por la guerra ó por algun otro accidente me aconteciere morir fuera de los mios, desde ahora os le entrego para que como á hijo vuestro le eduqueis en la religion y en las costumbres que profesáis, aunque sea contra la voluntad de su madre y de los mios. Las frutas, pescado y otras cosas con que regalaba á su huésped, todo se lo ofrecia en nombre de *Miguelito*, nombre que le impuso mucho ántes de recibir el bautismo. Un cacique de tan bellas luces y que era tenido como el héroe de su pais, fué el instrumento que Dios preparó al padre Velasco para la reduccion de sus medrosos neófitos, y para principio feliz de la conversion de aquellas gentes. Volvieron muchos de los indios huidos á sus tierras: no contento con estos buenos oficios el bravo cacique, determinó vengar él solo la injuria hecha á la fé y á la nacion en la muerte del padre Tapia. Supo que en uno de los pueblos de su nacion tenian los asesinos una de aquellas sus nocturnas arengas y bailes. Se armó de su arco y flechas, y llegó á tiempo en que el bárbaro orador, bajo una enramada, inflamaba los ánimos de sus oyentes, incitándolos á acabar con el resto de los españoles. Aunque algo distante y muy entrada la noche, al primer flechazo cayó en tierra el predicador. Todo el pueblo corrió á las armas; pero Lanzarote, que no conocia el temor, corrió en medio de tantos enemigos á cortar la cabeza al herido; pero movido de sus lágrimas y ruegos, le perdonó la vida, generosidad inaudita entre estas gentes; solo sí tomando puños de tierra le llenó la boca, diciendo: Habla ahora contra los españoles y contra los padres que no te han hecho daño alguno! Entre tanto, todo el pueblo con armas habia corrido al lugar de la asamblea. El valeroso cacique sostuvo solo todo aquel golpe de bárbaros por mucho tiempo, hasta que herido en el cuello dió la vuelta á su pueblo, sin que ninguno se atreviese á inquietarlo en su retirada.

Miéntras que los tres padres así trabajaban con los indios, el padre Martin Perez habia partido con el capitan Bartolomé Mondragon y algunos soldados á las minas de Baymóa. Estuvieron estos, segun la relacion del mismo padre, en los confines de Sinaloa y la provincia de Tepehuanes, al Oriente de la Sierra Madre, que hubieron de pasar con no pocos trabajos. Confesados aquí todos los españoles y bautizados

algunos acajes, que era la nacion mas vecina, un suceso que interesaba su celo, le hizo tomar el camino de Topía, no poco distante. Un español, acusado de una torpeza abominable, habia denunciado por cómplices mas de treinta personas del mismo real, y entre ellas cuatro ó cinco inocentes, y que un motivo de venganza le habia precipitado á denunciar. Informado el padre de la inocencia de aquellas personas muy honradas, se puso á grandes jornadas en Topía. Se habia ejecutado ya la sentencia en algunos, y se procedia ya á sacar al suplicio á los inculpados, sin haber podido obtener que se desdijese el denunciador. El padre Martin Perez, poniéndole vivamente á los ojos la condenacion que le esperaba, en una y en otra exhortacion fervorosísima, hubo de mudarle el corazon. Se desdijo solemnemente con mucho honor de los acusados, y fué tanto el arrepentimiento del falso acusador, que estando sin prisiones, y pudiendo fácilmente salir de la cárcel con ayuda que le prometian, nunca quiso, diciendo que queria con aquella pública afrenta satisfacer al Señor por sus pecados, y pagar con su cuerpo lo que en él habia ofendido á su Magestad.

El grande fruto que unos pocos misioneros hacian entre las naciones bárbaras en Sinaloa y en las demas misiones, dieron motivo á que se pretendiese emplear el celo de nuestros operarios en todos los reinos que de nuevo se descubrian ó pretendian conquistarse en la América. Habia sucedido á D. Luis de Velasco el segundo, en el gobierno de Nueva-España, el Exmo. Sr. D. Gaspar de Zúñiga y Azevedo, conde de Monterey. Entre las instrucciones que traia de la corte, era una la conquista del Nuevo-México, que efectivamente encomendó luego á D. Juan de Oñate, á principios del año de 1596. Este noble vizcaino no se distinguia ménos por su valor y su conducta, que por su insigne piedad. Luego que se vió revestido de esta importante comision, escribió al padre provincial en los términos siguientes: „Yo doy toda la prisa del mundo para el buen despacho de esta jornada del Nuevo-México. Y lo principal para que tenga el éxito que nuestro Señor quiere, y el principio sea santo, y el medio y el fin sea con glorioso triunfo, me resta llevar solo dos padres de la Compañía ahora de presente, porque parece que tienen particular gracia del Señor para plantar la planta nueva y tierna del Evangelio en los corazones de los hombres, y para componer pasiones, y atropellar dificultades. Suplico á V. R. me haga merced de concederme esta súplica, que no se me puede negar por ser tan justa, y en servicio de Dios nuestro Señor y

aumento de su santa fé. Sobre ello escribo tambien al Sr. virey. No se pudo condescender á las instancias de uno y otro, porque el rey católico, informado del ardiente celo y copioso fruto con que habian plantado y promovido el culto del verdadero Dios en la América los religiosos de S. Francisco, mandaba que pasasen á promulgar el Evangelio al Nuevo-México, los que con tanto acierto y felicidad lo habian plantado en el antiguo. Sin embargo de esta repulsa, equipando pocos meses despues el mismo virey una armada para la conquista de la California, quiso que los jesuitas acompañasen en esta expedicion al capitan Sebastian, vizcaino, que tambien ardientemente lo deseaba. La escasez de sugetos que habia aun en la provincia, y la poca esperanza que podia fundarse sobre aquel armamento, no dió lugar á admitir esta proposicion y emprender una conquista que el cielo tenia reservada á la Compañía en tiempos mas oportunos, que ocuparán un gran lugar en esta historia.

El Exmo. conde de Monterey mostraba en todas ocasiones un singular aprecio á la Compañía. El grande ejemplo de personage tan ilustre dió mucho esplendor, y acabó de poner en toda su perfeccion la congregacion del Salvador, á cuyos ejercicios asistia con frecuencia los domingos en medio de las ocupaciones de un gobierno tan dilatado. Redimia con gruesas limosnas muchos presos de los que por deudas estaban en las cárceles, imitándole con esto muchas personas de las que componian el gremio de aquella congregacion. Con la licencia que el año ántes se habia conseguido del nuncio apostólico, se dispuso para el dia 2 de febrero la dedicacion de la nueva Iglesia que se habia fabricado interin se edificaba el suntuoso templo que pretendian hacer los insignes fundadores de aquella casa. Era bastantemente capaz, y á su proporcion crecieron los concursos, y pareció dilatarse tanto là caridad de sus moradores en todo género de espirituales ministerios, como la generosidad de los vecinos en las frecuentes y copiosas limosnas con que contribuian á su sustento.

El colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo correspondió de su parte al grande afecto que el Sr. virey mostraba á la Compañía. Habiendo querido el excelentísimo honrar con su asistencia el inicio general, y siendo esta la primera ocasion que visitaba nuestros estudios, se le recibió con un coloquio de varios metros latinos, dando á conocer toda la utilidad que resultaba al público de la instruccion de la juventud, y el paternal empeño de S. E. en este importante asunto. Despues de

esto, doce de los mejores estudiantes, ricamente vestidos, le presentaron otros tantos carteles con várias empresas y geroglíficos alusivos á las armas de su nobleza, aplicándolos en verso castellano al lustroso empleo que ejercia, y á los grandes talentos y cristianas virtudes que ilustraban su persona. Con semejantes funciones literarias celebráron los estudiantes del colegio máximo á los Illmos. señores D. Fr. Ignacio de Santibañes, primer arzobispo de Filipinas, del órden de S. Francisco, y D. Bartolomé Cobo Guerrero, inquisidor mayor de México y electo arzobispo de la Nueva-Granada. El cultivo de las musas y de la bella literatura no disminuia un punto en los maestros y en los discípulos el amor de la virtud. Los mismos que con tanto acierto los guiaban al templo de la sabiduría, se veian por las calles públicas de la ciudad á la frente de aquella tierna juventud, ir á servir á los pobres de Jesucristo en los hospitales y en las cárceles, y salir de allí á las fuentes de la ciudad á llevar agua á los presos que padecian en aquellos tiempos mucha escasez; ejemplo de grande caridad, de mortificacion y abatimiento en que por muchos dias se ejercitaron nuestros hermanos estudiantes, á quienes acompañaban algunas veces los seglares y los seminaristas de S. Ildefonso. El mismo fervor y la misma constancia habia en los demas ejercicios de la congregacion de la Anunciata de que todos eran miembros. El buen olor de tanta edificacion no llenaba solo á México, sino que habia corrido á toda la estencion de la América. Unos devotos sacerdotes de Guatemala, distante mas de trescientas leguas de la capital de Nueva-España, escribieron al padre prefecto de la congregacion de México les mandase los estatutos de la congregacion para formar ellos otra semejante. De parte de la de México se les respondió confirmándolos en sus buenos deseos, y dándoles esperanza de alcanzar por medio de N. M. R. P. general alguna gracia de la sede apostólica para que tan buenos principios se perpetuasen á gloria del Señor y de la Vírgen Madre. Finalmente, no podemos pintar con mas vivos colores la regularidad de costumbres y anhelo de la perfeccion en que florecian nuestros estudiantes, que con las palabras de la *annua* que se escribió al padre general. Hállanse, dice, movidos muchos á entrar en diversas religiones, tanto, que en sola la de S. Agustin se recibieron en un dia diez y ocho estudiantes de nuestras clases, escogidos entre mas de cuarenta que andaban en la misma pretension.

Entre las frecuentes misiones que del Seminario de S. Gregorio se hacian á pueblos de indios, fué este año una de las mas señaladas,

Llegando á cierto lugar los misioneros hallaron que una india malvada, favorecida del demonio, habia con sus predicciones y hechizos trastornado los ánimos de aquella pobre gente, para que sin temor alguno, ó esperanza de los castigos y premios de la otra vida, se entregasen á la mas infame idolatría, y á las abominaciones mas brutales. Comenzaron luego á persuadir con todas las razones mas fuertes la verdad de este artículo fundamental de nuestra fé. Verosímilmente en la disposicion presente de los ánimos hubiera sido muy poco el fruto de su predicacion, si el cielo no se hubiera declarado á favor de su santa fé con uno y otro caso que les puso ante los ojos cuanto debian esperar y temer de la vida venidera. Un indio que habia sido tullido toda su vida de pies y manos, y pasaba mendigando, acometido repentinamente de una apoplegía quedó yerto y fuera de sentido. Creyéronlo todos por muerto, y aun el padre que acudió prontamente á confesarlo, se contentó con decirle un responso. Volvió en sí despues de dos horas llamando á grandes voces al padre. Hallólo con el aliento en fatiga y bañado de un copioso sudor nacido de la interior congoja que manifestaba bien en los ojos y en todo el aire del semblante. Se confesó con muchas lágrimas, y añadió que en aquel tiempo habian pasado por él cosas muy grandes. Luego que me acometió el accidente, dijo, me pareció ir por un camino muy ancho siguiendo á muchos que marchaban delante de mí con grande ruido y fiestas; mas á poco trecho ví un despeñadero profundo que terminaba en una olla de fuego, como un horno de cal. Oí dentro de aquella caverna grandes alaridos y ruido de cadenas, y unas voces espantosas que decian: Aquí pagaréis ahora vuestra embriaguez y deshonestidad: aquí veréis qué era lo que teniais en tan poco. En esta confusion, una persona de hermoso y apacible semblante me condujo por la mano á una senda muy angosta por la ladera del mismo monte, y á su falda ví un hermoso valle y campos muy floridos, á que era necesario entrar por una puerta de donde salia mucha luz. Quise entrar; pero el compañero me detuvo, diciendo que aun no podia; que debia ántes confesarme, y dar de parte de Dios algunos avisos. Anda, me dijo, y díle á la india hechicera, que tanto estrago hace en el pueblo, que dentro de tres dias morirá y vendrá á pagar sus maldades en este lugar de tormentos. Avisa tambien al cacique de tu gente que aquí tiene el lugar prevenido para castigo de sus liviandades. Era este indio tan distinguido entre los suyos por su antigua nobleza, como infame por la corrupcion de sus costumbres, y que en su

Sucesos raros.

continua embriaguez, roto el freno de la vergüenza, se vestia de muger y corria todo el lugar entregado á los mas torpes desórdenes, con vergüenza y horror de la humanidad. Pidió el penitente consejo al padre, é instruido de lo que debia hacer, quedó suspenso y dudoso de la verdad del caso hasta que lo confirmase el éxito. En efecto, la india perniciosa, que ninguno se habia atrevido á descubrir al misionero por el temor que tenian todos de su poder, luego que fué avisada del indio quedó sobrecogida de un espanto que le trajo muy presto la enfermedad. La criminal vergüenza de confesarse le hizo resistir dos dias á todas las solicitaciones. Al tercero dia, mas horrorizada con la vecindad del peligro, se confesó con señales de verdadero arrepentimiento, y acabada de recibir la absolucion espiró, dejando bastante fundamento para creer que por una oportuna penitencia previno, como los ninivitas la sentencia de su condenacion. El cacique vió despues ejemplarmente otra india rica del mismo pueblo, pero que habia mostrado siempre un corazon de piedra para con los pobres de Jesucristo y no mereció que el Señor usase con ella de su misericordia. Murió repentinamente: una piadosa sobrina suya habia hecho en quince dias mucho bien por su alma. Una noche que habia en su casa mas de doce personas oyeron por lo largo de la calle ruido de cadenas arrastradas y gemidos amarguísimos, que cada instante se percibian con mas claridad. Llegó á las puertas de la casa, y con una voz funesta y ronca, no hagáis dijo, mas bien por mi alma, ni me digáis misas que ántes me son de mayor pena; bástame mi gran trabajo. Dicho esto pareció que la arrastraban, oyéndose el sonido de las prisiones y los tristes alaridos como de quien se iba alejando. Los circunstantes todos adolecieron del espanto, y se confesaron generalmente. El fruto que provino de uno y otro caso, mostró bien que era su autor el que lo es de la verdad, en cuya confirmacion cedieron con mucha gloria suya y provecho de las almas, estos y algunos otros maravillosos sucesos que por la semejanza omitimos.

De esto se vió mucho en dos misiones que se hicieron por este mismo tiempo del colegio de la Puebla; pero aun fué mayor la gloria que dieron al Señor y á la Compañía los sugetos de aquella casa con su heróica presencia, persuadidos á que el padecer cosas grandes, no ménos que el hacerlas, es propio de los que se precian de seguir las huellas del Salvador. Levantaron á uno un falso testimonio en la materia mas delicada del sigilo de la confesion. Una denuncia como esta no era pre-

cisamente contra el crédito de aquel sacerdote, sino que parecia deber arruinar el ministerio santo con que se ganaban á Dios tantas almas. Sin embargo de este tan hermoso pretesto para emprender una apología en que se interesaba todo el cuerpo de la religion, el acusado determinó callar y dejar la defensa al Señor que era testigo de su inocencia. Este constante silencio tuvo mas fuerza que cuanto hubiera podido decir en su favor: el calumniador se avergonzó de haber puesto á tan dura prueba la virtud del padre, y movido de un verdadero arrepentimiento retractó de palabra y por escrito cuanto habia depuesto. Semejante satisfaccion dió otro jóven rico y libertino, que lleno de furor de que uno de los nuestros le intentase apartar de una mala amistad en que vivia con escándalo, habia divulgado por toda la ciudad, que bajo el pretesto de aquel celo santo de depositar la muger en una casa honrada, la tenia á su disposicion y vivia deshonestamente con ella. Grandes ejemplos de la malícia y obstinacion de ciertos génios, y de la caridad, celo y paciencia de los calumniados, que al mismo tiempo nos enseñan la precaucion y prudencia que debe acompañar al celo apostólico para este género de empresas á que tanto contradice el mundo.

Preservacion de los jesuitas en Oaxaca.

Miéntras que así se padecia en la Puebla, se trabajaba gloriosamente en Oaxaca. Una enfermedad, que hacia igual estrago en los españoles y en los indios, ofrecia á nuestros operarios una abundante mies de merecimientos y de gloria. Fué de notar que en diez y ocho ó mas sugetos que moraban en aquel colegio, ninguno fuese herido de la epidemia, tratando incesantemente dia y noche con los apestados y respirando aires corrompidos; ántes en este tiempo crítico, quiso el Señor dar cuasi milagrosa salud á uno de nuestros coadjutores, molestado desde mucho ántes de una tenacísima cuartana. Era justamente dia en que debia acometerle, y en que, segun la costumbre de la Compañía, habia en casa una de aquellas recreaciones de cada tres meses, en que se relaja un tanto el arco de la religiosa mortificacion, para volver con mayor aliento al trabajo. El hermano, sintiéndose ya con algunos indícios de próxima cuartana, se abstuvo de comer al tiempo de la comunidad, y preguntado, respondió que se sentia herido ya algun tanto de la fiebre. Dígale que no venga, replicó uno de los padres, á que el buen hermano respondió, eso podrá hacerlo V. R. Yo lo haria, dijo el sacerdote, si tuviese la santidad y el dominio que sobre ese mal tuvo nuestro padre Francisco de Borja. Pues á lo ménos, dijo el coadjutor, en nombre del siervo de Dios mándelo V. R. Entónces el padre, animado de la sincera

fé del enfermo, y con una gran confianza en los méritos del santo general, yo le mando, dijo, en nombre de nuestro padre Francisco de Borja que no vuelva mas á molestarle. En efecto, desde aquel mismo instante sintió disiparse aquellos fatales pronósticos que temia de la fiebre, no volvió mas, y el hermano empleó su salud en servir á los enfermos como todo el resto de nuestros operarios. La caridad y fervor que mostraron en esta importante ocasion les ganó nuevas estimaciones de parte del Illmo. D. Fr. Bartolomé de Ledesma, que habiendo fundado un monasterio de monjas en aquella ciudad, quiso que los jesuitas le ayudasen á darle la mejor forma para su establecimiento y perpetua observancia.

En Guadalajara faltó un grande operario de indios en el padre Gerónimo Lopez. Habia sido beneficiado de uno de los mas pingües beneficios, y provisor de indios en el arzobispado de México. Todo lo dejó por consagrarse en la Compañía al servicio de sus prójimos. Fué juntamente con el padre Pedro Diaz primer poblador del colegio de Guadalajara, y mereció grande estimacion y confianza del Sr. D. Domingo de Arzola, que luego quiso que le acompañase en la visita de su diócesis. Hombre de mucha humildad, de sinceridad y pobreza admirable, y de un amor para con los indios, que les dejó materia de mucho dolor. Murió á 27 de noviembre con el género de enfermedad que habia pedido al Señor, breve para no ser gravoso á sus hermanos, y que no le privase de sentido para poder aprovechar aquellos últimos y mas preciosos momentos. Por lo demas, esta grande pérdida se procuró reparar bien presto, enviando otro sugeto que siguiese el mismo plan en socorro de los indios. Semejante cuidado habia en el colegio de Veracruz, de Pátzcuaro, de Zacatecas y Valladolid. En la sede vacante del Illmo. Sr. D. Fr. Alonso Guerra, gobernaban aquella Santa Iglesia los señores capitulares, y cuidadosos de la instruccion y aprovechamiento del colegio de S. Nicolás, de que son patronos, procuraron se encargase de nuevo la Compañía de la educacion y gobierno de aquella juventud: la carta que para este efecto escribió el ilustre cabildo al padre provincial dice así: „El principal blanco á que se debe tirar en las partes que piden recogimiento, es el servicio de Dios y buenas costumbres, que precediendo este, lo demás, que es la ciencia, les es muy fácil á los que echan por ese camino. Y á esta causa la santa Compañía ha resplandecido siempre. Y aunque es verdad que este cabildo está muy agradecido á la merced que V. P. poco ha nos hizo

en dar á este colegio quien le enseñase, lo que pueden aprender son letras, que no satisfacen á lo que este cabildo pretende, que son virtudes. Resta que para que la merced sea cumplida alargue la mano en hacernos la de que el padre que les lee, ó que V. P. fuere servido, esté en el colegio dentro, que con eso estará este cabildo muy consolado, porque la esperiencia nos muestra algunos inconvenientes que trae el salir fuera los estudiantes, y por entender es esto de lo que Dios se sirve; y tener á V. P. por tan siervo suyo, le suplicamos con todo el encarecimiento que podemos, á quien Dios guarde muchos años con el aumento de la vida que este cabildo desea. De Valladolid y de noviembre 18 de 1536 años.—*El Dean D. Pedro de Aguayo.—El Racionero Peñafiel.—El canónigo Gerónimo Yepes.*—Por el Dean y cabildo sede vacante, *el Racionero Gerónimo de Yepes,* secretario."

Aun con mucha mayor eficacia escribió separadamente el dicho canónigo D. Gerónimo Yepes: „Hanme dicho mis hermanos de la Compañía tener V. P. salud, y que muy de próximo será V. P. por esta provincia, de lo que recibo muy particular contento, porque espero que lo que no pude acabar con V. P. los dias pasados, que fué que la Compañía volviese á entrar en nuestro colegio de S. Nicolás, ahora viendo tan al ojo el deservicio de nuestro Señor en que los colegiales salgan tan á menudo, demas que ellos no tienen rector á quien respetar y otros inconvenientes muy graves, como entiendo que mis padres rector y Cristóbal Bravo han escrito á V. P., le moverá á que cesen tantas ofensas como cada dia se hacen á Dios de parte de estos colegiales, &c." Sin embargo de tan vivas representaciones, el padre provincial Estevan Paez, informado de los motivos que habia tenido la Compañía largo tiempo ántes para dejar la administracion de aquel Seminario, y sabiendo lo que contra la Compañía comenzaba á publicar un cierto Carmona que aspiraba al rectorato de S. Nicolás, sostenido de uno ú otro de los capitulares mas jóvenes, admitió que al estudio de latinidad viniesen los estudiantes á nuestras clases, y procuró escusarse lo mas modestamente que pudo sobre la administracion y gobierno del colegio.

La Sinaloa era por este tiempo un terreno seco é ingrato, que no producia sino abrojos y espinas bajo los piés de sus apostólicos ministros. Poco pretesto bastaba para hacer renacer en quellos corazones toda la ferocidad que parecia inspirarles el clima. Tres indios guazaves, nacion que poco ántes, á costa de muchas fatigas, habia hecho el padre Santarén restituirse á su pueblo, con muy ligero motivo dieron muerte

á una india cristiana, y temerosos del castigo, alborotaron á los demas y huyeron á los bosques y quebradas inaccesibles de los montes. Los nios, los vacaives, los matapanes y aun los ocoroiris, que habian sido tan fieles discípulos del venerable padre Gonzalo de Tapia, siguieron un ejemplo tan pernicioso. Los matapanes se acogieron á los tehuecos; mas estos no estaban en estado de poder socorrerlos. Una grande hambre se habia hecho sentir en todo su pais. Vinieron los tehuecos á Cacalotlán, poblacion que de los buenos indios de las Cruces habia fundado y promovido grandemente el padre Martin Perez con el pretesto de comprar algunos víveres. Recibidos de paz abusaron de la confianza de los buenos cristianos, dieron muerte á unos, robaron á otros y talaron á muchos las sementeras. No tuvieron los cacalotlanes paciencia para tolerar tanto agravio, ni tenian fuerza para hacer frente á una nacion numerosa y guerrera. Breve se les presentó ocasion en que les hizo olvidar la cristiandad, el amor de la vergüenza. Los matapanes, amigos de los tehuecos, vinieron poco despues de su pueblo, atraidos de la misma necesidad y fiados en la antigua alianza de entrambas naciones. Los cacalotlanes acometieron repentinamente á sus huéspedes. Dieron muerte á diez, y cautivaron muchos niños y jóvenes de uno y otro sexo. Dejaron sus cuerpos á las fieras y á las aves, y se acogieron á sus bosques. El misionero, penetrado del mas vivo dolor de ver descarriadas así sus ovejas, y desamparada la Iglesia y el pueblo, anduvo muchos dias por los zarzales y las breñas, convidándolos y llamándolos á su pueblo. La presencia de su pastor, á quien amaban tiernamente, los juntó muy en breve, y pareciéndole muy expuesto aquel lugar, les hizo mudar la poblacion á otra parte, en que con la cercanía de otras naciones, quedasen á cubierto de las incursiones é insultos de los tehuecos y matapanes.

El capitan D. Juan Perez de Zebreros, teniente de D. Alonso Diaz, que habia ido á Guadiana á solicitar que en la villa se estableciese un presidio de españoles, hubo á las manos en la ausencia del general cinco indios de los pueblos de Navoria y Tovoropa. No se hallaron cómplices en la muerte del venerable siervo de Dios Gonzalo de Tapia; pero sí en la muerte de algunos caballos, y conspiracion contra los españoles. Fueron condenados á muerte, aunque interpuesta apelacion, les conmutó esta pena en seis años de esclavitud el gobernador de la Nueva-Vizcaya D. Diego Fernandez de Velasco. En medio de tantos disturbios, se hacian algunos bautismos, y se veian algunos ejemplos de cristiana piedad que hacian revivir las esperanzas de los fervoro-

sos ministros. En los rios de Petatlán y Ocoroiri, se bautizaron en seis meses cerca de trescientos. Se confesaron la cuaresma muchos pueblos enteros, y ellos de su motivo fabricaron doce ó trece hermitas, plantando Cruces para andar la semana santa en estaciones, y hacer sus penitencias. Fué muy singular la entereza y valor de una india jóven. Habia estado por algun tiempo en torpe amistad con un español, y este le habia proveido de buena ropa y algunas otras alhajas de muy grande precio, respecto á la pobreza de estas gentes. La india, tocada de la divina piedad, volvió en sí, y reconociendo el miserable estado de su alma, determinó apartarse de aquella ocasion. Envolvió toda la ropa y demas fatales prendas, que á tanto precio habia adquirido, y dejándolas á su malvado amigo que dormia, se salió de la casa y se retiró á la de sus padres, donde en frecuencia de sacramentos vivió despues ejemplarmente. Los frecuentes consejos de los buenos cristianos que habian quedado en los pueblos, los ruegos y buenos oficios de los padres, que con solicitud los buscaban por las breñas y ardientes arenales, las protestas que muchas veces les hicieron de parte del capitan, de que no se intentaba cosa alguna en perjuicio suyo, sino de los homicidas del venerable padre Tapia, y finalmente, la hambre é incomodidades grandes que padecian en los bosques, les obligó á irse aunque muy poco á poco, restituyendo con sumo consuelo de los misioneros á sus antiguas poblaciones. A fines del año ya todo estaba con una suma tranquilidad, y el curso de las doctrinas y demas ministerios, interrumpido con tan varias resoluciones, se estableció con nuevo trabajo de los padres para desarraigar no pocos desórdenes que les habia inspirado la compañía de los gentiles y la libertad de los montes.

Descripcion de la provincia de Tepehuanes.

Sin tanta inquietud y trabajo se hacia un fruto copiosísimo en la vasta provincia de *Tepehuanes.* Se extiende esta region desde la altura misma de Guadiana, á poco ménos de 25 grados hasta los 27 de latitud septentrional. Sus pueblos comienzan á las veinticinco leguas de la capital de Nueva-Vizcaya, ácia el Noroeste en Santiago de Papásquiaro. Al Norte tiene á la provincia de Taraumara, al Sur la de Chiametlán y costa del seno Californio, al Oriente los grandes arenales y naciones vecinas á la laguna de S. Pedro, y al Poniente la Sierra Madre de Topía, que la divide de esta provincia y la de Sinaloa. La religion, las costumbres, el trage y las armas de estas gentes, eran, con poca diferencia, las mismas que hemos dicho de Sinaloa. La fecundidad de sus pastos y la riqueza de sus minas en Guanasebi Indehe, y otros lugares, atrajeron á su vecindad muchos de los pobladores de Gua-

diana, que tuvieron buen recibimiento de los indios. Seis ó siete pequeños rios formados de las vertientes de la sierra, fertilizan estos paises. De los mayores es el de Papásquiaro. Los mas de ellos pierden su nombre en el de las Nasas, con que se juntan poco despues de su orígen y que da á los tepehuanes mucho peje. Otros cuatro ó cinco en la parte mas septentrional de la provincia atraviesan la provincia de Taraumara, y van á descargar al rio Grande del Norte, que despues de haber regado el Nuevo-México, desemboca en el Seno mexicano. El terreno que acabamos de describir fué un teatro muy vario, pero igualmente glorioso á los misioneros jesuitas. Abrió la puerta al Evangelio en estos vastos paises el padre *Gerónimo Ramirez* el año de 1596 en mision que hizo desde el colegio de Guadiana. Halló gentes mas cultivadas y mas vivas que los de la laguna, vestidas de lana y algodon, recogidas en chozas de madera, y algunas tambien de piedra y barro, con algun género de sociedad y policía, de buen talle, de mucha memoria y mas que ordinaria capacidad. Ha acontecido (dice en su relacion el misionero) oir una vez el catecismo y quedársele á un indio *tan fijo en la memoria, que pudo luego hacer oficio de maestro y enseñarles á otros, y no uno, sino otros muchos, oyendo hoy el sermon, lo refieren mañana sin errar punto substancial*; prueba grande, no ménos de la felicidad de su memoria, que de la atencion y buena voluntad con que recibian la santa doctrina. El padre *Gerónimo Ramirez*, recorriendo, segun su costumbre, las estancias vecinas á Guadiana, llegó no sin disposicion del cielo á la *Sauceda*. Era esta la mas vecina á la provincia de Tepehuanes, de quienes debia ser el primer apóstol. Muchos de ellos trabajaban en aquella vecindad con los mexicanos y tarascos, cristianos viejos; pero á quienes fuera del nombre nada habia quedado de religion. La instruccion de estos era el primer cuidado del padre Ramirez; pero muchos de los tepehuanes, atraidos de una saludable curiosidad, venian á escuchar sus sermones, y no dejaban de aprovecharse de lo poco que entendian del idioma mexicano y del tarasco. Mostraban una docilidad y aun inclinacion grande á las verdades de la fé. El misionero procuró atraerlos con dulzura, y conocido el fondo y la buena disposicion de sus ánimos, pensó sériamente en anunciar el reino de Dios á aquella nacion bárbara. Por entónces se contentó con celebrar en la semana santa los sagrados misterios, con una pompa y suntuosidad capaz de conciliarse la estimacion de los gentiles. El órden de las procesiones, el canto, los instrumentos, las banderas, el adorno de los altares, las ceremonias del altar

las disciplinas y otras penitencias que hacian los cristianos eran un nuevo y admirable espectáculo que no se cansaban de ver los tepehuanes. Algunos de estos, siguiendo el ejemplo de un cacique, que despues servia de catequista, habian ya pedido el bautismo, é instruídose suficientemente para esta gustosa ceremonia, que se dispuso para la tarde de la *domínica in albis*. Vinieron en vistosa procesion los catecúmenos con el cabello suelto y guirnaldas de flores, muy aseados y limpios los vestidos, con vistosa plumería y otros adornos de los que ellos aprecian, singularmente las mugeres. Sus padrinos los conducian de la mano siguiendo á la Cruz y ciriales, y á un gran concurso de gentes que con candelas encendidas marchaban en el mismo órden hasta la fuente de la vida, que se habia curiosamente enramado con muchas flores y yerbas olorosas, entre las cuales gorgeaban muchos pajarillos que en el mismo boscaje se tenian presos. El júbilo de los nuevos cristianos y de todo el concurso, fué inesplicable, y mas aun el del celoso ministro, por cuyo medio habian renacido al cielo tantas almas ‡.

Solo pudo aumentar el deseo que conoció en el resto de los tepehuanes de semejante dicha. Volvia el padre ya de noche á la Iglesia, y mirando con alguna atencion ácia la enramada, que estaba ante la puerta, vió algunos bultos blancos, que reconoció ser catecúmenos, cuyo bautismo habia diferido hasta instruirlos mejor. Estos infelices lloraban amarguísimamente, y preguntados de la causa de sus lágrimas: ¿No queréis que lloremos? respondieron. Nosotros, con tu venída creiamos que ya Dios, movido á misericordia, queria perdonarnos nuestros pecados; pero vemos que bautizas á tantos y nos dejas á nosotros sin remedio. El misionero, enternecido, los consoló diciéndoles que aprendiesen brevemente la doctrina, y luego los bautizaria con mucho gusto. ¿Y cómo? replicaron aquellos pobres, no satisfechos aun de la respuesta; ¿y cómo has bautizado tantos ancianos que no han aprendido todas las oraciones, ni las aprenderán en toda su vida? Se les satisfizo, diciendo el especial motivo que habia para hacer esto con los viejos y enfermos, y ellos quedaron con mucho aliento para hacerse dignos de la regeneracion que tanto pretendian. Esta pequeña aventura dió á conocer al padre lo que podia prometerse de la capacidad y docilidad de los tepehuanes, y así, aunque por entónces, le fué preciso dejarlos; pero dentro de muy pocos meses volvió á ellos, y entró mucho

‡ He aquí el mejor uso que puede hacerse de la fantasía en obsequio de la religion cristiana..... Dígalo el vizconde *Chateaubriand*.—EE.

mas en la tierra, siempre bien recibido, y cogiendo á manos llenas el fruto de su celo. Desde los primeros pasos quiso Dios bendecir los trabajos de su siervo con algunos extraordinarios sucesos, que le atrajeron grande estimacion de aquellos pueblos. En el principal de Papásquiaro habia algunos pocos cristianos que habia traido á la religion el trato con los vecinos españoles. Procuró el misionero que estos se confesasen y redujesen á un género de vida que atrajesen con su buen ejemplo á los gentiles. Salió el padre acaso un dia en busca de enfermos que confesar recorriendo las rancherías, cuando vió que llevaban á enterrar á un indio envuelto y liado con una pequeña Cruz en las manos. Afligido extremamente de que sin su noticia hubiese muerto aquel cristiano, y llevado de no se qué interior movimiento, se llegó al féretro, hizo desenvolver el cuerpo, y vió, ó le pareció ver, alguna señal de vida, que los demas gentiles que lo llevaban no podian descubrir. Comenzó á darle grandes voces, á que no daba muestra alguna de sentido. ¡Cuánto diera yo, dice en su carta el mismo padre, por tener propicio á nuestro Señor en aquel punto para alcanzar de su Magestad el remedio de aquella alma! Mas teniéndome por indigno, volví los ojos á todas partes buscando algun cristiano que hiciese por él oracion; mas no hallando alguno, me volvia contra mí acusando mis graves culpas, que entónces me estorbaban el valimento con nuestro Señor para que oyese mis ruegos. Penetró los cielos la fervorosa oracion, acompañada de tan profunda humildad. Volvió á llamar con nuevas voces y quiso Dios que comenzase á dar algunas señas de sentido: prosiguió el padre mas animado, y volviendo en sí el enfermo pudo oir y hablar lo suficiente para confesarse con muestras de verdadera contricion. Quedó absuelto, y un instante despues espiró con tranquilidad.

Caso notable.

Todo el pueblo quedó persuadido á que el padre Ramirez habia resucitado un muerto, y fuese aprehension ó realidad, contribuyó infinitamente esta opinion para hacerlos dóciles á sus santos consejos. Todos se le rendian con una docilidad admirable, como á un hombre venido del cielo, que parecia tomar á su cargo el castigo de los que resistian á sus palabras; solo un viejo obstinado en su idolatría dijo que no queria bautizarse. El hombre de Dios procuró atraerle con la dulzura á que se lavase de sus culpas en las aguas del bautismo. Yo no necesito esas aguas, respondió el indio. Cada dia me baño y me lavo en el rio. Bien, dijo el padre; mas ese baño no será parte para que despues de la muerte no vayas al infierno. ¿Morir yo? replicó el engañado viejo: ¿no sabes que yo soy inmortal? Se persuadió el mi-

nistro á que solo Dios podia curar aquella ceguedad pertinacísima, y á lo que parece con luz del cielo le amenazó delante de todo el pueblo con un castigo muy cercano. El feroz indio salió riéndose de las amenazas, con no poco escándalo de todo el concurso. No tardó Dios en darle á conocer á aquel insensato su mortalidad. Habian concurrido á la mañana siguiente de muchas rancherías á la explicacion de la doctrina cristiana, cuando en medio de todos aquellos gentiles apareció el anciano ensangrentado todo el cuerpo y lleno de heridas, y hablando al padre con un tono de voz humilde y lastimoso. Yo conozco (dijo) que tú tienes razon, y yo estaba engañado. El demonio me habia prometido la inmortalidad, que no podia darme. Una fiera me ha desengañado con bien triste esperiencia, y me ha hecho ver que soy semejante á los demas hombres. Yo hubiera muerto á sus garras si Dios no me ayudara: ruégote que me bautices. No tuvo tan feliz éxito la caridad del padre con otro indio, que ni queria bautizarse ni dejar á su cristiana muger asistir á la doctrina y á los demas ejercicios de la religion que profesaba. Reprendido del celoso pastor, disimuló algun tanto; mas saliendo del umbral arrebató por fuerza la muger y corrió á encerrarla en una cueva entre inaccesibles peñascos; pero aquella misma noche le dió el Señor entera libertad con la repentina muerte de su bárbaro marido.

Tan bellos principios tuvo la mision de *Tepehuanes*. No eran tan felices los progresos en la laguna de S. Pedro. Los indios de las cercanías del lago, á que iban lentamente penetrando los padres, eran aun mas rudos, y mas temidos que los vecinos á Durango. Al arribo de los misioneros huian á los bosques y se escondian en algunas isletas que forma la laguna, persuadidos á que con la doctrina de aquellos hombres habia de entrar la enfermedad y la muerte en sus tierras. Caminaban los varones apostólicos por los arenales y las breñas dias enteros sin encontrar un indio, si no lo ofrecia la contingencia; pero con grande confianza de que habian de amansar aquella fiereza. Se bautizaron este año mas de *setenta* adultos, y muchos párvulos. Tardos en percibir los misterios y verdades de nuestra fé, eran tanto mas firmes en conservarlas. Un indio, oyendo que Dios era Criador de todo, replicó prontamente. ¿Y por qué crió las víboras tan perniciosas al hombre? Otra buena anciana, pidiendo el bautismo, dijo con sinceridad al padre, que desde que un hijo suyo cristiano le habia enseñado, que Dios estaba en el cielo, muchas veces entre dia, y todas las ocasiones que despertaba de noche, llamaba á Dios del cielo, y profundamente lo adora-

ba. Pero aun era mas admirable la virtud de los chichimecas y la mansedumbre cristiana que habia sucedido á la ferocidad y barbarie de aquella nacion. En S. Luis de la Paz se añadian cada dia al número de los catecúmenos muchas familias que de los bosques y las malezas sacaban los padres para que viviesen en sociedad, y se les pudiese mas oportunamente instruir en la doctrina del Evangelio. La semana santa se celebró con grande devocion de los españoles y edificacion de los indios. Un pequeño accidente, de que se pudo temer alguna inquietud, contribuyó mas que nada al aumento de la piedad. Un indio principal muy valiente y atrevido en su gentilidad, era despues de bautizado el primero en la doctrina, y en los demas ejercicios de cristiana virtud. Tuvo la criminal condescendencia de acompañar á unos gentiles, que bebieron largamente el lúnes santo. Quiso poco despues entrar en la Iglesia, donde habia concurrido todo el resto del pueblo. El padre, informado del mal estado en que se hallaba, le mandó una y otra vez que no entrase. La fuerza del licor, y la vergüenza de aquella repulsa, acompañada del fondo de su indignacion orgullosa y fiera, no le permitió conocer lo justo de aquella reprension. Comenzó á vomitar injurias contra el misionero é incitar á los indios que lo dejasen solo y saliesen de la Iglesia. Conocieron cuantos le oian que el calor del vino le ponia en los lábios aquellas voces tan agenas de la conducta que habia constantemente observado despues de su bautismo: retiróse á su casa, y restituido asimismo, conoció la gravedad de su delito y vino á arrojarse bañado en lágrimas á los padres, que habia inconsideradamente ultrajado. Ni contento con esta privada satisfaccion, quiso resarcir el público escándalo, y el jueves santo, ántes de salir la procesion, se acusó del desacato cometido contra su pastor, añadiendo que él estaba fuera de sí, y que prometia de lo uno y de lo otro la enmienda. Dicho esto, comenzó á descargar sobre las desnudas espaldas golpes muy recios con una disciplina, diciendo á voces, que por amor de Dios le perdonasen y pidiesen por él á su Magestad. El mismo arrepentimiento mostró otro indio, que provocado en un desafío le habia dado muerte á su competidor. ¡Admirables efectos de la gracia en una nacion acostumbrada á no reconocer ni aun el dominio que dió la naturaleza á los padres, y á no tener en sus operaciones mas reglas que el interés y el capricho!

Fin del libro tercero.

SUPLEMENTO PRIMERO

A LA HISTORIA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

EN

NUEVA-ESPAÑA,

escrita por el padre

FRANCISCO XAVIER ALEGRE.

EL departamento del Nuevo-México es hoy bastante conocido por los aventureros tejanos, y objeto de sus especulaciones mercantiles, principalmente desde que se ha puesto en contacto con los Estados Unidos del Norte: se ha abierto un camino por el que transitan numerosas caravanas de mercaderes, y por medio de las cuales se fomenta el contrabando, se introducen efectos de primera necesidad y de lujo, y por précios muy cómodos. El abandono en que el gobierno español tuvo aquellos pueblos, y por lo que carecieron de muchos auxilios y artículos necesarios á la vida, ha hecho que sus habitantes tengan por un gran bien lo que considerado exactamente es un verdadero mal, y que envidiando la suerte de los establecimientos anglo-americanos, crean que no pueden ser libres y felices sino á la sombra de aquel pabellon, renunciando á la verdadera felicidad que hoy disfrutan por una facticia y quimérica. Conviene, por tanto, que el gobierno conozca el mérito de aquellas regiones, de donde puede sacar grande aprovechamiento por medio de una administracion liberal á par que justa, y con cuyo objeto nos proponemos dar aquí una ligera idea. Tenemos á la vista un manuscrito precioso que disfrutaremos en este suplemento y llenará nuestro objeto; mas para ello es indispensable formar la relacion, aunque sucinta, tomándola desde que conquistaron aquellas regiones los españoles y predicaron el Evangelio los religiosos franciscanos.

Situacion geográfica. Descubrimiento, conquista del N. México y sus revoluciones.

Se conoce por territorio del Nuevo-México desde el grado 23 de latitud boreal hasta el 45; pero rigorosamente se ignoran sus límites al Norte. † Al Mediodia tiene la provincia de Chihuahua, al Oriente la Luisiana y provincia de Tejas, y al Occidente parte de Sonora y California Alta. Su temperamento es frio, pero el terreno muy fértil por las muchas nieves que caen en invierno. Es comun opinion que este territorio es el mas parecido á la península española por su feracidad, temperamento y producciones. Es despejado y ameno, y participa de la Sierra Madre que se tiene por un *manantial de oro* ‡ y plata, y seria el pais mas próspero si no tuviera tan cerca la gentilidad.

La conquista de esta *tierra privilegiada* tuvo los mismos principios que la de la provincia de Coahuila: toda fué obra de la Providencia. Por los años de 1532 se encontró la seccion de tropa que puso Nuño de Guzman á las órdenes de Pedro Chirinos á seis españoles que en la invasion de Pánfilo de Narvaez á la Florida se estraviaron en los montes, y se encontraron con una nacion que á la vez padecia una epidemia que la desolaba, y habiendo aquellos españoles acertado prodigiosamente con arbitrios eficaces para su curacion, la contuvieron. Este feliz suceso los defendió de la fiereza de los bárbaros, los cuales no los dejaron salir del pais por el interés de que los curaran en sus enfermedades. Ellos no perdieron la ocasion oportuna de catequizar á los indígenas que pudieron en los principios religiosos, y buscando arbitrios y modo para salir de su cautiverio promovieron con los indios amigos una expedicion á la parte occidental del territorio, en donde suponian encontrar á sus compañeros. En las dilatadas mansiones que hicieron se detuvieron mucho tiempo en Nuevo-México, y de allí entraron á Sonora donde se reunieron á los españoles.

La fecunda semilla de religion que habian dejado en unos corazones tan bien dispuestos como los de los indios, se conservó hasta el año de 1581 en que entró al Nuevo-México el padre Fr. Agustin Ruiz, misionero franciscano. Este religioso residia en una mision del territorio de Chihuahua, y fué avisado de unos indios conchos amigos, que

† Esta relacion está sacada de la historia de la conquista de los estados independientes del imperio mexicano escrita por Fr. Francisco Trejes, cronista del colegio de Guadalupe de Zacatecas, escritor de buena crítica y delicado gusto.

‡ Esta es la causa única, y no la decantada filantropía del siglo, la que ha conducido las espediciones de los aventureros tejanos para sucumbir allí con ignominia en estos últimos dias.

no léjos de allí habia muchas naciones, y entre ellas algunos indígenas que ya tenian noticia de la religion católica. Trató luego el padre Ruiz de buscar á estos indios con empeño, y en breves dias logró su objeto, catequizando y bautizando á aquellas afortunadas gentes. Luego procuró el auxilio de algunos compañeros, que felizmente se le proporcionaron de las misiones de Sonora. Cuando el virey de México supo los nuevos descubrimientos y sus progresos, mandó á D. Antonio Espejo con alguna gente y socorros para protejer las misiones. Por algunos alborotos que se suscitaron entre las tribus inmediatas, fué de necesidad que se pidiese mas tropa para fundar algunos presidios, y salió de México una nueva partida á las órdenes de D. Juan de Oñate, pariente de los conquistadores de Jalisco, el cual llegó á su destino en 1595. A los cincuenta años, es decir, en el de 1644, hubo una sublevacion general de las naciones del territorio, en que murieron todos los misioneros, y aun el gobernador español á manos de los bárbaros: solo escaparon muy pocos habitantes que se refugiaron en el Paso del Norte. Desde allí se hicieron nuevas solicitudes al virey para que se reconquistase lo perdido, y muchos de los descendientes de los primeros defensores del pais se reunieron á la gente que salió de Zacatecas y otros puntos á la reconquista de tan recomendables posesiones el año de 1694, á las órdenes de D. Diego Vargas.

Esta revolucion la refiere mas detalladamente el padre Andres Cabo en su Historia, † diciendo, que los indios ya reducidos del Nuevo México, subian á veinticinco mil, y estaban avecindados en veinticuatro pueblos: se convinieron con los gentiles que estaban estendidos por aquellas tierras en dar sobre los españoles. Para ejecutar esto con el secreto que el negocio pedia, hubo en diversas partes varias juntas. Ignórase si los indios ya convertidos movieron á los idólatras, ó estos á aquellos: lo que consta es, que la trama se urdió tan bien y que se guardó tal secreto, que aquella conjuracion que poco á poco se habia ido disponiendo y que se estendió por mas de ciento cincuenta leguas, fué ignorada de los españoles, hasta que el dia 10 de agosto, improvisamente á una misma hora los asaltaron, dejando muertos veintiun padres franciscanos, que cuidaban de aquellos pueblos y trabajaban en la re-

† Que publiqué, intitulándola: *Los tres siglos de México durante el gobierno español*, con dos tomos de suplementos, hasta la declaracion de la independencia en 1821, páginas 57 y 58, tomo 2. °

duccion de los infieles y á todos los españoles que andaban por aquellas vastas provincias.

Desembarazados los indios de estos, tuvieron la audacia de sitiar el fuerte de la capital de Santa Fé, donde residen los gobernadores. Por medio de algunos naturales fieles, los soldados de aquella guarnicion fueron avisados de que los enemigos se acercaban á la plaza: así que, poniendo en son los pocos morteretes y fusiles que habia, se aprestaron para detener el ímpetu de los conjurados, que luego aparecieron dando grandes alaridos á su usanza. Los soldados los dejaron acercar; pero cuando estuvieron á tiro, las descargas hicieron en ellos tanto estrago, que el terreno quedó cubierto de cadáveres; mas no por esto aquellos bravos indios se acobardaron: soldados frescos entraron á substituir á los muertos que disparaban diluvios de flechas contra los españoles. En estas vicisitudes pasaron 10 dias sin que aquellos indios se movieran de sus puestos, esperanzados de que su constancia haria rendir la plaza. Al cabo de este tiempo, consumidas las provisiones de boca y guerra, y no pudiendo los españoles tolerar la hediondez que despedian los montones de muertos debajo del fuerte, determinaron abandonarlo con la poblacion, y á media noche por caminos secretos y despoblados salieron de Santa Fé, y se retiraron al presidio del Paso del Norte, que distaba doscientas leguas, desde donde dieron aviso al virey ‡ de lo que pasaba. Entre tanto, aquellos indios al dia siguiente, viendo que el fuego habia cesado, se creyeron que consumida la pólvora se les rendirian los españoles; pero como advirtieron que no se oia ruido ni habia

‡ Lo era el Sr. arzobispo D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, religioso agustino: durante su gobierno se construyó la grande Iglesia de S. Agustin de México, por haberse quemado la anterior, que era de plomada como la de la Merced que hoy existe y corre el mismo riesgo. Al segundo dia de haberse verificado el incendio, este arzobispo virey salió á pedir limosna para su redificacion, y juntó cuarenta mil pesos: reunió á los arquitectos de México y les mandó que cada uno formase su planta del nuevo edificio y se lo presentase, y entre varios, escogió el que hoy vemos con asombro realizado. Este era México durante el reinado de Cárlos II. Acaso hoy no se haría mejor templo con todo el decantado *progreso* con que nos quiebran la cabeza los *reformadores*, ni se reuniria en cuarenta años el dinero que en un solo dia se juntó entónces. Habia en aquella época lo que en el Evangelio se conoce con los nombres de *caridad* y *piedad*, y á los oidos de nuestros abuelos no habian llegado las palabras huecas de.... *filantropía*, *patriotismo*.... *civismo* &c. &c., que es moneda corriente en el dia, pero tan baja y despreciable, como la del cobre á los ojos de un hombre pensador.

indicio de gente, contentos de haberlos obligado á huir, y sin pensar en seguirlos, quemaron todos los edificios. El virey, temeroso de que aquella rebelion cundiera por las provincias confinantes, mandó hacer levas y tomar todas las disposiciones para recobrar en el siguiente año lo perdido. . . . .

Al principio del siguiente, marcharon de México los escuadrones destinados á la espedicion. Ordenóseles juntar gente de aquellos presidios y sentar el cuartel general en el Paso del Norte, en donde por las diligencias de aquel gobernador hallaron dispuestas todas las cosas para hacer aquella jornada que emprendian con todo el arte militar. De aquí salieron en busca de los enemigos; pero sus diligencias fueron inútiles, porque estos jamás midieron sus fuerzas con los españoles, y bien que tuvieron diversos campos, estos los habian sentado en puntos inaccesibles, donde espiaban la coyuntura de que algunos soldados se desbandasen para dar sobre ellos. Este modo de guerrear, el mas seguro para quebrantar las fuerzas de los españoles mantuvieron los indios en aquella campaña, de lo que aburridos los castellanos, quemadas sus rancherías y maizales, se volvieron al presidio. Hasta aquí el padre Cabo. . . . .

A merced de paciencia y constancia, se recobró despues el Nuevo-México; pero no toda la parte que ántes poseia el gobierno español, que hoy está poseida por naciones bárbaras limítrofes, que no han cesado de hacer irrupciones, y que serán mayores en lo sucesivo, por estar auxiliadas con armamentos de que los han provisto los anglo-americanos. Hoy no son aquellos bárbaros que solo peleaban con macanas, hondas y flechas: hoy hacen la guerra con rifles y fusiles, guardan las formaciones militares, y necesitamos para combatirlos igualdad en el armamento, é igualdad numérica en nuestros soldados; reflexion importante que no debe despreciar nuestro gobierno, si no quiere perder una inmensa extension de terreno rico por la vegetacion, no ménos que por los tesoros de oro y plata de sus minas. El gobierno español no supo sacar el aprovechamiento que debiera de aquellas posesiones, y puede decirse que las condenó al olvido. La ignorancia en que sus habitantes se han visto sumergidos, es igual á la escasez y miseria á que se han visto condenados. ¿Quién creerá que hasta el año de 1833 no se vió en Nuevo-México una imprenta ni un periódico? Pues ello es cierto, y podria presentar pruebas de esta verdad. Entre tanto, aprovechándose los norte-americanos de tales circunstancias, los han abas-

tecido de cuanto necesitaban, ora sea de lujo, ora de necesidad, y por bajos precios. Los emisarios y corresponsales de estos, situados en Santa Fé y en otros puntos, ponderándoles las ventajas de su constitucion los han seducido, hasta pretender agregarse al gobierno norte-americano inspirándoles ódio mortal contra el gobierno de México, llegando al extremo de asesinar al gobernador D. Alvino Perez en un motin militar las mismas tropas de su mando. Los excesos habrian pasado hasta efectuar de todo punto su emancipacion, si la Providencia no hubiera deparado allí un génio de la guerra y de la política en la persona del *Sr. general D. Manuel Armijo*, que ha logrado restablecer el órden interior y batir con gloria la horda de aventureros tejanos que marchaban poco ha á ocupar todo el Nuevo-México.

El resultado que da esta relacion es, que el gobierno debe ocuparse sériamente en reducir á todas aquellas naciones bárbaras por medio, no de soldados, que ni tiene en número bastante ni dinero para pagarlos, sino por medio de misioneros que sepan atraer con la dulzura y suavidad evangélica á aquellos indios ferocísimos. No estamos hoy en el siglo doce en que S. Francisco de Asis á poco de haber establecido su órden celebró su primer capítulo general en el campo de las esteras ó petates (entre Asis y la Porciúncula) reuniendo allí mas de cinco mil frailes. * Tampoco vivimos en el siglo diez y seis en que un hijo natural de Cárlos V vino de lego á S. Francisco (el padre Gante) á establecer el Evangelio, quebrando mas de quince mil ídolos mexicanos, y no queriendo admitir la mitra de México con que se le brindaba; pasó esa época dorada en que el espíritu de la predicacion se habia generalizado por todo el mundo, é hizo que se presentase en la India un Xavier, y que el ardor de la caridad de S. Ignacio incendiase el orbe comunicándose á sus buenos hijos. Los tiempos, repito, son muy diversos, casi se ha estinguido aun en los hijos de los que entónces lo practicaron.... Hay por hoy, frailes convidados para llevar el Evangelio á las Californias, para fundar una nueva Iglesia y evitar los progresos que hacen allí los *sacerdotes protestantes*, se le resisten al gobierno y á sus prelados para marchar á aquellas regiones, diciendo....Que en los votos hechos al

* Con este nombre es hoy conocido este campo, porque los frailes vivieron durante la celebracion del capítulo bajo cubiertas ó techos de esteras ó *petates*. Si tanto fué el número de los unidos en aquel valle, ¿á cuánto ascenderia el de los que ya entónces formaban este órden religioso?

tiempo de su profesion no hicieron el de misionar entre bárbaros, y esto ha detenido las remisiones de operarios que se pretendia hacer de México. Solamente se presentan en la palestra los hijos de S. Ignacio reanimados hoy del espíritu de su santo fundador, y dicen.... *Aquí estamos......... Volaremos á las partes mas remotas del universo á publicar el Evangelio y á morir por su nombre y su verdad:........ mandadnos........ nada exijimos de vosotros, nos basta un breviario, un crucifijo y un calzado; nuestra subsistencia corre de cuenta de aquel Señor providentísimo que viste al pájaro y lo adorna con colores mas hermosos y brillantes que la púrpura de Salomon en dia de gala, y lo alimenta sin sembrar el trigo que lo sustenta......... mandadnos, haremos felices á los hombres, los sacaremos del seno de la muerte eterna, sobre cuyo borde de un profundo abismo están colocados, les enseñaremos las artes, las ciencias, y la gran ciencia de entrar en una pátria dichosa eternamente y para que han sido criados.*" Yo no me avergüenzo de implorar hoy este auxilio á favor de unas naciones bárbaras, á quien es acto de caridad sublime el dárselo, ni á presencia de un gobierno que ha jurado protejer esta religion que profesamos, así para dicha de los pueblos, como del mismo estado: sí, lo repito, no me avergüenzo de hablar y abogar por esta noble causa á presencia del general Santa-Anna que por lo mismo ha merecido los elogios de un escritor estrangero: † que ha protestado guardar la religion de sus mayores, ofreciendo ademas no faltarle en lo mas mínimo ni en sus dogmas, ni en sus altares, ni en sus ministros, ni en su culto, ni usurparle sus bienes tan codiciados. ‡ Mucho menos me avergüenzo de tomar la defensa de unos religiosos, que á despecho de sus enemigos, de esos hombres que no creen hoy parecer sábios si no los deturpan, si no los calumnian, y si no reproducen cuanto se ha escrito contra ellos, y de quienes ha triunfado completamente en nuestros dias la verdad, vindicándolos ademas completamente, un autor moderno que ha escrito revisando cuanto contra ellos se habia proferido para hacer.

---

† Mr. Rosell de Jorgues en su excelente obra intitulada: Jesucristo en presencia del siglo, el cual, hablando del retroceso que ha hecho la impiedad, dice..... Que ya los pueblos han reconocido la necesidad de la Divina Providencia, bajo cuya invocacion ejercen los actos mas augustos. En México, dice, (pág. 238 tomo 2.°) el presidente de la república *D. Antonio Lopez de Santa-Anna* llama sobre el gobierno la proteccion de la Providencia.

‡ Así me lo ha ofrecido, encargándome que lo publique sin embozo, y yo le tomé la palabra.

los desaparecer de la faz del mundo. ‡ En confirmacion de la necesidad urgentísima en que estamos de evangelizar las bárbaras naciones del Nuevo-México, presentaré un bosquejo de sus costumbres é idolatría, que no podrá ménos de entristecernos, y hacer que con toda la efusion de un corazon cristiano pidamos al gobierno su socorro moral.

Poblacion.

Lo que está poblado de Sur á Norte tiene de distancia setenta y seis leguas, y de Este á Oeste ciento seis, cuyo espacio encierra veinticinco pueblos de indios reducidos, inclusas las tres villas de Santa Fé, Santa Cruz de la Cañada y S. Felipe Neri de Alburquerque. Se contienen en los términos dichos las poblaciones de los españoles ó vecinos, cuyo número de familias sube á seis mil. La tierra restante la habitan los gentiles independientes que no obedecen mas que á sus pasiones particulares, entre cuyas tribus hay algunas que se comen á sus enemigos, otras los queman, otras los mutilan; algunas están en continua guerra y otras viven pacíficas. El ódio de los primeros indios sublevados á los españoles de que hemos hablado, lo han heredado sus descendientes, y como no ha habido el esmero que debia en educarlos en las máximas religiosas, ellos continúan en sus antiguos desórdenes. Aunque las naciones reducidas se diferencian en sus idiomas, convienen en todo lo demás en el vestido: se embijan de colores, se arman y guian de un mismo modo. Su color es cobrizo, son corpulentos y toscos, pero mal agestados, las orejas largas, de las que cuelgan anillos, uñas de animales y pedazos de concha: tienen poca barba, son muy ligeros en la carrera, y aunque el clima es frio están casi desnudos, porque sus vestidos se componen de unas botas, un mediano delantal que cubre sus vergüenzas, y un coton, todo de pieles: las mugeres usan una manta cuadrada de lana negra muy estrecha, que anudan con trabajo. Su alimento es el maiz; gustan mucho del trigo, del que hacen pan y tortillas; mas para ellos es plato regaladísimo el de ratones del campo asados ó cocidos, y toda especie de insectos. Sus casas tienen dos y tres altos, pero son muy pequeñas y con la puerta á la azotea, acaso por temor de sus enemigos.

Sus bailes.

Tienen además de las casas en que habitan, en cada pueblo, una, dos, ó mas casas subalternas, capaces de poder abrigar dentro de su

‡ El autor del Sacerdote en presencia del siglo, por M. A. Madrolle, impresion de Paris año de 1841.

espacio á todo el pueblo, á las que llaman *estufas*, que mas propiamente deberian llamar sinagogas. En estas hacen sus juntas, forman sus conciliábulos, y ensayan sus bailes á puerta cerrada. Los bailes supersticiosos son entre otros el de la *tortuga*, *fortuna* y *cachina*, que precisamente celebran en *viérnes* con la asistencia del pueblo: el segundo lo bailan en obsequio de sus ídolos, y al que llaman *Dios de la fortuna*, de cuya mano creen que depende el buen éxito de sus empresas en la guerra, el logro de sus cosechas, la felicidad del parto de sus mugeres, y el acierto de sus tiros en la caza. Para este baile se embijan de negro hasta cien indios gandules, y puestos en cuatro líneas que forman cuadro, esperan el nacimiento del sol para dar principio á su canto, que arreglan al son de una calabaza, y de esta manera, sin moverse de un lugar á otro, siguen su baile hasta ponerse el sol que se retiran á cumplir con las últimas abominables ceremónias de su funcion. Los dos bailes restantes solo se diferencian de este en el canto, y en el desórden con que se encierran de noche hombres y mugeres en la estufa cuando bailan; siendo los movimientos de sus danzas otras tantas posturas lascivas, y gestos indecentes.

Baile de la cabellera.

Siempre que estos indios salen á campaña y consiguen matar algun enemigo, entre todos le quitan la cabellera, beben de su sangre, manchan con ella sus vestidos, y se raspan el rostro: se mojan las manos hasta empaparlas, particularmente la derecha, porque á su parecer consiguen por medio de esta inhumana ceremonia desterrar la flaqueza, desechar la pusilanimidad, y repudiar el apocamiento. Acabado este acto le quitan la cabellera con el pedazo que le corresponde de la piel, y la ponen en las manos del indio que primero se llegó al enemigo, al que llaman *Matador*, y miran desde aquel dia con particular distincion, aun cuando no haya sido él el que le quitó la vida. Guarda este la cabellera, y no le es lícito descubrirla hasta el dia que llegan á su pueblo, cuya entrada se soleminiza con la asistencia de los viejos, mugeres y niños que salen á recibirlos adornados lo mejor que pueden. Luego que se incorporan estos con los que vienen de la campaña, descubre el matador la cabellera, y tomando el mejor lugar de la comitiva, da principio al canto que llaman de *guerra*, el que siguen todos hasta llegar á su pueblo, en cuya plaza dan una vuelta que termina en la puerta de la estufa. Allí entrega el matador la cabellera á dos indios ancianos que el pueblo elige para que la guarden, y se retira para su casa acompañado de sus deudos que lo llevan de la mano; pero sin hablarle, porque

no les es lícito hacerlo hasta no lavarle los piés, brazos, y el rostro. Con esta ridícula ceremonia terminan su entrada, y desde entónces comienzan los ensayos del canto y baile para estar mas diestros el dia de la funcion. Esta dura dos dias que emplean en saltar y danzar al son de un tambor que llaman *tumbé*; siendo todos los movimientos de sus danzas otras tantas posturas indecentes. Arrojan á los que bailan tortillas, carne, fajas, tiras de cuero, flechas, camusas, y algunos son tan pródigos en estos obsequios, que tiran cuanto encuentran en sus casas, y quedan careciendo de todo. El matador asiste á este baile infernal vestido de negro, y con sus armas en la mano; pero tan feo y horrible como pudiera parecer un demonio. No come en los dos dias cosa alguna, y aunque está asistido de los viejos del pueblo y deudos mas cercanos, no habla con ninguno, ni tampoco le es permitido mover la vista, baila poco; pero con mucha gravedad, y solo al tiempo de bailar la flecha que él mismo entrega á una india que sale para este fin, que adornan con plumas de diversos colores y otras alhajas para ellos preciosas, como conchas, cuentas *chalchivites* † y cascabeles, todo en tanto número, que mas bien le sirven de peso que de adorno. Sale con el pelo suelto, descalza, y con el labio inferior pintado de negro. Cuando baila esta la flecha, se coloca enmedio de dos líneas que forman dos indios del baile, y puesta en cruz con la flecha en la mano comienza á dar saltos con arreglo á los golpes del *tumbé* que le avisa tambien cuando debe parar, y cuando correr con ligereza de uno á otro extremo. Con este baile termina la funcion de la *cabellera*, y se retiran á comer á la estufa; pero el matador no puede hacerlo hasta otro dia.

Baile de la Neñeca.

Este baile se hace solo el dia de *viérnes santo* en lugar retirado del pueblo, ‡ que por lo regular es una montaña. Lo hacen al *diablo*, pues esto significa la palabra *Neñeca*. Los que lo hacen se visten con unas máscaras de anta gorda (cuero de siervo mayor que el comun, cuya cornamenta se divide en dedos como los de la mano, segun nuestro diccionario). Dichas máscaras rematan en punta semejante á la coroza: con ellas figuran los ojos con unas bolas de camusa rellenas de lana, y en el lugar que corresponde á la barba colocan crines de caballo, cu-

† Estas son unas cuentas de piedra verdes que tienen el color de la esmeralda, ó acaso lo son, muy apreciadas de los antiguos mexicanos de la época del imperio de Moctheuzoma.

‡ Esta circunstancia hace creer que tiene algo de *judaismo* que aprueba la muerte del Salvador, y le maldice siete veces al dia: ¡miserables!!!

yo extremo arrastran hasta el suelo: ¡figura diabólica, vive Dios! Se ponen colas y aforran el cuerpo con pieles de oso. Vestidos de este modo dan principio á la fiesta rodeando todos una tinaja llena de agua que colocan en el medio. No se ha podido averiguar mas de este baile, ni el objeto de su institucion.

Baile de Ochistecos.

Este lo forma una junta de truhanes vestidos de ridículo y autorizados por los viejos del pueblo para cometer los mayores desórdenes, y gustan tanto de estos hechos, que ni los maridos reparan las infamias que cometen con sus mugeres, ni las que resultan en perjuicio de las hijas ‡.

Bailes corrientes.

Para solemnizar la funcion del santo patrono del pueblo, dias de pascua, y fiestas de los gobernadores, usan de un baile como especie de contradanza, en el que hacen muchas figuras, y lo arreglan á los golpes del *tumbé*, al que sigue el canto de una multitud de indios que salen con este fin en tanto número de hombres como de mugeres: estas vestidas con decencia y honestidad, y los hombres no tanto; pero este baile nada tiene de indecencia.

Partos.

Luego que una india siente los dolores del parto, se retira al rincon mas escondido de su choza, y aunque la acompaña una vieja partera, pare sin su auxilio, y solo le sirve para cantarle y llamar desde léjos á la criatura. Luego que sale á luz esta, sale la vieja de aquel lugar con la mano puesta en los ojos, y no se descubre hasta que no haya dado una vuelta fuera de la casa, y el objeto que primero se le presenta á la vista, es el nombre que se le pone á la criatura; de modo que si vió un perro, *perro* se llama, y si piedra, piedra se le pone. Generalmente los mas de los indios se desentienden del nombre que se les impuso en el bautismo por llamarse *sal*, *venado*, *piojo*, *cerro*, *&c.* Esto lo tienen bien probado los antiguos padres misioneros que los manejaban.

Abusos del bautismo.

Mas bien por el temor de no ser castigados los indios que por el de que sus hijos sean cristianos los llevan á bautizar; y el primer abuso que se descubre en ellos es, el no querer sean los hombres padrinos de

---

‡ No nos admiremos de esto entre bárbaros, pues sabemos cuáles fueron los juegos Lupercales de Roma antigua, en que bailó Marco Antonio semidesnudo; admirémonos sí de que en México se autoricen las máscaras del carnaval por el gobierno, en que salen en mogiganga muchos vestidos de papas, obispos, cardenales y frailes, haciéndose cucamonas, para burlarse con la mayor indecencia de las dignidades de la Iglesia, paseándose por las calles y cementerio de Catedral.... y dicen que *somos católicos!!..* .

las criaturas. Por lo regular lo es una muger, la cual luego que sale de la Iglesia ya bautizado el niño, se va con toda violencia para su casa, y allí poniendo su boca con la del infante, la chupa con toda diligencia para estraerle la sal que se le echó en el bautismo. Despues le lava la cabeza hasta mudar seis ó siete aguas, con lo que le parece que no le queda la mas pequeña reliquia ni virtud de cristiano.

Confesion y comunion.

Estos indios jamás cumplen con el precepto anual de la Iglesia, y solo en el articulo de la muerte suelen confesarse algunos; los demas mueren sin este auxilio porque no llaman al padre si no es cuando lo advierten difunto †.

Entierros.

Cuando muere algun indio, dan prontamente aviso al padre misionero para que lo sepulte, y juntando sus deudos todas las alhajas de su peculio, se las ponen y de esta manera lo envuelven en una piel de cíbolo y lo llevan á enterrar. Así es que cuando se abre una sepultura se encuentran cuentas, cascabeles, conchas, pedazos de fierro, &c. Hácenlo con el fin de que se encuentren con los necesarios en el otro mundo, á donde pasan á vivir: tal es la idea de la inmortalidad del alma, que hoy niegan muchos llamados sábios de la Europa, que pertenecen á la secta de los *Indiferentes.*

Naciones ya reducidas.

Tihuas, Keras, Moquinos, Pecos, Tanos, Temez, Taos, Picuries, Zuñis, Moquis. Esta última, no ha muchos años que se sublevó, y hasta hoy lo está. Mataron al padre misionero en 1809. Se encontró en campaña en aquel pueblo destruido un cáliz, y con él se servian los indios para beber agua, y lo recogió el comandante *D. Lorenzo Gutierrez,* honrado y valiente oficial que dió honor á nuestras armas, y á quien se debe la conquista de la belicosa nacion *Nabajó,* y por su conducta mereció el aprecio aun de los mismos bárbaros. Era digno de recompensa, y de que á su familia se le diese el monte pio de que carece con agravio de la justicia.

Naciones bárbaras de indios que circundan á N. México.

Yutas, Caiguas, Xicarillas, Chaguanos, Faraones, Nabajóes, Xileños, Apaches mescaleros, Lipaines, Timpanogos, Mimbrereños, Comandus, Pucaras, Sios, Pananas y otras. Esta última está al Norte confi-

† Entre los antiguos mexicanos era conocida la confesion auricular, pero esta no la hacian sino una *sola vez,* pues creian que la misericordia de Dios solo se limitaba á perdonar una vez. Sobre este punto hizo una declaracion expresa Jesucristo, pues preguntado hasta cuantas veces se podrian perdonar los pecados, respondió con estas palabras consoladoras:... No siete veces, sino *setenta veces siete*; es decir, *siempre.* El hombre miserable quiere medir la infinita misericordia de Dios tan desatinadamente, como si quisiera medir la inmensidad del cielo por la pequeña palma de su mano.

nante con los anglo-americanos, de quienes recibe abundantes provisiones de armas de fuego, pólvora y toda clase de víveres á cambio de caballos.

Los veinticinco pueblos dichos, inclusas las tres villas, ocupan casi el terreno que hay útil para labor, y por esta causa se hallan las poblaciones de los vecinos situadas en los suelos mas estériles, de que se sigue la carestía que regularmente padecen. Un buen gobierno las haria participantes de la mucha tierra que los indios dejan sin sembrar, pues solo lo hacen de lo muy preciso para suplir la primera necesidad, de modo que no siembran ni la cuarta parte, porque el pueblo que tiene mas familias no pasa de ciento. Por el contrario, los vecinos se han multiplicado considerablemente; son gente robusta y bien formada, de algun cultivo y hacienda.

La cria de ganado en el Nuevo-México padece considerables desfalcos, porque los enemigos la consumen, y aun los pastores suelen ser mas bien que pastores, guardas de los ganados mercenarios de aquellos.

El Nuevo-México es muy interesante á la república y debe ser objeto de mucha atencion del gobierno, tanto por ser un *puerto terrestre* á tierra firme del Norte de América, cuyos establecimientos van avanzando cada dia ácia dicho territorio por los rios *Napeste* y *Colorado*, como por los abundantes elementos y producciones de este suelo en animales, vegetales y minerales, y de estos está enteramente vírgen. En el camino de Zuñi, en un parage llamado los Gigantes, está completamente indicado el abundante oro que encierran aquellas lomas, y lo mismo en otras muchas partes. Por lo que parece indudable, que si no se toman en tiempo providencias por el gobierno, los anglo-americanos disfrutarán á placer de estas riquezas.

He trazado el horrible cuadro de idolatría, abominaciones y supersticiones que abundan en el Nuevo-México. Un corazon cristiano no puede tolerarlas sin clamar por un pronto remedio; este consiste en el restablecimiento de las misiones, que poco pueden costar al gobierno, y rendirle en breve mucho aprovechamiento. El hombre civilizado es el ente mas útil á la sociedad.... Ah! si con un rasgo de pluma no hubiese proscrito Cárlos III la *Compañía de Jesus*, hoy serian cristianas y civilizadas estas naciones, y no sostendriamos de presente una guerra á muerte con los bárbaros, á quienes no podemos oponer fuerzas armadas en el número necesario. Cuando supe la emigracion de los frailes de España por las revueltas causadas en estos tiempos, so-

licité que se les diese asilo á los emigrados para poner con ellos un cordon de misioneros que contuviesen aquellas irrupciones; mas el gobierno del Sr. Bustamante en vez de condescender con esta súplica, por el contrario mandó que se *reembarcasen* cuantos se presentasen en nuestros puertos, pidiendo una hospitalidad cristiana. ¡Providencia cruel, salvage, é inhumana!.... ¡Tal ha sido el desenlace del drama político en que este honrado y apreciabilísimo gefe (bajo otros aspectos) hizo de primer actor! No se ha obrado así en el Perú, pues se han costeado remesas de frailes para regenerar aquellos pueblos que retrogradaban al gentilismo, y en Buenos Aires, donde el jesuita mexicano *Peña*, con unos cuantos misioneros jesuitas, está obrando maravillas. ¿Cuándo conocerán los gobiernos que no pueden ser felices si no protegen la religion y sus ministros? La América data la fecha de sus desgracias desde la noche fatal del dia 25 de junio de 1767, en que en la Casa Profesa se intimó el decreto de espulsion de los jesuitas, que oyeron hincados de rodillas; noche terrible de la que puede decirse lo mismo que *Cristóbal de Thou*, primer presidente del Parlamento de Paris, lamentando una desgracia, con estos hermosos versos de Estacio:

Excidat illa dies aevo, nec postera credant
Sæcula, nos certè taceamus, et obruta multa
Nocte tegi propria patiamur crimina gentes.

Otro rasgo de pluma, ú otro decreto de salud será el que únicamente podrá curar nuestros males.... ¡Dichoso y muy dichoso el hombre á quien sea dado prestarte este inefable beneficio, ó cara patria mia!—*El editor.*

HISTORIA

DE LA PROVINCIA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

DE

NUEVA ESPAÑA.



LIBRO IV.

SUMARIO.

Fiestas en la canonizacion de S. Jacinto. Muerte del padre Alonso Lopez, y frutos de la congregacion de la Anunciata. Ejemplos de virtud en los indios de S. Gregorio de Tepotzotlán. Mision á Zumpahuacan. Mision á Huitzitzilapan, y muerte del padre Francisco Zarfate. Diferentes misiones á otros partidos. Sucesos de Oaxaca y Veracruz. Alzamiento de los guazaves y reduccion de los ures. Guerra de ocoroiris y tehuecos. Otros singulares sucesos de Sinaloa. Mision á Culiacán. Progresos de la mision de Tepehuanes. Nuevos establecimientos en la misma provincia. Raros sucesos de los chichimecas. Pretende el venerable arzobispo de la Nueva-Granada llevar consigo algunos jesuitas. Sosiegan una tempesestad con la reliquia de S. Ignacio. Padecen nuevos trabajos, y llegan á Cartagena. Descripcion del nuevo reino y de sus principales ciudades y naciones. Ministerios de los padres en Santa Fé. Muerte del padre Diego de Villegas. Don Fr. Domingo de Ulloa, obispo de Michoacán. Licencia para un fuerte en Sinaloa. Nuevas conquistas en Topia y la Laguna. Agregacion de la congregacion del Salvador á la primaria de Roma y sus frutos.

Diversos establecimientos y ministerios del colegio máximo. Quinta congregacion provincial. Ministerios en Puebla. Caso admirable del ministerio de las doctrinas. Sucesos de Valladolid y Tepotzotlán. Muerte de Nacabeba, y estado de Sinaloa. Mision de Topia y S. Andrés. Mision de la Laguna, y nuevos establecimientos. Muerte del hermano Francisco de Villareal. Dedicacion del Espíritu Santo. Sucesos de la mision del nuevo reino. Pide todo él á S. M. la Compañía. Reduccion de los guazaves. Espedicion de las minas de Chinipa. Otra intentada á California. Fundacion de la provincia de Santa Fé. Muerte del padre Dr. Plaza. Mision del Espíritu Santo. Mision de Topia y noticia del pais. Muerte del padre Juan Agustin. Dedicacion de la Iglesia del colegio máximo. Sesta congregacion provincial y dos notables postulados. Castigo de los zuaques. Raros ejemplos del marqués de Montesclaros en la congregacion del Salvador. Pretende la Compañía establecimiento á los religiosos de S. Juan de Dios. Ministerios en cárceles y hospitales. Caso raro de S. Gregorio. Calamidades del colegio de Oaxaca. Milagros de S. Ignacio. Estado de los Tepehuanes. Progresos de Párras. Alzamiento de los serranos acaxees. Sucesos de los sobaibos. Inundacion en Sinaloa y fuga de los indios. Viage á México del capitan Hurdaide y sus resultas. Pretension de los tehuecos y otras naciones. Primera entrada á los zuaques. Fundacion del colegio de Tepotzotlán. Principios de Guatemala. Descripcion de la ciudad y sus contornos. Recibimiento de los padres. Inundacion de México. Peligro de la ciudad y sus reparos. Resolucion del desagüe. Encomiéndase á la Compañía el cuidado de los trabajadores. Principio del Jubileo de cuarenta horas. Muerte del padre Hernando Suarez de la Concha. Elogio del hermano Gerónimo Lopez. Frutos de la congregacion de la Anunciata. Sermon del padre Martin Pelaez y sus resultas. Diferentes misiones á Sultepec y otros partidos. Peste en Tepotzotlán. Peste en Guatemala. Temblor en la misma ciudad. Sucesos de la mision de Párras. Supersticion acerca de los cometas. Raros sucesos de los indios. Bautismo de tepehuanes y raros ejemplos de su fervor. Peste en la misma provincia y primera entrada á la de Taraumara. Mision en S. Andrés. Raros ejemplos de estos neófitos. Mision de Baymoa, y trabajos de su ministro. Gloriosas fatigas de los misioneros de Topia. Reduccion de los sinaloas y otras naciones de la Sierra.

Fiestas en la canonizacion de S. Jacinto.

Damos principio al cuarto libro de nuestra historia con una relacion en que entramos tanto mas gustosos, cuanto su conocimiento contribuirá, puede ser, al fomento de la religiosa caridad, de que á pesar de las preocupaciones del vulgo, han dado siempre ilustres ejemplos las dos sagradas familias de Santo Domingo y la sagrada Compañía de Jesus. Habia la Santidad de Clemente VIII, el dia 16 de abril de 1594, sublimado á los altares al ínclito confesor *S. Jacinto*, del órden de predicadores. Estos religiosísimos padres, queriendo que entrasen á la parte de su júbilo las demas familias religiosas de México, repartieron entre ellas y algunos otros cuerpos respetables los dias de la octava, dejando el último para la Compañía, á quien quisieron distinguir con este singular favor. Se procuró desempeñar la obligacion en que nos ponia una demostracion tan sensible de estimacion y de amistad. El dia primero de la solemne octava se llevó la estátua del Santo, de la Catedral al imperial convento, tomando el rumbo por nuestra Casa Profesa. Á la puerta de nuestra Iglesia se levantaba un hermosísimo edificio sobre dos arcos de bella arquitectura, y en medio un altar ricamente adornado en que descansase la imágen. Todo el largo de la calle, de las mas vistosas y espaces de México, se habia procurado colgar de cortinas y tapicerías que pendian de los balcones y ventanas. La parte inferior, que estuvo á cargo de la noble juventud de nuestros estudios, se veia llena de doceles magníficos y galoneados de oro y plata, con tarjas, carteles, pinturas de diversas invenciones, de emblemas, empresas, enigmas, epígramas, himnos, y gran diversidad de ruedas, labirintos, acrósticos y otro género de versos esquisitos, los mas en lengua latina, italiana y castellana, y algunos en *griego y en hebreo*. † Llegando á nuestra Iglesia la procesion salieron á recibirla todos los padres de aquella casa y del colegio máximo con luces encendidas. Seguíanles dos docenas de jóvenes los mas distinguidos entre nuestros estudiantes, gallardamente vestidos, con cirios en las manos, y tras de ellos otros cuatro, que con mucha viveza y gracia, dieron en un diálogo en verso el parabien al Santo de su nueva gloria, y á la religion por la que recibia de un hijo tan ilustre. El siguiente viérnes, sesto dia de la octava, que celebró el cabildo de la Santa Iglesia Catedral, y asistió despues á la mesa, tuvieron aquellos religiosos pa-

† Hoy en 20 de julio de 1841 sin duda no se componen á pesar del fausto y ostentacion con que se insulta á los antiguos literatos mexicanos. Hay mucho de bambolla en la literatura y poco de substancia. No hay quien se atreva á hacer una composicion en *mexicano*, como si fuera idioma muerto.

dres la benignidad de oir á uno de nuestros hermanos teólogos, que en tiempo del refectorio recitó, con grande aplauso de los oyentes, una oracion latina en alabanzas del glorioso S. Jacinto. La misma tarde, tres colegiales del Seminario representaron al mismo asunto, sobre un teatro magestuoso que se habia erigido en la misma Iglesia, una pieza panegírica repartida en tres cantos de poesía española, cuyos intervalos ocupaba la música. Obra en que el ilustre cabildo quiso mostrar no ménos el aprecio que hacia de la esclarecida religion de Santo Domingo, que la confianza y alto concepto que formaba de nuestros estudiantes, á quienes quiso se encomendase el desempeño de aquella lucidísima funcion. El domingo, que era el dia señalado á nuestra religion, celebró la misa el padre rector del colegio máximo, y predicó el padre prepósito Pedro Sanchez con aquella elocuencia y energía que acompañaba siempre á sus discursos, asistiendo toda la comunidad, como despues al refectorio, en que uno de nuestros hermanos teólogos recitó un bello panegírico *en verso latino*. Despues se ordenó una procesion que presidió con la capa de coro el padre rector del colegio máximo, anduvo al derredor del claustro interior y de la Iglesia, cargando la estátua los jesuitas hasta colocarla en un magnífico retablo que le estaba destinado. Tal fué la honra que á la misma Compañía quiso hacer la insigne órden de predicadores. No contentos aquellos religiosos y sábios varones con una tan pública demostracion, quisieron aumentar el honor imprimiendo la relacion de aquellas solemnes fiestas, con tantos elogios de la Compañía, cuanto pudo sugerirles su amor y su elocuencia, y apénas nos permite leer el rubor.

Muerte del hermano Alonso Lopez y frutos de la congregacion de la Anunciata.

El colegio máximo perdió muy á los principios de este año un grande ejemplar de virtud en el hermano Alonso Lopez. No podemos dejarnos de admirar que el menologio de nuestra provincia no haga memoria de este hombre admirable. Un breve elogio se halla en la parte 5.ª, lib. 24, párrafo 16 de la historia general, de donde lo tomó el padre Oviedo en sus elogios de coadjutores, y el padre Petrignani. Lo que escriben estos autores da una idea muy inferior á la que nos hacen formar los antiguos manuscritos de nuestra provincia, que esperamos representar con toda su luz en lugar mas oportuno. Murió á 15 de enero del año de 1597. Los grandes ejemplos de virtud que se veian en los congregantes de la Anunciata eran muy superiores al progreso de los estudios, de que sin embargo habian dado este año pruebas tan brillantes. Un jóven, acometido de tres mugeres lascivas, las repren-

dió con gravísimas palabras, y no bastando este medio para reprimir el atrevimiento de una de ellas, ó mas apasionada ó mas desenvuelta, la apartó de sí con un golpe. Otro mas feliz, solicitado de una doncella de noble nacimiento, no solo resistió al doble atractivo de la esperanza y la hermosura, sino que extraordinariamente favorecido de la gracia, hizo delante de ella al Señor voto de perpetua virginidad, y á ella le persuadió que imitase un acto tan heróico tomando por esposo á Jesucristo en un religiosísimo monasterio.

Esta fortaleza es mucho mas admirable en personas del sexo, y mucho en la pusilanimidad y flaqueza de las indias, especialmente solicitadas de los españoles, á quienes la reverencia y el temor á que se acostumbraron desde los principios de la conquista les hace mirar siempre como los árbitros de su fortuna. Sin embargo, sostenidas de la divina gracia las indias débiles han conseguido gloriosísimas victorias. Diez y nueve años resistió una que frecuentaba los sacramentos en S. Gregorio de México á las dádivas, á los ruegos y á las amenazas de una persona de grande autoridad, que pudiera atraerle mucho mal, y que por las obligaciones de su estado, debiera darle ejemplos muy contrarios. Otra, hallándose sola en despoblado, y acometida de un lascivo, no bastando sus razones y sus ruegos para apagar el fuego de aquella brutal pasion, se quitó el rosario que traia al cuello con una medalla de la reina de las vírgenes, y poniéndosela á los ojos, le dijo con vehementísimo afecto: *Por amor de la Vírgen Santísima, cuyo rosario es este, te suplico, Señor, que me dejes, y no quieras hacerme tan grave injuria.* Esta tierna súplica fué un rayo que hizo hacer volver en sí á aquel malvado. No solo dejó libre á la virtuosa doncella, sino que dándole cuanto llevaba por el respeto y reverencia al augusto nombre de que se habia valido, él, tocado de la reina del cielo, á quien habia hecho aquel pequeño obsequio despues de veinte años de una vida desarregladísima, se entró por un monte pidiendo al Señor misericordia, y á la Vírgen madre que lo sacase de aquel estado infeliz, aunque fuese á costa de una enfermedad ó de algun trabajo. Oyó la piadosa Vírgen sus ruegos, y quitándole la vista del cuerpo le dió la del alma, trayéndole, despues de muchas inquietudes á nuestro colegio, donde hizo una confesion general. Pasó este fervoroso penitente, despues de grande pobreza y penalidades; pero con una tranquilidad y una alegría que causaba admiracion, recibiéndolas todas, y principalmente la ceguedad, como otras tantas prendas de la remision de sus culpas y de la gloria

Ejemplos de virtud en los indios de San Gregorio de Tepotzotlán.

que esperaba. Hubo en la cristiandad de Tepotzotlán quien olvidada de su debilidad se armase de un leño y hiciese salir avergonzado al ladron de su virginidad. Caminaba por la calle una doncella cuando le salió al paso uno de su nacion, diciéndole que un español la seguia y deseaba hablarle. Ella, recelosa, no tengo, dijo para qué esperarlo. Entre tanto, habia llegado el español, y entre los dos pretendian hacerla entrar en una casa vecina. Por fortuna vió de léjos á un indio, y volviéndose á los circunstantes; mirad lo que haceis, les dijo, que viene allí mi marido. Dejáronla al punto, y ella, con un inocente equívoco de su idioma, triunfó de su malicia y conservó la castidad.

Mis. á Zumpahuacán. Tenia en aquel tiempo el colegio de Tepotzotlán sugetos muy á propósito para inspirar á los indios estas generosas resoluciones. El padre Gaspar de Meneses era un hombre incansable, y animado de un celo por la salud de los indios, que todas las tribulaciones del mundo no eran capaces de resfriar. Todos los beneficiados vecinos solicitaban con ansia que hiciese mision en su partido, creyendo que entraba con él en los pueblos la reforma de las costumbres, la devocion y la piedad. Este año pareció mas que nunca el ascendiente que se habia adquirido sobre los ánimos mas obstinados en el éxito que tuvo la mision de Zumpahuacán. Partió para aquellos paises llamado del propio pastor que era muy vigilante y muy devoto, y á cuyo rebaño, bajo una hermosa apariencia de tranquilidad y de fervor, hacia el comun enemigo la guerra mas perniciosa y mas sangrienta. En efecto, halló el misionero unos indios los mas quietos y los mas dóciles, los mas bien instruidos del mundo, devotos en el templo en tiempo del santo sacrificio, asistentes á todos los sermones y esplicacion de la santa doctrina. Nada entre ellos de disolucion, nada de embriaguez; pero bajo este bello esterior ocultaban la mas abominable idolatría, habiendo hallado á su parecer modo de juntar la luz con las tinieblas y á *Jesucristo con Belial*. Adoraban al Señor y á los santos; mas para alcanzar las felicidades temporales recurrian á unos *idolillos* que traian siempre ocultos consigo, y que ponian en sus telares, en sus sementeras y en sus troges. Adoraban algunos cerros de particular configuracion y altura, singularmente una sierra nevada, en que creian habitaba la diosa *Chicomecoatl*, que era para ellos lo que *Céres* para con los antiguos romanos. Ofrecian inciensos y otros perfumes al fuego, á quien con alusion al mas arcano misterio de nuestra fé, llamaban unas veces *Dios Padre*, con nombre poco diferente del que le daban en su gentilidad, y otras

veces *Dios Espíritu Santo*, por lo que habian oido predicar de la venida de este divino Espíritu el dia de Pentecostes. Antes de llevar á bautizar los párvulos conforme al rito de la Iglesia, les daban otra especie de bautismo sacrílego, bañándolos con agua en presencia del fuego, é imponiéndoles otro nombre profano, por donde fuesen conocidos en sus impías asambleas. Estas las celebraban siempre de noche y en los lugares mas remotos y solitarios, sin admitir á ellas jóven alguno ó doncella que por flaqueza ó inconsideracion pudiese descubrir sus misterios de iniquidad. El diligente y celoso beneficiado quedó penetrado del mas vivo dolor cuando supo las abominaciones con que era ofendido el Señor por aquellos mismos que él tanto amaba, y temiendo prudentemente que el temor les hiciese ocultar los lugares y los cómplices de aquella secta infame, se valió del favor del padre Meneses, á quien los indios singularmente amaban. No le engañó su confianza; el padre, prometiéndoles una entera seguridad, consiguió que le revelasen todos sus secretos y se confesasen todos los cómplices, trabajo, que cargando únicamente sobre el misionero por el respeto que debian al propio pastor, que era juntamente juez, lo hubiera gloriosamente agoviado si no se le hubiera enviado compañero que le ayudase á recoger una mies tan abundante. Los indios probaron bien la sinceridad de su conversion, entregando á los padres innumerables de aquellos idolillos, y haciendo por muchos dias públicas demostraciones de penitencia en procesiones de sangre y otros actos de mortificacion que les sugeria su fervor con sumo agradecimiento del piadoso beneficiado, que no cesaba de dar gracias en repetidas cartas al padre provincial y á los superiores de Tepotzotlán y del colegio máximo.

Mis. á Huitzitzilapa y muerte del P. Zarfate.

Otra semejante mision al partido de *Huitzitzilapa* ocasionó la muerte al padre Francisco Zarfate. Los curas de muchos partidos, que por espacio de algunos años habia corrido en sus misiones, no le daban otro nombre mas que el de *apóstol*, y solian decir que en sus pueblos habia otras tantas semanas santas, cuantas estaba allí el padre Zarfate, tanto por la frecuencia de sus confesiones y comuniones, como por otros actos de piedad y ejercicios de penitencia, en que hacia entrar á cuantos oian sus sermones. Despidiéndose para salir á la mision, se percibió bastantemente que habia conocido seria aquella la última de su vida, y lo afirmó así despues en presencia de algunas personas. Efectivamente, llegando al pueblo de Xilotzingo predicó consecutiva-

mente muchos sermones, preparando los ánimos de sus oyentes para la cercana páscua de Espíritu Santo. En los tres dias precedentes oyó muchas confesiones. El dia de páscua dió la comunion á mas de quinientas personas, haciendo ántes y despues de la comunion fervorosas exhortaciones. Bajando del púlpito, mas fatigado que otras veces, le llamaron para una confesion á un pueblo algo distante. La estacion era rigorosa, la hora incómoda, el clima nada favorable. Todo esto, añadido á la interior fatiga y á una salud bastantemente quebrantada, le ocasionó una fiebre maligna de que se sintió herido luego que volvió á Xilotzingo. Le procuraron de la estancia vecina un colchoncillo (que aun de este pequeño alivio jamás usó el apostólico misionero); mas el dueño de aquella estancia, no contento con enviárselo, vino en persona á llevar al padre á su casa y curarle en su enfermedad. Hubo de condescender el siervo de Dios despues de alguna resistencia que le hizo hacer el amor de la pobreza. Se enviaron con diligencia del colegio de México un padre y un hermano que cuidasen de su salud, accion que aunque muy conforme á la caridad que con los enfermos prescriben nuestras reglas, el humilde padre la agradeció como un favor extraordinario; y abrazando lleno de gozo á sus hermanos, gracias á Dios, dijo, que no nos halla la muerte ociosos, sino ocupados en cosas de la obediencia y de tanto servicio de nuestro Señor, como es el bien de estos pobres indios. Al octavo dia de su enfermedad, viéndolo el padre que lo asistia enteramente agravado, y temiendo que muriese sin la extrema uncion, aunque ya habian partido á traerla de un pueblo vecino, le dijo con alguna congoja. Ruegue V. R. al Señor que no le lleve ántes de recibir este último sacramento; y el padre Zarfate, con una serenidad admirable, le respondió: Esté V. R. cierto que Dios me ha de hacer esa merced. En efecto, vivió despues dos dias dando grandes ejemplos de paciencia. Pocas horas ántes de morir pidió perdon al beneficiado de las faltas que pudiese haber tenido en las funciones de su ministerio, y que de limosna le diese un rincon en que ser enterrado; pero sabiendo que habia órden del padre rector de que fuese su cadáver llevado á México, se alegró mucho, y añadió: Yo rogaré á nuestro Señor morir á hora en que pueda hacerse sin notable incomodidad. Así fué, porque el dia 6 de junio á las tres de la tarde, entre actos fervorosísimos de fé, esperanza y caridad, entregó su alma al Criador á los treinta y cuatro años de edad y diez y seis de Compañía.

Célebres mi-

Se hizo tambien mision á los pueblos de *Teoloyuca y Huehuetoca*, en

que fué muy semejante el fruto de las almas y el trabajo de nuestros operarios. Fué muy singular en esta parte la que se hizo por peticion del Illmo. Sr. obispo de la Puebla á la provincia de Totonocapa. Hallaron los misioneros en los pueblos de *Xonotla, Hueitlalpan, Xuxupango, Chumatlan y Xontepec.* Formaron desde luego de la lengua totonaca, que á mas de la mexicana se hablaba en aquel pais, un catecismo y un compendio de las cosas muy necesarias y mas frecuentes en la confesion, que fué de mucha utilidad á todos los pastores de almas. Publicaron el jubileo que á las misiones de la Compañía habia concedido la Santidad de Clemente VIII. No tenian aquellos indios dificultad alguna en la confesion de sus culpas. El trabajo de los padres fué persuadirlos á la santa comunion del cuerpo y sangre de Jesucristo. El demonio, bajo la hermosa apariencia del respeto debido á tan adorable Sacramento, les habia infundido un horror muy pernicioso á su salud. Decian que ellos eran unos idiotas criados entre los montes: que no sabian leer los libros, ni comprender la sublimidad de aquel misterio: que no tenian monedas que ofrecer cuando comulgasen, ni vestiduras blancas con que adornarse para parecer en la presencia del Señor: que en recibiendo una vez á su Magestad, si por su desgracia volvian á caer en alguna culpa, habian de condenarse sin remedio. No favorecia poco á este error la conducta que habian tenido hasta entónces los párrocos de aquellos pueblos. Estos, llevados de un celo santo (aunque no el mas discreto en lugares de muchos vecinos) apénas daban licencia de comulgar á cuatro ó cinco una vez al año. Los indios estaban mas obstinados en esta parte; mas querian levantarse sin absolucion de los pies del confesor, que obligarse á llegar á la sagrada mesa. En realidad, la misma adhesion á sus vicios, singularmente á la deshonestidad y á la embriaguez, era la verdadera causa de su resistencia. Triunfó sin embargo la constancia de los padres de toda su dureza, y animados del ejemplo de algunos mas dóciles, llegaron á beber de las fuentes del Salvador y gustar el Pan de los Angeles con gran consuelo de sus almas, que aumentó el beneficiado de Hueitlalpan, haciendo un solemne convite en su casa, y sirviendo él mismo con el padre misionero á la mesa á todos los que habian comulgado. En Chumatlán, todos los hombres que habian de comulgar, se juntaron la víspera al ponerse el sol y tomaron en la Iglesia una disciplina. En Xonotlán, depuesta aquella falsa preocupacion, de que si comulgaban habian de condenarse infaliblemente porque no habian de poder abste-

siones á otros partidos.

nerse de las culpas, quedaron por el contrario muy persuadidos, á que no habia de volver jamás á la deshonestidad, quien habia tenido la felicidad de gustar el vino que engendra vírgenes. Esto lo confirma maravillosamente lo que dos años despues esperimentó y escribió agradecido á uno de los padres el cura de aquel pueblo. Confesaba á una india soltera y bien ocasionada, y examinándola con diligencia sobre el sexto, siempre respondió que en aquella materia no le reprendia cosa alguna su conciencia; porque despues (añadió) que recibí la sagrada comunion por consejo de un padre de la Compañía que predicó en este pueblo ahora dos años, propuse firmísimamente en mi corazon, no ofender mas á mi Dios y á mi padre con ese género de culpas, y por su misericordia así lo he cumplido.

Frutos del colegio de Oaxaca.

En Oaxaca desde la mitad del año antecedente se habia ofrecido bastante cosecha de penalidades y merecimientos en el servicio de los apestados, á que se procuró asistir, singularmente á la gente pobre en todo género de espirituales y temporales alivios. Pero aun fué de mas edificacion y utilidad el importante obsequio que hicieron dos de nuestros religiosos á aquella ciudad en los principios de este año. Sobre no se qué competencia de jurisdiccion (fuente ordinaria de semejantes discordias) hubo alguna disension entre las dos cabezas eclesiástica y secular, como suele suceder: los partidarios de uno y otro gremio llevaban mas léjos los excesos de su pasion, coloreada bajo el nombre de justicia. Hervia aquella república en chismes é historietas indignas de la nobleza y de la cristiandad de sus cabezas. Despues de varias tentativas, un padre de los nuestros ganando primero los ánimos con la suavidad y la dulzura, compuso entre sí á los principales interesados, cuyo ejemplo siguieron fácilmente los demas. No tuvo que luchar con pasion tan débil, ni con espíritus tan racionales otro sugeto del colegio. Era muy pública y muy antigua la enemistad de un eclesiástico con un secular, de quien seis años ántes habia recibido una injuria. El clérigo, hombre poderoso, habia seguido la demanda segun todo el rigor de la justicia: habia traido de México un juez pesquisidor: habia hecho pasar á su enemigo por la pena del tribunal eclesiástico, y dejándolo inhábil para representar jamás algun papel en la república. Sin embargo, aun no se daba por satisfecha su cólera y mortal rencor. Tanto, es verdad que ningunos son mas obstinados en el vicio que los que por su profesion y su carácter están mas obligados á la virtud, cuando una vez han degenerado de su primer esplendor. Un religioso co-

nocido en toda la ciudad por su eminente virtud encontrándolo en la calle, habia pedídole hincado de rodillas con lágrimas que perdonase á su enemigo y no diese al pueblo aquel escándalo. No bastando estas razones ni el crédito del suplicante, sacó un crucifijo representándole aquel grande ejemplar de la tolerancia y mansedumbre cristiana. Nada bastó, y aquel hombre endurecido, ántes recibió como nuevo agravio un oficio de tanta caridad. El Sr. obispo habia emprendido la misma conquista, añadiendo á la razon todo el peso de la autoridad; pero por ciertas dificultades que sobrevinieron, hubo de ceder y encomendar á uno de la Compañía aquella negociacion. El padre comenzó por ganar la voluntad de aquel hombre protervo. Las veces que hablaba con él de este asunto, ó no contestaba á la conversacion, ó parecia favorecer á su pasion no contradiciendo; pero cuando se proporcionaba tratar de lo mismo en otra persona, le pintaba con los colores mas negros la dureza del corazon, haciéndosela ver como una pasion infame y muy agena, no solo de la religion, sino aun de la dignidad y nobleza del espíritu humano. Con este inocente artificio repetido siempre en aquellas ocasiones en que por no tocar inmediatamente á su persona le hallaba mas dócil, fué insensiblemente disponiéndole el ánimo, hasta que hablándole abiertamente, consiguió de él cuanto pretendia, quedando muy agradecido á su benefactor, y toda la ciudad muy edificada de las demostraciones de benevolencia y de amistad con que procuró resarcir los pasados escándalos.

Frutos del colegio de Veracruz.

Los ciudadanos de la Veracruz manifestaron bien por este mismo tiempo aquel sólido aprecio de la Compañía, en que se ha distinguido despues tanto esta ciudad. Con la falta de las flotas se habia comenzado á sentir tanta pobreza y carestía de lo necesario, que los religiosos de otras dos religiones se vieron precisados á desamparar la tierra, dejando en sus conventos uno ó dos sugetos. Las personas mas ricas y mas principales de aquella república, recelando que los de la Compañía, obligados de la necesidad no tomasen la misma resolucion, pasaron prontamente al colegio, ofreciendo á los padres, en nombre del cabildo todo lo necesario, no solo para los sugetos que habia al presente, sino para otros muchos que vinieran. Muy presto se presentó la ocasion en que los jesuitas mostrasen á la ciudad su agradecimiento. Habia á principios de aquel mismo año el pirata ingles Guillelmo Parker, sorprendido el puerto de S. Francisco de Campeche, como á ciento veinte leguas de Veracruz, en la península de Yucatán. Se temia

que se dejase caer sobre Veracruz, y dando el miedo cuerpo á la aprension, se habia ya tocado arrebato una noche, creyendo haber las naves inglesas dado fondo en la costa. Se avisó á México, de donde bajaron prontamente doscientos soldados. Poco despues, habiéndose visto de muy léjos algunas velas, y no pudiéndose distinguir la bandera, se volvió á conmover toda la ciudad, y ya se disponian á marchar á la costa algunas compañías para impedir el desembarco. Los padres fueron á ofrecerse al gobernador para acompañar la tropa y servir de capellanes, sin mas sueldo que el que promete Jesucristo á sus soldados en las incomodidades y las cruces. Quedó la ciudad muy agradecida á esta prontitud de ánimo, aunque viendo despues ser de España las naves que el susto habia figurado enemigas, no pasó de la voluntad el obsequio. Sin embargo, los que no habian sacrificado sus vidas á los trabajos y á los peligros de la guerra, la sacrificaron bien presto á los rigores de la epidemia, que prendió violentamente en los soldados que habian venido de México, y los recien venidos de Europa. Los jesuitas, no contentos con los ministerios espirituales, en que sin interrupcion se ocupaban dia y noche de las limosnas que la liberalidad de los vecinos ofrecia al colegio, mantenian, curaban y proveian de lo necesario á algunos otros, para que en Jalapa ó en otro lugar ménos dañoso á su salud, se preservasen de la enfermedad, ó se restableciesen en la salud. Resplandeció mucho en esta ocasion la caridad y fervor del padre Juan Rogel. Este anciano, cerca de los setenta años de su edad, endurecido en los ejercicios de la vida apostólica, se encargó de los galeones, y residió en S. Juan de Ulúa, predicando incesantemente y confesando á toda gente de mar, á quien el general, con ánimo de volver á España dentro de quince dias, no habia permitido poner pié en tierra. El padre Rogel, con la actividad de un jóven asistia á todos, consolaba á los enfermos, predicaba á los sanos, confesaba á los penitentes, ayudaba á los moribundos, con una alegría y espedicion que pasmaba.

Alzamiento de los guazaves y reduccion de los ures.

La tranquilidad de que á fines del año antecedente se habia comenzado á gozar en Sinaloa, no podia ser muy constante miéntras se procedia en los informes é inquisicion de los delincuentes. Los guazaves, cuanto mas dóciles para el bien, tanto mas fáciles á las siniestras impresiones de sus ancianos, habian, por instigacion de uno de estos, conspirado en acabar con los padres. Tuvo aviso por un indio fiel D. Diego de Quiroz, capitan y alcalde mayor de la villa, y partió luego

con quince soldados. El gefe de los rebelados salió á recibirlos á la frente de mas de doscientos indios, que se pusieron en fuga á la primera descarga, dejando á su caudillo en manos de los españoles. Los fugitivos llevaron el espanto y la consternacion á su pueblo, en que todos dejaron sus casas y se acogieron á la nación de los ures. Estos no bien seguros de las intenciones del español capitan, salieron á recibirlo en número de cuatrocientos, armados; pero hablándoles el padre por medio de un intérprete, supieron aprovecharse con una prontitud admirable de aquel momento oportuno. Mostraron mucho gusto á las proposiciones del padre, y prometieron hacer Iglesias y vivir en quietud. Volviendo algunos dias despues el misionero, tuvo el consuelo de hallarlos muy confirmados en su primera resolucion. Ellos de su voluntad habian juntado los párvulos en número de mas de ciento cuarenta, que ofrecieron para el bautismo; y siendo la nacion de las mas numerosas, se repartieron en cuatro ó cinco pueblos, cuyas situaciones demarcó el padre Villafañe, haciendo todos los oficios de padre y fundador de aquellas colonias, con que dilataba el imperio de Jesucristo. En todas se fabricaron Iglesias, y se dió principio á su doctrina. Los guazaves, vueltos de su temor, y asegurados del capitan y del mismo padre que habian entrado á buscarlos, se restituyeron luego á su pais, y en las siguientes ocasiones ayudaron con mas fidelidad que algunos otros á los españoles en sus espediciones militares. Restablecida por este lado la serenidad, se levantó por otro la reciente tormenta. Los de Ocoroiri, en defensa de una muger de su pais, habian dado muerte á un cacique de los tehuecos, que con violencia pretendia sacarla de su casa. Esta nacion numerosa y guerrera resolvió tomar una ruidosa venganza. Jamás se habia visto entre aquellas gentes espedicion mas bien concertada. Convocaron á todos sus pueblos, y señalaron el lugar donde habian de juntarse, y el dia de la marcha, con tanto silencio y precaucion que no pudieron los ocoroiris penetrar sus designios hasta que los tuvieron sobre los brazos. Dividieron su ejército en dos trozos, sostenidos unos y otros de algunos caballos que habian ya comenzado á multiplicarse en el pais. Marcharon todo el dia y la noche; pero por diligencias que hicieron no pudieron llegar á Ocoroiri hasta la punta del dia. Flecharon á un indio que habia madrugado á su pesca, lisongeándose que sorprenderian el resto de los moradores sepultados aun en el sueño. El indio, aunque mal herido corrió á dar noticia al padre Pedro Mendez, que se hallaba en el pueblo.

Guerra de ocoroiris y tehuecos.

Los tehuecos habian dispuesto su gente, de manera que la una parte acometiese á la frente del pueblo, quedándose la otra en emboscada por el lado contrario, á cubierto de una arboleda, de donde no debia salir hasta estar los ocoroiris empeñados en la accion, sin que tuviesen mas aviso que el incendio de sus casas, y el alarido de las mugeres y los niños. Si la prudencia del cacique de Ocoroiri no hubiera trastornado un proyecto tan bien discurrido, aquel dia hubiera sido perniciosísimo á la cristiandad de Sinaloa, y habria acabado con una de las mas quietas y mas fervorosas poblaciones. El, ó porque hubiese tenido noticia de la situacion del enemigo, ó por uno de aquellos rasgos de la providencia, poco comunes en su nacion, viendo á sus gentes correr en tropel, donde los llamaba la algazara del enemigo, los contuvo, diciendo que no dejasen el pueblo, sus mugeres y sus hijos, espuestos á la invasion de los tehuecos, que podian dividirse, y amparados del bosque acometer la poblacion. Efectivamente, miéntras unos marcharon á los enemigos, quedó otro cuerpo de reserva para defensa del lugar. Los tehuecos que habian quedado en el monte corrieron en furia á prender fuego á las casas; pero la sorpresa de ver descubierta y prevenida su estratagema les hizo perder el valor. A vista de sus prendas mas queridas, los ocoroiris, acometieron con un ímpetu á que fué imposible resistir. Huyeron en desórden de una y otra parte los tehuecos, dejando muchos muertos y muchos prisioneros en manos de los bravos ocoroiris, que prácticos en aquellos caminos les inquietaron mucho, siguiendo el alcance hasta el medio dia.

Otros sucesos de Sinaloa.

Habia venido poco ántes noticia al alcalde mayor, que á seis leguas de la villa se veian algunas sementeras que por no estar vecinas á alguno de los pueblos, parecian ser de los indios fugitivos, homicidas del venerable padre Tapia. Aumentaba la sospecha que los pocos indios que solian verse en ellas, se ocultaban luego y se retiraban con diligencia á lo interior del monte. Envió el capitan algunos españoles é indios amigos á reconocer la gente. Los rebeldes, ó por aviso que tuvieron, ó porque su poca seguridad los hacia estar siempre prevenidos, se habian ocultado entre las sementeras. Repentinamente cayó sobre los pocos españoles una nube de flechas, de que quedaron dos heridos. El resto con los indios aliados acometieron á los fugitivos, que con poca pérdida se salvaron en los montes. De los españoles heridos sanó el uno despues de muchos años. El otro, cristianamente preparado, murió á las dos horas, aunque habia muy poco penetrado en el muslo la

flecha emponzoñada. Fué cosa singular que cavando en la villa la sepultura un criado, á quien el difunto amaba tiernamente, cayó repentinamente muerto y bañado en lágrimas en la sepultura que preparaba á su amo, donde como uno de aquellos ejemplos de fidelidad que rara vez se ven en el mundo, fueron juntamente enterrados. En medio de estas revoluciones no dejaban de recoger muchas mieses los fervorosos obreros. Habian pasado de cuatro mil los bautismos entre párvulos y adultos. Los nuevos cristianos se veian avanzar sensiblemente en el amor y adhesion de las santas prácticas de nuestra ley. A un niño de pocos años, despues de haberse confesado, preguntó el padre quién podia sanarle de aquellas enfermedades del alma, á que respondió muy afectuosamente: „*Nadie, padre, en el mundo sino Dios, y tú en virtud de su palabra.*" Un indio de la sierra en que habian entrado los padres, hallándose acometido de una grave enfermedad, y no teniendo algun padre con quien confesarse, anteponiendo la salud espiritual á la del cuerpo, caminó muchas leguas por confesarse, creyendo que habia de hallar en el Sacramento de la penitencia la quietud de su conciencia y el remedio de su enfermedad, como lo halló efectivamente, cooperando el Señor á la firmeza de su fé. Habíanse un poco excedido en la bebida algunos neófitos, inducidos de un perverso anciano: reprendió el padre la accion ágriamente en el púlpito, y luego los delincuentes, hincándose de rodillas en presencia de todo el pueblo, confesaron su culpa y se condenaron á tomar una disciplina para satisfacer á la divina justicia. Faltaba uno de los culpados, y advirtiéndolo un viejo deudo suyo, le hizo que viniese al otro dia á la Iglesia é imitase en la penitencia á los que habia seguido en la disolucion. Tuvo un indio apasionado el atrevimiento de entrar á casa de una india á horas que estaba sola. Ella, revestida de indignacion al proponerle su torpe deseo, se le acercó disimulando el enojo, y quebrándole la flecha que traia en la mano, le quitó el arco y le dió con él muchos golpes, diciéndole... ¿Y qué no sabes que soy cristiana, que nuestra santa ley prohibe toda impureza, que oigo la palabra del Señor y recibo su santo cuerpo? Así recompensaba el Señor con espirituales y sólidos frutos á sus ministros de lo mucho que cada dia tenian que sufrir en los continuos movimientos é inquietudes de los bárbaros.

Mision á Culiacán.

En uno de aquellos intervalos, en que la fuga de los indios les dejó algun tanto desocupados, como no sabe acomodarse bien con la inaccion aquel fuego que consume á los hombres apostólicos, el padre *Her-*

nando de Santarén con otro compañero, partió á Culiacán, donde habia dejado grande opinion desde la vez primera que visitó aquella provincia. En los españoles y en los indios se hizo un fruto copiosísimo con la publicacion del santo Jubileo. De ahí llamados de unos en otros pueblos, pasaron á la provincia de Topía y real de S. Andres. Los indios, por no perder la doctrina celestial de que estaban hambrientos, seguian á los padres de unos lugares á otros. En todos ellos salian á recibirlos con cruces altas cantando á coros la doctrina. Treinta poblaciones recorrieron, y hubo algunas en que pasaron de ochocientas las comuniones. La disciplina y el uso del santísimo Rosario, abrazaron con tanto fervor, que aun despues de cerrada la Iglesia venian muchos á disciplinarse ó á rezar en el cementerio. El vicario de Culiacán, algun tiempo despues de acabada la mision, escribe así: „Es de dar gracias á nuestro Señor, y despues á VV. RR., que los indios é indias de repartimiento que vienen por tanda de sus pueblos á servir á los españoles, traen muy de ordinario los rosarios en la mano, y que el indio con su carga á cuestas, y la india con su cántaro al hombro, van y vienen rezando con harto ejemplo, y aun confusion de sus amos. El desinterés y el dulce trato de los misioneros, robó de tal suerte los ánimos de los indios, que enviaron á Sinaloa cuatro diputados con una carta muy espresiva al padre Martin Perez, superior de Sinaloa, para que la Compañía se encargase de aquellos pueblos, ofreciendo ellos pasar á México á negociarlo con el Sr. virey y con el padre provincial.

Progresos de la mision de Tepehuanes.

Lo que la cercanía de los españoles no permitió lograr á los tahues, conseguian con grande utilidad suya los tepehuanes. El padre Francisco Ramirez avanzó este año hasta el valle de Atotosilco. Hay en él cinco pueblos que recibieron al padre con extrema alegría. Celebrados allí en la semana santa los sagrados misterios y reducidos á determinada poblacion algunos montaraces, de ahí volvió á la Sauceda, en que la hambre habia obligado á bajar de sus sierras un gran número de bárbaros, que oyeron por la primera vez las palabras de salud. Aquí tuvo noticia el fervoroso misionero de una pequeña poblacion no muy distante, en que hasta entónces no habia sido anunciado el reino de Jesucristo. Partió luego para allá, y preguntando á los moradores porqué no iban á la Iglesia á oir, como los demas la palabra de Dios, y á pedir el santo bautismo, respondiéronle que no iban á la Iglesia por no morirse: que los vivos no podian estar seguros entre los muertos: que ellos estaban en sus casas y los muertos en la suya; así llamaban á l a

Iglesia por haber visto que en ella se daba sepultura á lso cadáveres. El padre tomó de aquí ocasion para desengañarlos de su error y hablarles de la necesidad que tenemos todos de morir y de la esperanza que alienta á los cristianos de la vida eterna é inmortal para que Dios crió al hombre. Oyéronle con suma atencion, y el padre les envió luego una Cruz y un catequista que les enseñase la doctrina. Colocáronla en medio de sus pobres chozas, y al rededor de ella se juntaban dos veces al dia para disponerse al bautismo. De aquí pasó á un monte cercano, en que como otras tantas fieras vivian los indios en las cuevas y las aberturas de las rocas entre quebradas impracticables. El primer dia, despues de mucha fatiga y cansancio, vió un indio en lo mas alto de la roca. Subió luego con inmenso trabajo y poco fruto, porque el bárbaro, armado de arco y flecha en una mano, y con una sarta de pescado en la otra, á la presencia de un hombre desconocido, sin hablar palabra, le puso delante el pescado, y corrió con admirable velocidad á ocultarse en la espesura. Quedó sumamente desconsolado el varon de Dios; sin embargo, perseveró ocho dias buscando entre aquellas grutas y picachos inaccesibles las preciosas almas. Bendijo el Señor su constancia, porque con una docilidad cuasi sin ejemplo, al fin de este tiempo bajaron siguiendo al misionero cargados de sus hijuelos y sus pobres alhajas á poblarse en el valle. Fabricaron chozas y una pequeña capilla en que asistian á la doctrina. En uno de aquellos dias, en presencia de los salvages y de algunos españoles que habian venido á misa, llegó de un pueblo distante seis leguas una india jóven, vestida decentemente al uso mexicano, y acompañada de muchos de sus deudos á pedir el bautismo. Díjosele que no podia recibirlo sin estar suficientemente instruida en la creencia y obligaciones de nuestra religion. Bien sé todo eso (respondió) y he procurado disponerme para este favor, sin el cual he resuelto no volver á mi pátria. El padre, despues de algunas preguntas, hallándola perfectamente capaz, le confirió el bautismo con mucho consuelo suyo y piadosa emulacion de los catecúmenos, á quienes dejó confusos la suficiencia y fervor de la estrangera.

A pocos dias pasó el padre, como habia prometido, al pueblo de aquella nueva neófita en que habia estado de espacio el año ántes. Sus antiguos hijos en Jesucristo salieron á recibirle colmados de gozo, singularmente el viejo de quien hemos hablado antecedentemente, que besando al padre la mano le dijo con lágrimas: *Muchos años ha que trato* Nuevos establecimientos.

con españoles sin que hagan caso de mí: tú solo me estimaste, me socorriste con el santo bautismo, y me diste tu mismo nombre. Yo practico lo que me has mandado y hago oracion á Dios, y le doy voces cuando me veo solo por esos campos, pidiéndole de todo mi corazon que me perdone mis pecados y salve mi alma. Se logró que se estableciesen en Papatzquiaro algunos serranos que la hambre habia obligado á bajar de sus picachos, y se dió alguna forma de gobierno político á esta poblacion, que ha sido despues la principal de los tepehuanes. Mas dificultad costó la fundacion de otro pueblo no muy distante. Habia en su vecindad algunos salvages los mas fieros y desconfiados de toda la provincia, exhortábales el padre á que dejaran los bosques y las rocas y poblasen en sitio acomodado: despues de muchos consejos, permanecian en su dureza, y hubieran permanecido largo tiempo, si una buena muger, interrumpiendo al misionero, no les hubiera persuadido con sus voces é incitado con su ejemplo á la fundacion de la nueva colonia, á que se dió principio á los 16 de julio con el nombre de Santa Catarina. Para el dia próximo de Santiago Apóstol se dispuso un solemne bautismo de muchos párvulos y adultos, entre los cuales iba un cacique jóven que habia seguido al padre desde Guanacevi, distinguiéndose entre los demas catecúmenos, no tanto por su nobleza, por la gentil disposicion de cuerpo y por las bellas prendas de su espíritu, como por un singular afecto al padre, y un extraordinario fervor. El padre Ramirez formó de él un catequista diligente, y un coadjutor fidelísimo de su ministerio apostólico. Predicaba á los suyos con una claridad y una vehemencia que el mismo padre admiraba, y sus exhortaciones, sostenidas de una vida ejemplar y de la autoridad que le daba entre ellos su nacimiento, contribuyeron mucho á la cristiandad, que se vió florecer muy presto en aquel pueblo. Sus padres, gentiles, atraidos con sus consejos, y de la estimacion que se hacia de su hijo, determinaron alojarse en el mismo pueblo en que despues fueron ejemplares cristianos.

Raros sucesos de los chichimecas.

Aun con mayor felicidad crecia la semilla del Evangelio entre los chichimecas de S. Luis de la Paz. El Exmo. conde de Monterey, informado de la utilidad de esta mision, habia mandado fabricar, á costa de la real hacienda, la casa y templo de la Compañía en que estaban de asiento dos padres y un hermano. Habia juntamente relevado á los indios que quisiesen establecerse allí de todo tributo y servicio personal fuera de la ropa, carne y maiz con que se habia comprado de ellos la paz y la seguridad desde el tiempo de su antecesor D. Luis de Velas-

co. Con estos piadosos arbitrios eran muchos los que cada dia se avecindaban en el lugar. El Seminario de Indizuelos que allí tenia la Compañía, era juntamente un Seminario de virtud, y un atractivo para los padres, hermanos y parientes de aquellos niños, que los veian salir de allí mudados en otros hombres. Grande ejemplo fué, así del propio aprovechamiento como del aprecio que hacian de la educacion que se daba á sus hijos, lo que aconteció por este tiempo con un indio muy racional y principal cacique del pueblo. Cayó por su desgracia en un exceso de que él solia corregir á los suyos. Estos, ó llevados del mismo fervor, ó de una perniciosa complacencia de venganza, lo despidieron sin dejarlo entrar á su casa cargándolo de injurias. Sufrió humildemente aquellos ultrages, que en otro tiempo hubiera lavado con sangre, y corrió á buscar consuelo en los padres. No halló en ellos mejor acogida: prevenidos de su arribo habian mandado cerrar la puerta y decirle que no admitian en su casa ébrios y escandalosos. Estremadamente afligido fué al alcalde mayor para que los padres le recibiesen en su gracia. En efecto, lo recibieron con una grave represion; pero observando el buen cacique que no le trataban con aquella misma dulzura y confianza que ántes, y sabiendo que diez leguas de allí estaba un alcalde de corte que habia ido de México, partió á verlo para que interpusiese su autoridad y los padres le perdonasen enteramente, y no le hiciesen la injuria de desconfiar de su arrepentimiento. Con la recomendacion de aquella persona, de quien trajo cartas, y unas muestras tan seguras de la enmienda que prometia, volvió muy consolado á su pueblo y á la antigua estimacion de los padres. Habíase huido en el tiempo que faltó de S. Luis un hijo suyo que estudiaba en nuestra casa, y el cacique, estremamente afligido de esta desgracia. Todo cuanto habeis hecho conmigo, padres, (les dijo) de no permitir que entrase en esta casa y haberme escluido de vuestra amistad, no ha sido para mí tan sensible como el saber que por mi maldad hayais despedido á mi hijo. ¿Qué culpa tiene él de lo que yo hice? Si yo pequé me hubierais reprendido á mí, y no despidierais de vuestra casa á mi hijo, pues lo habeis criado en ella, y educado tan cristianamente léjos de los malos ejemplos que ahora lo conducirán á la perdicion. Los padres le desengañaron que no habian sido, ni jamas serian tan inhumanos que castigasen en un hijo inocente el crímen de su padre. Que el niño se habia huido, y que despues de muchas diligencias no habian podido descubrirle: que siempre que volviese seria recibido con el mismo agrado.

Esta aventura, y otras muchas que pudieran referirse de este género, aunque de poca importancia entre personas cultas y criadas á los pechos de la religion, pero en la barbarie y austeridad de una de las naciones mas feroces y mas sangrientas del mundo, da á los que tienen ojos una idea bastantemente clara de la eficacia y suavidad de la divina palabra que con tanta facilidad saca miel y óleo suavísimo de las mas duras rocas, y hace de las piedras hijos de Abrahan. La situacion de S. Luis de la Paz era por otra parte ventajosa para escursiones frecuentes á S. Luis Potosí. A nuestra Señora del Palmar, á las minas de Sichú, y algunos otros lugares en que no las necesitaban ménos los españoles que los indios, y en que á unos y otros se ayudaba con igual caridad.

El Sr. arzobispo de Nueva Granada pretende llevar á su diócesis algunos jesuitas

Las misiones de la provincia de Nueva-España no eran solo para fundar nuevas cristiandades entre naciones en los confines de la América septentrional, aunque tan vastos. Despues de haber enviado operarios infatigables, primero ácia el Poniente hasta las Islas Filipinas, en que ya quedaba fundada una vice-provincia utilísima para las regiones de la Asia, y de haberse estendido por el Norte hasta trescientas leguas adelante de México, en partes donde jamas se habia oido el adorable nombre de Jesucristo, se dispararon este año sus saetas de salud á las dilatadísimas regiones de la América meridional, en que con el sólido cimiento de la pobreza y de la incomodidad y tribulacion, dieron principio á una de las mas floridas y religiosas provincias de la Compañía en aquellas regiones. Hallábase en México de inquisidor mayor, y electo arzobispo de Granada, el *Illmo. Sr. D. Bartolomé Lobo Guerrero*, hombre de un grande mérito y de un singular afecto á la Compañía. No juzgó poder satisfacer mejor á las grandes obligaciones de su nuevo carácter que llevando consigo algunos de ella, que en la Europa y en México habia visto ejercitarse con tan conocida utilidad en servicio de las almas. Y á la verdad las necesidades de su Iglesia pedian un socorro muy pronto. Aunque en la provincia no sobraban sugetos, era grande la autoridad y afecto del pretendiente, y mayor la importancia de la empresa para que no se hubiese de condescender de parte del padre provincial. Destinó, pues, el Padre Estevan Paez para esta espedicion al padre *Alonso Medrano*, que por diez años continuos habia ejercitado en esta provincia el oficio de misionero, y acostumbrádose á la fatiga y ministerios de la vida apostólica, y por compañero al padre *Francisco Figueroa*, poco ántes

venido de la Europa, y que daba muchas esperanzas, segun la virtud y prendas que le asistian, de ser heredero del doble espíritu del padre Medrano; partieron del puerto de Veracruz el dia de Santa Catarina, 30 de abril de 1598. No fué muy favorable á los navegantes el mar hasta la Habana; pero pudo tenerse por muy feliz esta primera navegacion, respecto de los grandes trabajos con que quiso Dios probar su paciencia en lo que les restaba. Tuvieron que huir con bastante susto algun tiempo seguidos de un pirata inglés que infestaba aquellos mares. A la altura de Jamaica pareció haberse desencadenado todos los vientos. El cielo por once dias ántes habia estado continuamente cubierto de negras nubes que no dejaban observar el sol ni las estrellas, como amenazando con una de las mas espantosas borrascas. Sobrevino en efecto con tal furia, que á pocas horas habian ya perdido el palo del trinquete, y poco despues el mayor. Procuraron remediarse con los que llevaban de respeto; pero no era este aun el mayor trabajo. El golpe del árbol mayor y del trinquete habia quebrantado mucho el navío, y hacia por muchas partes tanta agua, que muchos hombres condeñados dia y noche al continuo ejercicio de la bomba, no podian agotarla. Fué necesario echar á la agua mucha carga, y entre los primeros baules que se alijaron, hubieron de ser aquellos en que llevaban los padres su poca ropa, sus papeles y sus libros, para que aun despues de pasada aquella tribulacion tuviesen que sentir los efectos de la santa pobreza. Ya no parecía quedar esperanza alguna de remedio. El ilustrísimo habia hecho confesion general y lo mismo los padres, y muchos de los navegantes. Por el espacio de cuarenta y ocho horas se habian mudado sobre el bajel todos los vientos, y todos igualmente furiosos. La confusion y el espanto de un próximo inevitable naufragio, habia hecho callar y volver dentro de sí aun á las gentes mas licenciosas. En medio de este triste silencio y turbacion saludable de los ánimos, el padre Medrano despues de haberlos exhortado con un crucifijo en las manos á fervorosos actos de contricion, les hizo poner toda su confianza en la intercesion de nuestro bienaventurado padre Ignacio. Les refirió para animarlos algunos casos de su admirable vida, singularmente aquel en que volviendo de Palestina se perdió el navío que no quiso recibirle á su bordo, y se salvó aquel en que fué recibido el Santo peregrino. Diciendo esto, ató á un cordel un pedazo de cilicio con que el santo habia afligido su carne y lo arrojó á las olas, clamando el arzobispo y todos á una voz: *Santo*

Sosiegan la tempestad con una reliquia de S. Ignacio.

padre Ignacio, ayúdanos. Efectivamente, desde aquel mismo instante amainó la furia del viento y dentro de muy poco volvió la serenidad deseada. El ilustrísimo autenticó en toda forma la maravilla, y remitió el proceso al padre general Claudio Aquaviva, prometiendo celebrar al santo anual fiesta en su Iglesia, siempre que la Sede Apostólica lo juzgase digno de los altares.

Padecen nuevos trabajos, y llegan á Cartagena.

Mas aun no era esta la última calamidad que les faltaba que sufrir. Sosegada la furia del mar y de los vientos, y vueltos en sí de aquella confusion, se hallaron sin saber á donde dirigir el rumbo despues de trece dias que los pilotos no habian podido observar, con el barco maltratado y haciendo continuamente mucha agua, las calmas grandes y continuas, y lo peor de todo, tan faltos de agua, que el dia del seráfico patriarca S. Francisco se hallaron cuarenta y cinco personas con solas nueve botijas. No permitió el Señor quedase burlada la esperanza que en su siervo Ignacio habian puesto los navegantes. Al dia siguiente sopló un viento favorable, descubrieron tierra, y dentro de pocas horas se hallaron, sin saberlo, dentro del puerto que buscaban de Cartagena. El encuentro y la vista de otros mas infelices los consoló bien presto de todas sus pasadas congojas. Hallaron en Cartagena dos padres portugueses que navegaban á la India oriental, y á quienes una violenta tempestad sobre el Cabo de Buena Esperanza arrojó hasta el Brasil. Del Brasil á las Terceras, de allí á Puerto Rico, luego á Santo Domingo, de donde habian venido á Cartagena para volverse á Lisboa. Consoláronse con la mútua relacion de los trabajos que con tanta resignacion pasaban por Jesucristo, y partiendo los unos para Europa, caminaron los otros á Santa Fé en compañía del ilustrísimo. Dispuso la Providencia para el éxito feliz de la propagacion del Evangelio, y establecimiento de la nueva provincia, que gobernase por entónces el nuevo reino de Granada, en calidad de comandante general y presidente de la real audiencia, un hombre de la misma actividad, de la misma religion y el mismo celo que el Illmo. arzobispo. Era este el *Dr. D. Francisco Sande*, caballero del hábito de Santiago, cuya probidad y literatura habia premiado el rey católico con los distinguidos empleos de alcalde de corte y oidor de la real audiencia de México, de gobernador, capitan general y presidente de la real audiencia de Filipinas, y luego de Guatemala. En todas partes habia sabido hermanar el servicio de Dios con el del César, y la severidad con la prudencia. El antiguo afecto que tenia á nuestra religion

creyó le daba derecho para llevar á su casa á los dos padres. Escusáronse estos con las obligaciones que debian al ilustrísimo, á cuyas súplicas no habian sin embargo cedido en esta parte, y con amorosas quejas y mucha edificacion de uno y otro, prefirieron, segun la costumbre santa de nuestros mayores, el hospital de la ciudad á las comodidades de los palacios. Es verdad que el amor ingenioso del arzobispo y del presidente supo procurarles en el hospital toda la comodidad de que era capaz aquel pobre hospicio, contribuyendo con todo lo que necesitaban para el sustento y el vestido.

Descripcion de la N. Granada.

El descubrimiento de estas regiones se debe á *Gonzalo Jimenez de Quesada*, que por mandato de *D. Pedro Fernandez de Lugo*, adelantado de Canarias, entró en Santa Marta por el rio de la Magdalena el año de 1536, y aunque hubo alguna competencia entre él, Sebastian de Belalcazar y Nicolas Federmar, que habiendo partido el uno de Quito y el otro de Venezuela, vinieron sin noticia alguna á juntarse en las riberas del mismo rio; prevaleció sin embargo el derecho de Gonzalo Jimenez, que en memoria de su patria impuso á estas regiones el nombre de Nuevo Reino de Granada. Antiguamente no se comprendian bajo este título sino los señoríos de *Tunja* y *Bogotá*. Despues que fué erigida en chancillería se estiende su jurisdiccion de Oeste á Este del golfo de Darien hasta la embocadura del famoso *Orinoco*, en que están los gobiernos de Cartagena, Santa Marta, Venezuela, Caracas, y Dorado ó Nueva Estremadura. Tiene toda esta region de Este á Oeste como 400 leguas de largo y 260 poco ménos de Norte á Sur, y comprende los obispados de Santa Fé, Popayan, Cartágena, Santa Marta y Caracas. El temperamento es de una perpetua primavera con poca variacion, y declina un poco á frio, la tierra estremadamente fértil tanto de semillas, frutas y legumbres, como de oro y de esmeraldas. La tierra es montuosa, y la divide por medio de una larga cordillera desde *Popayan* hasta *Pamplona*, en que partiéndose en dos brazos corre la una ácia la gran laguna de Macaraibo, y la otra ácia Caracas. Riegan la region muchos y caudalosos rios, y cuasi todos traen sus vertientes de la Sierra. Los que nacen de la parte septentrional corren al mar del Norte, de que son los mas famosos, el Cauca, el de la Magdalena y el de la Hacha. Los que nacen de la parte austral, que son innumerables, enriquecen con sus aguas al Orinoco. Del descubrimiento, curso, grandeza y propiedades de este célebre rio, uno de los mas grandes del mundo, no preten-

domos hablar desde lugares tan distantes, en que nada podríamos añadir á la circunstanciada relacion de un hábil escritor que ha pasado cultivando aquellas naciones vecinas la mayor parte de su vida.

Las principales ciudades, y que propiamente pertenecen á la Nueva Granada son *Santa Fé de Bogotá*, *Tunja* y *Velez*, que por los años de 1537 y 38 fundó el mismo descubridor Gonzalo Jimenez. A la de Trinidad la fundó *Luis Lanchero* el año de 1547 á 24 leguas de Bogotá. *Pedro de Ursua* por el mismo tiempo fundó á Tudela. La Palma tuvo principio por los años de 1572. Tocaima el de 1595, y cuasi por el mismo tiempo Pamplona, Mérida y Mariquita. La relacion que el padre Alonso Medrano presentó á S. M. y al general de la Compañía en órden á la fundacion del colegio de Santa Fé es muy autorizada y muy digna de la curiosidad de nuestros lectores para que podamos omitirla. Es (dice) el nuevo reino de Granada una de las tierras mas fértiles y ricas de todo aquel nuevo mundo. Su temple es maravilloso, que siendo una perpetua primavera declina un poco á frio, de modo que con moderado abrigo no se hace mudanza de vestido en todo el año. Tiene el cielo alegre, la tierra es sana, y produce en grande abundancia trigo, cebada, maiz y todo género de granos de Indias y Castilla, mucha diversidad y abundancia de frutas, y todo género de legumbres. Hay muchos ingenios de azúcar, y muchas aves y toda especie de caza. Es casi innumerable el ganado mayor y menor de que se proveen las costas de Cartagena, Santa Marta y Venezuela, y las embarcaciones que llegan á esos puertos, á donde es muy fácil la conduccion por el rio de la Magdalena, que está muy cercano á Santa Fé, y por otro vecino á la ciudad de Mérida que desagua en la laguna de Maracaibo. Fuera de esto es la tierra mas rica de oro que se sabe haya hoy en el dia en lo descubierto, porque en solos cuatro asientos de minas principales que tiene, llamados *Zaragoza*, los *Remedios*, el *Rio de Oro de Pamplona*, y los *Llanos*, se saca cada año lo mas del oro que va en las armadas reales á Europa, que de solo el reino es mas de medio millon. En el pueblo llamado la Trinidad de los Mussos están las famosas minas de esmeraldas, que son las mas abundantes y las mejores que se sabe haya descubiertas *ab initio mundi*, pues siendo ellas finísimas, no han disminuido por ser muchas el precio de este género de piedras tan preciosas, y se llevan en grande cantidad por todas las Indias y á la Europa cada año. Finalmente el temple de todo el reino es tal, que se vive de ordinario con mucha salud.

Apénas se conoce enfermedad, y los mas mueren de vejez, como se esperimenta cada dia. Tiene grande abundancia de rios caudalosos, y fuentes de bellísimas aguas, por ser todas de minerales de oro. Tambien cria muchas y grandes mulas, y mucha y muy fina pita, que es un género de hilo muy estimado en las Indias y en Europa.

Aunque en todo el reino se comprenden muchas naciones, tres son las principales que están recogidas y puede cultivar la Compañía desde uno ó dos colegios. La primera y principal es la provincia de los indios *Moscas* que comprende á Tunja (que en otro tiempo se llamó Granada) y Bogotá con sus grandes distritos hasta Pamplona, que son poco ménos de cien leguas. Su lengua es la general de todo el reino, por haber sido de esta nacion los antiguos reyes y haber estado en ellos el sumo sacerdocio. Es gente de buena capacidad, valientes en la guerra, y ricos, porque guardan para mañana fuera del comun de los indios. La segunda nacion es la de los *Panches*, que se estiende por *Tocaima*, *Bague*, *Mariquita* y la *Villeta* al Noroeste de Bogotá. Su lengua es hermosa y muy fácil de aprenderse. La tercera es la de los indios *Colimas*, que corre por la Palma, Tudela y la Trinidad hasta Velez, como 50 leguas al Norte de Santa Fé. Son los *Moscas* mas de cuarenta mil tributarios. Los *Colimas* veinte mil, y de doce mil los *Panches*, fuera de las demas naciones estendidas por otras ciudades, que por todos tendrán de tributarios otros cuarenta mil. Las tres naciones están en distrito de poco mas de cien leguas de pueblos comarcanos unos con otros, como en España y Francia. De suerte, que siendo el número dicho de solo tributarios, que son los indios casados y cabezas de familia, se puede hacer juicio de doscientas mil almas en el reino de Granada, y que sin estenderse la Compañía á misiones apartadas (de que habria muchas como en el Perú) tendrá que doctrinar al rededor de sus colegios el dicho número de indios, fuera de un grande número de españoles; y para que mejor se vea, se dirá algo en particular de cada uno de los lugares principales.

Santa Fé de Bogotá es la mas grande y principal ciudad del reino, y residencia del Sr. arzobispo y del gobernador y presidente de la real audiencia. El arzobispo tiene por sufragáneos los obispos de *Popayan*, *Cartagena* y *Santa Marta* á que se añadió despues el de *Caracas*. La ciudad está situada á los 3 grados 78 minutos de latitud septentrional, y á los 307 y 30 minutos de longitud á la ribera del rio Pati. Su audiencia es la tercera de las Indias despues de México y Lima.

Cuando entraron en ella los primeros jesuitas, habria como tres mil vecinos españoles y veinte mil indios, tres conventos, de Santo Domingo, San Francisco y San Agustin, y uno de monjas con el título de la Concepcion, un hospital y cuatro parroquias con la catedral. Está la ciudad cercada de muy bellas huertas, muchos pueblos de indios que la abastecen de todo lo necesario, aguas muy saludables y copiosa pesca, por la vecindad del rio de la Magdalena. Son los edificios de Santa Fé de piedra y cal, por la mayor parte altos y hermosos, y de muy buena habitacion. De los pueblos vecinos concurren en gran frecuencia cada tercero dia con sus mercadurías á una feria á la plaza mayor de la ciudad. Hay fuera de estos indios otros dos mil que vienen cada semana á alquilarse al servicio de los españoles. Unos y otros carecen de quien les esplique en su lengua los misterios de nuestra santa fé, y así viven como bárbaros. *Tunja* es una ciudad poco mas de 20 leguas cuasi al Este de Santa Fé, de no menor nobleza que ella. Tiene como trescientos vecinos españoles, y veinte mil de indios. Las tierras en contorno son muy fértiles y abundantes de todo género de ganado. Los españoles son allí los mas ricos del reino. La iglesia parroquial es muy bello edificio. Hay religiosos de Santo Domingo, S. Francisco y S. Agustin, templos muy bien edificados, y monasterios de la Concepcion y Santa Clara. Tiene muchos pueblos cercanos y obrages en que se labran lanas y paños de todos géneros. Pamplona es una ciudad como á 80 leguas al Noroeste de Santa Fé, de mil vecinos españoles y muchos mas indios. Está cercada de muchas minas de oro, y es muy celebrada la cria de mulas que de aquí se llevan al Perú y á otras partes. Tiene las mismas religiones y un monasterio de Santa Clara. *Mérida* es una ciudad de seiscientos vecinos españoles, cerca de 50 leguas de Pamplona al Noroeste, situada en los confines de Nueva Granada y Venezuela, á la ribera de un rio que desagua en el Gran lago de Maracaibo. La Trinidad de los Mussos es ciudad de españoles y muchos indios. Está en ella la mas famosa mina de esmeraldas, que siendo las mejores se dan como piedras comunes y se sacan para toda la tierra. Los españoles en su primera entrada se repartieron entre sí siete mil, y entre ellas muchas de gran valor. Tiene iglesia parroquial y convento de San Francisco. La ciudad de la Palma es tan grande como la Trinidad. Hay en ella gran labor de lienzo que abastece toda la tierra. Tiene muchos ingenios de azúcar de que se provee todo el reino, y las armadas de

Cartagena llevan en grande abundancia. Velez es ciudad de españoles del mismo tamaño y calidad de la Palma. *Ibague*, es lo mismo, y solo se aventaja en crias de ganado mayor. *Mariquita*, es lugar de españoles, de quinientos vecinos y muchos indios. En ella son las minas mas famosas de plata que hay en todo el reino. *Tocaima*, es ciudad de españoles igual á Mariquita. Es famosa por lo delicado de sus frutas, y de buenos edificios, aunque suelen serle muy perniciosas las inundaciones del rio, por lo cual está ménos habitada que antiguamente. *Caceres*, la *Gruta* y la *Victoria* son pequeños lugares de muchas minas de oro, no muy ricas ni pobladas por falta de indios que las cultiven. Los *Remedios*, por otro nombre las *Quebradas*, es un asiento de minas de oro que se saca continuamente por el beneficio de mil y quinientos negros esclavos. *Zaragosa* es ciudad de mil vecinos españoles muy ricos, por las minas de oro mas abundantes de todo el reino. Hállase aquí el metal no en vetas, sino en unas como bolsas ó socabones de la tierra en que trabajan tres mil negros esclavos. La tierra es mal sana. *Sogamoso* es un insigne pueblo de diez mil indios, grandes idólatras, por haber estado aquí el mas famoso adoratorio de su infidelidad, gente inculta, dada á hechicerías y enteramente ignorante de nuestra santa ley, aunque ha setenta años que se bautizaron. En la vega de Santa Fé, hay diez ó doce pueblos de indios de tres mil almas cada uno, y treinta semejantes en la comarca de Tunja.

Volviendo á lo interior del nuevo reino, (prosigue el mismo padre) es constante tradicion entre los indios que habrá mil y quinientos años, los cuales cuentan como nosotros por el sol, que vino á esta su tierra del Oriente, un hombre venerable de color blanco, vestido talar, y cabello rubio hasta los hombros, que les predicó la verdadera ley, y les enseñó á bautizar los niños, de que conservan hasta hoy la ceremonia de bañar los recien nacidos en el rio. Dicen que caminaba en un camello, de que dan las señas puntuales, siendo así que nunca los hubo en esta tierra. Este hombre fué tenido de ellos en grande veneracion, y refieren que cuando iba á predicar de unos pueblos á otros se le abrian las rocas y le formaban caminos llanos. Esta especie de calzadas, como las vias romanas, duran hasta hoy, y les llaman las *carretas*, y de ellas he visto *dos*. La una en un pueblo llamado Bojaca, de tres leguas de largo, muy ancha y pareja, y lo mas de ella va por la ladera de una grande y áspera sierra. Verdaderamente si no

Cosas raras de aquel pais.

fué hecha con milagro, es de las obras mas grandes que se pueden ver de la antigüedad. La otra es en un pueblo de Bogotá á cuatro leguas de la capital de Santa Fé, y de donde ella tomó el nombre. Tendrá legua y media de largo, y de ancho poco mas de un tiro de piedra, tan pareja y derecha como si se hubiera hecho á cordel. Otras muchas hay en varias partes, á que los indios tienen tanta veneracion, que aunque los españoles caminen por ellas, ellos se apartan á un lado, como lo he observado muchas veces. Las mayores están en la provincia de *Sagamoso*, donde es tradicion que murió aquel hombre admirable, y que allí está su cuerpo y el del camello enterrados. Si esto no es fábula, se puede creer que los discípulos de los apóstoles hubiesen algunos pasado á estas regiones, como se refiere de los indios del Cuzco en el Perú, que tienen semejante tradicion. Despues dicen haberse aparecido entre ellos una muger anciana que les predicó dogmas contrarios á los de aquel hombre santo, aunque ni de unos ni de otros dan razon. Dejó esta muger cuatro hijos, llamados *Cuza*, *Chibchacum*, *Bochica* y *Chiminiguagua*. A estos como á su madre, que llamaron la diosa *Bagué*, erigieron templos y estátuas como á dioses, ofreciéndoles oro, esmeraldas, plumeria, frutas, y todo cuanto lleva la tierra. De aquí pasaron como los romanos á dar estos mismos honores á los que morian de sus caciques. A sus sacerdotes los creen descendientes del sol. A esta dignidad se preparan con grandes ayunos y terribles penitencias. No son casados, y en habiendo llegado á muger quedan contaminados é inmundos para no poder ejercer el ministerio de su sacerdocio. Este, como el principado secular, no pasa entre ellos de padres á hijos, sino de tios á sobrinos. Tienen dioses abogados de todo, enfermedades, partos, frutas, guerra, sementeras. Los ídolos son de palo, piedra, algodon, pluma, y muchísimos de oro, de cuya destruccion *ha habido mas celosos que de los demas.* A todos los ídolos llaman *Tunjos*, del nombre de un famoso cacique que lo dió tambien á la ciudad. Algunos traen al pecho una lámina de oro con los nombres de muchos de sus dioses, y á estas nóminas ó listas llaman *Chagualas*."

Todo esto es del padre Alonso Medrano. Sin embargo de lo mucho que habian poblado los españoles, permanecian siempre los indios despues de setenta y un años de conquistados, en sus mismas supersticiones. La causa es fácil de descubrir en una tierra de tanto oro que deslumbraba, digámoslo así, los ojos de los descubridores para no dejarles

atender á otra cosa. Las guerras con los panches y otras naciones en los primeros diez años, no dieron lugar á solidarse los indios bautizados en la doctrina del Evangelio. La primera audiencia vino á Santa Fé por los años de 1547. Las religiones que sobrevinieron á la conquista, y que en tantas otras partes de la América habian predicado con tanto fruto, no podian, á pesar de su celo, conseguir alguno en unos indios que por ser los mas ricos, eran tambien contra repetidas órdenes de S. M., los mas oprimidos. Allégase haber por mucho tiempo carecido el reino de propio pastor, sujeto al obispo de Santa Marta, mas de ciento y cuarenta leguas distante. La catedral no se erigió hasta el año de 1564. El primer arzobispo fué *D. Fr. Juan de Barrios y Toledo.* Este celosísimo pastor, informado de tan graves daños, juntó para proveer á su remedio un concilio provincial de sus obispos sufragáneos de Sta. Marta, Cartagena y Popayan. Una pequeña diferencia entre estos no dejó asistir á uno de ellos, y se disiparon sin efecto las buenas intenciones de aquel prelado, que murió poco despues. Su succesor, el Illmo. Sr. D. Fr. Luis de Zapata, de comun consejo del presidente, audiencia real, y todas las personas autorizadas del reino, determinó hacer una visita general de toda su diócesis. A pocos pasos descubrió la mucha idolatría que dominaba aun á los indios. Cuatrocientos de sus sacerdotes y maestros fueron castigados en auto público. El mucho oro de los ídolos y de los templos impidió el éxito de la empresa. Los ministros y demas familia que acompañaban al ilustrísimo no tenian un celo tan puro como el suyo. Sin saberlo el piadoso arzobispo tomaban para sí mucho de aquel oro, entrándose por las casas y hermitas de los indios á quitar las ídolos y cuanto á ellos se ofrecia de algun valor: este desórden hacia persuadir á los naturales que la guerra se hacia mas contra sus riquezas, que contra la religion de sus mayores. Por otra parte, los ministros reales que veian defraudarse de una gran parte de aquel tesoro procuraron impedir que se prosiguiese la visita, é informaron de ello al consejo. Murió algun tiempo despues el arzobispo, penetrado del mas vivo dolor, y estuvo vacante la sede diez años, en que echó profundísimas raices el mal. En este intermedio habia venido por presidente de aquella real audiencia el Dr. D. Antonio Gonzalez, y noticioso de la triste situacion de aquellas provincias, pidió á los superiores algunos religiosos de la Compañía. Concediéronsele los padres *Francisco de Victoria* y *Francisco Linero* con el hermano *Juan Martinez*, que estaban para navegar á la provincia del Perú. El tiempo que es,

[illegible] Santa Fe hizo el presidente las mas vivas diligencias por- [illegible] allí la compañía. Los ciudadanos que siempre han mostra- [illegible] afecto á nuestra religion, les dieron proporciona- [illegible] una capilla para el ejercicio de sus ministerios. El pa- [illegible] Martinez habia bajado del Perú para gobernar aquel pe- [illegible] Con tan bellos principios de fundacion no sabemos por [illegible] vuelto á España D. Antonio Gonzalez, los padres desampa- [illegible] pasaron al Perú conforme á su primer destino.

[illegible] el estado del nuevo reino de Granada cuando llegaron á él [illegible] de la provincia de México. Sostenidos con toda la au- [illegible] arzobispo y presidente, comenzaron á ejercitar sus ministe- [illegible] aplicacion y un fervor que causaba espanto á cuantos [illegible] hombres solos haciendo guerra á todos los vicios y desór- [illegible] populosa ciudad. Recogidos en la pobre habitacion del [illegible] los veia jamas en la calle sino para cosas de la gloria de [illegible] distribucion, segun escribe el padre Medrano, era esta. Por [illegible] despues de haber celebrado el santo sacrificio, visitaban los [illegible] hospital: si habia algunos que quisiesen confesarse, ser- [illegible]banlos, poniendo por cimiento del dia este ejercicio [illegible] Luego se sentaban á oir confesiones hasta las ocho ó [illegible]. De aquí partian sus ocupaciones. El padre Me- [illegible] leccion de teología moral á los clérigos y ministros de [illegible] del ilustrísimo se juntaban á este efecto cada dia. [illegible] leia gramática á los pages del Sr. arzobispo y algu- [illegible] de lo mas lucido de la ciudad. El rato que que- [illegible] lo empleaban en sus domésticas distribuciones, si [illegible] de consultas de parte del Sr. arzobispo, presi- [illegible] otras semejantes personas. Algunos ratos emplea- [illegible] la lengua Moxca, otro la Pancha. A la tarde salian [illegible] de los niños y los indios, cantando por las [illegible] hasta la plaza, en que uno esplicaba algun [illegible] otro hacia una exhortacion moral. Por lo co- [illegible] acompañados de algunos penitentes, con [illegible] conversion, bendecia el Señor sus trabajos y [illegible] con nuevo fervor al dia siguiente. Antes de [illegible] los enfermos del hospital, y las mas noches [illegible] levantándose á confesiones para que [illegible]. Los domingos y los dias de fiesta

añadian por la mañana otro sermon en la Iglesia del hospital.

Lo interior de la provincia no ofrece este año cosa particular, ni debemos cansar la atencion de nuestros lectores con la repeticion de unos mismos ministerios, siempre útiles, siempre gloriosísimos; pero que suponemos bastantemente conocidos. El colegio de Guadalajara perdió este año al padre rector Diego de Villegas, en quien la virtud habia obscurecido la nobleza de sus cunas. Hombre verdaderamente religioso é irreprensible en sus palabras, que jamás fueron sino muy necesarias y muy útiles, tiernamente devoto de la Vírgen Santísima, abrazó al padre que le dió la noticia de su cercana muerte. En pocos meses que estuvo en aquella ciudad mereció la veneracion de todo género de personas que se mostró bien en su muerte. El convento de monjas y los superiores de las religiones, no contentos con otras públicas demostraciones, le hicieron honras en sus Iglesias. El cabildo eclesiástico hizo el oficio sepulcral, y los distinguidos republicanos pretendian algunas de sus pobres alhajas como prendas de un hombre que juzgaban gozaba ya del Señor.

Muerte del padre Diego de Villegas.

En Michoacán habia ocupado la silla episcopal el Illmo. Sr. D. Fr. *Domingo de Ulloa*, del órden de predicadores. Este prelado parecia traer vinculado en su misma sangre y apellido el amor y aficion á la Compañía y el motivo de nuestra confianza y agradecimiento, siendo hermano de la ilustre señora Doña Magdalena de Ulloa, fundadora de los tres insignes colegios de Oviedo, Santander y Villa Garcia, en la provincia de Castilla. Parece que presintieron algunos émulos el favor que pretendia hacer á la Compañía el ilustrísimo, y se armaron desde muy temprano de mil imposturas para prevenirlo. Todas las disipó la presencia del padre rector, que salió mas de una jornada á recibir al Sr. obispo. Las personas mas autorizadas del cabildo habian querido servirse de la habilidad de nuestros estudiantes y direccion de nuestros maestros para algunas funciones castellanas y latinas con que felicitar á su pastor. Halló modo de embarazarlo la envidia; pero no pudo impedir sin embargo que por tres dias continuos, con certámenes poéticos, con panegíricos en prosa y en verso, y otras amenísimas invenciones fuese celebrado en nuestro colegio. Esta quiso S. S. I. que fuese su primera visita, y no contento con una demostracion de tanto honor, sabiendo por algunos de los capitulares el poco tiempo en que se habian prevenido aquellos festejos, y lo que no les habian permitido hacer para mostrar el gozo que sentian de su llegada, concibió tan alta

D. Fr. Domingo de Ulloa obispo de Michoacán.

estimacion de nuestros estudios, que desde luego destinó á uno de los padres por examinador sinodal de órdenes y beneficios. Servíase de ellos en todos los negocios de importancia, y para dar un gage mas seguro de su tierno amor á la Compañía, dió tres mil pesos para que en la Iglesia que entónces comenzaba á fabricarse, se labrase á su costa una capilla, en que despues de la muerte descansase su cuerpo. ¡Cómo en esas veces ha contribuido la envidia á hacer brillar mas el mérito de aquellos que persigue!

Licencia para la fabrica de un fuerte en Sinaloa.

El Exmo. Sr. conde de Monterey habia por este mismo tiempo condescendido á las instancias de D. Alonso Diaz, capitan de Sinaloa, concediéndole vinticinco soldados que estuviesen de asiento en la villa de S. Felipe y Santiago. Partieron escoltados de esta pequeña tropa á la misma provincia un padre y un hermano. El arribo de los soldados y los padres, causó grande regocijo á los españoles y á los indios amigos. Solo *Nacabeba* cada dia mas atrevido con el favor de los tehuecos, se oponia con nuevos insultos á cuantos medios se tomaban para asegurar la tranquilidad. A pocos dias de llegados los nuevos presidiarios, tuvieron los tehuecos el atrevimiento de poner fuego á las Iglesias de *Matapan y Bavoria*. El dia mismo de la pascua amanecieron en las cercanías de la villa flechados cinco caballos. Estos pequeños sustos los contrapesaba el Señor con grandes consuelos en la quietud, la devocion y la piedad de los pueblos pacíficos. En la semana santa se celebró la memoria de nuestra redencion con todo aquel aparato de músicas, procesiones, penitencias públicas, confesiones y comuniones, que pudieran verse en ciudades de muy antiguos cristinianos. Solo el padre *Juan Bautista de Velasco*, en carta al padre provincial, dice haber confesado esta cuaresma mas de quinientos indios. Se pretendió, en atencion á los buenos efectos de este presidio, se pusiese otro semejante en el rio de *Zuaque*. Dió buenas esperanzas de hacerlo el conde de Monterey, aunque no llegó á ejecutarlo sino su succesor, como tendremos lugar de verlo en otra parte.

Nuevas conquistas en Topia y la Laguna.

En la Sierra de Topia el padre Hernando de Santaren, y el padre Juan Agustin en la Laguna, ganaban á Dios muchas almas: el primero trabajaba con algunos gentiles y múchos malos cristianos. El segundo, trabajaba con mucho mas provecho entre los paganos. Bautizó este año mas de cien adultos, y muchos mas párvulos, y casó treinta pares, fuera de muchos otros que redujo á vivir con sus mugeres, las cuales tomaban y dejaban con la misma facilidad. El principal fruto de es-

te año fué la poblacion de Santa María de las Párras, á poca distancia de la Laguna de S. Pedro. Este proyecto formado é intentado desde la primera entrada de los misioneros, no habia, por la barbarie é incapacidad de los indios tenido efecto alguno. La constancia y la dulzura del padre Juan Agustin, venció al fin la obstinacion de los naturales y el amor á aquellos bosques en que habian nacido, como consta de un antiguo instrumento otorgado ante Martin Zapata, por mandado del capitan Diego de Robles, en 18 de febrero de 1598. A principios de este año, quince caciques los mas cristianos, con todas las gentes de su dependencia, se habian pasado á la nueva colonia y formado un pueblo de cerca de dos mil moradores. Habian fabricado una pequeña Iglesia y casa para el padre, de que él habia hecho un hospital en que personalmente asistia y curaba á los enfermos. Esta caritativa providencia le obliga á tomar la supersticion temida de algunos de los indios, y singularmente de la nacion de los payos. Estos, no atreviéndose á ver morir alguno por temor de que luego habia de venir sobre ellos la muerte, no aguardaban la última hora para enterrarlos, y pocos dias ántes supo que una india muy anciana, creyendo que no habia de sobrevenírle mas enfermedad que les sirviese de aviso, *la enterraron buena y sana para librarse del continuo susto en que los tenia de hallarla muerta*. No podemos concluir mejor la narracion de los apostólicos trabajos del padre Juan Agustin, que con un breve rasgo de una de sus cartas. Fuera (dice) del continuo ejercicio de la doctrina y catecismo le tengo de bautizar, confesar, casar y pacificar no solo á los indios, sino á estrangeros y españoles, y lo hago con mucho gusto y confusion mia de ver cuan á manos llenas me da el Señor en que servirle, y cuan mal y poco me dispongo á ser instrumento digno de su Divina Magestad para salvar las almas. Guerra me hace el demonio, y algunas veces muy cruda. Pocos dias ha me ví tan lleno de tristeza y sequedad, que *taedebat animam meam vitae meae*. ¡O qué paciencia y confianza en Dios es menester para estos ministerios! En esta tierra, ¡qué no hay de ocasiones! qué soledad! qué caminos! qué desamparos! qué hombres! qué aguas amargas y de mal olor! qué serenos y noches al aire! qué soles, qué mosquitos, qué espinas, que gentes, qué contradicciones! Pero si todo fueran flores, mi padre, ¿qué nos quedaria para gozar en el cielo? Hágase en mí la voluntad del Señor. En ella quiero andar y no en la mia perversa, en sus manos que por nos puso en la cruz, y no en las mias pecadoras. Quedo animado como V. R. me manda hasta que ven-

ga el ángel de luz que ha de venir por mi compañero. Padecerá mucho y ganará á Dios muchas almas, y consolarme y animarme há. Yo le amaré, le serviré y obedeceré, pues que con otras almas ayudará tambien la mia á caminar al cielo. Por la misericordia de Dios cada dia espero la muerte, y para recibirla pido á mi Dios el espíritu contribulado, el corazon contrito y humillado, que con esto el sacrificio de mi alma le será acepto, y suplirá el sacramento si faltare quien me le administre, pues cuatro meses ha que no veo un sacerdote con quien poderme confesar." Hasta aquí este fervorosísimo misionero pintando tan vivamente en su persona lo que tendriamos por inútil repetir en cada uno de los que todo lo sacrificaban al servicio del Señor y ayuda de las almas.

Agregacion de la congregacion del Salvador á la Anunciata de Roma.

Habia pocos meses ántes vuelto de Roma el padre Pedro Diaz, y con él el nuevo gobierno de la provincia, en que venia destinado provincial el padre Francisco Baez. Vino en esta misma ocasion confirmada de nuestro muy reverendo padre general, y agregada á la Anunciata de Roma, la ilustre congregacion del Salvador, que con tanta edificacion y utilidad habia fundado en la Casa Profesa el padre Pedro Sanchez. En atencion á la trabajada ancianidad del fundador de la provincia, se le añadió un compañero que hiciese los sermones de entre semana, dejando á su cuidado solos los domingos por no defraudar al público de su cristiana elocuencia, y dejar alguna respiracion al fuego de su celo. De los muchos casos edificantes que seguian á los ministerios de esta casa, referiremos dos mas admirables. Enfermó no muy gravemente en la apariencia un caballero de esta ciudad, mercader de un gran caudal; pero, en que como suele ser muy frecuente, *habia mucho mal adquirido*. Aunque jamás habia tratado con jesuitas, quiso tratar con uno de ellos, fuera de confesion, los negocios de su alma. El éxito fué mandar publicar en su testamento un progon general, que todos los que por sus tratos y contratos se sintiesen perjudicados, acudiesen al padre y á algun otro teólogo á cuya resolucion deberian conformarse sus herederos, pagando puntualmente todo aquello en que segun su dictámen hubiesen sido defraudados. †. El otro suceso tuvo bastante de milagroso. Una señora de cualidad, de mucho honor, y de conocida virtud desde sus tiernos años, salia de su casa un dia de pás-

Año de 1599.

---

† ¡Qué dificil es que tan cristiana resolucion sea imitada hoy por esos agiotistas que están destruyendo las mas ricas familias de México, tienen el corazon metalizado!

cua á confesar y comulgar como lo hacia con bastante frecuencia en nuestra Iglesia, justamente á ocasion que pasaba por su puerta un caballero honrado y conocido. Logró ocasion de saludarla y felicitarle las páscuas con toda la urbanidad y decoro que convenia á la cualidad de uno y otro. Iba á pisar el umbral de la puerta para salir, y concibiendo que podia dar alguna sospecha al marido, que vió venir de léjos, se apartó á un lado mas obscuro para darle lugar á que entrase. No lo hizo con tanta fortuna que no le viese un hermano del caballero. Sale prontamente en su busca con la espada desnuda, y da á su hermano noticia de su afrenta, por cuya venganza, decia, habia arriesgado la vida. El marido, furioso, corre tras del que imaginaba agresor. La infeliz muger entre tanto se encomendaba muy deveras á la Santísima Vírgen, de quien siempre habia sido tiernamente devota, creyendo bien que la cólera de su marido no se apagaria sino en su sangre. En efecto, no habiendo hallado á su enemigo, revolvió sobre ella, que invocando á la soberana Vírgen por testigo de su inocencia, cayó en tierra de muchas estocadas. El, habiéndose refugiado en el convento de S. Francisco, esperaba con sobresalto el éxito de su desgracia. Viendo que nada se movia despues de algunas horas, procuró informarse, y supo con espanto que su muger habia quedado sin lesion la mas mínima. No podia acabarse de persuadir, hasta que la inocente ofendida pasó á verlo y referirle lo sucedido en compañía de su madre. Derechamente del asilo vinieron los tres á nuestra Casa Profesa á dar al Señor y á su Madre Santísima las debidas gracias, procediendo despues el marido con una regularidad de costumbres de mucha edificacion en la ciudad.

Cátedra de teología moral en el colegio máximo y varios otros establecimientos.

A los demás ejercicios de letras y virtud en que florecia el colegio de S. Pedro y S. Pablo, se añadió este año una leccion de teología moral, á peticion é instancias de muchos seculares, los mas de órden sacro, que cursaban nuestros estudios. A este mismo tiempo debe referirse la institucion piadosísima de los ejemplos en los sábados de cuaresma, que con tanta constancia, solemnidad y provecho de un grande concurso se continúan hasta el presente. Se instituyó asimismo que por las Iglesias de México se repartiesen en aquel santo tiempo nuestros estudiantes á esplicar la doctrina cristiana; costumbre utilísima que con tanto crédito de la Compañía y logro de las almas se ha continuado y estendido por todas las demás ciudades del reino. El principio parece haber sido en el hospital de Jesus Nazareno, que ántes se llamó de nuestra Señora, y fué, como dijimos, la primera habitacion que tuvieron los

jesuitas en México. Aquí, en una capilla que llamaban de los negros, se encargó un padre de esplicar á esta pobre gente los misterios y preceptos de nuestra santa ley todas las cuaresmas, y algunas otras veces en los dias mas festivos, compañándole los congregantes de la *Anunciata*, cantando por las calles la doctrina. Este género de procesiones era muy frecuente en nuestros estudiantes para las cárceles, para los hospitales, para las plazas, con grande edificacion del público. Nunca fué tan suave este olor de piedad como en la que este mismo año hicieron al famoso Santuario de nuestra Señora de *Guadalupe*. Habia el Señor afligido el territorio de México con una extrema sequedad. La inocente juventud de nuestros estudios tomó á su cargo aplacar la ira de Dios por la intercesion de la Soberana Vírgen. Salieron de casa acompañados de sus maestros con candelas en las manos cantando el rosario y letanías de nuestra Señora. Llegando al templo, que dista cerca de una legua, oyeron misa, que les dijo uno de los padres, y recibieron la santa comunion aquellos á quienes por su menor debilidad se habia concedido licencia de hacer en ayunas aquella romería, y volvieron á sus casas en la misma forma. Fué un espectáculo que sacó lágrimas de devocion á muchas personas, y se atribuyó á la oracion pura y humilde de aquellos piadosos jóvenes la agua con que poco despues quiso el Señor consolar á la afligida ciudad. Fuera de estos públicos ejercicios se veian en los congregantes actos de muy sólida virtud, y que se leen con asombro en los varones mas desengañados. Un jóven á quien la nobleza de su linage, la riqueza de su casa, la gracia y hermosura del cuerpo, junto con las bellas cualidades del espíritu, hacian muy recomendable, sintiendo nacer en su corazon un género de complacencia y engreimiento, fué á la pública carnicería, y comprando algunas libras de carne se las echó sobre los hombros, y dió muchas vueltas por las calles mas frecuentadas de México, para sofocar desde la cuna un enemigo, cuanto dulce, tanto pernicioso. Habia otro resistido heróicamente á las solicitaciones de una muger apasionada. El amor se le convirtió bien presto en un ódio mortal, que pretendió disimular para acabar mas seguramente con la vida del casto jóven. Le envió un regalo para que lo tomase aquel dia: justamente era uno de aquellos en que el piadoso congregante ayunaba en honra de la reina de las vírgenes, y no queriendo faltar á su propósito lo guardó para el dia siguiente por no faltar á la urbanidad en volverlo. Pero ¡oh! ¿cuál fué su sorpresa y su agradecimiento á la Virgen Santísima, cuando yendo al otro dia á

gustar de la vianda, la halló bullendo en negros y asquerosos gusanos? Así premió el cielo su castidad y devocion, y lo animó á perseverar en sus santos propósitos y en sus devotos ejercicios. A fines de este año, el dia 2 de noviembre se celebró la quinta congregacion provincial, en que siendo secretario el padre Antonio Arias, fué electo procurador á entrambas curias el padre Antonio Rubio, y por primer substituto el padre Nicolás de Arnaya, rector de la residencia de Guadiana. Quinta congregacion provincial.

Para mayor comodidad del ministerio de indios, y de las funciones de su congregacion, que tambien por patente del padre *Claudio Acuaviva*, vino agregada á la Anunciata del colegio romano, se fabricó este año una Iglesia, aunque cubierta de paja, bastantemente capaz para los grandes concursos de los naturales en el Seminario de S. Gregorio, que hasta ahora no habia tenido distinto templo del colegio máximo.

Lo que en tres colegios de la Compañía se veia repartido en México, llenaba plenamente en la Puebla de los Angeles el colegio del Espíritu Santo: noviciado, tercera probacion, ejercicios literarios de gramática, retórica y filosofía, púlpito, confesonario, cárceles, hospitales, congregaciones de españoles y de indios, todo tenia su lugar con tanta regularidad, con tal órden, que cada una parecia la sola ocupacion de aquellos fervorosos padres. Allegábanse frecuentes escursiones á los pueblos de aquella vastisima diócesis. En S. Salvador, á cuya jurisdiccion pertenecian mas de veinte pueblos, estuvo nueve meses un padre, de quien los manuscritos callan el nombre. Esta costumbre de nuestras *annuas* de no poner los nombres de los sugetos que vivian aun cuando se escribieron, bien que tan conforme al consejo del Espíritu Santo, y tan propia á la modestia de la Compañía, es sin embargo muy incomoda tal vez á un escritor y á la posteridad. En muchas partes confrontando, no sin mucho trabajo, diversos papeles, ó por las circunstancias del tiempo y del lugar, se viene á dar en conocimiento de las personas. Al presente, nos ha faltado aun ese trabajoso medio para descubrir el nombre de un sugeto tan digno de la inmortalidad. Era muy enfermo é impedido de todo el lado izquierdo, por lo cual le era imposible celebrar el santo sacrificio. La caridad de los superiores no permitia dejarle salir á una espedicion de tanta incomodidad y trabajo. Sin embargo, era tanta la ansia de los pueblos, la instancia de los beneficiados y el celo del mismo misionero, que se veian precisados á condescender. Visitó en este poco tiempo veintidos pueblos, predicando en todos, y confesando como el hombre mas robusto. En sola la cuares- Ministerios en Puebla.

ma pasaron de tres mil las confesiones de indios, fuera de muchos españoles. En cada mes daba vuelta á las veintidos poblaciones, haciéndose llevar despues de la Iglesia á todas las casas de los enfermos. Los indios y los beneficiados, que veian un ejemplo de tanta caridad y tanto fervor de espíritu en un cuerpo inválido, le ayudaban en todo lo que no le permitia su salud, dándole quien le dijese cada dia misa, á hora proporcionada para comulgar, y concurriendo con mucha alegría para subirlo y apearlo del caballo, y acompañarlo en los caminos que tan gustosamente emprendia por el bien de sus almas. Otra semejante mision hizo al partido de Zacapoaxtla el padre *Andres Perez de Rivas,* poniendo ya los cimientos de aquella vida apostólica, que habia de hacer despues en Sinalóa. Fuera del ordinario fruto de los indios tuvo el padre el consuelo de hacer amigos á dos beneficiados, largo tiempo ántes desunidos con no poca desedificacion de su rebaño.

Caso admirable de la esplicacion de la doctrina.

Entre los casos notables que acompañan siempre el ministerio de la predicacion, y con que bendice el Señor el celo de sus ministros, solo referiremos uno acontecido en la misma ciudad de los Angeles, porque cede particularmente en alabanza de aquel ejercicio, que juzgamos el principal de nuestro instituto; quiero decir, la explicacion de la doctrina cristiana á los niños y gente ruda. Habia jurado un hombre, gravemente ofendido, no confesarse, ni quitarse la barba ántes de labar su afrenta en la sangre de su enemigo. Cumplió mas de dos años su inicuo juramento, cuando supo que se hallaba en Puebla su ofensor. Marchó prontamente armado de pistolas, jurando de nuevo no tomar alimento alguno hasta haberse vengado. Luego que llegó á la ciudad, compró un caballo de fama para ponerse á cubierto de la justicia, y partió á la plaza, donde le dijeron estaba su contrario. Justamente era uno de aquellos dias, en que despues de haberse cantado por las calles la santa doctrina, se hace á los indios y gente del mercado una breve explicacion de alguno de los puntos mas substanciales. Hablaba el catequista de los que dilatan convertirse, huyendo del saludable sacramento de la penitencia. El hombre enfurecido daba vueltas á la plaza como un leon hambriento, y no hallando á su enemigo, se llegó al confuso tropel de gentes que cercaba al predicador. Fingia oir el sermon miéntras llegaba la ocasion de vengarse; pero aquel Señor que *apprehendit sapientes in astutia eorum, et consilium pravorum dissipat,* le mudó repentinamente el corazon y acabó en ternura, en arrepentimiento y lágrimas, lo que habia comenzado en disimulo. Se apeó del

caballo, y siguiendo la doctrina, se arrojó á los piés del padre en llegando á la portería. Confesó por entónces los pecados mas graves de que pudo hacer memoria. Volvió á la plaza en busca de su ofensor, abrazándole muchas veces, y pidiéndole á voces perdon de sus malos intentos. Prosiguió haciendo por seis dias una confesion general de toda su vida, y sabiendo entre tanto, que habian preso por una deuda á aquel á quien poco ántes deseaba dar la muerte, le procuró la libertad, vendiendo las armas y caballo para pagar la deuda; ejemplo admirable que bastaria solo á hacernos formar la mas alta idea del gloriosísimo ejercicio de la doctrina cristiana, tan aplaudido de los pontífices, y tan encargado del Santo fundador de la Compañía.

Frutos en Valladolid y Tepotzotlán.

De Michoacán se recibieron por ese tiempo cartas de los dos beneficiados, en cuyos partidos, dos padres misioneros habian confesado, el uno desde la cuaresma hasta Pentecostes tres mil indios, y el otro seis mil, desde la Septuagésima hasta la Ascension. Sin embargo de un fruto tan copioso, no dejaban de brotar tal vez entre los indios algunas semillas de la antigua gentilidad, á que como los hebreos, tienen siempre por su misma pusilanimidad y groseria una vehemente inclinacion. En Tepotzotlán, algunos forasteros que habian venido á avecindarse en aquel partido, trajeron consigo una famosa hechicera, que notando la aspereza, la altura, y la configuracion de un monte vecino, se los hizo reconocer por Dios, poniendo á una punta mas aguda de la montaña un nombre que significa dedo del cielo. Enseñábales á juntar con el Dios verdadero las falsas divinidades que habian adorado sus mayores. El Dios de los cristianos (decia) celoso del honor que dieron nuestros padres al gran *Huitzilopoxtli*, ha reñido con él, y quiere ser reconocido solo; pero á nosotros no conviene enojar los antiguos dioses de nuestra nacion. Algunos buenos cristianos dieron parte de todo á los padres. Se comenzó á hacer guerra á la idolatría en el púlpito, y á pocos dias, veinte ó treinta de los mas ancianos, unos de noche y otros de madrugada, venian á confesarse y entregar algunos idolillos, declarando otros cómplices. La india huyó y libró al pueblo de un contagio fatal que habria arruinado muy en breve la mas florida cristiandad.

Muerte de *Nacabeba* y estado de Sinaloa.

Por otro muy distinto camino se consiguió la paz y la tranquilidad en Sinaloa. Un sobrino del pérfido *Nacabeba* habia dado muerte á un *tehueco*, y traido su cabeza al capitan, diciendo que era la de su tio *Nacabeba*, á quien él habia muerto, sacrificando (decia) á la religion

y á la amistad con los españoles, los derechos do la sangre. Los tehuecos, nacion fiera y vengativa, en recompensa de este ultrage, determinaron entregar al homicida del venerable padre Gonzalo de Tapia. El cacique Lanzarote se encargó de esta espedicion, y la ejecutó con fidelidad. Dió aviso de la presa al capitan D. Diego Martinez de Hurdaide, que gobernaba en la villa por ausencia de D. Alonso Diaz. Fué condenado á muerte como su sobrino *Cristóbal Orocon*, y á lo que pódemos creer en atencion á los clamores de la inocente sangre del fundador de aquella cristiandad, usó el Señor de misericordia con uno y otro que murieron, dejando bastantes señales de su predestinacion. Con la muerte de estos perturbadores, comenzó á propagarse con maravillosa rapidez por todas partes la semilla del Evangelio. Del lado del Poniente, se estendió hasta el mar, entre los *nios*, los *guazaves* y los *ures*. El padre *Villafañe*, tuvo la satisfaccion de bautizar dentro de pocos dias, doscientos cuarenta y dos, entre párvulos y adultos. Por la parte del Mediodia, los padres *Martin Perez y Juan Bautista de Velasco*, bautizaron trescientos cuarenta y tantos, y casaron conforme al rito de la Iglesia, ciento cuarenta y cuatro pares. Animaba el Señor el fervor de sus obreros y la fé de los neófitos, con algunos singulares sucesos. En el mes de setiembre, se hallaba la provincia muy afligida con una rigurosa seca. Acudieron indios y españoles á los padres. Mandóseles que hiciesen una procesion y algunos ejercicios en honra de la Santísima Vírgen, cuya Natividad estaba muy cercana, y que confesasen y comulgasen aquel dichoso dia. El cielo correspondió prontamente á la piedad y sincera fé de aquellas buenas gentes, y estando claro y sereno, se cubrió muy luego de nubes, y regó la tierra con copiosísima lluvia, que prosiguió despues con mucho consuelo y pasmo de los indios.

Mision de Topía y S. Andres.

La mision de Topía se habia interrumpido este año por justos respetos, que no era conveniente penetrase el público. Esperaban con ansia al padre Hernando de Santarén cuando pasó de vuelta para México el padre Francisco Gutierrez. Recibiéronlo con increible consuelo, suplicándole que se quedase en aquel real. No pudiendo conseguirlo, determinaron el vicario y los españoles é indios del partido, enviar diputados con cartas y dinero á la audiencia real de Guadalajara, para que la Compañía se encargase de su instruccion, prometiendo para esto una gran parte de sus haciendas. Hubieran sin duda los enviados emprendido una marcha tan penosa, si el padre no los hubiera

animado con la esperanza de conseguirlo con el padre provincial. Entre tanto (dice el padre Hernando de Santarén, en carta escrita al superior de Sinaloa) yo he estado con los indios *acaxees* enseñando en su lengua á seis pueblos de mucha gente, en que hice muchos bautismos. De aquí me partí á las partes mas remotas del real de S. Andrés, á la sierra que llaman de *Naperes*, donde se hicieron dos Iglesias y se plantaron cruces, al rededor de las cuales se juntaban á aprender la doctrina. Breve la supieron algunos tan bien, que pasándome con los infieles al real de S. Hipólito, una legua de allí, me sirvieron de maestros para otros muchos. Estando aquí, vinieron á llamarme de unas grandes poblaciones que se llaman de S. Miguel, donde habia muchos que bautizar. Aunque es la tercera vez que me han llamado, me fué imposible, siendo yo solo en tres reales de minas, y habiendo en ellos tanta gente á quien predicar y confesar. Por la misma causa tampoco pude acudir á otras tres poblaciones, que con grande instancia pedian el santo bautismo, para lo cual abrieron camino para poder ir á caballo, que ántes por la mucha espesura de árboles y rocas, no lo habia. Despues de haber confesado toda la gente de este real, me partí á S. Andrés, donde aunque pensé estar pocos dias, por pasar á Topía, me hubo de detener hasta la *Dominica in passione,* porque es tanta la devocion de estos indios y españoles á la Compañía, que habiendo venido el cabildo secular y el vicario, á pedirme que me quedase, y viendo que se lo negué, persuadieron á los indios, que como menores de edad, clamasen ante la justicia, y así con dos peticiones se presentaron pidiendo que me quedase, protestando que si me iba habian de despoblar las haciendas de minas, y no bastando eso, acabando de predicar, se me echaron á los pies mas de doscientas personas, é hincados de rodillas me pedian que me quedase allí siquiera aquella semana, instando con que no habian de levantarse hasta que les diese este consuelo. Despues de haber confesado todos los indios y predicádoles á ellos y á los españoles, me partí para Topía á media noche, de modo que cuando acordaron, ya yo estaba en el Real de Minas de los *Papudos,* donde confesé á toda la gente que al otro dia tenia ánimo de salir á buscarme, viendo que tardaba. En Topía me detuve veinte dias predicando y confesando. Algunos caciques vecinos, con toda su gente, vinieron á pedir la doctrina, rogándome que vaya allá, ó cuando esto no se pueda, ofreciendo venir á poblarse cerca de S. Andrés, para cuyo efecto se les ha señalado sitio á una legua de dicho Real. Lo mismo han hecho los

tecayas bajándose al rio, que está cerca de dichas Minas, que será de mucha importancia para su doctrina, y de mucho servicio y gloria de nuestro Señor. Esta es la mies que su Magestad va cada dia descubriendo por estas partes tan sazonadas y maduras para la hoz, que aquí no faltan sino obreros incansables y deseosos de ganar á Jesucristo las almas que él redimió con su sangre preciosa. Todos claman y piden socorro. ¿Quién me diera poderme dividir en muchos, y ayudar á tantos pobres? Lo hiciera con tanto consuelo y gusto de mi alma, cuanta es la pena que siento de ver que *parvuli petierunt panem, et non erat, qui frangeretis*. En todo espero ayuda y resolucion de V. R., &c."

Mision de la laguna.

Semejantes noticias á estas venian al padre provincial de las otras misiones. El padre Nicolas de Arnaya, que por órden del padre provincial Francisco Baez habia visitado la mision de Parras, escribe en estos términos: „Me há sido este viage de singular consuelo, así por ver á los padres Juan Agustin y Francisco de Arista, trabajando con tanto gusto en la viña del Señor, como verdaderos hijos de la Compañía, como por la mucha mies que el Señor ofrece á nuestros operarios. En declarar esto me estendiera muchísimo; pero solo diré lo que ví y palpé, que es el bueno y grande pueblo que se va fundando en el valle de las Parras, en el cual hay al pie de mil seiscientas personas, y cada dia van viniendo otras de nuevo. En los dias que yo estuve en aquel pueblo, que fueron doce, vino un cacique con algunos de su gente, á pedir lugar para los suyos, que eran en buena cantidad. Fuera de este, faltan otros nueve caciques, sin los indios payos y rayados, que son muchos; de suerte que se hará un lugar de mas de cinco mil personas. Bauticé en esos pocos dias mas de doscientos entre párvulos y adultos, bien dispuestos. A la vuelta vine por el rio de las Nasas, pasando por muchas rancherías, de las cuales y de otras de la laguna, piensan los padres hacer cuatro ó cinco poblaciones, y la una seria de cuanta gente quisiéremos, porque dentro de pocas leguas hay unos valles habitados de innumerables indios, todos muy deseosos, así de reducirse á poblacion, como de recibir el bautismo. De paso iba preguntando por los enfermos, y hallé algunos viejos, que pasarian de cien años, á los cuales bauticé con mucho consuelo, así por verlos en la extrema necesidad, como por el ansia y fervor con que lo pedian. Así lo pide toda la gente de este rio, entre la cual hay algunos bautizados, aunque tan ignorantes como los gentiles, y todos hablan, aunque tosca y groseramente la lengua mexicana. Con esto me acabo de confirmar en lo

que tengo escrito á V. R., que la porcion que Dios tiene guardada á la Compañía, es la de los muchos indios que hay por estas partes, y así convendrá que V. R. refuerce esta mision, siquiera con otros dos compañeros, porque hay mucho que hacer, y al tiempo doy por testigo que en lo de adelante será mas, y pues el Señor nos envia obreros, en ninguna parte podrán emplearse mejor, *siquidem messis multa est, &c.*"

De estas cinco poblaciones da mas individual noticia el padre Francisco de Arista, informando al padre provincial. „De mas (dice) de la poblacion de las Parras, á que al presente atendemos el padre Juan Agustin y yo, hay por aquí cerca otras cinco en que puede emplearse la Compañía con mucha gloria de nuestro Señor. La primera se dice de Santa Ana, que está como quince leguas de este valle al Poniente. Hase acudido allá algunas veces, y así es gente manejada y la mas cristiana. Solo quedan por reducir ocho ó nueve caciques de la comarca, con que vendrá á ser un pueblo de mas de quinientos vecinos. La comodidad que tiene de ciénegas, manantiales, montes, frutas, caza de todo género, es muy á propósito, para que asentada una vez, no haya entre recelo de alguna novedad. La segunda es en la laguna grande, diez y ocho leguas de aquí en el derramadero del rio de las Nasas. Esta, esperamos será de las mejores por las comodidades de rio y laguna, y en ellos mucho pege. Tiene tambien caza en abundancia, frutas y semillas de todos géneros, montes, piedra y madera. Hay en el contorno treinta caciques con mucha gente mansa, fácil de congregarse y deseosa del bautismo. La tercera es la que llaman del cacique *Antla*, de tanta comodidad, y aun mas que las pasadas, porque tiene saca de agua del rio para regar de pie las sementeras y mucho sabino y fresno para los edificios. Serán como quinientos vecinos. La cuarta son las rancherías de S. Francisco, del rio de las Nasas arriba. La mas de ella es gente cristiana y reducida á congregacion; y aunque no serán los vecinos mas de trescientos y cincuenta, no será posible reducirlos á otra parte; así por las comodidades de tierra y temple, como por estar ya congregados en forma de pueblo y muy avenidos ente sí. La quinta poblacion y última de lo descubierto, es la que llaman de las *Cuatro Ciénegas*, como treinta leguas al Norte de la otra parte de la laguna. Concurre allí, fuera de la gente del propio valle, mucha parte de los del valle de la Herradura, y su cordillera parte de un valle que llaman de *Tlaxcala*, y de otros tres rios y serranías, con que podrá formarse un pueblo de dos mil vecinos. Cierto que ver esta be-

Nuevos establecimientos.

lleza de gentes tan bien dispuestas, nos da mil deseos fervorosos y brios del cielo, aunque el trabajo es inmenso, porque se atiende á lo espiritual, corporal y particular. El misionero *ha de ir con ellos á sembrar y á coger la cosecha, á enseñarles á fabricar sus casas é iglesias, á la doctrina* y á todo el asiento del pueblo; y sobre todo, á darles la racion y el sustento hasta que ellos hagan sus milpas y tengan con que pasar. Con esto, ¿qué tiempo queda para visitar las otras poblaciones, para darles doctrina, para aprender lenguas, pues apénas lo tenemos para rezar y encomendarnos á Dios? Solo nos da confianza que esto toca á la paternal providencia de su Magestad, y á la que V. R. tiene, &c."

Este mismo ejercicio era el de los padres *Diego de Torres* y *Diego de Monzalve*, aunque aquí sin tanta incomodidad por la limosna que de las cajas reales se daba anualmente á los misioneros y á los indios. El padre *Monzalve* en compañía del capitan *Diego de Vargas*, anduvo muchos meses por los montes y los tunales, requiriendo con suavidad y con dulzura á los chichimecas, de que trajeron una grande recluta al pueblo de S. Luis.

Muerte del H. Francisco Villa Real.

1600.

A principios del siguiente año de 1600 falleció en el seminario de S. Gregorio, de que habia cuidado algunos años el hermano Francisco Villa Real. La carta de este año se estiende mucho en referir sus grandes virtudes, que dejamos para lugar mas oportuno. Solo apuntaremos el principio de dicha carta que dice así: „De este colegio cogió el Señor un fruto muy sazonado, en edad, religion y santidad, el hermano Francisco Villa Real *cuius memoria in benedictione est.* Varon verdaderamente perfecto y santo, que bien podemos darle este renombre en su muerte: á quien tantas señales dió de ello en vida por los ejemplos de sus heroicas virtudes, cuya luz y resplandor tanto le esclarecieron aun á los ojos de los hombres." Vino á la América con la primera mision á la Florida del padre Pedro Martinez. Murió el dia 18 de enero á los 70 años de su edad, de los cuales vivió 41 en la Compañía, 34 en la América y 26 en Nueva España.

Dedicacion de la iglesia del Espíritu Sant.

Ilustró tambien á los principios de este año la ruidosa funcion con que se dedicó la iglesia del Espíritu Santo en la Puebla de los Angeles. El I. S. D. Diego Romano pasó el Santísimo Sacramento de la vieja á la nueva iglesia. Celebróse por los señores de uno y otro cabildo, con certámenes, con juegos públicos de caña y de sortija, con representaciones, con danzas para que propusieron ricos premios. Las religiones y toda la

ciudad con repiques, colgaduras, música y todo género de regocijos, quisieron mostrar su benevolencia y entrar á la parte de nuestro júbilo. Todo lo merecia el nuevo templo por entónces, uno de los mejores y quizá el mas hermoso de toda la América. De nueve dias en que se celebró la solemnidad, fueron los mas plausibles domingo *infra octavam* de la Epifanía, en que se colocó el Diviníisimo; jueves en que se dedicó el altar de Nuestra Señora con una devotísima imágen, y domingo siguiente, en que despues de una vistosísima procesion, se colocaron las santas reliquias que para esta casa habia traido de Roma el padre Dr. Pedro de Morales. No entramos en una circunstanciada descripcion de este edificio, por estar cuando esto escribimos ya por los suelos para dar lugar á otro de mas galana arquitectura. Habia costado el antiguo 80.000 pesos y el retablo mayor 14.000. †

Entre tanto, los dos misioneros de la nueva Granada habian pasado un año en los ministerios que dejamos dichos, sosteniendo *dos hombres solos* todo el peso de un reino entero. A principios de este año una contingencia les dió á conocer todo el mal de que estaba poseido aquel pais, y cuanto les era necesario hacer y padecer por el nombre del Señor. Supieron que una india jóven traia en la mano un ídolo hecho de algodon. Reconviniéndola, dijo que lo habia tomado de una anciana de su casa, que lo adoraba como á Dios. La averiguacion que se hizo sobre el caso descubrió un profundo abismo de idolatría; en que estaban generalmente sumergidos todos los naturales del nuevo reino. Se quemó públicamente aquella abominable estátua, habiéndola ántes espuesto á la pública irrision de los niños, no sin grande espanto y congoja de los indios. El ilustrísimo, de acuerdo con el presidente y ministros de la real audiencia, determinó salir á una visita general acompañado de un oidor y del padre Alonso Medrano. Este celosísimo operario entraba siempre por delante en los pueblos. Dia y noche esplicaba, ya en público, ya privadamente los misterios de la fe, y valiéndose ya de las razones que hacen creible nuestra religion y confunden la idolatría, ya de la autoridad de la iglesia y del nombre del rey; unas veces prometiéndoles perdon, otras amenazándoles con castigos temporales y eternos, les hacia manifestar los ídolos, las hermitas y los sacerdotes. En el pueblo de *Hontivon* que fué

Sucesos de la mision del N. Reino.

† Hoy está repuesta y es uno de los templos mas augustos de la América, tanto por su arquitectura, como por su adorno interior.

el primero, le entregaron mas de tres mil ídolos; de este lugar, dice el mismo padre en su relacion, solo diré dos cosas particulares. La primera acerca de la institucion de los sacerdotes. Al que lo ha de ser por herencia, en la edad de diez y seis años ó cerca de ellos, encierran en una cueva donde no vea luz ninguna. Allí le dan de tres á tres dias una pequeña medida de granos de maiz, que es su trigo, y otra de agua en cantidad muy corta. Dura esta vida *siete años continuos*. No se corta el cabello, no muda ropa, ni sale de su encerramiento, ni habla con nadie. Enséñanle á tomar ciertos humos de tabaco que les perturba el juicio y hace ver ó creer que ve figuras espantosas. En estos siete años de su noviciado encierran con él una doncella, á quien no ha de llegar, so pena de quedar inmundo para el sacerdocio, y otros graves castigos. Hechas estas y otras esperiencias, á juicio de los sacerdotes ancianos, recibe el grado con cierto bonetillo en forma de borla, de mano de un gran cacique á quien todo el gremio reconoce como á *sumo sacerdote*. Así aprobado, comienza á ejercitar su oficio. Los indios están obligados á darle todo el oro que pide para sus ídolos, y nadie sabe jamas donde están, sino los que deben succederles en el ministerio. La segunda cosa es, que á ningun indio de los bautizados se le ha dado jamas, ni se les da hoy en dia, el Santísimo Sacramento, ni la Extremauncion, cosa que me causó mucha lástima, y grandísimo espanto.

De aquí se pasó á los pueblos de *Boza*, *Boxara*, *Caxica*, *Chia*, *La Venezuela*, *Suba*, *Tuna*, y otros adyacentes. En todos se quemaron innumerables ídolos. Los de oro se deshacian, y reservando al fisco real la parte que previenen las leyes, lo demas se aplicaba segun el consejo de San Agustin al culto del verdadero Dios, en la fábrica y adorno de sus templos. Se descubrió tras de un horno de cal el templo é ídolo del mayor de sus dioses que llamaban *Cuza*, y al pié de un árbol, á quien mostraban mucha veneracion, dos estátuas de oro macizo, que dijeron ser la diosa *Baqué*, y uno de sus hijos. Antes de quemarlos se hacia á sus mismos sacerdotes que los pisasen y escupiesen. Unos espontáneamente lo hacian, otros aun mandados no obedecian sino con temor, segun mas ó ménos habia penetrado en sus corazones la divina palabra. Fueron castigados, aunque con piedad, muchos sacerdotes y ministros del error; muchos se convirtieron y ayudaron á la conversion de los que habian pervertido con sus diabólicos engaños. Uno de estos muy anciano y muy respetado entre los

suyos, se juntó con el padre *Medrano* y le acompañó en toda la jornada, cantando con él las oraciones en las doctrinas públicas. Viniendo á Santa Fé se dedicó á servir á los pobres en el hospital, con muestras de muy fervoroso cristiano. Despues de bautizado jamás consintió que le llamasen *Cui*; nombre de una dignidad, equivalente á la de nuestros obispos, que ántes obtenia, diciendo que era nombre del demonio. En los mas de estos lugares se conseguia con facilidad el fruto de la predicacion; solo en uno, dice el mismo misionero, hallé mucha resistencia, y los indios se habian hecho á una para no descubrirme los templos ni los ídolos; pero al fin todo se consiguió con la ayuda de Dios.' Bajo estas generales espresiones ocultó la modestia del escritor el modo admirable con que quiso declararse el cielo á favor de la verdad que predicaba. Habia hecho ya varios sermones para convencerlos de su error. Un dia que despues de haber predicado los mas sublimes misterios de nuestra fé, reprendia con mas fuerza de espíritu su ceguedad y obstinacion, uno de aquellos falsos sacerdotes gritó insultando al orador: „*Si esas cosas nos las dijeras desde una hoguera sin quemarte, acaso te creeriamos.*" El pueblo siguió muy en breve la impresion de su inicuo sacerdote, y el padre; animado repentinamente de una fé viva y de una singular confianza admitió el desafio. „Yo estoy (les dijo) tan seguro y tan cierto de la verdad de lo que os tengo dicho, que no dudaria esponerme á una prueba tan dura. Encended la hoguera, veisme aquí pronto; Dios volverá por su palabra, y vosotros quedareis avergonzados." No tardaron los bárbaros en aprestar la hoguera, y el hombre de Dios, con un saludable asombro de sus oyentes, repitió sobre las haces de leña ardientes el catecismo que les enseñaba, sin que aun al vestido le empeciese la llama. Bajando de allí no se cansaban de admirarle y tocarle la ropa, como á un hombre bajado del cielo. A la admiracion siguió bien presto la docilidad de todo el pueblo, que dentro de poco tiempo le entregaron innumerables ídolos. La constante tradicion de la ciudad de Santa Fé, sostenida del testimonio de muchas antiguas pinturas, y la autoridad del padre *Alonso Andrade* en la vida de este insigne misionero, hemos creido suficientes para referir un suceso tan grande y que pone bastantemente á cubierto nuestra fidelidad. †

Caso estupendo.

---

† He aquí la verdad de la Religion probada por fuego en la América, como lo fué en Roma por S. Juan Evangelista delante de la Puerta latina.

Pide todo el reino á S. M. la Compañía

Ello es que entrando despues en aquel pueblo el ilustrísimo, y habiéndose entregado públicamente los ídolos al fuego, los indios dieron al celoso pastor un espectáculo de no menor gozo que compasion. Juntos, al derredor de su persona, pedian á voces que se les diesen ministros que les enseñasen en su lengua, que ellos estaban prontos á deponer, y deponian todos sus errores y á vivir como cristianos. Una demanda tan racional y tan justa sorprendió al piadoso prelado, y le hizo conocer cuanto podia esperar de su visita. Persuadido á que pasando adelante solo con el padre *Medrano* descubriria los idólatras, quemaria los ídolos, arrasaria los templos; pero que no podria desarraigar de los espíritus la supersticiosa credulidad, mientras no tuviera copia de ministros que los instruyesen y conservasen en la creencia y práctica del cristianismo, determinó volver á Santa Fé, y tratar séria y radicalmente de la conversion de sus pueblos. Consultó con el presidente y oidores, y personas mas distinguidas de la república. Su afecto grande á nuestra religion les hizo creer que no tenia el daño mas remedio que procurar al reino el establecimiendo de la Compañía. Se determinó, pues, enviar á S. M. una relacion circunstanciada del estado del reino en lo espiritual y temporal, y esponer al mismo tiempo al general de la Compañía lo que habian hecho allí *dos jesuitas*, y lo que podia esperarse de servicio de Dios y utilidad de las almas de la fundacion de uno ó algunos colegios. El arzobispo, el presidente, la real audiencia y el cabildo eclesiástico y secular, de comun acuerdo, resolvieron que se encargasen de la embajada los dos padres. Pretendieron estos se impetrase primero la órden de sus superiores de Nueva-España, ó se esperase resolucion de la provincia del Perú. Nada valió: el Sr. arzobispo, valiéndose de la órden que traia de Nueva-España para que los padres le obedeciesen en todo mientras no hubiese en la ciudad superior de la Compañía, les mandó resueltamente ir en nombre de todos los vecinos, dándoles para ello sus letras patentes en toda forma, proveyéndoles todo el vecindario á porfia de lo necesario para el viage. Para prenda de la fundacion que esperaban confiados en la piedad del rey y celo de la Compañía, juntaron entre sí para la compra de una casa bien capaz, y en sitio acomodado. Don *Gaspar Nuñez*, rico, y piadoso vecino de Santa Fé, no contento con haber contribuido como los demás á este intento, añadió cuatro mil ducados, fuera de otra gran parte de su opulento caudal que ofreció para un colegio á cargo de la Compañía en que se criase la juventud en letras y

piedad: proyecto que fomentaba mucho tiempo habia, y que intentó algunas veces ántes de la venida de los padres con suceso muy desigual á su diligencia y á su ardor. Con estas recomendaciones y la determinacion del padre rector del colegio de Panamá, á quien consultaron por cartas, partieron los padres para Cartagena. Esta ciudad, que desde el año antecedente habia pretendido con el padre Rodrigo de Cabredo, provincial entónces del Perú, se estableciese allí la Compañia; con el motivo de la jornada de los padres y comision de que iban encargados por parte de la ciudad de Santa Fé, despertaron los antiguos deseos del Sr. obispo, Dr. D. Juan de Ladrada, del órden de predicadores, gobernador y cabildo, para escribir de nuevo á Roma sobre este mismo asunto, proponiéndole lo que de su parte habian trabajado para esta fundacion, y como un honrado vecino de aquel lugar llamado D. Francisco de Alba tenia hecha donacion á la Compañía de unas bellas casas para principio del Colegio. En Cartagena se juntaron á los dos procuradores los hermanos José Cabrat y Gaspar Antonio, que viniendo del Perú en compañía del padre Manuel Vazquez, en la navegacion de Portobelo á Cartagena, tuvieron el dolor de perder á este gran sugeto, y en compañía del padre Alonso Medrano pasaron á la Europa. En los últimos dias que precedieron á su embarque, recibieron tambien cartas muy espresivas de las ciudades de *Tunja* y de *Pamplona*, que valiéndose de la ocasion los encargaban de varias comisiones para con S. M. pertenecientes al bien comun de la república, y escribir juntamente al rey católico y á nuestro padre general enviase allí algunos sugetos en residencia ú en mision, para lo cual decian tener ya comprado en una y otra parte proporcionada habitacion.

Reduccion de los guazaves.

Miéntras que los misioneros del nuevo reino daban tanto lustre á la provincia de Nueva-España con sus gloriosos trabajos en estas regiones, todo procedia con un órden y una regularidad admirable. Solo en Sinaloa hubo algunos motivos de inquietud. Volvia en aquellos paises ya con el cargo de capitan y justicia mayor D. Diego Martinez de Hurdaide, hombre de una rara prudencia para prevenir todos los lances de la guerra, de una prontitud y viveza admirable para sorprender al enemigo, de un celo apostólico bajo un trage militar, que le hizo sacrificar toda su hacienda á la propagacion del Evangelio entre las naciones que el rey cometió á su cuidado; digno, en fin, de que su valor y su conducta hubiese tenido mejor teatro. El tiempo que estuvo en la provincia de subalterno tuvo contenidos á los indios. Ausente él

se rebelaron los *guazaves*, quemaron las Iglesias, y se acogieron á lo mas espeso é impenetrable de sus bosques. El capitan, vuelto á Sinaloa, los siguió bien presto. Prendió algunos, y castigó á los mas culpados. El gefe principal de la rebelion era un cacique bastantemente ladino, muy valiente, y muy amado de los suyos. No pareció al capitan agriar los ánimos de toda la nacion con el suplicio de su gefe. Esta benignidad mudó enteramente á los *guazaves*, que se señalaron despues constantemente en la aficion y fidelidad á los españoles, y en el fervor y la piedad. El cacique, bautizado poco despues con el nombre de D. Pablo Velasquez, fué el apóstol de su nacion. No hacia con su presencia falta el misionero en sus pueblos. Don Diego Martinez de Hurdaide le dejó por muchos años todo el gobierno de sus gentes: hizo muy en breve reparar las Iglesias: corria de choza en choza para instruir privadamente muchos catecúmenos, y para dar al padre noticia de los enfermos, é inquirir las costumbres de los particulares. Habiendo con la santa comunion recibido cuasi milagrosamente la salud y la vista que tenia ya perdida á la fuerza del accidente, sirvió mucho tiempo á los suyos de una prueba viva de la verdad de los santos misterios, y dejó entre ellos muy pura la fé y muy arraigada la devocion al mas augusto de los sacramentos, de que se vieron en muchas ocasiones pruebas no vulgares.

Espedicion á las minas de Chinipa. Apénas sosegados estos movimientos de los guazaves, partió el capitan, por órden del virey, al descubrimiento de unas minas que se tenia noticia haber en la Sierra de *Chinipa*, y que en tiempos pasados se habia tentado infelizmente. Acompañóle en esta espedicion el padre Pedro Mendez, para abrir con este pretesto puerta al Evangelio y ayudar á las necesidades del pequeño ejército. Marcharon con veintitres soldados y algunos otros españoles que atraia la esperanza de las minas, fiados en la guia de algunos indios amigos, ó que parecian serlo. Eran estos de la nacion sinaloa, que por ser de las mas numerosas, dió ó tomó el nombre general de toda la provincia. Halláronse el dia 10 de abril á mas de cuarenta leguas de la villa, en uno de los desfiladeros estrechísimos, donde no podian marchar sino á la deshilada, á alguna distancia unos de otros: este era justamente el lugar donde los esperaban los enemigos prevenidos de las guias traidoras para acabar con todo el nombre español. El capitan, con ocho soldados y alguna parte del bagage, se habian ya empeñado en la estrechura. Tenia á su lado un monte bastantemente alto y fragoso, de donde los bárbaros ha-

cian rodar grandes peñascos y llover innumerables flechas. Por fortuna no se habia estrechado tanto la retaguardia y se hallaba aun en lugar de poder hacer algun daño al enemigo. El valeroso Hurdaide dió órden que algunos soldados destacados diesen algun rodeo por la falda del monte menos fragosa y desalojasen de la altura á los indios. Entre tanto ganó con bastante trabajo un peñol desde donde pudo tambien hacer fuego. El enemigo tenia acordonado todo el cerro, y habiendo muerto algunas béstias de carga y tomado un caldero de que hicieron tambor, se les oia cantar seguros de la victoria: *aquí quedarás, capitan, con tus españoles*. Tuviéronle cercado hasta el dia siguiente á la una del dia, sin darles lugar á tomar algun sustento ni descanso. El cabo que mandaba la retaguardia pudo desde la altura que ocupaban los indios valerse contra ellos de toda la ventaja del sitio. Murieron siete de ellos, y despues de veinticuatro horas de combate, la hambre, el calor, el cansancio y el fuego de la fusilería, los hizo retirarse despues de haber puesto fuego por varias partes al monte donde estaba el capitan con sus ocho soldados y el padre Pedro Mendez. No bastó un peligro tan grande para infundir temor al capitan Hurdaide. Junto ya todo el grueso de su ejército, en que solo habia dos heridos y algunas béstias de carga, pasó tres leguas adelante al primer pueblo de los chinipas que llamaban *Curepo*. Corrió toda la tierra: halló las poblaciones fuertes para el género de armas que usaban, y bastantemente regulares los edificios de piedra y barro, de bastante luz y buena disposicion. Los habitadores habian desamparado el pais: se quemaron algunos lugares y talaron las sementeras. Por medio de dos indios se tuvo noticia de las minas en que se trabajó algunos dias con muchos gastos y una utilidad muy desigual á la pena que costaban. El padre Pedro Mendez logró por todo fruto de su correría catequizar y bautizar catorce indios sinaloas en que á la vuelta quiso el capitan hacer justicia.

Mientras en Sinaloa se buscaban á tanto riesgo las minas, y poco á poco se disponian á recibir el yugo de Jesucristo las naciones mas rebeldes, el Exmo. conde de Monterey en cumplimiento de las reales cédulas, prevenia una armada para el descubrimiento y demarcacion de las costas de California. Iba por capitan de la espedicion el mismo *Sebastian Vizcaino* que ya en otro tiempo habia pretendido llevar consigo algunos de la Compañía. Para conseguirlo en esta ocasion propuso al virey que nada podria hacerse en aquel viage conforme á las Espedicion intentada á California.

intenciones de S. M. miéntras no fuese á él alguna persona inteligente en la astronomía y cosmografía, y que despues de repetidas observaciones pudiese dar exacta informacion á la corte. Que en toda Nueva-España no le parecia se podria hallar sugeto en quien concurriesen todas las cualidades necesarias, sino en el padre *Juan Sanchez*, jesuita, morador de la casa profesa. En efecto, era el padre Juan Sanchez de los primeros quince compañeros y fundadores de nuestra autoridad y religion, y que á los comunes estudios de la Compañía juntaba muchos y muy útiles conocimientos de astronomía, geografía, y otras partes de matemática. Un hombre de este carácter ha sido siempre por nuestra desgracia muy escaso en la América, aun entre gentes que profesan literatura. El virey, con esta noticia, lo mandó llamar luego á Chapultepec, lugar de recreacion á que se habia retirado algunos dias. Propuso el negocio al padre Sanchez, y concluyó pidiéndole se quisiese encargar de aquella jornada. El padre respondió, que aquello pertenecia al padre provincial, á quien estaba pronto á obedecer. Yo siempre esperé, dijo el virey, de un hijo de la Compañía una respuesta tan religiosa. Bien sé que esto pertenece al padre provincial; pero estando este en Zacatecas he querido explorar antes el ánimo de V. R. y guardar este decoro á una persona de tanto respeto en su religion. Si V. R. fuera provincial, ¿qué responderia á mi peticion? Yo, respondió el padre, no condescenderia: el negocio, Exmo. Sr., es puramente seglar, y muy ageno del instituto de la compañía ir de piloto y cosmógrafo á buscar puertos para el tráfico de los navíos marchantes. Cuando los intereses temporales se consideran solos sin los de Dios, no pueden los religiosos procurarlos, porque en esta vida donde el mundo puede recompensarles con sus bienes, ellos los han solemnemente renunciado, y en la venidera, donde esperan el prémio, no tiene el mundo que darles. V. E. junte los intereses temporales con los espirituales de nuestra profesion, y mis superiores y yo le serviremos gustosamente. El virey quedó muy edificado de la santa libertad del padre Sanchez, y le preguntó qué tiempo le parecia mas oportuno para la salida de las naves que S. E., de acuerdo con los capitanes, habian resuelto para el mes de julio. El padre respondió que no convenia, porque habiendo de navegar desde los 17 hasta 50 grados, llegarian á esa altura en la mitad del invierno, en que eran ciertas las tormentas. Que la salida deberia ser por enero para llegar por verano, tiempo apacible y sin los grandes frios de aquellos climas, con dias mucho mas largos para

navegar con luz costas incógnitas. El conde hizo tanto aprecio de la respuesta que mandó retractar el bando que habia promulgado de la salida por enero, añadiendo en el auto que firmaron todos los capitanes y pilotos de la junta, una cláusula que hace mucho honor á la memoria de este sábio y religioso padre; que en atencion á ser el padre Juan Sanchez un sugeto tan docto y grave filósofo, teólogo, astrónomo, cosmógrafo, y excelente en las ciencias matemáticas, y que en todo el reino no habia otro á propósito para que esta jornada se acertase; y otro si no pudiendo negociarse su ida sin facultad de su provincial, que estaba en Zacatecas, convenia se dilatase hasta enero la salida de los navíos para que en presencia de este se le pidiese enviase á dicho padre.

En efecto, no contento con haber escrito á Zacatecas con fecha 14 de junio, y vuelto á México de su visita el padre provincial, instó por la jornada. El padre Francisco Baez y sus consultores se inclinaban ya á condescender con la peticion del virey; pero el padre Juan Sanchez presentó á la consulta un papel, sosteniendo con tanto peso de razones que no convenia encargarse un religioso de aquella espedicion, que los superiores y el virey hubieron de sobrecéder, y Sebastian Vizcaino partió por mayo del año siguiente acompañado de unos religiosos carmelitas, entre los cuales Fr. Antonio de la Ascencion, cuya relacion cita Torquemada y el padre Miguel Venegas en sus noticias de la California.

Fundacion de la provincia de Santa Fé.

Poco despues de partida esta armada, sobrevino á la provincia una tropa de nuevos misioneros, y por superior de todos el padre Ildefonso de Castro, destinado provincial de Nueva-España. De esta mision se habian ya desde España destacado algunos sugetos para la mision del nuevo reino, á diligencias del padre Alonso Medrano, que habia con felicidad llegado á Europa á principios de aquel año. Nuestro padre general Claudio Acuaviva aceptó desde luego la fundacion, y habido por cartas su beneplácito, partió el padre á Valladolid, corte de nuestros reyes, donde obtuvo en pocos meses del Sr. Felipe III, la siguiente cédula.

„El rey. Por cuanto por cartas que me han escrito el presidente y oidores de mi real audiencia del nuevo reino de Granada, y el arzobispo y cabildo eclesiástico y seglares de la ciudad de Santa Fé, Tunja y Pamplona, que se han visto en mi consejo real de las Indias, se ha entendido lo mucho que importa para bien de aquel reino, que los religiosos de la Compañía de Jesus funden en él, para que con su buena

doctrina ayuden á la conversion y enseñanza de los indios, y la juventud se ocupe en ejercicios virtuosos y necesarios para su buena crianza, por haber mucha gente moza y clérigos criollos, que tienen necesidad de estudio y de doctrina, y que Alonso de Medrano y Francisco de Figueroa, de la Compañía de Jesus, vienen á estos reinos y tienen casa en la dicha ciudad de Santa Fé, á darme cuenta de ello, y llevar mas religiosos, y que Fernando de Espinosa, como procurador general de la dicha Compañía, me ha representado, que el general de ella por constarle de lo sobredicho, ha dado licencia á los dichos religiosos para que lleven ocho para la dicha fundacion, suplicándome les mandase dar licencia para ello, y habiéndome consultado, acatando lo susodicho, lo he tenido por bien. Por la presente, doy licencia á los religiosos de la dicha Compañía de Jesus, para que puedan fundar en dicho nuevo reino de Granada, sin embargo de cualquier órden que haya en contrario; y mando al presidente y oidores de la dicha mi audiencia, y al arzobispo del dicho reino y otras justicias y jueces eclesiásticos y seculares, que no lo impidan, que así es mi voluntad. Fecha en Valladolid á 30 de diciembre de 1602."—*Yo el rey.*—Por mandado del rey nuestro Señor.—*Juan de Ibarra.*

Con esta licencia que envió luego al nuevo reino el padre Alonso Medrano, se dió principio al colegio de Santa Fé por los años de 1604, en que con el título de S. Bartolomé, se erigió tambien un Seminario, que pasó despues á colegio mayor. Al mismo tiempo que se fundaba el colegio de Santa Fé, pasó acaso por Cartagena una mision de jesuitas. Los moradores de aquella ciudad, que por medio del padre Alonso Medrano habian tambien pretendido se estableciese allí la Compañía, no dejaron pasar tan bella ocasion. Las súplicas del Sr. obispo y la piadosa violencia de los ciudadanos fué tanta, que el superior se vió obligado á dejar allí á los padres Francisco Perlin y Hernando Nuñez. El Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Ladrada, hijo dignísimo del órden de predicadores, con un ejemplo inaudito de benignidad, de pobreza y de amor á la Compañía, salió de puerta en puerta por las calles á recoger limosna para la fábrica y sustento de nuestros religiosos, ya que á S. S. la cortedad de la renta y su caridad para con los pobres, no le dejaban que dar. El colegio de Santa Fé fué erigido en Universidad por los años de 1610. El siguiente año se fundó el colegio de Tunja, luego los de Honda, Pamplona y Mérida, por los años de 1620, 22 y 28. El de Santa Cruz de Mompox, el año de 1643. Aña-

dióse despues el colegio de Santo Domingo en la isla española, y por los años de 1720 el colegio de Antioquía. Hemos prepasado toda esta série de años, porque habiéndose agregado los colegios de Santa Fé y demas del nuevo reino, á la provincia de Quito por órden de nuestro padre general Claudio Acuaviva, no podiamos, ya sin meter la hoz en la mies agena, insertar en nuestra historia los felicísimos progresos de la Compañía en aquellos paises, y mucho ménos despues que por disposicion de N. M. R. padre general Tirso Gonzalez se erigió en distinta provincia el año de 1696. La historia de ella la escribió el padre José Casini. La autoridad de un escritor, por otra parte tan célebre, no nos ha impedido referir los principios de esta ilustre provincia con alguna variacion, tomada de los manuscritos que hemos citado y que verosímilmente no pudo haber á las manos, quien se veia obligado á tomar las noticias tan léjos de su fuente.

Muerte del padre Plaza.

Volviendo á tomar el hilo de nuestra historia, al colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo, faltó á fines del año un rigidísimo observador del instituto, y ejemplar de religiosa perfeccion en el padre Dr. Juan de la Plaza, primer visitador y segundo provincial de Nueva-España, varon de celestial prudencia, de continua y sublime oracion, de una circunspeccion admirable en sus palabras. Murió á los 21 de diciembre con sentimiento universal de toda la provincia. Hemos hablado de su mérito en otra parte de esta historia, y esperamos hacerlo aun mas copiosamente en su vida, que con las de otros distinguidos varones prometemos para el fin de nuestro trabajo.

Mision del Espíritu Santo.

El padre Diego Gonzalez, partiendo del colegio del Espíritu Santo de la Puebla, corrió santificando los pueblos de Xochitlán, Zacapoaxtla, Nautzontla, Quetzala y varios otros comarcanos, con tan copioso fruto, que el beneficiado D. Alonso de Grajeda, dando las gracias al padre provincial, escribe haber confesado en pocos dias mas de mil seiscientas personas, y dado el dia de Espíritu Santo la segunda comunion á mas de trescientos indios, cosa bien rara entre unas gentes, que como hemos visto en otra parte, tenian ántes tanto horror (que no podemos llamar veneracion) al mas amable de nuestros santos misterios.

Mision de Topia y descripcion del pais.

La mision de la sierra de Topía, comenzada por el venerable padre Gonzalo de Tapia, y despues por motivos diversos, emprendida é interrumpida en varios tiempos, habia tomado finalmente un asiento estable desde la mitad del año antecedente. El padre provincial Francisco Vaez, con la relacion del padre Francisco Gutierrez, y carta que

arriba insertamos del padre Hernando de Santarén, se movió á enviar á los padres Alonso Ruiz y Andrés Tutino. Muy á los principios de su apostólico ministerio los probó Dios con todo género de incomodidades y peligros, en la sublevacion de los indios acaxees, la mas numerosa y principal nacion de aquella serranía. La naturaleza del sitio y costumbres de sus habitadores, las oiremos de boca de un escritor respetable, que despues de haberse empleado por mas de veinte años en cultivar aquella region, selló su apostólica vida con una muerte preciosa, derramando la sangre por amor de Jesucristo. Dice, pues, así el padre Hernando de Santarén, escribiendo al padre provincial. „La provincia de Topía tomó el nombre de una tradicion fabulosa, muy semejante á la de las metamórfosis de los griegos. Dicen que una india antigua de este nombre, se convirtió en piedra, que hasta hoy ellos veneran en forma de jícara, que llaman en su idioma *topia*, de donde tomó el nombre el valle mas ancho y mas bien poblado de toda esta region. Aquí fijó su residencia Francisco de Ibarra, primer gobernador, y por la misma razon cuando el año de 1592 entró el padre Gonzalo de Tapia en esta mision, hizo el primer asiento en el valle de Topía, como en cabeza de la serranía Acaxee. Corre esta serranía de Norte á Sur del Nuevo-México hasta Guadalajara; tiene de ancho mas de cuarenta leguas, y en el medio y riñon de ellas, están poblados el dia de hoy estos acaxees, y de esta sierra, como de mas alto tienen principio muchos poderosísimos rios, que corren al Poniente, y entran en el mar del Sur, y otros que corren al Oriente, y van á parar al mar del Norte, acabándose algunos como el rio de las Nasas, el de Papaztquiaro y el de los Ahorcados en la laguna grande, donde está la mision que la Compañía tiene en las Parras; y como esta sierra está áspera es difícil de andar, porque tiene muchas cuestas de tres leguas y mas de subida, y llegados á la cumbre de esta comienzan otras, y así toda ella sin haber llano ninguno, si no es las cimas y alturas de los montes, donde hay algunos ojos de agua, de los cuales nacen estos rios tan poderosos, ayudándoles á sus avenidas y corrientes, las grandes nieves que hay en el invierno, por ser asperísimo estando la tierra muchas veces por un mes y mas, con dos varas de nieve que cubre y borra los caminos, de manera que no se puede andar por ellos; y cuando esta nieve se deshace, hay grandes inundaciones de los rios, regando en algunos campos vastos dos ó tres leguas de ancho, y esto no sin grande providencia de Dios, porque con esto quedan las tierras húmedas y las

provincias del mar del Sur, que no cogen maiz en tiempo de aguas, como son, Chiametla, Culiacán y Cámpanela; siembran por Navidad y vienen á coger por S. Juan, porque desde S. Juan hasta S. Miguel, son las aguas tan continuas, que no escapa un dia, lloviendo principalmente desde las doce del dia con grandísima fuerza dos y tres veces, con gran estruendo de rayos que caen en los pinos, de los cuales hay tanta abundancia, principalmente en las ciénegas, donde se hácen poderosísimos, que de ellos y otros árboles de que la tierra está cubierta, hay parte dónde en todo el año no está el sol. Algunos de estos pinos, llevan piñas una tercia de largas, en que tienen muchos piñones, que es el sustento de grandísima muchedumbre de papagayos que vienen de ciento en ciento, y de noche se vuelven á dormir á tierra caliente, y de muchísimas ardillas de muchas diferencias, unas grandes y otras pequeñas, que se topan por los caminos cada momento, y otras mayores que se llaman causos y tienen una cola muy hermosa, y son tan grandes, como grandes gatas hay en esta tierra, muchos ojos; pero lo que mas espanta es, que hay un pajarito que se llama carpintero que hace en un pino seco diez mil agujeros, y en cada uno mete una belleta, las cuales guarda para el invierno; hay tambien grande abundancia de gallos y gallinas de la tierra monteses, mucho mayores que las que se crian mansas, hanlas visto los padres de Zuenzo por los caminos; tambien han dicho algunos que han visto en estas ciénegas altas de estas partes diferentes carbuncuelos de noche: dicen que son tan grandes como perritos, y que tienen en la frente una piedra de grandísimo resplandor: han ido muchas veces á quitárlas de noche, pero en sintiendo ruido, cubrieron con un capullo la piedra, de manera que no se vieron mas.

Los bajos de esta sierra son tierras calientes, y así hay en ellos gran cantidad de mosquitos, gegees, rodadores y sancudos, y dánse en estos bajos todas las frutas de tierra caliente y grande abundancia de miel riquísima, mas blanca que una nieve, y otra mas espesa de las abejas grandes, de la cual los indios gozan mas abundantemente. Esta miel no se da en panales, aunque los hay tan grandes como botijas, sino en los huecos de los encinos. En la tierra templada mas abajo de los altos de la tierra una legua, en los cuales hacen unas botijas de cera tan grandes como huevos de palomas, haciendo tantas botijuelas, cuan grande es el agujero; y para seguir las abejas y saber donde están, van siguiéndolas desde el agua donde van á beber, en lo cual hay indios muy diestros y muy rastreros, y de esta cera saben ya los indios hacer candelas para la Iglesia.

En los medios de esta tierra, que es tierra templada, porque ni es fria como la de arriba, ni caliente como la de abajo, puso nuestro Señor grandísima cantidad de minas, y así es la tierra más rica que hay en la Nueva-España; de tal manera, que á cada paso se descubren muchas vetas y de mucha ley, y así fuera de los reales de minas que están poblados, hay despoblados, así por el alzamiento que hubo estos años pasados, como por falta de gente española; treinta reales de minas ensayadas ya de á marco, y de hay para arriba por quintal; pero como la tierra es tan corta, no se pueden sustentar si no es que la ley de los metales sobrepuje, y así las que acá se benefician ordinariamente pasan de á marco y á diez onzas por azogue, y las que son de á seis no se benefician, y las de fundicion y sebo á tres y cuatro marcos, y así lo que ménos vale en esta sierra es la plata. En esta tierra templada, que son las laderas de estas tierras, estaban poblados los indios junto algunos ojos de agua ó arroyos pequeños que bajan de los altos, y no estaban muy juntos, sino cada uno con sus hijos, nietos y parientes en unas rancherías fundadas en unos megotes ó picachos difíciles de subir á ellos, y la causa era por tener continuas guerras entre sí, aunque eran de una misma nacion y lengua, hasta venirse á comer unos á otros. La causa de estas guerras era no tener principal ni persona á quien reconociesen, y que les hiciese deshacer sus agravios, y así cuando uno era agraviado de su vecino, aunque fuese en poca cosa, recogia sus parientes é iba á la casa del que le agravió, y por su propia mano en su persona y hacienda, tomaba venganza, y el que recibia aquel agravio, tornaba á recoger sus parientes é iba á desagraviarse, y así andaban en continuas guerras, á las cuales iban con todas sus riquezas que tenian en sus casas de tilmas, chalchihuites, orejeras y plumerías, arcos y flechas en carcaxes de pellejos de leones, de que hay gran copia en esta tierra, lanzas de brasil colorado, de que hay mucha abundancia en los bajos, una cola hecha de gamuzas teñidas negras y sacadas unas tiras largas que salen de un espejo redondo, puesto en una rodaja de palo tan grande como un plato pequeño, y esta asentada en el fin del espinazo, baja la cola hasta las corbas en un cordel con que van ceñidos; llevan atravesada como daga una macana, las tilmas llevan cruzadas por el pecho, y las caras, piernas y brazos, embijados con metales amarillos, otros de negro del hollin del ocote y cumina, y suchimales que guarnecidos de plumerías, los cuales son como las vaseras de vidrios y cálices, con los cuales se revuelven y alargan

metiendo todo el cuerpo debajo de ellos: en la mano izquierda está el arco y lanza, y con la derecha flechan, hasta el punto que ha caido alguno de los enemigos, que entónces con una hachuela que llevan tambien para esto, al momento le cortan la cabeza con grande presteza, la que traen por triunfo cuando no pueden traer lo demas del cuerpo, con la cual en las manos hacen grandes mitotes: en volviendo á sus tierras, si traen algun cuerpo, media legua ántes de llegar al pueblo, para que las mugeres que ayunaban miéntras iban á la guerra, y las demas que están en el pueblo, le salgan á recibir, ellos esperan en un puesto que para esto tienen señalado, donde hay muchas piedras hechas á manera de canal larga, de mas de cuatro pies y cubierta como albañal, por las cuales van metiendo los cuerpos que traen, y dan á las mugeres las manos para que las lleven colgadas al cuello como nóminas. Llegados al pueblo, donde están las casas de terrado muy bien techadas, con una puerta pequeña, aun no de una vara en alto redonda, en el patio de la casa tienen un árbol de zapote, al pie del cual dejaron alguna flecha ó algun hueso de muerto colgado en ofrenda, para que su ídolo les diese victoria. Hay allí junto una piedra llana á donde dejan la carne miéntras se adereza donde se ha de cocer: luego sin quebrarle el hueso sino por las coyunturas despedazan el cuerpo y échanlo en dos ollas, y dos viejos, que para esto están señalados, toda la noche les dan fuego miéntras el resto del pueblo y los circunvecinos, que para ello se han juntado, están bailando y cantando las victorias de sus enemigos, con la cabeza del difunto en las manos. A la mañana revuelven las ollas y sacan los huesos mondos, dejando solamente la carne como atole, y estos huesos guardan en las casas fuertes colgados, parte con la cabeza. Otras veces encajan las calaveras en las paredes cercanas á las puertas de las casas fuertes. Guardan estos huesos en memoria de sus triunfos, y así cuando han de ir otra vez á la guerra, los viejos animan á los mozos diciendo, que miren aquellas victorias que ellos alcanzaron, y que se acuerden de algun pariente suyo que le mataron sus enemigos, y que entiendan que así tienen allá sus huesos: que procuren vengarlo y volver por su sangre y parientes. A la carne que queda en la olla, suelen echar frijoles y maiz cocido, y luego se va repartiendo por todos los que se han hallado en el baile, echando á cada uno su parte en un cajete. Al primero á quien dan de esta olla y del vino que tienen hecho, es al dios que ellos adoran, y al que mató aquel enemigo que quiere comer, al cual en el mismo mitote le

hacen un agujero en el lábio de abajo en medio de la barba que le pasa todo el labio, y llega hasta las encias, por donde le meten un hueso que tiene un boton á dentro, y sale como tres dedos del labio, y este trae toda la vida en señal de valiente, y si ha muerto dos, le hacen dos agujeros, y si tres, tres; y yo he visto indios que tenian tres: luego dan á las personas que ayunaron para la victoria.

Los ayunos de estos son muy rigurosos, pues todo el tiempo que dura el ir á la guerra, ó que dura la necesidad, porque aínas no pueden comer cosa que tenga sal, ni tocarse una persona á otra, ni hacer nada, y guardan esto con tanta puntualidad que no ha un mes que teniendo noticia el padre de los que andan en esta sierra, que una india estaba enferma, fué á su casa para ver si tenia necesidad de confesarse: hallola entre unos zacates, apartada un tiro de arcabuz de su casa, y habiéndola enviado á llamar con tres ó cuatro indios, y viendo que no se bullia de un lugar, preguntó qué hacia, y respondiéronle que estaba ayunando, y que estaba allí apartada por no tener ocasion de ver ni comunicar á nadie miéntras duraba el ayuno. Fuese el padre para ella, y cuando la india le vió venir, se levantó como un gamo, y alzando los gritos, que los ponia en el cielo, comenzó á huir por entre aquellos matorrales con tanta ligereza, como lo pudiera hacer un hombre, por no quebrantar el ayuno con hablar al padre. Solo pueden comer un poco de maiz tostado ó pinole que beben con una como calabacilla que traen colgada de la cinta en señal de que ayunan. Estos ayunos no solamente los hacen por las guerras, sino tambien si acaso han visto algun xixime, que son sus enemigos con quien tienen ya la guerra trabada y publicada, y donde quiera que se topan se matan, sino tambien cuando han de sembrar y cuando han de coger, y cuando hay borrachera y cuando hay pesquería, que á todas estas cosas ayunan, porque así se lo tenia mandado el demonio, con quien tenian grande comunicacion, y así se les aparecia de noche muy ordinariamente en los campos, á quien ellos tenian diversos modos de adorar, y así tenian diferentes ídolos á quien llamaban Tesaba, y el demonio les habia dicho que él se llamaba *Neyuncame*, que quiere decir el que todo lo hace; y teniales de tal manera engañados, que si habian de sembrar, tenian un dios que les guardase las sementeras, y este en figura de conejo ó venado, rogándole que los conejos y venados no les echasen á perder las sementeras y sembrados. En una parte tenian dos cuernos de venado, que algunos dicen que era de venado marino que hay allí; otros que de unos

venados que hay en el Nuevo-México, ó Síbola, por ser tan grandes que de vaca nunca se han visto, porque son tan gordos como el brazo, y de alto vara y media, y tenian seis ganchos: de estos el uno se quemó y el otro está guardado en el real de Topía: á estos pedian que los guardasen en la casa cuando se habian de coger las sementeras. Primero iban á cazar y cogian quince ó veinte venados, y de ellos hacian muchos tamales, y hasta entónces no comian del maiz nuevo. Para las guerras tenian un navajon grande de pedernal para que los pedernales de sus flechas no les saltasen. Para las cazas tenian en alguna parte alguna águila muerta de muchos años, porque en estas sierras altas hay algunas reales y esta adoraban y á las pescas. Tenian otros de diferentes figuras para las borracheras y comidas: tenian una figura de hombre con su cara, boca, narices y ojos, y algunos hombres señalados, y de otros solo las cabezas, y esto en tanta abundancia, que plantando en ellos la fé católica, hemos quemado mas de quinientos ídolos. Las guardias de estos son grandísimos hechiceros, á quienes temen los demas indios porque no los hechicen estos tales, porque tienen pacto con el demonio ó porque lo fingen ellos. Con la boca curan chupando y soplando, y dicen que sacan la enfermedad, para lo cual, llevan en la boca alguna cinta, hueso ó palo pequeño, y cuando chupan al enfermo, dicen que le sacaron aquello que sacan de la boca. Uno de estos, habiéndome entregado el ídolo y quemádole, gastó despues toda la noche tocando un tambor, y preguntándole á la mañana por qué lo habia hecho, me respondió que se habia aparecido aquella noche el ídolo, el cual llorando le habia dicho que por qué lo habia entregado al padre, que qué le habia hecho, y que mirase y se acordase cuántos años habia que le tenia, y que nunca le habia faltado maiz y comida, y por qué lo habia entregado al padre para que le quemase; empero que su corazon no le podia quemar, y así, se iba donde está su padre *Aguapiguge*, y que para consolar á este ídolo le habia tocado toda aquella noche el tambor. La figura de este ídolo era la cabeza de un hombre bien hecha, con un cucurucho como de capilla de un fraile capuchino; y preguntándole á este hechicero, quien le habia dado aquel ídolo, respondió, que estando una noche solo en el monte le oyó llorar, y yendo ácia donde lo habia oido, no vió nada, y luego lo llamó por su nombre, y llegándose mas cerca, habia topado aquella cabeza y que la habia guardado muchos años habia. Estos hechiceros fingen que dan el agua, y así los demas les son tributarios, principalmente cuando por

falta de agua se van secando las sementeras, y entónces llevan el ídolo que tienen para pedir agua y le ponen en el rio de pies, y si dentro de veinticuatro horas no les da agua, le sacan y arrojan, y toman otros. Estos ídolos son algunas piedras que naturalmente tienen algunas facciones ó particular figura.

Tienen estos ídolos unos altares muy fijos, hechos de figura circular, comenzando con un círculo muy pequeño, de compas de dos palmos, y sube una vara en alto, hecho de piedras llanas con barro, y luego otro mayor que cerca aquel del mismo altar, y luego otro y otro hasta que viene á ser un compas de dos varas. En este altar tenian los ídolos y ofrecian las ofrendas, y cuando no habia otra cosa, ofrecian y ofrecen todavía una hoja de árbol puesta una piedrecita encima; otras veces un manojo de zacate, y encima la piedra para que no se vaya. En las juntas de los caminos suelen tener un monton de piedra, en el cual ponen un manojito de zacate y una piedra encima para no cansarse en el camino.

En estas tinieblas y errores tenia el demonio engañadas mas de cinco mil personas, que son las que ahora tenemos á nuestro cargo en cuatro misiones, todas de una lengua, y fuera de estos ácia la parte del Norte, donde se llama *Vaimoa*, hay mas de otras tres mil, las cuales habiendo visto la paz con que viven nuestros cristianos apartados de las guerras, idolatrías y borracheras, y como se han congregado en buenos puestos acomodados para su comida é iglesias á las orillas de estos poderosos rios, claman y piden que váyamos á hacerlos cristianos. Fuera de estos mas ácia al Norte, hay mucha gente mezclada con los tepehuanes, y en estas partes hay muchas y riquísimas minas, las cuales han de ser parte para que poblando los españoles aseguren la tierra y puedan con mas facilidad ser doctrinados. Este año pasado entré allá cuasi solo, y en un solo pueblo me hallé con mas de cuatrocientas personas. Fuera de estos, á la parte del Sur, hay mucha gente que se llaman los de *Guapiguge*, los de Jecotilma, los de la Campaña grande, de donde tambien han traido riquísimos metales, á cuatro marcos por azogue. Estos tienen perpetua guerra con nuestros cristianos, aunque no con los españoles, como lo significaron estos dias pasados, diciendo al gobernador que habian de ser nuestros amigos, pero no de los indios, porque á estos tenian por sustancia, y vacas para comer, que así les llaman diciendo que el español esconde el dinero, el indio la vaca y los negros el tocino, lo cual esperimentaron por nuestros pasa.

dos en la guerra, de que adelante haré mencion, pues de todo género de gente hubieron á las manos.

Comunmente andan todos desnudos; tienen unos cordeles delgados con que andan ceñidos por la cintura, del cual cuelgan algunas borlillas ó cordeles de flecos como de un géme de largo y cuatro ó seis dedos de ancho, con que se cubren por delante; todo lo demás andan desnudos. Algunos se cubren con una tilma de algodon ó pita de que tienen grande abundancia, la cual sacan las indias de las pencas del maguey despues de hecho el vino, y mascando con la boca cada penca por sí, la dejan tan blanca casi como de algodon; despues las laban y hacen las tilmas, que entre ellos son de poca estima, porque por cuatro panes de sal dan una, la cual por estar muy apartada de la mar es muy estimada; y así en ningun manjar echan sal, sino muerden un poquito de sal y con la boca salada van comiendo los quelites, frijoles y calabazas que es su ordinaria comida. Para comer les sirve de silla la planta del pié derecho sobre la cual se sientan volviendo el empeine al suelo, y así comunmente tienen los empeines llenos de callos: las cabelleras crian y guardan con grande estima; tráenlas trensadas con fajas y cintas blancas, hechas de algodon. Tambien traen tilmas azules teñidas con añil, de que hay mucho por acá, y despues que entraron los españoles, de los pellejos de los carneros que se matan hacen tilmas blancas y pintadas, deshaciendo para ello las medias de punto azules, coloradas y amarillas que compran de las tiendas. Traen al cuello grandes sartas de caracoles blancos, y de coscates de algunos marinos, y los mismos en las muñecas de los brazos. Agujéranse desde niños las ternillas de las narices, y de allí cuelgan un cordoncito con una piedra verde que acá llaman chalchivite. Traen en las orejas muchos sarcillos negros y dentro de cada sarcillo una cuenta blanca, y otros traen unos arillos de plata y otros de cobre tan grandes como manillas, y en grandísima afrenta entran ellos cuando alguna vez, estando borrachos, le desgarran las orejas. Algunos en las piernas traen unas ligas de las garras de los venados que han muerto, y lo mismo en las gargantas de los piés, las cuales ordinariamente traen ceñidas, principalmente porque dicen que para subir estas cuestas les ayudan mucho, y cuando se cansan en semejantes cuestas, con un arco pequeño y una flecha muy aguda se pican las piernas, saliendo de cada picadura tanta sangre, que corre hasta el suelo; lo mismo hacen junto á las sienes y frente para sangrarse de la cabeza cuando les duele. Siempre que caminan lle-

van las mugeres la carga en un cacastle de hechura de un huacal, sino que es angosto de abajo y ancho de arriba, tan ancho, que cabe una anega de maiz desgranado, y la lleva una india con gran facilidad cuesta abajo y cuesta arriba con un mecapale en la cabeza. En estos cacastles lleva la muger la comida, que es maiz gordo y blando, que una mazorca entera se asa con un palillo como quien asa una gallina, y está tan tierna que se come muy bien. Llevan encima de la comida los comales, que son los platos, y escudillas, cucharas con que comen y beben; y si tienen algun niño, con una tilma revuelto va allí durmiendo, y muchas veces van dos. A los bordos del cacastle, llevan los papagayos y guacamayas, porque son muy curiosos en criarlas, y pélanlos á menudo para adornarse con las plumas. De este cacastle van colgadas las patillas de los venados que ha muerto el marido ensartadas en unos canutos de caña y los huesesillos de los piés de los venados que van haciendo un ruido como de cascabeles, y de esta manera marido y muger van de una parte á otra todo el hato á cuestas, y si tienen algun hijo de dos ó tres años, este carga el marido puesto en una tilma á las espaldas cruzada por el pecho y vuelta á atar á las espaldas. La comida en los caminos y en las guerras es ordinariamente un poco de maiz tostado; y así cuando venian á pelear con los españoles, como traian mucho, y cuando lo sacaban para comer, lo derramaban, venian grandes manadas de cuervos tras ellos, y así los españoles en viendo de léjos los cuervos se preparaban para la guerra porque sabian que allí venian los indios. Es una gente mediana de cuerpo, bien agestada, y los que han estado en tierra mas fria son tan blancos que parecen mestizos. Es gente bien proporcionada, de miembros muy ligeros, no se rayan los rostros si no son los de la provincia de Baimoa. Son muy fáciles, alegres, risueños, y que conversan con los padres y españoles con mucha afabilidad y risa. No son huraños, ni esquivos, ni melancólicos, ni retirados, ni temerosos, ni encogidos, sino largos y atrevidos. De lo que tienen son liberales, y reparten largamente no solo con los suyos y parientes, sino con los estraños y de otras tierras, partiendo con ellos de sus cosas sin ningun interés; y así á la mañana las mugeres hacen una olla de pinole, que es una bebida de que ellos usan mucho, y esta está á la puerta de la casa y beben de ella todos los yentes y venientes sin que nadie los convide á ello, sino en llegando aunque sean de otro pueblo estraño, se sientan junto á la olla y beben de ella, y cuando los padres van de un pueblo á otro y ellos tienen co-

mida acuden con muchos tamales y ollas de pinole y frijoles, y calabazas cocidas, para la gente que del otro pueblo vino con el padre; y algunas veces es en tanta abundancia, que despues el padre se lo reparte á ellos mismos, y nunca jamás que el padre llega al pueblo dejan de ofrecerle alguna cosa, ó que tecomates de miel, ó que frijoles, ó que pepitas de calabazas de que hay muchas, así de verano como de invierno de estraña grandeza, y con ser muy grandes son de mas estima por ser muy útiles.

Es gente de buen entendimiento, como se echa de ver en algunas razones que traen, porque el padre los bautice, y facilidad con que aprenden las oraciones en su lengua, pues muchos de ellos en un dia natural han aprendido el Pater noster, Ave María y catecismo, y lo han enseñado luego públicamente en la Iglesia á los demás. Tienen grandísimo teson en lo que comienzan, y así algunos catecúmenos están desde la mañana hasta la noche aprendiendo, sin acordarse de ir á comer, y esto se vió tambien en el teson que tuvieron estos años pasados en la guerra contra los españoles, contra los cuales solo cincuenta indios que se habian rebelado fueron amotinando mas de cinco mil personas, despues de haber muerto cinco españoles en su tierra. Destruyeron tres reales de minas, abrasando los ingenios y matando los españoles de ellos, y en otro se halló un padre de la Compañía que fué el padre Alonso Ruiz, que tenia á su cargo aquellos indios, y los demás estaban mal heridos y muy desmayados por verse cercados de mas de ochocientos indios que por todas partes los flechaban. Salió el padre con un Santo Cristo en las manos delante de todos, animando á los españoles, y fué cosa maravillosa que tirándole muchas flechas no le acertó ninguna. Acabado esto, en medio del furor de la batalla, se puso á decir misa y comulgó á los españoles, preparándose todos para morir por Dios nuestro Señor, el cual les puso en los corazones qué por entónces dejasen la batalla, y quince dias despues les vinieron á cercar y flechar; pero no con tanta fuerza como el primero, hasta que entró el teniente de gobernador con setenta hombres de socorro, con lo cual se reprimieron de lo que es venir al real, retirándose á los peñoles, quemando mas de cuarenta iglesias donde solian recogerse á la doctrina. A estos picachos fuí yo mas de cuatro veces con veinte soldados á llamarlos de paz por órden del gobernador, y yendo un dia, diez leguas la tierra dentro los topé que estaban matando una récua, y los arrieros de ella mataron dos indios y un negro, y flecharon un español de dos, que quiso

librarme Dios milagrosamente porque los indios me conocieron y mandaron á los demás que se apartasen del camino. Yo les hablé y llamé, aunque por entónces no quisieron obedecerme, diciendo en su lengua: ya no somos tus hijos. Con todo eso quiso nuestro Señor, que enviándolos á llamar con una bandera blanca puesta en una cruz vinieron para el dia que me señalaron; yo salí á recibirlos al puesto que ellos me dijeron, con soldados, y vinieron á mi llamamiento once pueblos, con los cuales, y mucha alegría del gobernador y del obispo, entré en el real de Topía, y dieron la obediencia al gobernador, y desde entónces nunca estos han faltado á la paz que prometieron, aunque otros de la misma lengua, que se llaman *sabaitos*, engañados por un demonio de un hechicero, que decia ser obispo y que era Dios Padre, haciendo á otros indios Santiago y S. Juan, bautizando á los indios y descasándolos de las mugeres con quienes estaban casados, se retiraron á un peñol despues de haber dado la obediencia al rey, á los cuales, enviándolos yo á llamar muchas veces, por dos meses enteros me respondieron que fuese yo en persona allá, y así fuí con cuatro soldados y con mucho riesgo de la vida; pero quiso Dios que bajaron siete pueblos, los cuales han estado y están con mucha paz y quietud, aunque fueron maltratados de sus comarcanos, á quienes tenian hecho pacto de no rendirse á los españoles, y por haber quebrantado el dicho juramento les quemaron las Iglesias y mataron algunas personas de los que se habian hecho nuestros amigos; pero con la muerte del falso obispo y del que se decia ser Santiago, á quienes yo ayudé á bien morir, se han aquietado mucho y desengañado de los embustes y mentiras con que aquel falso obispo les habia amenazado, cuya confesion hecha delante del gobernador tiene ocho hojas, y la enviaré á V. R. algun dia con las oraciones que él inventó y la doctrina que él enseñaba.

Pero lo que mas muestra su testa y determinaciones, es la que tuvieron en la guerra, juramentándose de morir, y no dejar la justa hasta acabar con los españoles, y lo hicieran si no pudiera mas con ellos el buen término del gobernador; porque habiendo los soldados hecho una pesca de mugeres se las tornó á enviar el gobernador, y esto no las viejas á quienes ellos estiman en muy poco, y así nadie se quiere casar con ellas, y los que las tienen las desechan, y viendo cuales habia enviado, las mugeres dijeron: nosotros habiamos hecho este concierto de no desistir de la batalla hasta morir ó vencer; pero pues nos han enviado nuestras mugeres, obligacion tenemos de dar la paz á los españo-

les aunque nos ahorquen, en lo cual se echa de ver un buen entendimiento y razon, como lo descubre mas un dicho de uno de ellos en ocasion que suponiendo que no habian de escapar ni dejar á vida español ninguno, y preguntando si matarian tambien al padre y respondiendo algunos que no, pues no les habia hecho ninguna mala obra, dijo otro que si no lo mataban, él solo podia obligarlos á dar la paz, y que así se determinasen á matarle porque no quedase en esta ocasion.

Es gente belicosa y de buenos ardides de guerra, como se vió en este alzamiento, haciendo las lumbres de una parte para que los españoles fuesen á ella, y saliéndoles en el camino en una emboscada y mal paso á matarlos, como salieron siete indios cuando venia el obispo con uno de nuestros padres, trayendo cuarenta soldados y mas de cien indios amigos, se determinaron á dar en ellos una noche, como despues me lo dijeron ellos mismos. Por otra parte, son tan amigos de los españoles, y de tan buenos naturales y compasivos, que habiendo herido un indio á un español porque le topó dentro de su casa, despues le curó y regaló hasta que estuvo bueno, y hasta entónces no le dejó salir de su casa. Su facilidad se les echa de ver en que solamente por mi persuacion dejaron sus puestos antiguos y se bajaron á las orillas de los rios, en los puestos que les señalamos y les eran mas á propósito, porque en los rios tienen mucha abundancia de pescados, de truchas riquísimas, vagres, matalotes y mojarras, y de esto cogen gran cantidad echando *brabasco* que son unas hojas de unos árboles machacadas y molidas, de lo cual, bebiendo el pescado se emborracha y muere, y abajo tienen atajado el rio con unas nasas á donde el pescado queda sobre aguado hasta que los que ayudan á la pesca dan licencia para coger algunas pescas; hay tan buenas que se han cogido cuarenta arrobas de truchas; pero á comparacion de las pescas que se hacen en las bocas de los rios, tres leguas del mar del Sur, es poco esto, porque de una vez que se ataja el rio se cojen tres mil arrobas de lisas y robalos que salen por Navidad del mar del Sur, á desovar en las corrientes de los rios, y cuando vuelven se hallan atajados.

Lo primero que en sus poblaciones hacen es el vatey, que es una plazuela muy llana y con unas paredes á los lados de una vara en alto á modo de poyo, el cual sirve para jugar á la pelota como ajonge de Castilla, que pesa dos ó tres libras porque es tan grande como la cabeza, y hácese de la leche que destilan unos árboles, esta se juega de cinco en cinco, y mas por banda, como se conciertan, y juéganla con tanta

destreza, que no la tocan con pie ni mano, ni parte alguna del cuerpo, si no es con el hombro derecho y con el cuadril de los cogines naturales, para lo cual es menester muchas veces saltar muy alto, y otras arrojarse en el suelo, dando grandísimas caidas, y en tocando la pelota con cualquier otra parte del cuerpo, es pérdida, y lo que pierden es grandísimas apuestas que hacen de los vestidos, calzones, turquesas, tilmas, arcos, flechas, plata y algunas veces se suelen desafiar unos pueblos contra otros, escogiendo los mejores jugadores, y poniendo mas de quinientos pesos de apuesta. Suelen estos desafíos generales ser muy de ver, porque el pueblo que desafía escoge seis ó siete jugadores, los mejores, y previénenlos para el desafío; luego recogen las cosas que se han de jugar y envian sus legados y mensageros cargados con ellas á tres ó cuatro pueblos, desafiándolos y señalando el dia del juego: los pueblos tienen obligacion de admitir el desafío, y entregan á los mensageros las prendas que de su parte ponen, las cuales las vuelven á su pueblo y avisan cómo queda el dasafío hecho y señalado el dia. Luego los del pueblo que desafió aderezan el vatey, de modo que no le dejen una china: esto hecho tres noches ántes del desafío, bailan todos los hombres y mugeres del pueblo en el vatey; de esta manera la primera noche salen dos indios dispuestos y aderezados, á manera de guerra, cada uno encima de las paredes del vatey, desde allí dan unas grandes voces, y luego salen solos los viejos y mozos que estaban escondidos en una enramada, y vánse con gran silencio hasta el medio del vatey, y puestos allí comienzan á cantar á grandes voces, y estas oidas, salen las mugeres de la misma manera, y estando juntos todos, están bailando tres horas, cantando todos los títulos y razones que tienen para alegrarse. La noche siguiente hacen lo mismo, y las letras que cantan son en alabanza de sus jugadores, celebrándolos y engrandeciendo su ánimo y ligereza, y de esta manera gastan otras tres horas del dia. El siguiente se ocupan las mugeres en hacer una gran comida para el dia siguiente, que es el desafío, por si los pueblos que vienen desafiados pierden, y hácenles el banquete, y dánles de comer; pero si ganan no les dan bocado, y hacen comer á los suyos que han perdido, consolándose con esto. La noche última y víspera del dia señalado, salen á bailar como las dos pasadas, y están obligados los que han de jugar el dia siguiente, á hallarse allí desde que anochece hasta que amanece sin cesar de cantar y bailar: esta noche cantan la fortaleza de los enemigos, sus ardides y gracia en jugar, animando á los suyos y exhortándolos

para el desafío. Llegado el dia, si el padre está en el pueblo, tienen respeto que se acabe la misa para hacer la entrada; pero si no, comienzan luego por la mañana, y la entrada es de esta manera: salen los dos soldados como las noches pasadas, desnudos y envijados, y con lanza y adarga, y puestos sobre las paredes entran como ántes los hombres á bailar, y luego las mugeres, y estando todos juntos, entran por un lado de la plaza los pueblos desafiados, todos aderezados como se aderezan para pelear: éstos comienzan á flechar con flechas despuntadas á los dos que están en las paredes, tirándoles con bolas de hortigas, cardones y espinas, de que han de procurar defenderse, porque como están desnudos, podian pasarlo mal si no se arrodelasen bien; pero como los enemigos son muchos, vánles desamparando la plaza y retirándose ellos y los que estaban danzando, salidos de la plaza y ganada por los enemigos, entran de nuevo en favor de los que se van retirando. Los que están en el pueblo, para jugar estos, entran con grande algazara y ruido, y van retirando á los enemigos hasta echarlos fuera de la plaza: salidos éstos, entran los que traen en su favor señalados para jugar, los cuales en entrando echan la pelota en la plaza, y cada uno se pone en su puesto sin reparar en la ventaja del número de personas, porque las seis ó siete del pueblo, están obligadas á jugar contra todos los que salieren de la otra parte, aunque sean tres y cuatro, doblado el número. Cuando no tienen algunos que jugar, juegan las pestañas de los ojos, de tres en tres y de cuatro en cuatro los pelos que se les arrancan hasta dejar á uno sin ninguno. Otras veces juegan á pasar por dentro de los ojos abiertos un chile (que es pimiento de las indias) sin cerrar los ojos, con ser el corazon del chile acaxee tan bravo, que en toda la Nueva-España no hay otro que le llegue: pásanles tres ó cuatro veces, conforme á la apuesta, y el paciente queda por gran rato llorando hasta volver á vengarse, si puede. Tambien tienen entre las mugeres otro propio entretenimiento, que es el juego del patolé, que son cuatro cañas abiertas, y segun caen, dando con ellas en una piedra, así van contando las rayas en unas piedras que tienen puestas en ringlera con dos puertas que han de salvar con el número que salen sin caer en ellas, que llaman ellos quemaderos, porque si caen en ellas comienzan á contar de nuevo: pongo por ejemplo, fáltanme dos para llegar á la puerta: si caen tres, salvo la puerta, y si caen dos, caigo en ella, y así vuelvo al principio."

Por este mismo tiempo acabó gloriosamente sus dias en la mision Muerte del

padre Juan Agustin.

de Parras el padre Juan Agustin, primer apóstol de aquellas gentes. Por algunas de sus cartas que hemos puesto arriba, se ve el celo de la salvacion de las almas, que consumia á este insigne operario. Despues de haber bautizado millares de infelices, y levantado al verdadero Dios muchas iglesias, y reducido á cristiana sociedad muchas naciones, consumido de enfermedades y provechosísimos trabajos, habiendo conseguido lo que tanto deseaba, que fué ver llegar á aquella region compañeros que ayudasen á recoger la miés, y supliesen, como creia su humildad, los grandes defectos que habia tenido en la administracion de aquellos pueblos, descansó en paz el dia 29 de abril de 1602.

Dedicacion de la Iglesia del colegio máximo, y sesta congregacion provincial.

El siguiente año de 1603, solo ofrece memorable la dedicacion del templo del colegio máximo, el mas suntuoso que habia entónces en México, aunque sobre un terreno el mas húmedo y cenegoso de toda la ciudad, dura aun hoy sin lesion alguna. Es un cañon bastantemente capaz, con un crucero bien proporcionado. La torre, aunque de una arquitectura muy sencilla, es hermosa y de una altura competente. Al lado del Evangelio se erigió al insigne fundador D. Alonso Villaseca, un túmulo de mármol, en que se ve su estátua, hincadas las rodillas, bajo un vistoso arco que sostienen cuatro columnas corintias, y coronan las tres virtudes, Fé, Esperanza y Caridad. Las cuatro virtudes cardinales ocupan los intercolumnios. El antiguo templo ó xacalteopan, se dedicó para el ministerio de indios en el seminario de S. Gregorio, quedando en él la preferencia á los caciques y naturales del pueblo de Tacuba, en memoria y agradecimiento de su cristiana piedad. Este bello edificio † honró poco despues con su cadáver el espi-

† Dedicado despues á nuestra Señora de Loreto: es una basílica suntuosísima, en que gastó inmensas sumas de dinero el conde Basoco; pero hoy está abandonada por un enorme desplome que ha padecido, aunque están sin lesion sus arcos y bóbedas. Creese que ya asentó de todo punto, por lo que esperamos que vuelva á abrirse para honra de la Vírgen.—La Iglesia de S. Pedro y S. Pablo estuvo cerrada por muchos años: se le permitió abrir al cura del Sagrario, Dr. D. José Nicolas Larragoiti para sepulcros de su parróquia. En 1821 se destinó para situar allí el primer congreso general de México independiente, que lo instaló el Sr. D. Agustin Iturbide, el domingo 24 de febrero de 1822. Despues se trasladó al salon que se erigió en el Palacio nacional, y amenazando ruina la Iglesia de Loreto, volvió á su primer destino la de S. Pedro y S. Pablo, donde hoy se celebran los divinos misterios con gran pompa. Es mucho de sentir que el gobierno no haya perpetuado la memoria de la instalacion del congreso con una inscripcion que marque la memoria de un suceso tan fausto, y lo recuerde á la posteridad, como se hace en las primeras ciudades de Europa.

ritual y devoto padre Antonio Arias, uno de los varones mas esclarecidos en letras y en virtud que ha tenido la provincia de Nueva-España. Su íntimo trato y familiaridad con Dios, en una total abstraccion de todas las cosas de la tierra, le hizo muy semejante en el espíritu, y por eso muy amado del venerable siervo de Dios Gregorio Lopez, á quien visitó algunas veces, y cuyo extraordinario género de vida se dice haber aprobado y defendido con una docta disertacion que escribió sobre este asunto. Leyó por algunos años las cátedras de moral y escritura, que antiguamente tenia un mismo sugeto, aunque en diversos dias. Noticioso de su grande literatura el reverendo padre general Claudio Acuaviva, le envió licencia para que, como los padres Hortigoza y Rubio, pudiera graduarse en la real Universidad, licencia que el humilde varon tuvo siempre oculta porque no le obligasen á usar de ella. Fué muy singular en la devocion para con la Vírgen Santísima, de quien en la última visita que hizo al Santuario de los Remedios, se cree haber concebido su temprana y dichosa muerte á los 39 años de su edad, el dia 10 de junio de 1603.

A fin del año, aunque poco ántes de lo ordinario, se celebró en el mismo colegio la sexta congregacion provincial, en que fueron elegidos procuradores los padres Martin Pelaez, y Juan Laurencio, que era tambien secretario. El padre Dr. Antonio Rubio, electo procurador en la antecedente congregacion, y cuasi todo el tiempo que estuvo en la América lo habia ocupado en escribir el curso de filosofia peripatética, que tenemos suyo, alcanzó de nuestro padre general licencia para quedarse en la Europa á cuidar de la impresion de sus papeles.

El tuvo la satisfaccion de que la Universidad de Alcalá adoptase y mandase seguir en sus escuelas la filosofia que escribió. La Universidad de México tiene la gloria de contar entre sus doctores, al que la Universidad de Alcalá reconoció por tan insigne maestro; pero la provincia de Nueva-España quedó sumamente mortificada de que el padre no hubiese vuelto á la América, temiendo que pudiese ser este un ejemplo de muy fatales consecuencias para los jesuitas de Europa, á quienes el celo de las almas habia endulzado hasta entónces el pasage á las Indias. „La congregacion, en virtud de esto, suplica á nuestro padre „general no permita que los procuradores con motivos semejantes se „queden en Europa y dejen de cumplir con su oficio, no volviendo á „dar cuenta á la provincia de las cosas que les han encargado."

Notables postulados.

Y ya que hemos referido este justo resentimiento de aquellos graví-

simos vocales en la accion del padre Antonio Rubio, no debemos omitir la honra que hizo al sábio y religioso padre Dr. Pedro de Hortigoza. Todos, se dice en el cuarto postulado, con gran reconocimiento al mucho provecho que ha hecho el padre Pedro de Hortigoza, no solo á la provincia, sino á todo el reino, y viendo tambien la grande estima y satisfaccion que dará cualquier cosa suya que se imprimiere, como que es deseo comun de esta provincia y de todas las de España, le pidieron encarecidamente que atendiese á poner en órden cualquier cosa suya para poderla imprimir; y á V. P. suplica y encarga la congregacion ordene á dicho padre, que se anime á escribir é imprimir &c. Súplicas tan sinceras y tan autorizadas, no bastaron á rendir la constante humildad del padre Hortigoza, que nos hace carecer con dolor de los monumentos, no ménos de su insigne piedad, que de su profunda literatura.

Castigo de los zuaques.

En Sinaloa las espediciones militares del capitan Hurdaide, siempre conducidas á la prudencia y seguidas á la felicidad, abrian cada dia mas la puerta al Evangelio. Los zuaques, nacion feroz y soberbia, que habia dado asilo á cuantos perseguian á los españoles, ó apostataban de la fé, castigados una y otra vez, comenzaron á dar esperanzas mas seguras de su conversion, que cuando burlaron el celo santo del padre Tapia. En la segunda entrada que hizo el capitan á sus tierras en medio del pueblo principal de Mochicanis, y á vista de mas de quinientos indios armados, que conducia el cacique Taxicora, tuvo el valor de prenderlo y aprisionarlo, sirviéndole su vida de gage y prenda, para contener la furia de aquellos bárbaros, que por sus mentiras lo veneraban como á Dios. Marchó de ahí á los tehuecos, que formados en su órden bárbaro de batalla, lo esperaban en los llanos de Matahoa. A su arribo los indios que en campaña rasa no podian sostener el fuego de la fusilería, se retiraron al monte. Una fuga tan precipitada no podian seguirla las mugeres y los niños. El capitan hizo prisioneros mas de doscientos, y envió á decir á los tehuecos, que él no intentaba hacerles daño: que su designio era preguntarles el motivo de haber tan injustamente invadido las tierras de los ahomes: que esta nacion aliada de los cristianos, estaba bajo la proteccion de los españoles: que sus mugeres y sus hijos estaban en su poder: que la santa ley que profesaba no le permitia manchar sus manos con el derramamiento de una sangre inocente; pero que procederia, segun todo el rigor de la guerra si no vaciaban prontamente las tierras de los ahomes y se

rendian á la discrecion del vencedor, de que jamás les pesaria. Esta embajada tuvo el efecto que se podia desear. Los tehuecos agradecieron la benignidad del capitan; desocuparon las tierras usurpadas, y aun pidieron padres que los hiciesen cristianos, aunque no se pudo hacer sino despues de algunos meses. A la vuelta determinó pasar por el mismo pueblo de los zuaques. Aquí recibió una embajada de aquella fiera nacion, en que se disculpaban de la guerra que les habian hecho emprender los sinaloas y su cacique Taxicora. El respondió que no queria derramar la sangre de los zuaques, ni poner fuego á sus casas que estaban llenas de la cosecha de aquel año; pero que no partiria de allí sin que se le rindieran y quedara castigada su insolencia. A persuaciones de la india, que servia de intérprete y que conocia bien las intenciones del piadoso Hurdaide, se rindieron los zuaques. A los mas culpados castigó con algunos azotes, y á los demas mandó cortar hasta los hombros las cabelleras. Esta humillacion les hizo conocer su flaqueza, la benignidad de los cristianos, y sirvió para que ellos y sus vecinos los sinaloas, pretendiesen ponerse bajo su proteccion, pidiendo predicadores que les llevasen la luz del Evangelio. Esto no podia ejecutarse sin facultad particular del virey de México, que tenia dada órden al capitan de Sinaloa de no emprender conquista espiritual ó temporal de nuevas naciones, sin dar ántes parte á su excelencia. Con motivo de cumplimentar y presentarse al Exmo. Sr. D. Juan de Mendoza, marqués de Montesclaros, que acababa de succeder al conde de Monterey, partió á México el capitan de Sinaloa acompañado de algunos caciques de las tres naciones, que por su parte pidiesen tambien aquella gracia á su excelencia.

Raro ejemplo del marqués de Montesclaros en la congregacion del Salvador.

El nuevo virey de México, era el mas apropósito del mundo para promover toda obra de piedad. Luego que llegó á esta capital, habiendo sido recibido en nuestros estudios con oraciones y diversos géneros de poesías, y viendo en los mas distinguidos jóvenes tanto aprovechamiento en las letras, con tanta modestia y buen término, como les inspiraban los ejercicios de la congregacion, de que todos eran miembros, quiso ser admitido en ella; pero advertido que no se habia instituido sino para solos los estudiantes, pretendió lugar en la ilustre congregacion del Salvador en nuestra Casa Profesa. En una lucida funcion que se dispuso se dieron á su excelencia las gracias de aquel grande ejemplo, y de la honra que hacia á aquella casa. Recibió las reglas de la congregacion, prometiendo guardarlas, y lo cumplió tan puntual-

mente, que en los dias asignados de comunion, confesaba en nuestra sacristía y salia á comulgar á la Iglesia á la frente de los demas congregantes, con muchos otros señores, que arrastraba una accion tan brillante de sumision cristiana. Quiso que el padre Dr. Pedro Sanchez hiciese en su palacio pláticas á la vireina y demas familia. Asistiendo á la primera visita de cárceles, á que por peticion de los reales ministros, se hallaba siempre el apostólico padre Hernando de la Concha, quedaba un indio condenado á cien azotes. El padre venerable por sus canas, y mucho mas por la alta reputacion que se tenia de su virtud, intercedió por aquel miserable, prometiendo hacer por él aquella penitencia. El virey, admirado de tanta caridad, dió por libre al preso, y sin poderse contener abrazó al padre con lágrimas, y aun habria delante de todo el pueblo arrojádose á sus pies, si no lo impidiera su modestia.

Pretende la Compañía establecimiento á la religion de S. Juan de Dios.

La grande veneracion y afecto que el Exmo. conde de Montesclaros y las personas mas distinguidas mostraban tener á la Compañía, fué muy estimable en esta ocasion para hacer á la ciudad de México y á todo el reino un importantísimo servicio, y en que sin jactancia alguna ó temeridad, podemos gloriarnos que nunca igualará su agradecimiento al beneficio. Hallábanse en México desde el dia 18 de octubre del año de 1603, el reverendo padre Fr. Juan de Zequeira, del órden de S. Juan de Dios, con otros cuatro religiosos de diez y seis que con facultad de Felipe III y del nuncio cardenal habian salido de Europa. Pasaron mas de un año con grande edificacion y no menor pobreza. No apareciendo despues de tanto tiempo alguna esperanza de establecimiento, y disminuyéndose cada dia mas las limosnas, determinaban ya volverse á España. El padre Dr. Pedro Sanchez y algunos otros de los mas autorizados, hablaron al excelentísimo, á los oidores y cabildo secular, para que se les diese sitio, y juntaron entre ellos algunas limosnas. Muy en breve se conoció todo el provecho. Aquellos religiosos, así de las cárceles en que solian acompañar al padre Concha, como en otras partes buscaban á ejemplo de su excelentísimo fundador, los pobres enfermos y los conducian á su hospital, á que dieron el nombre de nuestra Señora de los Desamparados, por haber puesto en él al mismo tiempo cuna para niños expósitos, de que tomaron jurídica posesion el dia 24 de febrero de 1604. Obra de insigne piedad; pero que no hallando fomento de suficientes limosnas, hubieron de dejar con el tiempo, no sin grande dolor suyo y de todos los buenos que admiran

falte una dotacion tan provechosa en una ciudad, donde con tanta liberalidad y magnificencia se contribuye á semejantes fábricas †. De nuestra Casa Profesa se acudia á confesar á los religiosos y hacerles pláticas espirituales. En recompensa de estos buenos oficios, cuando habia algun enfermo de cuidado en nuestra Casa Profesa, venian dos á asistirle, hasta que en estos últimos años, atribuyéndose á descuido nuestro, lo que era pura caridad y gracia de estos edificativos religiosos, ha parecido necesario escusarles esta incomodidad, quedando siempre muy vivo en los sugetos de la Compañía el agradecimiento que procuró mostrar últimamente N. M. R. P. general Ignacio Visconti, concediendo carta patente de comunicacion particular y hermanable de todas las buenas obras, que su Magestad fuere servido obrar por medio de su mínima Compañía, su fecha en Roma á 10 de febrero de 1752.

Ministerios en cárceles y hospitales.

Fuera de lo mucho que trabajaban en los hospitales y cárceles los operarios de la Casa Profesa, y los muchos socorros espirituales y temporales que les procuraban las congregaciones de nuestros colegios, se dió principio este año á las pláticas morales de todos los domingos, en que se ejercitaban con mucha utilidad los padres estudiantes de cuarto año. Habia uno entre estos, cuyo nombre ignoramos, de singular fervor, y que se habia conciliado de los presos una grande veneracion. Llegó á la cárcel el mártes santo, y halló un recien venido, que sin respeto alguno al padre, que lo infundia á todos los demás, proferia horribles execraciones. Corrigióle blandamente diciendo que siquiera aquellos santos dias procurase contenerse; pero el infeliz, burlándose del padre, respondió que lo haria peor, y cumplió su palabra con gravísimo escándalo de los demás presos, que en vano le exhortaban á que respetase al ministro del Altísimo. El celoso ministro, no bastando para corregir aquel protervo medios tan suaves, interrumpió su discurso, se quitó con grande reverencia el bonete, y alzando los ojos al cielo, dijo con un afecto vehemente y que causó en el auditorio un grande y saludable horror: Dios mio, pues no hay justicia en la tierra que ponga una mordaza en la boca de los juradores, ponedla vos. Así habló el santo hombre, y aquel miserable, arrebatado poco despues de unas manos invi-

† Existe en el dia en el mayor arreglo por la bondad de las primeras señoras mexicanas que se han consagrado á una obra tan agradable á los ojos de Dios, y que siempre recordará la memoria de su reponedor el eminentísimo cardenal de Lorenzana, arzobispo de México. Los juaninos tomaron posesion jurídica del terreno del hospital en 24 de febrero de 1604.

sibles, se dió muchos golpes por el aire con las paredes del calabozo, hasta que arrojando sangre por boca, ojos y nariz, quedó como muerto hasta el dia siguiente, en que mandó llamar al padre, y se confesó por escrito, porque la lengua le habia quedado cocida al paladar. Estuvo mudo desde aquella noche hasta el lunes siguiente, en que volviendo el mismo padre le dió un rosario y una imágen de nuestro santo padre Ignacio, diciéndole que con el corazon se encomendase muy de veras á la Madre de misericordia por la intercesion de su siervo Ignacio, y yo confio, añadió, que no pasará el dia de mañana sin que la Vírgen Santísima os restituya el uso de la lengua. En efecto, el dia siguiente prorumpió repentinamente diciendo, Ave María, señores. A los quince dias, refiriendo el suceso á otro recientemente preso, en comprobacion de la virtud y santidad del padre, se burló de él; pero dentro de un cuarto de hora esperimentó el mismo castigo, arrebatado con tanta furia, que arrastraba cuatro hombres robustos que quisieron contenerlo. Invocaron todos con grande afecto el nombre de Jesus, y oyéndose una voz espantosa que dijo, si no lo quiere creer se lo harán creer, quedó por largo rato fuera de sentido en los brazos de sus compañeros. De estos temerosos sucesos se hizo informacion jurídica por órden del virey y alcaldes de corte, de que se conserva un tanto en el archivo de la provincia.

Caso raro de S. Gregorio.

De muchos otros casos edificantes que pudiéramos referir, solo añadiremos uno tanto mas admirable cuanto tiene ménos de milagroso, y que dará idea del grande fruto que se cojia en el Seminario de S. Gregorio. Observan muchos piadosos naturales un rigidísimo ayuno para prepararse á la santa comunion desde el dia ántes. Así lo habian practicado tres indias doncellas sin tomar alimento alguno desde el miércoles á medio dia para comulgar el jueves santo. Vinieron en efecto por divina disposicion á tiempo que ya estaba reservado el Sacramento. No pudieron oir esta noticia sin derramar ternísimas lágrimas, y pareciéndoles que por su poca disposicion les negaba el Señor aquel consuelo, perseveraron en el mismo ayuno natural con que habian venido, hasta el domingo de Páscua que recibieron el pan de los ángeles. Persuadiales el padre despues de un largo rato que fuesen á desayunarse á sus casas; pero llevadas de un extraordinario afecto de devocion permanecieron en la Iglesia en accion de gracias hasta el medio dia.

Calamidades del colegio de Oaxaca, y mi

Los sucesos de este año fueron muy varios en el colegio de Oaxaca. Un violento temblor arruinó la mayor parte del colegio. † En el inge-

† En la noche del 4 de octubre de 1801 un horrible terremoto derribó en Oaxa-

ño de azúcar, que era cuasi el único fondo del colegio, repetidos hielos quemaron la caña. Una inundacion ó repentina avenida maltrató mucho la casa del mismo ingenio con grave peligro de arruinarla. La pérdida se valuó en doce mil pesos. Por otra parte, la muerte en ménos de un mes, arrebató dos insignes sugetos, al padre Alonso de Santiago, fervoroso operario de indios, y al padre Pedro Rodriguez, celoso ministro y prefecto de la Anunciata. Uno y otro dejaron gran duelo de sí en la ciudad, y de ellos haremos debida memoria en otra parte. En medio de tan continuados y sensibles golpes, fué extraordinario el socorro de limosnas á que el Señor movió los ánimos, y que bastaron para reparar el estrago del temblor y redimir cinco mil pesos de censo en que estaba gravado el colegio. Nuestro bienaventurado padre S. Ignacio favoreció visiblemente á sus hijos obrando por medio de una imágen suya algunos prodigios. Un niño deshauciado y sin esperanza alguna de vida recobró á su contacto pronta y cumplida salud, y vino luego á dar á nuestro templo las gracias. Una muger frecuentemente asaltada de gota coral quedó para siempre libre; y otra, despues de tres dias de cruelísimos dolores, ya debilitada y moribunda, arrojó la criatura muerta, y aun corrompida, quedando sin lesion alguna.

lagros de San Ignacio.

Las misiones de gentiles, que era la principal ocupacion de la provincia, iban en un continuo aumento. Entre los tepehuanes, habiéndoles enseñado los misioneros á cultivar el trigo y otras semillas que no conocian, se habian reducido á sociedad política y civil muchas rancherías que estaban esparcidas por quebradas inaccesibles de los montes. Creció considerablemente el pueblo de Santiago y el de Santa Catarina, fundacion del padre Gerónimo Ramirez, sobre el mismo rio de Papátzquiaro. Añadiéronse las nuevas poblaciones de S. Ignacio y de los Santos Reyes, á que fué necesario enviar nuevos misioneros. Con este socorro se acudió á algunos lugares mas distantes, que ansiosamente lo pretendian. De todas las familias que se catequizaban, pareció formar una nueva colonia. Con acuerdo de los mismos indios eligió el padre el sitio del Zape, valle hermoso á la falda de una alta roca, y estendido á las riveras de un rio, que corriendo de Sudeste á Noroeste, pierde su nombre y su caudal en el de las Nasas. En la cima de una roca nace una fuente, y al derredor hallaron los padres muchos ídolos

Estado de los tepehuanes.

en la hermosa cúpula de la Iglesia de la Compañía, cuyo colegio, por la espulsion de los padres jesuitas, se convirtió en convento de monjas de la Concepcion. Hoy está reparada dicha Iglesia y convento.

y fragmentos de columnas al modo de las que usaban los mexicanos. En el valle observaron tambien algunas ruinas de edificios, que les hicieron creer habian hecho asiento allí los mexicanos, en aquella famosa jornada desde las regiones septentrionales que están constantes en sus historias. Con ocasion de unas pestilentes viruelas ofreció Dios á los operarios de ese partido abundante cosecha de sufrimientos en la supersticion y grosería de los naturales. No les fué de poco trabajo desengañarlos del sacrificio ó sacrilegio con que pretendian mitigar á sus dioses ofendidos, quitando la vida á algunos inocentes. Se habia encargado la caridad de los padres de aderezar en su propia casa el alimento de los enfermos, que salian despues á repartirles, y administrarles tal vez por sus propias manos: un ejemplo de tanto amor y humillacion, irritó al comun enemigo, que les sugirió ser aquellas viandas un violento tósigo que les abreviaba los dias de la vida. Con esta persuacion recibian ágriamente al misionero cuando llegaba á sus chozas, y le volvian intactos los manjares, hasta que desengañados con la salud de otros, se convirtió el desprecio en agradecimiento, que fué el principio de su conversion.

Sucesos de Párras.

Aun eran mas considerables los progresos en la mision de Párras. A mas de cuatro mil que habia ya bautizados, se agregaron por este mismo tiempo mil y quinientos. Tambien se agregaron á las tres antiguas poblaciones de Santa María, la Laguna y rio de las Nasas, tres caciques con mas de cuatrocientas de sus gentes. Uno de ellos, encantado de la benignidad y dulzura de los padres, y llevado del celo de reducir á otras naciones mas septentrionales, dió la vuelta á su pátria y envió por todas partes mensajeros á las naciones circunvecinas, convidándolas á entrar á la parte del tesoro que habia tan felizmente descubierto. Estos enviados tuvieron la misma fortuna que los del Evangelio. Los ochoes, gente feroz é inhumana, dieron muerte á uno de ellos; otro tuvo mucha pena en escapar de sus manos. No fueron tan bárbaros los alamamas. Estos enviaron exploradores que se certificaran por sus ojos de la verdad, y quedando pagados de la comodidad del sitio y paternal gobierno de aquel pueblo, prometieron traer toda su gente, que estaba dividida en siete parcialidades, nacion mansa y dócil, de gentil talle y bello semblante. Traen raido el rostro, y recogen el cabello con un peine ácia el cerebro; de lo demás forman una trensa que revuelven con gracia á lo superior de la cabeza. De la disposicion de estos lugares, aunque hemos dicho ya alguna cosa, vaciaremos aquí una curiosa

carta del padre Francisco Arista, que dice así: „Es la laguna muy abundante y copiosa de patos de varias especies, y de muy buen pescado.„ Cójenlos con redes ó á golpes de flecha. A los patos cazan y derriban con hondas al vuelo consingular destreza. Tiene la tierra mucha caza montés de venados, conejos y liebres, tantas, que á veces de una salida cojen hasta doscientas sin mas arma que el arco y la flecha en que se ejercitan desde niños.

En esta laguna, junto al pueblo de S. Pedro, entra el rio de las Nasas, que es el que la mantiene en ser, aunque en cierto tiempo del año se seca el rio por consumirse el agua en los arenales, corriendo debajo de tierra, que es providencia del Señor, porque quedando con ménos agua la laguna se parte en esteros, donde se recoje y goza mejor el pescado y se cria con grande abundancia para comunicarse por todo el rio en la primera avenida. Queda tambien por las playas secas copia de raices y frutillas que les sirven de alimento gran parte del año. De las raices hacen unas como roscas de pan, muy blancas y de bello sabor. ¡De esta misma retirada de la laguna quedan tambien los prados y arenales con buenos húmedos para sus cementeras de maiz, y sin mas arado ni mas riego ó cultivo nace con tanta abundancia, que se han medido algunas mazorcas de mas de media vara. Hay en la laguna, fuera del pueblo de S. Pedro, otros dos que son Santiago y S. Nicolás con buen número de vecinos. La poblacion de nuestra Señora de las Párras tiene otros dos pueblos de visita que son S. Gerónimo y Santo Tomás. En el rio de las Nasas tienen sus pueblos los nuestros á sus riberas. El principal se llama S. Ignacio, aunque hay otros de mas gente, toda ella de buen natural, poco idólatra y supersticiosa. Cuando paren las mugeres ellos son los que hacen cama, y guardan encierro ayunando cinco ó seis dias de carne y peces, que quedarian contaminados y no se dejarian coger si en aquel tiempo los comiesen. Al cabo de estos dias viene un viejo, que es como su sacerdote, y los saca de la mano, con lo cual quedan libres de ayuno y clausura. Guardan las cabezas de venado que han muerto sus padres ó parientes difuntos hasta que les hacen el cabo de año en esta forma. Salen todos al anochecer de la casa del difunto con canto triste y lloroso, y tras de ellos una vieja con la cabeza del principal venado en las manos hasta ponerla en una hoguera, encima de unas flechas. Al derredor pasan la noche, llorando ella y cantando y bailando los demás hasta el amanecer que arrojan la cabeza en la hoguera, y hecha cenizas queda sepul-

tada la memoria del difunto. Los que se allegan al rebaño de la Iglesia, son muy afectos á las ceremonias y rito eclesiástico, cuya santidad quiso Dios darles á conocer en un caso horroroso. En un pueblo se oyeron de noche unas voces lastimosas que pedian socorro, de un indio que era violentamente arrastrado al monte de una mano invisible. Siguiéronlo, y con ellos dos padres, hasta una quebrada llena de concavidades y rocas tajadas, que aun de dia ponia horror verlas. Encontraron al indio sin señal alguna de vida, hasta que despues de largo rato volvió en sí y pidió el bautismo, que se le concedió como á otros ciento. Con esta ocasion hallaron allí muchos sepulcros llenos de cabezas y huesos humanos, que los indios cubrian con muchas piedras porque no se les apareciesen sus muertos. Estaban las peñas del mismo monte señaladas con letras ó caractéres formados de sangre, en partes tan altas, que no podia otro que el demonio haberlas formado tan firmes y bien asentadas, que en muchos años ni las aguas, ni los vientos las han borrado ó disminuido. Se hizo solemne procesion á la dicha cueva, y hechos allí los exorcismos y bendiciones de la Iglesia, se dijo misa y colocó una cruz en el mismo lugar, que se llamó de allí adelante la Peña de Santiago, por haber sido esto en su dia, y despues acá han cesado los espantos y representaciones con que allí los engañaba el demonio. Los nuevamente bautizados se muestran muy celosos de atraer á los suyos á nuestra santa fé. Un cacique de pocos años, llamado Ilepo, que jamás habia visto españoles ni salido de sus serranías, se bautizó con cincuenta de sus vasallos. Estos, en quienes acaso habia podido mas la adulacion que la verdad, se lanzaron á pocos dias é hicieron fuga. Corrió luego tras ellos el fervoroso neófito, y consiguió, no solo reducir aquellos cincuenta, sino añadir de nuevo muchos otros de las naciones cercanas á su pais.

Alzamiento de los serranos acaxees.

Entre los acaxees, unos ténues principios de sublevacion prorumpieron en una guerra sangrienta, que toda la autoridad del gobernador de Nueva Vizcaya, D. Francisco Ordiñola, y del Illmo. Sr. D. Ildefonso de la Mota, obispo entónces de Guadalajara, que se hallaba en Topia visitando su diócesis, no pudieron apagar. Cincuenta indios, ó huyendo del maltrato de los españoles, ó mal hallados con la sujecion y regularidad de los pueblos, se partieron por diversos lugares y amotinaron á mas de cinco mil. Cuando se hallaron sostenidos de toda la nacion de los acaxees, juraron solemnemente no dejar las armas de las manos hasta no haber derramado la última gota de la sangre española.

Trataron luego si habian de dar la muerte á los misioneros, y se dividian en varios pareceres. Dijeron los mas, que los padres no eran como el resto de los españoles, que no les habian hecho mal alguno, y ántes recibian de sus manos continuos beneficios. Nosotros convenimos en todo eso, respondian los de la opinion contraria, y confesamos que no son acreedores sino á nuestro amor y veneracion; pero por esó mismo se hace indispensable darles muerte. Ellos, con sus ruegos y sus beneficios nos han de obligar á hacer las paces. Nosotros no hemos de poder resistir, ni hemos de disgustarlos, si nos lo ruegan. Mas vale, si queremos esterminar de una vez á los españoles, quitar desde luego de en medio unos hombres á quienes nos hallamos tan obligados, y que son los únicos que pueden impedirnos la ejecucion de nuestros designios y el cumplimiento de nuestros juramentos. Tan antiguo es y tan universal en el mundo prevalecer una especiosa razon de estado contra la razon natural, la equidad y la obligacion. El primer golpe lo sintieron cinco españoles, que se hallaban en sus tierras, á quienes dieron luego muerte. De ahí, aprovechándose de los caminos estraviados y de la desprevencion y nimia confianza en que vivian los españoles en los reales de minas de las Vírgenes de Topía y de S. Andres, en todos prendieron fuego á las casas, á las iglesias y á los ingenios y oficinas en que se beneficiaban los metales. Repartiéronse luego como un torrente precipitado por todos los lugares vecinos. Las rancherías, los pueblos, mas de cuarenta iglesias cedieron á su furia. En el real de S. Andrés, poco mas de cuarenta soldados y algunos indios amigos, con el padre Alonso Ruiz, se habían acogido á la Iglesia bastantemente fuerte, con todo cuanto pudieron tumultuariamente juntar de provisiones de guerra y de boca. Al punto la sitiaron como ochocientos indios, con una constancia y regularidad muy superior á su barbárie. Los españoles hallaron sin embargo modo de dar aviso á Guadiana y á Culiacan, y entre tanto, hacian algunas salidas con mas valor que felicidad. Los enemigos que no podian sostener el fuego de los fusiles, se alejaban un tanto ó se cubrian de los árboles, y cubrian luego el cielo con nubes de flechas. Iba ya faltando la pólvora. A los bárbaros no les estaba la victoria en mas, que en hacer buena guardia al rededor del templo. La hambre se iba haciendo sentir entre los sitiados, y les hizo tomar la resolucion de hacer el último esfuerzo. Hicieron, por consejo de los indios amigos, una salida muy de madrugada pensando coger á los enemigos oprimidos del

sueño. En efecto, lograron dar muerte á muchos y apartaron á los demas léjos del real, miéntras se procuraban algunos víveres en las sementeras vecinas, que para su propia subsistencia habian conservado los sitiadores. El padre Alonso Ruiz quiso salir en esta ocasion sin mas escudo para ponerse á cubierto de las flechas, que un crucifijo en las manos para animar á los españoles. O fuese algun resto de veneracion que habia quedado en los rebeldes para con la Santa imágen, ó reverencia y amor para con su antiguo ministro, ó alguna otra particular providencia, fué mucho de admirar que no acertase al padre alguna flecha de las muchísimas que volaban á su persona. Los enemigos recobrados del primer susto, y viendo desvandados á los nuestros, volvieron á la carga con una furia, á que se tuvo mucha pena en resistir. Finalmente, con muerte de algunos indios que mas se habian alejado de la Iglesia, volvieron á entrar en ella los españoles. El padre Alonso Ruiz, con la misma paz y tranquilidad que si no estuviera en tan evidente riesgo de la vida, dijo misa y comulgó á los circunstantes, haciéndoles despues una fervorosa exhortacion, previniéndoles para morir á manos de los enemigos de Dios, si fuese así su voluntad. Quince dias habia ya durado el cerco, cuando se tuvo noticia que el gobernador de Nueva-Vizcaya á la frente de sesenta hombres marchaba á grandes jornadas para Topía. Esta novedad desconcertó á los bárbaros, y alzando el sitio se retiraron á lo mas escarpado de las rocas. Aun desde allí no dejaban de incomodar bastantemente, impidiendo el comercio con Culiacán y con los otros pueblos que no habian tenido parte en la rebelion. El gobernador, así por la situacion innaccesible de los enemigos, como por repetidas órdenes reales, y por su propia inclinacion, precisado á tentar ántes todos los medios de paz, deputó á los rebeldes al padre Hernando de Santarén, á quien amaban tiernamente como á su primer pastor y padre en Jesucristo. Partió acompañado de unos pocos soldados, mas sin efecto: volvió segunda vez y halló á los indios repartiendo entre sí una récua de Culiacan que habian robado, con muerte de un español, un negro y algunos indios amigos. Una ocasion en que estaba tan dominante y tan viva la cólera, no era muy á propósito para tratar de paz. Sin embargo, el padre les habló exhortándolos á dejar las armas. Respondieron que se apartasen los soldados y se acercase el padre solo á hablarles. Aunque con evidente peligro de la vida y resistencia de los españoles que le hacian escolta, condescendió el celoso ministro; pe-

ro por todo fruto de su negociacion, no sacó otra respuesta, sino que ya no eran sus hijos, dejándolo en una profundísima quebrada, y solo á vista de unos bárbaros que acababan de derramar tanta sangre, y se preparaban á comer las carnes de los muertos. Salió de allí protegido de la Providencia; pero dentro de pocos dias repitió la diligencia, y siempre sin mas efecto que el mérito de sacrificar la vida por sus ovejas descarriadas. Entre tanto, el gobernador D. Francisco Ordiñola determinó hacer por la campaña algunas escursiones. Los indios, aunque bárbaros, no dejaron de usar algunas estratagemas militares, y hacer caer á los españoles en peligrosas emboscadas. De noche encendian fuegos en algunas partes, donde no se podia llegar sino por desfiladeros peligrosos, y cuando iban á buscarlos en aquel sitio, acometian repentinamente de los bosques ó de las alturas vecinas, donde los nuestros no pudieran valerse de la ventaja de los caballos, ó de la superioridad de sus armas. Como para caminar no llevaban mas víveres que maiz tostado, y de este derramaban alguno al sacarlo en el campo, sucedia que por lo comun marchaba tras de ellos una tropa de cuervos, que los españoles habian tomado por seña para conocer su derrota. Ellos advertidos, supieron bien presto contrahacer esta seña, y convertirla en daño de los españoles. Pasaba de un real á otro el Illmo. Sr. D. Ildefonso de Mota, que habia tomado muy á su cargo la pacificacion de aquellos pueblos, acompañado de cuarenta soldados, de los cuales siempre marchaban algunos avanzados á reconocer los caminos. Los rebeldes dejaron derramado mucho maiz ácia una parte en que querian empeñar en su busca la escolta del Illmo., y cargándoles improvisamente por la retaguardia, los pusieron en desórden con muerte de algunos. Los demas corrieron á toda prisa á llevar la nueva al Sr. obispo, que con mucha pena pudo salvarse con el resto de la gente en un pueblo vecino. Viendo que en un género de guerra semejante nada aprovechaba el valor y disciplina militar, determinó el padre Santarén por órden del obispo y gobernador, hablar por cuarta vez á los conjurados. El padre para esplorar sus ánimos, envió á un indio fiel y animoso, que les llevase una bandera blanca con una cruz en lo alto, y que los citase para hablar con el mismo padre, que lo seguiria bien presto. La respuesta fué señalar un dia y lugar fijo para la entrevista. No habia contribuido poco para ablandar los ánimos de los indios, una accion muy generosa de D. Francisco Ordiñola. Corriendo pocos dias ántes la tierra, habia encontrado una tropa de indias, madres, mugeres é hijas

de los confederados, y que no podian seguirlos en su continuo movimiento. El gobernador prohibió con pena de muerte, que ninguno de su campo insultase á la vida ó al honor de aquella débil tropa; y luego bien escoltadas y abastecidas, las envió á sus maridos, como otras tantas prendas de su buena intencion. Los indios, por bárbaros y enfurecidos que estuviesen, no pudieron ver sin una grande sorpresa ejemplo tan heróico de humanidad. Nosotros (se les oyó decir á algunos entre ellos) habiamos hecho concierto de no dejar la guerra hasta morir ó esterminar enteramente á los españoles. Esta accion del gobernador nos ha atado las manos. Vueltas con tanto decoro y benignidad nuestras mugeres, nos obligan á dejar las armas, aunque paguemos con la vida. En estas bellas disposiciones los encontró el padre Santarén el dia destinado á la conferencia. Hablóles con toda la ternura de un padre y el celo de un apóstol. Los indios le pidieron que se quedase con ellos algunos dias para deliberar; y finalmente, despues de poco tiempo volvió al real de Topía á la frente de once parcialidades, que componian el número de mas de tres mil indios con bandera blanca, y cruces altas en las manos con increible alegría del Illmo. Sr. obispo y del gobernador, y de todo el pueblo, que lo aclamaba por su libertador, y que dieron á los indios en regocijos y en dádivas las pruebas mas sinceras de benevolencia y caridad cristiana. Ellos en su nombre, y por las otras poblaciones, que quedaban aun en el monte, dieron la obediencia al rey nuestro señor.

Sucesos de los sabaibos.

Los acaxees cumplieron puntualmente cuanto habian prometido á Dios y al rey en el último tratado. Los sabaibos, distinta nacion, aunque del mismo idioma, y que no habian bajado al real de Topía con un leve motivo, volvieron luego á rebelarse. La venida del Illmo. Sr. D. Ildefonso de la Mota, excitó en un antiguo sacerdote ó hechicero la idea de hacerse reconocer por obispo de los suyos. Rebautizaba á los antiguos cristianos con distintas ceremonias, y descasaba á los casados conforme al rito de la Iglesia. Hacíase llamar Dios Padre, ó el Gran Padre. Sus gentes mal seguras aun en la paz, y siempre fáciles á toda novedad, siguieron prontamente estas impresiones. Los lectores juiciosos no atribuirán á cosa de poca importancia la relacion de estos engaños y mentiras, que nos hacen ver la conformidad, el carácter del espíritu de error, ni atribuirán á irracionalidad y torpeza de los indios de la América, el haber creido semejantes delirios y estravagancias, enseñados por las historias eclesiásticas, el séquito que han teni-

do las patrañas de Mahoma, y del Talmud, y muchos otros escritores llenos de inconsecuencias y de quimeras de los antiguos heresiarcas, aun entre las naciones mas cultas de la Europa. El Sr. D. Ildefonso de la Mota en señal de paz, y en prendas de lo que deseaba favorecerles, les envió su mitra blanca exhortándolos á reconocerle por su propio pastor y á volver confiadamente al redil de la Iglesia y á la obediencia de S. M. El gobernador intentó tambien muchas veces su reduccion, pero en vano. Dos meses enteros se luchó con la obstinacion de los sabaibos, hasta que á instancias del padre Santarén respondieron que fuese allá en persona á tratar del asunto. Partió en efecto no sin grave peligro, aunque escoltado de cuatro soldados. La presencia del padre obró mas que todas las razones, y dentro de dos ó tres dias volvió al real acompañado de nueve pueblos, que dieron luego la obediencia con nuevo regocijo de aquella cristiandad. La docilidad y prontitud de estas poblaciones, fué mal vista de los demas que quedaban aun por reducir. Estos, indignados de que hubiesen quebrantado el juramento que habian hecho de acabar con los españoles, les talaron las sementeras, les quemaron las casas y las iglesias; pero con la prision y justicia que se hizo poco despues en el falso obispo, dentro de poco tiempo se redujeron tambien ellos, y descansó toda la tierra en una dulce paz. El padre Hernando de Santarén que lo dispuso, y bautizó en los últimos instantes de su vida, prometió enviar al padre provincial una copia de su confesion jurídica de la doctrina que predicaba y de las oraciones que habia formado. No sabemos que la haya remitido en efecto, y sentimos no poder divertir algun tanto la atencion de nuestros lectores con este curioso retazo.

Los misioneros se dedicaron desde luego á hacer reflorecer entre los fieles el antiguo fervor. Este año, de 1604, dice en una de sus cartas el padre Santarén, se han bautizado dos mil y quinientas personas, y casado conforme al rito de la Iglesia católica, seiscientos pares, y aun en los meses antecedentes con haber habido tantas guerras, se bautizaron mas de mil y doscientas personas. Los demas están deseosos de lo mismo y se dan mucha prisa en aprender la doctrina cristiana, que tengo ya puesta en su lengua. Hanse confesado este año mas de trescientas personas en su idioma, fuera de otros muchos que hablan español, y han hecho en la Iglesia, martes, lunes y miércoles santo sus disciplinas secretas, y jueves y viernes sus procesiones públicas de sangre, y los que poco tiempo ántes querian beber la sangre de los

Ministerios de los padres.

españoles, ahora derramaban la suya con tanto arrepentimiento y devocion, que la infundian á los muy antiguos cristianos. Al buen olor del fervor y gusto con que esta procede, se han aficionado á nuestra santa fé los vecinos, especialmente los baimoas, que hablaban en la misma lengua. Se han congregado, hecho iglesias y plantado cruces, y enviaron diez diputados á pedir que los bautizásemos. Se les dió esperanza que lo serian con otros tres mil que están ya congregados y catequizándose, y por estas naciones esperamos entrar á otros muchos millares hasta el Nuevo-México por la parte del Norte, y luego por el Mediodia á otro gran número de gentes bárbaras, de que han venido ya algunos á pedirnos doctrina, y entre quienes en un pueblo donde jamás habia entrado sacerdote, nos ofrecieron por primicias cuarenta párvulos, y seis adultos que se habian hecho instruir suficientemente. Hasta aquí el padre Hernando de Santarén, en cuyas últimas palabras se ven los grandes proyectos que fomentaba en su abrasado espíritu, y un celo capaz de llevar el nombre de Jesucristo hasta los fines de la tierra.

Inundacion en Sinaloa y fuga de los indios.

Los contratiempos que habian agitado por dos años la mision de Topía, no podian dejar de causar algun movimiento en Sinaloa, y mucho mas en la ausencia del capitan D. Diego Martinez de Hurdaide, que como vimos, desde el año antecedente habia pasado á México. Habia este medio tiempo llovido en Sinaloa, con una fuerza y continuacion increible. Los rios, engrosados con las copiosas vertientes de la sierra, inundaron las campiñas, talaron las sementeras y arruinaron la mayor parte de las casas con los grandes árboles y piedras que hacian rodar del monte. En la villa de S. Felipe y Santiago, aunque era lo mas regular y mas fuerte del pais, se cayeron muchas casas, y en otras se hundieron los techos con el peso y fuerza de las llúvias. De los padres que estaban en los pueblos, el padre Pedro Mendez estuvo cuatro dias en un monte, y de esos, veinticuatro horas sobre un árbol con grave peligro de la vida, aunque acompañado de sus fieles indios que le procuraban el sustento. El padre Juan Bautista de Velasco estuvo otros tantos dias guarecido en una sacristía. Mostraron los indios el grande amor que le tenian no pudiendo resolverse á dejarlo solo, aunque entraban ellos á la parte del peligro. Entre los guazaves se arruinaron con la avenida cuatro iglesias, que á costa de inmenso trabajo suyo y de los indios, habia fabricado el padre Hernando de Villafañe. Esta série de calamidades, y sobre todo, la pérdida de las sementeras, de que era consecuencia la hambre, dió ocasion á algunos

foragidos de Topía, que se habian refugiado á pueblos de Sinaloa, para hacer creer á los indios, que los padres eran los funestos autores de tanto mal: que siempre les seria necesario dejar aquellas poblaciones espuestas á semejantes acontecimientos, é ir á buscar el sustento á los montes: que allí, léjos de la vista de aquellos censores importunos, podrian vivir á su libertad y evitar la dura esclavitud en que los tenian los españoles. A estos discursos sediciosos, siguió pronto la fuga de muchos indios de diferentes pueblos. Pasaban en esta ocasion de un lugar á otro algunos indizuelos, á quienes enseñaba el canto en su mision el padre Pedro Mendez. Sobrevino la noche y se quedaron en el campo. A poco rato llegaron algunos enviados de sus padres para decirles que los siguiesen á los bosques. Los piadosos niños los despidieron con buenas palabras, y luego fueron á dar la noticia al padre Mendez, que quedó muy edificado de una entereza y constancia tan superior á su edad, y mucho mas cuando al dia siguiente encontrando uno de aquellos indizuelos á su madre, que iba fugitiva ácia el monte, no se dejó mover de sus amenazas ni de sus ruegos para desamparar al padre y seguirla en sus descarríos. En medio de tantas calamidades, no dejaban de hacer los misioneros un fruto copiosísimo. El padre Juan Bautista de Velasco habia reducido á arte y vocabulario la lengua mas universal de Sinaloa, y continuaba haciendo lo mismo con otra que llamaban *mediotaguel*. En este año habian subido á mil los bautismos, y quinientos y treinta de párvulos, cuatrocientos setenta de adultos, y se habian casado cristianamente trescientos pares.

Viage á México del capitan Hurdaide y sus resultas

Miéntras esto pasaba en Sinaloa, el capitan Hurdaide habia llegado con sus compañeros á México. El marqués de Montesclaros lo recibió con toda aquella benignidad que merecian su esmero y vigilancia en el servicio de Dios y del rey. Dió licencia para las doctrinas de los zuaques, sinaloas y tehuecos, y á los indios que vinieron de parte de estas naciones mandó vestir y ceñir espada. Pidió al padre provincial se añadiesen otros dos misioneros, y de las reales cajas les proveyó de ornamentos, cálices, campanas é instrumentos músicos de que gustan mucho los indios. Favoreció mucho estas pretensiones el Illmo. Sr. D. Garcia Zúñiga y Mendoza, arzobispo de México, que gustó mucho de ver á los indios y de los informes que se le dieron de aquella nueva cristiandad. El capitan dió la vuelta á Sinaloa en compañía de los padres Cristóbal de Villalta y Andrés Perez de Rivas á principios del año. En Zacatecas se le huyeron cuatro indios de los que le habian

seguido. Este suceso, que parecia de poca importancia, dió mucho cuidado á D. Diego de Hurdaide, que conocia el génio de la nacion y las inquietudes que podian causar los fugitivos. En efecto, llegaron al real de Topia, supo cómo habian muerto á tres indios en la raya de Culiacán y Sinaloa, y pretendido amotinar á los tehuecos, aunque sin mucho efecto, de donde se habian retirado á la nacion serrana de los tepagues: que los pueblos de Bacoburito y de Ocoroiri habian tambien con diversos pretestos rebeládose y huido á los montes. Llegaron estas nuevas á Hurdaide en ocasion que se hallaba no poco indispuesto; sin embargo, al instante tomó la marcha, y á largas jornadas se puso en Sinoloa. Al punto siguió á los bacoburitos, los venció en ataques, prendió las cabezas del motin, redujo á los demás á sus pueblos, hizo reedificar las Iglesias y los dejó sosegados y tranquilos. La misma felicidad le siguió en el alcance de los fugitivos. De concierto con los tehuecos y sinaloas que no dejaron de condenar aun en los suyos una accion tan infame, los persiguió vivamente hasta el centro de la Sierra donde se habian acogido, los prendió é hizo justicia en ellos en el mismo lugar en que habian derramado la sangre de sus hermanos. Los ocoroiris no pudieron reducirse enteramente hasta que despues de algunos años se juntaron con las naciones del rio Yaqui, de que hablaremos á su tiempo.

Primera entrada á los tehuecos.

Desde que llegó á Sinaloa el capitan con los nuevos misioneros habian venido diputados de los tehuecos, los sinaloas, los zuaques y los ahomes á pedir al capitan y al superior de la residencia les cumpliesen la palabra y les enviasen ministros que los doctrinasen en la fé. Las espediciones militares contra los fugitivos no dieron lugar á poderse efectuar hasta principios del siguiente año de 1605. Luego que hubo proporcion juntó el padre Martin Perez á sus misioneros, y encomendando á Dios el negocio señaló al padre Pedro Mendez, antiguo ministro de Ocoroiri á la nacion de los tehuecos: al padre Cristóbal de Villalta á los sinaloas: al padre Andres Perez de Rivas destinó á los zuaques, y á sus vecinos los ahomes. Los demás padres perseveraron en los mismos puestos que ántes ocupaban. Las cuatro naciones que hemos dicho poblaban las orillas del mismo rio, que tomaba distinto nombre segun los pueblos que bañaba. Hoy se llama vulgarmente *rio del Fuerte*. La direccion general de su corriente es del Este á Oeste, aunque con muchas vueltas y no pequeños rodeos. Nace en la provincia de Taraumara, y riega los campos de Sinaloa por cerca de

trescientas leguas. Los mas orientales y mas cercanos á la fuente del rio son los sinaloas con mas de mil familias. Como á seis leguas de su último pueblo ácia el Sur, corren los tehuecos, en cuyas tierras estuvo en otro tiempo la villa de Carapoa, y hoy está el fuerte de *Montesclaros*. Tenia entónces la nacion como cinco mil y quinientos hombres de arco y flecha. Cinco leguas de allí, por diez leguas se estiende la brava nacion de los zuaques, con poco mas de mil vecinos. A cuatro de allí, por once leguas, pueblan los ahomes, gente dócil y de apacible génio, con otras tantas familias cerca de la embocadura del rio en el seno de California. El padre Andres Perez que se habia aplicado con suma diligencia á las lenguas de aquel pais, partió desde luego á su destino. Los ahomes, aunque gentiles, le recibieron dispuestos en forma de procesion cantando la doctrina cristiana. Causó esto no poca admiracion al misionero, y preguntándoles cómo habian aprendido aquellas verdades de nuestra religion, supo que un indio ciego de la nacion guazave, despues de haber instruido á los suyos en la santa doctrina, recorria las naciones amigas, y de choza en choza iba preparando al cristianismo los ánimos, y esplicándoles los misterios de la fé, sin mas interés que el de atraerlos á todos, sin distincion de sexo ó de edad, á la verdadera religion. ¡Ejemplo grande de los admirables efectos de la gracia, que con vergüenza y confusion de tantos antiguos cristianos habia puesto en un neófito tan ardiente celo de la salvacion de las almas! El padre, dando gracias á su Magestad de la piadosa inclinacion del ciego, como del fervor de sus ahomes, ofreció al Señor en primicias de aquella gentilidad trescientos párvulos que ofrecieron sus madres á las aguas del bautismo. Poco despues se bautizó el principal cacique que se llamó *D. Miguel*. Redujéronse á pueblos y entraron en el rebaño de Jesucristo los *bacoregues*, nacion que vive de la pezca en una vecina península, los *batucaris*, los *comoporis*, siete leguas adelante de Bacoregues, y muchos otros comarcanos de menos nombre fabricaron Iglesias y conservaron siempre á la religion, al rey y á sus celosos ministros una constante fidelidad.

Reduccion de los zuaques.

Dejadas en tan bella situacion las cosas de los ahomes y las naciones confederadas, pasó el padre Andrés Perez á la conversion de los zuaques: aquella gente altiva y orgullosa habia sido hasta entónces un grande obstáculo á la propagacion del Evangelio. Tocados de la gracia de Dios recibieron al padre con grandes muestras de alegría. A la primera entrada se bautizaron de sus tres pueblos principales, como

ochocientos párvulos y algunos viejos con la instruccion que permitia su decrépita edad ó su quebrantada salud. No dejaremos de decir por lo que cede en particular honor de la Santísima Vírgen, que cuando en el bautismo se daba á alguna de las mugeres el nombre de *María*, lo celebraban todos repitiendo á grandes voces *Jaui leva*, nombre augusto, nombre de la Señora, por lo que habian oido decir al padre y á la india Luisa, que les servia de catequista de la dignidad y excelencia de la Madre de Dios, nectar suavísimo con que ha procurado siempre alimentar la Compañía á sus nuevos hijos en Jesucristo.

La entrada á los tehuecos y sinaloas dilataron por algun tiempo los padres Pedro Mendez y Cristóbal de Villalta hasta allanar ciertas dificultades en la licencia del virey y probar mas con la dilacion la sinceridad de aquellos pueblos. Entraron en efecto en ocasion de una epidemia á fines del siguiente año de 606 con el mismo suceso que habia tenido entre los zuaques el padre Andrés Perez, ofreciendo al cielo por primicias mas de seiscientos párvulos.

Fundacion del colegio de Tepotzotlán. 1606.

El centro de la provincia creció considerablemente por este mismo tiempo con la opulenta dotacion del noviciado y principios del colegio de Guatemala. Habia muerto dos años ántes en México un mercader, mas recomendable por su piedad que por su grande caudal é ilustre nacimiento, aunque derivaba su sangre de los Ahumadas de Avila, á quienes dió tanto lustre la esclarecida Vírgen Santa Teresa de Jesus, llamado *D. Pedro Ruiz de Ahumada*. En testamento que otorgó el dia 24 de mayo de 1604 dejó una cláusula del tenor siguiente: „Item digo, por cuanto ha mucho tiempo yo he deseado hacer alguna fundacion de colegio ó casa de la Compañía de Jesus por la mucha devocion que siempre he tenido á esta santa religion y á su santo fundador el padre Ignacio de Loyola, y confiriéndolo conmigo, y encomendándolo á nuestro Señor cuál cosa seria de mayor servicio suyo, estoy resuelto y determinado de fundar la casa de probacion ó noviciado de la dicha Compañía por ser cosa que hasta agora no ha tenido ni tiene de asiento en esta tierra y fundacion propia, como lo acostumbra tener y tiene en otras provincias, y que tanto es necesario como seminario y fundamento de la misma religion, pues de ella han de salir ministros y obreros que se han de ocupar en esta Nueva-España ó islas Filipinas en la doctrina de españoles ó indios, é nuevas conversiones de gentiles y demás ministerios que son del instituto de la Compañía. Y poniendo en ejecucion este mi deseo, ruego y encargo al provincial de la dicha Com-

pañía, que es ó fuere de esta Nueva-España, me admita por fundador de la dicha casa de probacion ó noviciado, el cual quiero y deseo se funde en esta ciudad distinto y apartado de las demás casas y colegios que ya hay fundados en ella ó en el pueblo de Tepotzotlán, donde estoy informado será muy á propósito por el buen sitio, temple y comodidad que allí hay, ó en la parte y lugar que se juzgare será mas conveniente, porque esto lo remito á su eleccion y prudencia; para lo cual mando que de lo mejor y mas bien parado de mis bienes, y en primer lugar tomen mis albaceas hasta en cantidad de *treinta y cuatro mil pesos* en reales y los entreguen al dicho provincial, para que el susodicho dé traza y órden lo mejor que convenga para que los veintiocho mil pesos de ellos se impongan á censo sobre posesiones abonadas y cuantiosas, ó se compren casas ú otras haciendas con que puedan haber de renta dos mil pesos de oro comun mas ó ménos como alcanzare, todo para el sustento de los dichos religiosos y novicios que de ordinario hubiere de haber en ella, y los seis mil pesos restantes para el edificio é iglesia que se hubiere de hacer, en la cual quiero que haya, &c. Tambien quiero que demás de los padres que son necesarios y forzosos para los ministerios de dicho noviciado, en caso que se haya de fundar en el dicho pueblo de Tepotzotlán, haya otros que puedan enseñar las lenguas otomite y mexicana á los padres y otras personas que quisieren de aprenderlas, y cuando no, hayan de acudir y acudan á la doctrina de los indios de dicho pueblo y su comarca que son de ambas lenguas. Y en cuanto al cumplimiento de este mi testamento, quiero que en primer lugar se cumpla la fundacion de dicho noviciado de la Compañía de Jesus y todas las demás mandas y legados de esta Nueva-España, y luego las mandas de Castilla, capellanías y obra pía, y en postrer lugar la obra pía de casar huérfanas en esta ciudad del remanente de mis bienes en la cofradía de nuestra Señora del Rosario como dicho es."

El padre provincial aceptó la donacion en nombre de nuestro padre general Claudio Acuaviva, obligándose á traer dentro de dos años la ratificacion de su paternidad muy reverenda, que obtuvo en efecto por setiembre de este año, en que se pasó tambien el noviciado y casa de probacion al colegio de Tepotzotlán, donde pareció por entónces mas conveniente á los superiores, quedando el colegio del Espíritu Santo de la Puebla para los demás ministerios.

Fundacion de Guatemala.

Entre tanto se proporcionó lo que habia muchos años que se desea-

ba, tanto por parte dela Compañía como por parte de la nobilísima ciudad de Guatemala. En mas de un pasage de esta historia hemos hablado ya del grande afecto que algunos republicanos habian mostrado siempre á la Compañía. Apénas establecida en Nueva-España por los años de 1576 pretendieron llevarla á su pais. Por los de 1579, pasando por allí el padre Dr. Juan de la Plaza con el padre Diego Garcia, intentaron se quedase allí este segundo, y no pudiendo condescender el padre visitador, le hicieron dar palabra de enviarles algunos misioneros, como efectivamente se enviaron por los años de 1582 los padres Antonio de Torres y Alonso Ruiz. El Illmo. Sr. D. Fr. Garcia Gomez de Córdova, edificado grandemente del celo y religiosidad de nuestros operarios, ofreció desde entónces casa y alguna renta para principios de fundacion. Aun creció mas su liberalidad y aficion como la del cabildo eclesiástico y secular, en ocasion de cuarta mision que se hizo allí del colegio de Oaxaca el año de 1592, en que verosímilmente hubiera tenido efecto el establecimiento de la Compañía, sobre que ya se habian hecho á S. M. ventajosísimos informes, si entre tanto la muerte no hubiera arrebatado al ilustrísimo. Finalmente, despues de tantas tentativas inútiles, el *Dr. D. Alonso Criado de Castilla*, presidente de aquella real audiencia, y D. Lucas Hurtado de Mendoza, chantre de la Santa Iglesia Catedral, pretendieron del padre Ildefonso de Castro enviase á aquella ciudad algunos padres.

Descripcion de Guatemala y sus provincias.

Bajo el nombre de Guatemala se comprende generalmente no solo la ciudad, sino una rica y fértil provincia como de setenta leguas de largo y mas de treinta de ancho, que por los años de 1524 conquistó por órden de Hernando Cortés el adelantado D. Pedro de Alvarado, y de que fué el primer gobernador. Está situada en la costa del mar Pacífico, entre las dos provincias de Soconusco y S. Salvador. La ciudad capital fundó el mismo adelantado en un valle hermoso á los 14 grados de latitud septentrional. Fué erigida en obispado por nuestro Santísimo padre Paulo III el año de 1534, sufragáneo del arzobispado de México, en cuya dependencia se mantuvo, hasta que en nuestros dias, año de 1744, el Sumo Pontífice Benedicto XIV la erigió en sede metropolitana, dándole por sufragáneas las mitras de Camayagua, Chiapa y Nicarágua. Por los años de 1607 se vino al obispado de Guatemala el de Verapaz, que habia sido erigido por nuestro Santísimo padre Paulo IV el año de 1556, y tuvo solo seis obispos, los cinco primeros del órden de predicadores. Su primer obispo fué el Illmo. Sr.

D. Francisco Marroquin. La audiencia real que antiguamente se llamó la audiencia de los confines por estar en los de una y otra América, que estaba en la ciudad *De Gracias á Dios*, treinta leguas al Oeste de Valladolid, capital de Comayagua, se pasó á Guatemala el año de 1579, y fué su primer presidente el Dr. D. Bernabé Carcamo. Su jurisdiccion se estiende trescientas leguas por la costa del mar del Sur, desde Tehuantepec hasta los estremos límites de Costa Rica, y comprende fuera de Guatemala las vastas provincias de *Chiapa, Soconusco, Sultepec, Verapaz, Izalcos, S. Salvador, S. Miguel, Honduras ó Comayagua, Chuluteca, Nicarágua, Taguzgalpa y Costa Rica.* Enriquecen las provincias de Guatemala el cacao, el azúcar, añil, la suma abundancia de ganado y otras muchas cosas. No faltan algunas ricas minas. Comercia con el reino del Perú por los puertos de Trinidad ó Sonsonate, Acaxutla y el realejo puerto de Nicarágua, de que hablaremos en otra parte. Con la Europa comercia por el golfo Dulce que tiene al Oriente, como á cuarenta leguas poco ménos de la ciudad. Esta no está hoy en el mismo sitio que ántes, sino como poco mas de una legua del lugar que llaman la Ciudad Vieja. El valle en que está situada tiene de ancho como una legua, segun la relacion de *Tomás Gage*; pero en lo largo se estiende hasta el mar del Sur por un terreno muy unido é igual: está fundada la ciudad entre dos montes de muy diferente naturaleza, y que segun la bella espresion del mismo autor, son dos vivas imágenes del *paraiso y del infierno*. Da el nombre de paraiso á un altísimo monte que está vecino á la ciudad del lado del Sur, de donde corren muchas fuentes y rios que le han merecido entre los habitadores el nombre de *Volcán de agua*, singularmente por la mucha que despues de tres ó cuatro fuertísimos temblores y espantosos bramidos, arrojó el dia 11 de setiembre de 1541 con muerte de mas de seiscientas personas, ruina total de los edificios y pérdida de todas las haciendas que se hallaban ácia aquella parte. El R. P. Fr. *Antonio Remesal*, sábio y juicioso escritor de la Crónica de las provincias de Chiapa y Guatemala, del órden de predicadores, afirma haber perdido el monte, como una legua de altura á la violencia del terremoto; y sin embargo, habiéndolo subido el mismo autor, con el menor rodeo que fué posible, el dia 17 de noviembre de 1615, halló que habia desde el lugar de S. Juan del obispado, que está en la misma falda hasta la cumbre tres leguas, que en la cima quedó abierta una boca, en forma ovalada, que tendrá como una grande legua de circuito: que

desde allí se descubren los montes de Chuchumatan, y mucha parte del mar Pacífico, y que la laguna de S. Juan de Amatitán, aunque de algunas leguas de diferencia, no se ve mayor que un pliego de papel. Una que desde la ciudad parece mina de cristal, se halló ser la agua de una fuente que se congela sobre las piedras. Afirma el mismo autor haber hallado en el monte arrayan, hojasem y algunas otras plantas, flores y frutas, hasta entónces no vistas en la ciudad †. La parte inferior del monte está llena de aldehuelas y estancias, de sementeras, de praderías y caminos, que forman á la vista un pais deliciosísimo.

Nada ofrece semejante el otro monte. Su falda despoblada y seca, su cima escabrosísima y denegrida, arroja continuamente mucho humo, y algunas veces llamas, piedras y pedernales calcinados. Han sido muchas las ocasiones que ha puesto á la ciudad en consternacion con abundante lluvia de ceniza, que ha inundado las casas, con bramidos espantosos y ruidos subterráneos, que segun la observacion de algunos curiosos, parecen ser mayores y mas frecuentes desde octubre hasta abril. Las erupciones del volcán y los temblores, amargan á los habitadores todo cuanto por otra parte tiene de saludable, de ameno, de abundante y delicioso el pais. El año de 1527 fundó en esta ciudad la órden de predicadores, á peticion del capitan general Pedro de Alvarado. La órden de la Merced, por los años de 1538. La de S. Francisco, el año de 1540. El convento de religiosas de la Concepcion se fundó el año de 1546. El colegio de Santo Tomás, el de 1553. El hospital de la Misericordia, año de 1527. El de S. Alejo, año de 1647. El convento de S. Agustin, el año de 1610. Floreció en esta ciudad el venerable hermano *Pedro de S. José Betancurt*, fundador de la ejemplarísima religion betlemítica, que tuvo en Guatemala ilustre cuna el año de 1653. El de 1733, se concedió á la ciudad cuño y casa de moneda, y algunos años despues, por bula de nuestro santísimo padre Urbano VIII, y real cédula del Sr. Felipe IV, se concedió Universidad fundada en el colegio de la Compañía, de que tendremos lugar de hablar en otra parte.

Primera entrada de los padres.

Tales han sido los progresos y aumentos de la nobilísima ciudad de Guatemala. Gobernaba actualmente aquella diócesis el Illmo. Sr. D.

† Hállase tambien en la cima el árbol de manitas tan apreciable en México y Europa, trasladado por estaca de Toluca al jardin botánico de México, de órden del conde de Revillagigedo. En 2 de setiembre de 1841 un horrible temblor en Costa Rica, destruyó todos los edificios y causó muchas muertes y desgracias.

Fr. Juan Ramirez de Prado, del órden de predicadóres, cuando el presidente y chantre pretendian con tanta eficacia la fundacion de un colegio. No pudo el padre provincial negarse á la súplica de aquellos señores, y mandó por via de mision al padre *Gerónimo Ramirez* y al padre *Juan Dávalos*. Las particularidades que hicieron notable su arribo, las refiere el Dr. D. Francisco Muñoz y Luna en carta dirigida al mismo padre provincial. Defraudariamos á nuestros lectores de un monumento muy antiguo y muy autorizado, si lo omitiésemos. Dice, pues, así: „Certifico yo el Lic. D. Francisco Muñoz y Luna, indigno arcedeano de esta santa iglesia Catedral de la ciudad de Guatemala, y comisario subdelegado general de la Santa Cruzada en este reino, como testigo de vista, de lo que ahora referiré: que el año de 1606 habiendo llamado el chantre de esta Catedral, D. Luis Hurtado de Mendoza, á los padres de la Compañía de Jesus para que viniesen á fundar en esta dicha ciudad, vinieron de México á costa de dicho chantre los padres Gerónimo Ramirez, por superior, y Juan Dávalos. Habiendo llegado á una legua de esta ciudad, salió el chantre á recibirlos, y yo en su compañía. Luego como los vió, se apeó de su mula, los abrazó y dió la bien venida, y viéndolos *tan rotos* y maltratados, en unos caballos flacos, con fustes ó sillas viejas y pobres, admirado de esto dicho chantre, se llegó á mí y me dijo: *¡Vive Dios, que estos teatinos me han engañado con enviarme para fundar estos dos sugetos, que no tienen talle ni de saber gramática!!*.... Subiendo luego en nuestras mulas, venimos con los padres hasta el pueblo de Xocotenango, que dista de esta ciudad media legua, donde hallamos mas de cien personas á caballo, alcaldes, regidores y otros caballeros de la ciudad que salieron á su recibimiento, el cual se hizo con grande autoridad y regocijo, con mucha música de trompetas y chirimias, y fué el acompañamiento á la Catedral, donde hicieron oracion los dichos padres, y luego fueron á palacio á ver al presidente, que entónces lo era el *Dr. Alonso Criado de Castilla*, gran persona en su cristiandad y letras. Luego se fueron á aposentar á la casa de dicho chantre; esto fué el domingo de carnestolendas del año de 1606. El domingo siguiente, primero de cuaresma, despues de comer, predicó en la Catedral de esta ciudad el padre *Gerónimo Ramirez* un valiente y famoso sermon, con grande espíritu y elocuencia, que dejó á todos admirados y aficionados á la doctrina de estos santos padres. Estuvo este dia la iglesia Catedral con el mayor concurso de gente, que jamás se habia visto, y llegando á su

casa á descansar dicho padre, el chantre, hincadas las rodillas se arrojó á sus pies y *le pidió perdon del mal concepto que habia formado de su persona, quedando alegrísimo del bien que habia traido para el de las almas de este reino* †.

En esta sazon no estaba en la ciudad el Sr. obispo, el maestro D. Fr. Juan Ramirez, del órden de predicadores, que estaba visitando el beneficio de Guacacapan, veintidos leguas de aquí, de donde envió á llamar á los dichos padres, los cuales fueron y parecieron ante su señoría. Estando en su presencia, como no hubiese asiento alguno, y el obispo con instancia los mandase sentar, *los padres doblaron sus manteos, pusiéronlos en tierra, y sentáronse sobre ellos.* Allí luego los quiso examinar el Sr. obispo (algun sentimiento habia mostrado su señoría por la llegada de los padres, y que hubiesen predicado sin su bendicion, lo cual ellos habian hecho, por andar su Illmu. tan distante en su visita y ser convidados en su misma Catedral por los señores de su cabildo) respondieron á todo lo que les preguntó el Sr. obispo, como hombres tan doctos. Mandóles predicar por entónces á los indios, y el padre Gerónimo Ramirez lo hizo con grande elegancia en la lengua mexicana, con que quedó el prelado tan contento y aficionado á dichos padres, que les dió licencia para predicar y confesar, y con esto otras muchas honras en esta ciudad, donde el dicho Sr. obispo con su grande santidad y celo de la honra de Dios, les pidió que leyesen gramática y casos de conciencia en su palacio, lo cual hicieron de muy buena gana y con mucha puntualidad y provecho de la clerecía, sin hacer falta á los muchos sermones y confesiones que se les ofrecian, y pasaban de cuarenta discípulos, así sacerdotes como ordenantes, los que tenia el padre Gerónimo Ramirez en su leccion de casos de conciencia, haciendo tambien el oficio de examinador sinodal de este obispado, así para órdenes, como para beneficios, por la gran satisfaccion que tenia dicho Sr. obispo de estos padres." Así escribia el arcedeano de la santa iglesia Catedral, y tales eran los gloriosos trabajos de los dos primeros fundadores de aquel colegio.

Inundacion de México.

El siguiente año de 1607, fué calamitosísimo á la ciudad de México, cuya situacion cuanto conduce á hacerla por la fertilidad y abun-

---

† ¡Qué errados son los juicios de los hombres, principalmente cuando califican la virtud y el saber por la ropa que visten! Tales son los que hoy han formado los que se oponen al regreso de estos beneméritos varones....

dancia, por la serenidad del cielo y la benignidad del clima, uno de los mas deliciosos paises del mundo, tanto la ha expuesto algunas veces á mayores peligros. O fuese por supersticion ó por capricho ‡, fundaron su ciudad los antiguos mexicanos en un valle de mas de noventa leguas de circuito, coronado de montes altísimos que forman á la vista un agradable horizonte, y donde los rios, de diversas vertientes de los montes, juntas á los muchos manantiales, mantienen las grandes lagunas de Chalco, de Texcoco, de Zumpango y San Cristóbal, que cuasi por todos vientos la rodean, añadiéndose á este inmenso caudal de aguas las copiosas lluvias de la Zona Tórrida, y singularmente de esta parte de la América, en que duran por lo comun desde mayo hasta octubre, se ha visto la ciudad en repetidas ocasiones cuasi sumergida. Del tiempo del paganismo no queda memoria sino de tres innundaciones. La primera, en tiempo de Moctezuma I, de este nombre, sesto rey de México, numerando desde Teuch á la mitad del segundo siglo de su fundacion, segun los anales de los indios, aunque Gomara y Acosta cuentan de otro modo. La segunda en el reinado de Ahuitzotl, octavo rey de los mexicanos, y la tercera en tiempo de Moctezuma II, pocos años ántes de la venida de Cortés. En los años posteriores á la conquista de Nueva-España, gobernando el Exmo. Sr. D. Luis de Velasco el viejo, por los años de 1553, y treinta y dos despues de la toma de México se inundó cuarta vez; pero á costa de grandes sumas de plata y trabajo de innumerables indios que habia entónces, se impidió el mayor estrago con una grande cerca ó albarrada que se mandó construir á la parte oriental de la ciudad, que despues se ha llamado el barrio de San Lázaro. Padeció quinta inundacion en el año de 1580 gobernando D. Martin Enriquez. Este virey activo y vigilante, despues de haber con las mas prontas diligencias acudido á la presente necesidad, formó el gran proyecto del desagüe, aunque no se puso en ejecucion sino despues de muchos años. La inundacion sesta repitió aun con mayor fuerza el año de 1604, en tiempo del mar-

‡ Fué por necesidad, porque llegada la tribu de los mexicanos, y no hallando tierras donde colocarse, los que las tenian ocupadas con gran desprecio los mandaron á la laguna.—Hecha la conquista por Hernan Cortés dudó mucho tiempo si trasladaria la ciudad á Coyoacán, donde puso el cuartel general por la mucha é insoportable hedentina que despedian millares de cadáveres de mexicanos muertos en el sitio y batallas, y se resolvió á quedar en México por la defensa marítima que le proporcionaban los trece bergantines con que la atacó y le suplian la falta de fuerza de infantería y caballería, y pocas municiones con que se hallaba.

qués de Montesclaros. Este señor, con la asistencia de Fr. Juan de Torquemada y otras personas inteligentes, hizo la calzada de Guadalupe y San Cristóbal, reformó la de San Antonio, y fabricó las compuertas de Mexicaltzingo, lo que bastó por entónces para que no se arruinase la ciudad.

Peligro de la ciudad y algunos reparos.

Los reparos que se habian puesto á costa de tanto gasto y fatiga en las pasadas inundaciones, eran aun muy débiles para el caso de una estraordinaria abundancia de lluvias y desborde de las lagunas. En efecto, tres años despues en el tiempo de que vamos tratando, se esperimentó bien con harto peligro de la ciudad, que nunca se habia visto tan próxima á su ruina. A las copiosísimas lluvias y crecientes de las lagunas que ya se entraban por las puertas de las casas, se añadian innumerables manantiales que brotaban dentro de los mismos edificios y en medio de las calles. Las acéquias se llenaron hasta cerrarse los ojos de los puentes. Las habitaciones de un suelo quedaron por mucho tiempo inhabitables con suma incomodidad de los pobres. En las mas altas y mas fuertes no se podia entrar ni salir. Una gran parte de los moradores habia desamparado la ciudad: á los que no fueron tan prontos no les fué despues muy fácil tomar esta resolucion, porque la fuerza y peso de las aguas rompió por varias partes las calzadas é imposibilitó por mucho tiempo la fuga. Creció la afliccion con una nueva y mas pujante avenida el dia de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo, que derribó muchos de los ménos fuertes edificios, y muchas casas de recreacion por la parte que mira al Sureste y laguna de Chalco. Pocos dias despues, el 2 de julio, tomó posesion segunda vez del vireinato de México el Exmo. Señor D. Luis de Velasco, á quien para distinguirlo del segundo virey de Nueva-España llamaron el jóven. Este señor, á quien la dulce memoria de su padre y la esperiencia de su arreglada y cristiana conducta en el primer gobierno hacian muy amable á los mexicanos, fué recibido en la ciudad con sumo regocijo y visto desde entónces como enviado de Dios para librarla del último exterminio. Efectivamente, se aplicó desde luego con el mayor empeño á corresponder á esta expectacion. Su primer cuidado fué mandar hacer en todas las iglesias oraciones y plegarias para aplacar la ira del cielo. Tenia muy frecuentes juntas con los ministros de la real audiencia, cabildos, religiones y otras personas instruidas. Mandó asimismo publicar un bando prometiendo prémios á españoles, indios ó cualquier otro género de personas que propusie-

sen algunos medios, ó inventados por su ingenio, ó hallados en los autores, ó de que tuviesen noticia haberse valido en esta ciudad ó en otra alguna del mundo en semejante calamidad. Este mismo decreto hizo leer en su palacio delante de los ministros reales á los diferentes cuerpos religiosos. Ni debemos omitir el distinguido honor que hizo S. E. á la Compañía, tanto en las demostraciones de aprecio con que los honró de palabra, como en las que se sirvió añadir al referido decreto, en que despues de haber espuesto lo que por su órden se habia practicado hasta entónces, concluye así: „Y porque de todo lo referido hice hacer relacion á esta real audiencia con los autos y papeles que sobre ello hay, y ahora el tiempo es limitado para poner en ejecucion lo que se hubiere de resolver y prevenir las cosas necesarias, habiendo propuesto el estado del negocio á ambos cabildos, eclesiástico y secular, y á algunas de las religiones de esta ciudad; me ha parecido ser de los mas importantes el parecer de algunos de los religiosos mas graves de la Compañía, el que les suplico me espongan latamente con lo que mas sintieren que conviene, así para el reparo de los daños presentes, como para el perpetuo remedio y seguridad que se pretende, con que yo tome determinacion en la obra, encomendándolo principalmente á Dios nuestro Señor, como he hecho que se haga, para que encamine lo que mas sea de su servicio, y del rey nuestro Señor, bien y conservacion de esta ciudad, &c."

Entre tanto se tomaban todas las medidas proporcionadas para la presente necesidad, á que contribuyó el cielo de su parte, cesando repentinamente las lluvias, de modo que en los tres meses de agosto, setiembre y octubre, en que suele ser la fuerza mayor de las aguas, no hubo sino dos copiosos aguaceros. El prudente virey conoció bien que estos remedios provisionales no podian ser de mucha utilidad y duracion, y se aplicó á tratar de algun desagüe que pusiese en lo venidero la ciudad á cubierto de toda inundacion. Al principio pareció dificil y aun imposible hallarse alguno. Poco despues con la esperanza del premio se propusieron tantos, que no fué el menor trabajo reconocerlos todos y resolver por el de mayor utilidad y menos costo. La Compañía de Jesus no tuvo la menor parte en un asunto en que tanto interesaba el bien público. Al hermano Juan Lopez que tenia á su cargo la fábrica del colegio Máximo, y que bajo el humilde estado de coadjutor, ocultaba luces nada vulgares en la arquitectura, geografia é hidrostática, encargó el señor virey el reconocimiento de un des-

Proposiciones de desagüe.

agüe que á S. E. habian propuesto nueve leguas al Sureste de esta ciudad. Mientras el hermano obedecia, se proporcionaron otros mas fáciles con que hubo de dejarse aunque no sin considerable utilidad por haberse en pocos dias divertido ácia otra parte las corrientes de dos ó tres rios que desembocaban en la laguna de Chalco. En la multitud de desagües que se proponian encomendó el virey á los padres Pedro Mercado, Juan Sanchez y Bartolomé Santos, que con el doctor Villerino, Henrico Martinez y otros inteligentes, fuesen á reconocer todos los que se ofrecian. Esta junta resolvió ser inútiles todos los que se señalaban de las partes de Chalco y de Texcuco, y en consecuencia de sus dictámenes por auto espedido en 23 de octubre del mismo año, se resolvió se hiciera el desagüe por la parte de la laguna de San Cristóbal Ecatepec, pueblo de Huehuetoca y sitio nombrado de Nochistongo, con que el dicho desagüe se haga de modo que por él se pueda desagüar la laguna de esta ciudad, sin que sea necesario ahondar la parte por donde ha de ir encaminada el agua desde la laguna de Citlaltepeque. Aun tomada esta resolucion no faltaron personas que impugnasen como imposible ó como inútil el desagüe de Huehuetoca. En fuerza de estas representaciones, D. Luis de Velasco volvió á cometer al padre Juan Sanchez el reconocimiento mas prolijo de todo aquel terreno. En cuatro dias, acompañado de Henrico Martinez, pesó el padre y niveló todos los rumbos que habian seguido los demás, hizo una demarcacion de México y todos los lugares vecinos, que fué una grande utilidad para todas las operaciones del desagüe. Quedó confirmado el de Huehuetoca, á que se dió principio con mil y quinientos trabajadores el dia 28 de noviembre de 1607, en que despues de haberse invocado la soberana asistencia por medio del santo Sacrificio, dió el Exmo. Sr. D. Luis de Velasco algunas azadonadas, y entre la alegria y los aplausos de la multitud se prosiguió con un ardor increible.

Encomiéndase á la Compañía el cuidado de los trabajadores.

Tasáronse para este efecto las casas y posesiones de españoles en veinte millones doscientos y sesenta y siete mil quinientos y cincuenta y cinco pesos, que á razon de uno y medio por ciento, producian trescientos cuatro mil y cuatro pesos. Habiéndose promulgado bando para que se presentasen todos los que voluntariamente querian trabajar en la obra por su justo salario, venian de ciento en ciento de las provincias vecinas. De Tlaxcala solamente acudieron en pocos dias mas de tres mil indios, y en seis meses desde el dicho 28 de noviem-

bre hasta 7 de mayo del año siguiente, trabajaron en la obra cuatrocientas setenta y un mil ciento y cincuenta y cuatro indios, y mil seiscientos sesenta y cuatro indias cocineras. No fué el menor cuidado del virey poner buen órden en tanta multitud de operarios y en su puntual asistencia en lo espiritual y temporal. Para uno y otro le sirvió mucho el padre Juan Sanchez que asistió personalmente á la obra desde el vecino colegio de Tepotzotlán, acompañado de un hermano coadjutor. Fuera de estos dos sugetos venian de la misma casa otros los dias de fiesta á confesar en sus diversas lenguas á los indios, y juntarlos á la esplicacion de la doctrina con la misma regularidad que solia hacerse en los pueblo. No podemos omitir haberse encontrado en estas zanjas, como en a... s otros lugares de la América, algunos huesos de enorme grandeza. Fué muy singular uno que pareció ser cráneo humano de tanta magnitud, que en el vacío de las cuencas cabia una de las cabezas regulares. Este se presentó al señor virey y quedó despues por mucho tiempo en la librería de nuestro colegio de México. El padre Juan Sanchez pesó un hueso no entero que parecia ser canilla del muslo, de tres palmos de largo, y le halló de tres arrobas y algunas libras. Otros se vieron semejantes, de que se dió cuenta al general y á toda la Compañía en la annua de 1607.

La quincuagésima de este año habia comenzado en nuestra Casa Profesa el Jubiléo de las cuarenta horas expuesto el Santísimo Sacramento, devotísima invencion con que la América, como en todas las otras partes del mundo, ha triunfado la fé y la piedad del libertinage, y de la disolucion que en esos dias habia introducido el mundo. Habialo concedido poco antes la Santidad de Paulo V., y el padre general Claudio Acuavivá lo pasó luego á Nueva-España, con tan feliz suceso, que en parte alguna del mundo han quedado menos resquicios de la antigua libertad y peligrosa diversion de aquellos dias. El suntuoso aparato de música y acompañamiento con que se fijaron en todas las calles públicas carteles para su promulgacion, el innumerable concurso de todo género de gentes que animaba con su ejemplo el Exmo. marqués de Montesclaros y su muger, el magnífico adorno de la Iglesia en que sola la Custodia se avaluó en mas de veinticinco mil pesos; seis coros de música, que repartidos por la Iglesia, alternaban á competencia las mas esquisitas composiciones y fomentaban la devocion del concurso con letras y tonos devotísimos; todo contribuyó á hacer esta una de las funciones mas bellas que se habian visto en México, y con-

Jubiléo de cuarenta horas.

ribera, le arrebató la corriente con tal fuerza, que llevándolo á lo largo del rio, lo puso en el último conflito. El miserable, acordándose oportunamente de la Madre de las piedades, se quitó el rosario que llevaba al cuello, y rezaba cada dia, é invocando á la Santísima Vírgen y á su castísimo esposo Sr. S. José, fué llevado á un recodo que hacian las aguas, en que quebraban la fuerza y en que pudo asirse de un tronco que le salvó de aquel peligro. Las saludables reflexiones á que no habia dado lugar la turbacion, comenzaron entónces á hacerse sentir en su espíritu. Conoció el riesgo que habia pasado, el lastimoso estado de su conciencia, y el infelicísimo destino á que le habria conducido de una eterna condenacion. Estos pensamientos le hicieron conocer mejor el grande beneficio que Dios acababa de hacerle, y le determinaron á volverse sinceramente á su Magestad por medio de una buena confesion. El suceso mostró desde luego la verdad y la firmeza de sus propósitos. Luego que llegó á la primera poblacion, á muchas leguas de México, se vistió de un áspero cilicio que determinó no desnudarse hasta haber hecho en esta ciudad una confesion general. Mes y medio le duró esta penitencia, á que añadió por este mismo tiempo un rigidísimo ayuno á pan y agua, y no dormir jamás sino en el duro suelo, como lo cumplió hasta venir en busca del padre á quien habia oido predicar. Despues de la confesion prosiguió en una gran pureza de costumbres, en frecuencia de sacramentos y en un rigor de penitencia, que fué necesario á sus confesores moderar con el tiempo.

Sermon del padre Martin Pelaez y sus resultas.

Para que fuesen mas agradables al Señor estos admirables frutos del colegio de México, quiso su Magestad sazonarlos con la amargura de un golpe muy sensible, no solo á este colegio, sino á toda la provincia de Nueva-España. El dia 1.° de enero del año de 1607 habia predicado en la Casa Profesa el padre Martin Pelaez, rector del colegio máximo, y hablando del nombre de Jesus, que aquel dia se impuso á nuestro Redentor, que con particular ilustracion del cielo dió S. Ignacio á la Compañía, y que tan expresa y singularmente habian confirmado y recomendado en sus bulas los soberanos Pontífices, intentó persuadir, que el haberse atribuido la Compañía este augusto nombre, no era, como podria alguno persuadirse por arrogancia ni ostentacion, sino como un recuerdo de las obligaciones grandes que profesa en servicio de Dios y de la Iglesia. Para que entendamos, decia, que hemos de seguir como soldados á nuestro capitan Jesus, que hemos de ayudarle en la grande obra de la salvacion de nuestros prójimos, pisando

sobre las huellas que él nos dejó estampadas en humildad, en pobreza, en mortificacion, y que las injurias, las afrentas, las tribulaciones, es toda la paga, que por nuestras buenas obras podemos esperar del mundo. A este asunto prosiguió, trayendo el ejemplar de los religiosos de Santo Domingo, S. Francisco y S. Agustin, que han tomado los nombres de predicadores, de doctores, de pobres evangélicos, no por alguna soberbia y jactancia, sino para memoria del instituto y regla santísima que profesan. Este sermon, de que el Exmo. Sr. marqués de Montesclaros, audiencia y religiones, salieron bastantemente edificados, fué una piedra de escándalo y una materia de ofension, para el Lic. D. Diego Landeras de Velasco, visitador de la real audiencia. No habia oido al padre Martin Pelaez; pero informado por viciosos conductos, concibió que el sermon habia sido satírico á su persona y empleo, y que pretendia impedir la tranquilidad y el buen órden de su visita. Hizo una informacion muy secreta, y á los 24 del mismo mes, mandó llamar al padre rector, enteramente ignorante de la sospecha que contra él se habia formado el visitador. Introdujéronle hasta el último gabinete, donde estaba con un secretario escribiendo. Saliéronse luego y dejaron al padre y á su compañero encerrados hasta que muy entrada la noche volvió el visitador con escribano y testigos, criados de su casa, y mandando al compañero salir de la pieza, se le notificó al padre rector, que por haber predicado el dia de la Circuncision palabras escandalosas, y en perjuicio del real servicio, le mandaba salir de estos reinos é ir á España á presentarse al nuncio de su Santidad, para que fuese castigado conforme á su delito: que allí luego seria llevado á Veracruz y entregado al general de flota que le llevase y diese cuenta de su persona. Notificada esta sentencia, le hizo subir en un caballo, saliendo con él dos de sus negros, con espadas desnudas al uno y otro estribo: un alguacil con vara alta y un escribano que diese fé y testimonio de la entrega. Fué extrema la sorpresa de toda la comunidad, á la primera noticia del hermano compañero, y mayor aun la de toda la ciudad, cuando al dia siguiente se divulgó la resolucion del visitador. La declarada proteccion del virey, el favor de la real audiencia, de la inquisicion, de las religiones, la inocencia del desterrado, y el comun sentimiento de los mas distinguidos personages, abrian brecha bastante para seguir justicia por medios muy ruidosos; sin embargo, la Compañía no emprendió mas defensa que la paciencia, el sufrimiento y el silencio. Estas armas, las únicas que el padre rector

habia usado, y quiso que usasen en su negocio, tuvieron muy en breve grande eficacia para con el visitador. Los ministros de justicia, cerca de tres horas despues de la noche, en medio de la oscuridad y por caminos desconocidos, sacaron al padre de la ciudad, sin darle lugar para llevar aun el breviario. Así habia caminado algunas jornadas, cuando llegó órden del visitador para que volviese, mandándole estar en un pueblo á tres leguas de México hasta nueva órden. En este destierro le tuvo treinta dias, despues de los cuales le restituyó á su colegio, pronunciando jurídicamente auto, por el cual le mandaba detenerse en esta ciudad hasta la partida de la flota, en que deberia embarcarse para España. En esta suspension en que cada dia habia que temer de parte del visitador, habiéndose detenido la salida de la flota, tuvo lugar el padre provincial para informar á S. M. con los testigos mas autorizados del reino, en cuya consecuencia se despacharon prontamente dos cédulas, la una al Lic. D. Diego Landeras, y la otra al padre Ildefonso de Castro, que decia así: „El Rey. Venerable y „devoto provincial de la Compañía de Jesus en la Nueva-España. En „mi consejo de las Indias, se ha recibido y visto vuestra carta de 10 de „mayo en que avisáis de la demostracion que el Lic. Diego Landeras „de Velasco del mi consejo de las Indias, y visitador de mi audiencia „de esa ciudad de México, hizo con el padre Martin Pelaez, de esa „Compañía, por lo que con tan poco fundamento le imputaron haber „dicho para estorbar la buena ejecucion de la dicha visita, en el ser„mon que hizo en la Casa Profesa de esa ciudad, el dia de la Circun„cision del Señor de este presente año, y he holgado, de que tan par„ticularmente me hayais avisado de todo lo que pasó, y el término y „proceder que tuvo el visitador con el dicho padre Martin Pelaez, lo „he sentido, y así he proveido acerca de ello lo que mas ha parecido „conveniente. De San Lorenzo 18 de octubre de 1607.—*Yo el Rey.*

Mision á Sultepec.

Pasada esta borrasca echó el Señor su bendicion sobre los trabajos de nuestros operarios. Del colegio de México se hizo una fructuosísima mision á las minas de Sultepeque. Otra de la de Puebla al partido de Zacapuaztla, terreno ya otras veces regado con los sudores de nuestros misioneros, y en que los beneficiados no cesaban de admirar la mudanza que en aquellas gentes habia obrado la diestra del Altísimo. En Oaxaca, fuera del fruto espiritual con españoles é indios en la Iglesia de Xalatlaco, se vió tambien de un modo muy sensible la singular proteccion de Dios, aun en los temporales intereses. No se

sustentaba aquel colegio sino de un ingenio de azúcar. Una helada general taló enteramente no solo los sembrados circunvecinos, sino aun toda la yerba que habia nacido entre la caña, quedando esta aun tanto mas delicada, fresca y vigorosa para rendir, como rindió efectivamente una cosecha abundantísima. Cuasi al mismo tiempo hallándose la casa é Iglesia sumamente maltratada con los temblores comunes de aquel pais, movió Dios los corazones de la ciudad para socorrer con copiosa limosna la fábrica que era necesario emprender. La villa de Lagos, y muchos otros lugares de la diócesis de Guadalajara, ofrecieron al Señor frutos dignos de penitencia por las fervorosas exhortaciones de los misioneros jesuitas. Entre todos, sobresalian los gloriosos trabajos del padre Juan Ferro, incansable operario del colegio de Pátzcuaro. En una mision que hizo por este tiempo á la tierra caliente de Michoacán, confesó mas de cuatro mil almas en cinco ó seis distintas lenguas, de que si no tuvo un don milagroso, tuvo á lo ménos una prodigiosa facilidad. Los calores excesivos, los mosquitos extremamente importunos, el continuo susto de alacranes, chinches voladoras y otras sabandijas perniciosísimas, le atrajeron junto con sus apostólicas fatigas unas tercianas de tres meses. En los intervalos que le daba la fiebre, se ocupó en aprender con sumo trabajo una de las lenguas mas bárbaras y difíciles del pais. Empeño que premió nuestro Señor con la reduccion de muchos indios que hasta entónces como otras tantas fieras no habian salido de los montes, y que el padre tuvo la felicidad de atraer á poblaciones regulares y policía cristiana, con admiracion de los mismos naturales y utilidad comun de sus ministros. En este colegio, como en el de Valladolid y Tepotzotlán, se dió tambien principio al devotísimo Jubileo de cuarenta horas, que en todas partes fué seguido de una extraordinaria conmocion de los pueblos y de maravillosas conversiones. A estos espirituales ejercicios añadieron los padres, y aun los hermanos novicios, otros de caridad y misericordia con los indios, entre quienes, singularmente otomites, se estendió poco despues una epidemia que dió mucha materia á su fervor. En casa se les preparaba el alimento y medicinas que salian á repartir los novicios, miéntras los padres (á cuyo cuidado estaba ya desde el año de 1602 la administracion de aquel partido) se ejercitaban en sacramentar y ayudar los enfermos. A esta vigilancia y cuidado, se debió en gran parte el no haber sido tanto en Tepotzotlán y en sus contornos el número de los muertos en un contagio que asoló entera-

Peste en Tepotzotlán.

mente á muchos de los pueblos vecinos; sin embargo, murieron dentro del pueblo novecientos indios, número que querríamos se notase para venir en conocimiento de la increible diminucion de sus naturales que ha padecido la América, pues novecientos indios eran entónces pocos en un lugar que en el dia computará apénas trescientos.

Peste en Guatemala.

La epidemia con que Dios habia afligido á los indios de Tepotzotlán se habia hechó sentir juntamente, y quizá con mas rigor en los contornos de Guatemala. En el pueblo de Xocotenango, vecino á la ciudad, habian muerto en ménos de un mes mas de mil de los indios, y proporcionalmente en los demas pueblos cercanos. La primera noticia que tuvieron los padres de aquella residencia, fué por las repetidas peticiones de mortajas á que venian á nuestra casa. El padre Gerónimo Ramirez voló al momento á su socorro. El primer lugar que visitó, lo halló cuasi enteramente despoblado. Los mas de los habitadores habian muerto: cuatro estaban sanos, y cuarenta postrados al rigor de la enfermedad. Pasó á otro y halló al marido y muger agonizando; pero lo que no pudo ver sin un extremo dolor, fueron cuatro ó cinco párbulos, que al rededor del lecho de sus padres morian tambien de necesidad. Dióles el buen padre de algunas cosillas que llevaba preparadas para estos lances, y determinó salir todos los dias muy de mañana, dejando el cuidado de la ciudad al padre Dávalos, para asistir á los enfermos. De estas piadosas escursiones habla así el arcedeano D. Francisco Muñoz en otro capítulo de la carta que arriba hemos citado. „Salia el padre por los pueblos comarcanos, llevándome á mí siempre por su compañero, y algunos dos ó tres estudiantes, todos con alforjas llenas de pan, dulces, chocolate y otras cosillas que recogia de limosna, con que regalaba á los indios enfermos, visitándolos en sus propias chozas, confesándolos, diciéndoles Evangelios y dándoles corporal y espiritual alimento, y luego en las iglesias y cementerios rezándoles responsos á sus difuntos, como que á todo estendia su gran caridad este apostólico varon, con mucho gusto y beneplácito de los religiosos doctrineros de aquellos pueblos. A la peste siguió muy de cerca otro azote mas universal y mas violento. Referirémoslo con las mismas palabras del padre Juan Dávalos en carta al padre provincial."

Temblor en Guatemala.

„Mártes, dice, 9 de octubre, dia de S. Dionisio Areopagita, á las diez de la noche, repentinamente tembló la tierra con tanta fuerza y ruido, que no parecia sino un trueno espantoso. Duró poco mas de

dos credos y pausó luego por un rato tan corto, que nó pudieron ponerse en salvo lòs que estaban descuidados. Despues de lo cual, repitió con la misma fuerza. Fueron estos dos de tanto horror, que fué mucha la gente que se maltrató, porque levantándose de la cama con el aturdimiento y el susto, se arrojaban algunos de los corredores y las ventanas. Entre estos, el rector del Seminario se quebró una pierna, y otro estudiante, oprimido de una tápia, perdió la vida. Acudieron luego á casa de parte del presidente, y lo mejor de la ciudad á saber cómo lo habiamos pasado, temiendo que por ser vieja la casa se nos hubiese venido encima. Quiso Dios que con la escasez dé tiempo, de que andamos tan alcanzados, estábamos entrambos en pie estudiando y orando, y así pudimos bajarnos al patio, donde estuvimos toda la noche, porque en toda ella no cesó la tierra de temblar, y de cuando en cuando con fuerza. Añadióse el trabajo de estar todo este tiempo lloviendo, y así no nos pódiamos defender, ni dellos temblores en casa, ni de la agua en los corrales. El estrago que se vió por la mañana en la ciudad y sus merindades, fué tanto, que segun dicen, no se reparará con doscientos mil ducados. No se ha podido averiguar á punto fijo el número de los muertos. En un pueblo, nos dijo el padre prior de Santo Domingo, que habian muerto veinte personas. Y en otro, estando despues del primer temblor apuntalando un lienzo de la Iglesia, tembló segunda vez y oprimió la pared once personas. Hánse hecho á toda prisa en las casas jacales, donde habitan, porque hoy hace dos meses que no cesan los temblores, y algunos grandes. El temor que hay es mucho y lo acrecenta un cometa que se ha visto ácia el Poniente, cuasi sobre un volcán de fuego. Los conventos han quedado maltratados, especialmente el de nuestra Señora de la Merced, donde duermen los padres en jacales en la huerta, porque no hay lugar para otra cosa.

Esto es lo que toca á lo corporal de los temblores; en lo que toca á lo espiritual, sacó nuestro Señor mucho provecho. Luego el dia 10 por la mañana, vino mucha gente á confesarse á casa y á otras iglesias. Despues de comer fué la ciudad y religiones á S. Sebastian, que es abogado de los temblores. El padre Gerónimo, con un compañero estudiante, y yo con otro, anduvimos confesando toda la tarde gente enferma y necesitada, que se habia hecho sacar á los patios. Venimos á juntarnos con la procesion en la plaza, donde el padre Ramirez les predicó con mucho espíritu, exhortándolos á la penitencia, perdon

canos, que eran ya entónces mas de veinte. Este piadoso estratagema tuvo todo el buen éxito que se prometia el misionero. La vergüenza y el sentimiento, succedió en el corazon de sus neófitos al despecho y al amor de la novedad. Fuéronle á rogar repetidas veces que volviese; pero tuvieron por toda respuesta, que desagraviasen primero á Dios ofendido de su infidelidad. Para este efecto determinaron hacer una procesion de sangre, como penitencia pública de su pecado, y de un gran trecho de la Iglesia, vinieron á ella azotándose réciamente, capitaneados del cacique revoltoso. Despues de lo cual, rogaron otra vez al padre que volviese, como lo ejecutó con extraordinarias demostraciones de regocijo y mayor consuelo del celoso pastor. Confesáronse los mas, y otros quedaron en hacerlo en una festividad cercana.

Supersticion acerca de los cometas.

No dió ménos pena á este y á los demás misioneros desvanecer las vanas preocupaciones de los indios acerca del cometa que este año se dejó ver por mas de un mes ácia el occidente. Ello es cierto que sea lo que fuere la causa de esta ridícula aprehension, en todas las naciones del mundo las gentes menos cultas é instruidas han sido llevadas á creer que los cometas son un presagio fatal de pestilencias, de muertes y otras calamidades públicas. En vano se han cansado los físicos y los críticos á mostrar, ya por la naturaleza, ya por la indiferencia de los sucesos, la inocente aparicion de este género de fenómenos; el mismo respeto con que miran los hombres las cosas celestiales, y la misma debilidad de su ser, dice un hábil inglés, les hará siempre interpretar siniestramente cualquiera novedad que noten en los cuerpos superiores. Esto, que es tan comun á todos los paises, era entre los indios de la laguna con un estremo que habia llegado hasta hacerles celebrar un sacrificio con estrañas ceremonias para aplacar la cólera de los cometas. Nuestros lectores no se desagradarán de una circunstanciada relacion de esta especie de culto que sacaremos de una carta del padre Diego Diaz de Pangua, misionero de aquel pais, al padre Martin Pelaez, rector del colegio de México. Los sacerdotes del sacrificio son algunos viejos hechiceros, ó que hacen profesion de tales, y que pasan tambien por los curanderos ó médicos de la nacion. Luego que comienza el astro á aparecer por el horizonte, traen en algunos cestillos pescados, mesquite y otras frutas de que ellos se mantienen. Ponen en medio del pueblo una hoguera á que solo se acercan los sacerdotes. Todos los demás forman al derredor una gran corona. Allí queman aquellas viandas para que

resueltas en humo puedan subirse hasta el cielo. Para que suba el humo derecho, cuatro de los ancianos mas venerables entre ellos con otros tantos abanicos ó especie de aventadores muy anchos, soplan á compáz por los cuatro lados de la hoguera: si sube derechamente el humo se cree ser acepto al cielo su sacrificio y haber apartado de su pueblo la calamidad que amenazaba, y celebran hasta el amanecer un baile con las colas de coyotes ó algun otro animal en las manos, á semejanza de la que tienen ordinariamente los cometas. Si en el tiempo del sacrificio algun aire violento viene á levantarse y disipar el humo, se tiene por un presagio infeliz que excita en toda la asamblea un llanto ruidosísimo. Despues de haberse dado algun tiempo al dolor y á las lágrimas, todos los sacerdotes que asisten deben picarse los brazos y el pecho con unas espinas hasta correr la sangre. El mas anciano de todos tiene cuidado de recogerla en algun plato ó escudilla, la mezcla con otro tanto de agua, y busca en todo el concurso una doncella de nueve ó diez años á quien cortar el cabello. Formando un hisopo comienza á dar vuelta al rededor de la hoguera rociando el aire con aquella sangre y agua, dando al mismo tiempo espantosísimos bramidos, tres al Oriente, tres al Poniente y otros tantos al Norte y Mediodia. Tal era la ridícula superstición de los indios de la laguna, cuya relacion concluye así el citado padre Pangua: Quiera Dios que no les suceda lo que temen de que venga sobre ellos alguna enfermedad ó epidemia, porque todo lo ha de pagar la cristiandad, á que atribuyen todos sus malos sucesos, y así es grande la dificultad en algunos en que quieran bautizar sus hijos, porque dicen que se mueren luego, y que los mozos no llegan á viejos con ellos si se bautizan.

Casos raros de los indios.

Llevado de esta perniciosa aprehension uno de los mas ancianos del pueblo, jamás habia querido rendirse á los consejos é instancias de su ministro que le pedia se bautizase. Confirmaba su falsa persuacion en el consejo de tres niños que en los dias inmediatos habian muerto poco despues de bautizados. Así pasaba, cuando á pocos dias se halló atacado de una enfermedad de que muy presto lo desauciaron sus curanderos. El padre, visitando como solía á los enfermos, se encontró con el obstinado viejo, y llevado de un interior impulso le prometió que si se bautizaba cobraria muy presto entera salud. Creyó el enfermo. Dejóse instruir y bautizar, y cooperando misericordiosamente el Señor á las palabras del misericordioso misionero, comenzó luego á mejorar, y dentro de pocos dias se halló sano. Por el contrario manifestó Dios

los admirables secretos de su providencia en otro del mismo pueblo. Gozaba al parecer de una robusta salud en una edad varonil. Quemaba un dia en su era algun poco de paja en presencia del padre, y viendo atentamente la violencia y la voracidad de las llamas, le preguntó si seria así el fuego del infierno que tantas veces le predicaba. Respondióle que era infinitamente mas fuerte. ¿Y se acabará tan presto dijo el indio? Jamás, dijo el misionero. ¿Qué remedio tomarémos, pues, para librarnos de esas llamas? No hay otro alguno, dijo el padre, sino el santo bautismo. Entónces, como volviendo en sí pidió con instancia que lo acabase de instruir y lo hiciese luego cristiano. El fervor con que se aplicó á comprender las verdades de nuestra santa fé, manifestó bastantemente la sinceridad de su deseo. Recibió el bautismo el dia 22 de julio, dedicado á Santa María Magdalena con un estraordinario júbilo, y al dia siguiente amaneció muerto. A pesar de las falsas opiniones que sembraban entre ellos sus hechiceros, se bautizaron fuera de estos en pocos meses mas de cien adultos y ciento y diez y ocho párvulos.

Bautismo de los tepchuanes, y sus antiguas idolatrías.

Semejante fué el número de bautismos en la mision de Tepehuanes. En esta provincia de cuatro pueblos, que administraban otros tantos sacerdotes, se habia llegado á nueve con la nueva reduccion del partido de Ocotlán, con lo cual se estendieron las espirituales conquistas mas de treinta leguas ácia el Norte. Estos gentiles, (dice el padre Juan Fonte en la relacion que hace al padre provincial) guardan la ley natural con grande exactitud. El hurto, la mentira, la deshonestidad está muy lejos de ellos. La mas ligera falta de recato ó muestra de liviandad en las mugeres, será bastante para que abandone su marido á las casadas y para jamás casarse las doncellas. La embriaguez no es tan comun en estas gentes como en otras mas ladinas, no se ha encontrado entre ellos culto de algun dios; y aunque conservan de sus antepasados algunos ídolos, mas es por curiosidad ó por capricho que por motivo de religion. El mas famoso de estos ídolos era uno á quien llamaban Ubamari, y habia dado el nombre á la principal de sus poblaciones. Era una piedra de cinco palmos de alto, la cabeza humana, el resto como una columna, situada en lo mas alto de un montecillo sobre que estaba fundado el pueblo. Ofrecíanle los antiguos flechas, ollas de barro, huesos de animales, flores y frutas. Luego que tuvieron suficiente noticia del verdadero Dios y del modo con que su Magestad debia ser honrado, aun sin particular mandato ó insinuacion del padre,

el cacique del pueblo, acompañado de los principales el mismo dia que debian ser bautizados, despeñó el ídolo á lo mas profundo de un rio que regaba aquel valle, y vinieron todos á dar al ministro la noticia y á pedirle el bautismo. No podia apetecer el hombre de Dios prueba mas sincera de la disposicion de sus catecúmenos. Luego los bautizó, y ellos, con un contento y alegría que infundia devocion, formaron una cruz grande, la cubrieron de flores y yerbas olorosas, y en procesion, que llenaria de regocijo á los ángeles, la llevaron cantando el credo en su lengua, y la colocaron en aquel mismo lugar que por tantos años habia ocupado aquel ídolo infame. Una accion de tanta piedad sepultó con la supersticion el nombre antiguo del pueblo, que en adelante se llamó Santa Cruz. La primera entrada que hizo el padre Juan Fonte á este partido, fué, aunque no de asiento, por enero, y volviendo por octubre del mismo año estaban ya todos los cinco pueblos en estado de confesarse y recibir el adorable cuerpo de Jesucristo. Aunque en todos los paises es un acto heróico y de grande mérito á los ojos de Dios el de la sincera y humilde confesion, se puede decir con verdad, que atendida la gloriosa victoria que alcanzaban de sí mismas, para ninguna será mas digno de consideracion que en los neófitos tepehuanes. *La vergüenza que padecian singularmente las mugeres era tanta, y tanta la violencia que se hacian para confesar sus culpas, que muchas veces* (son formales palabras del misionero) *caen desmayadas y amortecidas á los pies del confesor, con un sudor y fatiga que es indicio de la congoja interior que padecen.* † Sin embargo de esta gravísima mortificacion confesaban cuasi todos frecuentemente, y todos con una exactitud y claridad, que mostraban bien la fé que habian concebido de la remision de sus culpas por medio del santo sacramento.

En los demás pueblos antiguos no tuvieron poco trabajo tres de nuestros sacerdotes en asistir muchos enfermos de un ramo de peste que hacia grande estrago en los pueblos vecinos de gentiles. Quiso Dios que entre los cristianos no fuese tanta su violencia. A la caridad y continua asistencia de los padres atribuian ellos mismos que hubiesen sanado con tanta brevedad los mas de sus enfermos, y preservándose del contagio la mayor parte de los nuevos cristianos. Esta pater- Peste entre los tepehuanes y primera entrada á Taraumara.

† Era tanto el rubor de las señoritas indias mexicanas nobles en los dias de la conquista, que preguntadas en el acto de casarse si recibian por esposo al marido que tenian presente, jamás decian que *sí*, daban á entender su voluntad por otras acciones. No creo que hoy suceda lo mismo, despues de la conquista.

nal benevolencia les hizo amar con tantas veras á sus padres en Jesucristo, que en medio de su natural fiereza les obedecian en todo como unos niños tiernos. Estaban en guerra los tepehuanes del valle que llaman de el Aguila con la nacion de los tarumares, con quienes confinan por el Norte. Los del Valle habiendo de tener sobre los brazos una nacion tan numerosa y tan valiente, determinaron pedir socorro á los cristianos tepehuanes. Estos juntaron su consejo para resolver lo mas conveniente, y habiendo sido muy diversos los pareceres, resolvieron enviar la noticia al padre Juan Fonte, que estaba treinta leguas distante en el pueblo de Ocotlán. Iban los enviados de parte de todos los tepehuanes, así cristianos como gentiles, encargados de dar al misionero un pléno informe de todo el negocio, y suplicarle que les dijese lo que debian hacer: que si dando el socorro le parecia que se podria concluir felizmente la guerra, lo mandase, y si negándolo por via de negociacion y medios de paz podria tener alguna composicion, diese el corte que le pareciése, porque en toda la tierra, decian altamente en su consejo, se debe obedecer á los sacerdotes, y buscar de sus lábios el consejo en las cosas obscuras. Con esta docilidad y sumision pudieron sosegar los padres la cruel guerra que por muchos años habian hecho y hacian los acaxees y baimoas, á quienes tenian reducidos cuasi á esclavitud y oprimidos con pesadísimos tributos. Luego que recibieron la fé comenzaron á amarlos como hermanos, y libraron á los baimoas y á toda la cristiandad de Topía y Carantapa de una continua inquietud, de que hablaremos en la mision de S. Andrés y sus visitas.

Mision de S. Andrés.

En estas habia de asiento nueve sacerdotes repartidos en cuatro pueblos principales. El padre Alonso Ruiz, superior de toda la mision, con otros de los compañeros, administraba el partido de S. Gregorio. El padre Diego Gonzalez Cueto á los sabaibos, y tenia su residencia en Otatitlán. El padre Gerónimo de S. Clemente cuidaba del partido de Topía y S. Andrés y residia ordinariamente en Tamazula; Baimoa pertenecia al padre Floriano Ayerve, Atotonilco al padre José de Lomas, y al padre Hernando de Santarén la Sierra de Carantapa. Estas diversas visitas eran todas muy semejantes en la fecundidad de cruces y trabajos que ofrecian á sus fervorosos operarios. Los indios, parte por su desnudez y parte por inclinacion, huyen de las campiñas y los valles, y habitan en cuevas subterráneas y en las quebradas de los montes donde es mas caliente el temple. Entre estos géneros de pueblos eran

grandes las distancias, las cuestas peligrosísimas, los rios muchos y muy rápidos, los temperamentos muy varios. A pocas leguas pasa un misionero de un excesivo calor á un rigorosísimo frio. Del peligro de los rios habla así el padre Alonso Ruiz en una suya al padre provincial: „Sucedió el dia de la Concepcion de nuestra Señora, que viniendo los padres de esta visita de tener nuestra junta en Otatitlan, partido de los sabaibos, les llovió tres dias, y habiendo esperado seis en el campo para que menguase un brazo del que les era fuerza pasar, se determinaron á vadearlo. Pero á poco trecho arrebató la corriente al uno de los padres con tal fuerza, que lo llevó por muy larga distancia, donde se hubiera ahogado sin remedio, si un indio fiel y animoso no se hubiera arrojado á socorrerlo. Perdió el breviario, el manteo y demás de sus pobres alhajas que cargaba todas consigo. El rio no pudo vadearse aun despues de quince dias. A este trabajo siguió una fuerte lluvia de veinticuatro horas, que pasaron sin mas abrigo que el de una sobrecama, y estremamente afligidos de la hambre, que los hubiera consumido, si los indios de un pueblo cercano, noticiosos de su necesidad, no se hubieran atrevido á pasar dos rios para proveerlos de alimento. A la medida de estos trabajos era el gozo espiritual de que se colmaban sus corazones viendo el fervor de sus nuevos cristianos. Los indios de S. Gregorio habian fabricado una hermosa Iglesia, que se dedicó con asistencia de todos los españoles vecinos, y mas de dos mil confesiones en la próxima cuaresma.“

Raros ejemplos de los indios.

La piedad de aquellos neófitos no solo la infundia en los soldados del presidio y gente de las minas, que concurrian á aquel templo, sino que tras de la fragancia de sus cristianas virtudes, hacia correr otras muchas naciones de gentiles á sujetarse al suave yugo del Evangelio. Los xiximes, nacion fiera é indomable, que hasta entónces habian sido enemigos capitales de los serranos acaxees, vivian ahora en paz y en hermandad, tratando y comerciando entre sí los pueblos en una entera confianza. Venian frecuentemente á visitar al padre y á pedirle que los visitase. En una de estas ocasiones vieron que el indio gobernador azotaba á un zagalejo por amancebado, y dijeron que les parecia muy justo, pues aquello era lo mismo que robar la hacienda agena y despreciar la propia. Habiendo algunos foragidos de esta gente dado muerte á tres ó cuatro cristianos, los caciques á quienes se pasó el aviso vinieron voluntariamente á entregarlos al capitan del presidio, rogándole apretadamente que luego los ahorcase. Hallábase entre los ase-

sinos un muchacho, y el padre, movido de sus pocos años, intercedió con el capitan para que le perdonase y lo volviese á su pueblo. No lo queremos entre nosotros, replicaron los caciques; muchacho es, pero el delito es de hombre, y hombre *malvado*. † Con su muerte escarmentarán los de su edad, nuestros pueblos quedarán limpios de esta mala raza, y se conservará entre nosotros la amistad y la buena fé que hemos jurado.

La alianza contraida en los xiximes y tan religiosamente observada de una y otra parte, puso á los pueblos vecinos, singularmente á los sabaibos, en la deseada seguridad de estender sus poblaciones y de cultivar muchas tierras en que habia muchos años que no podian habitar sin un evidente riesgo de la vida, de que estos infelices hicieron dar gracias al padre Alonso Ruiz. Con la tranquilidad creció maravillosamente la devocion de los cristianos. Vienen, dice en su carta el padre Diego Gonzalez, de nueve y diez leguas á asistir al santo sacrificio con hambre tan piadosa, que oyen todas las misas que se dicen en la Iglesia, y aun habiéndoles dicho el fiscal de parte del padre, en ocasion que habia nueve misas, que cada una podian retirarse á sus casas, respondian: ¿Qué cosas tenemos que hacer de tanta importancia que nos obligue á dejar el templo? Confesábanse algunos tres y cuatro veces ántes de comulgar, con tanta abundancia de lágrimas y sollozos, que llegándolos á percibir una vez un soldado español, enternecido de tanta compuncion se dijo luego á sí mismo: *Esta india acaxee y bárbara que ahora conoce á Dios se ha de confesar con tanto arrepentimiento, y á mí, infeliz, ¿no me han de deber un suspiro mis gravísimas culpas?* Así dijo, y obedeciendo prontamente aquella santa inspiracion, se arrojó luego á los piés del sacerdote, y con lágrimas igualmente devotas hizo una confesion general que fué principio de una vida ejemplar. No fué de ménos fuerza el ejemplo de unos indios en aquel jueves santo. Lavaba el padre aquella tarde en la Iglesia los piés á doce pobres despues de haber declarado todo el espíritu de aquella humilde ceremonia. Dos indios que ayudaban al misionero con agua y toallas en este piadoso oficio se enternecieron de modo, que sin poderse contener, prorumpieron en sollozos y en lágrimas. ‡ Este es-

---

† Hé aquí un criterio legal digno de un legislador profundo.

‡ ¿Qué dirá de esto la orgullosa filosofía humana? ¿Quién saca estas lágrimas del fondo del corazon sino la religion cristiana? ¡Ay del que no se conmueve al ver este espectáculo anualmente.... Un Dios humillado hasta este punto á los pies de doce rústicos pescadores!

pectáculo conmovió tanto á algunos de los soldados españoles que se hallaban presentes, que arrimando las espadas y adargas se hincaron á ayudar al padre enjugando y besando los piés de los pobres, con mucho consuelo suyo, y edificacion de todo el pueblo. La misericordia y liberalidad con los pobres y hospitalidad con los peregrinos mostraron bien por este mismo tiempo. Con el motivo de una grande hambre que afligió las provincias de Topía y Culiacán, les habló el padre de la limosna y de los premios con que corresponde su Magestad aun en bienes temporales. Creyeron los buenos indios las palabras de su ministro. En todo el pueblo de Ocotitlan, y respectivamente en los otros, no habia casa donde no hospedasen mas de cuatro forasteros, repartiendo con ellos la abundantísima cosecha que en la comun esterilidad les quiso dar el cielo.

Mision de Baimoa.

Los sucesos de la mision de Baimoa, una de las mas trabajosas y mas recientes, no podemos ofrecerlos mejor á nuestros lectores, que en la curiosa carta del padre *Florian de Ayerve*, que fué cuasi fundador de los mas de aquellos pueblos, y despues provincial de nuestra provincia, escrita al padre Alonso Ruiz. El mandato, (dice) de V. R. de escribir los sucesos de este partido, me ha hallado en el sitio mas á propósito del mundo para escribir, no solo lo pasado, sino lo presente, que se siente mejor. Despues de nuestra junta, llegué á Colura con un aguacero, que comenzó á 14 de diciembre, y hoy 12 de enero, sin mas interrupcion que la de dos ó tres dias, prosigue aun y dura tan en su punto la hondura de la quebrada, que no es posible pasarla. El dia de pascua, en el pueblo que llaman de los *Borrachos*, por falta de hóstia no dije mas de una misa con una pequeña forma. El dia de año nuevo y de Reyes, los pasé en la angostura sobre un tabladillo. De la angostura fuí á Aguas Blancas, y no siendo, como V. R. sabe, mas de dos leguas, caminé desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. Siguióse á estos viages, en que muchas veces pensé ahogarme (porque como sabe V. R., se pasa la quebrada para visitar á estos pueblos mas de trescientas sesenta veces) la enfermedad de los indios, en que tuve el consuelo de quebrar mas de cincuenta ídolos, y de enviar, segun creo, al cielo á muchos que murieron poco despues de haberse confesado. En Atotonilco, vinieron doce bárbaros enteramente desnudos á pedirme fuese á su pueblo á bautizar muchos que querian ser cristianos; luego me dijeron que no podria ir allá sino por una parte donde se abren dos altísimas rocas, de que se baja á un rio muy grande, que

ellos llaman en mexicano, *Hueyatl*, y los de Culiacán, por donde va á entrar en la mar, lo llaman *Humaya*. Que entónces el rio iba muy hondo y muy rápido, que de allí á tres meses podria pasarlo. Les prometí que iria en aquel tiempo que me decian, que volviesen á su pueblo, y me esperasen. No quisieron apartarse de mí sin haber ántes recibido el bautismo. Aplicáronse al catecismo con tanto empeño y fervor, que en ocho dias los pude bautizar á todos, imponiéndoles los nombres de los *doce apóstoles*. Al tiempo señalado, partí allá, camino de dos dias por unos montes altísimos. El rio lo hallé profundísimo, y lo hube de pasar en una balsa que cuatro indios sobre sus cabezas llevaban nadando. Fuera de febrero, marzo, abril y mayo, todos los demas meses del año es inaccesible, porque aunque en estos meses la primera vez se pasa nadando, las otras hasta llegar al pueblo se puede vadear, y fuera de ellos de ninguna manera. Allende del rio me aguardaban como cincuenta indios, que me guiaron rio arriba, hasta llegar á un llano rodeado de montes muy altos, donde habia mucha gente. Allí determiné hacer Iglesia, y yendo para el sitio que me pareció mejor hallé mas de setecientos indios, hombres y mugeres, niños y niñas, dispuestos en cuatro procesiones, coronados con sus guirnaldas de espadañas, y palmas en las manos, cantando: *Oneya quevara ni Dios tacaca nevincame*. Creo en Dios Padre Todopoderoso. Me causó grande admiracion oirlas, y preguntándoles de dónde habian aprendido aquello, supe que los doce habian sido tan buenos maestros, que les habian enseñado á todos la doctrina; de manera, que al tercer dia en aquel puesto donde yo hice la Iglesia, y ellos mas de cien casas, bauticé cuatrocientos ochenta y dos de toda la quebrada, y dejé formado un pueblo de muchísima gente. Estuve con mis nuevos hijos algunos dias, haciéndome continuas preguntas, que no eran de poca sustancia. Una de ellas fué, que cómo me habia atrevido á entrar solo en tierra tan áspera, y que hasta entónces ningun cristiano habia pisado: que si no habia temido que me mataran y comieran. Respondíles que yo habia ido para llevarlos al cielo, donde hay mucha alegría y mucho gusto, y no al infierno, donde se quemarian para siempre: que por venir á buscarlos, habia pasado otros montes muy altos, y un rio mucho mas profundo y mas grande que aquel, y que para pasarlo era menester muchos dias. Esto les dije para esplicarles el mar: que si me mataban yo seria el dichoso, y ellos los desdichados, porque Dios los castigaria, y los españoles y cristianos les destruirian sus casas y semen-

teras, como lo hicieron con los que mataron al padre Tapia, de quien ellos tenian noticia. Dijéronme que seria muy justo, pues yo no les hacia mal alguno, sino mucho bien. Aquella misma noche, como á las once, estando yo con mi recia cuartana, que no me ha dejado en todo el año, oí un ruido y tropel de mucha gente que venia corriendo con grandes alaridos ácia mi choza. Me puse en pie, vestida la sotana, con un crucifijo en las manos, y así salí á recibirlos, esperando la muerte, que creia tenian pensado darme desde el dia ántes. Dos muchachos que habia llevado conmigo, lloraban tiernísimamente á mis espaldas; pero ellos no iban sino á apagar una casilla, donde se habia prendido fuego, temiendo, como son de paja, que se quemasen todas. De allí, volví á los pueblos de Chanmayo, Batocomito, Atotonilco y S. José, con un pueblecito que hice llamado Noriquito, y hallo por mi cuenta en el catálogo que hago, que habré bautizado como mil y cuatrocientos.

Trabajos de los misioneros

Semejantes cosas escriben de sus respectivas misiones el padre Gerónimo de S. Clemente, y el padre José de Lomas. Este último habia ido á la mision de Atotonilco, que por su poca salud hubo de dejar no sin dolor el padre Florian de Ayerbe. Habiendo estado quince dias en el pueblo de Santa María de Tecuchuapa con el fervoroso padre Hernando de Santarén, fundador de toda esta florida cristiandad, vinieron repentinamente dos indios á avisar que los tepehuanes habian entrado y dado la muerte á todos los que hallaron en una ranchería, y que proseguian rio arriba, matando sin distincion á cuantos encontraban, y con designio de quemar la Iglesia y acabar con el pueblo. De estos sustos pasaba muchos el padre Santarén. Tres dias ántes habian determinado acabar con el santo hombre por haberles quitado tres doncellas que habian hurtado de un pueblo vecino, y el antecedente mes de julio estuvieron tambien á punto de ejecutarlo, matando algunos acaxees, y entre ellos al principal cacique de esta poblacion. Entre estos desconsuelos, era de un grande alivio para aquel ministro infatigable ver venir de léjos las naciones enteras á buscar la salud en el redil de la Iglesia, y dejar sus amadas serranías por poblar en sitios acomodados para doctrinarse. En pocos meses se aumentó este año el número de los neófitos en mas de mil y doscientas almas, novecientos de la nacion Sicuraba, y trescientos de los baimoas, corrieron á pedir el bautismo. No dudo, dice en su carta el padre Santarén, que á cualquiera cristiano se le saltarian de los ojos lágrimas de consuelo, y se

alentaria mucho á servir á nuestro Señor, de ver despoblarse los lugares enteros, y venir cargando los hombres á los viejos é inválidos, y las mugeres á sus hijos pequeños, con sus cortos alimentos y pobre ajuar de sus casas, y esto, no camino de un dia sino de quince, que tanto duró para ellos, y tal camino, que es la sierra mas alta que hay, cual es la de Carantapa, y tan áspero, que hay parage en que cinco leguas no se andan en dos dias, y lo mas que tiene 20 leguas de largo, y este camino no para buscar oro ni plata, como lo hacen las que se llaman naciones racionales, sino para buscar á Dios, la salvacion y el agua del bautismo. Fuera de estos, tenia ya formado el pueblo de Santa María de Tecuchuapa con quinientas personas: el de S. Simon Yamorinca con otras tantas: el de S. Pedro y S. Pablo de Bacapa con cuatrocientos; y una legua de allí el de S. Ildefonso de Tocorito con trescientas almas recogidas á las vecindades del rio zuaque de Sinaloa.

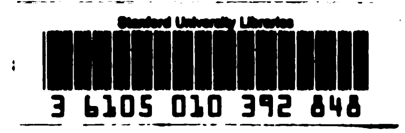
Reduccion de los sinaloas y otras naciones.

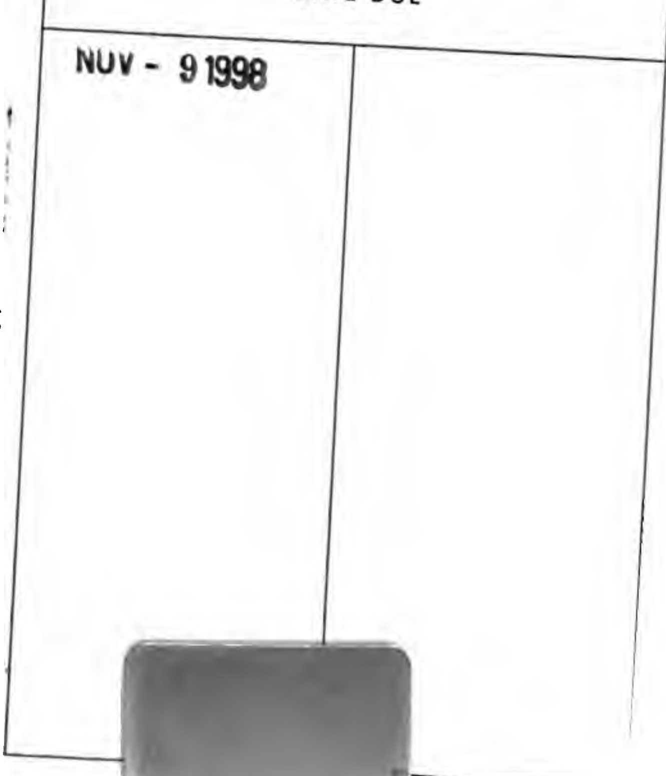
En este pais, al cultivo de los ahomes, zuaques y tehuecos, naciones recien conquistadas el año antecedente, se añadieron otras dos no ménos numerosas. El padre Cárlos de Villalta entró á los sinaloas, los mas orientales de las gentes que habitaban las riberas del que ahora llamamos rio del Fuerte. En cuatro pueblos que visitó en su primera entrada, bautizó mas de quinientos, de que luego llevó el Señor para sí las primicias en cinco ó seis enfermos. Eran estos los mas bien congregados, los mas aplicados al trabajo de todo aquel pais, disposiciones que contribuyeron mucho á la feliz propagacion y rápidos progresos del Evangelio. El padre Pedro de Velasco, varon muy distinguido por su virtud, por su sabiduría y por su sangre, que habrá de representar despues un gran papel en esta historia, enviado desde fines del año antecedente á las misiones de Sinaloa, habia estado en Bacoburito en compañía del padre Juan Bautista de Velasco aprendiendo la lengua, miéntras que el capitan Diego Martinez, que miró siempre la conversion de los infieles como la parte principal de su cargo, recorria las naciones vecinas al Este del rio de la Villa, y los reducia á asientos fijos para ser mas fácilmente doctrinados. Conseguido esto por autoridad y diligencias del piadoso capitan, entró el padre á principios de febrero de 1607 á las naciones de los chicoratos, ogueras y cahuametos. Entre los chicoratos se bautizaron trescientos y veinte párvulos, noventa y siete de los chuametos, y ciento y diez de los ogueras, ínterin se instruian en la fé cristiana los adultos, á cuyos bautismos se dió principio poco despues.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

lugares
las ma-
ayor
tamo
, cual
leguas
y este
lamao
a del
Ma-
ona-
atro-
cien-

aco-
s to
, los
ora
era
ara
en
si-
ro-
in-
e-
es
o-
la
la
a


Stanford University Libraries
3 6105 010 392 848


STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD AUXILIARY LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(415) 723-9201
All books may be recalled after 7 days
DATE DUE
NOV - 9 1998

